Dos suizos en la selva. Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano

Lorena Córdoba

▶ **To cite this version:**

Lorena Córdoba. Dos suizos en la selva. Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano. Lorena Córdoba. SOLIDAR/Suiza; CIHA Centro de Investigaciones históricas y Antropológicas, 407 p., 2015, 978-99974-52-03-0. halshs-01955053

HAL Id: halshs-01955053
https://shs.hal.science/halshs-01955053

Submitted on 14 Dec 2018

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Dos suizos, dos libros, una única obsesión: la explotación del "oro negro" de la selva amazónica, en la época del auge cauchero en el Oriente de Bolivia. Con apenas unos meses de diferencia, Franz Ritz y Ernst Leutenegger trabajaron en la misma barraca gomera durante la primera década del siglo XX, y ambos publicaron luego sus recuerdos en su país natal. Son estos relatos que, traducidos por primera vez al español, nos propone descubrir aquí Lorena Córdoba.

La mirada más entusiasta de Ritz y la visión más melancólica de Leutenegger evocan ambas tópicos de la fiebre cauchera en la selva boliviana: la dura vida en las barracas; la ley del más fuerte en un mundo donde el Estado está ausente; los enganches tramposos, las deudas hereditarias, la explotación de los indígenas. Sin embargo, como lo muestra prolíficamente la introducción de la editora, estos relatos también permiten ir más allá de los clichés, y matizar en gran parte las visiones en blanco y negro sobre esta época crucial para la economía boliviana, la paulatina incorporación del Oriente al país y el destino también de los pueblos indígenas amazónicos. Con su lectura, la Historia gana en humanidad, en matices enriquecedores, en profundidad y credibilidad.

Dra. Isabelle Combès
Instituto Francés de Estudios Andinos
Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas

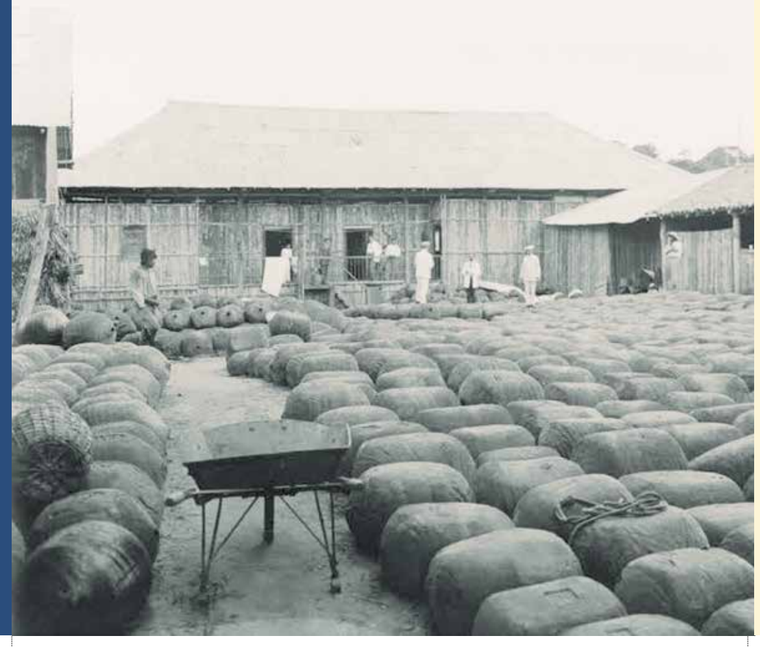
ISBN: 978-99974-52-03-0

Dos suizos en la selva
Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano
Lorena Córdoba
IMAGO MUNDI

Lorena Córdoba (ed.)

Dos suizos en la selva

Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano



Lorena Córdoba es antropóloga, doctora de la Universidad de Buenos Aires y profesora de esa misma casa de estudios. Actualmente se desempeña como investigadora adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Ha desarrollado su trabajo de campo entre los chacobos (Pano) de la Amazonía boliviana y los tobas (Guaycurú) del norte argentino. Sus principales temas de investigación son la etnografía de ambos grupos, la etnohistoria de las tierras bajas bolivianas y la relación de las sociedades indígenas con el boom cauchero (siglos XIX y XX).

Imagomundi
pos/down -- 150 lpi -- 2400 dpi -- coated paper

IMAGO MUNDI

DOS SUIZOS
EN LA SELVA

Dos suizos en la selva

Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano

Lorena Córdoba (ed.)

Santa Cruz de la Sierra
2015

984 CÓRDOBA, Lorena
Dos suizos en la selva. Historias del auge cauchero en el Oriente boliviano, Lorena Córdoba (ed.), Solidar/Suiza-CIHA / Santa Cruz de la Sierra 2015
408p.; 21cm.

D.L. 8-1-2616-15
ISBN 978-99974-52-03-0

<HISTORIA DE BOLIVIA> <AMAZONÍA> <CAUCHO EN BOLIVIA>

Ilustración de tapa: "Patio de la Casa Suárez con bolachas de goma en Cobija, Alto Acre, 11 de enero de 1912", foto de Ernst Ule, legado de Eduard Seler © Instituto Iberoamericano, Berlín.

Traducciones del alemán por Gudrun Birk y Ángel García
Revisión final por Lorena Córdoba y Diego Villar
Diseño y diagramación: Preprensa-Imprenta Topam.

Financiado por: Ejecutado por:

Schweizerische Eidgenossenschaft
Confédération suisse
Confederazione Svizzera
Confederaziun svizra
Embajada de Suiza en Bolivia

SOLIDAR SUIZA
Ayuda Obrera Suiza AOS

Universidad D Santa Cruz 1880 Museo de Historia

CIHA
Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas

Editorial El País

1ª edición 2015, 300 ejemplares

© Lorena Córdoba

Impreso en Imprenta Topam
C. Salvias Nº 22 / Urb. Cotoca
Telf.: (591-3) 335 5023
Santa Cruz de la Sierra

Impreso en Bolivia - Printed in Bolivia

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en el todo ni en sus partes, ni registrada en (o transmitida por) un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la autora.

Índice

Agradecimientos 11

Introducción 13

Cazadores de caucho en la selva
Franz Ritz

Despedida 44
La partida 46
Sobre el Amazonas 52
En la frontera de un flamante Estado 57
Incidentes que no se olvidan 62
En el escenario bélico de los reyes de la goma 69
Un viaje en mula con obstáculos 75
En el reino de los indígenas 82
En bote de remos hasta el río Beni 85
En Riberalta 88
El flamante aprendiz de tienda 92
Conclusiones de las experiencias adquiridas 94
Charlatanerías 95
"Capitán" y viajante 101
Goma y caucho 102
Goma 103
Caucho 105
Lunes de aprovisionamiento 106
La condición de los mozos 107
Extrañas características de los indígenas 112
Odisea en el río Geneshuaya 118
Una expedición de castigo a los guarayos 139
Los chunchos 140
Chotadigua 147

Gente en la selva. Vivencias de un suizo en Bolivia
Ernst Leutenegger

Hacia nuevos mundos 171
Pará, una ciudad tropical 179
En un vapor por la selva 181
Perdido en la selva 200
De todo tipo de seres, trampas y una Navidad en la selva 204
Viaje por tierra al río Tahuamanu 212
Cachuela Esperanza 222
Fiebre 233
Capitán en el río Madre de Dios 246
Una singular cacería de tigre 252
Locura tropical 254
La banda y doña Espíritu 257
Un rey de barraca venido a menos 261
Viaje al Geneshuaya 268
El tesoro del indígena 272
Nutria y supuesta raya eléctrica 274
Geneshuaya. El viejo y el nuevo jefe de la tribu 277
Sabiduría salomónica indispensable también en la selva 294
Se limpia una aldea indígena 296
Médico en la selva 299
Cómo nacen y son bautizados los niños en la selva 302
Un cazador furtivo 305
Mi Rosalía y la adivina 309
Latigazos 314
Mordido por una serpiente 317
Intentos vanos 321
Frente a la sepultura 322
Encuentros con animales de la selva 323
Indígenas salvajes 337
Gratitud de los salvajes 342

Manuelita 346
Gente de uno y otro lado 355
Piratas y prófugos 358
Disparates burocráticos 362
Bernardo Humaza 364
Despedida de la selva 368
Treinta años después 371

Fotografías en Franz Ritz

Foto 1. Árbol en la selva con lianas 53
Foto 2. Helecho en forma de árbol 54
Foto 3. Indígenas garipunas 65
Foto 4. Paisaje ribereño en la selva 66
Foto 5. Morada del siringuero 79
Foto 6. Construcción de una barraca 79
Foto 7. Tala de un árbol de caucho 80
Foto 8. "Picando" un gomero 97
Foto 9. Recolección de la goma 97
Foto 10. Preparación de la bolacha vertiendo la leche 98
Foto 11. Ahumado de la bolacha de goma 98
Foto 12. Tronco de un gigante de la selva 109
Foto 13. Rayando un árbol de caucho 109
Foto 14. Lavando el caucho 110
Foto 15. Atando y prensando el caucho 110
Foto 16. Transporte de caucho 125
Foto 17. Balsa con goma y caucho 125
Foto 18. Chunchos en la canoa 126
Foto 19. Paisaje en un río de la región del alto Amazonas 141
Foto 20. Viaje río arriba en callapo 142
Foto 21. Perezoso de tres dedos 153
Foto 22. Barraca Chotadigua 154

Anexo fotográfico y documental

Figura 1. Mapa de Bolivia 376
Figura 2. Mapa de la barraca Chotadigua (o Malecón) 377
Figura 3. Plano de Bahía (Cobija) 378
Figura 4. Esquina de la Casa Braillard 379
Figura 5. Portón de la Casa Braillard 379
Figura 6. Patio de la Casa Braillard 380
Figura 7. Galería exterior de la Casa Braillard 381
Figura 8. Lancha 'Francia' en actividad 382
Figura 9. Lancha 'Francia' 382
Figura 10. Lancha 'Helvetia' 387
Figura 11. Lancha 'Once de Octubre' 384
Figura 12. Motor de la lancha 'Francia' 385
Figura 13. Inscripción del motor de la lancha 'Francia' 385
Figura 14. Ritz en la barraca Porvenir 386
Figura 15. Constancia de Bautismo de Francisco Ritz 386
Figura 16. Leutenegger en Inglaterra 387
Figura 17. Certificado de Casamiento Leutenegger – Suárez .. 388
Figura 18. Dedicatoria de Leutenegger 388
Figura 19. Ernst y Esperanza en Buenos Aires 389
Figura 20. Leutenegger, su mujer e hija 389
Figura 21. "Casa Suárez en San Antonio" 390
Figura 22. Embarco de goma en el río Beni 391
Figura 23. "Esteban Pasema" 391
Figura 24. "Alfredo Ufenast" 392
Figura 25. "Bernardo Humaza" 393
Figura 26. Bernardo Humaza dibujado por Müller 393
Figura 27. "Cachuela Esperanza, Puerto de abajo" 394
Figura 28. "Cachuela Esperanza" 394
Figura 29. Batelón 395
Figura 30. Lancha 'Ichilo' 395

Figura 31. “Indias” 396
Figura 32. “Indios” 396
Figura 33. Pacaguaras y caucheros 397
Figura 34. Pacaguaras en Ritz 397
Figura 35. Pacaguaras en Wegner 397
Figura 36. “San Antonio, campamento de batelones de Casa Suárez” 398
Figura 37. Cercanías de la barraca Chotadigua 398
Figura 38. Emilia Hecker, Pablo Walser y su mujer Hedy 399
Figura 39. Emilia Hecker, Adela Sonnenschein y mujeres en Carnaval 399

Bibliografía general 400

Agradecimientos

Este libro es resultado del aporte inestimable de numerosas personas e instituciones que han colaborado conmigo durante un largo tiempo. En primer lugar debo agradecer a la Embajada de Suiza en Bolivia y a la licenciada Paula Peña Hasbún, directora del Museo de Historia de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno de Santa Cruz de la Sierra, que confiaron en este proyecto y solventaron la edición del libro.

La obra pone a disposición del público una serie de documentos fotográficos inéditos o pocos conocidos que han llegado a mis manos gracias a la generosidad de Diego Trolliet y familia (Archivo privado de la familia Carina Solares Suárez), Carlos Cirbián, Carlos Blattmann, Brenda Suárez, Eugen Gomringer, Mirta Ritz-Howard y familia y Wolfgang Wiggers (Archivo privado W. Wiggers). En Riberalta me han abierto generosamente las puertas de su casa Guillermo Rojas y Emilia Hecker (Archivo privado de la familia Rojas Hecker). Entre viejos documentos, periódicos, fotografías, anécdotas, guisos y tortugas don Yemo y doña Mily han sido fundamentales para esta investigación. Lo mismo mi amado Hotel Colonial de Riberalta, donde los aportes de la familia Durán, doña Teté y Miguel Durán han sido de enorme ayuda. En Guayaramerín he podido consultar brevemente el Archivo Casa Suárez, para lo cual fueron inapreciables los conocimientos de su director, José Luis Durán. Mientras estuve allí conté asimismo con la gentil colaboración de Wara Prada y del escritor Carlos López.

En Bolivia, Argentina, Perú, Francia, Suiza y Alemania Manuel Cornejo Chaparro, Jean-Claude Roux, Pablo Sendón, Coca Chavarría, Chiara Vangelista, Manuela Fischer, Markus Glatz, Horst Neuzner, Gregor Wolff, Gudrun Schumacher, Fernando Cajías de la Vega, Ricardo Serrano, Alejandro Ibáñez y Agustín Villar colaboraron de múltiples formas. Annette Aerni y el Círculo Suizo de Santa Cruz de la Sierra fueron de los primeros en dar su apoyo a la publicación. María del Carmen Alarcón y el personal de la Embajada de Suiza en Bolivia contribuyeron significativamente con el inicio del proyecto, y Solidar Suiza-AOS administró los fondos económicos de forma eficiente y veloz. La investigación también se benefició del aporte del Legs Bernand

Lelong del CNRS (Francia), que permitió mi estadía en el Beni en 2013 y parte del trabajo de archivo en Riberalta y Guayaramerín. El CONICET (Argentina) y la DAAD (Alemania) financiaron asimismo una estadía postdoctoral en el Instituto Iberoamericano de Berlín bajo la dirección de la doctora Barbara Göbel, donde se terminó de editar la publicación.

Mi reconocimiento va naturalmente para los traductores, que han hecho un trabajo de excelencia, y en particular para Gudrun Birk, que además de traducir se comprometió en forma activa con la investigación. También quiero reconocer a Luis Villar, mi primer profesor de alemán, que me leyó Ritz cada miércoles y tuvo la paciencia de darme a conocer su historia.

Por último agradezco a las tres personas que más apoyaron el proyecto desde su nacimiento: Isabelle Combès y Diego Villar, siempre dispuestos a leer, comentar, enriquecer con datos y corregir las primeras versiones del manuscrito; y especialmente a Hans Joachim Wirtz, a quien dedico especialmente el libro. Amante de Bolivia, amigo generoso, viajero incansable y conocedor exhaustivo de las fuentes históricas del Beni, Hans Joachim ha sido el promotor insignia de la obra y su auténtico coeditor en las sombras. Sin él mis viajeros suizos jamás hubieran llegado a mis manos y por ende a leerse en castellano.

Berlín, Julio de 2015

Introducción

Unos años luego de haber llegado a Bolivia para probar suerte en la industria del caucho, Ernst Leutenegger inspecciona una barraca perdida en el río Geneshuaya. Al caminar por la selva percibe algo extraño entre los matorrales. Se sorprende al comprobar que se trata de un periódico sucio y arrugado. Le informan que, como no ha habido ningún otro blanco en la zona, seguramente el papel haya sido dejado por Franz Ritz, otro suizo que pasó por allí unos meses antes. Este pequeño episodio bien puede parecer trivial, pero nos ofrece una buena oportunidad de enlazar las vidas de dos figuras importantes aunque no tan conocidas de la era cauchera. Es que Franz Ritz y Ernst Leutenegger no sólo compartieron la nacionalidad suiza. Compartieron, también, una época decisiva para la historia del Oriente boliviano y para Bolivia en general, y al mismo tiempo ideales, intereses, preocupaciones, una profesión, una cierta sensibilidad, lugares de esparcimiento y hasta un círculo social. Pero no sólo eso. Ambos trabajan en la misma barraca, Almendros, con tan sólo ocho meses de diferencia: Ritz navega y compra la goma del establecimiento, Leutenegger lo administra. Y ambos, por motivos que apenas cabe sospechar, deciden narrar sus aventuras en la selva boliviana en sendos relatos de viaje. Son estos textos, justamente, los que aquí reproducimos traducidos por primera vez al castellano. Para presentarlos es preciso recordar brevemente la historia del auge cauchero en la Amazonía boliviana, repasar luego lo poco que sabemos de la biografía de ambos autores y finalmente proponer algunas pistas comparativas para emprender una lectura cruzada de sus respectivos textos.

El boom

Es claro que las historias de vida de Franz Ritz y Ernst Leutenegger se ligan entre sí por su relación recíproca con la industria del caucho[1].

1 Salvo cuando se indique específicamente, aquí emplearemos de modo indistinto los términos "caucho", "goma" o "siringa" más allá de sus diferencias técnicas: en efecto, por un lado tenemos el caucho (*Castilla elastica* o *Castilla ulel*) y por otra parte la goma (*Hevea brasiliensis* o *Hevea benthamiana*) (Barham y Coomes 1994a: 45). El propio Franz Ritz explica en detalle los diferentes procesos de extracción de ambos productos. Hay que tener en cuenta, a la vez, que la propia condición

Sin entender las razones y los contextos del boom gomero es imposible entender sus biografías, y menos aún las razones de sus aventuras bolivianas. Comparado con el caso de Brasil, con una industria cauchera a plena máquina desde 1870, puede decirse que Bolivia entra relativamente tarde al mercado gomífero internacional[2]. Entre los historiadores bolivianistas no hay una fecha consensuada a la hora de definir el comienzo exacto del auge cauchero. No parece posible ubicar, de hecho, un hito fundacional preciso, bien delimitado, que sea el disparador del boom. En lo que todos los autores concuerdan, sin embargo, es que en sus orígenes la industria cauchera se apoya en las casas comerciales, la infraestructura, la mano de obra, las redes fluviales y la propia maquinaria logística que emplea previamente la industria extractiva de la quina (quinina o "cascarilla"). Cuando declina el precio de esta corteza en el mercado, muchos empresarios comienzan a buscar nuevas formas de comercio e inician las prospecciones del entonces llamado Territorio Nacional de Colonias. Ya en los últimos años de la década de 1860 el fraile franciscano Jesualdo Maccheti, primero en viajar desde la misión San Buenaventura hasta Manaos bajando el Madeira-Mamoré hacia el Amazonas, reporta la presencia de siringueros rayando la corteza de la *Hevea Brasiliensis*, así como también la existencia de rudimentarias barracas asentadas en las márgenes de los ríos. Aun para esa fecha temprana, el franciscano habla ya de la goma como de la "principal industria" de la región[3]. En 1867 los ingenieros alemanes Franz y Joseph

fronteriza de la industria explica el hecho de que buena parte de su jerga técnica consista en préstamos, adaptaciones lexicales o traducciones: así, por ejemplo, el árbol de la goma es llamado "seringa" o "seringueira" en portugués, "siringa" en Bolivia y "shiringa" en Perú. Lo mismo sucede con términos como "aviamento", que pasa al castellano como "habilito" designando el sistema imperante en el comercio de la goma elástica, basado en el circuito adelanto de mercadería-pago en goma-adelanto de mercadería, etc.

2 Para información general sobre el auge gomero en la Amazonía, ver Weinstein 1983; Barham y Coomes 1994a, 1994b; Ullán de la Rosa 2004; Paredes Pando 2013. Para estudios contemporáneos del caso boliviano, ver Fifer 1970, 1976, 2014; García Jordán 2001a, 2001b; Roca 2001; Gamarra Téllez 2007; Vallvé 2010; Córdoba 2012, 2014, 2015; Guiteras Mombiola 2012; Van Valen 2013; Durán Mendoza 2014.

3 "Siringa: así llaman acá a la goma elástica, la principal industria de este río Madera. Por todas partes se ven barracas en las orillas de este río: la mayor parte son de bolivianos que se ocupan de este precioso vegetal; así como las quebradas y torrentes de Bolivia, fuentes de este río gigante, están pobladas de miles de cascarilleros, que con grandes penalidades y fatigas inauditas, extraen de las más escarpadas serranías aquella cáscara febrífuga para alivio de la humanidad de todo el globo: así estos siringueros con menos trabajo sacan la blanca leche

Keller Leuzinger, comisionados por el gobierno brasileño para explorar los ríos Madeira y Amazonas, observan asimismo la presencia de estos primeros siringueros establecidos cerca de Crato, junto a un grupo de indígenas mojos[4].

Otros autores se inclinan por un origen más tardío. Según Ciro Torres López, Nicolás Suárez, a la postre legendario barón cauchero, forma una sociedad con Augusto Roca para el comercio de mercadería miscelánea y cascarilla en 1871, y al año siguiente instala un almacén en Reyes en el que comienza a comercializar la goma[5]. Antonio Vaca Díez ubica aun más tardíamente el boom. Según este autor, entre 1874 y 1875 comenzaron el reconocimiento sistemático de la región amazónica boliviana y asimismo las exploraciones con carácter demarcatorio de los terrenos fértiles en goma. En septiembre de 1876 ocurre la primera compraventa de una propiedad gomera, Naruru, que el propio Vaca Díez adquiere a Ángel Arteaga. En sus discursos parlamentarios sobre la cuestión de los límites del Territorio Nacional de Colonias, el secretario de la Sociedad Geográfica de La Paz, Sixto Ballesteros, relata más o menos la misma historia: en 1872 José María Velasco, junto a su hijo Lucio Pérez Velasco, ambos comerciantes dedicados a la exportación de la quina junto a otras casas comerciales como Otto Richter y Braillard & Co., fueron los precursores de la explotación del "árbol de oro". Los cruceños Antenor Vázquez y Vaca Díez fundaron a su vez las primeras barracas a orillas del río Beni[6].

Hasta 1880, cuando el médico y explorador norteamericano Edwin Heath descubre la conexión entre los ríos Beni y Mamoré, los establecimientos caucheros no pasan de una docena y cuentan con apenas algunos centenares de siringueros[7]. Más allá de las diferentes versiones sobre el origen de la industria, hasta esa fecha no parece posible hablar de un auténtico "boom cauchero". Antes de la expedición de Heath la industria está en sus comienzos y básicamente se desarrolla en dos áreas que no se conectan entre sí: por un lado el bajo Mamoré-Iténez, y por otra parte la región del Beni, a medio camino entre Reyes y Cavinas. En la primera zona hay un grupo de siringueros bolivianos que luego

---

de estos árboles producidos por la naturaleza en estas riberas, para obras útiles y aun de lujo a hombres y mujeres" (Maccheti 1886: 53; cf. Córdoba 2012).

4 Keller Leuzinger 1875: 45-47.

5 Torres López 1930: 247.

6 Ballesteros 1901: 40-41. Ver también las fuentes compiladas en Baptista Gumucio 2014.

7 Vaca Díez 1894: 29-31; cf. Limpias Saucedo 2005 [1942]: 180.

de la modificación de los límites fronterizos con Brasil en 1867 son forzados a abandonar sus propiedades en el río Madeira, y la segunda pronto se convierte en epicentro regional de la explotación cauchera[8]. Cuando Heath navega el Beni desde Reyes hasta la confluencia del Mamoré conecta ambas regiones, y su hallazgo resulta clave para sustentar la maquinaria logística de la industria, facilitando y abaratando de forma considerable la exportación de la goma, lo cual propicia a su vez una oleada colonizadora más sistemática del Territorio Nacional de Colonias. Los establecimientos caucheros comienzan a propagarse a lo largo de las orillas de los principales ríos amazónicos: Madeira, Mamoré, Beni, Orthon, Acre, Madre de Dios. Tal como observa Pilar García Jordán, se modifica también la política estatal relativa a la ocupación y control del territorio fronterizo: se patrocinan viajes exploratorios a las porciones desconocidas del Oriente, se gesta la implementación de una infraestructura de comunicaciones que sostenga el crecimiento económico, se aprueba la legislación que avala la colonización del territorio y la explotación de los recursos naturales, y se impulsa el establecimiento sistemático de fortines, empresas y misiones[9].

Muchas expediciones son seculares, como las de José Manuel Pando[10]. Otras son emprendidas por religiosos como fray Nicolás Armentia, misionero del Colegio de Propaganda Fide de La Paz que recorre infatigablemente los ríos Beni, Madre de Dios, Orthon, Tahuamanu y Manuripi[11]. Sin dejar de lado la agenda republicana de demarcación limítrofe, el franciscano obtiene información de primera mano sobre la hidrografía, la flora y la fauna regionales, y asimismo sobre las diversas tribus indígenas que habitan la región. Tanto en las obras de Armentia

8 Fifer 2014: 234.

9 García Jordán 2001b: 298-299.

10 "En septiembre de 1892 se nombra el personal de la expedición destinada a la exploración de los ríos del N.O. compuesta de los señores José Manuel Pando, jefe, Ladislao Ibarra, sub-jefe, Félix Müller, ingeniero; y de 30 jóvenes de la sociedad de La Paz. El programa de la expedición era el siguiente: cruzar por tierra del río Beni, al Inambary, sobre el paralelo de Ixiamas, explorar este río hasta su reunión con el Madre de Dios y estudiar este curso hasta la confluencia del río Beni, formando una colonia industrial en el punto más apropiado del Madre de Dios; este programa fue autorizado por ley de 26 de octubre de 1891, sancionada por el Ejecutivo" (Pando 1897: 25).

11 Armentia 1885, 1887, 1890, 1897, 1976 [1882]. Las expediciones de Armentia contaron con el patrocinio económico del gobierno boliviano así como también con la logística prestada por diversos caucheros: Antenor Vázquez, los hermanos Suárez, Antonio Vaca Díez, Timoteo Mariaca, Víctor Mercier, etc.

como en la inmensa mayoría de las fuentes históricas del período se replican una y otra vez los tropos retóricos de la exploración, el descubrimiento, el orden, el progreso, la asimilación de los bárbaros y la gesta pionera del colono:

> La historia de esos adalides en sus continuas peripecias y sufrimientos, es realmente la historia de verdaderos héroes del trabajo. La dificultad invencible para los industriales era el conseguir personal para el progreso de sus trabajos, esto hizo pensar en el medio de someter a los salvajes, que en abundancia poblaban los bosques en todas direcciones. A consecuencia de esta persecución que se llevó con entusiasmo por algunos años, se conocieron más ríos, navegándose el Madre de Dios y Orton hasta una distancia que pasa de 200 leguas desde su confluencia con el Beni. Asimismo, se descubrieron nuevos seringales de más o menos importancia. Con el aumento de los salvajes en la producción gomera, ésta subió luego a una respetable suma[12].

Actores y protagonistas

Mientras la industria del caucho crece de modo exponencial, se van conformando nuevos tipos de actores sociales. En primer lugar, las grandes empresas comerciales dedicadas a la importación y exportación, como la Casa Suárez, Vaca Díez, Braillard & Co., Roca, Velasco & Henicke, etc. Si bien varían en la cantidad de barracas que tienen a su servicio, todas estas empresas desempeñan el mismo papel estructural que las casas aviadoras de Brasil: adelantan mercadería o dinero en efectivo a los productores a cambio de un compromiso de provisión de goma elástica. En segundo lugar están los pequeños patrones, que cuentan con sus propias barracas y personal pero no disponen de capital propio, por lo que deben recurrir al mismo sistema de "habilito" que los trabajadores rasos. En tercer lugar tenemos a los "fregueses", que no tienen tierra ni capital pero sí algún personal a cargo, como por ejemplo los inquilinos de barracas pertenecientes a otras personas, que entran igualmente al sistema de adelanto de mercaderías por goma. Finalmente están los trabajadores o peones contratados, que trabajan para un patrón por un sueldo fijo[13].

12 Ballivián y Pinilla 1912: 67.
13 Stoian 2005: 64.

Un joven cruceño, Nicolás Suárez Callaú, aprovecha las oportunidades que brinda el nuevo escenario para consolidar en el Beni el mayor conglomerado económico que conocerá Bolivia durante el auge cauchero. Junto a sus hermanos, quienes ya trabajaban en el negocio de la quina, Suárez comienza a dedicarse intensivamente al caucho y a inicios del siglo XX maneja el 60% de la producción cauchera del país[14]. En Cachuela Esperanza, a pocos kilómetros de Riberalta, erige el corazón de su imperio en 1881: villas para albergar a los trabajadores extranjeros, luz eléctrica, hospital de categoría, restaurante y hasta un teatro que hoy sigue en pie[15]. Emulando la opulencia de los legendarios emporios caucheros como Manaos, Cachuela Esperanza es un tópico común de cualquier narrativa del período. Desde allí Suárez no sólo se consolida como eximio comerciante que abarca todas las ramas de importación y exportación, adquiere propiedades ganaderas en Trinidad –que encarga a su hermano Rómulo– o abre filiales en Inglaterra y Brasil, sino que a la vez se vuelve un referente político ineludible. Los enviados de La Paz recurren a él como proveedor logístico (guías, provisiones, medios de navegación, personal, etc.), pero también como prestamista[16]. Hasta la propia Comisión boliviana de demarcación de límites, a cargo de Adolfo Ballivián, debe recurrir a Suárez como garante cuando visita Pará para contratar una embarcación, pues el propietario no acepta la garantía del Gobierno boliviano[17].

Personajes fundamentales como Suárez nos revelan que, a la hora de movilizar la maquinaria colonizadora, las políticas estatales deben coexistir –en algunos casos de modo armónico y otros no tanto– con las iniciativas privadas: "No existía en todo aquel territorio, más autoridad que un Corregidor nominal, ni se sintió jamás la acción gubernamental boliviana; a punto tal, que encontramos gente tan perfectamente igno-

14 Fifer 2014: 239; cf. Gamarra Téllez 2007.

15 Según Fifer (2014: 240): "En el pueblo se alojaban alrededor de dos mil empleados que dependían casi totalmente de las provisiones y recursos que llegaban por el río desde Europa y los Estados Unidos, y que a su vez se ocupaban de la distribución de abastecimientos entre los millares de *siringueiros* desparramados en los dieciséis millones de acres de la selva cauchera registrados por la Casa Suárez".

16 "No sólo que nadie puso objeciones al comercio libre de la goma, sino que los empresarios dedicados a él reemplazaron al Estado como promotor, financiador y aún administrador. A ninguno se le ocurrió fundar algo así como 'Banco Gomero de Rescate' o 'Banco Nacional de la Goma' pues ese papel fue asumido por Nicolás Suárez y las casas comerciales europeas establecidas en el Oriente" (Roca 2001: 175).

17 Torres López 1930: 251.

rante de la geografía nacional, que muy seriamente solía decir: 'Voy a Bolivia' cuando se dirijía [sic] de aquellos ríos a Trinidad; gráfico error, que nadie parece haber pretendido corregir"[18]. Como queda claro asimismo en las narrativas de Ritz y Leutenegger, la delimitación de atribuciones y competencias en estas circunstancias no siempre resulta clara.

Hay en el período una cierta debilidad institucional del Estado boliviano, al que le cuesta hacerse presente en aquellas jurisdicciones remotas[19]. Tal vez el ejemplo más evidente sea la Guerra del Acre entre Bolivia y Brasil (1899-1903). Son los caucheros, y en particular Nicolás Suárez, quienes personifican –nunca mejor empleado el verbo– la defensa del territorio nacional frente a la incontenible avanzada brasileña. Con el boom económico las tensiones fronterizas están latentes a partir de 1880. El descubrimiento de la riqueza gomífera del Acre incentiva las escaramuzas entre siringueros bolivianos y brasileños. Con sus casi 200.000 km², el Acre es parte del territorio boliviano a partir del tratado de 1867. Sin embargo, en la práctica los siringueros brasileños no respetan la soberanía boliviana. La instalación de una aduana boliviana en Puerto Acre, en 1898, provoca el malestar de los brasileños, germen de su levantamiento de 1899, que termina expulsando a los escasos funcionarios paceños. Comienzan entonces las hostilidades bajo la forma de una extenuante guerra de guerrillas. Al mando de las tropas republicanas, el general Pando tarda cuatro meses en llegar hasta el Acre, y mientras tanto los brasileños atacan los establecimientos de Nicolás Suárez. Al mando de casi 300 de sus propios empleados, Suárez organiza entonces la Columna Porvenir y defiende encarnizadamente el territorio[20]. En 1902 escribe Miguel Mansilla, prefecto del Beni: "La defensa y atención que demanda el río Tahuamanu en el Alto Orton, por la invasión brasileña, es costeada exclusivamente por los industriales gomeros, y en especial por la casa Suárez Hermanos, que organiza fuerzas con su per-

18 Gutiérrez y Paz 1895: 27.

19 García Jordán 2001b: 344.

20 Las hazañas militares en la defensa del territorio nacional suelen ser descriptas en tono hagiográfico: "La Columna Porvenir, armada y municionada a costa de don Nicolás Suárez y compuesta por algunos militares y gran parte de elementos civiles, alcanzó este resonante triunfo sobre fuerzas superiores en número y pertrechos de combate. Esta columna jamás se rindió durante los ocho meses que se mantuvo su contingente de 200 plazas, siendo de notar que todo este tiempo sufragó los gastos de la campaña el nombrado señor Suárez" (Limpias Saucedo 2005 [1942]: 259-60).

sonal y armas que ha mandado recoger de distintas sucursales. Estas fuerzas organizadas por el momento, sin la disciplina militar y orden que requiere, no creo que puedan resistir mucho tiempo un estado de cosas de suyo harto peligroso. Todo esto, señor Ministro, tiene bastante alarmado a este vecindario y muy apenado al personal de la Prefectura, que ve desarrollarse los hechos sin contar con elemento alguno para conjurarlos, a no ser el patriotismo y buena voluntad de los ciudadanos bolivianos residentes en ésta que, como el suscrito, no cuentan más que con el patriotismo, porque carecen de los recursos indispensables de defensa, como son las armas y municiones"[21]. En efecto, cuando llegan las huestes de Pando ya es demasiado tarde. Bolivia debe conformarse con firmar el Tratado de Petrópolis, que cede a Brasil el territorio de la discordia a cambio de una compensación económica de dos millones de libras esterlinas y una salida al Madeira por el río Abuná –la cual más tarde se materializaría en la construcción de una línea ferroviaria[22].

Más allá de sus resultados, el origen y el propio desarrollo del conflicto nos revelan la importancia decisiva que tiene la industria cauchera para la agenda republicana en el Oriente. La empresa de colonización de la Amazonía se cifra en la fundación de ciudades, la migración masiva, la incorporación de territorios hasta entonces marginales a la administración estatal y la delimitación de las fronteras, paralela a la concesión de amplios territorios a empresas extractivas que fusionan capitales nacionales e internacionales. La industria cauchera moviliza además a otras industrias, como la ganadería o la agricultura. El auge cauchero es pues un auténtico "hecho social total" que estructura, condiciona y modela la inserción del Oriente boliviano en el imaginario nacional e internacional.

En efecto, el esplendor cauchero trasciende largamente las fronteras bolivianas. El propio Leutenegger es consciente de la efervescencia: "Se acumularon enormes fortunas y se registraban reservas aparentemente inagotables en libros y balances. El mundo pedía a gritos goma, más goma y cada vez más goma. Esta fiebre en torno del 'oro negro' también hacía subir las operaciones. Miles de toneladas descendían desde los bosques indómitos por el Amazonas. Se abrían más barracas, se con-

21 Cit. en Suárez Callaú 1928: 105.

22 Para mayor información sobre la Guerra del Acre y sus pormenores, ver Aramayo 1903; Pearson 1911: 163; Suárez Callaú 1928; Ganzert 1934; Tambs 1966; Fifer 1970: 134, 1966; Roux 2001: 527-528, 2002; Roca 2001; Stoian 2005: 73; Baptista Gumucio 2014.

trataban más trabajadores". Tanto él como Ritz quedan impactados por las riquezas de Manaos, capital de la provincia brasileña de Amazonas, que a fines de 1890 pasa de una modesta población de 3.000 habitantes a superar los 30.000[23]. Albergando firmas brasileñas, portuguesas, inglesas y alemanas, la ciudad se construye a sí misma como una urbe con reminiscencias europeas: las construcciones, los bienes de lujo, los hospitales, los parques, las bibliotecas e incluso el famoso Teatro Amazonas deslumbran a los inmigrantes europeos. Cuando en Bolivia la Casa Braillard, Clausen & Cia. se instala al mando de Federico Bodo Clausen, Riberalta se posiciona a su vez como ciudad cabecera del empuje cauchero: se traen los primeros barcos a vapor para transportar la mercadería hasta Manaos y las principales casas exportadoras comienzan a instalar sucursales en la urbe beniana.

En este escenario de prosperidad la industria se despliega a través de una red fluvial, ramificada, que con pequeñas variaciones locales es prácticamente la misma en todas partes. Un patrón o "habilitador" adelanta mercadería a cuenta a un siringuero, a quien se le asigna un "centro" o "colocación", campamento desde el cual podrá explotar las "estradas", vías de árboles gomeros que raya diariamente. Luego de un tiempo el gomero transporta la producción a la "barraca", "casa aviadora" o "siringal", sede del habilitador, auténtico locus sociológico de la industria extractiva. Allí salda parte de su deuda y recibe un nuevo adelanto de mercaderías; teniendo el patrón, a la vez, derechos exclusivos sobre la compra de la goma y la venta de la mercadería, con lo cual monopoliza tanto el circuito de producción como su reproducción[24]. Luego el patrón transporta la goma a una casa central, que administra a su vez numerosas barracas y comercializa el producto final a través de puertos como Manaos o Belem do Pará, llegando incluso hasta Europa; de hecho, como hemos dicho, muchas de las casas gomíferas más importantes como Arana, Suárez o Braillard tienen sus filiales en Londres, y la Amazonía abastece la demanda gomífera de Inglaterra, Estados Unidos, Alemania, Francia y Rusia entre tantos otros países. Basado en el circuito mercadería-goma-mercadería, pues, el sistema de "aviamento" o "habilito" constituye el auténtico motor de la industria: "La Amazonía es la tierra del crédito. No hay capital. El seringueiro

23 Fifer 2014: 238.

24 Como se aprecia en las narraciones de Ritz y Leutenegger, las casas comerciales también podían enviar sus embarcaciones hasta las barracas más alejadas para comprar la producción de goma con dinero y mercadería.

debe al 'patrón', el 'patrón' debe a la 'casa aviadora', la 'casa aviadora' debe al extranjero, y así"[25].

El factor humano

Según el barón Arnous de Rivière, el talón de Aquiles de este reino del crédito es la escasez de mano de obra. La fuerza de trabajo está compuesta por criollos, inmigrantes nacionales y extranjeros, pero también, necesariamente, por las poblaciones autóctonas, que para desesperación de los barraqueros suelen huir a la selva antes de terminar sus contratos[26]. El problema es pues doble: por un lado, conseguir trabajadores; por el otro, lograr que cumplan el tiempo contractual establecido.

Los principales debates sobre la industria del caucho giran, precisamente, en torno de las formas de reclutamiento de los trabajadores. Muchas veces la fuerza de trabajo es captada de forma voluntaria[27]. Pero otras veces no, y en esos casos el reclutamiento asume la forma inquietante del peonaje a deuda o del enganche forzoso[28]. Una vez integrados al circuito del crédito, el endeudamiento de los trabajadores deviene permanente –veremos, de hecho, lo que les sucede a los propios Ritz y Leutenegger. Y hay incluso algunos casos en los cuales el círculo vicioso de los deudores es caracterizado por testigos de la época en términos inequívocos: "Bolivia es el país de las libertades, y sin embargo,

25 Mario Guedes, cit. en Weinstein 1983: 23.

26 Arnous de Rivière 1900: 433. Melby desarrolla el mismo argumento: "La goma requiere de grandes cantidades de mano de obra barata. La única que estaba disponible eran los nativos indígenas, cuyos números eran de todos modos pequeños para satisfacer la demanda. Más aún, en su docilidad el indio no era lo suficientemente tenaz como para soportar la monotonía del empleo regular, las asperezas físicas de la recolección de la goma o la brutalidad del trabajo forzado. Consecuentemente, moría en el trabajo o se retiraba a tierras sin uso para escapar de la servidumbre. La única solución al problema era la importación de la mano de obra" (Melby 1942: 454).

27 Lema Garrett 2010; Tonelli Justiniano 2010.

28 Tomando el caso de Brasil, por ejemplo: "El siringuero tiene pocos placeres, puesto que su enfoque de la vida es forzosamente sombrío, y entonces es natural que compre ávidamente a crédito la ropa brillante y los bienes de lujo, tanto suyos como de sus mujeres, sin importar cuál sea su precio. Se trata de los artículos que desempeñan un papel tan importante en el 'peonaje a deuda', por el cual el siringuero trae su goma para la entrega y el patrón lo prepara mediante la influencia del trago antes de hacer negocios" (Woodroffe y Smith 1916: 137-138)

en Bolivia existe la esclavitud"[29]. El tema requiere algunas precisiones. Algunos testimonios hablan de "esclavitud voluntaria", pero otros no aprecian los matices y refieren "un perfecto estado de esclavitud"[30].

Hay que tener en cuenta que, al menos en las primeras décadas del boom, surgen voces críticas cuyos argumentos parecen interesados. Pasada una primera etapa colonizadora, que concentra a la población indígena en las reducciones, los religiosos y comerciantes o propietarios locales entran en conflicto por la tierra y fundamentalmente por la mano de obra indígena. En un contexto de presiones secularizadoras los caucheros buscan apoyo de las autoridades departamentales para abogar por la desaparición del sistema misional, con lo cual evitan la mediación y acceden a un trato directo con los indígenas[31]. Los religiosos, y en particular los franciscanos, contraatacan denunciando la "depravación" (alcohol, prostitución, deudas de juego) como también los frecuentes maltratos a los indígenas en las barracas[32]. Así, según el padre Santiago Mendizábal, "si la explotación de la goma ha sido beneficiosa para la industria y progreso de los benianos, en cambio, esa riqueza, por la forma de su explotación, ha sido y es actualmente perjudicial a la moral, a la religión y a las buenas costumbres, vale decir, que se inutiliza el trabajo del Misionero, porque tanto los propietarios como los empleados, trabajando sin descanso, y aún sin respetar los días festivos hanse vuelto especie de máquinas, que no hacen otra cosa que acumular goma y más goma, repitiendo a cada rato: 'la goma vale plata y no hay que perder tiempo', sin acordarse de sus obligaciones cristianas, ni si tienen alma espiritual"[33]. El punto a retener es que, más allá de las razones humanitarias, misiones y barracas compiten por la mano de obra; de hecho, según Nordenskiöld, algunos religiosos protestan contra los caucheros para seguir explotando a los indígenas como en Misión Cavinas: "No se diferencia mucho de cualquier barraca gomera. Seducidos por los altos precios del caucho, los Padres casi han olvidado que son misioneros y no comerciantes. Los cavinas viven como los trabajadores de una barraca. Reciben aproximadamente 30

29 Sanjinés 1895: 65.
30 Respectivamente, Evans 1903: 637; Matthews 1875: 35.
31 García Jordán 2001b; Córdoba 2012.
32 Sans 1888: 149; Armentia 1885: 6; Cardús 1886: 169-170.
33 Mendizábal 1932: 195.

bolivianos al mes, deben trabajar seis días de la semana para la misión y tienen grandes deudas"[34].

Por otra parte, y tal como Ritz y Leutenegger se preocupan por destacar, los eventuales excesos caucheros en Bolivia no pueden compararse sin más con las masacres masivas que perpetra en la frontera entre Perú y Colombia Julio César Arana, tristemente conocido por las denuncias del cónsul Roger Casement, que provocan un escándalo de repercusiones mundiales al tratarse de una firma registrada en suelo británico[35].

A inicios del siglo XX, las fuentes disponibles para la Amazonía boliviana son escritas principalmente por etnólogos como Erland Nordenskiöld, por políticos como Manuel Ballivián, Pastor Baldivieso o José Manuel Pando, y por viajeros como Edward Craig, Herbert Edwards o Algot Lange; a la vez, los informes misioneros desaparecen casi por completo de la escena. Nordenskiöld realiza sus primeros viajes etnográficos entre 1908 y 1909. Describe la industria de la goma: su recolección en los bosques, su bajada a las orillas de los ríos y su transporte hasta Riberalta, Cachuela Esperanza, Villa Bella y Guayaramerín. Para ese entonces prácticamente toda la economía del Oriente boliviano se basa en la goma, que se comercializa a cambio de bienes suntuarios como whisky, champagne, gramófonos, ropa de lujo o incluso diamantes[36]. El sueco denuncia los engaños de los patrones caucheros. Para los indígenas, cree, la mejor opción de integración es alejarse de las barracas y concentrarse en la agricultura –sea para su propia subsistencia o bien para el comercio. Pero el trabajo en el caucho es una calamidad que debe evitarse a toda costa:

> Podrían vivir felizmente si no estuvieran adictos a ciertos vicios, fundamentalmente el alcohol, y si no fueran oprimidos por los parásitos blancos que viven de ellos. Con ayuda del 'aguardiente' engañan a los indios y les quitan el producto de su agricultura y ganadería, y mediante la bebida fuerte los atraen hacia las barracas gomeras para que trabajen el caucho. El medio más común consiste en darle a los in-

34 Nordenskiöld 2001 [1924]: 345.

35 Sobre los casos de violencia en la época cauchera en Bolivia, ver Córdoba y Villar, *en prensa*. Para datos adicionales sobre las atrocidades caucheras en el Putumayo, ver entre otros García Jordán 2001a; Ullán de la Rosa 2004; Gray 2005; Chirif y Cornejo 2009; Barclay 2010; Paredes Pando 2013.

36 Nordenskiöld 2001 [1924]: 339-340. De hecho, de forma paradójica, Carl Moberg, el propio compañero de viaje de Nordenskiöld, lo abandona justamente tentado por las riquezas del comercio de la siringa.

> dios bebidas a crédito para que se intoxiquen, o bien prestarles dinero durante las fiestas para que compren ese maldito líquido. Cuando la fiesta y la intoxicación pasan, los indios no pueden pagar la deuda, menos aún sujeta como está a intereses altísimos, y entonces son forzados a dirigirse a una barraca cauchera. Una vez allí, por medio de diversos trucos se los mantiene en deuda con el patrón[37].
>
> En Benjamín me preguntan si hay muchos muchachos entre los chácobo. Estimado lector, ¿sabe usted lo quiere decir eso? '¿Se justifica ir hasta allí y robar esos niños para educarlos como peones?'. En el curso superior de los ríos Tahuamanu y Manuripi acostumbran a rodear las aldeas de los indios 'salvajes' y asesinar a los adultos. La presa de los saqueadores son los niños. Cualquiera que conozca los bosques de caucho puede confirmar que esto es cierto. Yo mismo he conocido un hombre bastante agradable y apacible que ganaba su buen dinero con este tipo de caza. Él mismo lo admitía. Justificaba su comportamiento en que esos indios de la selva no eran cristianos como él. Otro blanco que conoce muy bien los bosques de caucho, una vez, al tiempo que condenaba estas infamias, me dijo encogiendo los hombros: 'Sin indios no hay industria del caucho'[38].

Sin embargo, hay que decir a la vez que la mayoría de los documentos apoya más bien una lectura más matizada de las cosas: por un lado, ciertamente hay denuncias de malos tratos a los trabajadores y a los indígenas en particular; por el otro, se reportan relaciones interétnicas amistosas, casi diplomáticas, interesadas o a lo sumo estratégicas[39]. Para el imaginario cauchero, en definitiva, no todos los indígenas son iguales. Lo cual refleja sin dudas el hecho de que los indígenas amazónicos se involucran de formas muy diversas con el frente cauchero ofreciendo una variada gama de respuestas: la asimilación (trinitarios, baures, movimas), la adaptación flexible (araonas, cavineños), la diplomacia cautelosa (chacobos), la resistencia sistemática (guarayos, caripunas), etc.[40].

37 Nordenskiöld 1906: 108-109.
38 Nordenskiöld 2003 [1922]: 124.
39 Mariaca 1987 [1887]: 11-14; Mercier [1894] 1981: 4; Córdoba 2012.
40 Consecuentemente, las fuentes distinguen en cada caso a los indígenas "civilizados", integrados con mayor o menor éxito a la órbita cauchera, de aquellos otros "salvajes" a los cuales se tolera, se ignora o incluso se combate. No podemos analizar aquí la lógica constitutiva de estos imaginarios étnicos, pero diremos solamente que el contraste entre un polo "salvaje" y otro "civilizado" se reproduce en diversos niveles de clasificación: así, el discurso republicano propone una gran división entre las categorías genéricas de "indios" y "blancos", que

La caída

"Y entonces llegó la caída...", anota Ernst Leutenegger en su lacónico epílogo, titulado "Treinta años después". En septiembre de 1912 finaliza la construcción de la vía ferroviaria Madeira-Mamoré. Tres veces por semana, cubriendo un trayecto de 228 millas, el flamante ferrocarril parte de Porto Velho y llega a Guayaramirin[41]. El viaje de la goma se acorta de forma considerable y disminuyen dramáticamente los riesgos de pérdida por naufragio en las peligrosas cachuelas. Si bien se cumple el anhelado sueño del tren cauchero, ese mismo año marca paradójicamente el fin del boom.

En los mercados internacionales las casas comerciales sudamericanas no pueden competir con los precios que imponen las nuevas plantaciones británicas en Malasia. En 1872 el joven botánico Henry A. Wickham publica *Rough Notes of a Journey Through the Wilderness*, que narra su viaje hasta Manaos. En 1875 el Gobierno británico le ofrece diez libras por cada semilla de goma que pueda llevar a Londres desde Brasil. Aprovechando una serie de desatinos y arreglos oscuros, Wickham logra pasar 70.000 semillas por la aduana de Pará, las cuales dan origen en los jardines botánicos londinenses a los plantines que luego se transportan a Ceylán para instalar un centro de plantación industrial: "En Brasil se denigraba la importancia de la acción de Wickham. Primero se afirmaba que los árboles de *Hevea* no crecerían en Asia. Cuando florecieron los árboles de los *Heneratgoda Botannical Gardens* en Ceilán, se dijo que no iban a dar

disimulan la heterogeneidad de los grupos (los araonas combaten con los pacaguaras, los misioneros con los caucheros, los brasileños con los bolivianos, etc.) y de los propios actores (los "cavineños" se transforman en "tacanas", los "lecos" en "apoleños", los "pacaguaras" en "chacobos", etc.). Para complicar aún más las cosas tenemos a los trabajadores mestizos, muchas veces más numerosos que los "indios" e incluso que los "blancos". En otro nivel de análisis las fuentes descomponen el mundo "indio" en segmentos más "civilizados" (cayubabas, baures, movimas) y otros más "salvajes" (araonas, pacaguaras, caripunas), reproduciendo oposiciones más antiguas entre indios "mansos" y "bravos", "conversos" y "apóstatas", etc. En diversos niveles discursivos, pues, las mismas dicotomías se replican una y otra vez a la hora de conformar los estereotipos del indígena amazónico (Córdoba 2014, 2015).

41 Actualmente en custodia del Museo Paulista de la Universidad de San Pablo, Brasil, las fotografías tomadas por el norteamericano Dana B. Merrill sobre el proceso de construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré son uno de los mejores testimonios gráficos de la época.

goma. Cuando uno de los árboles de los Heneratgoda dio 275 libras de goma seca en tres años y medio, se dijo que la goma sería de calidad inferior. Cuando la goma fue no sólo de mejor calidad sino más barata de producir que la goma brasileña 'salvaje', los brasileños debieron reconocerlo"[42]. Treinta años más tarde, las plantaciones del sudeste asiático están listas para desbancar a las barracas sudamericanas. Las ventajas son insuperables: "Explotación intensiva (350 árboles por ha. frente a un promedio de 2 en el Amazonas), abundancia de mano de obra barata (las altas densidades de agricultores asiáticos) y una mayor calidad del producto (se había favorecido la siembra de *Hevea Brasiliensis*, la especie que da un látex de mayor calidad y se había mejorado mediante selección de semillas)"[43]. Las diferencias entre el caucho cultivado asiático y el caucho salvaje amazónico comienzan a percibirse en 1900, cuando el segundo representa sólo el 60% de la producción mundial. En 1913 la producción asiática provoca el primer descenso rápido de los precios del mercado. En noviembre la frecuencia del ferrocarril Madeira-Mamoré baja de tres viajes semanales a uno. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914, el destino de la goma elástica sudamericana queda prácticamente sellado[44]. Tal como señala Randolph Resor, el germen de la caída del auge cauchero parece estar presente desde sus mismos inicios[45]. El boom de la goma elástica dura prácticamente lo mismo que tardan en madurar las semillas contrabandeadas por Wickham.

Una juventud risueña: el caucho de Franz Ritz

No es mucho lo que conocemos acerca de la vida de Franz Ritz. Hay que reconstruir su biografía a partir de su propio relato de viaje, de retazos de información que proporcionan otros autores y del recuerdo nebuloso de alguno de sus descendientes. Sabemos apenas que emprende viaje hacia Bolivia en 1907, embarcándose en El Havre, posible-

42 Resor 1977: 344.
43 Ullán de la Rosa 2004: 186.
44 Fifer 1976: 216-223, 2014: 249-250; Roca 2001: 119. Resulta paradójico, a este respecto, que si la maquinaria cauchera se apoya en la logística de la quina culmina de la misma forma que esta industria, que cae cuando otro viajero inglés, Clements Markham, saca del Perú semillas en 1859 a pedido del Gobierno británico para empezar una plantación en los montes Nilgiri, en el sur de la India (Fifer 1976; Roca 2001: 174; Paredes Pando 2013).
45 Resor 1977.

mente contratado por la Casa Braillard de París. Decimos posiblemente porque una de las características más notorias de la escritura de Ritz, como veremos, es el anonimato: no suele revelar nombres propios y a lo sumo menciona discretamente a los protagonistas de los hechos como "Casa B", "Señor B", etc.

Tras algunas paradas menores en Vigo y Lisboa, el joven Ritz llega a Belem do Pará, viaja hasta Manaos y de allí parte hacia la antigua Bahía (Cobija). Luego de varios meses llega finalmente a Riberalta, donde se encarga del almacén de ramos generales de la empresa mientras aprovecha el tiempo muerto para aprender el castellano. Comienza asimismo a trabajar en la farmacia de la compañía, con lo cual adquiere conocimientos básicos de medicina que bastan para atender las afecciones más frecuentes de los siringueros mestizos e indígenas: dolores de muela, de estómago, malaria, etc. Como es norma en la industria, Ritz va rotando de puesto en puesto hasta que termina siendo nombrado capitán de uno de los barcos a vapor que recorren los ríos atracando en las barracas e intercambiando la goma por mercadería. Conoce también el entonces inhóspito río Geneshuaya, y así tiene lugar también su primer encuentro con los indígenas más o menos aislados que no trabajan en la recolección de goma pero se acercan no obstante a las barracas para intercambiar maíz o mandioca por bienes manufacturados.

Al regresar de su viaje por el Geneshuaya Ritz nuevamente cambia de posición. Es nombrado administrador de la modesta barraca bautizada Nueva Berna, en territorio peruano, en el curso superior del Madre de Dios, algo más arriba del actual Puerto Maldonado. Allí trabaja durante cuatro años. Conoce a los temibles "guarayos" y a los "chunchos" de la zona –seguramente parcialidades de los actuales ese'ejjas de habla tacana. Luego trabaja nueve meses más en otra barraca, ahora del río Manuripi, llamada Chotadigua.

Tras siete largos años en la Amazonía, en junio de 1914 decide tomar unas breves vacaciones en Suiza. Pero extraña la selva y a principios de 1915 está nuevamente de regreso en Riberalta. Continúa trabajando en la industria de la goma. Además de ejercer diversos oficios en ella comienza a formar parte activa de un contingente de inmigrantes que nutre la ciudad y lleva adelante proyectos de índole social: es tiempo de la creación del Club Progreso en 1919, del cual Ritz es socio fundador, de los pintorescos bailes de Carnaval, de los aguerridos partidos de fútbol que reseña con avidez la incipiente prensa local. Junto a otros inmigrantes, como Federico Hecker o los hermanos Seiler, Ritz gestiona asimismo una

iniciativa colectiva en la Municipalidad para dotar a Riberalta de luz eléctrica, proyecto que se concreta con la "Sociedad Industrial de Riberalta" y la instalación de una factoría de Luz y Fuerza en 1918[46].

El 15 de abril de 1917 Ritz tiene un hijo con una pobladora de Ixiamas, Eleodora Gonzáles, que es bautizado un año después en la iglesia de Riberalta bajo el nombre de Francisco Ritz. Al poco tiempo del bautismo la madre muere y el pequeño Francisco es entregado a los abuelos maternos para que lo críen en Ixiamas, donde reside hasta hoy. Ritz mantiene relación con el niño y la familia de la mujer hasta 1922, cuando finalmente parte de Bolivia y pierde todo contacto con ellos[47].

Cuando vuelve a probar suerte en Bolivia, se siente ya fuertemente la caída internacional del precio de la goma. Hay cierta esperanza de que tras la finalización de la Primera Guerra Mundial el precio vuelva a subir, y que entonces la industria retome su impulso, pero nada sucede y en 1922 Ritz decide regresar a Suiza. Tras más de quince años de trabajo emprende el retorno a su tierra natal con lo puesto, sin el menor ahorro.

En 1934 Ritz publica en alemán el libro que hoy presentamos en castellano, y un año después, en una revista ignota llamada *Lasso*, un artículo más breve que básicamente resume en pocas páginas algunos capítulos del mismo[48]. Se trata de la última referencia disponible sobre su vida. Contamos, sin embargo, con alguna imagen de Ritz en Bolivia gracias a otro compatriota suyo, el fotógrafo Carl Blattmann, que llega al Oriente boliviano en 1906 contratado por la Casa Braillard y termina siendo gerente de la Casa Suárez Hnos. en Cachuela Esperanza[49]. En la sede del emporio cauchero de los Suárez Blattmann fotografía las escenas típicas del período: los trabajadores, la vida cotidiana de las barracas, los indígenas benianos[50]. Como otros muchos inmigrantes anónimos que se atreven a cruzar el océano en busca de oportunidades, Ritz vuelve a su patria con la riqueza de la experiencia vivida pero sin un centavo. Su destino se pierde en Suiza, y no conocemos de él más que los recuerdos de una juventud entusiasta.

46 Hollweg 1995: 126. Sobre otros inmigrantes suizos y alemanes ver Buck 1999; Heinrich Balcázar 2005; Centeno y Fernández 1998.
47 Mirta Ritz-Howard, hija de Francisco Ritz (comunicación personal).
48 Ritz 1935.
49 Centeno y Fernández 1998: 16 (ver anexo fotográfico).
50 Centeno y Fernández 1998: 23-24.

Ernst Leutenegger, o el caucho melancólico

Sabemos más de la vida de Ernst Leutenegger. Nacido en Suiza en 1886, el joven Leutenegger manifiesta el mismo afán de aventuras que Ritz. Seducido por los rumores sobre el "oro que cae de los árboles", con apenas veinte años se embarca hacia Bolivia para enrolarse en la legendaria Casa Suárez. Junto a un grupo de compatriotas contratados por la firma parte asimismo de El Havre en septiembre de 1905 o 1906, hace escala en Oporto y llega como antes Ritz a Belem do Pará. Allí manifiesta el mismo asombro ante la opulencia fabulosa del imperio cauchero. Remonta el Amazonas hacia Manaos, y luego los ríos Purús, Acre y Manuripi hasta llegar a su destino final, Cachuela Esperanza, base del emporio de Nicolás Suárez.

La vida burocrática en Cachuela Esperanza le desagrada de inmediato. Leutenegger comienza trabajando como contable. Consigna fastidiado cada detalle de una rutina tediosa y monótona y busca cualquier oportunidad de viajar a la selva. Se embarca en el vapor "Camba", que navega el Madre de Dios recolectando la goma de las barracas que pertenecen a la Casa Suárez, y finalmente, tras solicitarlo durante cuatro años, se le destina la gerencia de la barraca Almendros, sobre el río Geneshuaya. Antiguamente la barraca pertenecía a la Casa Braillard, y por eso había sido visitada por Ritz. Cuando la Casa Suárez se hace cargo de la propiedad compra la deuda de los trabajadores del establecimiento y despide al antiguo encargado, el alemán Juan Calzow, quien es reemplazado por Leutenegger.

En Almendros el joven suizo encuentra su lugar en el mundo. Por primera vez su relato deja entrever algún tipo de sosiego existencial. Leutenegger refunda la barraca instaurando una nueva rutina y una metodología de trabajo que pronto lo ponen en buena relación con el personal criollo de la misma y también con los indígenas vecinos –en particular, con los chacobos.

Luego de seis años y dos contratos con la empresa, como Ritz en su momento, Leutenegger regresa a Suiza. Podemos suponer que emprende el viaje de regreso entre 1912-1913, cuando se inaugura el ferrocarril Madeira-Mamoré y comienza el declive del auge cauchero. Sin embargo, emulando nuevamente a su compatriota, una vez en su patria Leutenegger añora la vida en la selva y decide regresar a Bolivia ese mismo año. No ya como perito contable ni como barraquero sino trabajando

en una posición de jerarquía, organizando las estancias ganaderas de la Casa Suárez: "¡Bolivia, con su naturaleza salvaje y libre y su gente sencilla, se había convertido en mi segunda patria!".

Su relato termina allí. Sin embargo la biografía de Leutenegger es más rica, y más compleja también su relación con la industria cauchera. En efecto, a los veintiocho años, en septiembre de 1914, se casa en Londres con la joven Esperanza Suárez, de dieciocho, la hija mayor de Nicolás Suárez, "el poderoso rey de la goma" que había conocido en su primer viaje. Esperanza pasa la mayor parte de su vida en Londres y hasta es presentada en la corte del rey Eduardo VII por su tío, Pedro Suárez, cónsul general de Bolivia en Londres[51]. Los testigos de la boda son Alfredo Ufenast –el mismo que creemos contrata a Ritz en 1907– y Maude First. Gracias a este matrimonio la historia de Leutenegger se vuelve más fácil de reconstruir que la de Ritz, pues entra al círculo íntimo del gran patriarca de la goma. Se hacen frecuentes sus viajes a Inglaterra con sus cuñadas y sobrinos, con los cuales se aloja en la casa de la calle Priory Road. Leutenegger y Esperanza no tienen hijos propios pero adoptan a una niña, a la que bautizan como Blanca Leutenegger. Luego sigue trabajando para su suegro como encargado de la filial brasileña, Casa Suárez & Filhos, con sede en Belem do Pará. Leutenegger lleva a Brasil a otro empleado de los Suárez que conoce de Cachuela Esperanza, Eugen Gomringer, quien queda a cargo de la sucursal mientras él viaja a Londres. En 1923 Leutenegger y Esperanza son los padrinos del hijo de Gomringer con una pobladora local, Delicia Rodríguez, pero el niño pronto fallece; en 1925 nace otro hijo de ese matrimonio y Leutenegger y Esperanza son nuevamente los padrinos: ese niño es hoy el reconocido poeta alemán Eugen Gomringer[52].

Pese a que Leutenegger y Esperanza se separan en la década del 1930, él sigue trabajando para los Suárez en la oficina londinense y mantiene una relación cordial con Nicolás Suárez y su esposa Judith[53]. Blanca

51 Fifer 1970: 142; Durán Mendoza 2014 (ver anexo fotográfico).

52 Gomringer recuerda a sus padrinos y los obsequios que le hacían mientras él estudiaba como pupilo en Europa. Ver en los anexos la dedicatoria que le hace Leutenegger en su libro recién publicado: "Para mí es un placer especial dedicar este libro al hijo de Eugen Gomringer, que ha pasado conmigo muchos años felices en las selvas de Bolivia. El autor. Leutenegger. 24-04-1940" (comunicación personal de Eugen Gomringer).

53 Tanto en el Archivo de la Casa Suárez en Guayaramerín como en el Archivo privado de la familia de Carina Solares Suárez, en Buenos Aires, hay cartas enviadas por Leutenegger a los Suárez, así como también telegramas con saludos por

también se queda en Londres y en 1939, con apenas veintiún años, tiene un hijo llamado Michael Allan Guerraz en el hospital alemán de esa ciudad. Leutenegger comunica por carta a Nicolás Suárez el nacimiento de su bisnieto, y le informa que Blanca y el niño se instalarán en Suiza[54].

Ernst Leutenegger muere en Londres el 29 de mayo de 1942. Según reporta el secretario de la filial británica a sus socios en Cachuela Esperanza, la causa del deceso es la ruptura de un aneurisma de la aorta abdominal. De manera tal vez irónica, pero ilustrativa de la dinámica cauchera, la carta añade: "Como el finado Señor Leutenegger es deudor de la Sociedad como consta del balance al 9/1/40 enviado a Uds. tenemos derecho sobre sus efectos personales y demás haberes, éstos comprendiendo sus acciones de sociedades gomeras cuyo valor ha despreciado mucho, pero que deben mejorar con aguardar"[55]. Como tantos otros trabajadores de la goma, Ernst Leutenegger muere como deudor de la empresa.

Ritz y Leutenegger: lecturas cruzadas

Los inmigrantes europeos que llegaron a la Amazonía durante el auge cauchero fueron muchos, y es imposible menospreciar sus aportes sociales, culturales, sanitarios o económicos al desarrollo del Oriente boliviano. Inéditos en castellano, los relatos de Leutenegger y Ritz tienen entonces interés por sí mismos, como testimonio historiográfico de ese aporte, y a la vez nos brindan información significativa sobre aquellos años de gloria de la industria cauchera. La historia de ambos, como dijimos, está conectada en múltiples puntos. Ritz y Leutenegger son suizos, solteros, de veintitantos años, y viajan a Bolivia seducidos por el mismo afán de hacer fortuna y conocer un mundo nuevo. Sin más bagaje que una maleta ambos llegan al Beni entre 1905 y 1907, cuando el boom de la goma está en su punto más alto.

fiestas navideñas o cumpleaños, que atestiguan la buena relación que mantiene con su familia política más allá de la separación.

54 Archivo privado de la familia de Carina Solares Suárez. En la década de 1940, Esperanza Suárez vuelve a casarse con Octave Blanchi, un francés que también trabaja en la goma aunque sin mayor éxito. No sabemos nada más de la vida de Blanca Leutenegger o de su hijo, ni tampoco del destino posterior de Esperanza Suárez.

55 ACS/Fondo Documental Sala I.

Sin embargo, como demuestran sus relatos, las experiencias personales no fueron idénticas. En este sentido resulta provechoso comparar lo que refieren ambas narraciones. Comencemos por los puntos en común. Nuestros autores escriben a partir de la memoria de una juventud añorada. Juventud por otra parte manifiesta en una voluntad inquieta, vital, nómada, un afán romántico de aventura, de inmersión en lo exótico que el propio Ritz atribuye a "la sangre del mercenario" de los suizos. El corte entre esta época de oro y el futuro, a la vez, parece bastante claro para ambos. Tanto Ritz como Leutenegger relatan sólo una parte de sus aventuras bolivianas; temporalmente, al menos, sus memorias son fragmentarias y parciales. La narración de Ritz llega hasta su retorno a Suiza en 1914, y nada dice acerca de su segunda estadía, cuando nace su hijo Francisco, ni tampoco sobre su partida definitiva de Bolivia en 1922. Leutenegger, asimismo, relata sus primeros seis años en el Beni pero no menciona –ni siquiera en su breve recapitulación final– el desarrollo de su relación personal y profesional con la familia Suárez, su casamiento con Esperanza, los años postreros en Brasil o en Londres.

Considerando que ambos conocieron de primera mano la experiencia de las barracas –Leutenegger en Almendros, Ritz en Nueva Berna y Chotadigua–, decir que ofrecen información sobre la industria cauchera es casi una obviedad. Los textos detallan los lujos y las opulencias de Manaos, la distinción entre caucho (*Castilla elastica*) y goma (*Hevea Brasiliensis*), los procedimientos técnicos de la industria, las dinámicas laborales tanto en la barraca como en la selva, el sistema del "habilito" y el endeudamiento, el enganche de mano de obra y la trama siempre inestable de las relaciones interétnicas. Justamente hablando de la goma, tanto Leutenegger como Ritz emplean la metáfora de la elasticidad para caracterizar la laxitud del sistema judicial boliviano –sólo comparable, en el extremo opuesto, a la rigidez insólita de una burocracia tan agobiante como ineficiente.

Las penurias cotidianas, no obstante, se contraponen con la fascinación romántica por lo exótico. La apología de la naturaleza selvática es patente en ambos. Según Leutenegger "el concierto de la selva es una sinfonía grandiosa y colosal de la creación, la voz poderosa de un mundo desconocido". "Hay vida en todas partes, a izquierda y derecha, arriba y abajo", anota Ritz por su parte. Animales, plantas, insectos, aromas, texturas se suceden en un torbellino de sensaciones que los jóvenes viajeros apenas atinan a fijar en su relato. Para el joven aventurero "el viaje por el río Amazonas es una de las cosas más bellas que

uno pueda imaginarse. En el trayecto se va pasando por una galería de paisajes ribereños que prácticamente ninguna otra orilla en el mundo puede ofrecer. Imágenes de *Las mil y una noches* se deslizan como en una película cinematográfica, por delante del ojo asombrado del espectador. En cada momento la mirada se recrea en este esplendor tropical. El aire se colma de fragancias encantadoras. Los escarabajos y otros extraños insectos zumban y vibran. En ningún otro lugar del mundo la flora prolifera en una voluptuosidad tan exuberante y desenfrenada como aquí. De los inmensos árboles cuelga una maraña de lianas, en parte cubiertas de hojas, en parte densamente cubiertas por flores, que forman las guirnaldas más maravillosas". Leutenegger también intuye que la selva "sabe embaucar", y por momentos las maravillas deparan sorpresas menos agradables: "Desde hacía algunos días un sentimiento de cautiverio y encierro se había asentado sobre mi ánimo. A izquierda, derecha, delante y detrás de nosotros siempre esa valla impenetrable del bosque, esa monótona muralla verde como el muro de una prisión, que sin consideración alguna limitaba la vista hacia la lejanía".

Como puede desprenderse de estas citas, más allá de ciertas sensaciones compartidas el estilo y el tono de ambos autores son diferentes. Ritz es más discreto, inocente, casi despreocupado; tolera todo con buen humor y estoicismo. Leutenegger es más descarnado y pesimista; su prosa es melancólica, nostálgica, por momentos hasta cínica ("Una gran mariposa nocturna revoloteó en la llama pequeña y palpitante, se chamuscó sus alas entreveradas de oro y plata, y con un audible 'clac' estrelló su cabeza contra la pared. Asombrado veía cómo, al morir, los ojos de la mariposa resplandecían de color rosado"). Excepto en lo profundo de la selva, donde la existencia le parece casi utópica, o acaso más pura, nos describe una atmósfera más dura, opresiva y asfixiante. Cachuela Esperanza le parece "una colonia de presos" donde reinan la mediocridad, el tedio y el hastío: "Aquí sólo había nativos y europeos, empleados y trabajadores, estación de lluvias y estación seca, fiebre y muerte. Todo lo demás eran estupideces. Aquí se hablaba sólo de goma y de trabajo y de nada más".

Ritz preserva el anonimato casi total de los actores de la trama, y a lo sumo nos brinda las iniciales de los nombres de los protagonistas. Los indígenas son actores de reparto, opacos, anónimos ("Al final iba montado un indígena que nos habían dado como acompañante"). Más indiscreto, o más meticuloso, Leutenegger nos revela los nombres de colegas europeos, empleados indígenas, mujeres, hijos, concubinas,

victimarios y víctimas. Ritz habla de las mujeres, el sexo y el amor en la selva con cierto distanciamiento ruborizado, como si fuera todavía un jovencito adolescente –por ejemplo, cuando el grupo de amigos suizos se despierta alborotado por la aparición de "una indígena guapísima de tez marrón rojiza". Leutenegger, en cambio, detalla sin pudores las uniones sexuales y amorosas propias o ajenas: los casos más patentes son los de Espíritu, concubina indígena de Alfredo Ulmer, encargado de Cachuela Esperanza, a quien llega a comparar con Madame de Pompadour, o su propia compañera, la lavandera Rosalía ("me gustaba que mi amante de la selva anduviera siempre limpia y atildada"). También reporta sin problemas los "hijos naturales" que surgen de esas uniones, como el de su amigo Hauschild con Melchora o el de Juan Calzow con Luisa. Es irónico que al hacerlo su argumento vuelva a conectarse una vez más con la historia de Ritz y su propio hijo natural.

Como hemos adelantado, tanto Ritz como Leutenegger toman prudente distancia de las atrocidades contemporáneas de la industria cauchera en el Putumayo, que al parecer conocen. Bolivia es otra cosa, parecen decirnos. Pero nuevamente hay matices interesantes en sus textos. Ritz reconoce "algunos excesos" en las incursiones caucheras ("Los indígenas se resistieron a la marcha de los siringueros. Éstos, con ayuda de las armas de fuego, forzaban el avance. Abatían a tiros a los salvajes adultos que preferían no huir. Las mujeres y los niños, en cambio, eran llevados presos"). Pero en general nos propone una mirada de la industria más apologética e ingenua. En un pequeño ensayo de revisionismo histórico, cuestiona la idea de "esclavitud" diseminada por "historias de terror que provenían en gran medida de personas envidiosas, o de gente que conocía las condiciones sólo de oídas". Se preocupa por especificar las condiciones generales del contrato entre la empresa y los indígenas, y atribuye la mayoría de los problemas al alcoholismo o la deshonestidad de los trabajadores ("Pero sólo se recurría a esta última medida cuando se trataba de un crimen realmente importante. Durante mis muchos años de estadía esto no debe haber ocurrido más de media docena de veces. Y aun entonces abogados ávidos de notoriedad aprovechaban tales ocasiones para exagerar considerablemente los casos, propagando rumores sobre horripilantes y refinadas crueldades cometidas por los blancos. Es de tales individuos de quienes también provienen las inverosímiles historias que en esa época se contaban sobre los barones de la goma").

Leutenegger es más reflexivo, lúcido, descarnado: "Allí estaba el producto cosechado en muchas millas cuadradas de selva por personas de piel oscura, harapientas y escuálidas, y constituía el manantial del río de oro que fluía hasta los bolsillos de los especuladores de goma de Manaos, Pará, Nueva York y Londres". Sabe bien que, como confiesa Hauschild, los contratos "se hacen para ser cumplidos por los empleados y violados por la empresa". No se priva de criticar el sistema de habilito, al que caracteriza como "absurdo" por sus consecuencias no sólo para los indígenas sino para los propios trabajadores europeos ("Así, la empresa tenía a su disposición un empleado aclimatado, hábil en los negocios y con conocimientos de español, y el cien o el doscientos por ciento que la empresa ganaba con las mercancías y las bebidas le permitían subir el sueldo del segundo contrato, duplicarlo o triplicarlo. Con los altos precios de la goma, la empresa podía permitirse enviar a paseo también a los empleados con deudas"). Por momentos, las páginas de Leutenegger, y en particular el capítulo titulado "Fiebre", llegan a un tono de denuncia explícita ("La mayor parte de la población indígena llevada al río Beni nunca regresó a sus lugares de origen; como el dios Moloch, la selva digería todo"). También describe vívidamente los procedimientos del reclutamiento cauchero en Santa Cruz o en Trinidad: "Un agente de promoción llegaba con los sacos llenos de dinero, alquilaba un par de cuartos, pagaba a una banda de instrumentos de viento y empezaba el baile. Convidaban de balde a cualquiera que pasara por allí. Cualquier indígena o cualquier persona en condiciones de trabajar podía pedir un anticipo, le daban de comer y beber y podía bailar; pero tan pronto como había pedido un anticipo, ya no podía abandonar el local y le asignaban una esquina en la que dormir. Pero nadie dormía: bebían y bailaban hasta caer exhaustos. Se contaban historias maravillosas sobre el oro negro en el Beni: cualquiera se forraba de dinero, no hacía falta conocimiento alguno, dos brazos sanos significaban una fortuna…". Como bien muestran las biografías de ambos autores, ni para los propios trabajadores europeos resultaba sencillo saldar las deudas.

Leutenegger también es claro en otro punto. En la industria del caucho, los indígenas llevan siempre la peor parte: "El indígena, en cambio, tenía que doblegarse, doblegarse y volver a doblegarse". Con su objetividad habitual no escatima la descripción de la violencia o los castigos corporales. Tampoco la mecanización posterior de la industria, que a su juicio la deshumaniza. Por eso resulta llamativo que en su texto jamás hable de su vida posterior, en la cual pasa a formar parte

de la aristocracia cauchera, y que sea a la vez tan crítico con la empresa en la cual trabajó en aquellos primeros años; al fin y al cabo, no se trata sólo de su empleador sino también de su propia familia política. Tal vez sea significativo, a este respecto, que su libro recién se publica una vez que fallece Nicolás Suárez, el 9 de enero de 1940.

Cada una a su modo, las narraciones de Ritz y de Leutenegger contienen detalles etnográficos. Aquí es preciso despejar de antemano una cuestión. Como es esperable en textos del período, hay opiniones que hoy pueden resultar políticamente incorrectas: así, Ritz reporta la poca disposición al trabajo de "los negros", el "cariño animal" con que se educan los niños, las "poblaciones autóctonas de color cobrizo" o el atractivo de la "dama de piel roja". La prosa de Leutenegger no es menos áspera: "Los negros llevaban y lanzaban de un lado a otro las bolachas de goma que pesaban varios quintales. La goma de Pará no requiere embalaje alguno. Como balones en un animado partido de fútbol, las bolachas volaban por el aire. A través de jirones que hacían las veces de pantalones brillaban sudorosos y sucios los músculos de los nervudos obreros portuarios. En sus torsos desnudos se veían cicatrices mal curadas de todo tipo. En los pies y las pantorrillas las moscas revoloteaban alrededor de heridas tan grandes como la palma de la mano, leprosas, rojas como la sangre. Los nervios en estas heridas parecían insensibles. Los mosquitos y los otros parásitos que se adherían en ellas apenas se sentían. Las cicatrices de la viruela y los ojos inyectados de sangre por el consumo excesivo de alcohol daban a muchos de los obreros portuarios una expresión casi animal". Retrospectivamente estas opiniones pueden escandalizarnos, pero lo justo es ubicarlas en su contexto histórico y cruzarlas a la vez con los datos disponibles en la biografía y los relatos de los autores, que no los muestran de ningún modo como personajes desprovistos de espíritu humanitario[56].

56 Otro hilo que conecta ambas narrativas, de hecho, es el personaje conradiano de Juan Calzow, que encarna bien las ambigüedades del período cauchero. Recordemos que este auténtico Kurtz del Beni es quien informa a Leutenegger que su compatriota Ritz pasó ya por el Geneshuaya. Entre grotesco y lúgubre, conflictuado pero brutalmente honesto, Calzow es otro de los exiliados europeos que muestra los peligros del *going native*: anda descalzo por la selva, se emborracha de la mañana a la noche recitando el *Guillermo Tell*, no cumple con el papeleo burocrático de la compañía y ni siquiera produce caucho. Tiene una mujer indígena y un hijo natural, Juanchiño, y aunque no quiere volver a la civilización califica de "monos" a sus anfitriones indígenas, predicando a quien quiera oírlo una suerte de evangelio nietzscheano según el cual "sólo hay domadores y fie-

Para apreciar los aportes etnográficos de las narrativas hay que ir también más allá de una terminología anacrónica sobre "primitivos" o "salvajes", y comprobar qué dicen realmente los textos[57]. Ambos autores, para comenzar, nos muestran que hay que abandonar las lecturas simplistas: como hemos subrayado, no todos los indígenas participan del auge cauchero, ni los que lo hacen participan de la misma forma. Hay grupos que se comprometen activamente en la extracción de la goma (tacanas, cavineños), otros que se especializan en la navegación y el transporte (cayubabas, mojeños), otros en la reproducción de las barracas intercambiando bienes manufacturados por alimentos (chacobos) y otros que directamente no se relacionan con la industria (guarayos, caripunas). En la participación voluntaria de los "indígenas civilizados" Leutenegger percibe la impronta duradera de la socialización jesuita: "Cuando el mayordomo estaba ausente, era José Manuel Tirina quien asumía el mando de los trabajadores. Era un indígena de pura sangre, alto y fuerte, criado en las misiones de Tumupasa e Ixiamas bajo dirección de los jesuitas. Los indígenas respetaban a ese gigante de cuarenta años de edad como una especie de jefe tribal también en los asuntos privados. Tenía una gran influencia moral, que había crecido aún más con la autoridad que yo le conferí. Sólo quien conoce la selva con todos sus trucos y estorbos puede imaginarse qué increíble sentido de la orientación es necesario para fijar una estrada. Tirina no se servía de brújula ni de reloj y no sabía ni leer ni escribir". El elogio del indígena asimilado no lo exime de aristas cuestionables, y con su habitual ecuanimidad Leutenegger reporta también la violencia que suele legitimar la posición de privilegio de los capataces ("Dicen que Miranda es un tipo vivo, famoso por ser un excelente *montaraz*, que ha dirigido muchas expediciones contra los indígenas salvajes guarayos; mataba a tiros a los hombres y llevaba a rastras a las mujeres y los niños hasta la barraca").

ras, el palo y la zanahoria. Las buenas palabras, las peticiones y las amabilidades son interpretadas como cobardía y debilidad".

57 Por ejemplo escribe Leutenegger: "Sin la menor iniciativa y espíritu emprendedor, y sin una pizca de voluntad propia, estos nativos del Geneshuaya eran como niños pequeños y despreocupados, a veces maleducados. Y los indígenas que no mostraban estas características, curiosamente, estaban entre los peores. Apenas un indígena empezaba a pensar y actuar por iniciativa propia, pensaba y actuaba erróneamente de forma inexorable e influía negativamente en la disciplina en la barraca".

Ritz observa los hábitos regionales (p. ej. la creencia generalizada en la hechicería) y las técnicas corporales de las poblaciones autóctonas, e incluso caricaturiza un "tipo ideal" de diálogo vespertino entre un cauchero y su esposa que ilustra magníficamente las preocupaciones cotidianas. Afirma que los trabajadores indígenas pueden ser "hábiles e inteligentes", elogia la crianza tolerante de los niños y la finura de su percepción sensorial, llegando incluso a sostener que los indígenas tienen un sentido más desarrollado que el nuestro en el arte de las "percepciones telepáticas". Describe de modo gentil a los chacobos, a quienes, de acuerdo con la imagen preponderante en las fuentes, caracteriza como indígenas apacibles y amistosos. Reporta brevemente su cultura material y afirma que matan a los ancianos que no pueden sostener el ritmo de la vida de la tribu[58]. Ritz es menos generoso a la hora de caracterizar a los "guarayos", los actuales ese'ejjas, mucho más agresivos y resistentes, a quienes describe como "pobres diablos" con "aspecto grotesco". Pero a la vez tiene una mejor opinión de los "chunchos", probablemente otra parcialidad ese'ejja, indígenas amistosos y serviciales de cuyo "pobre idioma" aprende algunas palabras; de hecho, es curioso que el nombre del jefe, Hememe, sea el único que consigna en su libro. Ritz también refiere costumbres nativas como la poliginia, el uso de los perros de caza e incluso algunas notas lingüísticas: acentuación, superlativos, polisemia, muestras lexicales, etc.

De acuerdo con su costumbre, Leutenegger nos ofrece mayores detalles. Como adelantamos, una diferencia importante es que en su relato los indígenas no son actores genéricos sino que están individualizados. A veces con nombre y apellido (Apolinar Mendoza, José Manuel Tirina, Esteban Pasema, Manuel Beyuma, Sixto Cartagena, Manuel María Tamo, Deudato Duri, María Canamari, etc.), o consignando el nombre nativo si se trata de "salvajes" (Guara, Papa Econé), o aunque sea el apellido cuando se trata de los indígenas "civilizados" (Tamo, Cachari, Durán, etc.). Otras veces, en cambio, los protagonistas son individualizados por las circunstancias o bien por su destino, mayormente trágico, como en el caso de Bernardo Humaza, que se suicida y deja una fuerte

58 Un dato, hay que decirlo, que la etnografía y la etnohistoria no corroboran. Hay que recordar que muchas de las observaciones etnográficas de Ritz son indirectas, tamizadas por la inevitable mediación de guías, baqueanos, mayordomos, caucheros, etc.

impresión en el cauchero, al punto de que opta por incluir su retrato en el libro[59].

Leutenegger describe el fetichismo indígena por la cultura material cauchera, patente en un episodio tragicómico en el que lo invitan a viajar al interior de la selva para ver el libro que hace años atesora un indígena, que resulta ser la guía de horarios de los trenes del norte de Francia. O brinda también informaciones esporádicas pero interesantes sobre los adornos corporales, la poliginia, la hechicería, la crueldad con los animales capturados, la capacidad de trabajo de las mujeres indígenas, los estragos de las epidemias de gripe, la funebria o la práctica de la geofagia ("Es prácticamente imposible apartar a la gente de esta costumbre, que puede convertirse en afición vehemente..."). En su narrativa es notoria la paulatina humanización de los chacobos, a quienes comienza percibiendo como hombres primitivos de la "edad de piedra" y termina apreciando cuando se presentan a trabajar voluntariamente en su barraca, agradecidos porque él ha curado a uno de sus niños. No parece casual, pues, que Leutenegger concluya su relato pensando en ellos: "Sólo mis antiguos vecinos, los indígenas chacobos del río Benicito y del Geneshuaya, no se han dejado influenciar echándose a perder por la fiebre de la goma, sino que siguen viviendo despreocupados su vida tranquila en la selva, sin pretensiones y contentos como si el tiempo y el cambio no existieran".

Pero, como muestran las aventuras de Ritz y Leutenegger, el tiempo y el cambio sí existen. Según el historiador José Luis Roca, "a diferencia

59 Ver anexo fotográfico. Las fotografías y dibujos que ilustran cada texto merecen un párrafo aparte. Ritz reproduce veintidós fotografías, de las cuales cinco pertenecen al doctor Friedrich Ahlfeld (1892-1982), geólogo alemán que publica en varias ocasiones sus fotos sobre Bolivia. Las restantes no tienen autoría, entre ellas la titulada "Garipunas", imagen trucada y publicada en diversas versiones que hacen desaparecer a los caucheros que obligan a posar a los indígenas, agregan arbustos o alteran el nombre del grupo étnico (Córdoba 2014: 49). Pensando en la denuncia que hace el propio Ritz de la exotización artificiosa de los filmes documentales de la época, por otra parte, no parece que haya sido autor de una foto que reproduce de forma bastante ingenua el estereotipo del "salvaje amazónico". En el caso de Leutenegger, en cambio, el libro es ilustrado con grabados de paisajes y protagonistas (Esteban Pasema, Bernardo Humaza) realizados por el artista suizo Giovanni Müller (1890-1970). Lo notorio es que varios de esos dibujos son copias de las fotografías de otro suizo, el doctor Emil Rudolf Bauler (1881-1951), que pasa unos años en el Oriente boliviano entre 1908 y 1911. En el anexo pueden apreciarse algunas de las fotografías de Bauler que luego reproduce Müller.

de la riqueza minera que edificó ciudades (…), la goma no dejó sino recuerdos. Se fue como llegó, arrastrada por uno de esos vendavales que aparecen de tarde en tarde en los países"[60]. Más allá de los tonos personales, de las sensibilidades, de los matices literarios y por qué no también de sus propios silencios, los recuerdos de Ritz y Leutenegger tienen en definitiva un inmenso valor histórico. Sin caer jamás en la lectura en blanco y negro, ni incurrir en los extremos equívocos de la hagiografía (el cauchero como héroe inmaculado de la civilización y el progreso) o la leyenda negra (el cauchero como predador cruel e impiadoso), tal vez nos permitan humanizar la figura de los protagonistas del boom de la goma elástica. Nos brindan elementos para reflexionar menos apasionadamente sobre las ambigüedades, las contradicciones, los claroscuros o las zonas grises de la industria del caucho en la Amazonía boliviana; así como también, desde un punto de vista más general, sobre la importancia indiscutible que tanto el caucho como quienes le dedicaron sus vidas tuvieron a la hora de forjar el destino del Oriente y aun de la propia Bolivia.

60 Roca 2001: 177.

Franz Ritz

Cazadores de caucho en la selva

DESPEDIDA

Por las venas de todo suizo corre la sangre del mercenario. Y el suizo moderno que se busca el sustento en el extranjero experimenta a menudo el anhelo de regiones lejanas y desconocidas de los antiguos mercenarios. Apenas está trabajando en una gran ciudad en el extranjero, quiere viajar más allá y vivir nuevas cosas. No hay empleo fijo que lo retenga, y nadie es capaz de infundirle la llamada cordura. Quiere partir y se va.

Así me sucedió también a mí en el año 1907. Estaba trabajando en una casa exportadora en París. Todos los empleados estábamos obligados contractualmente a trasladarnos a una de las muchas sucursales en Sudamérica si así lo deseaba la empresa. Tales sucursales existían en Bolivia y en el Perú[1].

Un día llamaron al más antiguo de nuestros empleados a la oficina del jefe. Tuve inmediatamente la premonición de que iba a tener lugar una conversación sobre un viaje a Sudamérica. Envidiaba al afortunado que seguramente viajaría pronto. Pero después de un par de minutos, mi colega regresó con la cara colorada a nuestra oficina y notificó que el siguiente empleado con mayor antigüedad en el cargo debía presentarse ante el patrón. Yo era el tercero en antigüedad. Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando también volvió el segundo colega, y me ordenó ir a la oficina del jefe. En dos saltos me planté frente al distinguido señor y supe que efectivamente había que mandar a un empleado a Riberalta, en Bolivia. Mi jefe pronunció más o menos el siguiente discurso:

–Como sus antecesores, a la firma del contrato de trabajo usted se comprometió a trasladarse a petición mía a Sudamérica, a uno de mis establecimientos comerciales locales. Sus dos colegas se han negado a ir a ultramar y yo, pese a su contrato, no quiero obligarlos. Ahora le toca el turno a usted. Tampoco quiero ejercer coacción alguna en su contra. Puede decirme si quiere ir o si no quiere ir. Considere el asunto y deme su respuesta tan pronto como sea posible.

–Señor B. –contesté–, desde hace mucho tiempo he considerado el asunto. Acepto su oferta.

–Entonces solicite inmediatamente su equipamiento para el trópico, y esta misma tarde puede viajar a Suiza a despedirse de su familia. En ocho días sale su buque a vapor de El Havre. ¡Así que esté a tiempo de vuelta!

Esa misma tarde viajé a Suiza y llegué inesperadamente a casa. Apenas me vio, mi madre no presintió nada bueno.

–¿Tú no estarás pensando en irte a Sudamérica?

–Es exactamente lo que tengo pensado y he venido a despedirme.

–Pero espero que aún no hayas firmado ningún contrato.

–Ya está firmado y sellado en mi cartera.

Entonces se explayaron larga y extensamente sobre qué precipitada y estúpidamente había actuado. Había que anularlo todo, a pesar del contrato y de la firma.

Mi padre se opuso menos. Cuando era joven, él también había pasado algunos años en Sudamérica y fueron justamente los relatos que nos contaba cuando éramos niños los que desde hacía tiempo habían despertado en mí el deseo de partir a ver el mundo, a conocer otros países, otra gente y otras costumbres. Así que entre él y yo tranquilizamos a mi asustada madre, y tras una estadía de ocho días pude emprender el viaje de regreso a París y el viaje a Sudamérica.

Antes de mi salida de Suiza tuvo lugar un gracioso incidente en mi lugar de residencia. El día antes de mi partida fui a una fonda en el campo a tomar el aperitivo y a saludar al viejo tabernero. Nos habíamos visto tres meses antes cuando me fui a París, y entonces se había alegrado mucho de que me fuera "tan lejos" a ver el mundo. Sin embargo, ahora cuando tres meses después volvía a verme, se entablaba la siguiente conversación:

–¿Ya está usted por aquí de nuevo?

–Sí, por supuesto –contesté.

–¿Va a volver a irse a París?

–No, esta vez el destino es Sudamérica –respondí parsimoniosamente. Entonces el posadero me contestó en genuino alemán de Emmenthal:

– *Potz Millionehagel, was hesch gmacht, du donners Lumpazi?*[2].

En esa época, cuando alguien emigraba hacia América, había siempre detrás algo sospechoso, incluso criminal. Ésa era, en todo caso, la opinión en aquel tiempo entre la gente de Emmenthal.

LA PARTIDA

En El Havre me recibió un amigo de negocios de nuestra empresa, el Señor U[3]. Desde hacía muchos años era jefe de la Casa Suárez Hermanos en Cachuela Esperanza (Bolivia). El fundador de esta Casa, Nicolás Suárez, de joven trabajó la goma con sus propias manos y más tarde acabarían llamándolo el "rey de la goma". Durante muchos años soportó una existencia miserable. Pero como era un hombre inteligente supo la forma de ahorrar algo de dinero con aplicación y economía. En vez de dejar dormir el dinero, lo invertía siempre de nuevo en comprar tierras y reclutar personal. La tierra costaba poco, 10 céntimos por hectárea para fines agrícolas y 20 céntimos cuando se solicitaba para explotar la goma. En aquella época un centavo de boliviano equivalía a aproximadamente dos céntimos de moneda suiza. Como boliviano, Suárez no tenía dificultades para adquirir grandes extensiones de tierra, pues cuando no podía pagar al contado el Gobierno le concedía generosos préstamos. De ahí que cada compra fuese de 100.000 hectáreas e incluso más. En ese tiempo nuestra Casa ya estaba bien establecida y disponía de amplios fondos, aunque no del arrojo de Suárez y tampoco de la confianza absoluta que éste tenía en el futuro de la goma. Así sucedió que después de algunos años Suárez aventajó a nuestra Casa y logró tomar posesión de las mejores zonas gomeras. Esto, de hecho, no era difícil, pues en esa época, a saber en los años 1880, toda la región del Beni estaba despoblada y no había sido aún explorada. Todo estaba cubierto de selva, en la que estaban diseminados los árboles gomeros, que primero había que buscar. No se trataba de plantaciones gomeras. Consecuentemente, si se solicitaba al Gobierno 100.000 hectáreas de tierra, éste las adjudicaba sin la menor dificultad. Como no se mensuraba la tierra, los límites se fijaban normalmente mediante los cursos de agua o incluso se marcaban algunos árboles. Esto tenía como consecuencia que no se pudiese hablar en absoluto de límites, pues ni siquiera el Gobierno disponía de una delimitación clara de las fronteras del país. Para definir las fronteras con los países vecinos se acudía a los grados de longitud y latitud, así como a los grandes cursos de agua. Éstos a menudo cambian considerablemente con el transcurso de los años, de manera que más tarde se desencadenaron peleas e incluso guerras cuando tierras que hasta entonces no tenían valor de pronto cobraron mayor atención ya que el precio de la goma amenazaba con subir hasta

el infinito. Suárez estaba buscando una vía de exportación por el océano Atlántico, pues en ese entonces los pocos productos de la región del Beni aún se expedían hacia el Pacífico a través de las cordilleras. Por lo tanto, había que viajar subiendo la corriente. El descenso era más rápido y por lo tanto más barato. Fue así que Suárez emprendió un viaje bajando el río Beni para ver hasta dónde se podía llegar. Naufragó más arriba de un gran rápido y a duras penas logró llegar a tierra y salvarse junto a sus acompañantes. En recuerdo de este suceso le puso al rápido el nombre de Cachuela Esperanza (Cachuela = rápido). Adquirió todas las tierras en una amplia región alrededor de Cachuela y construyó allí su casita. Pues si la exportación río abajo era posible, entonces quien quisiera exportar tenía que descargar más arriba de Cachuela, ya que en ese lugar el río forma una cascada de más de diez metros de altura. Había que pasar, por tanto, por la propiedad de Suárez, y éste tenía derecho a exigir una tasa. Fue esto lo que hizo y así ganó mucho dinero. Los impuestos directos estaban prohibidos, pero Suárez los cobraba de manera indirecta al establecerse como el único transbordador en Cachuela. Sin su consentimiento nadie podía establecer un negocio en sus tierras y mucho menos una empresa competidora. Que nunca diese tal consentimiento resulta evidente, y hasta el día de hoy no tiene competidores.

El dinero ganado siempre se invertía. En Cachuela poco a poco fue surgiendo todo un pueblo de casas de empleados y trabajadores. Más arriba de la catarata, se introdujo una vía ferroviaria estrecha tipo Decauville, que llegaba hasta más abajo de la cachuela[4]. Los barcos de carga podían alquilar esta vía y así llevar fácilmente los productos hasta la parte navegable del río, aguas abajo del rápido, y en el regreso transportar la mercancía que había llegado allí hasta sus embarcaciones río arriba. Más tarde también se levantó un astillero propio, en el que se ensamblaban los pequeños vapores fluviales que Suárez compraba. En el momento del auge de la goma Suárez poseía varios millones de hectáreas de tierras. ¡Durante el apogeo de la goma era el mayor exportador de goma y caucho, y entonces sus ganancias ascendían a muchos millones de libras esterlinas! No obstante, siempre siguió siendo un hombre modesto, y a menudo sus antiguos amigos le daban sus buenos sablazos. Las autoridades que tenían que viajar desde La Paz hasta el Beni a menudo le hacían la vida imposible para lograr sacar algo contante y sonante. Esto es comprensible si se tiene en cuenta que tales autoridades muchas veces eran reclutadas entre gente que "cometió

alguna fechoría" en La Paz y por tanto prefería o debía desaparecer del mapa durante algún tiempo. Es decir que más bien se trataba de traslados forzosos, pues el Beni era temido por su clima insalubre. Para evitar las múltiples "sangrías", Suárez convirtió su negocio en una empresa inglesa, con sede principal en Londres, y así gozaba de la protección del Gobierno inglés.

Por lo tanto, cuando me asignaron como guía de viaje al Señor U., gerente general de la empresa Suárez, había caído en buenas manos. Aparte de mí, lo acompañaban un médico y un mecánico de coches, ambos destinados a su empresa, y un joven alemán que había sido contratado por una casa alemana en Riberalta. Nos embarcamos en el buque de vapor inglés "Anselm" de la Línea Booth. Todos nosotros teníamos boletos de primera clase. A pesar de que el buque era pequeño, aproximadamente 3.000 toneladas, a nosotros, cuatro jóvenes "trotamundos", nos parecía inmenso. La comida y el servicio eran excelentes, y rápidamente nos sentimos como en casa en el armatoste. El viaje empezó en El Havre, pasando por Vigo, Leixoes (el puerto de Oporto), Lisboa, Madeira hasta Pará, en la desembocadura del Amazonas. Llegamos allí después de unos quince días. El tiempo de viaje real fue sólo de nueve o diez días. Tanto en Leixoes como en Lisboa y Madeira hicimos paradas en las que tuvimos la oportunidad de bajar a tierra. Las impresiones de viaje que a la sazón tuvimos nosotros, los jóvenes, fueron valoradas de modo desigual según la manera de ver de cada uno de los cuatro compañeros de viaje.

Eran sobre todo los pareceres del "señor doctor" los más controvertidos, pues él, como académico, creía saber más de cualquier asunto pese a que todo era tan nuevo para él como para nosotros. Esto llevaba a discusiones de lo más regocijantes con el joven alemán, un hombre de Hamburgo que también creía saberlo todo. Incluso cuando una vez, estando en la mesa, yo llamé su atención sobre una salsa roja muy picante de pimienta roja, él ya lo sabía y se puso una buena ración en la carne y se quemó tanto la boca que sus ojos chorreaban como si fuesen una canaleta rota. Con todo, después afirmaba rotundamente que ya conocía desde hacía tiempo esta salsa, sólo que en Hamburgo no era tan picante.

Dos días antes de llegar a Pará, nuestro compañero de viaje, el doctor, nos ofreció una dosis de quinina como profilaxis contra la malaria. Todos mis colegas se tragaron el polvo amargo. Sólo yo, como buen cabezón de Berna, me negué con el argumento de que cuando llegase a la

Amazonía, con seguridad en algún momento acabaría experimentando la fiebre y que preferiría conocerla de una vez. Y realmente no tuve que esperar mucho mi "tiempo de aprendizaje". Fue el segundo día tras nuestra llegada a Pará. La ciudad (que se llama en realidad Belem do Pará) está situada casi directamente debajo del Ecuador. De ahí que uno no debía angustiarse por acabar con los pies fríos. Habíamos terminado de cenar y estábamos tomando una botella de cerveza, que con ese gran calor sentaba de maravilla. Como buenos suizos obviamente teníamos que jugar una partida de "jass"[5]. Justo quería cantar cuatro cartas del mismo palo cuando sentí un frío desagradable en la espalda. Pedí permiso para cerrar una ventana que estaba cerca. Apenas había expresado tal deseo todos me miraron asombrados, pues en el local reinaba un terrible calor y todos transpiraban como osos polares en pleno verano. Nuestro doctor me ordenó que me fuera inmediatamente a la cama, pues iba a recibir la recompensa por haberme negado a tomar su quinina. El buen hombre no estaba equivocado. Al levantarme, las paredes empezaron a bailar delante de mis ojos. Tuve el tiempo justo para llegar a mi habitación. Ahí me derrumbé y me quedé más debajo que dentro de mi cama. Los compañeros y el doctor vinieron enseguida para ver cómo estaba y me metieron al sobre. Al instante, por supuesto, apareció también la inevitable quinina. El doctor llenó una buena cucharada con el polvo blanco. Las pastillas no las llevaba consigo. La dosis me parecía realmente algo copiosa e intenté resistirme de nuevo. El doctor me dio un ultimátum: –O bien se toma lo que le prescribo o se cura usted mismo como mejor le parezca. ¿Qué otra cosa podía hacer sino aceptar lo inevitable? Pues cuando la necesidad apremia, no hay pan duro. Así, tragué a la fuerza la amarga medicina y debo haber retorcido los ojos como el perro al que por primera vez le dan una cucharada de aceite de ricino, pues el médico no pudo evitar dejar escapar una sonrisa.

El molesto procedimiento fue seguido de unos espléndidos escalofríos, acompañados de un tremendo castañeteo de dientes. ¡Toda la cama parecía dar vueltas conmigo en un carrusel! Tenía frío, mucho frío, a pesar de que mi cuerpo estaba cubierto con cinco mantas de lana. Tras aproximadamente un cuarto de hora los escalofríos habían pasado y yo esperaba que con eso todo hubiese terminado. ¡Qué equivocado estaba! ¡La fiebre acababa de empezar! ¡Y qué fiebre! Al poco tiempo la ropa de cama estaba completamente empapada de sudor. Los oídos me zumbaban como si todos los mosquitos del mundo se hubieran dado cita en mi cabeza.

Mis pensamientos regresaron a mi tierra natal. Allí debía hacer un buen frío –era el mes de enero– mientras que a mí me parecía estar tumbado sobre un horno hirviendo. Pensaba con nostalgia en las maravillosas montañas suizas, en la magia de nuestro bello e incomparable mundo alpino. Y al tiempo que los recuerdos de la patria modulaban grandes acordes en mi alma, la fiebre disminuía paulatinamente. Después de transcurrir otro cuarto de hora yacía totalmente agotado bajo mi *mosquitero*[6]. Me dolían todos los huesos como si estuviera atrapado bajo las ruedas de un camión de mudanza. No podía mover un brazo. Santo cielo, ¡en qué iba a terminar esto!

¡El corazón se me llenó de ansias de venganza! ¡Si tan sólo lograra capturar uno de esos mosquitos Anopheles (el causante de la fiebre palúdica) y que fuese tan grande como un San Bernardo y que tuviese una trompa para picar lo más larga posible! ¡Qué gran placer me daría cortar despacito esa trompa en pequeños pedazos! ¡Luego le arrancaría las alas y las patas al insecto, y finalmente golpearía lentamente con un palo al monstruo hasta la muerte!

Es sorprendente lo rápido que pasa el tiempo cuando uno devanea tales hilos de pensamiento. Y más sorprendente aún cómo la voluntad de actuar renueva el gusto por el riesgo. A la mañana siguiente ya pude levantarme de nuevo. Aparte de algo de dolor de cabeza, me sentía sano y fuerte. Mis ansias de venganza habían desaparecido, y cuando el médico se presentó con su cucharada de quinina, tragué voluntariamente el amargo polvo tropical. Incluso para un buen cabezota de Berna la experiencia es el mejor maestro. La fiebre no tuvo consecuencias adicionales, de modo que pese a todo pude disfrutar de nuestra estancia de ocho días en Pará. Por supuesto, cada día tenía que ingerir una dosis de quinina.

Pará es una hermosa ciudad con unos 200.000 habitantes; tiene calles asfaltadas y tranvías que la recorren en todas las direcciones. El bullicio en las calles es variopinto e intenso. Los negros están muy bien representados, sobre todo en la zona del puerto, donde se los emplea como estibadores. Muchos trabajan también por cuenta propia como artesanos. Son buenos carpinteros, zapateros, etc. Por lo general suelen ser muchachos fornidos. Sin embargo, por naturaleza no son muy amantes del trabajo. Les gusta más vagar por las bellas avenidas. Se ofrecen con gusto como "guías turísticos" y muestran al recién llegado dónde conseguir la mejor cerveza, con lo cual también sacan un vaso para el "guía". Ahí también se ofrecen "amigas". Se pueden conseguir en todos

los matices existentes entre blanco, rojo y negro. Pero uno las consigue igualmente sin necesidad de guía, ya que se ofrecen sobradamente por sí mismas. Las más graciosas son los ejemplares negros que se echan polvos de tocador blanco y adquieren así un color ceniciento. Se visten bastante bien y a menudo con elegancia, en la cual los marcados encajes quebrados tienen un gran papel. En el pelo lanoso por encima de las orejas y en los exuberantes pechos se ponen una orquídea u otra flor, de ser posible blanca o roja. Los colores de los vestidos raras veces son subidos de tono. Prefieren colores intermedios como rosa, verde claro, violeta y celeste. Todo este colorido compone un lindo paisaje urbano. Cuando uno está algunos días entre esta gente que deambula, charlatana y siempre riendo, uno mismo se vuelve muy jovial y lleno de vida. Cascarrabias se ven muy pocas veces. En estos parajes no tienen mucha razón de ser. La vida es fácil y sencilla. Del hambre o del frío nadie tiene que temer. Del calor es fácil protegerse reduciendo el guardarropa. No faltan bonitos cafés nocturnos e incluso hay un "Moulin Rouge". Fuera de la periferia de la ciudad hay un pequeño jardín botánico. Es un pedazo de selva virgen que han dejado y en el que se han trazado lindos senderos para pasear. Hay también un jardín zoológico creado por un suizo, el Dr. Goldi[7]. En él puede apreciarse una magnífica colección de animales vivos y disecados, que pertenecen casi exclusivamente a la fauna sudamericana.

Casi todos los días en Pará, entre las dos y tres de la tarde, de un cielo sin nubes cae una verdadera lluvia tropical, y esto sin ningún tipo de preaviso. De pronto, como si la arrojasen con cubos, el agua resuena desde el cielo. Uno no tiene tiempo para refugiarse en la entrada de la casa más cercana: así de repente cae la lluvia. Estaba sorprendido de ver a la gente pasear bajo el más espléndido de los soles con paraguas. Pero después de un día en el que acabé completamente pasado por agua, también me acostumbré rápidamente a llevar un paraguas conmigo. La chiquillería de los barrios periféricos de la ciudad, en cambio, se alegraba muchísimo con estos aguaceros. Como los pequeños hasta los cuatro a cinco años de edad retozan desnudos, en la casa no les espera un buen sermón por andar con la ropa mojada. Una vez que la lluvia ha pasado, que de hecho sólo dura entre cinco y diez minutos, un magnífico sol vuelve a salir. Entonces el aire huele enseguida como el de un invernadero. Poco antes de la caída de la lluvia reina un calor húmedo terrible; los hombres, las plantas y los animales están de capa caída. Uno se siente cansado. No bien ha pasado la lluvia, sin embargo, uno puede ver cómo

todos los seres vivos y las plantas se sienten mejor, y las cabezas se alzan emprendedoras. Lo que antes era negativo, ahora es de nuevo positivo. Una joven muchacha negra me toma del brazo y me susurra algo al oído. En aquella época yo no hablaba el portugués. ¡Lo que me acababa de murmurar la chica, sin embargo, lo entendí muy bien!

SOBRE EL AMAZONAS

Las delicias de Pará pronto tuvieron fin. Después de una estadía de ocho días nos preparamos nuevamente para emprender viaje río arriba.

¡El Amazonas! ¿Quién escucha el nombre de la corriente más amplia del mundo y no siente un soplo de romanticismo tropical? ¿A quién no le suenan, como caídos de un aire encantado, los nombres de Humboldt y Wallace?

Nos embarcamos en un pequeño vapor fluvial brasileño, el "Seringueiro", para proseguir viaje. Según criterios europeos, el barco no podía ser calificado como precisamente limpio. El armatoste de aproximadamente 300 toneladas estaba atestado hasta el techo con todo tipo de mercancías. No había cabinas. Sólo el capitán disponía de una. Como lugar para dormir, nosotros, los pasajeros, disponíamos de hamacas que se tendían en filas una muy cerca de la otra. Cuando en la noche un durmiente se movía, el movimiento se transmitía como una ola de vecino a vecino. Las dos primeras noches, evidentemente, resultó imposible dormir. Poco a poco me fui acostumbrando al extraño funcionamiento del hotel y finalmente llegué a un punto en el que nada ni nadie podía perturbar mi reposo.

La pequeña tripulación de la nave estaba compuesta de negros y brasileños morenos. Como "uniforme" llevaban un pantalón sostenido por un cinturón, en el que estaba metido el machete. Como combustible se quemaba madera dura, que era más barata que el carbón y que además los ribereños vendían ya troceada en todos los márgenes de los ríos.

Las comidas se diferenciaban mucho, desde luego, del menú de los grandes transatlánticos. Para el desayuno se servía té o café con un panecillo. ¡Sí, esos panecillos! Había algo en ellos que desde el primer momento era bastante desagradable. Y es que no sólo eran de masa de harina, sino también de cadáveres de insectos que habían volado a la

Foto 1: Lianas enredadas cuelgan de los árboles[8]

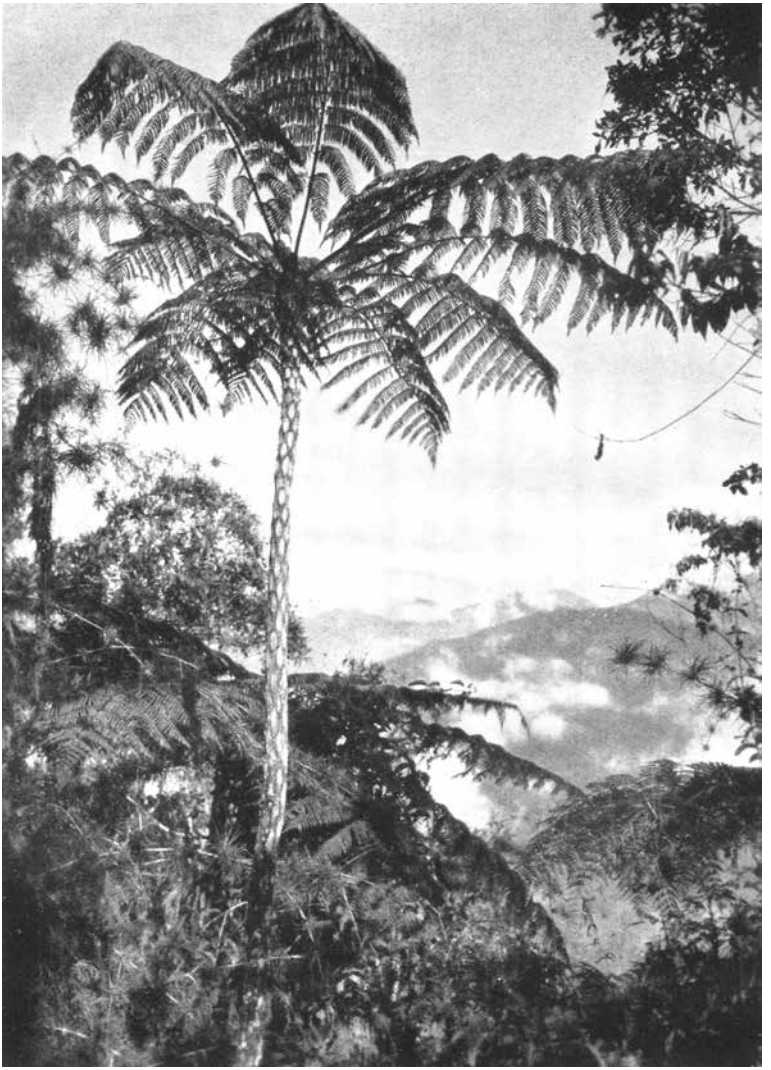


Foto 2: Helechos de rápido crecimiento en forma de árboles, que una y otra vez son desplazados por árboles de dura madera

masa mientras la amasaban. Uno puede imaginarse el gran apetito con el que mordía el pan. Partía con mucho cuidado el panecillo en dos, y trataba de quitar los bichos. Pero cuanto más aplicadamente metía mis dedos en la masa, más bichos aparecían. Era un caso perdido. Por eso me dejé de separaciones y me comía mis panecillos con el mismo apetito que el resto de pasajeros. Uno se acostumbra con extraña rapidez a estas pequeñas molestias apenas se da cuenta de que el entorno no se molesta por ellas.

El almuerzo y la cena consistían sobre todo en pacote y arroz. Pacote es una carne de buey curada con sal, más o menos desecada, que a bordo estaba atada en grandes balas como artículo de comercio.

Durante el día los negros pisoteaban de aquí para allá la carne con los pies descalzos, pues como ya he mencionado, toda la cubierta estaba llena. Si más tarde uno se encontraba con esta carne en la sopa, tenía que hacer esfuerzos para zamparse la comida. Lo que me gustaba mucho más que el pacote era la *feijoada*. Ésta es una comida típica brasileña hecha de frijoles oscuros muy harinosos, mezclados con tocino ahumado y fresco cortado en cubitos. Adicionalmente se sirve un pequeño plato de *farinha*, una harina granulada gruesa hecha de yuca tostada. La *farinha* no se come con la cuchara sino que se introduce por pizcas en la boca con ayuda de la punta del cuchillo o de una cucharilla. Los brasileños tienen tal habilidad en esto que raras veces se pierde un granito. La harina no sólo se come con la *feijoada* sino con casi todos los platos, como sustituto del pan. Se almacena en cestas cónicas de mimbre que por dentro están forradas con grandes hojas. Dos de estas cestas se ponen juntas por el lado ancho y se atan de tal manera que forman un paquete. Cada cesta tiene una capacidad de unos siete kilos y medio de *farinha*. Una de las cestas contiene harina muy tostada, la otra harina más clara; de modo que el comprador puede preparar su comida como mejor le parezca.

El viaje por el río Amazonas es una de las cosas más bellas que uno pueda imaginarse. En el trayecto se va pasando por una galería de paisajes ribereños que prácticamente ninguna otra orilla en el mundo puede ofrecer. Imágenes de "Las mil y una noches" se deslizan como en una película cinematográfica por delante del ojo asombrado del espectador. En cada momento la mirada se recrea en este esplendor tropical. El aire se colma de fragancias encantadoras. Los escarabajos y otros extraños insectos zumban y vibran. En ningún otro lugar del mundo la flora prolifera en una voluptuosidad tan exuberante y desenfrena-

da como aquí. De los inmensos árboles cuelga una maraña de lianas, en parte cubiertas de hojas, en parte densamente cubiertas por flores, que forman las guirnaldas más maravillosas. Un viejo gigante de la selva extiende hacia el azul celeste unas pocas ramas desnudas. En sus horcaduras proliferan plantas parásitas, que mandan a cada pequeña rama aún con vida miles de raíces aéreas para envolverla y finalmente ahogarla (foto 1). Al enorme tronco, espesamente envuelto como si fuera de hiedra, hace ya tiempo que le robaron la savia y se ha podrido. Cuando la próxima tormenta brama a toda velocidad por encima de la copa del gigante de la selva, el camarada se desmorona con alboroto y estruendo. Al caerse violentamente arrastra consigo pequeños árboles. Las lianas no aguantan el tirón y a su vez se parten en pedazos. Se crea un agujero en el bosque. El suelo, sin embargo, está lleno de las semillas que han caído de los árboles alrededor o que han sido arrastradas por las recurrentes inundaciones. Estas semillas aprovechan ahora la oportunidad de alcanzar la luz del sol. Germinan y tras dos o tres meses crecen hasta formar nuevos arbolitos. Son, sin embargo, sólo plantas de madera blanda, de hojas grandes, que pronto serán desplazadas por ejemplares más fuertes, hasta que un árbol de madera dura que puede hacer frente a cualquier tormenta llene otra vez el agujero (foto 2).

Los árboles de madera dura casi siempre tienen hojas pequeñas o pinnadas. Las coníferas no existen, al menos no del tipo de nuestros abetos. La única excepción es la araucaria, que en Europa se cultiva en macetas como "abeto noble". En la espesura se agitan manadas enteras de monos capuchinos, que se van de ahí a toda prisa entre fuertes chillidos. Aquí y allá se topa uno con el mono aullador rojo, que huye del barco selva adentro. Encuentra que frente a los hombres la precaución resulta conveniente. Por el aire pasan bandadas de araras, guacamayos de color azul y amarillo o rojo y azul. Siempre vuelan en pareja y uno muy cerca del otro. Rara vez se observa uno que vuele solo. En el paraíso silvestre, la fidelidad matrimonial parece sentarles mejor al señor y la señora guacamayo que la vida de soltero. No conocen ni el registro civil ni el cura o la Iglesia. ¡El matrimonio es por tanto más simple y por eso todos los señores y señoras guacamayos están casados!

En los bancos de arena, que en este inmenso río tienen también enormes extensiones, los caimanes están tendidos al sol como troncos en descomposición. Mantienen las fauces muy abiertas y sobre su hocico revolotean enjambres de mariposas irisadas de mil colores, que se deleitan con el líquido allí disponible. Desde la orilla un inmenso árbol se

ha desplomado en el agua, con la copa hacia adelante. Algunas raíces siguen aún ancladas a la tierra. Por esto tenemos que navegar sorteando la copa. Entonces algo cae ruidosamente al agua. Al mirar más de cerca me doy cuenta de que se trata de tortugas acuáticas que se están dando un baño de sol sobre un tronco que sobresale a través. Ahuyentadas por el ruido de la hélice del barco, desaparecen con la cabeza por delante en la corriente del color del mosto.

Para tomar un atajo nos metemos en un estrecho brazo del río. El bajo Amazonas tiene un sinnúmero de pequeñas islas, que a menudo son bien extensas. En una curva advierto la pequeña casita de un siringuero. Está cerca de la orilla rodeada de plátanos. Las paredes del primitivo palacio están pintadas de amarillo y verde, los colores nacionales del Brasil. Un pequeño porche, en el que está templada una hamaca, completa la construcción. Dos chicos negros desnudos corren a la orilla y saltan a una canoa, que enseguida es impulsada entre griteríos de alegría hacia la estela de nuestro vapor, en la que los alegres muchachos se dejan llevar y mecer por las olas.

Hay vida en todas partes, a izquierda y derecha, arriba y abajo. Pues también en el agua hay vida. Grupos enteros de bufeos (vacas marinas o sirenios) van y vienen alrededor de nuestro barco sacando sus lomos rosados del agua. Nunca he visto un bufeo fuera del agua. Los nativos afirman que sería un pez vivíparo. La hembra tendría dos pechos como una mujer. Este pez no se captura; por el contrario, lo protegen. La gente cuenta que devuelve a la orilla a los que se están ahogando o a los ahogados. Esta leyenda seguramente remite al hecho de que el bufeo, cuando encuentra una persona ahogada o un cadáver animal, juega con el cuerpo empujándolo de un lado a otro. Puede suceder entonces que un ahogado por casualidad acabe en un banco de arena, donde puede ser recuperado. De ahí la creencia en el bufeo "salvador". Posiblemente el bufeo coma también carroña, lo que explicaría aún mejor el comportamiento del animal.

EN LA FRONTERA DE UN FLAMANTE ESTADO

De repente llegamos a Manaos. Manaos está ubicado en el corazón de Sudamérica, en la desembocadura del río Negro en el Amazonas. La ciudad comparte el destino de los asentamientos humanos que crecen

como los hongos, pero que con la misma velocidad pierden nuevamente su razón de ser. Pues Manaos no producía nada ni tampoco tenía industrias. El lugar creció y se volvió rico cuando entre 1908 y 1913 la goma experimentó ese enorme auge que trajo a Sudamérica un raudal de oro. Los productivos gomales están situados más arriba de Manaos, hasta Bolivia y Perú. Pará fue el puerto de exportación casi exclusivo de esta inmensa región. En esa época, comerciantes hábiles se asentaron en Manaos, donde se hacían con la goma, el "oro negro" que llegaba de todos los afluentes y en general de toda la cuenca del Amazonas. Consiguiendo una diferencia de precios a su favor, revendían la goma y la enviaban a Pará, desde donde se exportaba. Sólo una pequeña parte de la goma llegaba sin intermediarios al puerto de exportación. El negocio prosperaba tanto que cada vez más gente se asentaba en Manaos y ganaba sumas astronómicas. Así, a partir de un pequeño asentamiento se desarrolló poco a poco una gran ciudad con anchas avenidas empedradas o asfaltadas. Tampoco podía faltar el tranvía, pues se esperaba que la ciudad fuera a expandirse aún más.

El lujo que existía aquí desafía cualquier descripción. El dinero no importaba en absoluto. ¡Goma, goma! Ésa era la gran cosa. Magníficas mansiones privadas y enormes palacios hoteleros surgieron prácticamente de la noche a la mañana. Había además locales nocturnos encantadores por doquier, en los que se podían encontrar todas las razas del mundo. A estos locales se llevaba a los ricos productores de goma y se los agasajaba generosamente con todo tipo de bebidas. Una vez que el estado de ánimo había llegado al punto álgido deseado, todos se sentaban a echar unas partiditas. Los envites con sumas vertiginosas no eran ninguna rareza, y se dice que incluso se dio el caso de un jugador que perdió en una sola jugada todo un barco cargado hasta la bandera, tripulación y esposa incluida. ¡Dicen que recuperó en el juego a su mujer; la goma, sin embargo, la perdió!

Llegamos a Manaos justo en Carnaval. En las calles había tanta agitación como en un bazar turco. El vino, la cerveza y el champán extranjero corrían a raudales. A nosotros, jóvenes empleados sin dinero, se nos hacía agua la boca. Un suizo que ya estaba afincado varios años allí y quien por tanto andaba mejor de caja que nosotros, nos tomó bajo sus alas, de modo que también nos divertimos lo nuestro. En todo caso, al regresar al hotel decíamos que "ayer" había estado muy bien. El doctor no nos acompañó, pues atendiendo a su posición social no

podía mezclarse con la plebe. Nosotros tres, sin embargo, lo hicimos sobradamente y lo pasamos como reyes.

Hoy en día Manaos es una ciudad abandonada. Cuando el precio de la goma, que entre 1912 y 1913 llegó a subir hasta 13 chelines por libra, cayó rápidamente, todo el mundo trató de vender todo lo que tenía para salir de allí lo antes posible. Sin embargo, fueron pocos los que lograron salvar un capital adquirido con tanta rapidez. La mayoría de los comerciantes habían invertido su dinero en goma y mercancía. Pero los precios de la goma y las mercancías bajaban a diario, motivo por el cual nadie quería comprar esperando que los precios siguieran cayendo, lo que efectivamente sucedió. Cada día traía nuevas pérdidas. Uno no podía emprender nada nuevo. Y así ocurrió que gente que antes había sido rica empobrecía en poco tiempo. Cesaron los abundantes derechos de exportación, que le habían proporcionado al Estado altos montos de dinero, y esta tendencia regresiva llevó para colmo de los males a la depreciación monetaria. Invirtiendo enormes fondos, el Estado intentó valorizar la goma. Compró con fondos propios grandes cantidades de goma, que fueron retenidas en el país. Sin embargo, la medida fracasó miserablemente, pues entretanto las productivas plantaciones de la India eran capaces de cubrir con facilidad la demanda mundial. El resultado fue un gran agujero en las finanzas públicas. El precio de la goma, sin embargo, no subió y nunca volvería a acercarse ni de lejos a los precios récord de aquellos años.

Nos quedamos sólo algunos días en Manaos. Teníamos que regresar a nuestro bote, que continuaba viaje hacia el río Purús. En algunos lugares este río llega a tener también tres o cuatro kilómetros de ancho, y muestra paisajes ribereños similares a los del Amazonas. La frondosa vegetación es interrumpida por bonitos asentamientos.

El brasileño tiene un gran sentido de los adornos de flores y plantas. Los asentamientos en los cursos de los ríos a menudo están enmarcados por paseos de palmeras o mangos. Éstos últimos proporcionan la muy apreciada manga. Su forma es parecida a la de un riñón, del tamaño de un puño. Una cáscara verde coriácea contiene la pulpa de color amarillo dorado, que encierra una semilla dura y aplanada, en la que a su vez están fijadas largas fibras. La pulpa es dulce y refrescante, aunque tiene un intenso sabor a trementina, al que uno se acostumbra rápidamente. Al que acaba de inmigrar le recomiendan no comer esta fruta, porque provocaría fiebre, lo que no debe ser cierto.

En nuestro cascarón a vapor ya nos sentíamos como en casa. Cuando nos cansábamos de contemplar los magníficos paisajes, buscábamos otros pasatiempos. Para eso en primer lugar nos servía nuestro camarero negro, con el que teníamos contacto a diario. Le escondíamos la escoba con la que cada mañana limpiaba la cubierta tan mal como era posible. Tenía también la llave de una pequeña despensa, en la que el capitán guardaba los plátanos y piñas que recibía como regalo de sus clientes, y de los que para nuestro disgusto nosotros no recibíamos parte alguna.

Un día, cuando el camarero entró en este cuarto, hice que un compañero lo llamara de urgencia al otro lado de la cubierta. En el ínterin descolgué del almacén que había quedado abierto un racimo completo de plátanos dulces de color amarillo dorado y repartí las frutas rápidamente entre nosotros y el resto de pasajeros. El negro naturalmente hizo un ruido infernal cuando se dio cuenta del desaguisado y pretendió arrebatarme el botín. Yo saqué rápidamente la escoba oculta. Mis compañeros me apoyaron con armas similares. Pusimos al negro en fuga y dimos fin del botín. Al capitán le cayó en gracia la broma y más tarde él mismo nos hacía llegar las frutas.

Continuando nuestro viaje, atracábamos en numerosos asentamientos, o barracas, como allá los llaman, para recibir pasajeros, carga y leña. La madera usualmente estaba apilada cerca de la orilla. Desde el vapor se colocaba una tabla hasta la tierra. Entonces venía la tripulación y doblando la espina llevaba mercancía y leña al vapor. Los leños tenían el largo de los que usa el panadero. Pero eran mucho más gruesos y, como eran de madera dura, eran pesados como el hierro. Sin embargo, sin mucho esfuerzo un hombre cargaba de quince a veinte de estos leños.

Con ocasión de una de estas operaciones de carga ocurrió un incidente que muestra claramente lo suelto que los brasileños llevan el cuchillo en el cinturón.

Dos miembros de la tripulación se habían puesto a pelear. Motivo: *Cherchez la femme!* Una bonita muchacha de la barraca, que andaba metida entre la gente, al parecer había prometido sus favores a los dos hombres. Cuando uno de los amantes descubrió el doble juego se inflamaron los ardores del amor, lo que no es sorprendente considerando el calor tropical. Consecuentemente, los dos pretendientes tenían que demostrar a la dama a cuál de ellos debía corresponder.

El asunto empezó primero oralmente, con mucho griterío y con mucho uso de palabrotas, que en la lengua portuguesa son tan abundantes. Luego se arrojaron leños el uno al otro. Y como tampoco por esta vía se llegaba a una solución, finalmente sacaron el machete. No se podía descartar entonces que uno de los dos gallos de pelea recibiera una cuchillada en el cuerpo y cediera su puesto al otro.

A los gritos de los presentes, el capitán, armado con su revólver, vino corriendo hasta el campo de batalla y amenazó con matar a cualquiera que sacara el cuchillo. Después de algunas idas y venidas logró finalmente restablecer la calma. El herido fue vendado y atendido. El contrincante "victorioso" fue llevado a la cubierta superior, donde lo ataron al mástil y sin compasión lo dejaron bajo el sol ardiente.

Alrededor de las cinco y media de la tarde llegamos a la desembocadura del río Acre. Allí nos enteramos de que poco antes toda la región del Acre se había declarado independiente, separándose de Brasil. Nos encontrábamos, por tanto, en la frontera de un Estado recién creado. Cuatro hombres morenos se acercaron a nuestro vapor en una canoa y se identificaron como autoridad portuaria. Cada uno tenía consigo un fusil Winchester, que estaba tirado en el fondo de la canoa medio llena de agua. Por esta razón les dieron la vuelta a los fusiles con el cañón hacia abajo y entonces el agua salió con un hermoso chorro. Yo dudaba también de que hubiera cartuchos en la recámara. No molestaron a nadie; apenas echaron un vistazo a los papeles del barco. Nuestro capitán quería entregar al navajero a la policía del Acre. Sin embargo, cuando se informó al policía de lo sucedido, éste se negó insistentemente a hacerse cargo del delincuente, puesto que el Estado del Acre no deseaba hospedar a tales criminales. Así que se desató al preso, que fue reintegrado a la tripulación después de que nuestro capitán, a modo de advertencia, le colocara el cañón de su grueso revólver debajo de la nariz. Nuestra tripulación estaba de nuevo completa y el flamante Estado no necesitaba construir una cárcel.

¿Por qué el Acre quería ser libre? La gente se quejaba de las despóticas autoridades que Río de Janeiro les solía imponer. La verdadera razón era otra. Los gomales en el bajo Amazonas estaban bastante agotados y por lo tanto ya no aportaban al país aranceles aduaneros de salida. Era obligatorio mandar todos los aranceles y demás impuestos a Río de Janeiro, lugar donde también se gastaban. Así que los acreanos debían pagar impuestos sin que se beneficiaran en nada de ellos, ya fuese en la construcción de carreteras o mediante la subvención de otras obras

públicas en la región del Acre. Consecuentemente, los acreanos querían liberarse de los impuestos directos e indirectos, o al menos querían usarlos para sí mismos. Éste era probablemente el motivo más convincente de su anhelo de libertad.

La gloria, de hecho, no duró mucho. Cuando el Gobierno tuvo noticias de la revolución envió al Ejército río arriba. Los cabecillas desaparecieron en el bosque o huyeron a territorio boliviano o peruano. Del mismo modo que la revolución transcurrió sin derramamiento de sangre, tras aproximadamente dos meses de "libertad" Brasil se apropió de nuevo del Acre sin un solo golpe de sable.

INCIDENTES QUE NO SE OLVIDAN

Incidentes no faltaban. Gracias a Dios, pues en caso contrario, me pregunto cómo habríamos matado el tiempo en este interminable viaje fluvial. Nuestra situación se volvía cada día más incómoda. A pesar del ya de por sí limitado espacio, en cada amarre subían nuevos pasajeros que nos diputaban el espacio y el rango.

Para alimentar a los recién llegados había que subir a bordo reses que debían sacrificarse. Los animales, un cruce entre vacas y cebús, andaban sueltos y había que capturarlos con el lazo, lo que requería mucha destreza, pues a menudo acometían a sus perseguidores.

Una buena docena de estos animales medio salvajes, atados a postes, esperaban el embarque a nuestra llegada. Y no se procedía exactamente de manera muy delicada. Se ata una gruesa soga alrededor de los cuernos de la res y se sujeta en el cable metálico de la grúa del vapor. Entonces la cuadrilla de negros le arrea una paliza al animal mientras la grúa se pone en marcha. Una vez alcanzada la orilla, la carga viva cae rodando por la pendiente y la grúa chirria algo más rápido para que la soga quede tensa. Una vez que el animal está en el agua, ya no es capaz de oponer resistencia y sencillamente se lo sube por los cuernos, cuelga tambaleante un tiempo en el aire y finalmente, girando, la grúa lo coloca en la cubierta inferior.

En uno de estos embarques, que en Europa provocarían gran indignación, a un toro se le partieron ambos cuernos. El animal bramaba de dolor y regresó a nado a la orilla. Allí se dirigió contra sus torturadores,

quienes con la velocidad de los monos se encaramaron a los árboles más cercanos para escapar de una muerte segura. Un negro que no logró encontrar refugio en las ramas echó a correr en dirección al río. El toro salió tras él a toda velocidad. Para su gran suerte, el perseguido alcanzó justo a tiempo la orilla y se tiró de cabeza al agua. El toro también se arrojó al río, y apenas la cabeza negra emergía en la superficie el enfurecido animal estaba ya a su lado. Al negro no le quedó otra cosa que sumergirse de nuevo lo más rápido posible. Finalmente la tripulación logró rescatar al perseguido y subirlo a bordo. Bufando, el perseguidor nadó de regreso a la orilla, donde más tarde fue capturado de nuevo y sacrificado inmediatamente. Entre risas, la tropa de negros bajó de los árboles. Por la noche hubo carne fresca en la mesa.

Por desgracia, en nuestro viaje fluvial tuvimos que lamentar un fallecimiento. En Pará nuestro guía de viaje había contratado a un joven alemán, que ya llevaba varios días quejándose de intensos dolores de cabeza y de náuseas. El médico brasileño de a bordo le diagnosticó una resaca severa como consecuencia del excesivo consumo de whisky. Administró al paciente una buena dosis de aceite de ricino, remedio contra todos los males. El supuesto doctor caminaba con aire grave e importante por la cubierta levantando el dedo índice, en el que brillaba un gran anillo de esmeralda como símbolo de su profesión. ¡De no ser por él hubiese resultado imposible reconocer al doctor! A la mañana siguiente, por fortuna, el paciente perdió la conciencia, de modo que no sufrió y falleció alrededor de las diez de la mañana. El cadáver se volvió enseguida amarillo como el azufre y en la parte posterior del cuello aparecieron manchas violetas. Ahora todo el mundo lo sabía: el pobre había muerto de fiebre amarilla. El médico de a bordo corrigió su diagnóstico con todo tipo de pretextos. Pero el muerto no se despertó.

Se me helaron los huesos cuando supe de qué enfermedad se trataba. Me había sentado diariamente junto a la cama del paciente sin tener la menor idea de que yo mismo me exponía a un grave peligro. Una picadura de mosquito, transmitida del paciente a mí, hubiera podido significar también mi muerte.

El mismo día atracamos en la pequeña localidad de Juruty, donde queríamos enterrar al difunto. No teníamos un ataúd a nuestra disposición. Por lo tanto había que poner al cadáver en su hamaca cosida. Sin embargo, la tripulación le tenía un enorme respeto a la fiebre amarilla y se resistía a cumplir con el trabajo. Algunas copitas de aguardiente tranquilizaron finalmente los ánimos. El cadáver y la hamaca fueron

rociados abundantemente con creolina y también el barco entero. Luego se ató la hamaca en un palo y dos hombres llevaron al fallecido al bosque, donde en un lugar sin árboles con vista al río fue entregado a la tierra. Casi todos los pasajeros le rindieron el último homenaje. Nosotros jóvenes europeos nos volvimos pensativos y silenciosos, pues sabíamos y nos decíamos que a cada momento podíamos correr la misma suerte. El respeto por el arte de la medicina tuvo entre nosotros un grave detrimento cuando reconocimos la impotencia del médico frente a la enfermedad.

Aquella noche, más callados y más temprano de lo habitual nos metimos en nuestras hamacas. Durante la noche el río subió con fuerza y cuando despertamos por la mañana flotábamos alrededor de las copas de árboles. ¡El río había crecido por lo menos diez metros! Con estas buenas condiciones de agua esperábamos llegar en pocos días a Bahía, nuestro destino[9].

Pero con las fuerzas del destino no hay alianza eterna posible. En medio de la noche de pronto sentimos una sacudida violenta. Las hamacas golpearon unas contra otras. Cuando nos levantamos hicimos el desagradable descubrimiento de que nuestro barco estaba atravesado en el río, con una fuerte inclinación a un lado. Con la misma celeridad que el agua había subido, había bajado. Nuestro cascarón estaba encallado en un banco de arena y ni con maldiciones ni con buenas palabras se podía mover. Lo que era peor, por unas varas que clavamos en la ribera nos dábamos cuenta de que el agua seguía bajando aún más. Nos hubiera gustado mucho arribar por fin a Bahía, donde la Casa Suárez, a la que pertenecía nuestro guía, mantenía una sucursal. Pero, ¿cómo podíamos llegar hasta allí? Era imposible dar con una lancha a motor. Ni siquiera se podía avistar una canoa. Pero la necesidad agudiza el ingenio. A nuestro guía de viaje se le ocurrió la idea de arriar el bote salvavidas de hierro del vapor. Quería viajar en él hasta Bahía. Conocedor del río, él asumía el papel de piloto, mientras que nosotros, los tres empleados –el médico no quiso venir– debíamos remar con unos remos de tracción completamente inútiles en esos lugares. Pues cuando el nivel del agua es bajo, la corriente en el estrecho río es bastante fuerte. Además, el lecho del río está lleno de los árboles que el agua ha ido arrastrando y que sacan sus ramas por todas partes. Por lo tanto no hay sitio para emplear los remos de tracción, ya que siempre chocan con esos obstáculos. Nos embarcamos, no obstante, y con espíritu emprendedor nos alejamos del barco. El resultado fue que después de quince minutos de trabajo

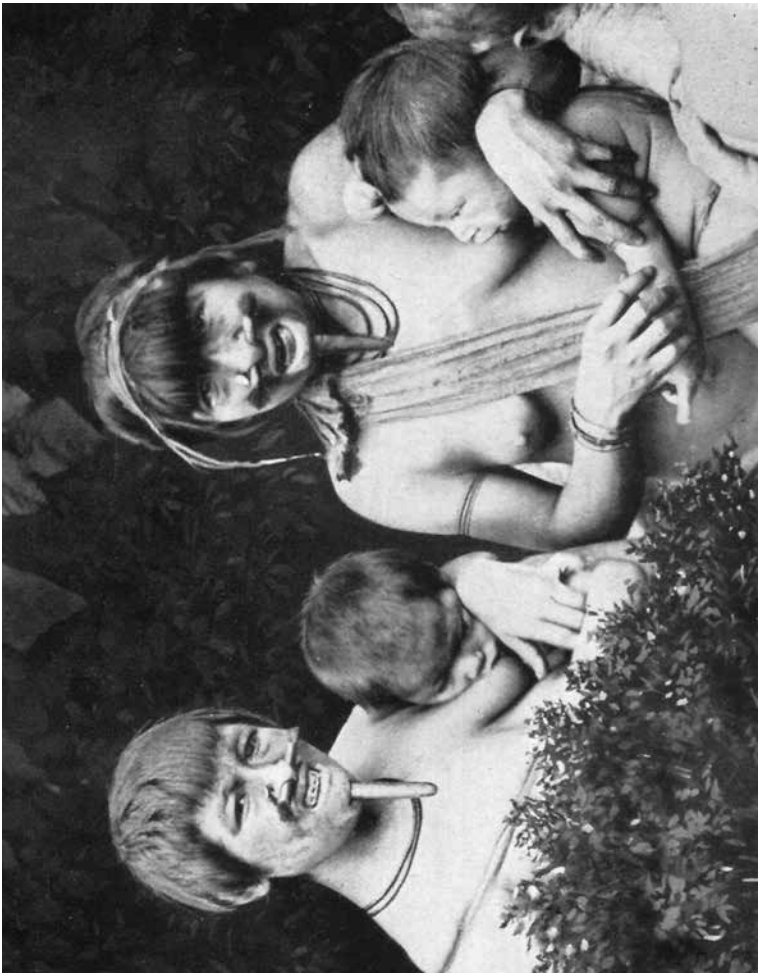


Foto 3: Indígenas garipunas del río Madeira, hombres primitivos viviendo en estado salvaje

Foto 4: Paisaje ribereño. Un tapiz verde impide la vista al interior del bosque

duro –ninguno de nosotros sabía remar– llegamos a la orilla opuesta a un kilómetro más abajo del vapor, donde nos agarramos de la maleza. ¡La corriente resultó ser más fuerte que nuestras desentrenadas fuerzas! Después de descansar un rato emprendimos el viaje de retorno y tras más o menos una hora llegamos nuevamente a la altura del barco. Pero ahora por lo menos estábamos en la orilla donde la corriente no era tan fuerte. Nuestro orgullo no nos permitía volver al barco, así que pasamos de largo. Entretanto también habíamos aprendido a manejar mejor los largos remos. Por lo que pudiera pasar teníamos a bordo conservas, coñac y whisky en buenas cantidades. Con el fin de presentarnos correctamente cuando llegáramos a Bahía, nos habíamos vestido con ropa blanca de dril. No llevábamos otro equipaje porque suponíamos que el vapor pronto estaría nuevamente a flote y llegaría a Bahía.

Yo me esforzaba en colaborar aplicadamente. Sin embargo, los largos remos exigían mucha más fuerza de la que me había imaginado. Al poco tiempo mis manos estaban desgarradas y sangrando. Y para empeorar las cosas, como consecuencia del esfuerzo excesivo, me daban náuseas. Ya no podía más. Estaba forzado a abandonar la carrera. A mis dos compañeros no les resultó molesto cuando le anuncié al "piloto" que había llegado al límite de mis fuerzas. Así que decidimos ir a tierra. Un lugar poco profundo en la orilla parecía prestarse muy bien a tal fin. Cuando el bote tocó fondo, nuestro piloto ordenó:

–¡Puntero, fuera!

Puntero designa al hombre situado delante, que tiene que abandonar el bote de un salto y que lo amarra en un poste o un árbol.

El joven alemán a quien iba dirigida la orden se puso en posición en el acto para saltar. ¿Cómo describir nuestros sentimientos cuando tras un breve respiro observábamos cómo nuestro puntero se hundía al instante hasta el ombligo en el blando lodo?

–¡Oh, Dios mío, mi lindo pantalón nuevo! –gritó el desventurado en su miseria. Pataleaba como un ratón que de pronto se ha caído en la confitura. En un primer momento no sabíamos si reír o llorar. Pero la escena era tan graciosa que finalmente, como respondiendo al unísono a una señal, estallamos en una risa homérica.

Yo era el siguiente al que le tocaba abandonar el bote. Por supuesto que quería ser más avispado que mi antecesor. Me subí al borde del bote y… resbalé. ¡Pataplaf! Me caí de barriga en el agua amarilla como el mosto.

Una nueva salva de risas me saludó cuando emergí de las turbias aguas. En estos casos, raras veces uno recibe compasión y un cristiano amor al prójimo. Para salvar la situación, con una sonrisa fría me paré al lado de mi "compañero de infortunios" y uniendo fuerzas empujamos el bote hasta la orilla, de modo que los demás integrantes pudieron bajar sin correr peligro.

Descargamos los víveres y las bebidas. Después de que los dos "hombres de barro" nos lavamos en el río como pudimos, hicimos un agradable picnic que nos compensó del indeseado bautismo de barro y agua. No teníamos ropa con que cambiarnos. Sin embargo, el fuerte sol hizo que nuestros envoltorios se secaran rápidamente. Naturalmente desistimos de continuar viaje, pues reconocimos que remar río arriba en el pesado bote de hierro superaba nuestras fuerzas. Unas copas del inevitable whisky y algunos sándwiches hicieron que pronto recuperásemos nuestro buen humor.

Hacia las cuatro de la tarde iniciamos el retorno al vapor. La bajada fue rápida y sin remar. Después de media hora alcanzamos el punto de partida de nuestra "expedición", y efectivamente además del daño no faltó la burla de nuestros compañeros de viaje.

Después de habernos bañado y habernos puesto ropa limpia, sin embargo, nos vengamos. Abrimos una caja de champán y llamamos la atención organizando una francachela con champán, para envidia de quienes se habían burlado de nosotros. Cuando el viejo aduanero vio la francachela, nos felicitó por nuestro espíritu emprendedor. Naturalmente recibió una copa del precioso líquido. ¡El asunto era contagioso! ¡Pronto quienes se habían burlado de nosotros se reunían de nuevo a nuestro alrededor como buenos y convencidos amigos!

Nos quedamos varados en medio del río durante unos tres días. Cayó por fin una fuerte lluvia tropical. Debajo del fondo del barco empezó a borbotear. De pronto la popa giró bruscamente, fuimos propulsados contra la orilla de enfrente y nuevamente flotábamos. Se encendió la caldera. Al día siguiente llegamos por fin sanos y salvos a Bahía.

EN EL ESCENARIO BÉLICO DE LOS REYES DE LA GOMA

Bahía, el destino de nuestro largo viaje, era en ese momento un pequeño asentamiento que apenas consistía en el establecimiento comercial de Suárez, el almacén de goma correspondiente y algunas cabañas indígenas[10]. Uno habría buscado en vano el lugar en un mapa general de Sudamérica. Hoy en día, en cambio, figura en el mapa con el nombre de Cobija.

Nos recibió el director de la sucursal de este lugar. ¡Como bienvenida nos sirvieron cerveza y salchichas tipo Viena de Lenzburg, Suiza! El buen hombre ya no disponía en su almacén de otros artículos para un banquete, pues desde hacía mucho tiempo esperaba con impaciencia nuestro vapor, que debía traerle nuevos víveres. La mayor parte del cargamento de nuestro armatoste estaba destinada a la Casa Suárez. La descarga fue rápida y "libre de aranceles". Nuestra buena marca de whisky así lo facilitó. Durante la descarga, un trabajador se rasgó una herida y cuando el aduanero vio un par de gotas de sangre se desmayó sin tardanza. ¡Tuvo que ir a acostarse, pero antes dio la orden de que se descargara sin su presencia! Más tarde, por supuesto, recibió la propina deseada, y así todas las formalidades de aduana quedaron concluidas. La propina correspondía más o menos al impuesto aduanero correcto, o incluso era más alta. Pero de este modo todo transcurrió sin problemas y sin mayor fisgoneo. Sin embargo, el tiempo que el vapor estuvo atracado en el puerto, el aduanero nos visitaba dos a tres veces al día para hacerle los honores a nuestro whisky.

Desde Bahía teníamos que atravesar el bosque para alcanzar el río Tahuamanu. El Tahuamanu conforma junto al río Manuripi, que desemboca más abajo, el río Orthon, que a su vez desemboca en el río Beni, destino de nuestro viaje. El camino que atravesaba la selva tenía treinta a cuarenta kilómetros de largo y en la barraca Porvenir, perteneciente a la Casa Suárez, alcanzaba el río Tahuamanu. Cada uno de nosotros recibió una mula para montar. Un día antes, nuestro equipaje fue enviado en carretones de bueyes a Porvenir. Se hicieron los preparativos del viaje mientras nuestro guía aún hacía una pequeña inspección de la sucursal Bahía. Esto nos dio a nosotros, nuevos inmigrantes, algo de tiempo para conocer más de cerca el lugar.

Bahía fue creada como sucursal porque hasta ese lugar es posible el tráfico de barcos a vapor desde Pará, aunque sólo en la época de lluvias. Por lo tanto era posible traer mercancías de ultramar hasta Bahía con un solo transbordo en Pará. La goma se podía despachar de la misma manera hasta Pará. Además, en la región del Acre los sueldos, las mercancías y los fletes eran aproximadamente un treinta por ciento más baratos que en Bolivia.

Este hecho había motivado que U., el gerente general, antes de su salida a Suiza, diese instrucciones a los dos jefes de Bahía y Porvenir de que construyeran en su ausencia una carretera que uniera las dos propiedades.

En aquella época el personal de Suárez ascendía a casi 5.000 almas, que la Casa tenía que alimentar y vestir. Todos los artículos de primera necesidad para el sustento de esta población en esos tiempos eran enviados casi exclusivamente desde Pará vía Manaos a la localidad de San Antonio, ubicada en el río Madeira. Desde allí las mercancías tenían que trasladarse en barcas de remos hasta Villa Bella, en la frontera entre Brasil y Bolivia. Este transporte era extraordinariamente caro, pues de San Antonio hasta Villa Bella los barcos necesitaban dos meses de un viaje fatigoso y peligroso. En este trecho el río Madeira cuenta con no menos de 22 rápidos, que había que pasar. En un gran número de ellos había que desembarcar la carga y volverla a llevar sobre las espaldas hasta más arriba del rápido. A veces era incluso necesario llevar los pesados botes por caminos de rodillos hasta aguas navegables más arriba. Si se considera que se usaban barcazas con una capacidad de hasta 15.000 kilogramos, uno puede imaginarse el tremendo trabajo que todo esto significaba. Lo más peligroso era la fuerte malaria. Parecía que los dañinos mosquitos Anopheles se reunían justo en esos lugares, esperando a sus víctimas. Cuando en la noche los fatigados trabajadores se echaban en sus hamacas para descansar sin cerrar bien el mosquitero, algunos de estos irritantes incordios se colaban con facilidad hasta el durmiente. Si el hombre recibía una picadura, la fiebre alta estaba asegurada, y muchas veces los debilitados cuerpos sucumbían a la malaria. Así, en un solo viaje a menudo había que lamentar varias muertes.

Además, en ese tiempo solían aparecer los indígenas garipunas que vivían en los bosques de esa región, y a quienes no les disgustaba asaltar y robar a las tripulaciones débiles (foto 3)[11]. Entre otros mataron a un hermano de Suárez. Éste había viajado de Cachuela Esperanza a San Antonio. En el transcurso del viaje recibió la visita de un grupo

de garipunas. Como era usual, les hizo algunos regalos para que no lo acosaran. En esta ocasión quiso averiguar si los salvajes eran realmente tan buenos arqueros como se afirmaba. Por tanto les exhortó a que disparasen con flechas a un blanco. Para hacer entender a los indígenas que él también era un buen tirador, disparó con su fusil Winchester al mismo blanco y con mayor éxito que los indígenas con sus flechas. Uno de los indígenas parecía interesarse por un arma que nunca había visto y le hizo entender a Suárez que él también quería disparar una vez con el rifle. Ingenuamente Suárez le explicó el mecanismo y le entregó el fusil. De pronto el pérfido salvaje volvió el arma contra Suárez y lo mató de un tiro. En ese momento los indígenas restantes se abalanzaron sobre los trabajadores, asesinaron a quienes no lograron huir y robaron todas las mercancías que fueron capaces de cargar. Los pocos sobrevivientes lograron volver más tarde a Cachuela Esperanza e informaron del incidente. Después de un tiempo, el indignado Suárez envió a la zona una expedición de venganza. Como era usual, bajó el río Madeira con botes cargados de goma. Tal como se esperaba, una noche apareció un grupo de garipunas que se acercó a los botes dotados de una numerosa tripulación. Como era costumbre, se les dieron regalos y se les sirvió té dulce. Más tarde se pasó al aguardiente, que los salvajes no desprecian en absoluto. Sin embargo, Suárez había envenenado parte de la bebida con estricnina, y fue esa parte la que les ofrecieron a los salvajes, mientras que ellos brindaban con buen aguardiente. Poco tiempo después, el grupo se convulsionaba en retorcijones mortales. Suárez había vengado a su hermano. Éste era el tipo de dificultades con las que había que contar en la ruta del Madeira[12].

También el trayecto de Bahía a Porvenir por tierra tenía sus desventajas y dificultades. Para transportar goma y mercancías se usa una trocha de mulas muy deficiente. Las mulas sufren de una epidemia usual en esta zona (peste de la columna vertebral), que a menudo aniquila una recua de 60 a 80 mulas en el plazo de dos semanas. Como los animales no pueden ser asegurados, y como cada animal llega a costar hasta 200 bolivianos, esto supone en cada caso una gran pérdida para los propietarios. Si bien con el tiempo se había ampliado la trocha, de modo que se la podía transitar con carretón de bueyes, este tipo de transporte era muy caro pues a cada carretón había que enganchar por lo menos seis bueyes, que podían arrastrar un máximo de 1.200 kilogramos. Para recorrer los 40 kilómetros necesitaban dos días. Así que cuando Suárez necesitaba trasladar entre 40.000 y 50.000 kilogramos requería un enor-

me hato de ganado y mucho tiempo hasta que el transporte se había ejecutado. Adicionalmente tenía que organizar enormes pastizales, pues los animales no pueden alimentarse en el bosque como la mula. No existen pastizales naturales.

A fines de transporte tanto una ruta como la otra eran muy caras y fatigosas. No en vano en esos tiempos se decía popularmente: "*Bolivia es el país de los inconvenientes*".

Por esta razón, Suárez, con miras al futuro, hizo construir a su costa una especie de carretera de Bahía a Porvenir. Realmente dio buen resultado y los altos montos invertidos valieron la pena.

Junto a nuestro vapor llegaron a Bahía dos automóviles Saurer desarmados. Después los llevaron a Porvenir, donde el chofer, nuestro compañero de viaje, los montó. Más tarde me contaba lo divertida que fue la recepción de los vehículos.

Para el ensamblaje le dieron algunos indígenas, que resultaron ser trabajadores hábiles e inteligentes. Éstos vieron cómo iban surgiendo los vehículos. Llegó el día de las pruebas de conducción. Todo el mundo esperaba lo que estaba por venir. Se llenó el depósito de gasolina y el chofer giró la manivela. Al escuchar el ruido, los indígenas brincaron lejos del vehículo, pero pronto volvieron al ver que el chofer estaba tranquilo en su asiento: después de que el motor sonara varias veces, el chofer aceleró y el vehículo avanzó. Esto sí que fue demasiado para los indígenas. Pues para ellos un carro que no tenía seis bueyes tirando de él sólo podía andar si el diablo estaba metiendo la mano. Huyeron de allí y se escondieron en el bosque. A través de los árboles miraban con recelo los movimientos del supuesto cajón mágico. Pronto, sin embargo, estaban convencidos de que el asunto era inofensivo y se acercaron desconfiados, como son ellos, al lugar del espectáculo. Pocos días después, esta gente inteligente ya había perdido cualquier temor. Dos o tres meses después el chofer ya había formado a dos automovilistas auxiliares autónomos.

Pero ahora volvamos a Bahía. El lugar desempeñó un papel importante en la llamada Guerra del Acre. En ese entonces la frontera boliviana se extendía lejos hasta más abajo de Xapuri, una ciudad en la desembocadura del río Xapuri en el río Acre. La mayor parte de esta región pertenecía a la Casa Suárez, que explotaba los ricos gomales. Cuando el precio de la goma subió, muchos siringueros brasileños se fueron al Acre y se asentaron en la orilla izquierda brasileña. Habían arruinado

sus propios bosques pues usaban *machadinhos* de acero para picar los gomeros. El *machadinho* es un pequeña hacha de diez centímetros, con una cuchilla de aproximadamente tres centímetros de ancho colocada en un mango de madera de quizás 1,20 hasta 1,40 metros. Con esta herramienta se corta la corteza del árbol de la goma (*Hevea brasiliensis*) y al mismo tiempo también el fino tejido que se encuentra debajo, en el que corre la blanca leche, la goma. Como los brasileños usaban *machadinhos* de acero, que se podían afilar mucho, generalmente no se cortaba sólo el tejido lechoso sino que también se dañaba la madera debajo de éste. La consecuencia era que el árbol enfermaba. En su tronco anidaban los gusanos de la madera y finalmente se desmoronaba podrido.

Curiosamente la goma sale mucho más abundantemente de una herida causada por un hacha de acero que de una herida cortada con un hacha de hierro. Por esta razón los brasileños preferían usar siempre el *machadinho* de acero. La consecuencia de esta explotación abusiva fue que en el lado brasileño los árboles gomeros eran cada vez más raros. No obstante, a los brasileños no les faltaba una solución. Se trasladaron, primero a escondidas, más tarde incluso "oficialmente", a la orilla boliviana del río, y se asentaron en los distritos gomeros de la Casa Suárez como si la zona les perteneciera. Finalmente se produjeron verdaderas luchas entre los trabajadores brasileños y los bolivianos. Como el precio de la goma no paraba de subir, al Gobierno brasileño no le disgustaban estos tiroteos y mandó fuerzas armadas regulares al Acre para defender a su gente "agredida". Una de las veces que, como ya lo había hecho antes, Suárez quiso expulsar a algunos intrusos brasileños de su zona con ayuda de la "Ley N° 44" (fusil Winchester, calibre 44), usual en esta región, de pronto se encontró frente a tropas brasileñas. Éstas expulsaron a los bolivianos de sus propiedades y se apropiaron de gran parte de la región, incluida la goma. Además exigieron por vía diplomática en La Paz satisfacción por los asaltos de bolivianos a ciudadanos brasileños. Le dieron la vuelta a la tortilla. En vez de negociaciones entre trabajadores, ahora se decía: ¡conflicto entre Bolivia y Brasil!

Los brasileños lo tenían fácil. En corto plazo pudieron enviar tropas al Acre, pues los ríos hasta allí son navegables. En cambio, los bolivianos tenían que recorrer un largo y penoso camino por tierra. Sólo los indígenas saben orientarse en esta región selvática impracticable.

Entretanto, para defender sus propiedades con sus trabajadores, casi todos ellos indígenas, Suárez mantenía en jaque como podía a las tropas brasileñas, quienes en la selva, por supuesto, tampoco eran muy

móviles. Aunque disponía de varios centenares de hombres no logró oponer resistencia al Ejército brasileño, relativamente bien armado, y cuando por fin después de casi tres meses llegaron las tropas bolivianas bajo el mando del General Pando, la mayor parte de la región ya había sido ocupada por los brasileños. A Bolivia no le quedó otra opción que corregir las fronteras. Toda la región en disputa fue cedida al Brasil mediante un tratado. Suárez perdió sus gomales y el Estado de Bolivia un pedazo de su territorio que era más grande que Suiza.

El siguiente episodio muestra cómo se hacía la "guerra" en aquella época.

Algunos indígenas, fieles partidarios de Suárez, habían averiguado que la barraca Bahía, en la que se encontraba almacenada gran cantidad de goma y mercancías, había sido tomada por los brasileños de la noche a la mañana. Los habitantes de la barraca habían sido asesinados a tiros o hechos prisioneros. La goma y las mercancías, en cambio, seguían allí.

Por la noche rodearon la barraca con toda la gente disponible, que a la mañana siguiente abrió un intenso fuego contra la casa. Los asediados estaban, sin embargo, bien provistos de munición y respondieron al fuego con la misma intensidad. Suárez, presente en la lucha, se dirigió colérico a un guerrero indígena que se encontraba a su lado:

–¡Qué diablos! Si lograra prender fuego a la cabaña sobre las cabezas de estos jod… *macacos* (mote injurioso con el que se designa a los brasileños)...

–Es cosa fácil, patrón –contestó el indígena–. Pero entonces también va a arder la linda goma.

–Eso no importa en absoluto. Con tal de que se logre aniquilar por completo a estos macacos.

El fiel indígena entendió el piadoso deseo de su amo y señor como una orden. Desapareció en la oscuridad del bosque para regresar unos instantes después con algunas flechas. Alrededor de éstas se ataron hojas delgadas y estopa empapada con petróleo. Entonces el indígena las disparó sobre la cubierta de la casa de hojas de palmera. En un instante se prendieron fuertes llamas. La cabaña ardía y los asediados intentaban escapar en medio de la mortal lluvia de balas de sus adversarios. En vano. Tan pronto como uno de ellos se hacía visible, ya tenía una bala en el cuerpo. Ni uno solo de los intrusos escapó del doble fuego.

Tras las negociaciones de paz, Brasil se apoderó de toda la región del Acre que anteriormente era boliviana, hasta Bahía. Bahía se convirtió en un lugar fronterizo y fue rebautizado como Cobija. Al frente, es decir en la orilla izquierda del Acre (en ese lugar el río apenas tiene cien metros de ancho), nació la pequeña ciudad brasileña Novo Brazil[13], hasta donde en la época de lluvias el río es navegable con pequeños vapores del tipo del "Siringueiro".

Al lado de la Casa Suárez en Bahía, un inglés, de profesión mecánico –aunque él se denominaba a sí mismo ingeniero– había instalado un primitivo aserradero a vapor, en el que se cortaban tablas de madera de cedro. Visité también las instalaciones y el buen míster se sentía muy honrado por el interés que yo mostraba por su taller. Enseguida vino hacia mí y se presentó como Mr. Pearson. Yo sólo hablaba el inglés que había aprendido en el colegio y él un español malísimo del que no entendía ni una palabra. La conversación, por tanto, se desarrollaba a tropezones.

–Voy a hablar inglés con usted –me dijo con orgullo el oriundo de Albion–, pues todo hombre civilizado en la tierra habla inglés.

–Aja –contesté con un dejo de ironía–, entonces le voy a provocar inmediatamente una gran decepción. Pues yo hablo muy poco inglés, porque soy suizo. En cambio, hablo alemán, francés, italiano y aún así me siento por lo menos tan civilizado como usted, Míster Pearson.

–¡Oh! *I see.*

Aparentemente el hombre no estaba molesto con mi respuesta. Sonrió de oreja a oreja y me sacudió enérgicamente la mano. Luego me mostró sus máquinas y después me acompañó a mi casa, donde tomamos algunas copas bien servidas de whisky (a mi cuenta, por supuesto), con lo que la amistad había quedado establecida.

UN VIAJE EN MULA CON OBSTÁCULOS

Nuestra estadía en Bahía fue breve. Se fijó para la mañana siguiente la continuación del viaje. En la noche se trajo una recua de mulas al patio, y cada uno eligió su animal para montar. Por de pronto el agente local de la empresa me calentó la cabeza con un par de enormes botas de cuero que debía tener a toda costa, pues todo el mundo en Riberalta

llevaría este tipo de calzado debido a las malas calles. Como no tenía ni idea de cómo era Riberalta tuve que creer al hombre y compré las botas por un buen dinero. Por supuesto que nadie en Riberalta ni en Bahía llevaba semejantes botas altas. El agente sencillamente quería deshacerse de un viejo artículo que no lograba vender y consiguió efectivamente su fin con un recién llegado. Posteriormente, en más de una ocasión, él y yo nos reíamos del negocio.

El camino desde Bahía al río Tahuamanu discurre por medio de la selva. El destino de nuestra marcha era Porvenir. Al amanecer del día siguiente estábamos nuevamente en pie. Nuestros rocinantes nos esperaban embridados delante de la casa. Si estaban bien o mal aparejados es algo que yo no sabía. Un indígena había revisado todo y había dado su visto bueno. Sin embargo, como consecuencia del calor y la humedad, las guarniciones de cuero ya estaban descompuestas. Mis estribos estaban rotos y los habían remendado con delgadas cuerdas. No obstante, a todos nos hacía ilusión un día de paseo a mula por la magnífica selva. Después de despedirnos de nuestro amable anfitrión subimos a los animales y salimos montados a la calle, en dirección a la selva. Las mulas caminaban una tras otra con su usual paso. Al final iba montado un indígena que nos habían dado como acompañante. Debíamos alcanzar al medio día un carretón de bueyes, que el día anterior había cargado nuestro equipaje y los víveres necesarios. Tras aproximadamente 200 metros ya estábamos en medio del bosque y las copas de los árboles se cerraban sobre nosotros. El frescor era agradable pues los rayos del sol apenas penetraban en algún que otro punto hasta el camino. Desde luego que me había puesto mis botas largas para que mi aspecto se pareciese más al de un jinete. El camino era bueno. El suelo blando hacía que montar fuese agradable. Entonces me pareció que sería entretenido dar un pequeño galope. Y así repiqué contra la barriga de mi mula con los tacones de mis botas. El inteligente animal adivinó mi deseo y enseguida dio un bonito galope. Me mecía suave y confortable y no me parecía tan desigual como el paso o el trote. En mi petulancia me olvidé que la mula tiene fama de ser un animal muy traicionero. ¡Pero cómo podría hablar mal de las cualidades de mi amiga! ¡Movía tan juguetona sus grandes orejas!

Sin embargo, los pensamientos de una mula son impredecibles. De pronto, sin mayor razón, el mal bicho dio un salto enérgico a la derecha y yo... un salto mortal a la izquierda. La mula desapareció por un pe-

queño sendero lateral en el bosque y ¡yo estaba tirado en la cuneta con el estribo roto en el pie izquierdo!

Se afirma una y otra vez que los animales no pueden reír. Pero hasta hoy en día yo defiendo a capa y espada que mi mula se reía cuando, mirando hacia atrás, me daba con los dos cascos traseros un saludo de despedida que felizmente no me llegó. Por lo demás, no me hice mayor daño. Nuestro acompañante salió enseguida en persecución de la fugitiva y después de aproximadamente media hora la trajo de vuelta. Una vez que fijamos lo mejor que pudimos el estribo desbaratado a la silla, la cabalgada pudo continuar.

Hacia el mediodía alcanzamos el carretón de bueyes. Los dos carreteros ya habían preparado una sopa de arroz, plátano y yuca, que estaba muy rica. De primer plato había una lata de carne con galletas saladas y de segundo y último plato una taza de té caliente. La comida fue más que suficiente y proseguimos viaje de buen ánimo.

Mucho después de nuestra partida aún escuchábamos los chirridos de las ruedas del carretón resonando en el bosque. Los ejes de estos carretones son de madera y las ruedas no son otra cosa que cortes redondos de un árbol grueso. Así que la madera corre sobre madera, lo que causa un ruido terrible. Fue por este motivo que en todo el viaje no nos topamos con un solo animal. Todos habían huido del ruido al interior del bosque. En la tarde cayó una fuerte y persistente lluvia. Naturalmente en la selva no había refugios. Así que nos empapamos, lo que hizo que descendiera el barómetro de nuestra alegría. Todo el grupo montaba en silencio a lo largo del camino. La lluvia goteaba por el ala del sombrero a la nuca y corría espalda abajo.

Mis botas altas, que eran demasiado grandes para mí, extendían el cuello hacia la lluvia y no tardaban en llenarse de agua. Como consecuencia eran tan pesadas que era incapaz de mover las piernas para dar de vez en cuando algunos golpes estimuladores contra la barriga de mi mula. Así que nuestro indígena tenía que alzarme las piernas de tanto en tanto, para vaciar las tuberías. Sin embargo, sólo una parte acababa salpicando en el suelo. El resto corría por las perneras de mi pantalón y cuando volvía a incorporarme se escurría nuevamente en las botas. Por consiguiente había que repetir el procedimiento varias veces hasta que encontraba "piso firme" al interior de las botas. Las pequeñas paradas provocadas por esta operación tenían también su lado bueno, pues en esas ocasiones nuestro guía nos administraba un buen trago de

whisky o coñac para protegernos contra el resfrío. Esto resultaba muy conveniente pues a pesar del calor, con la ropa empapada, teníamos una desagradable sensación de frío en la espalda.

Algo cansados pero sanos y salvos llegamos a Porvenir sobre el río Tahuamanu, a las cinco de la tarde. El *barraquero*, es decir el gerente de este asentamiento, que pertenece a la Casa Suárez, para empezar nos recibió con una taza de café caliente. Luego nos indicó una habitación en la que podíamos ponernos el pijama, para luego ir al cuarto de baño, donde nos libramos del agua de lluvia y del sudor. Inmediatamente después repicó una campana. Nos llamaban a cenar. Todo nos pareció exquisito, especialmente la buena cerveza Münchner Löwenbräu, que nos ofrecieron como "extra" después de la comida. Nuestro guía de viaje, el gerente general de la Casa Suárez, se encontraba en su territorio. El buen trato del que gozaba también nos llegaba a nosotros, los empleados. En general, en aquellas regiones "hospitalidad" no es una palabra vacía. La cortesía y la amabilidad frente a todo el mundo se dan por descontado. Desde el trabajador indígena hasta el empleado y el jefe están presentes estas agradables virtudes. Es justamente esto lo que hace que la estadía en esas regiones sea atractiva, a pesar de que hay que prescindir de muchas, incluso de muchísimas de nuestras comodidades europeas.

La barraca Porvenir tiene una bonita disposición. Cuando hablo de barraca me refiero a los edificios y a las correspondientes tierras, que a menudo ascienden a varios miles de hectáreas. En aquella época, Porvenir consistía en la casa del gerente, una casa para los empleados y un gran almacén de mercancías con su tienda. Las casas estaban ubicadas a los lados de una plaza cuadrada. El lado que daba al río estaba abierto. Detrás de esa *plaza* había además algunas cabañas de los indígenas que formaban parte de la barraca. Éstos se ocupaban sobre todo del cargamento y el transporte de goma y caucho de Porvenir a Bahía. En los fletes de retorno, traían mercancías provenientes del Brasil en carretones de bueyes o con caravanas de mulas.

La primera noche en Porvenir nosotros, los empleados, dormimos juntos en un cuarto, mientras que a nuestro guía se le asignó una habitación aparte con entrada propia. Cada uno instaló su cama de campaña, sobre la cual templó el mosquitero de tul, pues sin él era imposible dormir considerando la gran cantidad de mosquitos. Como iluminación tenía a mi lado una vela metida en una botella de cerveza. A través del mosquitero podía soplar la llama, lo que es tan fácil como apagar la

Foto 5: Morada del siringuero (trabajador de la goma)

Foto 6: Construcción de una barraca. Al fondo el humo del bosque quemado

Foto 7: Tala de un árbol de caucho

luz eléctrica, que aún no se usaba allí. Cansados como estábamos, nos dormimos pronto y descansamos muy bien.

A la mañana siguiente, a eso de las seis de la mañana golpearon en nuestra puerta. Nos despertamos de un susto y nos mirábamos inquisitivos unos a otros. ¿Quién diablos quiere visitarnos tan temprano?

Finalmente yo grité: –*Avanti!* –pensando que esto debía sonar más comprensible y exótico que el alemán "*Herein*" (¡Adelante!). La puerta se abrió y apareció una indígena guapísima, de tez marrón rojiza. Llevaba una bandeja con cuatro tazas de café. En un vestido parecido a una camisa larga y ondeante, de color rosa y sin mangas, que permitía algo más que adivinar las formas corporales más bellas, se acercó a mi cama. Como si respondieran a la misma señal, mis tres colegas desaparecieron debajo de sus mantas para volver a aparecer al instante.

–El cafecito, señor –dijo la belleza con un tono suave. Tomé una taza. Se quedó de pie al lado de mi cama hasta que terminé el café. Luego fue de cama en cama hasta que todos habían tomado a sorbos la agradable bebida caliente. Cuando la muchacha de color del bronce hubo abandonado nuestra habitación, recuperamos el habla. Algunas risitas animadas iban de un lado a otro entre los cuatro mosquiteros.

–¡Caray, qué muchacha más guapa!

–¿Cuántos años tendrá?

–Debe tener poco más de veinte años.

–Estás loco –decía el alemán–, como mucho tiene quince primaveras, pues en los países cálidos la gente se desarrolla muy rápido.

–Preciosos ojos negros tiene la dama –se inmiscuyó en nuestro embelesamiento el curandero sabelotodo.

–¡Y hermosos y bien torneados brazos! –constataba el cuarto del grupo.

En todo caso, la consideración unánime fue que la dama era de una extraordinaria belleza. A mí me reprochaban que no le hubiera dirigido ni una sola palabra.

–¿Acaso has abierto tú la boca? –respondía yo indignado–. Yo por lo menos he gritado 'Avanti', mientras que ustedes cobardes se escondían como caracoles bajo sus mantas.

El resultado de los dimes y diretes fue el reconocimiento de que era urgente aprender español para estar a la altura del desafío en ocasiones

similares. La costumbre de recibir el café en la mañana en la cama de una bella mano nos parecía muy agradable y aunque sólo fuera por esta razón Bolivia nos gustaba muchísimo. ¡Sin embargo, esperábamos que en nuestros nuevos lugares de trabajo estuvieran de moda las habitaciones individuales y de ninguna manera los alojamientos en masa!

Después del desayuno estábamos libres y pudimos dar una vuelta afuera. Nos proponíamos explorar los alrededores cercanos de Porvenir. No podíamos alejarnos mucho, pues el bosque empezaba justo detrás de las casas.

Justo en ese momento se cargaba una recua de mulas con bolachas de goma. Cada animal recibía en cada lado una bolacha con un peso de 35 hasta 40 kilogramos. Algunas recibían además una tercera bolacha suplementaria sobre el lomo. La mayoría de los animales eran muy díscolos, y no querían permitir que se les ajustara la carga. Otras se dejaban cargar tranquilamente, pero apenas las soltaban se revolcaban por el suelo y se deshacían de la carga. Se repartieron buenos golpes y maldiciones. Al final los hombres se salieron con la suya. Escoltados por tres o cuatro hombres, se enviaban así unos treinta animales a Bahía.

EN EL REINO DE LOS INDÍGENAS

Cuando la recua se fue, nos pusimos a admirar las plantas, flores, escarabajos y demás seres que nunca habíamos visto. Teniendo en mente la bella visita matutina, nuestro principal interés se dirigía por supuesto a las poblaciones autóctonas de color cobrizo. Nos gustaban mucho más que los negros del Brasil. Nos asignaron como acompañante a un joven empleado suizo de la Casa. Éste respondía de buena gana las numerosas preguntas que le hacíamos.

En el *patio* algunos hombres estaban ocupados en grabar con hierro candente la marca de la Casa en las bolachas de goma. En cambio, en las bolachas de caucho, se clavaba una cuña de madera con la marca sellada. Delante de las cabañas de los indígenas las mujeres de los trabajadores estaban en cuclillas y cocinaban la comida frugal en un fuego al aire libre, sobre el que colgaba una olla esmaltada. Las niñas y niños saltaban y jugaban alrededor de la casa, mientras que los más pequeños se llevaban en la espalda o se sostenían en el pecho descubierto de

su madre. En un cauce de agua, algunas mujeres estaban agachadas hasta el vientre en el líquido elemento y hacían la "gran colada". A su alrededor, en el suelo y sobre los arbustos habían tendido las prendas lavadas a secar.

Como es usual entre las lavanderas, también las representantes cobrizas del gremio charlaban y reían animadamente. Por debajo de las pestañas negras disparaban miradas furtivas a nosotros, los recién llegados. Nos acercamos a las mujeres. Inmediatamente se cubrían el torso desnudo, lo que no habían hecho antes cuando pasaron otros indígenas o también un empleado blanco de mayor edad.

En la tarde nos presentaron a la mujer de un *mayordomo*. La dama de piel roja nos recibió con mucha amabilidad. Una vez que se había puesto rápidamente un bello *tipoy* (vestido similar a una camisa), nos ofreció una taza de café. Con mucho alboroto se correteaba a niños, perros, gallinas y un joven chancho de monte fuera del pequeño "salón". El inventario vivo de la casa salió chillando por la puerta. El piso de la habitación era de tierra apisonada. Algunos cajones vacíos hacían las veces de asientos. No había más muebles. La cama consistía en un pedazo de lona y por encima venía una manta de lana. Una segunda manta servía al durmiente de colcha para taparse. Sobre todo esto se templaba un mosquitero, y el descanso nocturno estaba asegurado. Por la mañana se enrollaba el lecho y se guardaba en cualquier rincón, de modo que toda la habitación quedaba despejada de nuevo.

En uno de los rincones de la "habitación" se mecía una hamaca con algo en su interior. No había duda: en ella dormía un niño. Nuestra entrada perturbó su descanso, pues empezó a gritar lastimero. La madre alzó al pequeño, que estaba fajado de tal modo que formaba un bulto alargado en el que no podía moverse lo más mínimo. Metiendo su mano por debajo del profundo escote del tipoy, la mujer descubrió sus grandes y abultados pechos, de los que enseguida el niño se agarró succionando. Daba el pecho con la expresión más natural del mundo.

La vida familiar de los indígenas es muy intensa. El hombre está orgulloso de su mujer y la mujer está orgullosa de su marido. Los niños son educados con el así llamado "cariño animal", pero se los educa bien. Por la tarde, alrededor de las cinco y media, el hombre regresa a casa del trabajo. El saludo cariñoso entre el marido y la esposa no es habitual. La mujer le descuelga al hombre el fusil, toma el hacha y *machete* y guarda las herramientas de trabajo en el sitio acostumbrado. Luego

toda la familia va al río a bañarse. El padre, la madre y los niños retozan alegremente en el agua; a falta del bañador, usual entre nosotros, los padres cubren sus partes íntimas con la mano. Tampoco está de moda el gorro de baño. Después del baño, la mujer sencillamente se escurre convenientemente el largo cabello. Una vez que papá ha lavado con sus propias manos su camisa de trabajo, toda la familia inicia el camino de vuelta. Papá sólo va vestido con su pantalón, pues hay que colgar la camisa mojada durante la noche para que seque.

¡Ahora empieza el importante acto de cenar! La cena consiste generalmente en *masaco* (una mezcla de plátano y carne seca machucada en un mortero). La olla se coloca en el piso y los miembros de la familia se acuclillan a su alrededor. Cuando están en cuclillas apoyan toda la planta del pie en el piso, de modo que todo el cuerpo se sostiene sobre las pantorrillas. El padre y la madre tienen plato y cuchara. Los niños reciben su ración en una hoja de plátano. La luz la aporta una vela y en familias "mejor situadas" un farol. Como comen grandes cantidades, el cuerpo se cansa. Se acuesta a los niños. El hombre, en cambio, aún tiene que someterse a un registro corporal. En el bosque hay muchos bichos, como garrapatas, niguas y *japutamos* (un minúsculo ácaro o chinche rojo). Con un palito de madera puntiagudo la mujer busca por todo el cuerpo de su marido posibles buscapleitos. La actividad va acompañada del intercambio de las novedades del día. El hombre ha descubierto huellas frescas de tapir, al que quiere cazar al día siguiente. La palmera de cusi cerca del lugar de trabajo está llena de frutos maduros. Le va a traer a la mujer algunos de ellos dentro de poco, para que pueda preparar aceite para el pelo. También la mujer se vuelve locuaz: –Imagínate, nuestra vecina, la Filomena[14], la mujer de Antonio, se ha mudado a casa de Manuel porque su marido le pegaba cada vez que estaba borracho. Pero también ella misma bebía con Antonio, y si luego él le daba una paliza, estaba en su derecho, porque finalmente es su marido.

–El Manuel es un canalla y un brujo –opina el dueño de casa.

–Parece que le dio achunaú a la Filomena (achunaú es un medio de brujería que, ingerido por una mujer, hace que sienta una atracción irresistible por el hombre que se lo ha administrado disimuladamente).

–Ya antes Manuel embrujó a una mujer, que luego enfermó gravemente. Tiene que agradecerle que se haya sanado al Simón Macarni, que es un brujo muy fuerte. Le sacó del cuerpo, de debajo de los omó-

platos, una lagartija viva de color plomo. Sí, sí, el Manuel es un tipo de lo peor. Debe tener las tripas totalmente negras.

Más tarde espié muchas conversaciones similares. Pese al gran número de padres jesuitas que educaron al pueblo en la fe cristiana, la superstición está aún muy difundida.

Poco antes de nuestra partida de Porvenir vi sentada delante de una pequeña cabaña a una ancianita que masticaba asiduamente. De vez en cuando escupía algo en un recipiente de madera situado delante de ella. El suizo que nos acompañaba nos explicó que la mujer masticaba maíz remojado y escupía la masa masticada en el recipiente de madera. Con esta papilla luego se prepara la chicha, una especie de cerveza de maíz. El asunto no tenía un aspecto muy apetitoso y me propuse no tomar nunca chicha. Pero muy pronto desistí de mi propósito y tomaba con ganas ese mejunje. Sin embargo, la chicha también puede elaborarse machucando el maíz remojado en el mortero en vez de masticándolo. No obstante, la chicha masticada es considerada mejor, y a menudo me parece que realmente es así. En cualquier caso esta bebida es muy popular entre lugareños y extranjeros, pues tiene un sabor agradable y calma la sed. Nuestro médico de cabecera la recetaba preferentemente a los convalecientes, ya que al contener maíz es nutritiva y se digiere fácilmente. Sustituye a la cerveza, tan cara y rara en estas regiones.

EN BOTE DE REMOS HASTA EL RÍO BENI

Nuestra estadía en Porvenir no duró mucho. Tres de mis colegas tenían que trasladarse a diferentes barracas, en las cercanías, mientras que mi destino era Riberalta, sobre el río Beni. Por lo tanto me despedí de mis compañeros y proseguí viaje con mi guía, al que me habían encomendado en El Havre, río abajo en una *montería*. La montería es un bote de remos hecho con tiras de madera, parecida a nuestros pequeños botes "Waidling" en los lagos, aunque algo más grande. Nuestro bote podía cargar aproximadamente 2.000 kilogramos. Pusimos en él el equipaje además de las necesarias provisiones, generosamente calculadas. Como tripulación recibimos cinco indígenas. De ellos, dos estaban situados a cada lado de la parte delantera, el quinto manejaba atrás el timón. Para mi compañero de viaje y para mí montaron un techo semicircular de hojas de palmera en la popa, similar a los que se observan ocasional-

mente en los botes en el lago de Lugano. Así nos protegíamos de los rayos del sol y teníamos suficiente espacio en la cabina como para instalar dos tumbonas. En una cabina equipada de esta manera teníamos que viajar durante casi dos semanas más. No era exactamente cómodo, pero la cosa iba bastante bien. Nuestros remeros batían sus pequeños remos en forma de cuchara desde la mañana hasta la noche sin interrupción, y cada día recorríamos largos trechos. Pasamos por varias barracas, casi todas pertenecientes a la Casa Suárez. Parábamos en ellas brevemente y los barraqueros nos recibían y agasajaban al momento. Si a la hora de comer no estábamos en una barraca, amarrábamos el bote en la orilla y nuestra tripulación cocinaba mientras los dos pasajeros recuperábamos fuerzas tomando un aperitivo, de los que mi guía llevaba en la caja de provisiones las marcas más variadas y excelentes. No empleábamos mucho tiempo para comer pues, como ya llevábamos más de dos meses viajando, estábamos algo cansados de tanto viaje. Entonces los remeros pronto volvían a batir los remos en el agua y nuestro barquito se deslizaba rápido río abajo por la corriente. Con todo, a mí, como novato, el viaje no me resultaba aburrido. El paisaje me parecía maravilloso. A derecha y a izquierda no había otra cosa que una enorme selva con árboles colosales, de los que colgaban lianas como serpientes, que cubrían la vista hacia el interior del bosque como una pared verde. En los troncos de los árboles caídos sobre el agua había largas filas de tortugas que tomaban el sol por encima del agua (foto 4). En los bancos de arena de las zonas altas estaban tendidos los perezosos caimanes y dejaban que el sol calentase su caparazón verde negruzco. Enormes garzas, de hasta dos metros de alto, con las cabezas peladas y el cuello de color rojo y negro, paseaban por el borde del agua, graves, como pensativos profesores, buscando algo de comer. Como nuestro bote no hacía mucho ruido, los animales por lo general no huían. Así que tenía todo el tiempo para contemplar la colección de animales. Había mucho que observar, sobre todo temprano por la mañana y hacia las cinco de la tarde. A estas horas los animales llegan del bosque a beber. Únicamente los monos se quedaban en las copas de los árboles y miraban perplejos nuestra nave desde arriba pero en lo posible desde una distancia respetuosa. Un perezoso colgaba, enrollado como una bola como si fuera un avispero, a poca distancia por encima del agua, en una rama que sobresalía. Cansado, como corresponde a un verdadero perezoso, agarraba otra rama, dirigiendo su tonta cara hacia nuestro bote. Pequeños monos capuchinos, llamados así por su gorrito negro en la cabeza

(mientras que el resto del pelo es de color amarillo claro), chillando por la espesura y saltando de rama en rama, perseguían nuestra montería. A pesar de que mi fusil estaba delante de mí, no quería dispararles a esos animalitos tan graciosos. Una tarde, sin embargo, tres tapires cruzaron el río justo por delante de nuestro bote. Mi compañero de viaje enseguida tenía su fusil Winchester al frente y disparó a los grandes animales, que proporcionan una excelente carne. Los remeros trataron de intervenir, pues no se debe matar a estos animales en el agua porque se hunden cuando han sido mortalmente acertados. Sin embargo, no hubo modo de frenar la excitación de la caza que había surgido hasta que el cargador del fusil estuvo vacío. Al parecer acertó a los animales. Se hundieron y no volvieron a aparecer. Los remeros charlaban animadamente sobre el acontecimiento en su idioma. A juzgar por la mímica y sus caras criticaban al tirador, que no les había escuchado cuando le hicieron entender que dejara el tiroteo hasta que uno de los animales fuese a tierra. No hubo asado de tapir, lo que no me pesaba tanto como el hecho de que se había matado inútilmente a los animales.

Después de algunos días de viaje llegamos a la desembocadura del río Manuripi, que desde el lado derecho desagua en el Tahuamanu. A partir de aquí los dos ríos pierden su nombre y el nuevo río se denomina Orthon. En la desembocadura se encuentra una elevación relativamente alta, en la que hay nuevamente una filial de la Casa Suárez. El empleado de ese asentamiento, que se llama Puerto Rico, era un joven de Sankt Gallen que había llegado hacía poco de Suiza. El gerente de la filial era un boliviano. Los dos nos recibieron y agasajaron con la habitual amabilidad. Por ellos supimos que más abajo un vapor de la Casa Suárez estaba cortando leña. Consecuentemente no nos quedamos mucho tiempo y pronto continuamos el viaje. Pocas horas después efectivamente nos topamos con el barco e hicimos que nos llevase a remolque. Los trabajadores estaban llevando los leños al barco, y a pesar de que ya era tarde y empezaba a oscurecer, el vapor prosiguió su camino. Al día siguiente, alrededor del mediodía llegamos a la desembocadura del Orthon en el río Beni. Tras doblar un recodo se contempla de repente este maravilloso río, que a mí me parecía un lago, pues tiene un ancho aproximado de 1.500 metros, mientras que el Orthon tiene un lecho relativamente angosto. Aunque el vapor debía viajar río abajo, mi guía ordenó al capitán que nos remolcara aguas arriba hasta Riberalta. El lugar está ubicado a aproximadamente cuatro horas de viaje río arriba en la orilla derecha del Beni. Avanzando siempre cerca de la orilla

y aprovechando la contracorriente, el pequeño vapor serpenteaba río arriba y nos dejó alrededor de las cuatro de la tarde sanos y salvos en Riberalta. Así llegué a mi futuro emplazamiento.

EN RIBERALTA

Riberalta –la palabra está compuesta de ribera y alta– está ubicada a aproximadamente treinta metros sobre el nivel del río Beni.

Al silbido del vapor, la orilla se pobló de gente blanca y cobriza. Cuando bajaba, la mayoría de los presentes saludaban a mi compañero con abrazos y palmaditas en la espalda. Luego me presentó a mis futuros jefes, que también formaban parte de la comitiva de recepción. Nuestra casa comercial a la que iba a incorporarme estaba justo más arriba del atracadero. Nos acogió un edificio largo, techado con calamina y hecho con paredes de *tacuara* (la tacuara es un tipo de bambú)[15]. Ésta era la *tienda.* Estaba repleta de mercancías de todo tipo. Había realmente de todo lo imaginable y lo inimaginable. Víveres, tela, zapatos, sombreros, artículos de mercería, utensilios de ferretería, perfumes e incluso una surtida farmacia asociada a la tienda. Además había armas y munición, artículos de papelería, vinos, cervezas y licores de todos los colores y calidades. El piso estaba cubierto de tacuara partida a lo largo, para no tener que andar sobre tierra. Cruzando la tienda llegamos a la oficina, donde entregué la correspondencia que había traído. Saliendo por otra puerta llegamos al patio, que medía cien metros cuadrados y en cuyos lados estaban situadas más casas, almacenes y las viviendas de empleados. En el medio se encontraba el *comedor* hecho con el mismo tipo de construcción. Allí nos dirigimos. Apenas nos habíamos sentado cuando un criado moreno nos trajo varias botellas de cerveza. Había que festejar la llegada de los dos pasajeros, y tales festividades consisten siempre y exclusivamente en una buena borrachera. Tuve que informar sobre los conocidos en la Casa parisina y relatar mis impresiones de viaje. Luego visité a mi amigo, quien me había procurado el puesto en la Casa B. En ese momento estaba echado en la hamaca, pues se encontraba indispuesto.

–¡Qué, maldita sea!, ¿ya estás aquí? –fue su saludo.

A pesar de que él había salido tres meses antes, yo llegué apenas un mes después de él a Riberalta. Ya se había aclimatado y le gustaba la vida en el nuevo país.

De cena hubo menú especial de día de fiesta, acompañado de vino del Rin. Apenas había terminado la cena cuando nos sirvieron de nuevo cerveza, y esta vez le pusieron a cada uno su propia botella delante, y apenas la terminábamos la sustituían por una nueva. La mayoría de los empleados, suizos y nativos, estaban presentes. Sólo quienes tenían un motivo importante para no participar no estaban presentes en el festín. En mangas de camisa, riendo y fumando estábamos sentados alrededor de la mesa, y bebíamos una cantidad considerable de cerveza. Los jefes y los empleados eran compañeros, y cualquier espíritu de clase estaba descartado sin que hubiera que temer que alguien pudiera comportarse de manera irrespetuosa. Tal ambiente por supuesto me gustó enseguida, y me consideraba feliz de haber renunciado a la vieja y anquilosada Europa.

La primera noche realmente dormí muy bien en mi habitación hecha de cuatro paredes de tacuara, a través de las cuales se podía ver brillar las estrellas en el cielo. No había muebles. Tenía que dormir en la cama de campaña que había traído. Según el contrato se me aseguraba "comida y alojamiento libre" en Riberalta; por lo tanto, creía que al día siguiente me iban a asignar una habitación propia. Sin embargo, al día siguiente aparentemente nadie me quería brindar ese servicio. Por lo tanto le pregunté a uno de mis jefes dónde estaba mi habitación.

–¡Pero si ya tiene una! –fue la respuesta.

–Pero ésa no es una habitación; se parece más a un gallinero. No hay una cama, ni silla, ni mesa, no hay absolutamente nada entre estas cuatro paredes.

–Ya tiene una cama de campaña en la que se duerme bastante bien, y si necesita una mesa tome unas cuantas cajas vacías y constrúyase una. Ahí está la carpintería donde puede hacer todo eso.

–Disculpe, señor, pero según mi contrato dispongo de "comida y alojamiento libre" y esto significa como mínimo una cama en mi cuarto. Yo no quiero dormir los cuatro años que dura mi contrato en una estrecha cama de campaña.

–Bueno, si usted quiere absolutamente tener una cama, el mayordomo puede montarle una. Por el momento lo mejor sería que vea las habitaciones de sus futuros colegas y que se acomode de modo similar a ellos.

¡Esto fue una ducha de agua fría después del lindo recibimiento! Fui sin tardanza donde estaba mi amigo enfermo y protesté vehementemente por el incumplimiento del contrato.

–Sabes, nos hemos dejado engañar a lo grande. Los señores parecen creer que durante cuatro años voy a dormir en el establo que me han asignado como habitación. Voy a exigir el cumplimiento del contrato o me voy de aquí. De ninguna manera me siento entregado a esta gente.

¡Para mi asombro mi amigo se rió soberanamente de mí!

–¡Ay, ingenuo, tú crees que aquí puedes alojarte en una vivienda europea! La desalojarías más rápido aún. Estas casas transparentes y abiertas son buenas en este clima. En una casa con paredes de cemento o de ladrillo no tardarías en asarte y asfixiarte. Espera un mes con el reclamo y si entonces sigues pensando que es necesario, todavía puedes hacerlo.

Bueno, pensaba yo, él lo debe saber. Entonces esperemos con la reclamación algún tiempo más. Cargué algunas cajas vacías a mi "wigwam" y empecé a fabricarme algunos muebles. Una caja de madera abierta en el medio se convirtió en mi mueble para los zapatos. Dos cajas de galletas puestas una sobre la otra formaron el palanganero, sobre el cual puse una fuente de esmalte junto con una cacerola. Prescindí de la mesa pero, en cambio, compré en la tienda una hamaca, que templé en diagonal en el cuarto, como me había aconsejado mi amigo. De la cama seguía sin haber rastro. Sin embargo, después de algún tiempo apareció el mayordomo junto con dos hombres. Uno llevaba una piel mojada de vaca y el otro cuatro estacas. Sonriendo satisfecho, el mayordomo vino hacia mí:

–*La cama para el señor*.

No sabía qué significaba eso. Pedí que me repitieran las pocas palabras pronunciadas y corrí hasta mi amigo, quien me las tradujo. Me quedé estupefacto y mi amigo reía con todas sus ganas.

Volví a mi así llamada habitación para ver qué iba a suceder. En un rincón estaban clavando los cuatro postes en el piso y los unieron con listones transversales. Encima estiraron la piel de vaca mojada, que ataron por debajo a lo largo y a lo ancho con tiras de piel. El resultado fue una mesa baja con una piel de vaca como tablero. ¡Así que ésta era mi cama!

Desconcertado regresé con mi amigo, para que me proporcionara algunas reglas de comportamiento frente a ese monstruo.

–Hoy todavía no puedes dormir en la cama. Pero mañana por la noche la piel se va a secar por el calor y va a estar tan rígida como una tabla de roble. Pones encima una manta, y si quieres te puedes tapar con otra. Por encima templas tu mosquitero y duermes alegre y en paz. Primero te van a doler todas las costillas, pero después de unos días te vas a acostumbrar.

Las perspectivas no eran exactamente agradables. Pero he aquí que todo pasó como me habían anunciado. Las primeras noches fueron poco confortables. Sin embargo, tras una semana de "entrenamiento" ya no sentía el duro soporte. Tuve también que aprender a meterme en la cama sin dejar entrar los mosquitos. Se hace de la siguiente manera: primero hay que asegurarse de que el mosquitero esté bien apretado debajo de los cuatro lados de la manta. Si está abierto en un solo lugar, por más pequeño que sea, uno ya tiene escondidos en la cama algunos de esos pequeños demonios. Si todo se encuentra "*all right*", uno abre el mosquitero un poco en uno de los lados y se mete dentro lo más rápido posible, deslizando el mosquitero en el lugar de entrada por debajo de la manta. Ahora es el momento de controlar a posibles intrusos. Con una vela encendida se registra todo el mosquitero, sobre todo las esquinas y los pliegues más oscuros. A pesar de todas las precauciones los primeros días casi siempre había dejado entrar dos a tres mosquitos. Con la vela encendida, empezando por arriba, uno va recorriendo hacia abajo la redecilla en la que se ve el mosquito, y de repente se da un ligero toque contra el mosquitero debajo del perturbador. Con ello se queman las delgadas alas del insecto y éste cae. De esta manera uno se asegura el descanso nocturno. Un solo mosquito que no haya sido atrapado es suficiente para molestar al durmiente durante toda la noche. En los primeros días que practicaba esta caza de mosquitos casi prendí fuego la casa. Tuve la vela demasiado tiempo contra el delgado tul. Éste se prendió y salió una gran llamarada, que enseguida también acometió las delgadas y fibrosas paredes de tacuara. Por suerte no perdí la presencia de ánimo. Bajé de un tirón el mosquitero y lo arrojé al suelo. Con una de las mantas de lana ahogué el fuego que estaba surgiendo en la pared. ¡El resultado fue una gruesa nube de humo, que también pasó a las habitaciones contiguas y treinta bolivianos por un nuevo mosquitero en mi cuenta! Salí escarmentado del incidente y no volví a quemar ningún mosquitero más.

EL FLAMANTE APRENDIZ DE TIENDA

Cuando tuve que empezar a trabajar, el jefe me preguntó en qué prefería ocuparme. Con la visita matutina en Porvenir en mente, respondí:

–En un puesto en el que pueda aprender español lo más rápido posible.

–Entonces vaya a la tienda, donde puede ocuparse de la venta de mercancías junto al empleado actual.

Me gustó mucho la idea, porque yo nunca había hecho de vendedor. También era entretenido, pues constantemente iban y venían clientes. Rápidamente me llevé bien con mi colega, quien me decía los nombres y los precios de los diferentes artículos que debíamos vender y a menudo se reía cuando yo repetía las palabras de manera errónea. Después de dos meses ya chapurreaba el suficiente español como para entender los pedidos. De vez en cuando, sin embargo, me confundía, sobre todo cuando los compradores eran indígenas, que muchas veces no pronunciaban las palabras con claridad. Así, una vez una indígena me pidió "zaraza" (tela de algodón) y yo traje arroz, pues era eso lo que había entendido. La amable doña se divertía como una niña con el "*gringo*" tonto que entendía tan mal las cosas.

Pero como podía practicar el español a diario en la tienda, pronto me sentí cómodo con este idioma. Conocía a mis clientes por sus nombres y también a la mayoría de nuestros *mozos*. Por esto trasladaron a mi colega y "maestro" al despacho, mientras que yo me convertía en mi propio amo y señor en la tienda. Si había mucho movimiento, como sobre todo era el caso los días sábados, cuando nuestros mozos recibían su paga, en parte metálico y en parte en mercancías, recibía ayuda de uno o dos hombres de la oficina.

Junto con el idioma también había aprendido a adaptarme al nuevo ambiente. Mi habitación me parecía absolutamente habitable, de modo que ya no pensaba en reclamaciones. Pero sí me di cuenta de lo mal pagados que estábamos los europeos. En los cuatro años de contrato yo gané respectivamente 4.500, 5.000, 5.500 y 6.000 francos. Al dividir por dos, salía el monto en bolivianos. En esos tiempos un boliviano eran dos francos suizos. Por consiguiente, en el primer año yo no ganaba ni siquiera 200 bolivianos al mes. Esto, sin embargo, correspondía, en

cuanto al valor del dinero, a menos de 200 francos suizos, a pesar de la "alimentación y alojamiento gratuito". Nosotros, los empleados, teníamos que pagar de nuestro bolsillo la luz y el lavado de la ropa. Así que tuve que comprar una lámpara de mesa. Ésta costaba 30 bolivianos. El petróleo costaba 7 bolivianos por galón, que duraba apenas un mes. Por el lavado de la ropa se pagaba tres bolivianos la docena de prendas, y además había que poner a disposición tres jabones de a un boliviano cada uno. Con el fuerte calor que hacía era necesario cambiarse casi a diario toda la ropa que uno llevaba puesta, de manera que a la lavandera había que pagarle mensualmente entre 30 y 40 bolivianos. Como joven, no es que uno fuera de la oficina al cuarto y de allí otra vez a la oficina. Al final de la tarde uno daba un paseo por el pueblo, donde se encontraba con conocidos. Como no había distracciones, como conciertos, teatro o cine, nos sentábamos a tomar un cóctel o un vaso de whisky. Cada vaso costaba 1 boliviano. Esto era lo más barato, pues por una botella de cerveza se pagaba 5 bolivianos y por una botella de vino incluso 12 bolivianos. Nuestros altos jefes podían permitirse tanta cerveza como querían, pues estaban muy bien pagados y aparte de eso participaban en los beneficios. Adicionalmente les facturaban las mercancías a precio de coste, mientras que los empleados pagaban los precios normales de venta con sólo un 10 por ciento de descuento. Además, raras veces pasaba un mes sin una invitación a un *baile* en cualquier familia. Estas invitaciones iban acompañadas de una lista en la que se tenía que hacer una contribución de 10 a 20 o más bolivianos. Como ayudante de la tienda, al que toda la gente del pueblo conocía, no me quedaba otra cosa que participar y aportar cada vez, pues un rechazo se habría interpretado como una descortesía. Navidad, Año Nuevo, Carnaval, la fiesta nacional, etc. se celebraban generosamente. ¡Quien no participaba era considerado como una persona inferior! El resultado fue que, al finalizar mi primer contrato de cuatro años, ¡en mi cuenta figuraba un saldo negativo de 200 bolivianos! ¡Mi jefe hizo entonces abonar a mi cuenta una gratificación de 400 bolivianos, de modo que en la cuenta final figuraba un saldo positivo de 200 bolivianos! ¡Y esto después de cuatro años de trabajo! En Suiza seguro que también hubiera podido ahorrar ese monto en el mismo periodo. En el segundo y tercer contrato, sin embargo, me pagaron de tal manera que fui capaz de recuperar algo del primer contrato. Tengo que reconocer entonces que en Suiza no hubiera podido ganar en el mismo periodo de 15 años tanto como en Bolivia.

Quizás sea oportuno que aquí, a partir de mi larga experiencia, presente algunos pareceres y consejos que puedan ser de provecho a eventuales comerciantes con ganas de emigrar, aunque por desgracia ya no haya muchos.

CONCLUSIONES DE LAS EXPERIENCIAS ADQUIRIDAS

Nuestra tan elogiada legislación social, que dicta seguros, contratos laborales fijos, cajas de pensión vitalicias, etc. mata a menudo las iniciativas y el espíritu emprendedor. Apenas salido del periodo de aprendizaje, el joven busca un puesto que le "asegure" el sustento toda la vida. Le faltan las ganas y también el coraje de hacerse cargo de sí mismo. Es mucho más cómodo ascender en treinta años a un puesto bien pagado, con una escala salarial prefijada que no suele tomar en cuenta los rendimientos reales, y más tarde cobrar por ley una pensión el resto de su vida. Que un ideal de vida como éste sea realmente deseable es algo que yo pongo en duda, pues esas personas bien mantenidas tienen cada día presente un objetivo que ni pueden mejorar ni empeorar. ¡Y las excepciones no conforman la regla! Sin embargo, generalmente he podido observar que pese a las muchas y excelentes ventajas, la mayoría de esta gente no parece estar contenta.

El emigrante no goza de ninguna asistencia social en el país extranjero, o muy raramente. Tiene que emanciparse y defender su pellejo por sí mismo. Es pagado por sus rendimientos, no por sus años de trabajo. Pero si realmente es productivo, con seguridad avanza más rápido y llega más lejos que en casa entre sus cuatro paredes. Los contratos de trabajo para las regiones tropicales suelen suscribirse por tres o cuatro años. De ser posible habría que comprometerse sólo por tres años para que más tarde, cuando uno se ha aclimatado y conoce las gentes y las costumbres, tenga la posibilidad de buscar algo mejor. Al respecto uno casi siempre descubre que los locales pagan mejor que los propios compatriotas, sin que por ello el trato sea peor; todo lo contrario. Pues el suizo en tanto ciudadano de un país pequeño a menudo es algo mezquino, mientras que la gente de ultramar, como habitantes de un país grande, casi siempre es más generosa, a pesar de que por lo general su país es menos desarrollado y a la vez más progresista que Suiza. La gente busca innovaciones y arriesga su dinero

en ello. El suizo, en cambio, primero calcula con precisión matemática si en algún momento va a aparecer algún riesgo. ¡Hasta que ha terminado con sus disquisiciones, el nativo ya ha tomado una decisión y ha adquirido el negocio, ya sea con dinero propio o también en gran parte con capital que sólo figura en sus ilusiones! Es aquí donde está el peligro para el joven empleado. Si el patrón pierde su dinero, también por lo general está perdido el sueldo del empleado. Por ello no es aconsejable mantener un haber en la cuenta, a no ser que se trate de una firma muy conocida que también puede resistir fuertes contratiempos. Resulta siempre más aconsejable mandar los ahorros a casa o invertirlos en un Estado europeo solvente. En América del Sur la fluctuación cambiaria es siempre una posibilidad real, aunque después de una guerra también es el caso en el resto del mundo.

Se puede transferir de nuevo el capital si uno decide hacerse independiente. En tal caso yo siempre privilegiaría también un socio local de confianza. Éste goza de una mayor protección de las autoridades que un extranjero y además sabe mejor cómo tratar con ellas. En estos casos, por supuesto, existe la posibilidad de que uno o varios compatriotas figuren como socios. También el extranjero por sí mismo goza de protección jurídica si la requiere. En esos países, no obstante, el derecho a menudo es un poquito más elástico que en nuestro país.

CHARLATANERÍAS

Con el intenso movimiento en la tienda, la mayoría de los habitantes de Riberalta no tardó en formar parte de mi círculo de conocidos. Además del servicio en la tienda, después de un tiempo me encargaron la atención de nuestra farmacia. Aprendí así los diferentes preparados y medicamentos, y nuestro médico de cabecera me enseñaba a elaborar las recetas. Para mí esto era realmente interesante pues en nuestras escuelas no se enseña nada al respecto. No era necesaria una licencia de farmacéutico: preparaba las pomadas y agüitas según las indicaciones del médico, y más tarde por mí mismo. En varias ocasiones tuve también que asistir al médico cuando tenía que hacer operaciones. Al principio no podía mirar cuando se hacían incisiones en una persona viva. Esto me sacudía las entrañas y tenía que salir de la habitación. Sin embargo, después de un corto periodo de asistencia el asunto ya no me

afectaba. Poco a poco fui acumulando tantos conocimientos en la farmacia que a menudo a partir de la receta médica que me presentaban sabía de qué sufría el paciente. Todo esto, además, me vino muy bien cuando fui trasladado a una sucursal lejana, en la que me vi obligado a curar a mi personal y a mí mismo en casos de enfermedad, pues el próximo médico estaba a dos o tres semanas de viaje. Nuestra gente sufría a menudo de todo tipo de úlceras, de enfermedades de la piel y de las infecciones más variadas de carácter interno y externo. También se producían muchos accidentes de trabajo. Sólo se anestesiaba en caso de una operación grave, pues el cloroformo era caro. Por regla general también se prescindía de anestesia local, pues el médico afirmaba que los indígenas no eran tan sensibles como nosotros y sentían menos el dolor. Lo que está claro es que la gente era muy valiente y aguantaba con firmeza los dolores. Por esta razón yo no dudaba de ejercer de médico cuando se me pedía tal servicio. A continuación quiero mostrar con algunos ejemplos lo grandiosos que eran mis conocimientos médicos.

Un día acudió a mí un hombre que tenía la mano tan hinchada que se parecía más al guante de un boxeador que a una mano humana.

–¿Puede usted curar esto? –me preguntó. Claro que podía, pues si no habría perdido mi halo de prestigio. Sin embargo, no sabía qué era lo que tenía el hombre. Algún tipo de infección, era mi diagnóstico. Pero de dónde provenía era para mí un verdadero enigma.

–Te tengo que abrir un pequeño corte, tienes una supuración fea.

–Entonces corte usted para que pueda volver a usar mi mano. ¿No será peligroso, no? –preguntaba por si acaso. Por supuesto que el asunto no era "en absoluto peligroso". Desinfecté una cuchilla de afeitar usada y revisé en mi propia mano dónde están situadas las venas grandes. Luego hice un sólido corte en todo el lado superior de la mano del paciente. Sin embargo, sólo salió un poco de materia blanca (linfa).

–Ves cómo enseguida te proporciona un gran alivio –le decía a mi víctima al darme cuenta de que había cortado mal. Mi paciente estaba de acuerdo en que se había calmado el dolor y entonces le propuse que hiciéramos también un corte en la palma de la mano. Estuvo de acuerdo también con esto y ¡ras! le pasé la cuchilla de afeitar por toda la palma de la mano. Pero de nuevo sólo salió un poco de sangre. Ni rastro de pus. Seguí buscando hasta que finalmente encontré una hinchazón entre dos dedos.

Foto 8: El siringuero "pica" con el *machadinho*

Foto 9: Recolección de la leche de goma

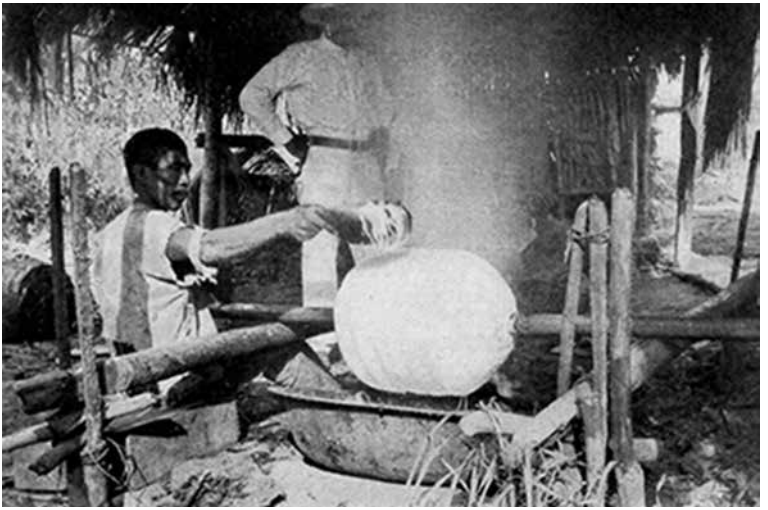


Foto 10: La leche de la goma se va vertiendo en la bolacha

Foto 11: Ahumado de la bolacha de goma

–Ahora lo tengo –grité de alegría y ¡ras! pasé la navaja por la hinchazón. El hombre se convulsionó un poco pero sin quejarse. Ahora el absceso tenía un corte y el paciente realmente sentía alivio. No tuvo que pagar por el "tratamiento", con excepción de la tela de los vendajes. La mano sanaba bastante bien, de modo que tanto el autor de los hechos como "el paciente" quedaron contentos.

En otra oportunidad vino uno de los muchos japoneses que había allí para probar mi "ciencia". Se descubrió la parte superior, que estaba afectada en todo el pecho por una terrible erupción cutánea. No adivinaba qué era lo que podía haberla provocado, y el probo japo afirmaba también desconocer el origen del mal. Como el asunto realmente no se veía bien, pensé que había que emplear un medio radical. Por consiguiente preparé una solución de nitrato de plata (piedra infernal) y se la apliqué con un pincel por todo el abdomen. Después despedí al paciente. A la una de la mañana estaba otra vez ahí, y se quejaba de terribles dolores.

–Ves, eso es por el efecto del remedio –afirmaba yo atrevido–. Hasta mañana va a pasar el ardor.

¡A las cinco de la mañana regresó de nuevo y aseveraba que se estaba muriendo! En efecto, todo su abdomen se había puesto de color rojo negruzco. Le apliqué entonces un montón de vaselina en la herida abierta y le requerí verlo de nuevo a las nueve. A esas alturas también a mí el procedimiento me parecía algo inquietante. A la hora indicada apareció el hombre, pero esta vez más contento: el dolor habría desaparecido en gran medida. ¡Ahora, sin embargo, la piel se pelaba a jirones! Justo cuando estaba examinando al paciente, un indígena llegó a la tienda donde realizaba el tratamiento. Miró cómo lavaba al hombre y cómo luego le untaba otra vez vaselina. Una vez que había dado de alta al japo, el recién llegado me dijo:

–¡Pero cómo es posible que usted toque a esa bestia sarnosa!

–Aja, pensé yo, entonces el hombre tiene sarna. Consulté rápidamente mi libro de medicina, para ver qué es lo que se podía hacer contra esta enfermedad. Decía que con tres a cuatro lavados con agua tibia y jabón líquido se podía eliminar el mal. Mi tratamiento ya no se podía revertir y con él el mal había desaparecido. Hasta hoy, en caso de que aún viva, el hombre lleva consigo sin embargo un recuerdo, pues si bien el lugar por el que pasé el pincel, que más tarde examiné de nuevo, había sanado, ¡se había puesto blanco, pues la piel estaba quemada!

Tuve un caso algo más agradable con un joven peruano. Había venido a buscar suerte a la región selvática desde Lima atravesando la Cordillera. Era mi invitado desde hacía algunos días cuando de pronto empezó a quejarse de fuertes dolores de muela. Primero le coloqué algo de cocaína en el diente hueco, lo que efectivamente calmaba el dolor temporalmente. Con el tiempo, sin embargo, el pobre hombre tenía dolores tan terribles que se volvía medio loco. Probó sacarse el diente con ayuda de un clavo, pero no tuvo éxito. El maleante estaba bien sujeto. Con su cortaplumas se cortó la encía para calmar el dolor con la hemorragia. ¡Todo en vano! Yo quería agarrar el diente con un alicate común, pero sólo logré romper un pedazo. Además, el alicate era demasiado grande. ¡Al paciente le dio un calambre en el maxilar inferior y ya no era capaz de cerrar la boca hasta que le di un puñetazo desde abajo! No tenía a mi disposición un cortaalambres, de modo que tenía que pensar en otro instrumento. Entonces recordé casualmente que en algún lugar tenía unas tijeras con la mitad de una de las hojas rota. Vi inmediatamente el instrumento necesario en mi imaginación. Saqué las tijeras, rompí también la mitad de la otra hoja y limando hice una incisión triangular en ambos lados de las dos cuchillas. ¡Había encontrado el gatillo! El sufrimiento hacía que el doliente caminara de un lado al otro por el patio y estaba dispuesto a cualquier tipo de operación siempre y cuando se pudiese sacar el diente. Entonces intenté agarrar el diente con mi tenaza, pero resbalé varias veces. Tuve que aplicarla un poco más abajo, lo que finalmente logré. Entonces empecé a tirar de él y a girarlo, al tiempo que el paciente gritaba terriblemente y me agarraba la muñeca. Pero yo no soltaba la pieza. Después de que dimos varias vueltas por el patio –la boca siempre colgando de mi "tenaza"– logré por fin sacar al causante del dolor. La operación había empezado a las diez de la mañana. ¡A las cuatro de la tarde la muela "ya" estaba fuera! Ambos, el paciente y yo, estábamos manchados de sangre. Él estaba blanco como la pared y tuvo que acostarse enseguida. Se presentó, sin haber comido nada, recién a los dos días. El dolor había desaparecido y con la ayuda de frecuentes desinfecciones la herida sanó bien.

En la selva no son nada raros eventos de este tipo. Por eso es bueno aprovechar cualquier oportunidad cuando un médico o dentista se presenta en la zona. Yo mismo una vez tuve que hacerme curar por un indígena cuando tenía una infección en la pantorrilla, que estaba a punto de convertirse en úlcera. No conocía ese tipo de úlceras, frecuentes en los trópicos. Forman una herida en forma de cráter que se extiende cada vez más, y si no es tratada crece alrededor de toda la pantorrilla. En esta

ocasión fue mi cocinero quien me curó lavando la herida y aplicando un paño de aceite de oliva hirviendo. ¡Y esto durante dos días enteros, tres veces al día! En cada cura veía estrellas de Bengala. No tenía a mano un mejor remedio y no me quedaba otra cosa que aguantar. Así que también llevo conmigo de por vida el recuerdo de este procedimiento, en forma de una mancha blanca.

"CAPITÁN" Y VIAJANTE

Para mí empezó un interesante periodo cuando me convertí en "capitán" de uno de nuestros barcos a vapor, con el que recorría los ríos, vendía mercancías y las cambiaba por goma. Viajaba sobre todo por el río Madre de Dios, hasta el Perú. Este río desemboca cerca de Riberalta en el río Beni y a partir de ahí pierde su nombre. El Madre de Dios es más bello y más grande que el Beni, y en realidad es todo un desdén que pierda su nombre mientras que el Beni mantiene el suyo. Hice el primer viaje como "aprendiz" con el anterior viajante, para ver cómo se trataba con los clientes. Después me enviaron solo a la caza de la goma. A uno le dejaban las manos completamente libres. Se embarcaba la mercancía que se consideraba necesaria, y provisto con algo de dinero y letras de cambio se emprendía el viaje. Por lo general se puede viajar durante un día y medio, y después hay que hacer leña un día entero. La tripulación estaba formada por un maquinista europeo, y el resto eran todos indígenas de confianza que conocen muy bien el cauce del río. Hacer leña era una de las cosas que más me gustaba en estos viajes. Armados con hachas y machetes, y con el pantalón como única vestimenta, los indígenas se internan en el bosque y eligen los árboles necesarios. Éstos se cortan a aproximadamente un metro por encima de la tierra, a golpe de hacha, aunque primero se observa dónde están las ramas más pesadas para precisar la dirección de la caída. Tarda bastante hasta que se ha cortado un árbol pues suele tratarse de madera dura, que se emplea para avivar la caldera del vapor. Una vez que el coloso está en el suelo se empieza a cortarlo en trozos, nuevamente con el hacha. Es un trabajo muy duro. Como los indígenas trabajan con el torso desnudo, se puede observar el juego muscular de esta gente de constitución de un modo que no se puede imaginar más bello. La gente está acostumbrada a trabajar con ambas manos. Por eso su esta-

tura tiene magníficas proporciones. Si se cansan de hacer el trabajo con la derecha, simplemente agarran el hacha con la izquierda y golpean el tronco con el mismo ímpetu y precisión. Cuando se han talado los árboles y la leña está lista, se lleva a hombros al barco. El sudor corre por los bellos cuerpos de color del bronce, pero terminan el trabajo de buena gana. Apenas la leña está en la cubierta toda la tropa salta al río. El cansancio no tarda en desaparecer, los hombres juguetean nadando uno tras otro y zambulléndose con habilidad van a pellizcar la pierna de un compañero. A pesar de que siempre hay una o dos mujeres a bordo que deben cocinar, o por lo menos ayudar en la cocina, se bañan sin traje de baño. Nadie se escandaliza por tal libertad. Cuando las mujeres han terminado con su trabajo saltan de igual modo al agua y retozan con los hombres en el río. Y sin embargo, esta gente no es ni mejor ni peor que nosotros, los llamados centroeuropeos. Los pequeños adulterios son tan comunes como en todos lados. No obstante, las consecuencias que se derivan son mucho más sencillas. De hecho, sólo una minoría de trabajadores ha contraído formalmente matrimonio. No se recurre mucho al registro civil con notario, a la Iglesia, etc., lo que tiene como consecuencia que todos estén casados. Si hay niños, y éstos suelen llegar pronto, los padres cuidan de la mejor manera a sus vástagos. Los niños son un verdadero encanto. Tienen los pequeños miembros finamente modelados y con sus ojos negros como el carbón miran el mundo con alegría. Las madres los educan muy bien; es decir, sencillamente dejan a los pequeños a su plena libertad. Las mujeres amamantan a los niños a menudo durante tres años. El primer año, una vez que los han amamantado, sencillamente los ponen en la hamaca, que se pone en movimiento con un pequeño empujón. Con ello el niño ha sido atendido y la madre puede ocuparse de su trabajo. Al poco tiempo los niños conocen la rutina y se entregan a su balanceante destino. No se escuchan muchos gritos infantiles y las pocas veces que sucede normalmente provienen de niños blancos.

GOMA Y CAUCHO

En mis viajes tuve la oportunidad de ver in situ cómo se obtienen la goma y el caucho. Curiosamente mucha gente no sabe que la goma y el caucho son dos productos distintos. Posiblemente esto se deba a que

en francés usualmente ambos artículos son denominados "*caoutchouc*". Una vez pregunté a un conductor de auto de qué material se fabricaban las llantas de goma de los automóviles y recibí la asombrosa respuesta: ¡"De caucho"! Para una mejor comprensión, voy a describir con mayor detalle entonces ambos productos.

GOMA

Hay muchos tipos de goma. Todo el mundo conoce, por ejemplo, la goma arábiga, que se usa como pegamento. Según nuestros criterios este tipo de goma sería más bien una resina, parecida a la pasta amarilla y pegajosa que a veces se puede observar manando por sí misma de la corteza de cerezos, pinos y otros árboles. La goma brasileña (*Hevea brasiliensis*) es de otra naturaleza. La hevea o siringa es un árbol gigantesco, con una corteza blanca bastante lisa. Entre la corteza y la madera hay un sistema de finas venas por el que corre un líquido blanco, la leche de goma. Para obtener esta leche, con una pequeña hacha, el *machadinho*, o en tiempos más recientes también con un cuchillo especial, se hace un corte en la corteza y al mismo tiempo se cortan las venas de leche, pero sin dañar la madera que está debajo. Por la herida va goteando la leche, que se recoge en una pequeña taza de hojalata que se ha fijado en la corteza debajo de la incisión. Como la leche va cuajando (coagulando) poco a poco, por efecto de la entrada de aire, después de algunas horas la herida se ha tapado y entonces está herméticamente cerrada por la leche solidificada como si fuese una tapa de goma. Al día siguiente se hace una segunda incisión directamente debajo de la primera herida y así sucesivamente, hasta que se llega abajo, el lugar donde el tronco sale de la tierra. Una serie de esas heridas situadas una debajo de la otra, en la jerga de los trabajadores, se llama "ración". Cuando una ración ha llegado al suelo, se empieza con una segunda, que se ubica al lado de la primera, lo más arriba posible en el tronco. Cuando se trata de árboles gruesos se pueden realizar simultáneamente tres o incluso cuatro raciones, ya que por su grosor el tronco puede soportar esa cantidad de incisiones diarias. Y aún así se tarda de dos a tres años hasta que se han realizado todas las raciones alrededor del tronco. Si éste es el caso el árbol se deja descansar durante diez o quince años, después del cual muchas heridas han cicatrizado por completo. El árbol nuevamente está

sano y fuerte. Y de nuevo se puede "picar", como se llama al proceso de hacer la incisión (fotos 5, 8 y 9).

Cada día el siringuero va de uno a otro de sus árboles picados para vaciar las tacitas que ya están llenas. Lleva la leche recogida en cubos de hojalata de diez a quince litros a su cabaña, donde la transforma en lo que es la goma fina.

Esto se hace de la siguiente manera:

La leche se extiende sobre unos treinta a cuarenta centímetros de longitud en la mitad de un palo de madera, que se puede hacer girar entre dos horquillas fijadas en el suelo. Debajo del palo giratorio, en un recipiente de arcilla que tiene arriba una pequeña apertura similar a una chimenea, se quema madera dura o frutos de palmera. Por la chimenea sale un humo denso y penetrante. Por encima de este humo se hace girar la parte del palo remojada con leche. Apenas la leche está en contacto con el humo, coagula, y se convierte en goma. En el lugar la goma se va vertiendo y ahumando leche hasta que se ha formado una bola de goma fina alrededor del palo (fotos 10 y 11). Cuando tras unos días la bola ha crecido hasta alcanzar un peso de cuarenta a cincuenta kilos, se saca el palo. La goma elaborada se presenta ante nosotros en forma de una gran bola. Esta bolacha primero es blanda y tiene el color del queso. Huele también como un viejo queso de Emmenthal. Con el tiempo la superficie se descompone, se pone de un color que va de marrón a negro y también algo más dura. En intervalos establecidos, las bolachas listas se transportan en mulas, en carretones de bueyes u otros medios de transporte hasta la barraca, de donde se remiten a la casa matriz (foto 6). Aquí se graba a fuego la marca de la empresa en cada bolacha y a continuación pueden enviarse sin mayor embalaje a ultramar.

De esta goma fina o "para fine", como se la denomina en el mercado, aún no se pueden hacer neumáticos para automóviles. Sería demasiado blanda y en un clima frío tiene además la propiedad de volverse tan dura como una piedra y por tanto pierde elasticidad. Por esta razón, en las fábricas de procesamiento es "vulcanizada", es decir, se calienta a alta temperatura, proceso en el que se vuelve líquida. Entonces se le añade sobre todo azufre, almidón y otros ingredientes, y la masa resultante se deja enfriar. Si se tiene en cuenta que a menudo se le agrega entre un sesenta y un setenta por ciento de otros productos, es posible calcular cuánta goma fina hay en un neumático. Es curioso que con la vulcanización la goma no pierda prácticamente nada de su elasticidad,

y que ésta se mantenga también en un clima frío. Además se vuelve más dura y resistente. Es por este motivo que la mayoría de los neumáticos están hechos de goma vulcanizada. Como es sabido, la goma también es un mal conductor de la corriente eléctrica y por eso se emplea en la fabricación de aparatos eléctricos delicados.

CAUCHO

El caucho tiene propiedades parecidas a las de la goma. Sin embargo, proviene de otro árbol, que suele ser más grande que el gomero. Ese árbol también proporciona una leche que fluye por debajo de la corteza. Esta leche se obtiene de otra manera que la de la goma. Mientras que el gomero sólo se da en zonas pantanosas, el árbol del caucho sólo crece en las zonas de altura. Si no las hay, tampoco hay árboles de caucho. La extracción del caucho es mucho más sencilla que la de la goma. Las incisiones no se hacen de arriba abajo, sino al revés (foto 13). Desde el suelo, el tronco del árbol tiene contrafuertes tabulares que soportan el árbol. En estos contrafuertes se cortan canales de tres a cuatro centímetros de ancho, en diagonal de arriba abajo, de tal modo que dos canales confluyen. Por el tejido lechoso puesto al descubierto por esos canales fluye el líquido blanco hasta el suelo, previamente más o menos limpiado, donde se solidifica formando tortas negras. Ante la necesidad de sanar las heridas cortadas en el pie del tronco, el árbol envía tanto desde arriba como desde abajo la leche hasta el lugar del daño y así ésta llega a las ranuras que se han abierto y luego al suelo. Después de un tiempo el flujo cesa, ya no sale leche. Sin embargo, el hombre es insaciable en su avidez. Sabe que el tronco alberga todavía cierta cantidad de leche, por eso sencillamente tala el árbol (foto 7). Cuando el gigante está en el suelo, a lo largo de todo el tronco se cortan nuevamente ranuras en forma de "v" a distancias de aproximadamente tres metros, por las cuales gotea el resto de la leche hasta el suelo. En los lugares de salida se forman charcos blancos, que pronto cuajan en tortas negras y pegajosas. Una vez que se ha agotado el flujo de leche, el siringuero recoge las blandas tortas solidificadas y las lava cuidadosamente, proceso en el cual el jugo pegajoso se disuelve en el agua (foto 14). El caucho está listo. En un primitivo molde hecho con maderos enterrados en el suelo se prensan los diferentes pedazos, de tal manera que forman fardos cuadrados. El trabajador corta algunas de las

tortas de caucho en largas cintas y con ellas envuelve los fardos a lo largo y a lo ancho. Con esto el embalaje ya está listo (foto 15). Del mismo modo que con la goma, a continuación se llevan los negros bloques a la barraca, desde donde son enviados a la casa matriz, que los expide a las plazas comerciales de ultramar (fotos 16 y 17). Como el caucho empieza a derretirse a temperaturas moderadas, los fardos usualmente se ponen dentro de un saco de arpillera que se cierra cosiéndolo y así se despachan. El caucho es sólo la mitad de elástico que la goma fina. Por eso también su precio es significativamente menor. Al igual que la goma, hay que vulcanizar el caucho para que sea más duro y resistente. Su propiedad más importante es la extraordinaria resistencia contra el agua. Éste es el motivo por el cual los calzados de goma o chanclos se hacen de caucho. La ropa impermeable y en general los tejidos que tienen que ser resistentes al agua se suelen recubrir con una fina capa de caucho.

Uno podría pensar que, como se talan los árboles, pronto habrá que declarar el caucho en peligro de extinción. Pero la naturaleza se ha ocupado de que no sea el caso, dotando al árbol de una inmensa cantidad de frutos, es decir, de semillas. Cuando la copa del árbol cae al piso, saltan miles de semillas en la tierra a su alrededor. En el lugar donde yace el gigante talado pronto crecen matorrales de jóvenes árboles de caucho. Algunas de las plantas jóvenes seguramente morirán. En cambio, otras mantendrán su posición y más tarde correrán la misma suerte que sus antepasados. Se calcula más o menos treinta años entre la germinación y el momento en que el árbol del caucho tiene la edad para ser talado. Sin embargo, tomando en cuenta la enorme extensión de la selva sudamericana, es imposible explotar en ese periodo todas las zonas caucheras. Por lo tanto no hay que temer que el producto pueda alguna vez perderse para la humanidad.

LUNES DE APROVISIONAMIENTO

Todos los lunes tenía que suministrar a nuestros trabajadores los víveres semanales para sus hogares. Una multitud de mujeres entraba al patio en el que tenía lugar la distribución. Como no tenían criadas en su casa, era normal que llevaran a sus hijos. O bien los llevaban en un pedazo de tela a sus espaldas o los pequeños se sentaban a horcajadas en la cadera de la madre, quien rodeaba con un brazo al niño y así lo sostenía. Los

niños mayores de tres o más años trotaban al lado vestidos con una camisita. Por supuesto tampoco faltaba el perro, que forma parte del inventario de cualquier casa indígena. Hasta que se habían repartido las raciones nuestro patio era un hervidero de gente, y a mí siempre me alegraba ver el espectáculo de la colorida multitud de grandes y pequeños. A menudo tenía que forzarme para ser justo con todo el mundo, pues muchas de las bellas damas resplandecían prometedoras cuando querían conseguir mayor cantidad de azúcar o un pedazo de *charque* más grasoso. Pero raras veces había peleas; en primer lugar porque no se toleraban, y en segundo porque el reparto era correcto. Si alguna vez alguien salía mal parado, en otra oportunidad salía ganando. Una vez que el reparto de las raciones había terminado, toda la caravana salía de nuevo del patio, lo que otra vez ofrecía una vista bonita. Se ponían los víveres, que consistían en un racimo de plátanos, varias libras de arroz, charque, sal y azúcar, sobre las cabezas, para lo cual, debido al peso de la carga, unas mujeres ayudaban a otras. Es sorprendente que pudieran llevar cargas tan pesadas. Cuando la carga estaba equilibrada sobre la cabeza, se subían al niño más pequeño sobre la cadera en un solo movimiento y todos estaban listos para emprender el viaje de regreso a casa. Cargar sobre la cabeza hace que las mujeres suelan tener un modo de andar regular y erguido. Además consiguen un cuello muy bonito. Yo atribuyo la constitución armónica de esta gente, en gran medida, a la costumbre de llevar cargas sobre la cabeza.

Quizás alguna vez se le ocurra a uno de esos institutos de cuidado corporal, hoy tan de moda, incluir esta costumbre en su programa de ejercicios. Seguramente tendrían bastante éxito. ¡Incluso creo que tales ejercicios son más recomendables para nuestros futuros centroeuropeos que los bailes de negros importados, que en realidad no son bailes!

LA CONDICIÓN DE LOS MOZOS

Durante el auge de la goma se hablaba y se escribía a veces en periódicos nacionales e internacionales sobre las penosas condiciones de los trabajadores de la goma en la región del Beni. Se presentaba con predilección a los "pobres indígenas" como si estuvieran consumiéndose en la esclavitud. Estas historias de terror provenían en gran medida de personas envidiosas, o de gente que conocía las condiciones sólo de oí-

das. Atrocidades horribles han sucedido realmente y a decir verdad en el río Putumayo, en la frontera entre Colombia y Perú. Pero no así en el Beni. Fueron dadas a conocer por un inglés, cuyo nombre no recuerdo. ¡Sólo me acuerdo que al estallar la guerra mundial los propios ingleses tomaron preso el susodicho "míster" y lo ahorcaron como traidor a la patria! De acuerdo a este final poco decoroso es más que dudoso que el hombre haya realizado la publicación sólo por presión de su mala conciencia. En todo caso, el asunto tuvo un efecto positivo pues finalmente provocó una ola de indignación en todo el mundo. Las grandes potencias exhortaron de manera inequívoca a los gobiernos de Colombia y Perú a tomar las medidas necesarias para impedir las crueldades y castigar a los malhechores. Y eso fue lo que aconteció inmediatamente. Sin embargo, las historias del Putumayo acabaron generalizándose y aplicándose también al Beni y en general a todas las regiones en las que se trabaja la goma. Es por ello que quiero describir aquí cómo eran realmente las condiciones en aquella época en el Beni.

Los trabajadores de la goma se reclutaban casi exclusivamente entre los indígenas. Sin embargo, éstos no son gente salvaje sino indígenas que ya vivían entre población civilizada desde hacía varias generaciones. Todavía son incultos y sólo unos pocos tienen alguna noción de lectura y escritura. Nuestra gente provenía sobre todo de Reyes y de Tumupasa, asentamientos indígenas situados en el curso superior del Beni. Eran contratados mediante "enganche", lo que significa reclutar, contratar. Se les daba un adelanto en forma de mercancías y dinero, y a cambio ellos se comprometían a pagar esta deuda con trabajo. Se acordaba ante las autoridades un sueldo fijo. Además, el empleador tenía que conceder al empleado y a toda su familia alojamiento y manutención gratuita, y en caso de enfermedad su obligación era pagar el médico y los medicamentos de cada miembro de la familia. Antes de pagar la deuda contraída, que de hecho también tenía que ser reconocida frente a las autoridades, el indígena no podía abandonar a su *patrón*. No obstante, sí podía exigir el estado de su cuenta en todo momento, y si otro patrón pagaba por él también podía trasladarse sin más con él. Esta transferencia de la cuenta fue a menudo desacreditada como una "venta de esclavos". Es verdad que el sueldo que se pagaba era bajo. Pero un trabajador aplicado y ahorrador era capaz de pagar poco a poco su deuda, si era esto lo que quería. Pero eran pocos los que querían hacerlo. Su vida con nosotros era mucho mejor que en sus *pueblos* miserables. En vez de reducir su

Foto 12: Tronco de un gigante de la selva con contrafuertes tabulares

Foto 13: Haciendo canales en forma de 'v' en la corteza del árbol de caucho

Foto 14: Lavando las tortas de caucho

Foto 15: Atando y prensando el fardo de caucho

deuda, más bien trataban de conseguir el mayor adelanto posible del patrón para que no pudiera echarlos.

Con quien quería picar goma se acordaba un precio para el producto entregado, que se regía por el precio de mercado en Europa. Por lo tanto, el trabajador era partícipe de las alzas y las bajas. ¡En los momentos del auge económico teníamos varios de esos trabajadores que disponían de un saldo a favor en su cuenta mayor al que yo tenía en la mía! Una vez, cuando le propuse a uno de esos trabajadores que pusiese su saldo en un banco, para estar preparado ante eventuales malos tiempos, me respondió con toda frialdad:

–¿Y por qué tendría yo que ahorrar dinero? Yo tengo un patrón que tiene que cuidar de mí si me va mal.

¡Esta declaración caracteriza la mentalidad de esos "pobres indios"!

Tenían de hecho una vida más despreocupada que nosotros. Si alguien se ponía enfermo, teníamos que curarlo a nuestra cuenta. Si él, su mujer o sus hijos no tenían ropa, nosotros teníamos que conseguirla. No hay duda de que se cargaba el valor en la cuenta del trabajador. Pero éramos nosotros quienes corríamos el riesgo de que la cuenta fuese pagada alguna vez o no.

La gente tenía que trabajar bastante, pero nunca en exceso. A cambio se proporcionaba buena y abundante comida. Lastimosamente los indígenas son alcohólicos apasionados. Cualquier truco es bueno para conseguir alcohol.

He aquí un ejemplo:

Un día un trabajador se acerca a nuestro administrador y le pide dos botellas de aguardiente y un paquete de velas. Se le había muerto un hijo y tenía que organizar un *velorio*. Un velorio no es un lloriqueo como entre nosotros sino una fiesta. Se toca el tambor, se baila y sobre todo se bebe. Uno se alegra de que el alma del difunto esté por llegar a un mundo mejor.

Entonces el administrador entregó lo que le había pedido y el indígena se fue. Tres días después vino de otro lado otro hombre, con el mismo pedido y la misma justificación. También recibió lo solicitado. Pero cuando días después un tercero quiso obtener lo necesario para un velorio, al administrador le llamó la atención. Así que mandó al mayordomo a la casa del hombre para saber si había brotado alguna epidemia entre la gente. El mayordomo realmente encontró en la casa del traba-

jador el cadáver de un niño que estaba siendo velado. Sin embargo, el cadáver ya estaba en estado de descomposición. ¡El mayordomo aún podía reconocer al niño y sabía que no pertenecía a ese indígena! Se realizó una investigación y resultó que el verdadero padre, el primer beneficiario de aguardiente, había prestado su hijo a sus amigos para que pudiera participar otra vez como "familiar del difunto" en los velorios y por lo tanto también beber aguardiente. ¡El truco de celebrar tres veces un velorio con el mismo muerto había dado resultado! Tuvieron que trasladar cada vez al niño fallecido por la noche de una cabaña a otra, y esto por caminos y desvíos de varios kilómetros. Los malhechores salieron esta vez con apenas una fuerte reprimenda. Pues el barraquero era un suizo que se tomó esta tragicómica historia de los tres compañeros de copa más bien desde el lado humorístico.

Por supuesto que se castigaban los delitos graves, y en ese tiempo todavía estaba permitido el castigo corporal. El patrón del delincuente era el juez, y el mayordomo el ejecutor. Puede que hubiera algunos excesos, como me contaron, pero en la mayoría de los casos éstos se daban entre los pequeños patrones nativos. Los europeos nunca aplicaban castigos excesivos. De hecho, en esos tiempos otro procedimiento penal no era posible, pues no poseíamos cárceles ni instituciones penitenciarias. Por este motivo incluso las autoridades aplicaban el castigo corporal. Algunos delincuentes renuentes sólo se podían curar con una azotaina después de que toda advertencia hubiera fracasado. Pero sólo se recurría a esta última medida cuando se trataba de un crimen realmente importante. Durante mis muchos años de estadía, esto no debe haber ocurrido más de media docena de veces. Pero cuando sucedía, abogados ávidos de notoriedad aprovechaban tales ocasiones para exagerar considerablemente los casos, propagando rumores sobre horripilantes y refinadas crueldades cometidas por los blancos. Es de tales individuos de quienes también provienen las inverosímiles historias que en esa época se contaban sobre los barones de la goma.

EXTRAÑAS CARACTERÍSTICAS DE LOS INDÍGENAS

En casi todos los así denominados "libros sobre indígenas" éstos, como también otros pueblos tribales primitivos, son presentados como seres humanos dotados de sentidos extraordinariamente bien desarrollados,

como la vista, el oído, el olfato, etc. Esto casi siempre es correcto. Incluso yo creo que poseen un sentido adicional, que en ellos está más afinado que entre los pueblos civilizados. Me refiero al sentido de percibir transmisiones telepáticas.

La siguiente historia, que me contó un viejo barraquero, ayuda a ilustrarlo. Un mozo que desde hacía ya años trabajaba satisfactoriamente para su patrón, un día en que justo se estaban efectuando trabajos urgentes pidió permiso para ir a su pueblo. Quería iniciar el viaje al día siguiente. Iba a estar ausente aproximadamente entre un mes y un mes y medio. El patrón le prometió unas vacaciones de esa duración una vez que concluyeran los trabajos en ejecución, que iban a durar aproximadamente un mes más. El mozo declaró rotundamente: –Si no puedo irme ahora, voy a escaparme. –La recompensa a la respuesta insubordinada fue un bofetón, acompañado de la promesa de que si llevaba a cabo su plan recibiría además una azotaina bien calculada. El hombre, de hecho, tenía una abultada deuda.

A la pregunta de por qué quería ir justo en ese momento a su casa, el hombre sólo supo contestar que sencillamente tenía que irse. No se le pudo sacar nada más. Probablemente ni él mismo conocía el motivo de su afán de viajar. El barraquero pensó que con la advertencia iba a ser suficiente, como casi siempre era el caso. Para su gran sorpresa, dos días después el mozo había desaparecido sin dejar el mínimo rastro. Se mandaron rastreadores para que registraran la zona. Éstos regresaron sin el fugitivo y sin haber encontrado rastro alguno en el bosque, a pesar de que eran realmente hábiles en esta tarea. El hombre se había ido y con toda probabilidad su cuenta podía darse por perdida.

Después de unos dos meses el mozo volvió a aparecer de pronto ante su señor y se ofreció a trabajar de nuevo, pues quería pagar su cuenta. En vez de aplicar inmediatamente el castigo prometido, el patrón le preguntó al mozo por el cómo y el por qué de su fuga.

–Tenía que ir a mi casa porque mi madre estaba enferma.

–Pero tú no podías saber que tu madre estaba enferma.

–No, señor, no lo sabía.

Más no se pudo llegar a saber del mozo. El día antes de su fuga se había enterado de que un turco viajaba en canoa hasta Buenaventura, lugar ubicado frente a Rurrenabaque. Le preguntó al turco si lo quería llevar como remero en su canoa, pues tenía vacaciones. Ésta fue la razón por la que no se halló ninguna huella del fugitivo en la selva. Desde

Buenaventura fue a pie hasta su casa en San José, donde encontró a su madre en el lecho de muerte. Algún tiempo antes la mujer quiso recoger algo de leña en el bosque, cuando se desató de pronto un torbellino. Una rama podrida se precipitó con fuerza al suelo, golpeándole en el hombro y partiéndole además la pierna derecha. Inconsciente, se quedó tumbada en el bosque, donde la gente la encontró por la noche y la llevaron a su casa. Como no se podía encontrar un médico la pobre indígena se iba consumiendo lentamente, pues seguramente el golpe también le había causado heridas internas. El hijo llegó justo a tiempo para despedirse de la mujer agonizante. Esto fue lo que el mozo le contó a su señor. Éste se reservó el derecho de interrogar al turco y de no ejecutar entretanto el prometido castigo. Tan pronto como tuvo oportunidad preguntó al turco. Resultó que no sólo el mozo había dicho toda la verdad, sino que además, más o menos en el mismo momento en que el trabajador pedía sus vacaciones, ¡su madre estaba tumbada en el bosque con la pierna rota!

Quiero mencionar además los dos siguientes acontecimientos, de naturaleza similar, que yo mismo he vivido y de cuya verdad respondo:

Era aproximadamente el año 1909. En ese tiempo me encontraba en nuestra Casa principal en Riberalta. Nuestros productos, la goma y el caucho, tenían que ser transportados en grandes botes de remos río abajo hasta San Antonio en el río Madeira. Desde allí se fletaban en pequeños vapores al Amazonas y a Pará, el puerto de salida en el Brasil. Desde la frontera boliviana hasta San Antonio el Madeira tiene muchos rápidos muy peligrosos para la navegación. Es por ello que se tenía mucho temor a estos viajes, aún más sabiendo que en ese trecho imperaba una fuerte malaria. Sólo los mejores salarios animaban a los trabajadores a emprender esos viajes. Y efectivamente, a veces ocurría que los botes se estrellaban contra las piedras y que entonces usualmente algún que otro remero, o a veces también varios de ellos, morían ahogados. Uno se enteraba de algo así sólo cuando los botes llegaban de nuevo a Riberalta. No había telégrafo, teléfono, aviones, tren o carreteras. Como el viaje de regreso río arriba duraba entre dos meses y medio y tres meses, era el tiempo que había que esperar para saber si el viaje había transcurrido bien o mal.

Una vez, sin embargo, recibí un mensaje al respecto apenas después de más o menos una semana, naturalmente sin saber si correspondía a la verdad. El asunto era el siguiente. Nuestra Casa había enviado varios botes con goma. La tripulación estaba formada por unos ochenta hom-

bres, todos ellos indígenas, con excepción de un empleado boliviano que encabezaba el transporte.

Entre seis u ocho días tras la salida de los botes, una tarde vino hasta mí una indígena llorando terriblemente.

–¿Pero qué pasa?

–¿Es verdad que mi marido se ha ahogado?

–¡Qué tontería! ¿Quién puede contar tales cosas si la gente recién hace una semana que ha salido? No hay nadie capaz de traer noticias hasta aquí en tan poco tiempo. Así que estate tranquila, que no son más que disparates.

Ésa era realmente mi convicción. Cuando interrogué a la mujer, no pudo darme información sobre quién había difundido el cuento. En el pueblo estarían diciendo que en uno de los rápidos –mencionó el nombre del mismo–, uno de los botes se habría chocado contra una roca y habría volcado. Su marido se habría golpeado la cabeza contra una piedra y se habría ahogado, a pesar de ser un buen nadador. También se habría perdido mucha goma.

El asunto no me preocupó más, pues para mí se trataba de habladurías que la gente habría entendido mal y que probablemente se habían originado en una buena borrachera. Pues yo sabía que a la gente no le desagradaba beberse sus buenas cantidades de aguardiente. Logré tranquilizar a la mujer y se marchó a su casa.

Después de unas diez semanas regresaron nuestros botes y cuál no fue mi sorpresa cuando el empleado que había encabezado el viaje me comunicó la muerte de nuestro trabajador. ¡El día que la mujer me visitó y casi a la misma hora, el hombre tuvo un accidente y exactamente del modo en que la viuda me lo había contado!

Para mí, éste es un caso de telepatía que sencillamente no se puede negar. Sólo por telepatía la mujer pudo haber sentido el incidente, pues era absolutamente imposible hacer llegar desde el lugar del accidente un mensaje a Riberalta en tan poco tiempo.

Algunos años más tarde, en el Perú, donde trabajaba como gerente de una sucursal, tuve otra experiencia de este tipo.

Un día un cliente, un colombiano, me trajo algunas canoas llenas de caucho. Le compré todos los fardos y esperaba poder pagarle gran parte del valor en mercancías, como antes siempre había hecho. Pero esta vez el hombre me pidió dinero, argumentando que quería viajar

a Arequipa, una ciudad comercial al oeste de la Cordillera, para ocuparse personalmente de la compra de mercancías. Me decía que esto le saldría más barato. Probablemente pensaba que yo ganaba un montón de dinero con las mercancías y él mismo quería sacar tajada propia. El tiempo para esta gente no es tan importante.

Mal que bien tuve que pagarle al contado y con letras de cambio. Antes de su partida dio a su empleado, un joven español que lo había acompañado hasta mi casa, las siguientes directivas:

–En seis semanas voy a estar en Astillero, donde usted va a esperarme con una canoa, pues ahí el río Tambopata es aún navegable. Voy a tratar de ser lo más puntual posible. Pero si tuviera algunos días de retraso, espéreme allá hasta que yo llegue. No voy a llevar más de diez quintales (460 kilogramos) de mercancías. Entonces véngase con una canoa de tamaño mediano.

El colombiano partió y su empleado también. Con esto, para mí, el asunto había concluido. ¡Apenas cuatro semanas más tarde apareció nuevamente el español, esta vez con una enorme canoa ocupada por ocho hombres! Muy sorprendido le pregunté:

–¿Qué está haciendo usted aquí otra vez? ¡Se ha adelantado quince días completos! ¡Y además trae un monstruo de canoa como si quisiera descargar un transatlántico!

–Se va a reír de mí si le digo por qué estoy aquí –dijo el probo español.

–Bueno, supongo que tiene motivos bien fundados para su proceder, que como bien sabemos son contrarias a las directivas de su patrón.

–Me he negado bastante tiempo ya a emprender este viaje. Pero mire usted, mi gente son huitotos (indígenas putumayos) y ellos de vez en cuando toman ayahuasca (jugo de una liana). Se embriagan y tienen visiones que a mí, no obstante, me tienen sin cuidado. No deja de ser cierto que de vez en cuando, evidentemente de casualidad, pueden predecir algún suceso después de haber bebido ayahuasca. Esta vez, sin embargo, no me han dejado tranquilo. Me presionaron para que emprendiera el viaje de inmediato, pues el patrón ya estaría de vuelta, según habrían visto tras haber bebido ayahuasca. Estaría en un lugar donde casi todas las casas tienen más de un piso. Sobre la cabeza llevaría un sombrero que más bien se parece a un tambor. Casi toda la gente en ese pueblo serían *gringos* (blancos). Además, el patrón habría comprado dos lindas mulas, que estaría trayendo consigo. Es por eso que tengo que ir a su encuentro con una canoa grande. Tengo la certe-

za de que ninguno de mis indios ha atravesado la Cordillera. ¿Cómo pueden entonces describirme una ciudad moderna? Me han contado otros detalles más, de manera tan convincente que finalmente me he decidido a viajar. ¡Y aquí estoy! Sólo me arrepiento de haberme dejado engatusar para traer conmigo esta monstruosidad de canoa, que cuesta cada día ocho jornales y seguramente en vano. Cuanto más lo pienso, menos me convence que mi patrón haya comprado mulas. Ya tenemos bastantes en nuestra barraca.

Me daba pena el hombre que hacía tal tontería. Si llegaba con ocho hombres quince días completos antes a Astillero, malgastaba más de cien jornales. Para suavizar un poco la reprimenda del patrón le llené la canoa con goma de nuestra Casa, para que pudiera ganar algo con el flete. Entonces el español partió y supuse que en tres o cuatro semanas estaría de vuelta con su patrón. ¡Sin embargo, apenas habían transcurrido de diez a doce días cuando el hombre atracaba con su patrón y dos mulas, además de las mercancías compradas!

El colombiano se había asombrado al encontrar a su empleado ya en el lugar. Pues según su orden debía haber estado en Astillero recién quince días después. Su empleado le habló de las predicciones de los indígenas, con lo que el patrón se quedó satisfecho. Pues así había ganado quince días y además había conseguido un negocio de flete conmigo.

El colombiano era un hombre muy leído y culto. En la noche, con una copa de whisky en la mano, habló conmigo del asunto. Él mismo estaba perplejo ante este hecho extraño. Me confirmó lo que ya me había contado el empleado, que sus huitotos se entregan al vicio de la ayahuasca y que entonces se hacen los adivinos.

–A veces aciertan algo, muchas otras veces no –decía. Pero esta vez también yo estoy sorprendido de que todo se haya cumplido. Pues de hecho, sólo pasé algunos días en Arequipa y luego me di una vuelta por Lima. Tenía que ir al Ministerio para hablar de una regulación de límites en mi propiedad. Como no estaba lo suficientemente equipado como presentarme frente a tan altos señores, me compré un terno negro y un sombrero de copa. No me puedo explicar cómo mi gente ha podido ver eso. Tampoco podían saber que estaba en Lima, pues la decisión de ampliar el viaje hasta allá la tomé recién en Arequipa. Asimismo, es una casualidad que haya comprado dos mulas. Me las ofrecieron muy baratas, y como eran bellos animales las compré. Una me sirvió

como montura para cruzar la Cordillera y en la otra cargué mi equipaje. Los animales ya han pagado con su servicio algo de su precio. Todo ha ido como la seda, de tal modo que pude concluir todos mis asuntos en dos días. Fue por eso que emprendí el viaje de regreso tan rápido. Sabía que tenía que esperar la llegada de mi empleado durante quince días enteros en Astillero. Por ende estaba muy sorprendido cuando éste apareció allí un día después de mi llegada. Ya desde mi salida en Arequipa pensaba en la circunstancia adversa de tener que esperar durante quince días a mi gente. Aparentemente esta sensación de adversidad se ha transmitido telepáticamente a mis indígenas cuando estaban en trance por efecto de la ayahuasca. No puedo explicarme lo sucedido de otra manera.

Así concluía el colombiano sus reflexiones, a las que, a falta de una interpretación más convincente, me uno igualmente. ¿Habría tenido lugar una videncia así sin el trance de la ayahuasca?

ODISEA EN EL RÍO GENESHUAYA

Tras una estadía de aproximadamente dos años en Riberalta hablaba y escribía el español con fluidez. Por esta razón a veces trabajaba en el servicio externo, donde se requiere que uno actúe con autonomía. Una vez tuve que hacer un viaje realmente interesante al río Geneshuaya. Este río desemboca a aproximadamente una jornada de viaje al norte de Riberalta en la orilla derecha en el río Beni.

Aquí voy a ilustrar brevemente cómo transcurre un viaje como éste, más aún cuanto aquella vez penetré en una región que hasta hoy día sigue siendo en gran parte desconocida.

Un día mi jefe me llamó a su oficina y me dio el siguiente encargo:

–Mañana viaja usted al Geneshuaya. Va a encontrar allí a un amigo nuestro que tiene mucha goma y que seguramente necesita muchas mercancías. Entonces llévese suficientes mercancías y véndale todo lo que pueda para que no tengamos que pagarle una suma muy alta en dinero y letras de cambio. Usted ya sabe lo que se necesita en una barraca, por tanto no le digo nada sobre la gama de productos a llevar. De hecho, el barraquero es un alemán con quien seguro usted va a llevarse

bien. Dígale al mayordomo que le asigne gente de lo más fiable. El viaje va a durar unas tres semanas.

–¿Geneshuaya? ¿Hay gente aquí que conoce el río?

–No. Sólo sabemos que desemboca más arriba de San Pedro en el río Beni. Usted mismo tiene que encontrar el camino. Le voy a dar los mejores remeros y cazadores.

¡Qué panorama! ¡Sí que eran buenas perspectivas! Tenía que entrar por primera vez en una región completamente desconocida. Le pregunté al mayordomo si quizás entre nuestro personal había alguien que conociese ese río, pero la respuesta que recibí era que ninguno de sus hombres había estado allí. Después pregunté también en el pueblo si alguien me podía dar algunas indicaciones sobre el curso del río. Nadie sabía nada, pero los remeros que me dieron prometieron hacer más averiguaciones en la noche. La mañana siguiente cargué hasta el tope mi *batelón* (un bote de remos grande) con mercancías, y a las ocho pude partir. Como el Beni llevaba mucha agua avanzábamos despacio, de modo que cuando cayó la noche tuvimos que arrimarnos a tierra más abajo de San Pedro para dormir en la selva. En el trayecto tuve la suerte de matar una urina que justo salía del bosque para beber agua. Cuando el animal recibió el balazo cayó rodando por la orilla, pero aún podía nadar e intentaba huir por el río. Mi gente quería enganchar el animal con los remos contra el bote, y yo ya veía cómo se me escapaba el asado. ¡Ni corto ni perezoso empujé al hombre más cercano por la borda! Cuando emergió del agua le grité que nadase tras la urina, mientras yo le daba la vuelta al bote y remaba tras de él. No tardamos en agarrar la presa. Un golpe con el machete le cortó la nuca y subimos a bordo al hombre y a la urina. El hombre que se había bañado contra su voluntad no estaba muy contento. Pero el trago de aguardiente y la perspectiva de carne asada en la cena enseguida lo apaciguaron. Por la noche nos alcanzó mi amigo de Riberalta, que estaba viajando con nuestro vapor al curso superior del Beni. Él también se benefició de mi suerte en la caza y a cambio me remolcó por la mañana hasta la desembocadura del Geneshuaya, donde llegamos a mediodía. El vapor continuó y yo paré en el próximo banco de arena para preparar el almuerzo. Menú: sopa con yuca, plátanos, arroz y carne de urina, todo cocinado en la misma olla. Un mozo fue al bosque a buscar leña para hacer fuego. Cuando apareció con un haz de ramas delgadas, un armadillo salió corriendo de entre sus pies. La leña voló inmediatamente al suelo y con un solo golpe de machete el compañero de viaje mató el exquisito bocado aco-

razado. La carne de estos animales es muy sabrosa y la sopa que se hace con ella es una delicia.

En Sudamérica tropical hay dos tipos de armadillos: el armadillo gigante, que los indígenas llaman "behiche". Su carne raras veces se come, pues se dice que el behiche come carroña. El animal que matamos nosotros, en cambio, pertenece a la familia de los pequeños armadillos, llamados "tatú" por los nativos. Tiene el tamaño de un perro salchicha compacto y la carne muy blanca. En la Cordillera hay además una tercera especie, que sin embargo es más pequeña y tiene un caparazón más bien redondo. Su carne es roja y no es tan sabrosa como la carne del pequeño armadillo tropical.

Empleamos como máximo una hora en el almuerzo. Luego me interné en el Geneshuaya. En la desembocadura el río tiene un ancho de aproximadamente cincuenta metros; su agua es negra, pues prácticamente no hay corriente y las hojas en descomposición de los árboles ribereños se quedan en el lecho del río. Si se llena un vaso con agua, tiene el color de un té poco concentrado, pero se puede beber. Empezamos a remontar a remo este pequeño río. Reinaba un silencio absoluto, pues no hay asentamientos ya que prácticamente durante todo el año las orillas permanecen inundadas. En cambio, la selva tiene un aspecto grandioso. En el suelo fangoso crecen árboles gigantescos y arbustos, como si todo fuese un invernadero (foto 12). Las lianas recubiertas de hojas conforman una tupida pared, cerrando cualquier mirada al interior de la selva. Orquídeas con grandes flores se asientan en las horquillas o estiran al aire ramas decoradas con flores amarillas, blancas o de otros colores. Las copas de los colosos del bosque se espesan por encima de nosotros formando un túnel verde. Aquí y allá un rayo de sol se abre paso por el denso follaje y esparce chispas y una infinita variedad de figuras en el agua. En la penumbra hay una agradable frescura, pero el silencio sepulcral, sólo interrumpido por los golpes de remo, tiene un efecto opresivo. Por un lado, el bello cuadro me alegraba pero por otro provocaba cierta sensación de incomodidad, tanto más cuanto viajaba conscientemente a regiones completamente desconocidas. No había por qué tener temor a los salvajes pues tenía suficientes armas conmigo y además las orillas eran tan bajas que debían estar deshabitadas. El hombre que iba a visitar había recorrido el mismo camino, pero eso fue mucho tiempo atrás. Por más que buscábamos no encontramos ningún rastro de su viaje. Pero claro, el terreno de la orilla estaba en gran parte cubierto por el agua.

Centenas de garzas blancas, que proporcionaban las plumas de los tocados para el pelo o el sombrero tan cotizadas en la época, estaban posadas en las copas de los árboles, y cuando nos acercábamos volvían a volar silenciosamente río arriba. No volaban lejos. Minutos después las alcanzábamos de nuevo. También había numerosas espátulas comunes, de color rosa, con su extraño pico en forma de cucharilla en la parte delantera, aunque nunca se veían en grandes bandadas. Relucientes colibríes correteaban veloces de flor en flor, y sin posarse alargaban sus largos picos en las grandes flores para beber el apreciado néctar. En una rama que sobresalía estaban encaramados en cuclillas los miembros de una familia completa de monos aulladores rojos. Aparentemente los animales nunca habían visto ejemplares tan grandes de sus parientes como los que se mostraban en nuestro bote. Por ende no salían huyendo y miraban asombrados nuestra nave, que pasaba directamente por debajo de su árbol. El puntero y yo entretanto habíamos cargado nuestros fusiles. Estallaron dos tiros, y dos de los compañeros rojos cayeron a nuestro bote. El resto de la manada, sorprendida, permaneció en el árbol, señal de que nunca habían visto seres humanos. Así pudimos matar dos monos más. Entonces a los restantes sí les pareció aconsejable salir huyendo al interior del bosque.

Hacia las cinco de la tarde encontramos un lugar algo elevado y sin agua en la orilla. Hice ir a tierra para pasar la noche allí, pues mi temor era que más arriba sólo encontráramos terrenos inundados, de modo que no pudiésemos bajar a tierra. Rápidamente el suelo se limpió con el machete y cada cual se buscó un lugar lo más cómodo posible para dormir. Una tela de caucho, sobre la cual se extendía una manta de lana, hacía las veces de colchón. Encima se tendía un mosquitero y ya estaba lista la cama para ir a dormir. La ropa que nos quitamos proporcionaba la almohada.

De cena había carne de mono. Rápidamente se destriparon los animales y se los cortó en pequeños pedazos que, junto al arroz y la yuca, desaparecieron en la olla común; tras haber cocido lo suficiente, esto se convirtió en una sabrosa sopa. La carne de mono aullador es bastante dura y consecuentemente tiene que cocer mucho tiempo. En los viajes en vapor, en los que se dispone de más tiempo y también se cuenta con una cocina, usualmente yo encargaba primero una sopa de carne y luego asar la carne o prepararla como gulasch. La mejor parte es la cabeza del macho. Tiene una gran hinchazón parecida a un buche. Adentro, envuelto en grasa amarilla, se encuentra un cartílago hueco, el

instrumento musical del animal, con el que al amanecer y al atardecer inicia los conciertos que retumban hasta bien lejos. El horrible aullido se escucha a varios kilómetros de distancia, aumenta y disminuye, casi como el griterío de una horda de hombres que se hubiesen vuelto locos. Al novato que no conoce el origen de este estrépito le entra miedo.

Por descontado que me agarré el cráneo más gordo de la olla en la cena. La carne con grasa alrededor del buche estaba muy rica. Una vez que me la comí, abrí la tapa del cráneo para comerme también los blandos sesos. ¡Una comilona como ésta quizás no sea propia de un restaurante, pero en la selva prevalecen las costumbres rústicas!

La comida terminó pronto. Después de cerciorarme de que mi cama no estaba hecha sobre un hormiguero, me deslicé debajo del mosquitero y pronto dormí el sueño de los justos. Pero al poco tiempo me desperté sobresaltado. Dos horribles gritos me habían despertado. ¡Hau! ¡Hau! Retumbaban justo por encima de mi cabeza.

–¡Dios del cielo! ¿Qué es esto? –grité hacia mi vecino.

–Un mono nocturno –fue la lacónica respuesta. Para bien o para mal tuve que darme por satisfecho. Pero no dejaba de ser fastidioso que el animalucho tuviera que hacer ruido justo encima de mi cama. Los gritos me habían alterado, y a pesar de que cerraba los ojos no podía conciliar el sueño. Parecía como si la selva recién despertara por la noche. ¡De pronto escuchaba desde el interior del bosque unos largos quejidos, que se acrecentaban y se convertían en un chillido que nuevamente bajaba y terminaba en un gimoteo como si se apretara la garganta de un niño, se soltara de nuevo y finalmente se lo estrangulara! Un sonido aterrador, que al final sonaba como una fresadora que traquetea por una rama dura. Se me puso la piel de gallina pues nunca había escuchado algo tan horrible. Otra vez Felipe, nuestro piloto, tuvo que aclararme el asunto. Me respondía de buena voluntad, pues tampoco él había conciliado el sueño. Era una de las grandes garzas, me explicaba. Nunca en mi vida he escuchado un grito más feo. La garza lo repitió aún varias veces antes de callarse también.

Poco a poco me fui acostumbrando a las voces de la selva. Me di la vuelta sobre mi lecho y me dormí profundamente, y sólo desperté a las cinco de la mañana. Algunos de mis hombres ya estaban de pie recogiendo en un bulto las pocas telas que les habían servido de lecho. Ya se había encendido un pequeño fuego. Hicimos hervir agua para nuestro té. A las seis proseguimos el viaje subiendo el silencioso río. Después

de tres horas de viaje el río se hizo más ancho. Arriba las copas de los árboles se separaban y llegamos a una gran sinuosidad, que se parecía a un pequeño lago. Ni más ni menos que seis brazos desaguaban en esa laguna. La orilla estaba ribeteada de maravillosas palmas reales, a cuyas copas los guacamayos azules y amarillos, los grandes papagayos daban vida. El fruto de la palma real es una comida muy apreciada por estas aves. Es difícil imaginar algo más bello que este paisaje.

Incluso así mi situación era todo menos agradable y envidiable. ¿Qué brazo de agua debíamos elegir? Pregunté de nuevo a mi gente si alguien tenía una idea de qué camino tomar. Uno decía que un pariente suyo había escuchado por algún lado que habría que ir siempre a la izquierda. ¡Mi piloto Felipe a su vez se había enterado por su tío de que el brazo de la derecha sería el correcto! No existen mapas geográficos de la región. Los mapas de Bolivia que hay son muy imprecisos, y en lo que respecta a los cursos de los ríos en gran parte son erróneos. Introducirse a la buena de Dios por uno de estos brazos de río es un asunto delicado, pues generalmente estos cursos de agua tienen un largo de varias jornadas de viaje. El agua no tiene o tiene muy poca corriente. Se necesita casi el mismo tiempo para viajar río arriba que río abajo. Entonces, si tomaba cinco veces el camino equivocado, el viaje podía durar varios meses. No disponía de provisiones para tanto tiempo. No es sólo que el buen consejo fuese caro: es que no había dónde conseguirlo.

Los dos brazos exteriores de la laguna corrían en la dirección de la que yo había venido; por consiguiente, no entraban en consideración. Entonces sólo quedaban otros cuatro, que desembocaban radialmente en la orilla de enfrente en el pequeño lago. ¿Cuál era el correcto?

En mi apuro se me ocurrió la idea de averiguar la dirección de la corriente. Me desplacé a la otra orilla, rompí un pedazo de papel en fragmentos muy pequeños y los esparcí en la salida de las cuatro desembocaduras. Con seguridad la corriente más fuerte era la de la corriente principal. Y era improbable que el barraquero que buscábamos viviera en un afluente secundario.

Los mozos me miraban desconcertados y entre risas. No entendían qué era lo que esos papelitos debían revelarme. Flotaban sobre al agua como un sendero blanco y no parecían querer moverse. Hice atar el bote para no provocar corriente alguna con los golpes de remos. Poco a poco las señales de papel se iban alejando hacia el centro del lago. Sin

embargo, para mi fastidio permanecían alineadas a una misma altura. Sólo después de una media hora empezaron a formarse pequeñas sinuosidades, de modo más marcado delante de un brazo que salía del bosque a la derecha. Sin dudarlo conduje el bote a ese brazo y ordené observar si en la orilla había rastros de siringueros o caucheros. Ese tipo de rastros son fáciles de reconocer. Cuando el trabajador de la goma camina por el bosque está obligado a abrirse camino con el machete. Corta con esta herramienta las lianas y los matorrales que obstruyen el paso. El corte es la señal del hombre civilizado. El salvaje no posee herramientas de hierro; rompe o dobla las plantas que le estorban.

Avanzábamos bien por las aguas tranquilas. Sin embargo, no había rastro humano alguno. Hacia la tarde el río empezó a estrecharse y se convirtió en un arroyo. A izquierda y derecha las ramas golpeaban el bote, que a menudo tenía dificultad para pasar por los lugares estrechos. Los mozos se reían del ingenuo gringo (extranjero), que quería encontrar el camino correcto con ayuda de pedazos de papel. Finalmente Felipe me decía que teníamos que dar la vuelta pues indudablemente estábamos siguiendo el camino equivocado. En absoluto estaba seguro de estar en lo correcto. Pero no quería dar la vuelta ya el primer día. Hice cortar una vara de aproximadamente seis metros de largo para averiguar la profundidad del arroyo. Pero la vara era demasiado corta para alcanzar el fondo. Este descubrimiento reforzó mi confianza y ordené continuar.

Al día siguiente las orillas empezaron a retroceder, y el río se ensanchó hasta los 300 metros. El agua parecía haber bajado en el transcurso de la noche, pues en muchos lugares la orilla empinada estaba completamente seca. Por encima de la baja superficie del agua aparecían hoyos circulares. Un mozo decía que eran madrigueras de nutrias. Durante el almuerzo uno de los hombres examinó los hoyos y pescó una pequeña cría de nutria que se había perdido. Se veía como un pequeño gatito.

Al proseguir viaje observé en las raíces al descubierto de los árboles ribereños protuberancias redondas y negras, parecidas a un panal. Algunos decían que se trataba de nidos de peces. Otros que nunca habían visto esas protuberancias. Son muy duras y tienen más bien aspecto de nidos calcificados de termitas.

De pronto empezó a chillar la pequeña nutria que nos habíamos llevado con nosotros. Por lo visto tenía hambre. En ese momento, al lado de nuestro bote empezaron a emerger las cabezas redondas de

Foto 16: Transporte de caucho hacia la barraca

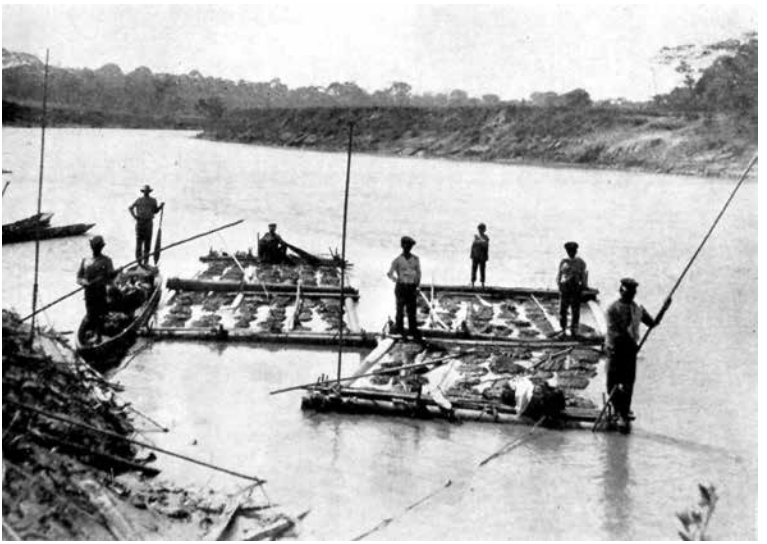


Foto 17: Goma y caucho se acarrean en balsa hacia la Casa matriz

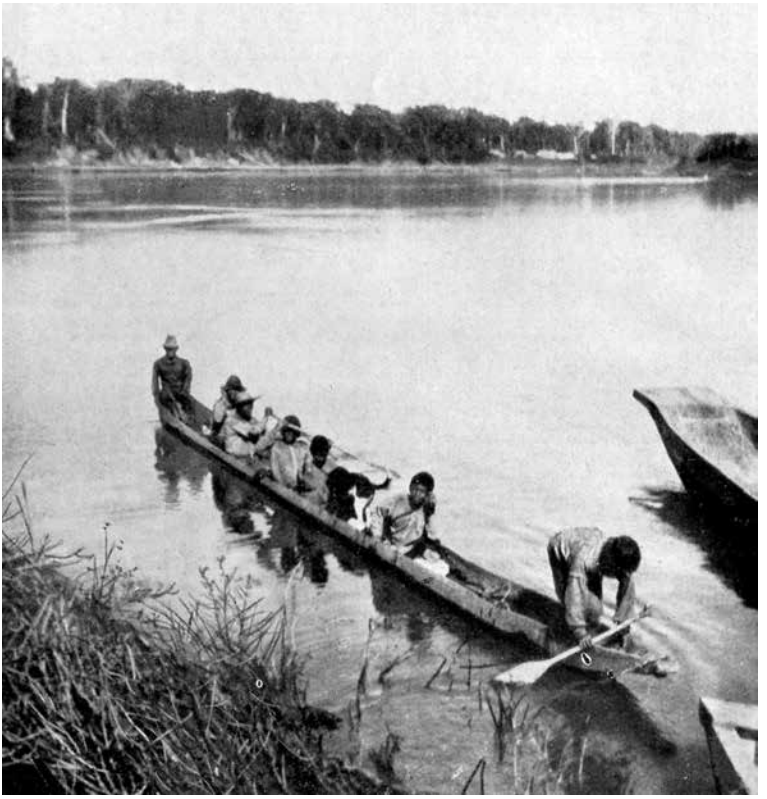


Foto 18: Visita de chunchos en Nueva Berna. Atrás, en último lugar, como piloto está sentado "Hememe"

las nutrias adultas, que nos mostraban sus colmillos puntiagudos. La pequeña bestia no dejaba de gritar y cada vez aparecían más nutrias, al lado, delante y detrás de nuestro barco. Algunas incluso intentaban subirse al bote, a pesar de los golpes de remo que recibían. El asunto empezaba a ponerse desagradable, pues los animales parecían estar furiosos y bravos. Finalmente el piloto gritó: –Boten la pequeña bestia al agua. –Las nutrias, quizás unas veinte, nos persiguieron, no obstante, por lo menos media hora más, hasta que finalmente abandonaron la carrera. Desde entonces tengo verdadero respeto a esos ladrones de peces. Hay muchas en el Geneshuaya, pues el pequeño río está repleto de peces grandes y pequeños. Todos los días veíamos un buen número de esas nutrias de color marrón chocolate. La piel de pelo corto no tiene valor. Se emplea como asiento de las sillas. Los mosquitos no pueden perforarla con sus picaduras. Además uno tiene la sensación de que una silla con este tipo de asiento resulta fresca. La carne de las nutrias tampoco tiene valor, pues tiene un sabor aceitoso.

Los diferentes peces sí que tienen buen sabor. Ahí está por ejemplo la *palometa* o "piranha", como la llaman los brasileños. En muchos relatos de viaje la piraña tiene fama de monstruo devorador de hombres. El pececito, sin embargo, no es tan terrible. Pero sí tiene una buena dentadura. Los maxilares inferior y superior están dotados de dientes triangulares, que encajan perfectamente unos con otros. Hay tres especies de pirañas. Una amarilla, de 10 a 12 cm. de largo, una roja, de 15 a 20 cm. de largo, y una azul, de 20 a 25 cm. de largo. Todas las especies están comprimidas lateralmente y tienen una buena carne. Viven siempre en grandes cardúmenes, son voraces y tienen avidez sobre todo por la sangre. Si uno se baña en un lugar donde hay pirañas, y se rasguña en una piedra o una rama, los peces están de pronto ahí y mordisquean como locos la herida. Uno tiene que salir volando del agua, pues cuando estos peces muerden se llevan consigo un pedazo de carne. Y sin embargo todo el mundo se baña en todos lados sin ningún temor. Si uno no tiene una herida sangrante, no muerden. Pero si lo hacen, pues sencillamente hay que salir enseguida del agua. No es justo que se los injurie como antropófagos. Si el mismo pez pudiera dar su parecer sobre el hombre, con seguridad sería mucho menos favorable, ¡y no sin razón!

Pero volvamos mejor al viaje por el Geneshuaya.

Después del encuentro con las nutrias navegamos cinco días enteros río arriba, sin descubrir el menor indicio de la presencia de un ser humano. La caza era abundante. Ni una sola vez tuvimos que comer el

charque que habíamos traído. Ocasionalmente disparaba a uno o dos guacamayos, que nos aseguraban una buena sopa. También la carne de estas aves es comestible, pero sólo después de cocerla dos veces, pues estas aves, que llegan a vivir hasta cien años, tienen una carne muy dura. Abatíamos también los grandes crácidos negros, los mutunes, que tienen una carne muy buena. El mutún es algo más grande que el urogallo, tiene un plumaje negro metálico y en el pico una protuberancia de color rojo bermellón. Los indígenas suelen criarlos mansos en sus casas. Entonces es muy confiado. Si se captura cuando es joven, se acostumbra rápidamente a la casa y a sus habitantes. No es necesario cortarle las alas, pues ya no se escapa volando. También cazábamos a menudo el *yacamí*, el *trompetero*. Se trata de un pequeño pájaro de color blanco y negro, parecido a un pequeño avestruz. Su cuello largo parece estar envuelto en terciopelo.

Un manjar exquisito eran siempre los monos araña (*marimondas*). En las manos sólo tienen cuatro dedos, pero en los pies cinco. La caza de marimondas es muy simple pues son animales estúpidos. Los mozos se acercan sigilosamente a un grupo y se esconden en el sotobosque. Entonces imitan de modo casi idéntico el grito de los monos. Éstos, atendiendo la llamada, se acercan al cazador. Si estalla un tiro, todo el grupo sale huyendo. Pero como la manada está cercada, los animales corren de un infortunio a otro. En la fuga son muy veloces. Con sus largos brazos y piernas, así como con la cola prensil, se balancean y saltan de árbol en árbol y recorren grandes trechos en poco tiempo. Por esto se dispara a ese tipo de monos casi siempre con la escopeta de perdigones, pues no se tiene suficiente tiempo para acertar con el fusil. Además, los marimondas son muy sensibles. Cualquier pequeña herida provoca que se caigan de los árboles. Su carne es mucho más delicada que cualquier otra carne de mono. Por eso los mozos apenas pueden contenerse cuando descubren una manada de marimondas.

La caza del mono aullador es mucho más interesante, o por lo menos lo es allí donde los animales ya han olido la pólvora y conocen al hombre. Cuando se acerca el cazador, el mono aullador busca enseguida escaparse hacia el interior del bosque saltando de árbol en árbol. Si no lo consigue, se esconde en las horquillas de los árboles y permanece allí callado como un ratoncito. Los cazadores también se mantienen en silencio hasta que el curioso compañero con mucho cuidado se asoma de su escondite. Finalmente se aventura con mucha cautela y mira hacia el suelo para averiguar si puede divisar al infame cazador.

Entonces su pelaje rojo es su traición, pues destaca demasiado en las ramas oscuras. Si el animal es alcanzado mortalmente cae del árbol. Si el animal es gravemente herido y no encuentra una vía de escapatoria se cuelga rápidamente con su cola prensil de una rama, de tal manera que el extremo de la cola queda apretado por el efecto del peso corporal. Si el animal muere, el cadáver se queda colgado en el árbol hasta que se descompone y entonces cae. Cuando los mozos veían que un mono estaba a punto de quedarse colgado rápidamente agarraban sus escopetas y trataban de dispararle en la cabeza. Si un solo perdigón alcanza a la víctima, ésta se asusta, deja por un instante de apretar y se precipita al suelo. Una cacería de este tipo quizás no satisfaga las reglas de la cacería. Pero cuando las tripas están sonando y aparece una buena comida, se dejan de lado los escrúpulos.

En la tarde del tercer día de nuestro viaje apareció una lengua de tierra algo elevada. Hice parar allí de inmediato. El río había crecido de nuevo y yo temía que más arriba no encontrásemos tierra. Todo alrededor estaba inundado. Eran las cinco de la tarde, es decir, aún era pleno día. Mientras los mozos limpiaban el campamento, yo me interné en el bosque con mi fusil Winchester para buscar algo "disparable". Apenas había entrado en el bosque cuando un yacamí (trompetero) desapareció delante de mí por la maleza. Estas aves raras veces vuelan alto, e intentan salvarse corriendo con sus largas zancas. Seguí sigilosamente al pájaro y llegué a verlo varias veces. Pero apenas intentaba apuntarle con el fusil, ya había desaparecido. De pronto escuché un ruido en la enramada encima de mi cabeza. Alcé enseguida el fusil y alcancé a ver cómo un jaguar negro, o pantera, como lo llaman los mozos, saltaba de rama en rama. El jaguar negro es famoso por ser especialmente agresivo. En todo caso, se dice que cuando está herido inmediatamente pasa al contraataque. ¡El termómetro de mi celo cazador bajó al punto de congelación! Actué como alguien derrotado y emprendí la retirada sin quitar la vista del gran felino. ¡El jaguar también se fue retirando, pero en dirección opuesta, lo que me causó un gran alivio! Cuando llegué al campamento conté el incidente. Dos hombres corrieron de inmediato al lugar que les había indicado. Pero ya no había ni rastro del animal. Se había esfumado rápidamente y en silencio en el bosque, lo que de hecho hacen todos los animales cuando se topan con un ser humano.

En la mayoría de los relatos de viaje, ya sean de viajeros casuales o de las llamadas expediciones de cine o investigación, se informa a menudo de los horripilantes peligros a los que uno estaría expuesto en

la bella selva. Se encienden docenas de fuegos para alejar a los depredadores. Todo el mundo duerme con el fusil, el revólver o el puñal en mano debajo del mosquitero. No tengo la menor duda de que los no experimentados se comporten así, pues tienen miedo a lo desconocido. Pero en lo que respecta a los peligros, pueden reducirse tranquilamente en un 90 por ciento si uno sabe cómo comportarse en determinada situación. Sin embargo, esto sólo se aprende con una estadía de varios años. No es fácil moverse en la selva, y no le aconsejaría a ningún novato adentrarse en el bosque aunque sólo fueran veinte metros. Con probabilidad no encontraría el camino de retorno. De hecho, es lo que supuestamente le pasó a un joven suizo que el primer domingo después de su llegada a nuestra región ya quiso ir a cazar. A pesar de las insistentes advertencias de no aventurarse en el bosque, la pasión por ir de caza le indujo a internarse en la espesura. Hasta hoy en día –más de veinte años después– no ha vuelto a aparecer. El barraquero, como él mismo me aseguró, envió a sus mejores indígenas durante varios días a buscar al desaparecido. Generalmente esta gente encuentra al extraviado. Pero en esa ocasión no hubo resultado. Yo llevaba ya cinco o seis años en el país cuando me atreví por primera vez ir a cazar solo. Pero incluso entonces avisé a mi gente de antemano de la dirección en la que quería ir. Ya no le tenía miedo a la selva. A pesar de todo me perdí más tarde dos veces, pero en ambas ocasiones logré salir sin ayuda del bosque, aunque no por el lugar del que había partido, como debería haber sido. La segunda vez los mozos ya habían empezado a buscarme y, siguiendo mis huellas, me encontraron en la orilla del río. Sin embargo, no hubiese podido decir si tenía que caminar río arriba o río abajo para llegar a nuestro campamento. En todo caso no habría muerto. Llevaba conmigo mi fusil con balas y también un machete. ¡Conocía ya en gran medida las plantas y los frutos comestibles! También sabía de qué material y cómo se hace una balsa. En último caso habría construido este medio de transporte y habría bajado el río hasta llegar a la próxima barraca. Lo más importante en este tipo de situaciones es: ¡mantenga la calma! Pero esto sólo es posible si por larga experiencia uno ha adquirido los conocimientos necesarios como para poder ayudarse a sí mismo. Si se dispone de estos conocimientos, ya no hay miedo que valga.

No hay necesidad de temer a los animales salvajes. Como ya he mencionado, casi nunca atacan al hombre, y si lo hacen, es sólo para

defenderse. ¡El hombre y el animal, sin embargo, no siempre tienen al respecto el mismo parecer!

Una vez, por ejemplo, un jaguar se cruzó en el camino a apenas cincuenta pasos delante de mí. Se paró inmediatamente y rugió en mi dirección. Me puse en posición de tiro y me quedé quieto. Cuando vio esto, se dio la vuelta, caminó unos pasos y de pronto se dio otra vez la vuelta mostrándome los colmillos. Yo permanecí en el mismo sitio y observaba a la bestia sin moverme. Yo bien sabía que el cerrojo de mi fusil solía fallar después del primer disparo. Si el primer tiro no resulta mortal, es más que probable que el felino ataque. ¡Y ni siquiera llevaba un machete conmigo! Como estaba inmóvil, de pronto el jaguar pegó un salto hacia un lado de los arbustos. Me fijé en el lugar por el que se fue y con el fusil preparado fui allí a buscarlo. Pero no había huella alguna, nada de ruido, no había rastro alguno del gran felino.

En otra ocasión caminaba apresurado por el bosque y justo cuando doblaba una curva, una serpiente del grosor de un brazo se levantó de golpe a apenas un metro de distancia. En un instante tenía el brazo con el machete levantado hacia la serpiente, pero no dejé caer violentamente el arma, sino que observé los movimientos del animal. Se había alzado unos 60 centímetros por encima del suelo. Con la cabeza ligeramente inclinada hacia mí se balanceó durante unos instantes de un lado a otro, para desaparecer de un salto repentino por la maleza. Un novato hubiera golpeado instintivamente hacia la serpiente, y como esos animales suelen ser más rápidos que el hombre, probablemente hubiera recibido una mordedura.

El siguiente ejemplo ilustra cómo alguien sin experiencia se comporta en una situación similar:

Un joven peruano, empleado de una pequeña barraca, quería ir a la casa de un vecino, a tres horas de caminata cruzando el bosque. El joven no podía perderse, pues sólo había un camino bastante bueno y bastante transitado. Cuando ya estaba cerca de su destino, de pronto un jaguar saltó en el camino y le rugió. El hombre asustado hizo la cosa más estúpida que podía hacer. Lanzó el machete, su única arma, hacia la fiera. ¡Felizmente no dio en el blanco! El jaguar asustado se dio la vuelta hacia la derecha. También el valiente caminante dio la vuelta. Regresó a la carrera, acelerada por el miedo, el trayecto de dos horas de marcha que ya había andado. Al llegar a casa se desplomó blanco como la pared, y pasó un buen tiempo antes de que pudiera dar razón de lo

que le había pasado. Cuando con un castañeteo de dientes por fin contó su aventura, los presentes estallaron de risa. ¡El pobre infeliz, además del daño recibió la burla! Si le hubiera dado al jaguar con el machete, éste lo habría atacado al instante y, desarmado como estaba, su suerte estaba echada.

Estos incidentes sin duda parecen peligrosos, pero en realidad pocos lo son. Si uno se comporta de manera correcta, raras veces le pasa algo. Cuando yo tenía que dormir de noche en el bosque, como mucho prendía un pequeño fuego para cocinar. Después de la comida uno se desliza bajo el mosquitero y duerme maravillosamente respirando el fresco aire nocturno. Si un jaguar maúlla alrededor del campamento, uno lo deja cantar. Nadie le hace caso, pues se sabe que no se atreve a acercarse. Por lo visto le inquieta el vaivén al viento de los mosquiteros.

Si hay bancos de arena en la orilla del río, es ahí donde se duerme. Se cuenta a menudo que los caimanes, los cocodrilos americanos, irrumpen en estos campamentos y se sacan algunos hombres. Incluso los propios mozos relatan de vez en cuando estos horripilantes cuentos. Pero si uno indaga el origen de esas narraciones generalmente no saca nada en claro. A lo sumo el narrador repite el cuento de otro, quien a su vez lo ha escuchado de un tercero.

Sucede a menudo, sin embargo, que de noche un caimán intenta subirse al bote amarrado en la orilla, porque a veces uno lleva en él un chanchito vivo o algunas gallinas como provisión. Intenta hacerse con esos animales. Pero no entra al campamento donde duermen los hombres. Es por eso que nadie le tiene miedo a esa bestia, que de hecho es muy tonta y no es consciente de su fuerza. Yo mismo he participado alguna vez de una carrera de natación con mi gente por un brazo de río estrecho, en el que un gran caimán, a apenas veinte metros de distancia de nosotros, observaba el juego sin que se le ocurriese agarrar a uno de nosotros, lo que hubiera sido fácil para él, pues es un buen y veloz nadador. Existen pequeños ríos donde esos animales son muy numerosos, por lo cual a veces no encuentran suficiente alimentación. Ahí, en efecto, no hay que bañarse, pues también atacarían al hombre. En cambio, se puede cruzar tranquilamente con canoas livianas. Al acercarse la canoa, los animales se sumergen inmediatamente.

Ya llevábamos viajando cinco días río arriba sin haber encontrado la mínima señal de un ser humano. Seguramente a consecuencia de un resfrío, un mozo había contraído una leve disentería. De día estábamos

obligados a arrimarnos a la tierra con frecuencia para que él pudiera retirarse a los matorrales. En una de estas ocasiones gritó desde la tierra: –Pascana –lo que significa fogón. En un abrir y cerrar de ojos yo estaba en tierra y miraba el lugar. Procedía de un hombre civilizado, pues las horquillas, en las que en un palo colocado a través de ellas se cuelga una olla, estaban seccionadas con machete. Ahora estaba bastante seguro de que estaba en el camino correcto, a pesar de que el fuego podía haber sido hecho hace meses. Viajamos dos días enteros más sin encontrar otras huellas. De nuevo los hombres afirmaban que íbamos por el camino equivocado y que debía dar la vuelta. Pero yo no quería, pues me decía que ya no podía estar muy lejos de la meta y que la decisión caería por sí misma en los próximos días. O bien el río se estrechaba, señal de que me encontraba en su lugar de nacimiento, o bien llegaba a la deseada barraca. Por fin, el noveno o décimo día de mi viaje por el Geneshuaya, nos encontramos con un siringuero, que confirmó que había tomado el camino correcto y que probablemente al día siguiente iba a llegar a mi destino. Y eso fue lo que sucedió. El barraquero, un alemán, me recibió muy gentilmente[16]. ¡Desde hacía más de un año estaba ahí arriba y disponía de suficiente comida, pero no tenía nada que beber! Su primera pregunta se refería a la provisión de bebidas en mi bote. Traía conmigo varias clases.

–Descargue todas las bebidas, y mañana veré qué es lo que puedo comprarle.

Le hice el favor, pero también hice llevar todas las mercancías a su casa. Me ayudaron su empleado y su mayordomo. De entrada abrimos una caja de cerveza con 24 botellas de Münchener Löwenbräu, y los tres hombres y yo terminamos con ellas. Sin embargo, yo quería librarme de mis mercancías y recibir la goma. Pero cada vez que quería hablar de negocios el patrón me interrumpía diciendo que primero había que consumir todo el líquido antes de empezar a hablar de negocios. ¡La cosa podía ponerse buena! Pues yo contaba con tres cajas de cerveza, una caja de Old Tom Gin, una caja de whisky y una damajuana con treinta litros de vino. Se me ponían los pelos de punta. Pero no había cómo escurrir el bulto. Empezó la borrachera, duró toda la tarde y se alargó la noche entera. Por la tarde las bonitas muchachas indígenas vinieron de visita, también fueron invitadas a tomar cerveza y se quedaron directamente con nosotros. Entremedio bailábamos en ronda con ellas. Pronto estaban de tan buen humor como nosotros cuatro. A eso de las dos de la mañana habíamos acabado con las tres cajas de cerveza

y cada uno se bebió uno o dos vasitos de whisky puro "para digerir", como decía el patrón. Luego, haciendo eses, fuimos a nuestros dormitorios. Yo dormí como una piedra, pero no obstante escuché cómo el empleado se levantaba en la noche y sacaba dos botellas más que estaban escondidas debajo de la cama y se las bebía. Cuando desperté a las ocho de la mañana, la cabeza me zumbaba terriblemente. ¡Me di cuenta también de que había dormido sin mosquitero, pero no había sentido ni una sola picadura de mosquito!

El anfitrión y sus dos hombres ya estaban levantados. Bajamos los cuatro al río y nos dimos un buen baño. Todos estaban aún muy alegres. Yo había bebido menos que los demás y después del baño me sentía bastante bien y con hambre. Como desayuno había chancho fresco asado, acompañado con el vino tinto que habíamos traído. Además hice que me prepararan un té fuerte, que me sentó mejor que el vino.

¡Yo quería empezar nuevamente a hablar de negocios, pero se dijo que primero teníamos que terminar con el whisky y la ginebra! La decisión estaba tomada y se ejecutó. No había objeción posible. La borrachera duró dos días más. Yo hacía llegar de vez en cuando alguna botella a los mozos, que eran más resistentes a la bebida que yo. A pesar del excesivo consumo de alcohol no hubo ni una sola riña. Toda la barraca estaba alegre y jovial y se celebraba la confraternización con personas que no he vuelto a ver en mi vida y que tampoco voy a volver a ver. Curiosamente nadie se puso enfermo. Estas borracheras sólo se pueden entender si se tiene en cuenta que aquella gente no había visto en un año entero una cara extraña, no había tenido ninguna diversión y aún menos les habían servido un vaso de cerveza. En esta situación el patrón actuó con mucha conveniencia al terminar el alcohol de una vez; de lo contrario la "fiesta" habría durado demasiado tiempo.

El cuarto día se estipuló de descanso. Dormimos 24 horas seguidas y después de un refrescante baño todos volvimos más o menos a ser gente.

Entonces empezaron los negocios. Transcurrieron sin ninguna dificultad. El hombre sencillamente compró toda la mercancía que yo había traído y a cambio llenó mi bote con goma. En aquella época, ésta era tan cara que a pesar de los altos precios de las mercancías tuve que pagarle un considerable monto con letras de cambio. Los líquidos que consumimos los anotó sencillamente en la cuenta de gastos.

Yo podía estar satisfecho con mi viaje, pues no había esperado semejante cantidad de la tan codiciada goma. El día de mi partida llegó un grupo de salvajes a la barraca. Eran chacobos, gente baja y robusta, con adornos de pluma en el tabique nasal[17]. Los lóbulos de las orejas estaban perforados y adornados con los grandes colmillos del capiguara. Los chacobos no son una tribu guerrera. Habitan la región cerca del lago Rogaguado, de donde supuestamente también proviene el Geneshuaya. En los alrededores hay otros lagos y pantanos, que en parte están marcados en los mapas geográficos, pero sin nombres, pues se trata de tierras desconocidas. Me hubiera gustado avanzar hasta esas aguas, sobre todo para conocer la vida y los quehaceres de los indígenas chacobos que viven allí. Incluso llegué a un acuerdo con el mayordomo, que era amigo de los salvajes. En el próximo viaje que debía hacer, quería llevarme a los chacobos. En su compañía no tenía nada que temer.

Me contó lo siguiente de esta gente:

Los chacobos viven en familias bastante grandes, a menudo compuestas de veinte o más personas. Sus primitivas cabañas se parecen a gallineros. Las paredes y también el tejado están hechos de hojas de palmera, de modo que se podría pensar que más bien se trataba de un tejado a dos aguas puesto en el suelo. Como entrada hay una apertura similar al resquicio de una colmena. Tienden las hamacas hechas a mano a lo largo de las paredes. Por la noche, debajo de éstas arde un pequeño fuego para protegerse de los mosquitos. Habría también una gran casa común, una especie de centro comunitario, en cuya mitad el tocón de un árbol talado sería como una especie de mesa. No me podían decir para qué se usaría.

Los chacobos viven de la caza y de la pesca. Sólo siembran un poco de plátano y de yuca, pues el alimento básico consiste casi exclusivamente en la carne, de la que pueden consumir cantidades inmensas en una sola comida. Como alimentos vegetales el bosque les proporciona algunos frutos comestibles. Cuando un chacobo es viejo y ya no es capaz de cazar, probablemente tras previo acuerdo de los jóvenes, se lo cargan. En la noche, mientras está dormido, algunos jóvenes se levantan y le disparan a poca distancia varias flechas en el cuerpo. Se desconoce si la víctima muere inmediatamente[18]. Después de la ejecución toda la familia se va a vivir lejos y se construye una nueva casa. Tienen miedo a los malos espíritus, que toman posesión de la casa abandonada y del ocupante difunto. No pude enterarme cómo son las condiciones familiares íntimas de los salvajes, pues la gente no permite que se la tome

por sorpresa. Cuando el mayordomo mencionado los visitaba tenía que golpear contra los árboles apenas llegaba cerca de su asentamiento. Con esta señal aparecían algunos salvajes, que conducían al hombre blanco al campamento. Entre tanto, seguro que habían retirado todo lo que no debía ser visto por ojos no autorizados. Por eso se sabe muy poco de la vida y las actividades de esta tribu.

Como la mayoría de los salvajes sudamericanos, el chacobo es un artesano hábil. El arco y las flechas están bien hechos y a menudo pulen la madera negra del ébano. En vez del adorno de plumas, que los indígenas suelen llevar en las fiestas como una diadema en la cabeza, elaboran con fibras una corona parecida a una collera, llena de colmillos de mono y coloridas plumas. La corona misma no la llevan en la cabeza sino alrededor del cuello. En vez de tatuarse, los chacobos se pintan, para lo cual emplean casi exclusivamente los colores negro y rojo. El color negro lo proporciona un fruto parecido a una manzana, cuyo nombre no recuerdo; sólo sé que es la comida preferida de los tapires. El color rojo se obtiene del urucú, un arbusto cuyos frutos, pequeñas semillas rojas, están almacenados en unas envolturas similares a las de los castaños y que de igual modo son espinosas. También la gente civilizada usa el urucú para dar color a la carne, los platos preparados con harina o el arroz. Nunca pude percibir en él un sabor específico.

Los chacobos se pintan rayas, que trazan desde la comisura de los labios hasta los lóbulos de las orejas. Entonces parece que el hombre tiene una boca que va hasta las orejas. Desde el rabillo del ojo se pintan verdaderas "patas de gallo". Los brazos y el pecho están pintados con pequeñas barras y círculos rojos y negros, y su preferencia es trazar un círculo alrededor de los pezones y el ombligo.

Los chacobos mantenían una relación amistosa con mi anfitrión. Se mezclaban con los trabajadores, a quienes por lo visto conocían de visitas anteriores. El objetivo principal de su visita era mendigar azúcar y fósforos. Tampoco les disgustaba fumarse uno que otro cigarrillo, lo que, sin embargo, sólo habían aprendido en la barraca. En casa no fuman; tampoco tienen tabaco.

Me hubiera encantado estudiar con más detenimiento a esta gente. Pero mi misión había concluido. Tenía que emprender el viaje de regreso. Esta vez ya conocíamos el camino, o mejor dicho, el río. Llegamos sin mayores incidentes después de aproximadamente seis días a Riberalta, donde pude entregar mi goma. Desgraciadamente poco después

la barraca en el Geneshuaya fue vendida[19]. Por eso no se pudo llevar a cabo el segundo de los viajes previsto, lo que lamenté muchísimo, pues así tampoco tuvo lugar mi visita a los chacobos.

Poco después de mi viaje al Geneshuaya fui trasladado al curso superior del Madre de Dios, donde habíamos establecido una sucursal. Fue bautizada "Nueva Berna". Consistía en una tienda con almacén, una casa para mí y un empleado, incluido un almacén de víveres con cocina anexada y un almacén de caucho. Como yo mismo no hacía cosechar caucho, la propiedad disponía de poca tierra. Como personal sólo contaba con dos hombres, y un tercero como cocinero. La sucursal estaba situada en territorio peruano, más arriba de Maldonado, aproximadamente a tres horas de viaje en canoa. Maldonado era la sede de las autoridades peruanas y de una pequeña guarnición militar. Está ubicado en una lengua de tierra formada por la confluencia del río Tambopata y el río Madre de Dios. La frontera entre Bolivia y Perú está a varias horas más debajo de Maldonado. Está formada por el río Heath, que desemboca en la orilla derecha en el Madre de Dios. En la desembocadura se encuentra en una orilla el puesto militar boliviano y en la otra el puesto militar peruano. Estos puestos sirven tanto de protección de la frontera como de aduana. Están ocupados por pocos militares, que están más encargados del control del tráfico que de la protección de la frontera. Pues no hay ataques que temer ni de un lado ni del otro, tanto menos que la tierra prácticamente no tiene valor, pues hasta ahora se ha encontrado poca goma. Después de rozar el bosque, la zona seguramente sería lo suficientemente fértil como para cultivar maíz, plátanos, yuca, arroz y otros alimentos. Pero la exportación de tales productos es imposible debido a las inmensas distancias y los altos costos de transporte. La población contigua es tan escasa que tampoco entra en consideración como compradora. De hecho, los nativos siembran lo necesario para sus necesidades. Las pequeñas guarniciones viven a costa de las finanzas del Estado y no sirven para nada o para muy poco. Los oficiales y soldados llevan una vida monótona en estos puestos remotos. Casi no se realizan ejercicios militares, pues no hay terrenos abiertos. Los soldados se emplean en establecer plantaciones para por lo menos cosechar maíz, yuca y plátanos. Pues cuando el nivel de agua del Madre de Dios excluye la navegación, no se puede traer víveres de Riberalta. La guarnición peruana incluso está obligada a transportar los víveres desde el interior a través de la Cordillera, ya sea en mulas o en grandes caravanas de llamas. Todo esto es muy engorroso y caro.

El río Heath es notorio por las numerosas tribus guerreras guarayas que habitan sus orillas[20]. Estos salvajes viven en grupos grandes, de hasta 80 personas y más. Nunca viven directamente en la orilla del río. Buscan para asentarse un lugar en la densa selva, allí donde hay un pequeño curso de agua. Es gente de talla mediana y robusta. Como por lo general son sedentarios y sólo se van a un lado o a otro para cazar, supuestamente tendrían campos de maíz, plátanos y caña bien cuidados. Odian profundamente a los hombres civilizados, ya sean blancos o indígenas. A este último, si cabe, aún más que al blanco. El único hombre que hasta ahora ha pasado por su territorio es el coronel Fawcett, ahora desaparecido en los bosques del Brasil[21]. Este instruido investigador logró avanzar hasta el curso superior del río Heath, para posteriormente bajar el río hasta la desembocadura en el Madre de Dios. Se procuró un muchacho guarayo, que había sido capturado y educado por un barraquero. Este muchacho hablaba tanto castellano como la lengua guaraya. Con algunos pocos indígenas, bien armados y totalmente confiables, Fawcett avanzó por la selva hasta el curso superior del río, donde construyó dos o tres canoas, con las cuales bajó el río. Había prohibido estrictamente a sus hombres que en caso de ataque hicieran uso de los fusiles. De hecho los nativos no temían las flechas de los guarayos, pues son flechas de más de dos metros de largo que se pueden divisar cuando se acercan y cuyo zumbido se escucha. Por lo tanto, con un poco de habilidad se pueden desviar fácilmente con el cañón del fusil o con el remo.

Un día Fawcett también fue atacado. Llovían flechas, pero no se veía ningún guarayo. Estaban escondidos detrás de los árboles. Entonces el muchacho guarayo tuvo que decir a gritos a sus antiguos compatriotas que el hombre blanco era un amigo y no un enemigo. Cuando los salvajes escucharon su propio idioma, dejaron de disparar un momento para luego hacer silbar aún más flechas hacia los intrusos. El muchacho se asustó y ya no quería hablar. Entonces Fawcett se dirigió a la orilla de donde provenían las flechas, depositó una serie de regalos en el banco de arena y regresó a la otra orilla. Con señas hizo entender a los salvajes que recogieran los regalos. Poco a poco cesaron los disparos. Algunos guarayos se acercaron a los objetos depositados en la orilla con signos de gran desconfianza. Entonces Fawcett remó despacio hacia los salvajes. Cuando ellos vieron que no planificaba un ataque, entraron en negociaciones con él. Se distribuyeron más regalos. Finalmente los salvajes trabaron confianza con el hombre blanco y sus acompañantes.

Poco a poco la amistad se desarrolló hasta tal punto que los guarayos acompañaron al investigador en su viaje casi hasta la desembocadura y le ayudaron en el viaje. Tras recibir una gran cantidad de obsequios regresaron a la selva. ¡Probablemente hasta hoy en día sigan contando del amable hombre que les trajo cosas tan bonitas!

UNA EXPEDICIÓN DE CASTIGO A LOS GUARAYOS

Los guarayos sentían aún menos simpatía por los soldados. Como ya he mencionado, Bolivia mantiene un pequeño puesto militar en la desembocadura del río Heath. A menudo los soldados que cazaban en el bosque o recolectaban leña eran emboscados. Varios de ellos fueron encontrados muertos con flechas en el cuerpo por sus compañeros, cuando después de pasar revista vieron que faltaban algunos y salieron en su búsqueda. En consecuencia, el comandante de la guarnición preparó un día una expedición de castigo con tres canoas. Subió con ellas el río hasta que fue asaltado por un grupo de guarayos. Los tres botes navegaban a una gran distancia entre sí. Cuando se produjo el ataque, los soldados dispararon a los salvajes. La primera canoa huyó río arriba, la del medio atracó en el lugar y desembarcó a la gente, que se internó al bosque, y la última también mandó a los hombres al bosque para que cortaran la retirada a los guarayos. Entretanto el grupo del medio combatía débilmente para atraer a los salvajes, lo que realmente consiguió. Sin embargo, al recibir la orden los soldados salieron desde todos los lados fuera del bosque. El grupo de arriba y el grupo de abajo habían logrado unirse. Así que la suerte de los guarayos estaba echada. Algunos fueron abatidos a tiros y el resto, unas ochenta personas –hombres, mujeres y niños–, fue apresado y maniatado cabalmente. Todo el grupo fue llevado a la guarnición y desde allí enviado a Riberalta. Yo luego los vi en Riberalta, donde estaban detenidos bajo custodia militar.

Los hospedaron en un gran galpón, que tenía techo pero carecía de paredes. Allí los alimentaban. Repartieron hamacas entre ellos y algunos incluso recibieron mosquiteros. Los soldados les daban ropa que ya no usaban, cigarrillos y otras cosas valoradas. El grupo tenía un aspecto grotesco. Uno llevaba un sombrero de paja y una camisa, otro una especie de viejo pantalón de dril junto con un gorro militar, por debajo del

cual sobresalía el largo pelo desgreñado. Les daban suficiente comida y sobre todo té muy azucarado. Además había que acostumbrarlos a la comida salada. La intención de las autoridades militares era demostrar a esta gente *ad oculos* que no tenían nada que temer de los soldados. Tan pronto como llegasen a esta convicción, querían llevarlos de vuelta al río Heath y allí dejarlos regresar a la selva.

Frente a este buen trato, los salvajes se comportaban tranquilos y no parecían tener el menor deseo de regresar a casa. Varias veces algunos de ellos vinieron por cuenta propia y sin vigilantes al pueblo, observaron a la gente y miraron las casas. Pero regresaban cada vez al galpón común. No se les exigía trabajar y holgazaneaban todo el día en sus hamacas. No tenían por qué preocuparse por la comida, pues el Ejército los alimentaba colmadamente y bien. Daba la impresión de que querían quedarse ahí eternamente. Por eso la vigilancia fue bajando cada vez más y finalmente se abandonó.

Tras unas cinco semanas de estadía, un buen día ¡toda la tropa había desaparecido sin dejar rastro! Como se supo más tarde, cruzaron el río a nado, que en esa zona incluso en la estación seca tiene por lo menos medio kilómetro de ancho, lo que para esos buenos nadadores no constituía ningún obstáculo. No se los persiguió. Sin embargo, probablemente no todos los fugitivos hayan llegado a su antigua tierra natal. En el bosque, en las zonas habitadas ya no hay caza, pues los tiros han hecho que los animales se hayan alejado de la orilla. Tampoco hay suficientes frutos comestibles como para alimentar a un grupo de ochenta personas en rápida huida. Probablemente muchos de los fugitivos hayan muerto de hambre y cansancio. Más tarde, a lo largo de la orilla hasta bien arriba en el Madre de Dios se han encontrado los esqueletos de estos pobre diablos.

LOS CHUNCHOS

Durante mi estadía de cuatro años en Nueva Berna también tuve oportunidad de conocer a una rama de la tribu de los guarayos, los chunchos[22]. Físicamente se parecen a los primeros pero son más pacíficos, aunque viven en constante pelea con las tribus vecinas y también entre sí. El chuncho es demasiado vago como para sembrar una plantación de plátanos u otros alimentos. Un poco de maíz y algunas plantas de

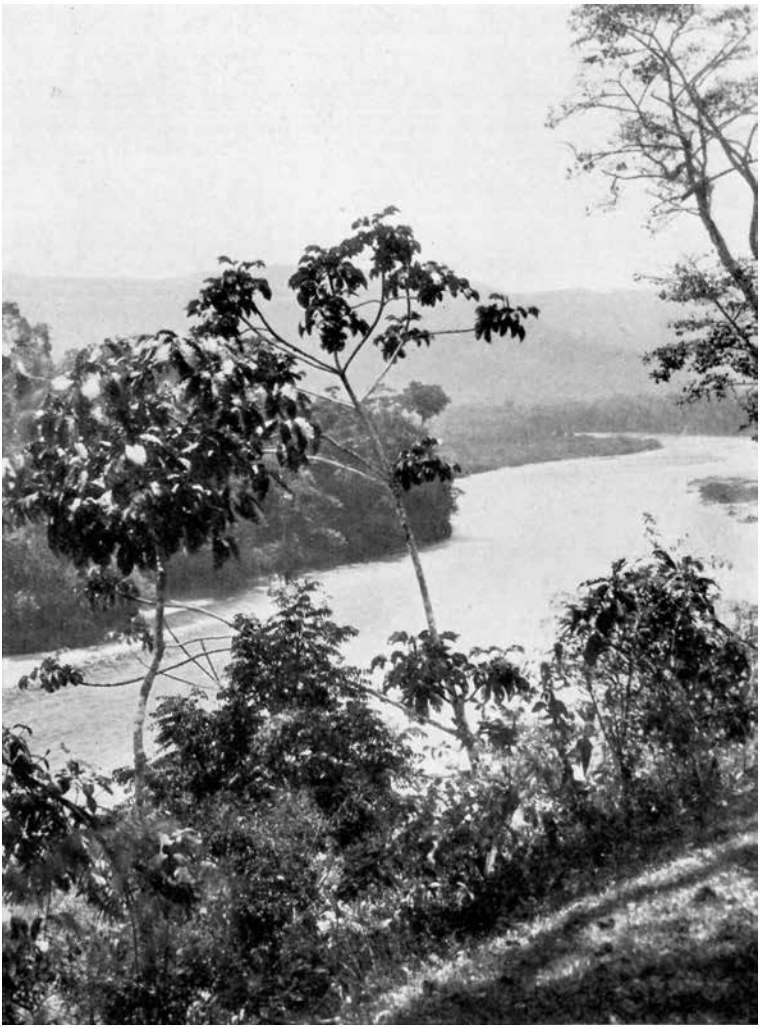


Foto 19: Paisaje en un río de la región del alto Amazonas

Foto 20: Arduo viaje río arriba en balsa (callapo)

plátano es todo lo que se encuentra alrededor de su vivienda. Por este motivo tampoco viven en grupos grandes. El mayor grupo que he visto tendría de veinte a treinta personas y estaba compuesto probablemente por varias familias. Cuando se asaltan entre sí matan a los hombres, roban a las mujeres y niños y también cualquier cosa comestible. Me encontraba con frecuencia con una familia de chunchos de más o menos siete a ocho hombres y diez a doce mujeres. Habían huido de sus parientes y se habían asentado en el curso superior del Tambopata, donde obviamente entraron en contacto con los blancos (foto 19).

Se dejaba en paz a esta gente y así no eran ningún peligro para los caucheros y las embarcaciones que pasaban por allí. Yo dormí varias veces en sus pequeñas casas y les regalaba azúcar. Todos los miembros del grupo me conocían bastante bien. A menudo me ayudaban a llevar mis canoas río arriba, a cuyo efecto eran recompensados con algún que otro objeto. Más tarde incluso bajaban voluntariamente hasta Nueva Berna, con la esperanza de hacerse con más regalos. Así finalmente llegué a conocerlos por sus nombres y también aprendí algunas palabras de su pobre idioma. Con el tiempo podía comunicarme bastante bien con ellos. El jefe de familia era un tipo bastante alto y ágil. Se llamaba Hememe, que significa hombre guapo (foto 18). Realmente era un tipo guapo. También su mujer era bastante simpática; no tenía la piel cobriza, sino más bien blanco amarillenta. Si no hubiera pintado su cara y su barriga tan feamente, habría sido aún más bonita. Aunque no me gustaría hacerle ningún reproche a la dama, pues también a nuestras damas europeas les gusta pintarse la cara y se imaginan que así son más bellas. El atuendo de la señora Hememe no era muy abundante. Una cinta lumbar, de aproximadamente veinte centímetros de ancho, era su única prenda. Además, por el cuello llevaba una cinta para cargar, en la que estaba sentado un pequeño Hememe en traje de Adán.

Un miembro de la familia de aproximadamente quince años de edad tenía tres mujeres. Posiblemente las había conseguido como botín en alguna incursión hostil. Tenían que hacer para él los trabajos inferiores. Una de ellas tenía por lo menos treinta años, las otras dos entre dieciocho y veinte. Resultaba gracioso ver cómo el joven marido se dejaba atender por sus tres "medias naranjas" como un pachá. Las mujeres le obedecían al pie de la letra. Asaban plátanos y pescados y se los entregaban. Se comía los platos sin darles las gracias, lo que no parece estar de moda entre los salvajes. Cuando un *pavo* –una especie de pequeño pavo real– se posó en un árbol cercano, era una de las damas quien

tuvo que traerle el arco y flechas. También trajeron un perro. Éste estaba atado con una cuerda de fibra sujeta en el tobillo del animal. El chucho estaba maravillosamente adiestrado. Seguía a su dueño hasta el bosque a un paso de distancia sin hacer el menor ruido. Si el cazador se quedaba quieto, el perro tampoco se movía. El ave no fue abatida y cazador y perro regresaron al campamento. Como retribución, el compañero de cuatro patas recibió los restos roídos de los pescados.

Cada chuncho tenía uno o varios perros. Éstos estaban adiestrados sólo para cazar una o a veces dos tipos de animales. Hememe me mostró sus tres perros. Me explicó que uno estaba adiestrado para los chanchos de monte, el otro para los monos y el tercero para el coatí. Si en la caza el perro comete un error, como castigo le cortan un pedazo de la oreja. Por eso la mayoría de los perros de los chunchos tienen las orejas mutiladas. A menudo se ven animales que en vez de orejas sólo tienen dos huecos.

El idioma de los salvajes tiene un vocabulario muy pobre. Una expresión designa varias cosas similares. Para evitar las equivocaciones, se ayudan con señas. Por ejemplo, *cauisso* = "mucho" o "muchos". Pero *cauisso* también significa "caliente". Para saber de qué término se trata el hombre señala un montón de peces que ha capturado y si se trata de la otra acepción, entonces señala el fuego. De esta manera el malentendido está prácticamente excluido. Para formar el aumentativo de un término tienen un sistema propio muy sencillo: simplemente añaden al adjetivo la sílaba "ne". Es decir, si se quiere decir que el agua hervida está muy caliente, se dice *cauisso-ne*. Si es demasiado caliente, se expresa diciendo *cauissone-ne*: es decir, el aumento se genera añadiendo dos veces la sílaba "ne". Por extraño que parezca, uno encuentra también palabras de lenguas europeas. Con esto no quiero decir que realmente provengan de Europa. Así, alguna vez pregunté por la denominación de una piedra común y me respondieron que en la lengua chuncho la piedra se llamaría "sasso". Ésta es una palabra totalmente italiana que significa en ambos idiomas la misma cosa. También se emplea el acento para designar diferentes cosas con la misma palabra.

Así, "ena" = "agua". En cambio, "enà" = sangre. Les gusta usar nombres de animales como nombres para los hombres: uno se llama chancho de monte, el otro jaguar, anta, serpiente, etc. Pero también se usan adjetivos, como bello, valiente, fuerte, etc.

Como tenía contacto frecuente con los chunchos, poco a poco aprendí algunas palabras de su lengua y pronto podía charlar bastante bien con ellos. De esta manera me pude formar cierta idea de su forma de pensar, así como de sus costumbres. Éstas son muy similares entre la mayoría de los indígenas sudamericanos, al menos en sus rasgos principales, lo que en realidad es muy natural, pues las diferentes tribus viven bajo las mismas condiciones. En cambio, la excepción son los indígenas de la Cordillera. No se los puede llamar hombres salvajes, pues en su mayoría son sedentarios, practican la agricultura y la ganadería y sostienen un pequeño trueque con localidades más grandes.

Por el contrario, los habitantes de las selvas de la cuenca del Amazonas son completamente incivilizados. Evitan intencionalmente al hombre cultivado. Por lo tanto es muy difícil entrar en contacto con ellos. Sorprenden, por tanto, los resultados de muchas de las llamadas expediciones de investigación que realizan viajes de varios meses en aquellas regiones y que regresan con kilómetros de imágenes filmadas, en las que se pueden ver e incluso escuchar las cosas más asombrosas. En un tiempo muy breve se filman, miden, etc. docenas de tribus salvajes. ¡En todas estas películas nunca faltan las "danzas de guerra", en las que se ve a grupos enteros de "salvajes" desnudos y semidesnudos ejecutar las cabriolas más osadas!

No quiero ofender a ninguno de esos investigadores cinematográficos, pero sí puedo afirmar decididamente que muy pocos de estos señores han visto alguna vez a un salvaje. Estas películas se hacen de la siguiente manera:

Viajan con su cámara y todos los accesorios a las regiones a ser "investigadas", que son cualquier cosa menos inexploradas. Filman hermosos paisajes y también animales, que son interesantes e instructivos pues corresponden a la verdad. Para hacer que el filme sea "atractivo" también hay que filmar a "salvajes". Este problema aparentemente tan complicado se soluciona usualmente de la manera más simple.

En todos los afluentes del curso superior e inferior del Amazonas hay asentamientos cuyo personal consiste casi exclusivamente en indígenas provenientes de las tribus más diversas de los alrededores cercanos y lejanos.

Cuando antes de la guerra mundial el precio de la goma se disparó enormemente, los siringueros fueron penetrando cada vez más al interior de la selva y entraron en contacto con los salvajes. Los indígenas

se resistieron a la marcha de los siringueros. Éstos, con ayuda de las armas de fuego forzaban el avance. Abatían a tiros a los salvajes adultos cuando éstos no preferían huir. Las mujeres y los niños, en cambio, eran llevados presos. Allí los alimentaban bien y poco a poco se los acostumbraba a convivir con los blancos y con los indígenas ya civilizados. Los pequeños muchachos y muchachas se mezclaban entre los demás niños y juntos eran educados para convertirse más tarde en buenos trabajadores. Después de pocos años se habían acostumbrado tanto que ya no tenían ganas de fugarse al bosque. Aprendían la lengua castellana o portuguesa, pero a menudo mantenían la lengua materna, pues por un buen tiempo seguían comunicándose entre sí en el idioma de su tribu. Por supuesto que todavía conocían también los usos y costumbres de su tribu. Sin embargo, no les gusta hablar de ello, tampoco cuando ya se han "aclimatado". Es como si se avergonzaran de su pasado en estado primitivo.

Éstos son los indígenas que se muestran a los europeos en la película como "salvajes". Acostumbrados a la obediencia absoluta frente a su patrón, les obligan a ensayar una "danza de guerra", que luego es filmada. A cambio de una buena retribución, ya sea en aguardiente o en dinero, tienen que ejecutar frente al objetivo y en traje de Adán, con adornos de plumas y arco y flechas, los saltos más imposibles. ¡Por supuesto con la cara y el cuerpo pintados!

Esto se ve muy bonito y exótico, premisa de una "buena" película. Si es factible se introduce además una muy tierna historia de amor, que nunca ocurre en la selva, pero que el espectador de cine exige. El barraquero proporciona los necesarios comentarios y descripciones, que el "investigador" anota y que más tarde se describen como vivencias propias con los colores más fantásticos.

He visto algunas de esas películas y a menudo he podido observar cómo los actores entrenados ocasionalmente se salían de su papel y tenían que reírse de su propia representación teatral. El operador y el director cometen los errores más graves sin que el público se dé cuenta. Los nombres de las tribus se confunden con nombres de personas, y "salvajes" del interior del bosque son mostrados con sombreros de paja o de fieltro "*dernier cri de saison*". En una de estas películas vi cómo el miembro de una tribu muy peligrosa, incluso caníbal, iba vestido con un abrigo de mujer. No me explico dónde es posible en la selva encontrar semejantes piezas de vestuario.

Los espectadores, sin embargo, no parecían sorprenderse de este atuendo. ¡Que en el interior de la cabaña de una dama "salvaje" se viera una máquina de coser de la firma Singer tampoco perturbaba los ojos de los espectadores ávidos de conocimiento!

Naturalmente, de vez en cuando hay una película que realmente corresponde a la realidad. Pero son extremadamente raras. Y sin embargo, no hay que condenar por completo a las demás películas. Permiten formarse una idea del magnífico paisaje y también de las condiciones de viaje de aquellas regiones en las que están ausentes por completo las carreteras y los trenes. Pero cómo viaja, y están obligados a viajar, el colono y el nativo, ¡esto es una cosa completamente diferente! Esto es lo que quiero ilustrar con el relato de otro viaje.

CHOTADIGUA

Después de una estadía de aproximadamente cuatro años en Nueva Berna recibí la orden de mudarme al río Manuripi (foto 20). Allí debía relevar a un empleado que había sido destinado a otro río.

Para llegar del curso superior del Madre de Dios al Manuripi podía escoger varios caminos. Bajar a Riberalta, para desde allí, pasando por el río Orthon, alcanzar el Manuripi y mi nuevo lugar de trabajo. Esta vía me hubiera tomado seis a siete semanas de viaje. O bien remontar el Madre de Dios para llegar por tierra al curso superior del Manuripi y desde allí bajar a mi destino. Este rodeo hubiera durado de tres a cuatro semanas, pues justo era la época seca, en la cual los ríos son difícilmente navegables incluso para las versátiles canoas. Grandes montones de troncos anegados obstruyen a menudo de una a otra orilla el cauce de los ríos. Cuando me topaba con estos impedimentos tenía que transportar la canoa y el equipaje por tierra hasta más arriba del obstáculo, lo que requiere mucho tiempo y esfuerzo. Sabía por los nativos que iba a encontrarme con muchos de estos obstáculos, y por lo tanto no tenía muchas ganas de lidiar con ellos. Aún me quedaba un tercer camino. Podía abrirme paso a través del bosque para intentar llegar a un pequeño afluente del Manuripi, el río Chotadigua. Si no me equivocaba de camino, entonces podía alcanzar mi destino en dos semanas, según me aseguraban. El Chotadigua es más un arroyo que un río. Como máximo tendrá un ancho de quince a veinte metros, es

muy profundo y apenas tiene corriente. Sin embargo, entre mis vecinos no tenía muy buen fama. Como no tiene pendiente, con el tiempo había excavado en las orillas un buen número de ramales. Éstos son tan profundos y largos como el río principal mismo. Por lo tanto es fácil perderse en una red de afluentes como ésta. Es por esto que raras veces se transita por este pequeño río. Apenas se encuentran señales de antiguos rastros humanos. Uno de mis amigos de negocios ya había hecho el mismo viaje que yo me proponía emprender una media docena de veces. En el séptimo viaje se perdió con su gente durante medio mes en la maraña de ríos. Por esto me advirtió con insistencia que no eligiese esta ruta sin contar con gente fiable y conocedora de la zona. Pero yo no disponía de esa gente. Dos indígenas eran toda la tripulación que me iba a acompañar. Eran, sin embargo, gente de confianza, buenos cazadores y excelentes remeros. Así que, confiando en mi buena estrella, decidí hacer esta ruta, pues prefería dos semanas de viaje, y de viaje fatigoso, a un tour de cinco o seis semanas. Años atrás mi amigo había abierto un pequeño sendero hacia el curso superior del Chotadigua, partiendo de Maldonado, pero hacía mucho ya que se había cerrado. Pero en las plantas y árboles recientes se reconoce el antiguo camino si uno sabe leer la naturaleza. Mis dos hombres sabían hacer esta lectura a la perfección. Mi amigo mantenía aún un trabajador de la goma al final de este camino y yo le llevaba la orden de que pusiese a nuestra disposición una canoa.

Después de haber discutido el viaje con mis dos acompañantes, nos pusimos en marcha. Poco antes de mi partida vino otro de mis clientes y me pidió que estuviera atento por si veía a su empleado, ¡que llevaba tres meses extraviado en la zona del Chotadigua! En todo caso, él estaría en compañía de buenos indígenas piros[23], de modo que tarde o temprano reaparecería. El patrón no tenía ningún tipo de temor por su empleado perdido. Estaba seguro de que los piros no lo iban a dejar morir de hambre. Los piros son poco civilizados y por lo tanto siguen sintiéndose en la selva como "en casa". ¡Pero para mí, la noticia no era exactamente prometedora! Si incluso los indígenas se perdían, ¿por qué justo a mí no iba a sucederme lo mismo? Pero pese a esta disuasión ya había preparado el viaje, y para mí ya no había vuelta atrás. Me habría dado vergüenza. Conocía lo suficiente la selva como para no tenerle miedo. El equipaje se hizo pronto. Una tela delgada de caucho, una manta de lana, el mosquitero de tul, un pantalón y una camisa eran el equipamiento para el viaje. A esto se añadía mi fusil Winches-

ter, incluida la munición, y además mis dos acompañantes tenían que llevar las provisiones que consistían en media libra de té, algo de azúcar, arroz, *farinha* (harina de yuca tostada), algunas latas de sardinas, además de una olla para cocinar. Cada uno hizo con sus bártulos un pequeño atado. En él fijamos dos bandas de fibra de corteza a modo de tirantes de tal manera que podíamos cargar el bulto en la espalda como una mochila. Uno llevaba una escopeta, el otro cargaba los perdigones, la pólvora y los detonadores. Yo llevaba aproximadamente ocho, mis compañeros quizás diez kilogramos cada uno, además del arma de fuego y el machete. Entonces nos pusimos en marcha. Ya después de dos horas se acababa el sendero. Seguíamos una trocha aún reconocible, batiendo desde la mañana hasta la noche el machete para cortar matorrales, lianas colgantes y las afiladas hierbas que nos impedían el paso. Como último hombre en la columna yo no tenía que trabajar tanto con el machete. El primer día no encontramos caza. El almuerzo consistió en tres cucharas de harina de yuca remojada en agua a la que se añadía azúcar, así como una taza de té caliente. Entonces proseguimos el viaje entre raíces, árboles caídos, por pequeños arroyos silvestres y pantanos lodosos. A las seis de la tarde estábamos merecidamente cansados y nos detuvimos. La cena fue como a medio día, acompañada de dos latas de sardina. Enrollamos la ropa empapada del sudor y la usamos como almohada. La camisa de repuesto y el pantalón servían de pijama. Después de diez horas de marcha dormí maravillosamente. Tampoco el día siguiente nos trajo caza. Sólo un poco antes de la parada nocturna pude dispararle a un viejo guacamayo con plumaje rojo y azul. Lo cocinamos durante dos horas y conseguimos una sopa bastante buena. La carne, sin embargo, seguía tan dura como la suela de un zapato. No obstante, nos la comimos. Desde hacía tiempo me había quitado los zapatos, pues de día nos encontrábamos con muchos cursos de agua que había que cruzar. Ese eterno quitar y ponerse los zapatos me resultaba demasiado incómodo. Por esto iba descalzo como mis acompañantes. Y sin embargo, nunca pisé una espina, de las que hay muchas. La vida en la selva aguza la atención. Uno ve y oye todo lo que se arrastra y vuela. El tercer día me topé con una familia de monos capuchinos, a los que me acerqué sigilosamente. Los animales estaban sentados en un árbol en el que colgaban frutos rojos de tallos largos. Yo estaba apuntando al mayor de los señores justo cuando dos monos más jóvenes indagaban con la mirada los exquisitos bocados que el papá tenía en la mano. La escena era tan graciosa que no tuve el coraje de

disparar a los animalitos. Seguí observando lo que hacían. Entretanto ya se habían comido el fruto y arrojaban las cáscaras. Por debajo de la rama en la que estaba sentado el señor papá colgaba otro fruto. El mono trató de agarrarlo primero con un brazo, luego con el otro. Pero la distancia era demasiado grande. No podía alcanzar el fruto. Entonces se colgó de las dos piernas. Pero también así le faltaban aún unos diez centímetros. Sin vacilar, el animal enrolló su cola prensil alrededor de la rama y colgándose de ella sí pudo alcanzar el fruto. Los miembros de la familia sentados alrededor sin hacer otra cosa observaban con atención el ejercicio gimnástico. Apenas el viejo señor ponía el fruto al alcance, un montón de manos trataba de pillarlo. Un tipo de talla mediana agarró el botín y despareció con él en las copas más altas del árbol, perseguido por algunos miembros de la familia que querían arrebatarle el fruto al ladrón. Perplejo, el viejo papá seguía con los ojos al fugitivo aunque sin salir corriendo detrás de él. La escena era tan cómica que tuve que reír en voz alta, con la consecuencia de que los animales salieron huyendo rápidamente. Entretanto mis compañeros se habían deslizado sigilosamente hasta detrás de mí. Estaban tan perplejos como los monos. Creían que no había visto a los animales a pesar de que habían estado sentados directamente encima de mi cabeza. Les expliqué que intencionalmente no les había disparado, a lo que siguió un sacudir sorprendido de cabezas de pelo negro. Les resultaba incomprensible dejar escapar a una presa segura de una manera tan estúpida. A mí me encantó poder espiar tan de cerca la íntima vida familiar de los animalitos, así que me alegré de haberles regalado la vida.

Cuanto más nos adentrábamos en el interior de la selva, más abundante se volvía la caza. Esa región no está habitada, ni por gente civilizada ni por hombres salvajes. En todo caso, yo disparaba sólo lo necesario para nuestro sustento, pues no tenía ganas de aumentar ni mi equipaje ni el de mis mozos con carne. Preferíamos disparar a las aves, que uno encontraba en todas sus variedades y calidades. Había yacamí (trompetero), pavo, mutún (crácido) y como exquisitez especial una perdiz con las patas largas celestes, del tamaño de una gallina de Guinea. Esta perdiz casi siempre va en solitario. Su carne es mucho más fina que la de otras perdices, que allí también son muy abundantes. De igual modo, las tortugas terrestres a menudo nos proporcionaban sopa y carne. ¡De éstas se aprecia sobre todo el hígado, lo que motivaba que hiciese reservar esta parte para mí! Mi gente afirmaba que antes de matar a las tortugas terrestres había que golpear con un palo el caparazón ventral.

Así el hígado se haría mucho más grande. Por tanto, no podía evitar que se ejecutara el procedimiento en mi presencia. Se ponía al pobre animal patas arriba, y los dos mozos golpeaban con palos el caparazón. No sé si de este modo el hígado se hace más grande. Lo que sí sé es que era muy grasoso y estaba muy rico. Matar a una tortuga es siempre algo cruel. No se le puede cortar la cabeza. Apenas uno la agarra, esconde la cabeza en el caparazón. No queda otra que abrir el caparazón por ambos lados con el hacha y luego, ayudándose con el machete, quitar el peto. Durante este proceso el animal menea sus cortas patas sin poder oponer resistencia. Después de sacar los escasos intestinos, se corta la carne en pedazos. Pero las fibras musculares de los trozos cortados siguen trepidando hasta que desaparecen en la olla. La sopa y la carne de la tortuga, ya sean tortugas terrestres o acuáticas, son siempre muy sabrosas. El caparazón no tiene ningún valor, pues la concha de carey sólo está adherida en delgadas placas al verdadero caparazón.

No teníamos por tanto que lidiar con preocupaciones por la comida. En cambio, las *garrapatas* nos amargaban la vida. Las garrapatas están en el lado inferior de las hojas de los arbustos y desde ahí llegan a la ropa y el cuerpo del caminante en el bosque. Incluso los animales silvestres casi siempre están plagados de estos bichos. Cuando se camina no se siente la picadura de las garrapatas. Sólo una vez que meten la cabeza debajo de la piel se siente un débil escozor. Si no se les presta atención, chupan toda la sangre que pueden. Entonces tienen el aspecto de arvejas maduras. Al intentar sacarlas, se desgarra la cabeza, que se queda debajo de la piel y va saliendo poco a poco con pus. Sin embargo, mis mozos habían encontrado una buena manera de impedirlo. Calentaban una aguja, pinchaban con ella el cuerpo del parásito y al mismo tiempo tiraban de él de tal modo que la cabeza no se desprendiese. Debido al dolor agudo, el animal abre poco a poco sus pinzas. De este modo se extrae de la piel junto con la cabeza. La herida de la picadura se frota con la ceniza de cigarrillo o también con la cera de los oídos, lo que supuestamente contribuye a la rápida curación e impide infecciones. Estos remedios no son mencionados en los libros de medicina, pero en el bosque siempre están a mano. ¡Así uno se salva de las onerosas facturas de la farmacia!

Otro entrometido es la nigua. Algo más pequeña que la pulga común, se introduce por completo bajo la piel, donde pone sus huevos. Como yo caminaba descalzo, esos pequeños monstruos me hacían sufrir con frecuencia. La preferencia de la nigua es deslizarse por debajo de las

uñas para incubar allí su futura descendencia. Un fuerte picor anuncia su presencia. Los huevos se encuentran en una pequeña bolsita, en la cual también está la madre. Los mozos siempre eran muy hábiles sacando estos bichos. Con un alfiler abren la piel alrededor de la picadura sin que salga una sola gota de sangre y sin que la vieja nigua pueda salir del nido. Luego toda la bolsita se saca con la punta del alfiler y se echa al fuego. La herida se cura del mismo modo que las picaduras de las garrapatas. Si a veces la veterana nigua logra escapar, permanece en la herida y al poco tiempo uno es nuevamente portador de un nido con sus huevos.

Otro tipo de bichos muy fastidiosos son los japutamos. Son pequeñas chinches, apenas visibles a simple vista, de color rojo carmín. Se adhieren a las hierbas y desde ahí llegan a la ropa y el cuerpo del caminante. Se sujetan mordiendo firmemente las raíces de los vellos, provocando un escozor desagradable. Yo intentaba lavarme las piernas con alcohol para librarme de estos malos bichos. Pero sin éxito. Tampoco el jabón concentrado ayudaba. Y es que uno tiene cientos de esos parásitos sobre el cuerpo. En el bosque no podía hacer nada, porque no se disponía de suficiente luz para detectar a los animalitos. Sólo cuando llegué a la barraca, una indígena me libró de esta plaga oculta. Los fue soltando con la madera de un fósforo afilado y de ahí se fueron directamente a la boca de la dama, del mismo modo que hacen los monos cuando se despiojan unos a otros.

Dejando al lado estas molestias, caminar por la selva es, aunque fatigoso, muy lindo e interesante. El observador atento puede espiar a cada paso las escenas más bonitas del mundo de la flora y fauna. Una tarde disfruté de un espectáculo muy curioso, poco antes de la puesta del sol. Escuché un piar regular muy suave y me acerqué a hurtadillas al lugar de donde venían los sonidos. Entonces para mi sorpresa vi varios pájaros de plumas marrones, del tamaño de las codornices, debajo de un arbusto. Uno de ellos giraba agitado en círculos como si estuviera enfermo o loco. Tenía más o menos el mismo tamaño que los demás, pero en la cabeza llevaba una cresta de plumas amarilla, parecida a la de una abubilla. Después de mirar un buen rato el trajín, disparé con perdigones al pájaro que estaba dando saltos, luego a otro. Me dio mucha pena perturbar a los animalitos. Pero quería mirar más de cerca el ave, pues hasta ahora no me había encontrado con una de éstas. El mayor de mis mozos la conocía y me dijo que se llama *bailarín*. Me explicó que el bailarín con la cresta de plumas es el macho, que baila

Foto 21: Perezoso de tres dedos

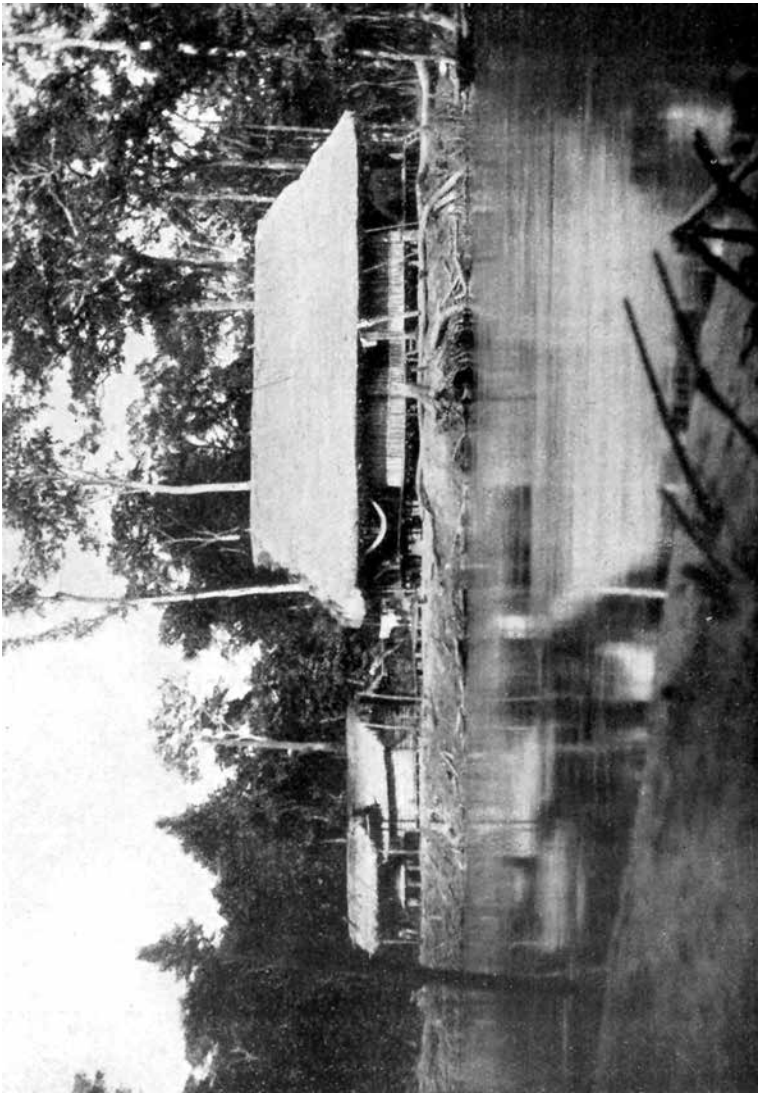


Foto 22: Barraca Chotadigua en el curso superior del río Manuripi

delante de la hembra para mostrar lo bello que es. Esto debe ser cierto, pues años más tarde leí en una revista que un investigador había descubierto al bailarín. Éste interpretaba el baile como cortejo de las hembras. Me comí los dos pájaros en la cena. La carne estaba muy buena.

El bailarín debe ser bastante raro y habitar sólo en determinadas regiones. En todo caso, nunca más lo he visto. Pocos nativos a los que les hablé de él lo conocían.

Continuando nuestra marcha llegamos a una laguna en medio del bosque, señal de que ya no estábamos lejos del curso del río. Se trataba sencillamente de una hondonada en el terreno, que aún estaba llena del agua de alguna inundación. Rodearla no parecía aconsejable, pues hasta donde podíamos mirar a izquierda y derecha se prolongaba interminablemente en el bosque. No había otro remedio que cruzarla. El agua tenía aspecto a purín, y no es que tampoco oliese muy bien. Pero no podía ser profunda, pues en algunos lugares había matas que sobresalían de la superficie. Nos desnudamos completamente y entramos a la charca marrón, yo en el medio. Llevábamos la ropa y el equipaje sobre la cabeza. El hombre a la cabeza golpeaba el agua con una rama por doquier para ahuyentar a las serpientes y caimanes que pudieran estar por ahí. El lago tenía quizás un ancho de 100 metros. En algunos lugares el agua nos llegaba hasta la barbilla. Alcanzamos felizmente la orilla opuesta y salimos del hediondo baño. Como no encontrábamos agua clara por ningún lado, nos vimos obligados a seguir aún por un tiempo la marcha en traje de Adán para dejar que se secase el cuerpo, pues en caso contrario también nuestra ropa se habría impregnado con el mal olor.

Ni bien nos habíamos vestido de nuevo, un arroyo profundo nos cerró el paso. Alguna vez el tronco de un árbol caído había hecho las veces de puente. Ahora estaba partido por la mitad. Los dos extremos yacían en el agua a aproximadamente tres metros uno del otro. ¡Para completar la mala suerte, la parte inferior de los dos troncos estaba llena de avisperos!

Propuse cruzar el río a nado en otro lugar. Pero mis mozos no querían arriesgarse, pues temían que en el arroyo hubiese rayas eléctricas. Forzosamente teníamos que desvestirnos de nuevo y cruzar, haciendo equilibrios, un puente lleno de avispas con el cuerpo desnudo.

Yo fui el primero en cruzar, pues no quería exponerme al peligro de pasar cuando las avispas ya se hubiesen alterado. Me deslicé con cuidado bajando por el tronco al agua y allí nadé de un tirón, sin hacer el me-

nor ruido o la menor ola, hasta el otro tronco. Me senté silenciosamente en él y luego subí gateando por el tronco hasta la orilla. ¡Las avispas no habían notado nada! Mis dos compañeros atravesaron el arroyo de la misma manera. Cuando nos habíamos vestido nuevamente, como saludo de despedida ¡lanzamos una rama hacia las avispas y luego nos esfumamos rápidamente de allí hacia el bosque!

Al final de la tarde llegamos por fin al río Chotadigua, donde pasamos la noche. Sin embargo no se veía rastro de poblador alguno, lo que no dejaba de asustarme bastante, pues entonces estábamos sin canoa. Por otro lado, no podía creer que mi amigo me hubiera dado una orden para una persona ficticia. Hubiera sido una broma demasiado pesada. Al día siguiente mandé a mi gente a que rastreara al hombre que debía proporcionarme un medio de transporte. Después de algunos minutos ya habían descubierto un sendero. Tras media hora de marcha llegamos felizmente al único poblador del pequeño río. Le mostré la orden de su patrón y recibí una canoa bastante buena. Además le compré varias libras de azúcar y *farinha*, de manera que pudimos completar un poco nuestras provisiones. ¡También este hombre me desaconsejó que bajase por el río, con la predicción de que había noventa por ciento de probabilidades de que me perdiera! ¡Vaya panorama! Pero yo había decidido hacer este viaje y lo quería llevar a cabo. Me atraía lo desconocido. Mis mozos eran de la misma opinión, pues los tres estábamos cansados. Me dolían los pies, porque no estaba acostumbrado a caminar descalzo. Las correas del bulto del equipaje habían dibujado un magnífico canal en mis hombros. Así, pues, con gusto cambiábamos la caminata por un viaje en canoa. Pusimos por tanto el equipaje en el bote y nos alejamos de allí.

Los dos mozos se sentaron delante en la parte superior, mientras que yo, en la popa, piloteaba. A pesar de que el pequeño río apenas tenía desnivel avanzábamos bastante bien en el agua clara y calma. Los pequeños remos en forma de cucharas se deslizaban alegremente. Pronto, sin embargo, aparecieron los obstáculos más diversos. Los troncos de árboles caídos obstruían el paso. Nos veíamos obligados a descargar la canoa y arrastrarla por tierra. Después el arroyo se ensanchaba, volviéndose un lago cubierto con una planta acuática de hojas redondas y carnosas, parecida a nuestros nenúfares. La candelilla, sin embargo, se parecía más al jacinto violeta. A golpe de machete teníamos que cortar un canal en este laberinto de hojas para abrirnos paso con dificultad. En los lugares donde las orillas se estrechaban, el pequeño río estaba

completamente cubierto de ramas y maleza, de modo que a menudo teníamos que echarnos en la canoa para poder deslizarnos por debajo de ellas. Al hacerlo constatamos horrorizados que también aquí había muchos avisperos. Era por tanto obligatorio evitar cualquier ruido o choque contra los árboles y la maleza. Por este motivo no hablábamos. Cuando cocinábamos al mediodía, uno de los mozos iba a cazar mientras el otro encendía el fuego. Raras veces el cazador regresaba sin presa, a pesar de que sólo tenía media hora para cazar. La caza era muy abundante: con frecuencia las especies eran diferentes a las del Madre de Dios y el Beni. Así, por ejemplo, nos encontramos con unos grandes monos de pelo largo y canoso que nunca antes había visto. A menudo nos topábamos con el perezoso de tres dedos y con extraña frecuencia con el oso hormiguero enano (foto 21). Este último animalito crece más o menos hasta el tamaño de un ratón de campo; tiene un pelaje de color beige, brillante como la seda. Un día también observé un pájaro carpintero que era completamente amarillo como un canario. Ni mis compañeros ni yo habíamos visto alguna vez esta ave. Los dos mozos lo llamaron de inmediato pájaro carpintero, y no nos confundimos, pues pasamos a su lado a unos tres metros máximo de distancia. También la fauna del río mismo era diferente de la de cuerpos de agua más grandes. Había otras tortugas y también otras especies de peces. Así, una vez saltó a nuestro bote un pez de apenas veinte centímetros de largo que se veía como un pez espada en miniatura. La alargada nariz medía unos cinco centímetros y la boca estaba en el lado inferior. El cuerpo era redondo, con un diámetro de aproximadamente tres a cuatro milímetros, y era duro al tacto. En lugar de escamas, su cuerpo parecía estar recubierto de anillos cartilaginosos. Los mozos pusieron al pececito en una ranura de la canoa, algo a lo que yo no le presté mayor atención. Cuando por la noche preparamos nuestro campamento, noté el animalito y creí que estaba muerto. Lo agarré para mirarlo más de cerca y me quedé asombrado cuando se movió enseguida, a pesar de que había pasado entre cinco y seis horas sin agua. Al preguntarles, los mozos me explicaban que ese pececito puede vivir aún más tiempo fuera del agua. Como no era comestible por su tamaño pequeño, lo tiré al río y pude ver cómo de nuevo en su elemento se alejaba inmediatamente de allí.

De hecho, ya había visto antes una vez un pez casi anfibio, y eso fue en Nueva Berna.

Fue después de un tremendo aguacero. Yo estaba parado en la puerta y miraba hacia el patio. Entonces vi cómo un gallo con las plumas erizadas miraba al suelo, dando saltos de vez en cuando se fue alejando de allí asustado, con el resultado de que también las gallinas que estaban detrás de él salieron huyendo inmediatamente. ¡Al acercarme, para mi gran asombro veía cómo varios peces caminaban en fila india por el patio! Eran quizás seis o siete, de veinte centímetros de largo, con un cuerpo redondo en forma de huso. Hábilmente aprovechaban los charcos formados por el agua de lluvia para continuar su marcha en dirección al río. Entretanto mi antiguo cocinero se había acercado a mí y me daba las siguientes explicaciones: los peces habrían caído del cielo junto con la lluvia y ahora buscaban el río. Eran comestibles, por lo que se los usaba para preparar sopa de pescado. No tenían espinas. Más tarde me enteré por un zoólogo que vino a nuestra región que se trata de un pez conocido. En la época seca se entierra en el barro, donde hace una especie de hibernación. Al inicio de la época de lluvias el barro se ablanda, lo que le permite llegar nuevamente a la superficie. Como esto sucede siempre después de un fuerte aguacero, los indígenas creen que los peces han caído del cielo. Dado que el cuerpo del pez está envuelto con anillos de cartílago, puede avanzar fácilmente por la tierra.

Cuanto más bajábamos por el hermoso río, tanto más hermoso se volvía, sobre todo en lo que respecta al paisaje. El sol no nos hacía sufrir. Las copas de los árboles formaban un tupido dosel sobre nuestras cabezas. La vida con todo tipo de aves y animales bullía por doquier. Lianas de varios metros de largo colgaban como sogas hasta el agua. Para poder escurrirnos entre ellas teníamos que empujarlas a un lado o cortarlas con el machete. Al hacerlo perturbábamos a las hormigas acomodadas en las lianas, que se dejaban caer en la canoa y sobre nosotros. Entonces nos picaban como es debido. Hay sobre todo una clase de hormiga roja que tiene una picadura muy venenosa y dolorosa, que provoca fiebre si uno es asaltado por muchas de estas fastidiosas buscapleitos. Hasta ahora habíamos sido capaces de defendernos de las avispas, pues los dos mozos aguzaban la vista en busca de los nidos. Continuamente llamaban mi atención con señas para que no hiciera ruido. Mi cara pasaba muchas veces a apenas veinte centímetros de estos nidos. ¡Ay de mí si los tocaba! La turba se hubiera precipitado sobre nosotros.

¡Después de viajar cinco días, de repente el río terminaba! ¡Estábamos atrapados en un "callejón sin salida"! En la parte final descubrí huellas de pasos y siguiéndolas llegué a un lugar despejado donde había un

fogón. Al lado habían puesto nueces de Brasil a secar. Deduje de las cáscaras dispersas en el suelo que las habían abierto con un machete. ¿Se trataba quizás del empleado perdido de mi cliente del Madre de Dios? Hice tres disparos con mi fusil, sin obtener respuesta. No había ninguna canoa. Tampoco pude encontrar prendas de vestir o herramientas de trabajo. Por el momento llenamos nuestras bolsas con las nueces y después de haber fijado en un sitio visible una nota, en la que avisaba que iba a acampar un poco más abajo, remamos hacia atrás. Tras unas tres horas alcanzamos de nuevo el brazo principal, que en ese lugar era muy estrecho. Fue esto lo que nos había inducido a entrar por el brazo lateral. El brazo principal corría casi paralelo al brazo lateral, de modo que después de haber recorrido otras dos horas debíamos estar prácticamente a la misma altura que la del fogón que habíamos encontrado, aunque ligeramente a un lado. Como entretanto ya era el final de la tarde, decidí que acampáramos para pasar la noche.

A la mañana siguiente a las cinco sonaron tres disparos, señal de que alguien había encontrado mi nota. Pues tres tiros disparados uno tras otro significan que se necesita ayuda. Yo respondí igualmente con tres tiros, pero por lo pronto hice preparar el té de la mañana. Después quería volver a remar río arriba para buscar al hombre perdido. Estaba a punto de salir cuando una pequeña balsa hecha de troncos de palmera se dirigió hacia nosotros. Se trataba en efecto del empleado extraviado desde hacía tres meses, un español. En su compañía había además un indígena piro. Como los dos no habían desayunado todavía, pudieron disfrutar al instante de nuestro té. Durante la comida el español me contó sus aventuras. Había sido mandado por su patrón antes de la época de lluvias, junto con algunos hombres, a buscar nuevas zonas caucheras. Estaba acompañado de indígenas piros y chamas[24]. Éstos son excelentes montaraces y absolutamente fiables. Con su ayuda se había abierto camino por el bosque y finalmente había encontrado una elevación con árboles de caucho. Empezó inmediatamente a cosecharlos. Sin embargo, con el tiempo había empezado a llover y toda la zona alrededor de la elevación se inundó. Así ya no podía regresar. Sabía que el río Manuripi no podía estar lejos del lugar en el que él se encontraba. Pero estaba sin canoa y no se atrevía bajar el río con una muy primitiva balsa. Pues en caso de que se perdiese habría resultado imposible viajar río arriba con una balsa así. Por eso decidió quedarse y esperar la ayuda de su patrón. Cuando todos sus víveres, perdigones y pólvora se terminaron, su gente hizo arcos y flechas, con los que abatían las presas

necesarias para su sustento. Además pescaba y recolectaba las nueces de Brasil que crecían en la elevación. Como consecuencia del consumo excesivo de estas últimas al principio sufría de diarrea, pero los indígenas lo curaron. También preparaba una especie de té de diferentes hierbas, para el cual las abejas silvestres proporcionaban la miel. Hacía tiempo que no tenía azúcar. En todo caso, el hombre tenía un aspecto bastante bueno. Me explicó también que no pasó hambre. En el bosque tenía almacenado varios miles de kilogramos de caucho, que había cosechado junto con los indígenas durante su involuntario cautiverio.

Llevé a los dos hombres de vuelta a su campamento y prometí recoger a todo el mundo apenas hubiese alcanzado el Manuripi. A cambio tenía que recibir todo el caucho, por supuesto pagándolo. Le di al español media docena de cartuchos, pues con los tres disparos de alarma había gastado su última munición. Luego navegué nuevamente río abajo. En algunas partes la corriente era bastante fuerte, señal de que estábamos cerca de la desembocadura. Al pasar por un recodo, la punta de mi bote chocó contra una mata que colgaba sobre el agua y se quedó atrapado entre las lianas. De pronto nos atacó un enjambre de avispas que tenían su nido en esa mata. Mis dos mozos saltaron como ranas al agua y se sumergieron. Yo como piloto no podía hacer lo mismo. Me envolví rápidamente la cabeza con la tela de caucho, pero a cambio me picaron en las manos. Las enojadas avispas no tardaron en encontrar el camino debajo de la tela y me picaron en la cara. Además, durante el largo viaje me habían crecido las patillas y en ellas se ensortijaron las torturadoras para poder picar en alguna parte. Cada vez que emergían mis compañeros, les gritaba que subieran a bordo. Pero apenas les volvían a picar, se sumergían a toda velocidad de nuevo bajo el agua. Furioso, me quité la tela de la cabeza e hice pedazos el avispero con el machete. Agarré por el cuello al primer mozo que emergió y lo subí al bote. Lo mismo le sucedió al segundo. Les tocaba ahora también recibir algunas picaduras. Por fin logramos liberar la canoa, que entretanto se había girado con la punta aguas arriba. Con todo, las avispas siguieron persiguiéndonos aún durante un largo cuarto de hora. Después de una hora yo seguía recibiendo aún picaduras de las avispas que habían quedado enzarzadas en mi barba. Nuestras cabezas se hincharon como globos. Y las manos del mismo modo. Nos lavamos los tres con alcohol. Además, cada uno bebió un buen trago, pues yo temía que a todos nos diera fiebre. Por eso ya a las tres de la tarde fuimos a tierra, preparamos un té caliente con un buen chorro de alcohol y nos acostamos. Los tres pronto sentimos que

nos subía la temperatura. Felizmente la fiebre volvió a bajar, pero al día siguiente las manos y las cabezas estaban, si cabe, aún más hinchadas que el día anterior. Remamos aplicadamente todo el día, a lo cual ayudaba además una pequeña corriente. Así cubrimos un largo trecho y casi nos sorprendimos cuando hacia las cinco de la tarde llegamos al Manuripi, donde estaba la barraca en la que yo debía instalarme. Parecía un palafito. Debido a las inundaciones la casa se erigía sobre postes, a unos tres metros sobre el suelo. En un primer momento el empleado no me reconoció, pues mi cabeza seguía teniendo aspecto de un zapallo bien crecido. También estaba presente un brasileño, quien parecía lamentar mucho mi desgracia. Me preguntó si no conocía el secreto que lo protege a uno de las picaduras de las avispas. Lo desconocía por completo. A cambio de un whisky bien cargado, el hombre me confió su secreto. Vino a decir más o menos lo siguiente: "Las avispas no atacan a los seres humanos para picarlos, sino porque creen ser las atacadas y quieren defender a sus crías al interior del nido. Pero el mono capuchino es un goloso al que le gusta comerse las larvas de las avispas. Las avispas obviamente lo saben, por lo cual se retiran inmediatamente al nido con sus larvas cuando escuchan el silbido de los monos. Entonces, si usted se ve obligado a pasar por debajo de un avispero, sólo necesita imitar el silbido del mono. Va a ver usted cómo todas las avispas huyen inmediatamente al interior del nido. Usted pasa tranquilo sin dejar de silbar y ninguna avispa lo va a picar". Esto me parecía bastante plausible y ya tenía ganas de engañar al día siguiente a las avispas cuando fuese a buscar al español extraviado. Sin embargo, sólo pude realizar el viaje dos días después, pues estaba demasiado cansado como para volver a partir de inmediato. Me llevé una gran canoa para poder cargar algo de caucho, y viajé otra vez río arriba. Cuando tuve un avispero a la vista, los remeros me hicieron señas para que no hiciese ruido. Mi respuesta fue que siguiesen remando, que yo conocía el truco de las avispas. No nos iba a picar ni una sola de las bestias. Con este fin empecé a imitar el silbido de los monos capuchinos mientras remábamos a toda fuerza sin mayor precaución. Yo tenía total certeza en el asunto. Los mozos volvieron a hacerme señas varias veces para que me quedase quieto. Yo, sin embargo, seguí silbando. De repente me picaron. ¡Pero esto debe ser una gran equivocación! Estaba claro que los animalitos no me habían escuchado, así que silbé con más fuerza. Pero, ¡Dios mío! ahora era el contenido entero de un nido el que nos atacaba. ¡Por segunda vez nos habían picado miserablemente! ¡Los mozos echaban pestes contra mí,

yo echaba pestes contra las avispas y sobre todo contra el brasileño granuja que me había contado tremendo cuento chino!

Como me había llevado cuatro hombres como remeros, alcanzamos el campamento del español en un día de viaje. Pasé la noche en su campamento y al día siguiente lo llevé sano y salvo a mi barraca, que había sido bautizada por el nombre del río Chotadigua (foto 22). Sólo se había rozado el bosque necesario para poder instalar una casa. Por detrás de ella pasaba el Chotadigua, que un poco más arriba formaba una gran laguna llena de peces, patos y tortugas acuáticas. Los arbustos que crecían en el agua estaban llenos de avisperos y casi en cado uno colgaba también un nido de los bonitos pájaros tejedores, de plumaje anaranjado y negro. O sea que éstos hacían que las avispas protegiesen su nidada. Yo cazaba con frecuencia patos y tortugas en la laguna. ¡Pero nunca más volví a recurrir al truco de las avispas!

La caza de tortugas acuáticas es divertida. Les gusta solearse en los troncos que lleva la corriente. Me acercaba remando en silencio a los animales que descansaban en filas sobre los troncos con la cabeza estirada. Se les dispara con perdigones de tamaño medio a la cabeza. Basta con que un solo perdigón dé en el caparazón de la tortuga para que ésta esconda la cabeza y las patas y se quede inmóvil en el tronco, donde uno la recoge. El resto obviamente salta al agua apenas han escuchado el disparo.

Los patos eran más asustadizos, pues el empleado ya los había cazado muchas veces. Pero había tal cantidad que siempre podía matar uno cuando quería ver un asado de pato sobre la mesa.

Había peces para dar y tomar. Había mucho dorado, una especie de silúrido con una carne blanca muy buena. Pescaba ejemplares de entre quince y veinte kilogramos de peso. Por eso se necesitaban anzuelos tan grandes como un pequeño gancho de carnicero. Pescaba de la manera más cómoda posible. Por la noche tensaba una soga de una orilla a la otra. En ella fijaba a un brazo de distancia varios anzuelos grandes que, provistos de cebos, colgaban en el agua. En el medio de la soga colgaba una lata de conservas con un clavo oscilante, que hacía las veces de badajo. Si un pez mordía el anzuelo y no lo podía soltar, la "campana" sonaba y yo iba en canoa a recoger el pez. De esta manera capturaba a menudo en una sola noche entre ocho y diez de esos grandes peces. Como no podía comer tanto pescado asaba los animales en un horno de

barro con forma de colmena, y ponía el buen pescado asado en el patio como alimento para las gallinas.

Me quedé aproximadamente nueve meses en la barraca Chotadigua, donde también tuve que pasar la época de lluvias. Esto resultó muy incómodo. El Manuripi y el Chotadigua crecían muy rápido. Toda la zona alrededor estaba inundada. Por debajo de mi palafito corría el agua y a menudo apenas faltaban unos treinta centímetros para que llegase al piso. Como la abundancia de peces atraía a los caimanes, cuando por la noche los grandes cocodrilos golpeaban a diestro y siniestro con sus anchas colas persiguiendo a los peces se escuchaba un terrible chapoteo. Un alma miedosa apenas hubiera podido dormir. Pero yo sabía que estos saurios eran inofensivos, y por lo tanto no dejaba que perturbaran mi reposo nocturno.

La permanente humedad y el bosque lleno de agua constituían una excelente zona de incubación para los mosquitos. Y entonces se presentó la malaria. Tanto yo como toda mi gente contrajimos la fiebre. Tenía suficiente quinina, de modo que pudimos controlar la enfermedad. Pero debido a los diferentes ataques de fiebre, con el tiempo estaba tan debilitado que después de siete años de estadía necesitaba un viaje de descanso en Europa. En junio de 1914 llegué a Suiza y a pesar del tiempo cálido me moría de frío. Mi madre tuvo que encender la estufa. Después de quince días estaba nuevamente aclimatado y me sentía bastante bien.

Sin embargo, pronto estaba añorando la selva de la región del Beni. Por eso estuve aliviado cuando mis vacaciones terminaron. Había tomado cariño por el país y la gente de Bolivia y allá me sentía en casa. Mis pensamientos y sentidos anhelaban Bolivia.

Esta vez la despedida de mis padres, ya de edad avanzada, transcurrió sin dificultades. La idea de que otra vez me iría muy lejos por un tiempo prolongado ya no les parecía tan atroz como la primera vez.

Emprendí el viaje de buen ánimo y a inicios de 1915 llegué a Riberalta. Como consecuencia de la guerra mundial, las condiciones habían cambiado en detrimento de la goma. Los precios caían enormemente cada día. A eso se añadía la caída de las monedas. ¡Así me tocó ver cómo mi bonito saldo se fue desvaneciendo como la nieve bajo el sol de primavera! A pesar de todo yo esperaba, como de hecho todo el mundo, que tras la guerra la situación mejorase. Por lo tanto me quedé en mi puesto para recuperar después de la guerra lo que había perdido

durante la misma. Llegó la paz. Pero nuestra situación no mejoró. El precio de nuestra excelente goma, el único producto de exportación, seguía cayendo, y destruyó todas nuestras esperanzas. Finalmente era tan barata que valía menos que las piedras comunes, que no teníamos. Mi capital acumulado durante mi trabajo de 15 años se reducía del mismo modo, hasta que finalmente encontré el coraje para poner punto final al asunto y cerrar mi cuenta. Era realmente poco lo que aún me quedaba.

Con este pequeño resto retorné en 1922 a mi tierra natal para empezar de nuevo de cero. Pero todo comienzo es difícil, y la verdad de este dicho se me hizo patente en toda su exactitud. No me he quejado mucho al respecto, porque gracias a Dios también aprendí en los mejores tiempos a abstenerme de lamentos inútiles. Felizmente el hombre está hecho de tal modo que le gusta recordar los buenos tiempos y por ello olvida los malos. Y está bien que así sea.

A pesar de que he descrito las experiencias expuestas aquí desde la memoria, pues nunca tomaba notas o escribía un diario, las impresiones recibidas durante los muchos años de mi vida nómada están tan vivamente arraigadas en mi mente que todavía puedo trasladarme al instante a los tiempos de mi estadía en el Beni y vivirlos de nuevo. Y lo hago con gusto, pues es casi imposible encontrar en nuestro globo regiones más interesantes que precisamente las de Sudamérica. No sólo la flora gigantesca o la variada fauna en gran medida tan extraña provocan nuestro asombro: también se encuentra uno a cada paso tipos de hombres singulares, cuya repentina apariencia queda grabada imborrablemente en la memoria. Aquí sólo voy a mencionar un ejemplo.

Tuve que viajar una vez a Brasil por cuestiones de negocio, a Porto Velho, primera estación del ferrocarril Madeira-Mamoré. Pernocté en un hotel construido por la compañía férrea. Cuando en la mañana salí del baño, un brasileño estaba sentado en la terraza y se comía una magnífica piña. Cuando pasé delante de él, me deseó "Buenos días", al tiempo que me invitaba a compartir la comida. Yo estaba en pijama, no conocía al hombre y por lo tanto rechacé la invitación, dándole las gracias. Sin embargo, él insistía:

–Sería una pena echar a perder una fruta tan hermosa. Yo solo no me la puedo comer, porque es demasiado grande. Las frutas consumidas en ayunas por la mañana son muy sanas en el trópico. Pero si mi invitación le resulta fastidiosa, le pido disculpas.

Tenía la sensación de que el hombre pensaba que yo consideraba indigno de mí sentarme en la misma mesa con él, un desconocido. Naturalmente no quise que este pensamiento gozase de crédito alguno, pues realmente yo no tenía motivo para dejar que surgiera. Por lo tanto me senté y pedí disculpas por mi deficiente atuendo. Nos presentamos: "Rondon - Ritz", y estrechamos las manos. Empezó el mutuo interrogatorio durante la comida:

–¿Está usted radicado aquí?

–No, vengo de Riberalta y sólo estoy de paso.

–Entonces seguramente usted también comercia con goma, pues yo sé que Riberalta es el centro gomero de Bolivia.

–Sí, cierto, soy empleado de la Casa B., que exporta goma y caucho.

–Entonces usted trabaja en una casa muy conocida, cuyo nombre me es familiar. Yo mismo soy productor de goma. Mi barraca está ubicada en el lugar X, sobre el río Madeira.

Yo también conocía esta barraca y sabía que exportaba muchísima goma. Pero no sabía quién era Rondon. Después de haber comido la fruta, nos despedimos. Yo me fui a mi habitación y me vestí para ir a desayunar. Cuando el mesero me trajo el té, me preguntó sorprendido:

–¿Conoce usted al capitán Rondon?

–No, acabo de ver al hombre por primera vez.

¡Entonces el asombro del mesero era aún más grande!

–¡Cómo, usted no conoce al capitán Rondon y se come con él una piña! ¿Realmente no sabe quién es Rondon?

Realmente no lo sabía. El mesero me contó la siguiente historia:

Rondon es un antiguo funcionario del Estado. Como resultado de no sé qué infracción fue perseguido por la policía y tuvo que huir al bosque, al Mato Grosso. Allí fue atrapado y capturado por salvajes. Como sabía exactamente cómo tratar a la gente, pronto se ganó la confianza de los indígenas. Éstos incluso lo hicieron su jefe. Como hombre civilizado, sin embargo, tenía necesidades que no podía satisfacer en la selva. Necesitaba ropa, sal, armas, etc. Estas cosas no las podía comprar entre los salvajes. ¿Qué otra cosa podía hacer que conseguirlas por otros medios? Junto con los indígenas atacaba los botes que bajaban el Madeira. Así conseguía lo deseado. Luego desaparecía nuevamente en el bosque hasta que sobrevenían nuevas necesidades, y por tanto

nuevos asaltos. Pronto se supo, o al menos se suponía, que sólo podía ser Rondon quien anduviera metido en el lío. Éste, sin embargo, no se dejaba atrapar. Los viajes fluviales se volvían incómodos. Para recibir más rápidamente noticias, el Gobierno planificó instalar una línea telefónica a través del Mato Grosso. Trabajadores y soldados tenían que abrir una especie de camino por el bosque y tender allí la línea. Pero no llegaban muy lejos. La línea era destrozada una y otra vez y muchos trabajadores eran asesinados con flechas. Finalmente el Gobierno se decidió a negociar con Rondon. Le prometieron un salvoconducto y lo llamaron a Río de Janeiro. Allí le aseguraron que quedaría libre de penas si colaboraba con el Gobierno en vez de trabajar contra él. Rondon aceptó la propuesta. Volvió a sus salvajes y les prohibió asaltar a los soldados y destrozar la línea telefónica. Incluso ayudó a establecer la línea con su gente, a cambio de lo cual fueron generosamente recompensados con armas y otras cosas valiosas para ellos. La línea fue concluida y existe hasta hoy día. Rondon pudo entonces moverse de nuevo libremente. Incluso fue convocado a ser parte del Gobierno, fue Ministro de Colonias y finalmente incluso general[25]. Si vive aún, no lo sé. En todo caso se convirtió en una personalidad muy respetada, conocida y admirada en todo el país.

Cuando se encuentra con ese tipo de personas y escucha ese tipo de historias, ¿es sorprendente que uno esté cada vez más interesado por el país? Uno ve hacerse realidad los cuentos de hadas y se alegra de poder estar presente.

De todos modos tampoco hay que creer que la vida en las regiones selváticas de Sudamérica sólo es interesante y alegre. También he tenido que vivir días malos, e incluso muy malos. ¿Pero dónde no los hay?

En lo que a mí personalmente respecta, no obstante, tengo que reconocer que con toda seguridad he vivido más días buenos que malos en Bolivia, por lo cual mi entusiasmo por el país nunca ha disminuido. Aún hoy día sigo exclamando con la mayor convicción:

¡VIVA BOLIVIA!

Diciembre de 1933 Franz Ritz

Notas

1 [N. del E.] Es probable que la empresa donde trabajó Ritz haya sido la Casa Braillard Fills & Cía. de París, que tenía su sede en la incipiente ciudad de Riberalta. Nos basamos en la información de su itinerario y en los nombres de las barracas que Ritz visita, así como también en diversas fuentes escritas. Hollweg (1995: 128-129), por ejemplo, lo ubica como empleado de la Braillard, junto a Carl Blattmann. Asimismo, en las fotografías publicadas por el propio Blattmann en este período se lee la siguiente leyenda: "En la ocasión, se encuentran brindando en la barraca Porvenir de la Casa Braillard en Riberalta (de izquierda a derecha) Hecker, Vögeli, Lehman, Erland, Ritz, Blattmann y Manríquez" (Centeno y Fernández 1998: 75). Ver anexo fotográfico.

2 "¡Dios santo! ¿Qué es lo que has hecho, rufián andarín?".

3 [N. del E.] Posiblemente se tratara de Alfred Ufenast, quien llegó a ocupar el cargo de apoderado general de la Casa Suárez y se casó con Juana Landívar, retornando con su familia a Suiza luego de servir durante varios años a los hermanos Suárez (Hollweg 1995: 146).

4 [N. del E.] Se refiere a un trayecto de vías de trocha angosta que funcionaba en Cachuela Esperanza. Aún en la actualidad puede visitarse un monumento con una pequeña locomotora en la entrada de dicho poblado.

5 [N. del E.] Tradicional juego suizo de naipes, que se juega en dos equipos de dos jugadores cada uno.

6 [N. del T.] Las palabras y expresiones que en el original están en castellano, aparecen aquí en cursivas la primera vez que las emplea el autor.

7 [N. del E.] Emilio Augusto Goeldi o Göldi (1859-1917), médico, naturalista y zoólogo.

8 El autor de las fotografías 1, 2, 4, 19 y 20 es el Dr. F. Ahlfeld, Marburg/Lahn. Las ilustraciones 2 y 20 se han tomado del libro *Südamerika*, de la serie "Orbis terrarum" (Editorial Atlantis-Verlag).

9 [N. del E.] Actual Cobija.

10 [N. del E.] Efectivamente, tal apreciación del autor se corrobora en el plano de Cobija publicado en 1909 que reproducimos en el anexo (Hans Joachim Wirtz, comunicación personal).

11 [N. del E.] Se trata de los caripunas de la familia lingüística pano (Córdoba, Valenzuela y Villar 2012). La foto original se conserva en el fondo A. Vázquez de Bolivia. La imagen fue publicada por Ritz (1934) y por Richard Wegner (1936), aunque en versiones retocadas para suprimir a los caucheros, añadir follajes o fondos neutros, o bien para identificar a los indígenas como "pacaguaras", otros indígenas pano-hablantes de la Amazonía boliviana (Córdoba 2014: 48-49). Ver anexo fotográfico.

12 [N. del E.] Otras versiones sobre la muerte de Gregorio Suárez y las represalias pueden consultarse en Fifer (1976: 135-136) o Torres López (1930), entre otros.

13 [N. del E.] Actual Brasiléia.

14 [N. del E.] Recreando el uso coloquial del castellano regional, Ritz escribe "la Filomena" o "el Manuel" en alemán.

15 [N. del E.] Ver las fotografías de la Casa Braillard en el anexo.

16 [N. del E.] Probablemente se trate de Juan Calzow, gerente de la barraca Almendros en el Arroyo Verde del río Geneshuaya, donde justamente un año después Leutenegger irá como encargado.

17 [N. del E.] Grupo indígena pano-hablante de la Amazonía boliviana (Córdoba, Valenzuela y Villar 2012).

18 [N. del E.] Esta práctica no se encuentra descripta en ninguna otra fuente histórica, ni se sustenta tampoco en las diversas investigaciones etnológicas sobre este grupo.

19 [N. del E.] Como confirma Leutenegger, esta barraca pasó a manos de la compañía de Nicolás Suárez.

20 [N. del E.] Debe tenerse en cuenta que "guarayo" es una categoría que las fuentes emplean para designar de forma genérica a distintos grupos de indígenas belicosos en diversos períodos históricos: en este contexto seguramente se refiere a los ese'ejjas, grupo tacana-hablante de la Amazonía peruana y boliviana (Chavarría Mendoza 2002, Vuillermet 2012) y no a los guarayos "típicos" de habla guaraní (Combès 2014).

21 [N. del E.] Ritz habla de Percival H. Fawcett (1867-1925), célebre militar, topógrafo y explorador británico.

22 [N. del E.] "Chuncho" es un término genérico de origen andino empleado para denotar grupos "salvajes" o "bárbaros" de las tierras bajas. A partir de la localización en el río Tambopata, de la indicación de su vínculo con los "guarayos" y de la consideración del escueto léxico que consigna el autor, parece tratarse de indígenas ese'ejjas de habla tacana.

23 [N. del E.] Los piros son un grupo de la Amazonía peruana, de filiación lingüística arawak.

24 [N. del E.] "Chama" es otra categoría étnica de uso genérico: podría tratarse una vez más de los ese'ejjas, así llamados en ocasiones, o hasta de shipibo-conibos de filiación pano, según un uso corriente en otros autores de la época (por ej. Tessmann 1999 [1930]). Pero Ritz no ofrece informaciones adicionales para comprobarlo con seguridad.

25 A primera vista parecería tratarse del célebre mariscal brasileño Cândido Rondon (1865-1958), ingeniero, explorador y cartógrafo del Mato Grosso que fue asimismo director del Servicio de Protección del Indio en la década de 1930. Sin embargo, hay algunas cuestiones que parecen exageradas por Ritz y no coinciden con su biografía oficial: si bien es cierto que trabajó en la Comisión Constructora de Líneas Telegráficas del Mato Grosso, y que tuvo problemas con el Gobierno de Brasil, no estuvo fugitivo ni vivió en la clandestinidad entre los indígenas (Chiara Vangelista, comunicación personal).

Ernst Leutenegger

Gente en la selva.
Vivencias de un suizo en Bolivia

Prefacio del editor

Un suizo expatriado, que ha ido ascendiendo hasta lograr una importante posición en una metrópoli, narra en este libro las vivencias llenas de privaciones de sus primeros años en Sudamérica. Lo que se nos relata aquí de manera simple y llana y sin intención literaria es la historia de muchos inmigrantes que, impulsados por la osadía y el afán de aventura, pronto se encuentran frente a una realidad dura y sin poesía, ante la cual se desvanece todo romanticismo y en la cual el lema es: come y calla. Pero lo que nos agrada especialmente de este libro y lo que lo distingue de muchos otros es el tenor modesto y cándido de la narración, o mejor dicho del narrador; su fina observación, su franqueza, su juicio objetivo y perspicaz que nunca concentra la atención sobre sí mismo y su actitud honesta y humana. Sólo un hombre maduro, inspirado por la plenitud de su propia experiencia, escribe así.

La narración de tales vivencias no es compatible con el pudor exagerado. Un realismo vigoroso y a veces algo rudo, pero no obstante sano, rige el libro. Forma parte del asunto y hay que asumirlo si uno no quiere prescindir del valor principal de este tipo de relato, a saber, la veracidad. También se describen estados sociales que algún que otro lector indignado rechazará. Pero no hay que olvidar que se trata de condiciones de vida totalmente distintas a las de nuestro país. Aquí cualquier teoría falla, y toda comparación es errónea.

Así, este entretenido y cautivador libro de aventuras ofrece algo más que mera diversión: se convierte en un sencillo pero elocuente testimonio del crear, obrar y salir airosos de nuestros compatriotas allá afuera en un mundo lejano y extraño.

HACIA NUEVOS MUNDOS

¡Viaje gratis a Bolivia!

Varios cientos de francos en el bolsillo y un buen empleo en una gran casa de exportación de goma. Obligaciones y derechos claramente establecidos en un contrato. Equipados con puñales, revólveres y otras armas imprescindibles en la selva. En el corazón, el afán aventurero de encontrarse frente a frente con cocodrilos, serpientes gigantes, panteras y monos hasta ahora sólo conocidos de oídas o en el jardín zoológico.

Un pequeño grupo de compatriotas, todos animados por el mismo afán de conocer tierras lejanas. Uno de Berna, otro de Sankt Gallen, uno del interior de Suiza, otro de Zúrich.

Nos encontramos en el Hotel Bordeaux en El Havre. Las conversaciones sobre aventuras hacían de nuestro comedor un verdadero local de conspiraciones. Puñales y revólveres iban de mano en mano.

Una nublada mañana de septiembre. Por la tarde zarpaba el "Ambrose". Bernhard Stab se sentía como una especie de mariscal de viaje. Él manejaba la caja, pero no siempre la última palabra, a pesar de que había vivido varios años en España. Gasser, el hombre de Berna, tam-

poco era un novato, pues había vivido en Madagascar[1]. Hans Regger se volvería mi mejor compañero.

Pronto nuestros ojos dieron con dos muchachas brasileñas que se escondían detrás del obispo de Pará. Las sobrinas del prelado. Sus grandes ojos negros clavaban la vista constantemente y con picardía en nosotros. El zorro diría que las uvas eran demasiado amargas…

En el Golfo de Vizcaya el mar se puso rudo y ya se presentaron las primeras señales de mareo. Ni los silbidos ni las sonrisas ufanas lograban disimular la situación. El "Ambrose", aunque nombrado en honor a un famoso obispo, se comportaba como un salvaje. Un camarero se tropezó y él y el contenido del plato sopero acabaron desparramados en la linda alfombra roja. Los vasos tintineaban. La cocina retumbaba como una caseta de tiro. Las nubes negras miraban por los ojos de buey usualmente despejados y un momento después aparecía el fondo del mar verde claro, azul oscuro, negro grisáceo. Las puertas se atrancaron, los huecos de las ventanas se cerraron con cerrojo. El capitán bajó altivo las escaleras y sonreía divertido frente a las caras descoloridas. Un camarero solícito puso inmediatamente una caja de cartón frente a la cara de nuestro Hans Regger, al que se le había apagado la chispa. ¡En el momento justo! El "Ambrose" siguió balanceándose, sin embargo, despreocupado por su camino rugoso hasta Oporto.

Un traqueteante y sucio carricoche consistente en un vagón de tranvía nos llevó a la ciudad portuaria portuguesa.

Un mundo nuevo.

Enormes mulas al lado de pequeños burros de delgadas patas enganchadas a altos y antediluvianos carros de dos ruedas. El vehículo daba tumbos sobre el empedrado como jamás habíamos experimentado: sólo piedras como cabezas de gato. Nos apretujábamos contra las casas de las estrechas callejuelas para dejar pasar bueyes de largos cuernos. No teníamos muchas ganas de admirar los yugos adornados artísticamente, cuya decoración era incluso acrecentada con monedas y cadenillas. Las casas, a menudo bastante deterioradas, pintadas de colores chillones y abigarrados, no estaban a plomada. La ropa colorida ondeaba en cuerdas por encima de callejones como desfiladeros. Puertas de casa mugrientas y delante de ellas niños medio desnudos. Griteríos y regaños de mujeres despeinadas.

En mejores calles los escaparates alardeaban de finísimos trabajos de filigrana, las casas de cambio de piezas de oro y billetes de banco. De-

lante de ellas holgazaneaban mendigos vestidos con harapos rascándose el pelo erizado, o peleándose por colillas de puros recién arrojadas.

En el barrio portuario todos iban descalzos y llevaban algo sobre la cabeza: un jarrón, una gallina pataleando, un cesto con frutas, camarones y pescados. Una joven madre iba a paso mesurado con un cajón en la cabeza, llevando en ella a su retoño a través de la muchedumbre de la ciudad, las manos cargadas de damajuanas. La marea baja del río Douro emitía un hedor perceptible. Los rebaños de cabras con sus jóvenes pastores los balidos y los silbidos correspondientes.

En Leixoes, el puerto de Oporto, nos abrimos paso entre un montón de emigrantes que también querían ser cargados en el "Ambrose". Niños, mujeres, muchachos jóvenes, ancianos, cajas, paquetes, recipientes de barro, fardos y agentes de emigración que gritaban desaforadamente hasta quedar afónicos.

Aquella viejecita no cree realmente que vaya a volver a ver a su fuerte e inteligente hijo. Sus manos marchitas y arrugadas acarician la cara quemada por el sol del hijo, temblorosa y llena de orgullo maternal. El hijo quiere tranquilizarla. Ella saca un pañuelo rojo de debajo del delantal y lo aprieta entre sus grandes y pesadas manos. ¿Son sus últimos centavos ahorrados, una alhaja que ha guardado hasta el final, la imagen bendecida de un Santo? Los ojos del muchacho brillan con lágrimas. Guarda el pañuelo con el misterioso contenido en el rincón más profundo de su maleta. Los marineros empujan a la viejita hacia la pasarela del barco, y pronto desaparece en la multitud que grita sus adioses. ¿Tendrá razón el agente de emigración que afirmó que en Sudamérica se gana el dinero a chorros? La goma crecería en la selva y los ingleses pagarían su peso en oro. Y el *Padre*[2] predicaba que se rezara devotamente a la Madre de Dios, que no abandonaría a nadie. ¿Acaso el tío Eusebio no viajó pobre como una rata a América y cuando volvió pudo comprar cuatro burros de una sola vez y los pagó al contado?

La cara fresca y del color del bronce de esa muchacha, ¿responderá siempre con esos ojos tan valientes a las miradas impertinentes de los marineros? ¿Rechazará el diamante grande y radiante de algún barón de la goma o será durante algún tiempo su amante, para después encontrar su triste final en un prostíbulo de Pernambuco entre mulatos y negros? ¿Su padre de barba canosa tendrá siempre un ojo vigilante sobre ella o será ella quien a los pocos meses tenga que dar sepultura a su cadáver, víctima de la fiebre de las aguas negras, en un rincón

solitario de la selva y después enfrentar desprotegida los impetuosos vaivenes del nuevo mundo?

En el barco había otros emigrantes. La cubierta de popa parecía un hormiguero. Una verdadera mezcla de pueblos. Pronto dejamos atrás la pequeña isla desde la cual Vasco de Gama abandonara su patria para circunnavegar por primera vez el Cabo de Buena Esperanza.

En el iluminado comedor todas las mesas estaban adornadas con flores y llenas de gente. Portugueses y españoles en fracs negros, damas ataviadas y vaporosamente vestidas, negros, nórdicos y franceses. Manos brasileñas oscuras cargadas de diamantes descansaban sobre lino blanco como la nieve y jugueteaban con los cubiertos de plata.

En nuestra mesa estaba sentado un extraño, y detrás de él, de pie, en actitud importante y solemne, nuestro mariscal de viaje Bernhard Stab. El extraño nos miró a cada uno a la cara. Quizás quería sopesarnos y evaluarnos. Una nariz agudamente esculpida en un rostro amarillo olivo bien afeitado, ojos grandes, oscuros y penetrantes, una mandíbula inferior dura y muy desarrollada, cabellos lisos peinados hacia atrás, cada uno de los cuales parecía tener un lugar numerado en su cráneo, labios apretujados, casi invisibles. Todo esto permitía concluir que se trataba del retoño de una madre inglesa y de un padre sudamericano. El frío norte y el sur caliente concurrían en sus venas.

–"Don Oscar".

"Los nuevos empleados de nuestra empresa", fue la presentación. Ahora estábamos al tanto. Hicimos torpes reverencias. El sobrino de nuestro director las aceptó asintiendo apenas con la cabeza. La presencia de don Oscar fue un balde de agua fría sobre ánimos tan alegres. No bebió vino tinto; bebía a sorbos el agua de Vichy. Guardó un telegrama sin abrir en su esmoquin. Sus órdenes al camarero de la mesa fueron breves. Antes del final de la comida abandonó el comedor sin haber intercambiado con nosotros una sola palabra. Durante todo el viaje se mantuvo muy inaccesible y parco en palabras. Y cuando poco después nuestro barco se metía nuevamente en una fuerte tempestad, a pesar del gris verdoso de su cara luchó contra el mareo y salió vencedor. Sólo hubo algo que no pudo evitar: cuando el barco se inclinó de manera inquietante hacia un lado y los platos soperos, las botellas y los vasos, como empujados por una mano invisible, se deslizaron lentamente hacia el extremo de una mesa que cada vez se hundía más profundamente, y entonces todo el tropel tintineante se desparramó en las rodillas

de don Oscar. También en esta situación mantuvo el control sobre sí mismo y tanto más se avivó nuestra alegría por el mal ajeno.

También esta tormenta pasó, y pronto el vapor anclaba bajo el sol en el puerto de Funchal, capital de la isla Madeira.

Muchachos morenos desnudos saltaban desde pequeñas barcas al agua cristalina para recoger las monedas que arrojaban los viajeros del vapor. Uno saltó desde el puente de mando, desapareció varios minutos y reapareció al otro lado del buque después de haber buceado por debajo de la quilla.

En tierra nos rodearon guías turísticos, cambistas y limosneros. Se dirigían a los extranjeros en todos los idiomas del mundo. Un teleférico llevaba del alboroto a una altura panorámica sobre Funchal, donde se abría una vista maravillosa sobre la ciudad, el puerto y el mar. Deambulando por el pequeño paraíso de Madeira tuvimos una idea agradable de nuestra nueva patria: palmeras, piñas, caña de azúcar, bananos, naranjas, limones, gente de tez morena y un cielo despejado de un azul intenso.

La vida a bordo transcurría monótona entre dormir y comer. La sirena del barco dividía el día en intervalos regulares, llamando a los perezosos titulares de las tumbonas a las comidas. En cambio, entre los migrantes siempre había animación y actividad. Se bailaba o se cantaba al son de la armónica o el acordeón. Las mujeres hacían sus labores manuales, los hombres jugaban a las cartas o los dados. Un chiquillo de unos cuatro años lanzaba su sedal de no más de dos metros a través de la borda; el continuo fracaso no lograba desalentarlo y un día sacó una rata muerta de las profundidades. Un grumete había atado el animal muerto al sedal a través de un ojo de buey de la cubierta baja.

Poco después de haber dejado atrás Madeira, primero esporádicamente, luego en grandes enjambres aparecieron peces voladores que se desplazaban sobre la superficie del mar. Por segundos destellaban bajo el sol, emergían como flechas metálicas de la profundidad y después de veinte, cincuenta, incluso cien metros se escurrían en la cresta de una ola. Cuanto más nos acercábamos al Ecuador, tanto más bellos se volvieron los juegos de colores de la salida y la puesta del sol. Alguna mañana el mar estaba encrespado. Agitadas olas, pequeñas y puntiagudas, tenían un singular color blanco lechoso.

Agua del Amazonas.

Un punto negro en el horizonte se identificó como la embarcación del práctico de Salinas. Los oficiales del barco colocaron los sextantes sobre las caras y se las daban de importantes. Se soltó una barca de remos de la embarcación del práctico. El motor del barco dejó de traquetear y de pronto fuimos conscientes del ruido con el que habíamos cruzado el océano. Una escala bajó golpeando por el casco del barco. Dos, tres caras extrañas aparecieron a bordo. Los uniformes de un blanco deslumbrante y las gorras sobre pelo negro crespo hacían que los rostros de los pilotos brasileños parecieran aún más oscuros.

¡Tierra! ¡América! La esfera solar rojo púrpura descendía hacia la perfilada línea del horizonte. Se distinguían copas de palmeras. Estábamos en la región de la desembocadura del Amazonas: una red de ríos, canales, lagos e islas que equivale a la superficie de Suiza. A media máquina y bajo un cielo claro estrellado nos desplazábamos por la noche tropical que caía rápido. Las corrientes de aire caliente, similares al viento cálido alpino, susurraban. Al lado y al frente del barco surgían sombras oscuras alargadas: islas flotantes densamente arboladas. Emergían de las tinieblas como brazos de fantasmas, y con el mismo misterio y silencio se sumergían nuevamente en la oscuridad. Un faro invisible prendía ribetes plateados en el violeta oscuro. En el cielo se apagaban cada vez más luces. Despertando, la aurora iba absorbiendo la Cruz del Sur.

La selva apareció con el esplendor fresco del rocío. Salieron los primeros rayos del sol. Nuestro vapor con su pesada estela de humo negro grisáceo no pertenecía a este paraíso vegetal. De nuevo la máquina del barco cesó de golpear. La escala traqueteó. Resonaron voces, broncas y vociferantes. Manos fuertes de marineros empujaban a un joven a una barca a remos enviada desde la isla; en la barca estaban sentadas algunas personas uniformadas: se desembarcó a un polizón. Ya había visto la orilla salvadora del nuevo mundo. Ahora lo llevaban a la isla amurallada. Incluso con las manos atadas pedía que le dejaran seguir viajando. Quería trabajar, trabajar hasta que el viaje fuese pagado y ofrecía todas sus pertenencias personales reunidas en un fardo en el suelo. Decía que quería visitar a su hermana enferma. En el barco se organizó una colecta. Pero todo fue en vano; la ley exigía su derecho. Así se soltaba ya del ovillo uno de los hilos del destino de los migrantes, lo llevaba de vuelta hasta Lisboa y seguía tejiéndose detrás del portón de una prisión.

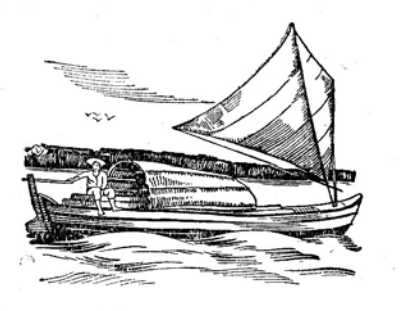
Con una sorprendente habilidad los pequeños pilotos negros dirigieron nuestro buque fuera de las fuertes corrientes. No siempre la coraza

de acero de un transatlántico era capaz de romper o empujar a un lado las pequeñas islas flotantes. Un vapor transatlántico conducido con torpeza fácilmente podía verse empujado por una de tales islas migrantes a una bahía y estancarse allí.

En la orilla se veían esporádicamente algunas cabañas sobre altos postes. Sin duda había que protegerse contra frecuentes inundaciones. Aquí aparentemente vivían colonos, agricultores, pescadores. Los jóvenes nativos solían mostrarse como su madre los trajo al mundo. A menudo la única prenda que vestían era un sombrero de ala ancha.

Se distinguían grandes plantaciones: campos de maíz, grandes platanales, plantaciones de yuca, arroz y café.

Rodeando una lengua de selva alcanzamos la bahía del río Pará, y frente a nosotros aparecía llena de magia la ciudad portuaria del norte brasileño, Belem do Pará.



PARÁ, UNA CIUDAD TROPICAL

Un diamante blanco resplandeciente sobre terciopelo verde: así es Pará, una ciudad tropical rodeada por el verde oscuro de la selva.

Sobre un edificio en forma de torre con un inmenso tanque de agua, los buitres daban vueltas.

La brisa que nos había acompañado durante el viaje amainó cuando el buque se detuvo. Un aire pesado, casi caliente, mezclado con el olor del petróleo que salía de la sala de máquinas se posó en nuestros pulmones.

Los funcionarios de aduanas revolvieron nuestros efectos personales. Los revólveres, escopetas, puñales y munición eran equipaje libre de derechos aduaneros; en cambio, objetaron las medias de lana que mi madre había tejido para mí con sus propias manos y me había entregado. La sonrisa irónica y compasiva de las caras de los negros me dejó indiferente: a mí me gustaban las medias que mi madre, previsora, había empacado.

Nos alojamos en el Hotel Comercio, no lejos del puerto. Claro y diáfano, el sol de la mañana iluminaba el espacioso comedor. En todas partes plantas de hojas. Livianos muebles de mimbre, mecedoras. En el rincón, el panzudo filtro de barro goteando constantemente. El agua que se sacaba de él era más o menos fresca, pero no lo suficientemente fresca para nosotros. Las botellas pronto estaban vacías. Entonces había que esperar hasta que de nuevo las gotas llenasen el vaso.

En todos los rincones, extraña cerámica. ¿Escupideras? Sí, y de todos los colores, formas y tamaños posibles. Así como la previsora ama de casa suiza desliza discretamente un cenicero debajo de la nariz del invitado, aquí a uno le empujaban la escupidera entre los pies. Escupideras en rosa, celeste, verde, rojo oscuro, escupideras en forma de lagartos enroscados, de nenúfares, tortugas o gorros de marinero. En un abrir y cerrar de ojos un niño negro colocaba al escupidor especialmente versado una escupidera especial a una ventajosa distancia, calculada lo mejor posible.

Desde el puerto, el olor de la marea baja se hacía notar de manera desagradable: el sol tropical hacía efectiva la descomposición y disolución de todo lo que el mar dejaba detrás y arrojaba a la orilla.

Los negros llevaban y lanzaban de un lado a otro bolachas de goma que pesaban varios quintales. La goma de Pará no requiere embalaje alguno. Como balones en un animado partido de fútbol, las bolachas volaban por el aire.

A través de jirones que hacían las veces de pantalones brillaban sudorosos y sucios los músculos de nervudos obreros portuarios. En sus torsos desnudos se veían cicatrices mal curadas de todo tipo. En los pies y las pantorrillas las moscas revoloteaban alrededor de heridas tan grandes como la palma de la mano, leprosas, rojas como la sangre. Los nervios en estas heridas parecían insensibles. Los mosquitos y los otros parásitos que se adherían en ellas apenas se sentían.

Las cicatrices de la viruela y los ojos inyectados de sangre por el consumo excesivo de alcohol daban a muchos obreros portuarios una expresión casi animal. Los brasileños hablan con tonos cantarines, desde el bajo más profundo hasta el soprano. Una conversación acalorada entre brasileños se parece al canto tirolés.

Todo el mundo fumaba cigarros, y hasta el mendigo en harapos fumaba los de vitola de oro.

Algunas ancianas nos causaban especial delectación: lavaban la ropa en la playa y sólo se quitaban las pipas cortas y nudosas de la boca arrugada cuando querían escupir, lo que siempre hacían con un bello y simétrico arco.

En Pará el paraguas es imprescindible y por eso uno siempre lo lleva consigo. Cada día llueve durante media hora y siempre a la misma hora. "Nos vemos después de la lluvia", es el arreglo que se hace para la cita.

En cada vagón de tranvía llamaba la atención un pequeño letrero: "No se admiten pasajeros sin alzacuello". La apariencia exterior se toma muy en serio. A un negro descalzo le indicaron el vagón adjunto a pesar de que quería pagar el precio del billete que pagaban los pasajeros con zapatos.

Un espectáculo extraño eran los buitres, también llamados *uruburus* o *suchas*. Durante horas trazan círculos bien alto en el aire, sin que se les vea mover las alas. Se los ve con agrado pues se ocupan de la reco-

gida de basura. Se arremolinan en techos, setos, plazas, calles y patios. Aguardan en largas filas negras la basura del mercado de carne con sus mataderos. Se reúnen allí donde hay una cabeza de ganado muerta, un chucho muerto de hambre, un gato matado a golpes. Sólo quedan los huesos. También hacen jirones la piel y la engullen.

A un pequeño muchacho negro que ofrecía carne a la venta le costaba ahuyentar a estas aves. Cuando sacudían sus alas sobre un puesto del mercado, ya no era posible tener opiniones encontradas sobre el valor de los alimentos cubiertos de inmundicias, microbios y bichos. Allí donde estos buitres dan vueltas en el aire se puede suponer con certeza que en el suelo hay un cadáver animal. El jaguar rara vez puede desgarrar a sus víctimas en paz, pues el buitre exige sin consideración alguna su parte.

Don Oscar se ocupaba poco de nosotros. Hacía visitas por cuenta propia. Nosotros también. Aún había algunos deseos que satisfacer antes de desaparecer en la selva.

EN UN VAPOR POR LA SELVA

En las próximas semanas un vapor fluvial sobre el Amazonas iba a ser nuestra morada. De momento fueron embarcadas cinco docenas de personas sin contar los viajeros de segunda y primera clase; cuarenta viajeros de tercera clase y veinte hombres de la tripulación. Gallinas

atadas unas con otras por las patas en haces, cerdos que gruñían en un rincón y otros seres vivos poblaban el barco. Era realmente un pequeño jardín zoológico: uno tropezaba todo el tiempo con tortugas, tejones, monos y otros habitantes de la selva. También había loros de todos los colores y tamaños. Íbamos a tener la oportunidad de conocer a estos pájaros como la peor de las plagas, pues intentaban continuamente deshacer los nudos de nuestras imprescindibles hamacas.

El "Teffe" tenía dos metros y medio de calado. La cubierta inferior estaba a pocos centímetros de la superficie del agua. Delante, en la proa, entre la cubierta superior e inferior, se habían almacenado leños de varios metros de largo que sobresalían del casco del barco pues había que economizar espacio. El motor funcionaba con combustión de leña. En la parte trasera estaba la cocina con un negro como cocinero, que siempre estaba sudando y refunfuñando. A su alrededor muchos cacharros de cocina. No lejos de la cocina, en una cabina estaban las duchas, y en otra el único retrete.

Entre aceiteras y trapos para limpiar las máquinas, sobre el piso caliente estaban los cuartos de un buey recién sacrificado. El cocinero ordenaba más tarde que estos pedazos de carne se colgasen en las barras de la barandilla. Los parásitos de las pilas de leña y otras criaturas encontraron el paraíso soñado en estos pedazos de carne.

El sol de los trópicos se portaba bien con nosotros. El calor de la caldera de vapor hacía también lo suyo para darnos ya en la Tierra una idea del Infierno. Quemaba, hervía, abrasaba y apestaba a aceite, a carne quemada, a pescado podrido y a gente sudorosa de raza negra y blanca.

Las hamacas, el artículo de viaje más importante en el Amazonas, se mecían día y noche, estuviesen vacías u ocupadas. Colocar las hamacas era para el viajero un asunto de extrema importancia. No había ocasión para colgar la hamaca que no fuese aprovechada. Uno tenía que recorrer agachado por debajo de las hamacas los estrechos pasillos entre las cabinas y la mesa de comedor. Los marineros incluso tenían que defender el espacio libre encima de la mesa del comedor contra los poseedores de hamacas, lo que a menudo resultaba en inacabables y agitadas conversaciones *vis à vis*. Una noche desperté porque me llovía en plena cara. La lluvia provenía de la hamaca que colgaba encima de la mía, en la que dormía un niño. Era evidente que éste había olvidado llamar a su madre para atender sus necesidades. Busqué y encontré un lugar adecuado para mi hamaca: delante de la puerta del vicecapitán.

Nadie se había atrevido a instalarse aquí y por eso este lugar estaba libre para mí. Sin decir una sola palabra, el camarero desató mi hamaca. La acción me pareció impertinente y volví a fijarla en el mismo lugar, pero la encontré de nuevo desatada. Este juego debe haberse repetido unas cien veces sin que ni uno ni otro hiciéramos comentario alguno. Uno disponía de tiempo de sobra para atar y desatar la hamaca, y también disponía de tiempo para enfadarse.

Un recipiente que también en otros países tiene su razón de ser es el orinal. En el Amazonas trabamos conocimiento con este objeto, imprescindible artículo de viaje. El puesto que ocupaban en Pará las innumerables escupideras lo ocupaban aquí los no menos innumerables orinales. Colgaban o yacían por todas partes, en todos los colores y calidades. Uno lo llevaba de un lado a otro en las manos o se colocaba bien visible sobre las maletas e incluso sobre la mesa del comedor. Cualquier madre brasileña que apreciase el orden colocaba como mínimo un orinal en el equipaje, del mismo modo que un inglés no viaja sin gemelos de teatro y el escandinavo sin esquíes. Las mejores familias brasileñas viajaban en compañía de serviciales espíritus, que sobre todo consistían en muchachos o muchachas negras. Éstos también hacían de biombo cuando el señorío hacía uso del orinal. Una vez que contemplaba con asombro la novedad de tal costumbre, uno de tales biombos enseguida me sacó la lengua y me dejó con un palmo de narices.

A bordo el capitán era el amo y señor absoluto. Durante el viaje, sin embargo, dormía la mayor parte del tiempo y lo hacía en una hamaca oportunamente colgada delante del lugar de trabajo del piloto. Éste miraba al río por encima del Todopoderoso y tenía el ininterrumpido placer de escucharlo roncar. Cuando la campana del barco llamaba a comer, el ronquido paraba y el comandante se movía hacia el comedor. Con su traje de lino blanco como la nieve y sus divisas de cintas de oro parecía el almirante de una flota de alta mar. Nadie se sentaba en la mesa hasta que el capitán no había tomado asiento: todos se quedaban de pie y lo esperaban a él, un pequeño hombre proveniente de una mezcla de razas, de piel morena, hombros anchos y cabeza cuadrada. A la derecha de nuestro capitán se sentaba don Oscar y a la izquierda una brasileña con muchos dientes de oro, acicalada con diamantes. Nosotros, los suizos, ocupábamos el extremo inferior de la mesa.

Dejamos Pará con muchas horas de retraso. En vez del asfixiante calor ahora nos rodeaba una agradable corriente de aire. Nos quitamos la ropa sudada y nos pusimos los pijamas. Los mosquitos zumbaban.

Estos diablos de patas largas y alas leves llegaban silbando en nubes desde los matorrales de la orilla. Se establecían en todos los recovecos protegidos del viento, en cualquier rincón o ranura. Impulsadas por el zumbido, todas las hamacas inmediatamente se ponían en movimiento. Todo el mundo se mecía y se golpeaba contra el vecino, pero cuando el "Teffe" tomaba su curso cerca de la orilla, el balanceo en contra de los mosquitos dejaba de ayudar. El tigre es un animal sanguinario, pero comparado con el minúsculo mosquito es una oveja inocente. Tan sólo en Brasil miles de personas y animales sucumben cada año víctimas de este pequeño zancudo que transmite la fiebre.

El "Teffe" se mantenía a apenas diez metros de distancia de la orilla, de modo que era posible percibir la voz nocturna de la selva. Con la caída de la noche se hacía cada vez más intensa, y se oía un canto y un estruendo arrullador y vibrante, algo así como el ruido de una hilandería con incontables husos y tornos que roncan, zumban y silban. De vez en cuando resonaban entremedias sonidos más toscos, gruñidos o risas, a menudo ahogados por el croar de legiones de sapos.

Es imposible describir la voz de la selva. Uno mismo tiene que haberla escuchado y vivido, como tampoco pueden describirse las prodigiosas creaciones de los artistas musicales. Las palabras no pueden reproducir la música. El concierto de la selva es una sinfonía grandiosa y colosal de la creación, la voz poderosa de un mundo desconocido.

¿Y esto ahora, qué podrá ser?

Resonaba delante de nosotros como si fuese un trueno lejano. Al piloto no se le escapó el movimiento de mi cabeza aguzando los oídos y sonrió:

–*Macacos*.

Sí, centenares de monos aulladores. ¡Semejante ruido saliendo de las gargantas de animales tan pequeños! Los ruidos atronadores retumbaban con pequeñas interrupciones, aumentando lentamente y luego haciendo eco como truenos lejanos.

El piloto, mi amigo, escrutaba la línea de la orilla que se extendía en la oscuridad y entonces señaló hacia un recodo del río delante de nosotros, iluminado por la luna suspendida detrás de la ribera del bosque. Por más que lo intentaba, yo no veía nada.

Durante varios minutos el privilegio de hacer ruido nuevamente les estuvo reservado a los grillos y a otros insectos hasta que el barco, que

el piloto seguía conduciendo río arriba, estuvo a la vista de los monos. Entonces estalló un estruendo como si en todos los tubos del órgano de una catedral se practicara una actividad excesiva. Se me puso la carne de gallina.

Las copas de los árboles entraron en movimiento, y entonces se perfilaban claramente las sombras negras de monos saltarines contra la claridad del cielo nocturno. En desbandada, formas de apenas un metro de altura se precipitaban en grandes saltos de copa en copa.

Nuestro vapor cobró vida y las voces sonaban revueltas: "¡Macacos! ¡Macacos!"

El "Teffe", soñoliento, susurraba y burbujeaba a lo largo de la orilla echada a la luz de la luna. Enormes mariposas nocturnas de alas pesadas se estrellaban contra mis orejas o se enzarzaban en la red de la hamaca del capitán. Los escarabajos que despedían una luz fosforescente iluminaban las enormes dimensiones de los árboles. Las luciérnagas zumbaban a nuestro alrededor, se confundían con la lluvia de chispas que el "Teffe" soplaba por la chimenea y luego desaparecían en una ráfaga de chispas en la superficie burbujeante del agua. El graznido de una lechuza, el ulular de un búho nocturno, el crujir de ramas causado por un animal que huye por el sotobosque, el sonoro chapoteo en la orilla, el par de ojos rosáceos brillantes de un caimán entre las cañas: todos esos sonidos y apariencias me cautivaron irresistiblemente.

No sé cuántos mosquitos aplasté esa noche en mis pómulos. Sólo sé que ya lo hacía inconscientemente después de que mi vocabulario de maldiciones se hubiese agotado desde hacía mucho tiempo. Aparentemente los mosquitos no se desaniman ni con las palabrotas suizas.

La luna subió más y hubiera sido posible leer el periódico en medio de la noche. Ahora entendía los abruptos golpes de timón que en la oscuridad me habían parecido no tener sentido alguno. Troncos de árboles e islas grandes y pequeñas flotaban en el río. Con las ramas apuntando al cielo y los abundantes tocones de raíz debajo del agua, tales cosas no dejaban de ser peligrosas para nuestro barco. La corriente cambiaba además continuamente y en función de ello era imperioso girar apresuradamente el timón.

A menudo íbamos por el medio del río. En otros momentos no se veía ninguna orilla. Con los troncos flotantes llegaban aves acuáticas parecidas a la cigüeña, erguidas sobre una sola pierna. Dormían y sólo

la luz y el ruido del vapor las hacía despertar, e indignadas se alzaban pesadamente en el aire en busca de descanso flotante.

Un remolino arrancó el timón de las manos del piloto y el barco en seguida se inclinó lentamente y temblando a un lado.

¡Una enérgica y sonora maldición portuguesa!

El capitán se puso al lado del piloto y le ayudó a poner de nuevo bajo manos firmes un timón que giraba rapidísimo. Sólo fue necesario un segundo para que el pequeño capitán que estaba roncando volviese a tener la situación bajo control. No tengo ni la menor idea de cómo salió de su hamaca y de cómo llegó al lado del piloto a pesar de que en ese momento yo estaba echado debajo de su hamaca. Viraron el barco describiendo un gran arco y cruzaron a la otra orilla.

El capitán me lanzó una mirada envenenada, como si fuera yo quien hubiera desviado la atención del piloto, gruñó algunas palabras ininteligibles y pidió gritando una taza de café. Cuando se la trajeron me la ofreció con una cara y un gesto amables.

"Éste sólo quiere disculparse por su mirada maliciosa", pensé y acepté agradecido la taza.

Más tarde aprendería que no debí haberla aceptado, porque la cortesía brasileña exige que cada cosa que uno recibe se ofrezca primero a quien está al lado. Había cometido un gran error formal, pero a un compañero le ocurrió uno aún mayor:

Un negro llevaba un anillo de diamante, cuya piedra, del tamaño de una avellana, debía valer una fortuna. Mi amigo admiró la piedra, y acto seguido el negro se quitó el anillo del dedo y se lo ofreció al admirador: "Es todo suyo". Tras dudar un momento, mi compatriota aceptó el anillo, agradeciéndole como corresponde con muchas inclinaciones. Vino hasta nosotros y nos contó su tremenda suerte. Sin embargo, una hora después don Oscar se acercó a nuestro compañero, le aclaró las reglas de cortesía de los brasileños y sacó la joya de la mano del sorprendido compatriota. Frente a tales amabilidades hay que contestar: "Mil gracias; está en buenas manos", pero no se puede aceptar sin más lo ofrecido. A partir de ese momento el negro no llevaba más su anillo en el dedo, pues frente a nosotros su cortesía le parecía algo riesgosa.

Un mediodía el vapor echó anclas delante de una *estancia*. Apenas se detuvo, el calor se volvió insoportable. El sudor brotaba por todos los poros y fluía como miel de abeja amarilla, pegajoso y sucio. Si al salir de

Pará evaluamos que la cubierta inferior estaba completamente ocupada, ahora tuvimos que enmendar lo aprendido. Pues se iba a embarcar ni más ni menos que a dieciséis reses en pie. ¿Dónde diablos se podía meter tanta mercancía viva?

La leña usada durante la noche había liberado algunos metros; por arte de magia, algunos cientos de leños se fueron al techo, los viajeros de tercera clase fueron apiñados aún más con ayuda de varas y sogas, una docena de hamacas fue sencillamente descolgada y arrojada detrás de la gente, y en el espacio liberado se armó a la ligera un establo provisional de palos de bambú. El embarque del ganado pudo empezar. Todo muy simple.

En la alta orilla del río el hato a ser embarcado estaba apiñado, cuerpo a cuerpo, en un apartadizo; todo el día anterior había esperado bajo un sol ardiente la llegada de nuestro vapor. En este país no sólo se cuenta con la elasticidad de la goma sino por lo visto también con la paciencia elástica de hombres y animales. Desde el vapor, que maniobró hasta más o menos cinco metros de distancia de la orilla –debido a la profundidad no pudo acercarse más–, soltaron un cable metálico del cabrestante del ancla. En el extremo del cable fijaron un grueso lazo que lanzaron sobre los cuernos de una de las reses. Con la fuerza del vapor tiraron entonces con mucha lentitud y seguridad de la renuente res, asegurada con el lazo, a través de la alta orilla hasta dentro del río. El agua debía tener una profundidad de unos dos a tres metros, y la res tenía que nadar en el agua fangosa. Como estaba sostenida por los cuernos al cable como un pez al sedal, se aseguraba que no se ahogara. Pero entonces venía un procedimiento que hubiera puesto los pelos de punta a cualquier miembro de una sociedad protectora de animales. El cable metálico del que colgaba el agitado animal que gritaba de dolor era jalado lentamente hacia arriba hasta que las patas traseras colgando llegaban a la altura de la cubierta inferior, es decir por encima del nivel del agua. Entonces dejaban que el infeliz animal patalease hasta que perdía la conciencia. La lengua colgaba en todo su largo del hocico y el animal martirizado e inconsciente permanecía inanimado y quieto. Luego ataban nuevas sogas en los cuernos y las patas y lo alzaban hacia dentro del barco, donde lo dejaban caer como si de un pedazo de madera se tratara. El bovino, que había recobrado el conocimiento a fuerza de golpes y patadas, enloquecido por el dolor, intentaba levantarse de un salto, pero como sus patas estaban atadas caía una y otra vez al suelo. Estos esfuerzos ayudaban a los verdugos –pues cualquier otro nombre

sería inapropiado– a anudar la cabeza de la res a la barandilla, es decir, en dirección al agua y los rayos verticales del sol. El lazo manchado de sangre volaba de nuevo a la orilla para derribar al siguiente animal.

Hasta que se acomodó el último bovino de esta manera tan indescriptiblemente brutal se hizo la tarde. Suspiramos con alivio cuando por fin se recogieron los cables y el barco se preparó para proseguir viaje.

Desde nuestra partida de Pará poco a poco se nos fue arrancando la civilización y paso a paso se hacía más perceptible el retorno a la naturaleza.

Primero tachamos de nuestro diccionario el agua potable clara, limpia y fresca. Sencillamente ya no había algo así. Nuestra agua era un agua sucia, caliente, color café, que sabía a tierra, peces y plantas podridas. Los dos o tres vasos de agua potable caliente, pero aún más o menos clara, que nos proporcionaban cada uno de los filtros que compramos en Pará, ya había corrido por nuestras gargantas sedientas en la mañana; es decir, antes ya de la mayor sed. Y el gran filtro de barro del barco siempre estaba vacío. Juzgando por su color, las botellas de agua sobre la mesa parecían contener café con leche y, sin embargo, siempre estaban vacías. Si uno dejaba reposar uno de esos vasos con agua potable, en el fondo se depositaba una capa de lodo de un dedo de grosor en la que palpitaban innumerables seres vivos, pequeños, negros, inquietos. Las palpitaciones de los animalitos no ayudaban a satisfacer la sed, pero hacían que acabáramos envidiando al ganado que en nuestro país se reúne en torno del agua de un manantial.

La gente rica bebía vino a diez francos la botella o cerveza caliente a cinco francos. Nosotros no podíamos permitirnos semejante lujo. Nada hubiera sido más fácil que regar cada día la garganta con el sueldo de un mes. De igual modo desdeñábamos una botella de agua mineral considerando su precio escandaloso, de tal modo que no nos quedó otra que hacer lo que hacía la gente pobre contra la sed: beber el agua sucia del Amazonas.

Echábamos de menos el pan. En Europa hasta al presidiario más dudoso le dan agua y pan. A nosotros, ya a los dos días de salir de Pará nos sirvieron un bizcocho enmohecido nada apetitoso, que luego fue reemplazado por plátanos verdes fritos o también por yuca. Los plátanos y la yuca son sabrosos, pero cuando cada día te los ponen tres veces en la mesa piensas con nostalgia en el pan que se come en casa, que no valorabas y que a menudo dejabas sin tocar al lado del plato. En esos momentos uno recordaba también los pedazos de pan

que tirábamos en la niñez. Era ahora cuando se cumplían las palabras de advertencia de la madre, de las que en aquel momento nos reíamos burlones: "Algún día te vas a alegrar por un pedazo de pan".

Deambulé por la cubierta de la tercera clase, pues tenía curiosidad de ver cómo habían quedado los espacios después de que embarcasen las dieciséis reses. Sencillamente era imposible abrirse paso; estaba lleno de seres humanos y animales gateando y pateando. El improvisado corral obstaculizaba el paso. Dentro, los animales estaban tan cerca el uno del otro que por entre sus cuerpos no podía caer al suelo ni un fósforo. Uno de ellos yacía inmóvil en el suelo, aparentemente indiferente a que los demás hundieran sus afilados cascos en su cuerpo. Le mostré a un marinero la res pisoteada, a lo cual sonrió e hizo un comentario:

–*Kaput!* Mañana carne fresca.

Aún hoy en día sigue siendo un misterio para mí cómo lograron sacar la vaca aplastada de allí. El día siguiente efectivamente nos sirvieron carne "fresca".

¿Cómo se lograba llegar al otro lado de los animales? Bien fácil: uno se encaramaba sobre ellos, reptaba por sus lomos y volvía a saltar al otro lado. No había peligro alguno, pues los animales no se podían mover. Los niños se divertían muchísimo pasando de este modo de un lado al otro.

Las cabezas de las vacas estaban atadas en la barandilla a apenas un palmo del piso metálico ardiente. Las lenguas ensangrentadas que colgaban de los hocicos intentaban en vano alcanzar el agua del río, que corría aproximadamente medio metro más abajo. Siempre en función del estado de ánimo de los marineros, éstos abrevaban al ganado con cubos de zinc desde un bote remolcado al costado del barco. Cada res recibía lo necesario para no morir de sed. Si alguna se mostraba cerril o agitada por el ruido de los cubos, recibía un puntapié.

Sólo fueron sacrificados los animales que sucumbieron por muerte natural durante el viaje o los que se rompieron una pata. Si no moría ningún animal, había que contentarse con pescado, con carne de tortuga o carne salada secada al sol.

El transporte de ganado en los vapores fluviales del Amazonas es cosa del capitán: se dedica a ello como negocio personal. En el curso bajo del Amazonas el ganado no vale mucho, pero cuanto más se llega río arriba más valor tiene. En muchos afluentes se pagan precios astronómicos por una res.

El ganado que perecía en el barco era apuntado a la cuenta de la tripulación y los viajeros. Gracias a las diferencias de precio entre el bajo y el alto Amazonas, el capitán acomodaba los precios con toda flexibilidad. Eran sobre todo los viajeros de tercera clase, que recibían un trato indigno debido al transporte de ganado, quienes sufrían los negocios de los capitanes. Lo más importante era que alguien ganase dinero.

El vapor paraba cada día varias horas a recoger carrizo para el ganado, una caña afilada como un cuchillo, más alta que un hombre, que crece en la orilla y que se apiñaba debajo de los sangrientos hocicos de los animales. Este pienso tenía un efecto purgante, y en la cubierta de tercera clase se propagaban aromas no exactamente dulces.

Mientras se cortaba el carrizo, a menudo se presentaban sorpresas desagradables. Frecuentemente se escuchaban gritos aterrados de "¡*Víbora*!". La región amazónica es el paraíso de las serpientes. Las serpientes más grandes, como la boa constrictora, la anaconda, la *sicuri*, la *pucarara*, la *boyé* y otras, son menos peligrosas, porque no son venenosas y son más visibles. Se pueden matar fácilmente y sin correr peligro con un arma, y sólo se les teme como enemigos de las aves de corral, los cerdos y los conejos. Mucho más peligrosas son las pequeñas serpientes venenosas apenas visibles, que tienen colores que las amparan y viven en los arbustos y ramas de los árboles, es decir, no sólo en el suelo. La imprudencia y el descuido, y también la presuntuosidad europea, han sido la perdición de muchos caminantes en la selva. En no pocas ocasiones fue sólo gracias a mis zapatos de suela gruesa y a mis sobrebotas de cuero que no he sido mordido. Quien vive un buen tiempo en la selva sabe que no hay que meter la mano en un arbusto sin haberse asegurado de que "no hay moros en la costa". Quien quiera pasar por debajo de una rama, primero debe echar un vistazo para que no le caiga en la nuca una serpiente verde o amarilla. Cualquier nativo reconoce el ruido de la cascabel, muy parecido al que se produce cuando se sacude una cajetilla de fósforos, de modo que se para o da un rodeo. Nada se le puede reprochar a la serpiente venenosa que muerde a alguien después de que le haya pisado la cola. Quien avanza rápido o imprudente en la selva, lo hace tan a riesgo propio como quien se mueve despreocupado en el hervidero del tráfico de una gran ciudad.

Una ley no escrita obligaba a los viajeros de tercera clase a ayudar a los marineros de tez morena y negra a cargar la leña. Cuando las aguas del río bajaban rápidamente y el vapor corría el peligro de quedar varado durante semanas o meses en las partes secas, el capitán podía pedir

también a los viajeros de primera que procedieran con la carga de la leña. Este riesgo no se da entre Pará y Manaos, donde por la cercanía del océano la marea aún se hace notar, de modo que los pequeños buques transatlánticos pueden circular también hasta Manaos.

Llegamos a Obidos, una ciudad fortificada de la época colonial. Los cañones dominaban el río, aunque estaban atados unos a otros con rafia y sogas. Unas docenas de casas de adobe revocadas de colores variopintos destacaban de manera pintoresca sobre el fondo verde de la selva. Deambulamos por calles fangosas y entramos a un cuchitril que pretendía ser posada. En una mesa larga estaban sentados algunos negros que vociferaban y festejaban la llegada de aguardiente, vino, cigarrillos, sal y una caja de chucherías que les había traído un compañero de Pará. Cortaplumas, espejos, tijeras, tirantes, perfumes y otros productos de la cultura europea y también postales con cabezas femeninas salieron a la luz, pasearon de mano en mano y se negociaron. Un fajo de postales se vendió en tres milréis[3]; es decir, cada postal en cinco francos. Por tanto, un negocio con una ganancia neta de diez veces el valor original.

También el capitán de nuestro barco y el comandante del puerto entraron a la posada. Como es costumbre aquí, jugaron a los dados para ver quién iba a pagar las cervezas que se querían tomar. Los dados empezaron a rodar.

Nuestro barco salió con un retraso de más de tres horas.

En Santarem el mismo caos que en Obidos. Los que estaban en el barco querían bajar a tierra, los que estaban en tierra querían subir al barco. En Santarem vi la mayor muestra de razas humanas que hasta ahora había conocido. También había un monje capuchino que miraba el mundo con ojos abiertos, celestes y honestos. Era austriaco y atendía a media docena de indígenas semisalvajes, a los que había bautizado y que se agarraban desesperadamente a su sotana. Con miradas asustadas seguían la conversación que mantuvo con nosotros. Quería intercambiar sal y pólvora por plátanos y yuca, pero también aceptó agradecido píldoras de quinina.

"El precio de la goma bajó", se oía de pronto. En las caras morenas aparecían arrugas de preocupación. Ya hubo pelea, pues el oficial encargado de las provisiones de nuestro barco, que era responsable del trueque y de la alimentación de los pasajeros, no había puesto en el platillo de la balanza suficiente azúcar y harina frente a unos kilos de goma.

Una negra anciana arrugada me vendió una gallina que yo ni siquiera quería tener. Subió la botamanga de mis pantalones y me apretó las pantorrillas. Esto venía a decir que quería un par de calcetines por su gallina. Como la vieja había entrado al asunto con tanta originalidad, accedí al intercambio. Le llevé la gallina a nuestro cocinero y coseché una sonrisa elogiosa, pero no volví a ver la gallina, ni viva ni asada.

Ya habíamos viajado más de mil quinientos kilómetros río arriba cuando llegamos a Manaos, una ciudad de aproximadamente cien mil habitantes. Había crecido de la nada en treinta años. Aceras ribeteadas con granito encuadraban a derecha e izquierda calles bien adoquinadas y limpias. Fue necesario importar estas piedras desde Norteamérica con costos enormes, pues en el bajo Amazonas no hay piedra alguna.

A orgullosa altura se encuentra una suntuosa construcción, un teatro en el que, sin embargo, nunca hay actuaciones. Las joyerías logran grandes ganancias. Los trabajadores de la goma que se volvieron ricos preferían confiar su dinero a éstas que a los bancos. Se abrían clubs. El champán corría a raudales. La gente quería compensar las privaciones de largos años en la selva. Conocí a un brasileño que se hizo sacar todos sus dientes sanos para poder mostrar dientes de oro.

Hoy pasó la fiebre del oro como pasa una lluvia tropical. Los botes a vapor y los otrora lujosos yates se pudren en el puerto.

Los precios en el hotel nos habrían hecho desesperar si hubiésemos tenido que pagarlo todo nosotros: dos francos por un vaso de leche, un franco por un huevo de gallina. Pensé con nostalgia en la gallina que había intercambiado con la negra y de la que ni vi huevo ni sopa.

Por primera vez caímos en la idea de que con tales precios nos podían haber hecho trampa, a pesar de que nuestro salario fijado contractualmente era alto. Claro que la casa y la comida eran gratis, también el médico y los medicamentos eran gratuitos, pero ¿cómo era todo esto en la selva? Según el contrato, en caso de enfermedad recibíamos gratis el viaje de regreso, ¿pero quién diagnosticaba la gravedad de la enfermedad?

Nos persuadimos de que finalmente también era posible vivir sin leche y huevos; al fin y al cabo había plátano suficiente y otros frutos silvestres a granel, y el río con seguridad estaba lleno de peces y la selva de caza. Y Manaos no era el destino de nuestro viaje.

Don Oscar nos consoló sonriente, pero su sonrisa no nos parecía precisamente convincente.

Un médico norteamericano me iluminó sobre las características de los mosquitos que causan fiebre y sobre la fuerza curativa de la quinina contra la malaria. Siguiendo este consejo, cada día tragábamos pastillas de quinina hasta que los oídos nos zumbaban. Después dejamos de hacerlo, pero remendamos nuestros mosquiteros, pues el mío estaba totalmente agujereado.

Un bienintencionado alemán nos decía: "¡Por Dios, están ustedes locos! De Bolivia ya no van a regresar. Nadie lo hace. No hay en el mundo entero un pozo de fiebre como ese de ahí arriba. Beriberi, indios salvajes, serpientes a montones. Quédense aquí en Manaos. Aquí hay trabajo por demás y con sueldos diez veces mejores que el que figura en sus contratos. Un sueldo de miseria, parece mentira. Y si la fiebre los tumba, ni siquiera les van a poner una cruz. Hasta se le quitan a uno las ganas de morir".

Nos reímos del buen hombre y no quisimos romper sin más nuestros contratos. Al fin y al cabo la selva nos había atraído. Sin embargo, como más tarde se pondría de manifiesto, el hombre no estaba del todo equivocado.

El calor en Manaos era insoportable hasta que cayó una lluvia tropical que transformó las calles en arroyos y el ambiente en un verdadero baño a vapor. Todo el mundo se refugió en las casas. Un pelotón de sol-

dados vadeó el agua, llevando los zapatos y las camisas en las manos. El hato de ganado de matadero que buscó protección bajo las palmeras enfrente del hotel pisoteó el césped ya de por sí bien segado del parque, hasta hacer de él un lodazal.

De pronto cambió nuestro plan de viaje, pues en San Antonio, por donde teníamos que pasar, la gente moriría como moscas por la fiebre de aguas negras. La empresa no quería correr este riesgo después de habernos traído ya hasta Manaos. Así se decidió dar un gran rodeo por el río Purús, el río Acre, el río Tahuamanu y el río Orthon hasta el río Beni. Esto no nos pareció mal, a pesar de que viajar en el trópico no sea una de las cosas más agradables en este mundo.

Antes de reiniciar definitivamente el viaje ocurrió un incidente: debíamos abandonar Manaos el 24 de noviembre, a las 10 de la noche, pero como el capitán no estaba aún a bordo cuando subimos, dejamos que nuevamente nos llevasen a remo hasta la orilla para tomar un último trago de despedida. Por si acaso nos llevamos al secretario del barco y con él algunos documentos sin los cuales el vapor no podía zarpar. Sólo a la medianoche atendimos los constantes pitidos del "Teffe" y bien regados y alegres remamos hasta el vapor. El capitán le leyó la cartilla al secretario, gesticulando con los puños delante de su cara. Éste balbuceó un par de excusas sobre unos papeles olvidados que había tenido que buscar y una y otra vez nos señalaba a nosotros, usando su dedo índice como pararrayos.

Aún era de noche cuando pasamos la desembocadura del río Negro, de cuyos afluentes en tierras colombianas y peruanas se cuentan historias horripilantes. Ahí arriba estaba el tristemente célebre río Putumayo, en cuyas orillas se cometían las más infames monstruosidades contra los trabajadores de la goma. Se decía que se cortaban manos, se azotaba hasta la muerte, se ahorcaba, se dejaba morir de hambre, se ahogaba, etc. Se contaba con todo lujo de detalle el atroz crimen del propietario de una barraca que habría puesto uno tras otro a varios indígenas y los habría matado de un solo tiro, y todo ello solamente para comprobar la fuerza de perforación de su nuevo fusil.

Lo peor de todo fue que ninguna de esas historias resultó ser una invención, como pudo comprobarse después. La posterior intervención de los gobiernos inglés y norteamericano puso fin a tal maltrato de esclavos y a los asesinatos en masa.

A finales de noviembre alcanzamos el río Purús. Pese a las dudas sobre el nivel de agua, nuestro capitán decidió dirigir el barco hacia el interior del Purús. El viaje nocturno nos brindó un espectáculo jamás visto: innumerables luciérnagas volaban alrededor del vapor, como si nos deslizáramos por una llovizna luminosa.

El "Teffe" tenía que luchar cada vez más contra una corriente que paulatinamente iba a más. Se volvían más escasos los asentamientos y las cabañas, única variación que interrumpía la verde monotonía de las dos riberas. El agua del río se tornaba más turbia y dejaba en los vasos una capa de lodo cada vez más gruesa.

A menudo veíamos por la mañana temprano capiguaras en los bancos de las orillas. La capacidad de adaptación de estos animales es sorprendente. También su capacidad de quedarse totalmente inmóviles. Nuestros ojos sólo captaban un rapidísimo movimiento en la orilla y alcanzaban a ver el contorno de un animal del tamaño de un cerdo. Si se desvía la mirada tan sólo un segundo, es como si la tierra se hubiera tragado al animal. Inmóvil se agacha pesado al lado del tronco de un árbol caído o entre terrones de tierra que se han desmoronado de la orilla.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! A pocos centímetros al lado del capiguara las balas daban en el lodo sin que el animal se moviese. Sólo un tiro certero los hace estremecerse y como mucho voltearse. Si cae, uno puede observar con sorpresa cómo una docena, incluso toda una colonia, se estremece electrizada con el movimiento del animal atinado. Y desaparecen. Nada de echar a correr o de darse a la fuga, sencillamente, veloces como el rayo, una nueva posición hasta el próximo tiro certero.

Un capiguara siempre era una adquisición bienvenida en la cocina del barco. A la voz de "¡capiguara!", el barco navegaba más despacio y un tiro certero hacía que se detuviese por completo. Se desembarcaba el bote a remos y un par de brazos fuertes ya estaban arrastrando la rata gigante por el piso metálico del barco. El cocinero y el capitán sonreían satisfechos. Todo el mundo quería ayudar a destripar la presa abatida para apoderarse del hígado o del corazón. Nadie se preocupaba del buen tirador y sus derechos. Si el vapor se había detenido, la presa era un bien común.

Un tablón hacía las veces de puente a la orilla cuando atracábamos. Las plantas de la selva empezaban a gustarme, de modo que siempre bajaba a tierra. Una vez quise desprender con mi navaja una de

las espinas de protección que cubrían el tronco de un árbol. Saltó un fragmento, pero no de la corteza del árbol sino de mi linda y flamante navaja. Quería soltar un escarabajo grande y marrón de un arbusto; el cuerpo del escarabajo se soltó pero sus seis patas se quedaron atrapadas en la áspera corteza. Dejé caer inmediatamente la pequeña rama que acababa de agarrar pues estaba viva: era un insecto que imitaba una rama seca de la que colgaba una hoja verde. A través del mango de un hacha se arrastraba una hoja, amarillenta en partes, del tamaño de la palma de la mano, que parecía marchita: vivía y se trataba de una extraña mariposa. Plantas y animales parecían estar fusionadas en una unidad indisoluble.

Los animales adoptan la forma de las plantas y las plantas las figuras de los animales. Animales y plantas mantienen una despiadada lucha entre sí. Resultaba imposible reunir una colección de insectos o plantas raras. Durante semanas llevaba conmigo a todas partes una mariposa caimán, una mantis religiosa, una avispa ermitaña y una tarántula; encontré las atesoradas maravillas de la naturaleza devoradas por otros insectos. Así le fue también a una avispa ermitaña a la que por su aguijón tan largo como una aguja de coser se refieren como la matadora de serpientes.

Si se agarra una hoja de apariencia blanda y carnosa para estrujarla, uno la deja caer enseguida decepcionado, pues el lado posterior de la hoja está lleno de espinas duras como el acero. Si por prudencia uno rodea una planta rebosante de espinas, pero no obstante finalmente entra en contacto con ella, se comprueba que las largas y amenazantes espinas son pelos sedosos. La selva sabe embaucar y cambia nuestros juicios.

En la selva el sol se alza más y más. El silencio cae sobre el bosque. El jaguar y los monos nocturnos se han retirado a las profundidades oscuras. Los gorjeos matutinos de los pájaros van enmudeciendo uno tras otro. Hasta las mariposas en las copas de los árboles dejan de revolotear; con las alas extendidas se pegan en las jugosas hojas verdes y no se pueden distinguir de la floridez que las rodea. De rato en rato un colibrí da vueltas sobre la superficie del agua, revolotea distraído alrededor del tallo de esta o aquella flor, luego la joya viviente desaparece en la oscura negrura entre las gruesas columnas de la selva. Un loro enfermo y tullido en una ala garre su enojo desde una rama saliente sorprendido ante el descaro de un mono sediento que, descolgándose por una liana, sumerge su pequeña mano en el agua y chupa sus de-

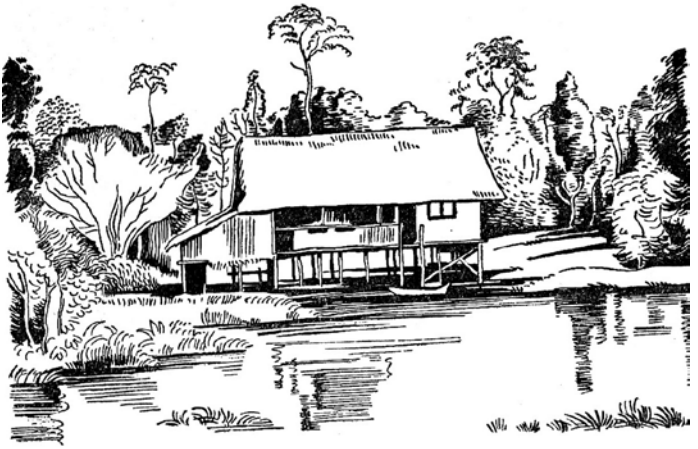
dos; sus pequeños y vivaces ojillos ya han descubierto la boca atrevida y tosca del caimán que se acerca; clamando algo en el idioma de los monos, asciende bamboleándose y se pierde en la copa del árbol. En pequeños rincones a la sombra bajo la broza de la orilla se mueven los capiguaras, chapotean somnolientos en el agua poco profunda y meten sus hocicos puntiagudos entre los nenúfares, mientras correteando de un lado a otro sobre balsas de hojas, gallinas de agua negras y rojas reciben la burla de libélulas vidriadas de colores irisados, que brillan como pompas de jabón bajo el esplendor del sol. El hocico reluciente de un delfín de aguas dulces emerge un instante por el manto de hojas que cubre el agua negra y un delgado chorro de agua destella colores de diamante a la luz del sol; después la boca negra se sumerge, despacio e inerte, nuevamente en la profundidad. En la ribera poco profunda, garzas rosadas absortas están paradas sobre una pata con el agua hasta la rodilla; grullas coronadas se yerguen y se inclinan y miran con asombro su propio plumaje; garzas reales sumergen sus largos picos en el lodo y buscan bocados vivos y carnosos, pero antes de que el sol esté en el cenit también estas aves acuáticas se van volando; entonces todo es tan apacible que uno cree oír el silencio. Ahora al oído despierto llega un continuo murmullo con los más finos matices del alborotado mundo de los insectos, que resuena encima y debajo de la corteza terrestre. Un revoloteo confuso y susurrante aletea alrededor de cada arbusto, se arremolina alrededor de cada tronco de árbol. Los terrones trasteados por lagartijas y ciempiés tiemblan con la agitación de las hormigas; abejas y abejorros huyen del sol. La naturaleza respira grave para que miles de seres de miles de formas y especies obren y vivan en la tierra caliente, como en la tibia laguna y el pesado aire que centellea encima.

En el Purús vimos los primeros árboles de goma silvestre, fácilmente reconocibles por las heridas mal sanadas de la corteza.

Sobre el río Purús los puestos de los leñadores, que sobre el curso bajo del Amazonas formaban asentamientos mayores, estaban más aislados. Aquí ya no se veían las montañas de madera que son frecuentes entre Pará y Manaos. Con el desaparecer o disminuir de las pilas de madera subían los precios.

La vivienda erigida sobre postes del leñador está edificada de modo provisorio y rudimentario. En ella pasa la vida la familia del leñador, que lleva una existencia de lo más penosa. Muchas veces, cuando la selva alrededor de su casa se inunda, el leñador se ve obligado a remar durante horas hasta alcanzar la próxima elevación. Allí siembra el ba-

nano, el arroz y el maíz necesarios para su supervivencia. Vive en una lucha constante con los gorrones de la selva. Las manadas de chanchos y monos, las ratas silvestres y los agutíes pueden destruir en una noche lo que él ha arrancado del suelo en semanas de trabajo. También las bandadas de loros exigen con desvergüenza su parte de la escasa cosecha. Si el leñador se equivoca con el nivel del agua de la siguiente inundación o si falla calculando sólo algunos días de *turbiones* (crecidas repentinas del río), entonces en pocas horas el río puede llevarse también el montón de madera que ha amontonado durante muchos meses. Rodeado de caimanes y serpientes y en una zona pantanosa infestada de fiebre, posiblemente esté peor que el criminal de una colonia penitenciaria. Una hamaca, un par de cajas y maletas vacías como muebles, algunos recipientes de barro y cuencos de fruta como vajilla, un fusil, un hacha y un *machete* forman el equipamiento de la cabaña. El saquito colgado en el travesaño, que contiene algunas pastillas de quinina, algo de sulfato de magnesio y una pequeña botella con el aceite de algún árbol o planta son los únicos medios que tiene a su disposición en caso de enfermedad.



Las compras que hace cuando pasa un barco las paga con leña. Aguardiente, sal, cartuchos, pólvora, agujas, hilo, sedal y caña de pescar, quizás un par de pantalones y una camisa son las cosas por las cuales trabaja. Si ha cortado mucha madera, aumenta sobre todo la ración de aguardiente. En tanto haya aguardiente en la cabaña, no se trabaja. El

leñador del Amazonas ha aprendido a no tener planes de futuro. El próximo año, quizás mañana, le agarre la fiebre, se tuerza un tobillo o lo muerda una serpiente, y las pretensiones en la vida se convierten en decepciones y privaciones.

El leñador vive de la selva, pertenece a la selva, crece en ella y en ella se pudre como las plantas y los animales que lo rodean. Sin escuela, sin iglesia, sin médico, sin vecino, nada. El aguardiente es su Dios: sólo él ayuda a olvidar la miseria.

Desde la mañana temprano el "Teffe" se encontraba en una pequeña bahía, delante de la cabaña de un leñador. Conforme el sol ascendía, el calor se hacía cada vez más insoportable. Una válvula mal cerrada vibraba contra la chimenea cantando un tono sibilante, continuo y enervante bajo los rayos abrasadores del sol tropical. Vaharadas de aceite y sudor hediondo flotaban alrededor del barco, se asentaban pesadas y pegajosas en los pulmones y se quedaban atrapadas en las tráqueas de los seres vivos que en medio de la estructura metálica del "Teffe" se cocían lentamente en el bochorno. En la cubierta inferior, una res que moría de sed gritaba afónica. El capitán estaba cómodamente echado en su hamaca, vestido sólo con un pantalón de pijama, roncando aire refrescante sobre su torso. Soñoliento, un viajero se acercó al filtro arrastrando los pies de cansancio, abrió el grifo y se dio cuenta de que no salía ni una gota de agua. Miró de reojo las botellas de agua sobre la larga mesa de comedor, en las que el lodo que había quedado en ellas se estaba secando. "¡*Mierda*!", refunfuñó el viajero y se dejó caer de nuevo en su hamaca.

El camarero colgaba sobre la barandilla como si fuera una manopla de baño estrujada, mirando boquiabierto fijamente los leños que iban de brazo en brazo hasta la bodega como si tuviera que contarlos.

Alrededor del barco se había estancado una gruesa capa de lodo; cáscaras de fruta, trapos de aceite y peces podridos se deslizaban de un lado a otro entre troncos de árboles carcomidos y algas; entremedio, la blanca barriga hinchada de un caimán muerto despedía un olor infernal. Varios días antes el animal había sido abatido a tiros por el dueño de la cabaña. Con ayuda de unas varas intentamos empujar el cadáver ya en putrefacción hacia la corriente, pero siempre volvía con el remolino de la bahía y quedaba retenido contra un lado del barco. A menos de tres metros de ahí estaban bajando el recipiente de agua de

la cubierta superior, probablemente para rellenar el filtro de agua con líquido fresco.

El montón de leña al lado de la choza no había disminuido mucho cuando la campana de medio día llamó al almuerzo; la cadena de hombres que pasaban los leños se rompió enseguida, el *inmediato* (el segundo oficial del barco) cerró sus ojos saltones y los hombres negros y morenos de la pasarela se sumergieron debajo de la capa de lodo para refrescarse las cabezas calientes.

PERDIDO EN LA SELVA

Desde hacía algunos días un sentimiento de cautiverio y encierro se había asentado sobre mi ánimo. A izquierda, a derecha, delante y detrás de nosotros siempre esta valla impenetrable del bosque, esta muralla verde monótona como el muro de una prisión, que sin consideración alguna limitaba la vista libre hacia la lejanía. El horizonte se reducía al curso del río.

Vestidos tan sólo de pantalón y camisa dimos una vuelta al lado de la choza con la intención de escapar del hedor del barco y de encontrar en el bosque cercano un sitio sombreado y fresco para pasar en él las horas calientes del final de la tarde.

Conversando, seguimos un sendero trillado por los leñadores para entrar a la penumbra fresca hasta llegar a un tocón, cuyo tronco, cortado en leños, se había cargado en el "Teffe".

Nos sentamos en el borde barroso de una cárcava, dejamos colgar nuestros pesados y doloridos pies y dormitamos con los ojos cerrados.

De repente un empujón me despertó del sueño profundo en el que estaba sumido. Regger me había despertado con rudeza y decía:

–Oye, ya es de noche y creo que alguien nos está llamando.

Allí enfrente, en el borde del bosque, de hecho se escuchaba con claridad:

–¡Hoo, hoo, hoola, hoola!

Electrizados nos levantamos de un salto. No cabía ninguna duda: ¡era una voz humana!

Juntos gritamos lo más fuerte que pudimos: –¡*Haallo*, *Halloooo*! –¡Hoola! ¡Hoolaaa! –respondió enseguida; ¡es decir, no era eco! ¡No era un engaño de la selva…! Las llamadas y las respuestas continuaron hasta que en la orilla del bosque de enfrente apareció entre la espesura una luz rojo amarillenta, una verdadera luz con fuego y no la luz de una luciérnaga.

¿Era posible? ¿Cansados, hambrientos, agotados? Ni pensamos en ello. Nos olvidamos totalmente de nuestra desgracia. El hombre, ese ser tenaz, nuevamente tenía esperanzas y nuevamente era capaz de vivir y se alegraba de la vida. Nos empujamos unos a otros hacía adelante, corrimos, nos tropezamos, nos caímos, nos levantamos de nuevo cada vez y corrimos de nuevo hacia la pequeña luz rojiza.

A apenas treinta pasos de distancia vimos a un hombre que se arrastraba sobre las manos y los pies, con un viejo farol de establo entre los dientes, andando a tientas, despacio y prudentemente por el sotobosque.

Sólo cuando llegó a unos pasos de nosotros se levantó, se quitó el farol de la boca, lo alzó sobre su cabeza y nos iluminó; entonces dijo temeroso: "¡Cuidado, cuidado!"

Cuando por fin nos alcanzó, vimos que sólo llevaba puesto un pantalón. En su cinturón llevaba un largo puñal. El hombre era una mezcla entre negro e indígena. Frunciendo una sonrisa, preguntó:

–¿"Teffe"?

–*Sí, sí,* "*Teffe*" –prorrumpieron nuestras gargantas.

Llevando el farol muy abajo y hacia delante, nos adelantó, dio la vuelta por varias cárcavas de barro y nos mostró grandes huellas de tres puntas diciendo: "*Antas*".

El tapir en sí no es peligroso, pero cuando se lo sorprende es imprevisible. Debajo del grueso pellejo se esconde una enorme fuerza. Cuando es atacado por un jaguar, busca su salvación huyendo por el sotobosque, al correr rompe las lianas más gruesas y no pocas veces deja caer la fiera agarrada a él con las uñas contra un árbol con la columna destrozada. No muy diferente de la carne de res, la carne de tapir es muy sabrosa y debido a su cantidad es una presa codiciada entre los nativos.

Nuestro acompañante nos llevó a la orilla del bosque de enfrente, donde se echó ágilmente al suelo y, con el farol en la boca, empezó de nuevo a reptar por el suelo.

Nos dio a entender que lo imitáramos, y le seguimos agachados. A cada momento esperábamos que sucediera algo imprevisto; las numerosas sorpresas de la noche nos habían vuelto desconfiados.

Después de habernos arrastrado unos trescientos metros, nuestro guía se levantó de pronto, nos hizo señas con el farol de acercarnos e iluminó una cuerda tensada a través del bosque a aproximadamente un metro por encima del suelo. "¡*Armadilla*![4] ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!", aclaró frente a nuestras miradas interrogantes. Incluso quise agarrar la cuerda cuando con la cara horrorizada el hombre me golpeó la mano gritando: "¡Armadilla!".

Por fin caímos en el asunto: la cuerda iba hasta un árbol, en el que se había fijado un fusil, y tenía la función de soltar el gatillo al más mínimo movimiento o roce de la cuerda, de modo que el tiro zumbaba exactamente por el punto en el que ésta se tocaba.

Cuando el negro indígena, que luego reveló ser el dueño de la choza de leñador, vio que entendíamos la instalación, se deslizó cuidadosamente por debajo de la soga y nosotros le seguimos ya no sólo a cuatro patas sino incluso arrastrándonos por el vientre.

Finalmente alcanzamos un sendero estrecho y por tanto ya no corríamos peligro de ser disparados. Dimos un suspiro de alivio y agradecimos a nuestra buena estrella que nos hubiese protegido contra la desgracia en nuestra insensata y peligrosa caminata.

Entonces avanzamos con rapidez, tan rápido que apenas podíamos seguir a nuestro guía.

Las tan vivamente anheladas luces del "Teffe" destellaban en nuestra dirección como luces celestes. Sin embargo, si en la inmensa alegría por la salvación de nuestras vidas esperábamos que nos fueran a recibir con júbilo y los brazos abiertos, nos habíamos equivocado.

El nuevo día ya no estaba lejos cuando detrás de nuestro leñador trapaleamos por la pasarela hasta el barco.

Todos parecían dormir después de que el silbato de vapor por fin se volviese afónico. Nuestros colegas habían renunciado a cualquier esperanza de que aún nos encontraran en la noche y, como más tarde supimos, más bien esperaban en cada instante el estallido de un disparo automático en el bosque. El dispositivo de disparo automático fue también el motivo por el cual el leñador nos buscó durante la noche. Él mismo y su vecino, que vivía algo más lejos río arriba, habían templado las cuerdas, pues los días anteriores esa buena gente había notado la presencia de jaguares que merodeaban por la zona.

Como don Oscar no había ocultado su ira con nuestra desaparición, en general en el vapor no nos recibieron precisamente con caras amables.

–*Da chömed diä dummä Chaibe*[5]–, decían en buen alemán suizo.

Nuestra ropa estaba literalmente hecha andrajos. Los rasguños, la sangre y la suciedad formaban una gruesa costra en nuestras caras. Las avispas fueron las que más nos atosigaron; nuestras caras estaban prácticamente desfiguradas.

Dejamos caer la tibia y turbia agua del río sobre nuestras cabezas hasta que el tanque estuvo vacío. No nos habíamos tomado la molestia de quitarnos los harapos que colgaban de nuestros cuerpos; cayeron por sí mismos junto con el barro y la suciedad.

Al salir de la cabina de ducha miramos a los ojos rebosantes de ira de don Oscar. No obstante, él mismo no pudo contener del todo un cierto asombro, quizás incluso algo de lástima. A su lado se encontraba nuestro salvador, a quien justo en ese momento le ponía algo de dinero en la mano. Se dirigió hacia nosotros y siseó entre dientes: "Esto va a su cuenta. Y tengo que pagar más aún por la espera del barco".

Pero nada nos resultaba más indiferente; para nosotros lo más importante era que la selva nos había devuelto con vida.

No había nada de comer, así que nos dejamos caer en nuestras hamacas sin preocuparnos por los mosquiteros. Escuchamos todavía algunas

voces de una hamaca a otra hablar de los imbéciles niños que se habían perdido en el bosque, dormimos luego a pierna suelta y sólo despertamos con la claridad del sol resplandeciente cuando el "Teffe" ya viajaba a toda máquina.

DE TODO TIPO DE SERES, TRAMPAS Y UNA NAVIDAD EN LA SELVA

En una alargada extensión del río en forma de laguna distinguimos por primera vez los tres puntos característicos del acechante caimán que se alzan sobre la superficie del agua.

Sólo el cartílago delantero de la boca y las cuencas de los ojos resultan visibles; la cabeza y el cuerpo del animal quedan ocultos bajo la superficie turbia del agua.

No hay nada comparable a observar cómo pesca el caimán. Se tiende en el agua a unos pocos metros de distancia de un banco de arena con la cabeza mirando hacia la orilla. Ahí espera tranquilo hasta que un pez lo suficientemente grande se cuela en el sector al alcance de su cola; un enérgico golpe con su fuerte cabo, y el pez vuela hasta el banco de arena y a menudo directamente a la boca de la bestia.

Cuando las balas de plomo disparadas desde el barco salpicaban el agua cerca de los tres puntos característicos, éstos desaparecían debajo de la superficie del agua, pero algunos instantes después salían de nuevo a la luz a algo de distancia. Sólo un disparo en el ojo del animal es

considerado un tiro certero, y esos tiros certeros también se manifiestan inmediatamente en los golpes al aire de la cola antes de que el animal perezca.

Las inmensas sinuosidades del río hacían que viajáramos en todas las direcciones, y sin embargo, en línea recta nos habíamos acercado muy poco a nuestro destino.

El timonel nos señaló el humo de una cabaña de trabajadores de la goma como objeto de observación; tres días después nos explicó con ayuda de un mapa que estábamos pasando nuevamente cerca de esa misma choza.

En tiempos de inundación es posible acortar significativamente el viaje aprovechando las numerosas vías fluviales poco profundas entre los diferentes tramos del cauce principal del río, los llamados *cortes*. Los cortes no siempre son canales naturales; a menudo sencillamente se trata de terreno bajo pantanoso.

En viajes ulteriores tuve la oportunidad de transitar por esos cortes. Se pasa por lo alto de arbustos y pequeños árboles, no sin correr el peligro de quedar atrapado en medio de la selva inundada si el agua del río baja con rapidez. Pero si la cosa tiene éxito, el capitán puede ahorrar mucha madera y tiempo.

El bajo nivel del agua nos obligó a seguir por el cauce del río en su prolijo arte de la sinuosidad, aunque ya se notaban los primeros remolinos.

Las plantas leñosas que se habían ido depositando en la época seca bajaban como una larga e ininterrumpida cinta por el río Purús, que en muchos lugares corría con rapidez, y dificultaban tanto el viaje que en algunos asentamientos el barco no pudo atracar.

Entonces el correo a entregar, si se trataba de pocas cartas, se metía sin más en una botella o una lata impermeable que se arrojaba al agua y era atrapada por una pequeña barca que al escucharse la señal del "Teffe" se desprendía de la orilla.

Los habitantes parecían estar acostumbrados a este reparto del correo; a mí, sin embargo, me daba una impresión tristísima ver a estas personas medio desnudas, dislocando los brazos y gritando en la orilla mientras el barco que habían esperado con toda su alma durante semanas pasaba de largo sin consideración, a fin de que no le alcanzase la "palizada", la incesante y siempre errante cinta de palos, que como una balsa se desplazaba por el medio de la corriente.

¡Semanas, incluso meses, habían esperado en vano la llegada del primer barco a vapor que venía del mundo civilizado!

Si tras la señal del vapor se disparaban tres tiros desde la orilla, entonces el piloto se afanaba en mantenerse a media máquina en la corriente entre la palizada y la orilla hasta que arribaba una pequeña barca a remos, para así posibilitar a los habitantes de esta región remota hacer las compras necesarias en el barco.

Tan pronto como la barca de remos estaba asegurada al barco, se proseguía, y los ocupantes tenían luego que pagar las horas de viaje que habían pasado en el barco y más tarde remar para regresar a su asentamiento.

Cuanto más arriba remontábamos el río, tanto más seguro y consciente de sí mismo se mostraba el capitán. Allá arriba se convertía en un verdadero déspota. Todos los habitantes del río se esforzaban en mantener buenas relaciones con él. El contenido de su salero, de la lata de azúcar, de la bolsa de pólvora o de la botella de aguardiente dependía en gran medida de la buena voluntad o malevolencia de los capitanes de barco, y esto significaba miseria y privaciones o estar provisto de mercancías de primera necesidad.

No creo que haya en el mundo entero un hombre más buscado como padrino que el capitán de un vapor del Amazonas. En tanto *compadre*, es decir padrino de bautismo, tiene que detener la nave, incluso aunque no haya negocio alguno que realizar. Los buenos modales y la cortesía brasileña le prohíben pasar cerca de la vivienda de su ahijado sin saludarlo y ponerse a su disposición, así sea sólo unos minutos cada año.

Un capitán me contaba que tenía tantos ahijados en la cuenca como días tiene el año y que trataba siempre de evitar llegar en el cumpleaños de uno de sus protegidos al asentamiento o la cabaña correspondiente, porque en caso contrario su viaje se habría vuelto interminable.

Como padrino estaba obligado no sólo a participar en la fiesta de cumpleaños, ¡sino a menudo también a pagarla!

Un día una canoa con indígenas que venía bajando el río se cruzó con la trayectoria del "Teffe". "¡Bárbaros! ¡Bárbaros!", gritaban los viajeros todos al mismo tiempo.

Para hacernos un favor a nosotros, los europeos, el vapor navegó muy despacio, deteniéndose en la corriente. Los pasajeros de la canoa eran efectivamente indígenas salvajes armados con arco y flechas. Un hombre y una mujer, ataviados en traje de Adán y Eva. Ambos llevaban

el pelo largo suelto, que caía libremente sobre la espalda, y como única prenda de vestir el órgano masculino estaba atado a su muslo con ayuda de cordeles de fibra. Una grasa sucia y maloliente, con la que habían untado sus cuerpos, mantenía alejados a los insectos y los protegía de las picaduras.

Tras una señal de invitación del inmediato la canoa atracó en el barco, tras lo cual el cocinero intercambió unos cuantos pescados del tamaño de un salmón por algunos anzuelos y sedal.

La invitación de permanecer a bordo fue rechazada con desconfianza, y en un instante los hombres del bosque desaparecieron con su bote en el cañaveral de la ribera.

No me había imaginado a los libres y orgullosos indígenas tan miserablemente sucios y esquivos.

El mismo día, al final de la tarde, llegamos a Boca do Acre, la desembocadura del río Acre en el río Purús. Aquí, en la orilla estaban estacionados tres pequeños barcos a vapor de paletas a popa, a la espera de agua. Tripulaciones y viajeros se visitaban mutuamente e intercambiaban noticias de "abajo" y de "arriba". El asentamiento mismo se encontraba en una nube de mosquitos. Aquí, por lo visto, estaba El Dorado para estos zancudos. Coloridas casas hechas de tablones con techos de zinc, un policía con uniforme parado en la orilla y un embarcadero para vapores con un farol rojo y verde daban a Boca do Acre un toque de civilización.

De barco a barco empezó en la orilla un vivo comercio de trueque con poco dinero y mucho griterío.

Con el "Teffe" llegaban los tan esperados artículos de primera necesidad y aguardiente barato; esto había que celebrarlo. El policía subió a bordo, dio amablemente la mano a todos los viajeros, sonriendo y apestando a aguardiente. Sin duda el buen hombre se había dado cuenta de que es mejor aullar con los lobos que ser devorado por ellos.

Todo el mundo andaba armado; los revólveres y los puñales metidos en los cinturones parecían ser artículos de uso cotidiano. Pues el mejor tirador es el que dispara primero, dicen en la selva.

Finalmente se desembarcó el ganado. Lo empujaron a la orilla fangosa, en la que en un primer momento se quedó atascado; luego uno por uno jalaron con sogas a los animales hasta la parte seca, donde los dejaron echados.

Una o dos horas después, según el grado de extenuación, las reses medio muertas se levantaban, mansas como ovejas y, balanceándose, desplazaban sus escuálidos cuerpos hacia el verde sotobosque del asentamiento.

Seis horas después de haber empezado a navegar por el Acre, el "Teffe" encalló en un banco de arena en medio del río, que en ese lugar apenas era más ancho que el Limago donde sale del lago de Zúrich.

Los cables fijados en los árboles de la ribera, con cuya ayuda querían sacar el buque del banco de arena, se rompieron varias veces. No había nada que hacer, estábamos varados.

El ancla apenas descendió dos metros hasta el fondo y a partir de entonces el lema era: esperar agua. Nadie sabía cuánto tiempo iba a tardar; había que confiar y esperar.

Habían advertido a nuestro capitán que en las cercanías se habían visto hordas de indígenas salvajes y que los hurtos y alguna que otra flecha disparada al acecho habrían alarmado a los habitantes de Boca do Acre. Ahora el capitán se arrepentía de no haber tomado como rehenes a los dos salvajes en canoa con los que nos habíamos topado, y tuvo por conveniente poner vigilantes durante nuestra estadía involuntaria en el banco de arena para evitar sorpresas.

Creo que a nosotros, los suizos, nos hubiera gustado vivir una pequeña aventura con salvajes, pues los dos ejemplares con los que nos habíamos topado no nos habían infundido mucho respeto por la raza cobriza.

Sobre el techo del barco ensayábamos nuestra puntería disparando a pequeños pedazos de madera que flotaban en el agua. Una bala de revólver que rebotó en el techo de zinc pasó silbando por nuestras cabezas y encontró su camino a través de la pierna de Gasser. Lívido, se sentó mirando fijamente el pequeño hueco en su muslo. Por suerte sólo era una herida en la carne, que con el cuidado apropiado sanó ya quince días después.

Cada día un grupo de viajeros de tercera clase iba a remo a la orilla para ir de caza, pues tras varios intentos vanos de poner a flote el barco se notificó que la compañía naviera exigía un suplemento de diez milréis mientras el vapor se encontrase inmovilizado. Quienes no podían pagarlo estaban obligados a procurarse su alimentación en la selva cercana.

El cocinero recibía monos, loros, perdices y pescado. Sin embargo, pescar no era tan fácil como nosotros creíamos el día que subimos al

barco. No sabemos si esto se debía al hecho de que el agua corría más rápido o a otra causa. En todo caso, nuestras presas apenas caían a cuentagotas.

Un negro trajo dos tortugas terrestres, que eran muy diferentes de las enormes tortugas de agua que nosotros conocíamos. El cocinero trabajó las presas con un gran palo, que dejaba caer con toda su fuerza sobre los caparazones hasta cansarse. Con este golpeteo, los animales retraían sus cabezas y patas. A mi pregunta sobre el motivo de tal aporreo, que cualquier caparazón de tortuga resiste sin más, el cocinero me respondió que de esa manera se hinchaba el hígado de los animales y sería más abundante en la mesa.

Tras el golpeteo volcaron a las tortugas sobre el lomo y las dejaron así hasta que sacaron la cabeza y las patas del caparazón, pues los animales querían estar nuevamente boca abajo. Éste fue el instante esperado para separar de un golpe certero la cabeza del cuerpo, lo que en una tortuga terrestre no significa de ninguna manera el fallecimiento. Pues las patas siguen agitándose en el cuerpo sin cabeza, y hay que tener muy buenos nervios para ver cómo, cuchillo y hacha en mano, se va desbastando y cortando pedazo a pedazo el duro caparazón, mientras el resto de la masa de carne palpita sin cesar.

La carne de la tortuga es muy sabrosa y sobre todo el hígado hinchado es un bocado exquisito. Alguna poderosa razón tiene que tener el maltrato de esos animales.

La mañana del 11 de diciembre el "Teffe" volvió a flotar. Durante la noche el río había crecido cinco pies y continuamos viaje sin que los indígenas nos hubieran honrado con su visita. A medio día nos topamos, sin embargo, con otro obstáculo: en el medio del río había un vapor de ruedas sin vida e inutilizable, en el que se habían atorado troncos de árboles y ramas. Se necesitaron largas horas de trabajo para hacer algo de espacio y lograr abrirnos paso. Tarde en la noche alcanzamos Antimari, uno de los rincones de fiebre más peligrosos del Brasil. Visitamos el cementerio, bastante grande, y nos contaron que en tiempos de fiebre muchos muertos sencillamente son enterrados en el bosque.

En una de las cabañas que estaba en el camino había todo tipo de instrumentos de música por doquier: trompetas, tambores, violines y flautas. Un negro tocaba el bombo. Esperamos en semicírculo el final de la monótona pieza musical. Entonces preguntamos al hombre por qué hacía eso. Era el profesor y tocaba el bombo pues los niños debían re-

gresar a la escuela. Un antiguo alcalde había legado estos instrumentos musicales al pueblo para que la gente aprendiera a tocarlos. Todos los habitantes debían hacerlo y él había elegido el bombo.

Proseguimos río arriba por selvas verdes y altas, y dejamos atrás muchos meandros. La nave gemela "Andira", que había dejado Pará ocho días después de nosotros, nos alcanzó. De pronto entró a toda máquina contra un costado de nuestra nave. Se produjo una terrible colisión y varias personas se cayeron al suelo y se rompieron montones de vajilla. Los gruesos cascos de hierro de ambas naves no se dañaron, pero los dos capitanes acabaron uno frente a otro como gallos de pelea. La tranquilidad regresó a los excitados ánimos y al final se festejó el encuentro de los barcos. El seguro podía pagar los daños materiales ocasionados aquí y allá.

Una mañana, a la salida del sol detonó una salva de disparos en el "Andira". Soñando con asaltos de indígenas salté de la hamaca y corrí a la cabina para buscar mi revólver. Resonó otra descarga, pero esta vez en nuestra nave. Me explicaron que se trataba de la víspera de Navidad y que se saludaba de esta manera. Cada seis horas se repetía el tiroteo, acompañado de toques de trompeta en los barcos. El asunto se parecía más al estallido de una guerra que al anuncio del nacimiento de Cristo.

Hubo, sin embargo, también una comida festiva en honor al día de Navidad, y nuestro capitán tuvo que presidirla. Los hombres se embutieron en trajes de lino blanco, se hicieron la raya en el lanudo cabello de cabezas de negros que relucían como el marfil, se pusieron cuellos altos y coloridas corbatas de seda. Las damas cambiaron sus pantuflas por elegantes zapatos de tacones delgados, y toda clase de diamantes de mayor o menor valor relucieron sobre vestidos decorados con encajes.

Tuve que esforzarme para reconocer a los viajeros. Su apariencia había cambiado radicalmente. Tras haberse entregado ampliamente a bailar, a medianoche todo el mundo se reunió sobre la cubierta y quien poseía un arma a fuego disparó contra el cielo claro y estrellado. Quienes no poseían ninguna hacían de cualquier cosa instrumento de ruido y metían bulla. Los barcos que se habían encontrado y que viajaban juntos río arriba aceleraron y a una señal hicieron sonar sirenas y pitos. A mí, este concierto navideño en la selva me recordaba la música ratonera de nuestra tierra natal con motivo de la fiesta escolar de fin de año.

–"¡*Viva Navidad*! ¡Viva el nacimiento de Cristo!", gritaba todo el mundo, y todos se acercaban en larga procesión al Nacimiento instalado en

el mostrador del bufé. Allí besaban el pie de un Cristo crucificado de madera. Después de esta celebración se bailó al son de un gramófono chirriante. En atención a nosotros, los suizos, el capitán tenía preparada una atención especial para celebrar el día: a través de una linterna mágica con luz de Bengala nos hizo ver la capilla de Tell, el arroyo Staubbach cerca de Lauterbrunnen y las cataratas del Rin cerca de Schaffhausen. El disco en el gramófono chirriaba a tal efecto algo como "*Rufst du mein Vaterland*"[6]. Ése fue entonces nuestro regalo suizo de navidad. ¡Nuestro capitán verdaderamente se merecía sus insignias de oro!

La selva que envolvía el asentamiento gomero de Compatará tenía el más hermoso ornato floral, un verdadero paraíso de flores. Despedía un olor suave pero corrompido por el hedor de las bolachas de goma amontonadas en la alta orilla, que se freían al sol. Allí estaba el producto cosechado en muchas millas cuadradas de selva por personas de piel oscura, harapientas y escuálidas, y constituía el manantial del río de oro que fluía hasta los bolsillos de los especuladores de goma de Manaos, Pará, Nueva York y Londres. Los precios de la goma estaban subiendo vertiginosamente. Las existencias depositadas en esta orilla tenían un valor de por lo menos cien mil libras de oro inglesas. En el camino de la goma, un fusil de avancarga barato se transformaba en un vehículo de 50 caballos de potencia, y media docena de pañuelos de algodón con estampados rojos se convertían en vestidos de baile de seda de amantes francesas. Un viejo indígena que se había vuelto idiota por el alcohol heredó junto con sus hijos adolescentes una diadema de diamantes en forma de bolachas de goma. Como pago aceptó algunas cajas de coñac. Sus ojos refulgentes se hincharon tanto de deseo al ver las cajas que casi se le salieron de las cuencas de los ojos. Finalmente alcanzamos Amelia, el destino final de nuestro viaje amazónico, y entonces teníamos que viajar algunas semanas tierra adentro. Nos despedimos de nuestro barco y de Bernhard Stab y de otro compañero, que debían seguir viajando en el barco para trabajar en una agencia de nuestra compañía río arriba.

Llovía torrencialmente cuando subimos la orilla empinada y resbalosa, mientras unos indígenas nos seguían arrastrando nuestras maletas. El capitán del "Teffe" hizo sonar para nosotros un par de pitidos extras del barco, que partía ya de allí a toda velocidad.

VIAJE POR TIERRA AL RÍO TAHUAMANU

Apenas habíamos ocupado nuestro nuevo alojamiento y templábamos nuestras hamacas cuando un muchacho indígena nos trajo el inevitable café negro en minúsculas tacitas. Más tarde comimos pato frito, pescado, setas, verduras en lata y frutas frescas de todo tipo en una mesa copiosamente servida. No habíamos comido tan bien ni siquiera en el banquete de gala de Nochebuena en el "Teffe".

¡De repente todo era inusualmente silencioso! ¡Qué ruidosa, incluso ensordecedora debía haberse desenvuelto la vida en el vapor sin que uno se diera cuenta! Allí todo se oía. El tintineo de los cubiertos, el arrastrar de pies de los camareros, demasiado vagos para levantarlos, y cuando uno abría la boca recibía el reproche de gritar en vez de hablar. Ahora incluso la fricción de los fósforos se sentía como un ruido. El estruendo del vapor ya había desaparecido y así se apreciaban hasta los sonidos más leves.

Después del breve atardecer empezaba el concierto sinfónico de la selva cercana que nos rodeaba. Susurraba en nuestros oídos como una cascada lejana. Éramos capaces de distinguir un "escarabajo ferroviario" que acallaba el ruido de todos los otros alborotadores de la selva con el ilusorio ruido casi idéntico al del tren que pasa en la lejanía. Incluso un pitido final como el de una locomotora completaba la ilusión.

La noche cayó rápidamente, y por primera vez desde nuestra salida de Europa la luz eléctrica fue sustituida por una vela, anticuada y titilante. Con la luz de la vela todo devenía diferente. El "Teffe", con los últimos trazos de cultura se había alejado de allí a golpes de vapor.

Inmediatamente después de la cena, don Oscar se hizo invisible y se retiró a otra habitación con el administrador de Amelia. Las paredes de madera desnudas de nuestro gran espacio, al que llamaban habitación, no proporcionaban al ojo punto alguno de contemplación. Con excepción de la vela parpadeante sobre una caja de jabón y nuestras camas, todo estaba vacío. La vista volvía siempre a la vela encendida. Con un estado de ánimo insólitamente abatido, cada cual parecía explorar a tientas una nueva vida.

Una gran mariposa nocturna revoloteó en la pequeña y palpitante llama, se chamuscó sus alas entreveradas de oro y plata, y con un audible clac estrelló su cabeza contra la pared. Asombrado veía cómo al morir, los ojos de la mariposa resplandecían de color rosado.

La lluvia se había calmado un poco. En las vigas encima de nuestras cabezas despertó la vida. Se escuchaban silbidos y chillidos como en una cueva de ratas. Luego una procesión espectral de murciélagos revoloteó por la puerta abierta hacia el rebaño de mulas que pacía allá en la orilla del río. También los mosquitos de Amelia se imaginaban que habíamos viajado miles de kilómetros expresamente para servirles de alimento. Como no compartíamos la misma opinión, nos refugiamos bajo los mosquiteros.

Un aro de hierro oxidado gemía y silbaba miserablemente en la habitación de al lado por el peso de una hamaca que indudablemente se mecía. El sonido de ronquidos y soplos revelaba que en este país, después de las ocho de la noche, no se necesitaba luz eléctrica ni ningún otro tipo de luz y sencillamente uno se acostaba con las gallinas.

En medio de la noche detonaron disparos. Iban para el nuevo año que despuntaba.

Vestidos en pijama nos juntamos con los nativos reunidos alrededor de la casa y descargamos de común acuerdo nuestras armas de fuego hacia el cielo estrellado. A toda prisa nos deseamos unos a otros todo lo mejor para el nuevo año. Los mosquitos otra vez nos hacían huir en desbandada bajo los mosquiteros cargados de humedad.

Todavía era noche cuando el muchacho indígena levantó los mosquiteros empapados por el rocío y sostuvo debajo de la nariz de cada cual

una taza de café. En la mesa de desayuno, además de plátanos fritos, yuca, huevos y galletas parecidas al pan, había leche de la empresa suiza Chamer. El té se veía como verdadero té, había perdido el color del agua del Amazonas. En la mañana del nuevo año ya hacía un calor sofocante.

Después del desayuno deambulamos de aquí para allá por el claro desmontado y, curiosos, incluso impertinentes, nos asomamos a varias viviendas indígenas, y cuando a medio día aún no habían llegado las mulas que faltaban, el viaje se aplazó hasta el día siguiente.

Pero una mañana finalmente nuestra caravana, lista para viajar, estuvo delante de la casa. La mayor parte de la recua de mulas cargaba nuestras maletas. Nosotros nos sentamos en albardas, ya que la única silla de montar disponible estaba destinada a don Oscar. Éste no tenía nada que decirnos a excepción del saludo matutino, que difícilmente podía eludir. Nuestras preguntas eran respondidas de la manera más breve posible y en parte las pasó por alto.

El recuero, medio indígena, era idéntico a un personaje del autor alemán Karl May, tal como lo pintan. Un cinturón hecho de un pedazo de lazo sujetaba al cuerpo el pantalón roto y deshilachado a la altura de las pantorrillas. Llevaba un largo machete metido en el cinturón. Tenía un fusil de gran calibre echado sobre sus rodillas. Alrededor de su torso ondeaba una camisa desgarrada con muchos remiendos de colores. Un sucio sombrero de ala ancha, que no dejaba de tener cierto parecido con una aureola celestial, coronaba su cabeza hirsuta. En sus pies descalzos, con el dedo gordo metido en el lazo de una soga, reteñían unas enormes espuelas.

Se sentaba en su madrina (arrequín), orgulloso como el jefe de una banda de bandidos. A su lado cabalgaba don Oscar como contraste altamente civilizado. Cuando dirigió su arrequín al bosque sombrío y fresco, su ancha boca dibujó una sonrisa burlona en su imberbe cara brillante y marrón rojiza. Nosotros formábamos el final de la caravana a manera de borriqueros y arreábamos también a nuestros animales cargados con nuestras maletas. En fila india avanzamos por un bosque con el frescor del rocío, pasando al lado de extraños arbustos, hojas gigantescas y flores de todo tipo. A cada paso el entorno cambiaba. Una novedad tras otra aparecía y desaparecía.

Poco a poco el sendero se volvía difícil; los cascos de los animales se hundían cada vez más y a menudo se enredaban en algunas raíces.

Unas veces el camino discurría por un arroyo pantanoso del bosque, otras por charcos fangosos. Lianas y ramas espinosas se enmarañaban en las sogas y derribaban el equipaje. A menudo teníamos que bajarnos de las mulas para hacer de nuevo nuestras maletas sin que el guía que cabalgaba a la cabeza de la caravana o don Oscar se preocuparan por nosotros. Felizmente los animales de carga parecían conocer el camino o husmeaban el animal líder. Soltamos las riendas. Rodeábamos árboles caídos, proseguíamos por espesuras sin senda, pero nuestras monturas siempre alcanzaban de nuevo el sendero correcto, que serpenteaba por el bosque. A menudo los animales se hundían en el lodo hasta la barriga, brincaban, descansaban, buscaban el paso por uno u otro lado, y siempre acababan llevándonos ilesos al otro lado de los obstáculos.

Ya estábamos algo desgastados y los chistes y bromas se volvían raros. La cabalgada se hizo sentir desagradablemente en la parte del cuerpo más involucrada. Nuestra atención al entorno se dirigía sobre todo a las ramas espinosas que nos venían a la cara, a las lianas y ramas colgantes. Si los hoyos en el suelo en los que nos hundíamos habían sido cavados por un zorro o un tejón, nos daba absolutamente igual. Nos agarrábamos a los cuellos de nuestros animales tratando de mantenernos en las albardas. De vez en cuando se nos escapaban gritos de dolor porque el asunto acabó convirtiéndose en una verdadera tortura.

Cuando estaba cayendo la noche llegamos a una pequeña cabaña en la que sobre el suelo seco había amarrada una pequeña barca. De ello pudimos deducir inundaciones repentinas, tanto más cuanto que la choza descansaba sobre postes. Don Oscar, quien en su buena silla en absoluto se preocupaba de las penas de nuestra cabalgata por la selva, ya estaba echado en la hamaca sorbiendo su taza de café.

Dos indígenas ancianas nos ayudaron a desensillar. Luego subimos por la escalera de gallinero a la habitación de la casa sobre postes. Desdeñamos el largo banco hecho de tallos de bambú, que el cansado caminante hubiera ocupado enseguida. Nos quedábamos de pie, hacíamos muecas y nos frotábamos las posaderas doloridas. Incluso tomamos de pie la cena, una papilla sabrosa hecha de maíz y arroz. Y cuando nos acostamos rodamos en nuestras hamacas sobre el mejor lado, la barriga, gemimos algunos minutos y nos dormimos.

Cuando alrededor de las nueve de la mañana la recua estaba delante de la cabaña para ser ensillada, se nos presentó un panorama de lo más doloroso: todos los animales de carga tenían grandes llagas abiertas,

tan grandes como la palma de una mano. Alrededor de las rojas y purulentas heridas zumbaban moscas y mosquitos. La sangre goteaba por los pescuezos. Los murciélagos habían atacado también a los animales para chupar su sangre. Los indígenas pusieron nuevamente las macizas albardas sobre los animales, abrocharon las cinchas alrededor de sus barrigas y cuando algún animal se desplomaba, con un par de puntapiés lo ponían de nuevo en pie. Frente a nuestras protestas nos aclararon con toda tranquilidad que en estos lares se hacía así; a todos los animales de carga les salían heridas que siempre se abrían de nuevo y los animales se acostumbraban, tal como los hombres se acostumbraban a las suyas. Restregaron un poco las superficies heridas con un manojo de paja de la pampa para quitar las larvas e impedir que éstas se introdujeran hasta la columna y que los animales se volviesen inservibles.

También me llamaron la atención los ollares y hocicos insólitamente rojos con los que habían llegado nuestros animales. Riéndose, nuestro guía rascó con un palito el color bermellón, que resultó ser una capa de varios milímetros de grosor de pulgas de la hierba, los *japutamos*, unos parásitos minúsculos e impertinentes que también atacan al hombre provocando una sensación de picazón y quemazón. Muchos novatos se rascan las pantorrillas hasta hacerse heridas, hasta que alguien les menciona un sencillo remedio: lavarse con alcohol. Un viejo bebedor a quien más tarde le di alcohol para que tratase sus piernas cubiertas de japutamos, hizo correr el remedio por su garganta diciendo: "Ahora también los japutamos van a emborracharse y se van a caer por sí mismos".

Todo el grupo de viajeros desensilló en el río Abuná. No había puente sobre este río de aproximadamente 200 metros de ancho. Desde el último alojamiento donde pasamos la noche nos habían acompañado algunos indígenas para ayudarnos a pasar el río. Un joven puso su largo puñal entre los dientes y cruzó primero el río a nado, mientras los otros con los fusiles en la mano estaban preparados para eliminar cualquier eventual caimán que saliese a la superficie. Pronto el hombre regresó en un bote que habían escondido entre los matorrales en la orilla de enfrente.

Entonces con el animal líder a la cabeza ataron las cabalgaduras cabeza con cola y las condujeron al agua. Siguiendo el bote, cruzaron el río a nado sin el menor incidente.

Apenas llegamos al otro lado del río cuando nos sorprendió una lluvia torrencial que convirtió el sendero en un arroyo y nos empapó por completo a nosotros y a nuestro equipaje. Al final de la tarde llegamos a una cabaña solitaria y medio derruida en el bosque. Sentados en el centro descubrimos a una pareja de indígenas medio desnudos que estaban trabajando manualmente con unas delgadas cañas. Los dos se levantaron y mediante señas nos hicieron entender que don Oscar y su acompañante habían seguido su camino a pesar del aguacero y que habían dejado orden de que hiciéramos lo mismo. Entonces los dos volvieron a sentarse en el suelo dándonos la espalda. Continuaron atando pequeñas piedritas, blancas y afiladas, en las cañas, que de esta manera se convertían en flechas. Desconfiados, de vez en cuando se daban la vuelta, nos miraban y en sus ojos se veía el miedo ante nuestra persistente presencia. Pese a que ya estábamos calados hasta los huesos, seguimos vadeando por el lodo y al anochecer nos topamos de nuevo con una cabaña indígena aislada en medio de la selva.

Desensillamos y tendimos nuestra ropa mojada hacia la fogata para secarla. Como nuestro arriero nos comunicó que don Oscar había seguido cabalgando y se había llevado todas las provisiones, probablemente para obligarnos a seguir camino, nuestro hombre de Berna agarró sin más el fusil, salió delante de la cabaña y en seguida había tres gallinas muertas bajo el alero.

El ocupante de la cabaña llamó a su hijo, que se había escondido de nosotros, y los dos desplumaron las gallinas. Cuando registramos la cabaña, encontramos arroz y huevos y pronto estuvo lista la sopa de gallina. Estuvo muy rica, y bien saciados nos echamos pronto a dormir en los pocos lugares secos de la cabaña.

En la mañana, con los mosquiteros y las hamacas hicimos almohadillas dobles para cabalgar de manera más cómoda y menos dolorosa. Íbamos montados casi tan alto como en un camello; nuestros pies apenas llegaban hasta el cuello de los animales, pero cabalgamos bien.

Después de dos horas nos topamos con dos indígenas y sus mujeres cargadas hasta la cabeza, y en la tarde llegamos a un pequeño asentamiento indígena, que vendría a estar habitado por unas cien personas. Una anciana indígena sin dientes no paraba de hablar con nosotros diciendo que ya nos habían esperado la tarde anterior, pero no quisimos entender sus galimatías cuando nos hablaba de seguir camino. En una cabaña nos sentamos alrededor de grandes ollas de hierro colgadas

sobre el fuego. Unas cuantas mujeres indígenas preparaban la comida. Los platos de esmalte desgastados y las cucharas de madera repiqueteaban y se servían cuencos de barro. Con hambre canina engullimos las albóndigas que pescamos en las ollas. El plato era excelente, pero sólo después preguntamos qué animal habíamos comido. Fue carne de tapir.

En dos horas estaríamos en nuestro destino, nos informó don Teodoro Moreno, quien se presentó como *mayordomo* del establecimiento Aurora, lugar en el que estábamos.

–"Hasta luego", gritó detrás de nosotros cuando decidimos seguir cabalgando y desaparecimos en la selva.

Cuatro horas después, la mula de Gasser de pronto se quedó quieta, se encabritó, dejó al jinete sin riendas y desapareció al galope. Seguimos en la dirección en la que el animal se había escapado y llegamos a un extenso claro de bosque en pendiente hacia el río, cubierto de hierba. La mula fugitiva estaba parada delante de la primera vivienda, con la albarda en la barriga. Nos encontrábamos en el río Tahuamanu, en Bella Flor, la meta de nuestro viaje terrestre.

–¡Gracias a Dios! ¡Por fin han llegado! Yo ya pensaba que se habían perdido –nos saludó don Oscar con una rara amabilidad.

El día siguiente, media docena de peones nos llevaron a remo río Tahuamanu abajo hasta Puerto Rico, sede central de nuestra administración.

Aquí teníamos que esperar el vapor "Esperanza", que nos debía llevar a Cachuela Esperanza, nuestro lugar de destino en el río Beni más abajo de la desembocadura del río Orthon. Nos asignaron como habitación lo que hasta entonces había sido un gallinero, del que provisionalmente habían sacado el excremento. En una esquina apilaron un gran montón de choclos, juntaron las perchas del gallinero y de ese modo quedó espacio para nuestros catres.

Durante nuestra estancia de varios días en Puerto Rico don Oscar se volvió invisible para nosotros; se había encerrado en la cabaña del administrador. A manera de mesa colocaron para nosotros un viejo banco de carpintero en el corredor y ahí comíamos.

Como pasatiempo disparábamos a los caimanes, que pululaban en la desembocadura del río Manuripi.

A menudo bogaba río adentro en un pequeño bote por este río de la selva, que a la sombra de árboles y enredaderas discurría en calma. Estos apacibles viajes ofrecían miradas a un mundo de ensueño. Un olor dulzón a vainilla flotaba sobre el agua calma. Rayos errantes de luz quebraban la superficie oscura del río selvático, que corría como la miel, e iluminaban por instantes jardines subacuáticos de fantástica hermosura, por encima de cuyos macizos de flores se deslizaban, envueltos en velos, peces de color oro rosa, amarillo limón y azul cielo, que desaparecían en impenetrables profundidades.

Ese minúsculo colibrí con su largo pico como una aguja, apenas más grande que un abejorro, estaba revoloteando y a pesar de ello inmóvil en el aire frente a una enorme flor. Embelesado ante la fuente repleta de miel, revoloteaba por aquí y por allá junto con un compañero; los dos tunantes se revolvían y bailaban como copos de arco iris alrededor de los tallos de flores ricas en néctar en un constante movimiento por la luz y la sombra en el paraíso de flores y hojas.

Rendido por tanta belleza, en la tarde remaba de regreso. Ahora perdices oscuras y gris cenizo se escabullían en el barro de la orilla hacia el oscuro entreverado de raíces socavadas por el agua.

El grito ronco de un búho llenó de pavor la noche. Sombras hostiles como espectros se acercaban deslizándose silenciosamente entre los árboles. Los repulsivos caimanes en el banco de lodo empujaban sus fauces cerca del borde del agua tibia y alzaban perezosos sus párpados callosos con apática avidez de devorar. Con una ruidosa palmada un hocico se cerraba sobre una imprudente pajarita de las nieves que, tambaleante y despreocupada, se había entrado en las enormes fauces abiertas.

Abajo en la curva del río, una bandada de esbeltas garzas de río brillaba aún como un collar de perlas en la tenebrosa luz crepuscular. Con la puesta del sol, todo parecía querer tornarse borroso en una manera misteriosa y hostil para ser invisible a las miradas acechantes. Los gigantes candelabros de los cactus en la ladera elevada de la orilla parecían moverse y enredarse retorciéndose como dragones moribundos; delgadas y errantes sombras se desplazaban de manera fantástica como esqueletos vivientes delante del sol poniente, mientras éste se sumergía como una figura amorfa en el vapor púrpura que había dejado un acalorado día tropical.

Quién creería que ahora del río selvático del color del ámbar subían vapores pestilentes que llevan fiebre y disentería a las miserables chozas de palmera y que aprietan el corazón de los durmientes despreocupados con la mano fría de la muerte. La selva mata para vivir. La descomposición es su comida.

Ya el día después de la llegada a Puerto Rico sentí por primera vez fiebre y malestar en las extremidades. Escalofríos bajo los rayos calientes del sol, oleadas de calor en la sombra más fresca, temblores y una debilidad enfermiza en brazos y piernas… así estaba echado unas horas cada día sobre mi cama de campaña, en el hediondo gallinero. Después, los ataques desaparecían hasta el día siguiente a la misma hora.

La quinina y el té eran mi único alimento, pero la fiebre se había establecido en mi cuerpo. Después de unos diez días apareció por fin el vapor "Esperanza" para llevarnos en una última etapa a la Casa principal.

–Allá podrá curarse mejor –me consoló don Oscar.

Lastimosamente no nos permitieron permanecer en la aireada cubierta del vapor, pues don Oscar instruyó que nos alojaran en la cubierta de la tercera clase, puesto que quería estar a solas con el capitán. Se trataba de una clara infracción a uno de los puntos de nuestro contrato, pero… aquí mandaba don Oscar.

Hacinados junto con los nativos viajábamos, comíamos y dormíamos, y río abajo nos íbamos acercando a nuestra ansiada meta.

Destrozado por la fiebre, me sentaba sobre mi baúl de camarote entre hediondas bolachas de goma y apenas me acordaba vagamente del viaje fluvial bajando el río Orthon.

Un día un pequeño vapor fluvial vino a nuestro encuentro y tras un pitido del "Esperanza" atracó a nuestro lado en la orilla. Creí estar soñando cuando en el barco entrante descifré el nombre "Helvetia"[7]. Como prueba de que no deliraba vi flamear la cruz blanca de la patria en el campo rojo en la proa del vapor de paletas a popa.

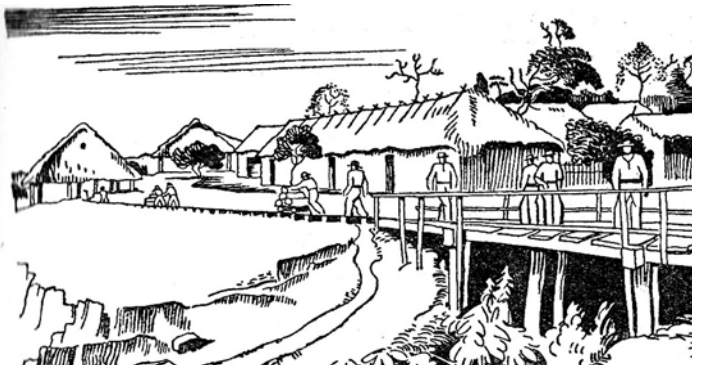
Gasser se regocijaba de alegría cuando el capitán del "Helvetia" se dirigió a él en alemán de Suiza solicitándole que hiciera llevar sus maletas a ese lado, ¡pues el vapor era propiedad de la empresa para la cual él había venido hasta aquí! Nuestro amigo no necesitó ni dos minutos para hacer sus maletas. Desde la aireada cubierta superior del "Helvetia" nos hizo señas con la mano hasta que desapareció de nuestra vista.

Pocas horas después, el "Esperanza" se deslizaba por el turbio, ancho y liso río Beni.

Eran mediados de enero cuando Cachuela Esperanza asomó a la vista.

Como largas y blancas rayas, las pocas filas de viviendas en la ribera se destacaban del garabato verde de la selva. ¡Entonces éste era El Dorado de nuestros sueños, en el que teníamos que cumplir con nuestros contratos!

¡No había consuelo posible! ¡Así y sólo así debe verse una colonia penitenciaria!



CACHUELA ESPERANZA

Aquí la navegación fluvial encontraba río arriba una frontera natural en el último grupo de cataratas que, bajando el río, aparecen en distancias irregulares hasta San Antonio, el pozo de fiebre sobre el río Madeira que tuvimos que evitar con un gran rodeo para no caer enfermos ya durante el viaje.

Describiendo una gran curva entramos al puerto, un puerto sin pasarela y sin la mínima construcción, apenas un banco de lodo cubierto de cañaveral. Quien sea que quería vivir aquí tenía que volverse una parte de la selva, acostumbrarse a ella y conformarse o sucumbir.

Hasta aquí habían llegado también testimonios de una cultura refinada, a saber una piedra sepulcral. Una columna quebrada se erigía sobre una colina solitaria abajo, en la orilla del río. El monumento fúnebre pertenecía a doña Constanza Roca, quien había dado a nuestro director

un hijo y heredero[8]. Esta columna llegó en su día en tres partes desde Europa a San Antonio, donde fue cargada en botes de remo, y en un viaje de varias semanas fue transportada río arriba. Rápidos y cataratas tuvieron que ser sorteados por senderos en la selva. Un supervisor era responsable de todo el transporte.

–¡Bueno, ahora quiero saber quién ha roto una de las tres partes! –les decía el supervisor a sus indígenas–. El monumento está roto y yo soy responsable del daño. Si el culpable no se presenta hasta mañana por la mañana, cada uno de ustedes recibe cincuenta golpes; así con seguridad el pecador recibe lo suyo.

Cuando el supervisor comunicó al jefe el daño y le solicitó autorización para impartir un castigo general, éste puso bajo la nariz del nervioso hombre el dibujo del monumento, que representaba una columna quebrada. No obstante, éste no entendía el sentido de la columna quebrada y los remeros que esperaban en la orilla tampoco entendieron por qué no recibían la anunciada tunda.

Las largas cabañas de palmera de Cachuela Esperanza estaban divididas mediante separaciones en pequeños espacios cuadrados a los que se les daba el lindo nombre de habitación. Cada una de estas supuestas habitaciones contaba con dos puertas, de las cuales una daba hacia delante, la otra hacia atrás, de modo que la habitación se convertía en un pasillo cuando las dos puertas estaban abiertas, lo que casi siempre era el caso. No había ventanas. Las viviendas estaban hechas de palos. Éstos tenían tanto espacio entre sí que por los huecos entre ellos no sólo entraba sin dificultades la luz del día, sino también lagartijas, sapos y serpientes. Nadie cerraba las puertas con llave. No había cerraduras y tampoco ladrones y además no había nada que robar. Los secretos eran en todo caso de dominio público. Una barraca de tablas, como se encuentra en Europa en los solares de construcción, en Cachuela Esperanza era considerada una construcción de lujo. Sólo la casa de nuestro jefe disponía de huecos de ventana, pero sin cristales, con puertas pintadas de azul con picaportes y llaves, lo que era todo un lujo irresponsable. La casa del jefe tenía además un entarimado de madera, mientras que en las cabañas de los empleados el suelo consistía en tierra apisonada. Entre las moradas de los empleados y las de los indígenas no había diferencia alguna; aquéllos vivían y habitaban exactamente de la misma manera que éstos, con la diferencia de que los empleados no comían tan bien como los indígenas, pues no disponían ni de espacio para criar gallinas ni de tiempo para cazar.

La tierra apisonada en las habitaciones de los empleados tenía la ventaja de que se podía escupir en el suelo y por tanto no se necesitaba una escupidera como en los elegantes hoteles en Pará. Por otro lado, ese tipo de piso permitía que los sapos se acomodaran confortablemente en esquinas y resquicios.

Los sapos en las esquinas de las habitaciones suponían una prerrogativa absoluta, que también convenía a éstos. Pues así no tenían que acechar su comida bajo el ardor del sol tropical y arriesgarse a ser pescados por una serpiente. En las habitaciones había suficientes escarabajos, arañas, gusanos y todo tipo de bichos con los que los sapos podían saciarse. Siendo así, yo mantenía muy buenas relaciones con mi sapo de la habitación. Era un sapo gigante, raras veces croaba y era tan manso que se dejó pesar. Pesaba 480 gramos.

Como recibimiento el jefe de almacén, un alemán llamado Hans Hauschild, quien ya tenía su segundo contrato a cuestas, había puesto una mesa suntuosamente decorada con comida enlatada y botellas de vino sobre un verdadero mantel blanco. Sin embargo, no pude compartir estos deleites. Tuvieron que acostarme en mi cama de campaña: todo parecía dar vueltas y todo lo veía de color gris... La malaria.

Después de un tiempo, en el vano de la puerta apareció un hombre alto y flaco con un bigote peludo y canoso y enormes cejas. Chapurreando francés se presentó como el señor don Gregorio del Castillo, farmacéutico y médico adjunto de Cachuela Esperanza. También era capaz de hacer fotografías, pero tenía dificultadas para conseguir revelador. Hacía seis meses que lo había requerido a *Gerencia* rogando que se lo hicieran llegar desde Europa, pero todo era en vano.

Don Gregorio era un orgulloso portugués que trataba de hacer honor a su grandilocuente apellido. Siempre caminaba erguido y con un porte majestuoso, nunca con prisas, siempre mesurado; hablaba muy lenta y articuladamente pero invariablemente por la nariz, como un aristócrata que desprecia el mundo y al que la vida ya no tiene ilusiones que ofrecerle. Su tez era verde amarillenta, los rasgos bastante finos parecían majestuosos y como moldeados en cera. Siempre era extremadamente serio y frío. Cuando uno lograba arrancarle una sonrisa, retorcía la cara como si sufriera de dolores reumáticos o de ciática.

Durante su discurso de presentación sobre las dificultades para conseguir revelador de Europa, me tomaba con negligencia el pulso y miraba su reloj de bolsillo.

–Usted… sí…, sí…, *vous avez de la fièvre, un peu, très fort, très fort, un peu seulement, très fort, il faut prendre de la quinine, beaucoup de quinine, je veux vous donner de la quinine*[9].

Recibí quinina, mucha quinina, primero hasta que me silbaban los oídos y luego hasta que ya no veía ni escuchaba nada en absoluto.

Bañado en sudor, todavía con la ropa puesta, estaba echado en mi catre cuando dos *mozos* trajeron mi maleta, que depositaron contra la pared. Uno de los dos indígenas colocó unos pedazos de madera debajo de las maletas para protegerlas de las hormigas.

En algún lugar reían a carcajadas y se escuchaban canciones patrióticas alemanas y suizas. *Die Wacht am Rhein*[10] resonaba en la selva. De vez en cuando alguien aparecía en el iluminado vano de la puerta, y aunque tambaleante, por lo menos preguntaba compasivamente por mi estado. Alguien puso al lado de mi cama una pequeña mesa y un paquete de velas en ella. Una hora después apareció de nuevo la silueta alargada y tiesa de don Gregorio del Castillo, quien puso sus huesudos y fríos dedos sobre mi pulso.

Le pregunté si no tenía un termómetro.

–*Oh no, il est cassé, fini, on va en demander un autre en Europe, mais… vous savez*….[11] Hace ya seis meses que también pedí revelador, pero… –y gangueó de nuevo la historia del revelador de principios a fin, y bajo la luz de la luna que entraba por la puerta trató en vano de cotejar mi pulso con el reloj. Finalmente encontró un fósforo en el bolsillo de su chaleco, pues después de la puesta del sol don Gregorio siempre llevaba chaleco, y encendió una vela; pero el intento de fijar la vela en el sebo blando goteado sobre la mesa fracasó: la vela se caía una y otra vez.

– *Demain vous pouvez acheter un chandelier*[12] –fueron sus palabras de consuelo; apagó la vela soplando y la dejó sobre el regajo de las gotas de sebo sobre la mesa. Nuevamente salió majestuosamente sin haberme hecho saber cuánto era "*un peu très fort seulement*".

Ya debía haber pasado largamente la medianoche cuando vino Regger a contarme de la alegre cuadrilla que había en la otra cabaña. "Haz pues un esfuerzo", dijo con el mejor de los ánimos, "y ven al otro lado, ¡el trajín de allá con seguridad te saca la fiebre de los huesos!"

Aún con la mejor voluntad no tenía gana alguna, pero sí una terrible sed. Regger volvió con una botella llena de agua del río y una taza de esmalte. Vacié la botella de un trago.

Al alba me sentía mucho mejor; las oleadas de calor que corrían por mi sangre habían cesado un poco y un agradable cansancio había adormecido mis miembros. Aún berreaban algunas voces hacia el sol saliente y una larga fila de mujeres con recipientes de agua sobre la cabeza desfilaba por delante de mi puerta. Luego me dormí.

Hacia el mediodía mis compañeros de viaje se juntaron en mi cuarto para contarme sus primeras impresiones de Cachuela Esperanza.

El jefe suplente, don Gustavo, era un buen tipo, decían. Ulmer, con quien habíamos firmado los contratos en Europa, llegaría en algunos meses.

Don Gregorio siguió dándome quinina, y en algún momento hice el intento de caminar con las rodillas flaqueándome, apremiado por cierta necesidad de encontrar un excusado. Sin embargo, no lo encontré. Simplemente no había. Habría que subir allí arriba pasando por los largos peñascos aplanados, para llegar luego por un sendero estrecho a los arbustos en la orilla del bosque.

Empleando todas mis fuerzas de día o de noche emprendía el pequeño viaje hacia la orilla del bosque, marchas muy cansadoras pero obligadas para un enfermo de malaria, a menudo pasando por un pasto mojado que me llegaba hasta las rodillas. Entonces me propuse que una vez sano, mi primer trabajo sería construir una de tales casetas privadas en Cachuela Esperanza; no tenía, sin embargo, ni la menor idea de qué empresa descabellada suponía construir una de estas casetas.

– Pero qué se le ocurre a usted –dijo don Gustavo–, no se puede cavar ese tipo de huecos en la zona del asentamiento. Hay ya de por sí suficientes focos de mosquitos. Y en todo caso no tenemos suficientes tablas y se precisa de la gente para trabajos más necesarios. Sencillamente no hay aquí algo así. Uno se acostumbra a todo, también a los pequeños paseos subiendo al bosque.

Llovía todos los días sin parar y mis paseos por la hierba mojada tampoco ayudaban a librarme de la fiebre. Tenía unos dos ataques diarios de escalofríos y sudores, y así aprendí que el hombre incluso se acostumbra a la fiebre, siempre y cuando su corazón, hígado y el bazo soporten la cosa. No obstante, también para mí llegó finalmente el día de la mejoría y pude empezar a trabajar.

El *Escritorio* (la oficina) estaba techado como el resto de edificios con hojas de palmera; sobre la tierra apisonada del amplio espacio había una mesa para dos personas y aproximadamente una docena de atriles

para escribir de pie. Para poder mantener los libros y otros papeles más o menos limpios se había fijado en la cubierta ocupada por murciélagos una especie de dosel de tela, que bajo el efecto de los excrementos de murciélago que caían constantemente, descendía cada vez más.

En el escritorio para dos personas se sentaba don Gustavo y frente a él la figura flaca, delgada, aristocrática de don Oscar. Éste se mostraba inaccesible, reservado, formal, callado y serio. Raras veces dirigía alguna palabra a la persona de enfrente; a nosotros, neófitos, que habíamos hecho el viaje desde Europa junto con él, parecía no conocernos en absoluto. Había cumplido con su encargo de llevar una media docena de empleados europeos al río Beni; todos habían llegado vivos, y ahora ya no tenía nada que ver con esa gente.

La mayoría de los atriles estaban desocupados. Blend, Koller y Regger fueron relegados al fondo de la oficina contra la pared.

Me tranquilizó mucho ver cigarrillos en los labios de mis colegas; por lo menos se podía fumar durante el trabajo, lo cual quitaba algo de amargura al sentimiento de cautiverio que desde mi llegada embargaba mi ánimo cada vez más. Y no sólo se podía fumar; allá atrás, de un atril elevado colgaban dos racimos de pequeños plátanos dulces como uvas, de los que aparentemente uno podía servirse.

¡La vida en el trópico tenía por tanto, además de sapos en las habitaciones, otras ventajas más de las que uno estaba privado en Europa!

–Ah, ya está usted aquí, me saludó el jefe. – Muy amable de su parte que se haya decidido; nuestros libros están realmente atrasados; los asientos tienen un año de retraso y además hay que encontrar en el último balance una diferencia de cuarenta bolivianos (una mirada que lo decía todo se dirigió hacia mis colegas), diferencia que llevamos buscando en vano desde hace varios días y que no encontramos.

A la par de este amable discurso de bienvenida, don Gustavo, con su mano sobre mi hombro, me empujaba apaciblemente hacia un atril y me puso delante de las narices un obeso libro de cuenta corriente… "Quizás usted tenga más suerte en encontrar la diferencia".

–Lo tienes bien merecido, por burro, musitó Regger –¿quién te manda meter las narices en esta covacha de murciélagos?

Unas semanas después llevaron a Blend en bote de remos río abajo hasta Villa Bella, pues lo destinaron a un puesto de la empresa en la agencia de aduanas en la frontera entre Brasil y Bolivia. También allí

habían esperado con ansiedad la llegada de nuevos empleados; también allí la fiebre había dejado libres algunos puestos.

Poco después, el amigo Regger fue trasladado a Puerto Rico en el río Orthon, donde en nuestro viaje habíamos esperado algunos días el vapor "Esperanza". Su cometido allí era primero arreglar la contabilidad y luego llevarla. Nunca más vi al compañero Regger, a pesar de haber trabajado durante muchos años en la misma empresa.

Yo tuve la dudosa suerte de toparme ya el segundo día de trabajo en el Escritorio con la diferencia de cuarenta bolivianos, lo que pareció ser decisivo para que estuviera hecho para los libros de cuenta corriente, mientras que el colega Koller acabó de ayudante de Hauschild en el almacén.

De ese modo yo estaba inapelablemente clavado a la Casa central, lo que me pesaba tanto más cuanto desde el primer momento Cachuela Esperanza me pareció una colonia de presos.

No existía vida privada propiamente dicha; éramos inventario vivo de la empresa y bien hubiéramos podido llevar un número en vez de tener nombre.

Cada mañana antes del amanecer, una larga fila de mujeres indígenas vestidas con largas camisas subía desde el río. Sobre las cabezas, de las que caían dos trenzas, balanceaban cántaros de barro llenos de agua de río. Al grito de "agua", las indígenas llenaban los cubos de cinc situados delante de las casas de los empleados. Esta provisión de agua para beber y para lavarse manos y cara debía alcanzar el día entero. Lastimosamente no alcanzaba para bañarse. Para eso estaba a disposición el cercano río con sus cocodrilos y demás habitantes acuáticos.

Yo sentía envidia de don Gustavo, pues como médico recibía no uno sino tres cántaros de agua por día.

La vida cotidiana del empleado de una barraca gomera transcurría también en otros aspectos de modo bastante sencillo: a las siete de la mañana se sentaban en los pupitres en el Escritorio hasta que a las nueve la campana llamaba al desayuno. Éste consistía en una taza de té turbio y un bizcocho de maíz duro como una piedra, que había que mojar en el té hasta que por fin se volvía blando y resbaladizo como un pedazo de jabón. Si para alejar el estómago del ayuno uno quería permitirse algo mejor, estaba a disposición el gran almacén de la empresa. Allí podía comprarse con dinero todo lo que uno quisiera. Por ejemplo, se podía comprar media libra de mantequilla holandesa por ocho francos suizos.

Esto se le anotaba a uno en la cuenta. Tras un desayuno de media hora, con o sin mantequilla, los empleados regresaban al Escritorio hasta que a las dos de la tarde la campana llamaba a comer *charque* y arroz.

El charque es carne salada secada al sol, que, en compañía de gusanos y escarabajos, se amontonaba durante meses en el almacén y apestaba. A menudo lo tiraban al río. O lo mezclaban con arroz y lo servían a los empleados en el almuerzo. Un día sí y el otro también había charque con arroz.

De las dos a las seis de la tarde era el tiempo de digerir el almuerzo. Al cierre de la oficina se veía perderse el áureo sol de la tarde en maravillosos colores detrás del borde de selva del río Beni. Entonces se enfrentaba uno de nuevo con el mismo charque con arroz, ahora acompañado de mosquitos zumbando alrededor.

El lindo mantel blanco que había admirado a mi llegada a Cachuela Esperanza se había vuelto marrón oscuro y estuvo lleno de suciedad hasta que un día un maquinista lo arrancó de la mesa. Entonces hubo de nuevo uno limpio.

La noche caía con rapidez y empujaba a la gente debajo de mosquiteros empapados de humedad; a un lado la vela llameante convertía la lectura en un suplicio.

En cumplimiento de la correspondiente cláusula contractual, la empresa proveía gratuitamente de luz; a saber, una docena de velas por mes. Quien quería tener más luz podía comprar todas las velas que quisiera a cincuenta céntimos suizos la unidad. Una docena de velas por mes no era suficiente, pues en estas regiones durante todo el año la noche irrumpe ya a las siete de la tarde. Por tanto, quemar velas a cuenta propia era demasiado caro y así uno se decidía a comprar una lámpara de queroseno. Si el vidrio de la lámpara se rompía, entonces se podía buscar otro en el almacén, pero en la mayoría de los casos no encajaba. Uno manipulaba de una y otra manera el soporte de la mecha hasta que se rompía, y después de haber pagado algunos francos por un vidrio de lámpara común que no hacía juego, cuando llegaba la cuenta mensual ¡descubría con horror que había quemado petróleo a precio de champán! Por eso finalmente, uno se decidía una vez más por las titilantes y caras velas y aprendía a aprovechar en lo posible la clara y radiante luz de la luna tropical. Y cuando resonaba la llamada de "agua", el sol traía de nuevo luz barata para un día entero.

Cada quince días había carne fresca en forma de duros cubitos sumergidos en un caldo negro e indescriptible y, sin embargo, uno se alegraba ese día: era como un día festivo en el que realmente podía atiborrarse. La lengua, los sesos, el hígado, los riñones y todos los exquisitos bocados que se esconden en un viejo buey, sin embargo, nunca alcanzaban la mesa de los empleados. Estas cosas lindas desaparecían en la cocina de los jefes, en el estómago de cocineras de piel oscura, en sonrientes carniceros y otros mortales privilegiados, que de modo directo o indirecto habían tenido contacto con la presa recién sacrificada.

En realidad, buitres y chanchos matatudo tenían más suerte que nosotros hombres, pues ellos podían engullirlo todo sin miedo a tener dolores de estómago.

La tarea de eliminar la carroña y las inmundicias era ejercida sobre todo por los hocicos y morros tragones de los chanchos matatudo. Se multiplicaron hasta convertirse en plaga, y como su carne no era comestible no se sacrificaban. Gozaban de alta estima en tanto comedores de carroña y eran insaciables, por lo cual se los dejaba con vida. Pobre del pequeño y perdido pollito que acababa llegando al rastro donde husmeaba el matatudo; un chillido, unas cuantas gotas rojas de sangre y el pollito había expirado, desaparecido bajo los hocicos. Donde hozaban los matatudos no volvía a crecer la hierba. Ratones, sapos, serpientes, lagartijas, charque podrido, excrementos, harapos, todo era engullido. La desfachatez de esos matatudos no conocía límites; buscando la sombra forzaban la entrada incluso de nuestras habitaciones. Una vez que regresé de un viaje por río, mi habitación estaba ocupada por una cerda matatuda que amamantaba un tropel de cochinillos. Me costó trabajo expulsar la marranada de mi cuarto; el hedor se mantuvo por semanas pese a una amplia desinfección con lisol, de modo que me vi en necesidad de renovar el piso de tierra y las paredes de palos de madera. Las niguas, sin embargo, anidaron en mi habitación y convirtieron mi vida en un infierno.

En las festividades a veces se lograba que algunas conservas del almacén aparecieran por arte de magia en la mesa. El almacenero Hauschild algunas veces hacía la vista gorda cuando al tirar las conservas que se habían echado a perder, dejaba que uno se embolsillara algunas latas de las buenas. ¡Pero quien quería una parte de ello tenía que concurrir con destreza en la contienda de cucharas de la mesa!

Uno podía comprar de todo y tanto como se quisiese; el crédito tampoco se denegaba por deudas. A menudo nos hallábamos delante de una cabaña de indígenas, cada cual con una libra de oro en el puño para asegurarnos unos cuantos huevos de gallina aún por poner para la semana siguiente.

Los domingos trabajábamos en la oficina hasta las doce del mediodía, luego éramos libres y podíamos sentarnos en la orilla del río, quedarnos de pie en el borde del bosque o mecernos en la hamaca. Estábamos demasiado cansados, enfermos o malhumorados como para hacer deporte o jugar, o bien hacía demasiado calor. En todo caso se probaba, pero se tropezaba con demasiadas dificultades. Todo el mundo intentaba escribir un diario, pero después de algunas semanas lo rompía en pedazos pues en todo caso sólo se podía referir sobre charque y arroz y la salida del sol y la puesta del sol. Se reunían mariposas, escarabajos y otras colecciones, hasta que llegaba una pertinaz fiebre o las hormigas y el clima caliente y húmedo se interponían y causaban estragos. Entonces uno se lo daba todo a los chanchos matatudo sin siquiera darse la molestia de quitar los alfileres. Los chanchos devoraban las cosas sin más y sin sufrir por ello daños visibles.

La fiebre debilitaba cualquier alegría de vivir e imprimía de antemano el sello de la inutilidad a cualquier actividad. Por qué emprender esto o aquello, se preguntaba uno, si en todo caso un lindo día uno va a fallecer. Poco a poco incluso iban cesando las cartas a casa. No había

novedad alguna, y se prefería no inquietar a los parientes con asuntos desagradables. De tanto en tanto llegaba el correo y de tanto en tanto salía. Leíamos el periódico de cabo a rabo y nos sabíamos de memoria cada aviso.

Cuando después de semanas de ausencia un vapor volvía a subir hasta Cachuela se solía organizar una gran borrachera. Los maquinistas ingleses y alemanes traían los bolsillos llenos de libras de oro y además una sed incontinente. Las cajas de cerveza, vino, whisky y coñac desfilaban a granel. Queríamos desagraviar la soledad de meses en el río. Con una libra inglesa se compraba dos, a veces sólo una botella de cerveza. Las libras de oro rodaban por cada cabaña gomera, también por las más pobres. El precio de la goma estaba subiendo, y quien podía mostrar goma tenía crédito y oro. Pero con la misma facilidad con la que las libras de oro llegaban rodando, también se iban.

El asunto era diferente para nosotros, los pobres diablos oficinistas. Sin posibilidad alguna de un pequeño ingreso adicional estábamos sujetos al sueldo estipulado en nuestros contratos.

Si alguna lluviosa tarde de domingo se juntaban cinco europeos, entonces se jugaba al póquer. Las apuestas subían más y más, y ya no importaba perder en una sola tarde el sueldo de todo un mes…. ¡Se disponía de crédito ilimitado! Las ganancias se invertían en botellas llenas de cerveza y aguardiente, que generosamente se ponían sobre la mesa.

Nosotros oficinistas estábamos obsesionados con la tonta idea de que no podíamos rendirnos frente a maquinistas cargados de oro y no queríamos dejar de tener el mismo calibre que ellos. El resultado era que casi sin excepción traspasábamos nuestros límites morales, físicos y económicos.

Habíamos llegado a la conclusión de que ahorrar no tenía sentido alguno, pues aunque uno ahorrase contraía deudas o había que decidirse por una vida ermitaña llena de terribles privaciones. ¡Aunque no menos indignas que la borrachera y el juego!

Hasta cierto punto, estas absurdas condiciones agradaban a la empresa. De este modo, raras veces un empleado estaba en condiciones de hacer su hatillo tras cumplir con el primer contrato de tres años y de usar el viaje de retorno gratuito a Europa. Nadie quería regresar a la tierra natal con las manos vacías y a menudo con la salud arruinada. Así, la empresa tenía a su disposición una fuerza de trabajo aclimatada, hábil en los negocios y con conocimientos de español, y el cien o el doscientos

por ciento que la empresa ganaba con las mercancías y las bebidas le permitían subir el sueldo del segundo contrato, duplicar o triplicarlo. Con los altos precios de la goma, la empresa podía permitirse enviar a paseo también a empleados con deudas.

Así sucedía que la mayoría de los europeos preferían firmar un pagaré y, aunque se sentían engañados, meterse en un nuevo contrato por otros tres años.

El jugador nunca pierde la esperanza que alguna vez le llegue la suerte. Todos éramos jugadores y apostábamos alto, pues apostábamos con nuestras vidas.

FIEBRE

Hacia finales de febrero, la fiebre me dejó postrado otra vez. Don Gustavo me visitó. A falta de una silla se sentó sobre una caja de cerveza Löwenbräu, y me preguntó si aún seguía con fiebre.

–No sólo fiebre, también las piernas hinchadas; en realidad ya no puedo ponerme de pie, aquí, mire usted.

Don Gustavo presionó en mis piernas de elefante diciendo que don Gregorio ya habría empezado a desbarrar sobre beriberi. Esto sería por supuesto un disparate. En Cachuela no habría beriberi, ¡pero por otro lado estas marcas de los dedos!... En efecto dejan hoyos como en la masa de pan. ¡En todo caso, un asunto lamentable!

–¡Sí!... Usted tiene que salir de aquí y además en el acto. Mañana por la mañana parte a Riberalta en el "Once", un vapor pequeño y veloz[13]. Voy a escribir unas líneas al gran jefe. Que sea él quien lo mande al médico. ¡Maldita sea! Tenía que pasar justo ahora que estamos otra vez sin gente.

Esa misma noche la mujer de don Gustavo me mandó un bife con huevo. Creí estar soñando. ¿Realmente aún existía algo así? Olía de maravilla. Masticaba y masticaba pero no podía tragar la cosa. Regresaba. Náuseas. Lo intenté de nuevo. ¡En vano! El bife, tan rico e inusual, se quedó sin comer. Había pasado demasiado tiempo desde que había tenido algo decente entre los dientes.

El día siguiente me cargaron en hamaca hasta el pequeño vapor y dos días después me descargaron en Riberalta. La habitación se diferenciaba de la de Cachuela por tener una buena puerta. Sin embargo, la pared de bambú estaba tan deteriorada que aquí también uno podía colarse como quisiera por ella.

En la habitación yacía otro enfermo, Adolf Lilie, el maquinista de nuestra empresa, un hombre chapado a la antigua de Hamburgo, fuerte y ancho de hombros. En Riberalta debía curarse de una vez por todas.

–¿Y qué es lo que busca usted aquí? ¡Vaya cara de fantasma que tiene! –fue su saludo de bienvenida.

–Y usted, marinero en ruina, aún sigue por aquí –fue la respuesta que pese al agotamiento pude darle.

–¡Bah! No consigo quitarme para nada de encima la maldita gonorrea o cómo se llame la cosa –me respondió.

–¡Hombre, entonces no puede tomar alcohol! –le dije cuando vi cómo el enfermo se terminaba de beber el resto de una botella de whisky.

–¡Eso son tonterías! El doctor también me lo ha dicho ya mil veces, y eso que él mismo bebe como pozo sin fondo. ¿Usted ha estado alguna vez con el gran jefe? Venga conmigo. Ni agua me dan. Tengo que hablar con el millonario gordo.

Me acompañó apoyándose en mí hasta el gran jefe, el propietario de la empresa internacional. Lo llamaban sin más don Nicolás. Un edificio largo con paredes de tapial enjalbegadas era su sencilla residencia.

Nos presentamos a él. Un señor de estatura mediana, enjuto, con una nariz estilo Abdul Hamid y un enorme bigote blanco proverbialmente conocido. Nadie hubiera presumido que tras el hombre vestido con un

sencillo traje de lino y modales informales y amables se encontraba el poderoso rey de la goma.

Nos invitó a tomar asiento y se sentó frente a nosotros. Pensativo retorció su bigote y nos preguntó cuál era nuestro deseo. Leyó despacio la carta de recomendación de don Gustavo, hizo que le mostrase mis piernas hinchadas, presionó aquí y allá, retorció de nuevo, pensativo, su bigote alrededor del dedo índice, se levantó, me acompañó hasta la puerta y dijo a secas: "No es beriberi".

El viaje de dos días a Riberalta me había sentado bien. El cambio de aire debe haber contribuido a que disminuyera la hinchazón. Lograba desplazarme apoyándome en las paredes. Lilie tocaba su piano de marinero: así llamaba a su acordeón. Yo no estaba precisamente como para bailar. Le lancé la palangana a su habitación. Así se satisfizo el deseo del agua que había reclamado. La jofaina por lo menos ya estaba ahí. Y al final de la tarde apareció el médico que don Nicolás me había prometido. Un hombre bajo y robusto con la cara roja y con un bigote que acababa en puntas afiladas. Tendría unos cincuenta años y le costaba sostener el cinturón del pantalón sobre su gran barriga. Los pantalones una y otra vez se le escurrían hasta las rodillas.

–¡Así que otra vez tiene ahí a su lado la maldita botella! –dijo al sentarse en la cama de campaña de Lilie–. ¿Acaso no le he dicho que no debe chupar? No tiene sentido prescribirle inyecciones. ¡Tengo que hablar con el gran jefe, que lo despache de nuevo para abajo; es inútil desperdiciar medicamentos en un mal bicho como éste!

Mientras le daba a Lilie este sermón, me guiñó amablemente el ojo y gluglú… la boca de la botella de whisky estaba posada en sus propios labios.

El hombre de Hamburgo reía divertido y dijo secamente:

–¡Usted siempre visita a los enfermos a la hora del aperitivo y cuando se marcha, mi botella está vacía!

–Es mi maldita obligación hacer todo lo posible como médico para mantenerlo alejado del trago, sólo por eso bebo su mejunje –respondía el médico con una carcajada estrepitosa.

–Vea usted –dijo seriamente el doctor dirigiéndose a mí–, así hacen casi todos los tipos allá abajo en Cachuela, se queman los dedos o algo por el estilo, van al jefe, le lloriquean cualquier cosa, los mandan aquí arriba con alguna recomendación, y si no regresan sanos en el próximo

vapor, entonces dicen: el médico no se entera de nada, es un borracho, ¡cuando en realidad es puro sacrificio! –Reía de nuevo a carcajadas.

–Dicen que usted tiene fiebre…, muéstreme... –Tomó mi pulso y puso enseguida una cara muy seria.

–¡Ehhh! –gritó a un indígena que pasaba por fuera–, ve rápidamente a mi casa y tráeme la botella de quinina en polvo; la vieja ya sabe qué es lo que quiero… ¡*ligero, ligero, corre, hombre*!

El doctor Fernholz me miró pensativo un largo rato y hablando consigo mismo decía:

–Siempre la misma historia, esperar, esperar hasta que es demasiado tarde; por meses no dan a la gente otra cosa que charque y arroz y luego… dicen que la culpa la tiene el clima.

–¿Dolor de cabeza?

–No, sólo terriblemente cansado.

–Puedo imaginarlo. Tiene fiebre alta. ¿Qué edad tiene?

–¿Qué? ¿Apenas veinte años? ¡Espero que tenga un buen corazón, su fiebre es altísima! ¡Muestre la lengua!

–¡Da asco! ¿Tiene aún sus padres, hermanos?

–Bueno, aquí está la quinina, abra la boca y a tragar.

Sacó una cuchara de su sucio y pegajoso bolsillo, la llenó con polvo de quinina y me sopló toda la ración en la boca…

Luchaba por poder respirar; casi me ahogaba.

–No creo que pueda hacer pasar esa cosa –le di a entender y miraba si en alguna parte había agua. No había. El doctor Fernholz me acercó la botella de whisky diciendo:

–¡Pero ahora rápido se lo traga, y si lo vomita entonces será la última vez que vomite en su vida!

Era un ultimátum: me tragué la cosa.

–Bueno, ahora se queda echado, usted va a tener un ataque muy fuerte. Le arrebató la frazada a Lilie y me envolvió además en la mía, pero yo me helaba como nunca en mi vida y tiritaba y los dientes me castañeteaban.

–¡Saque las cosas de esa maleta! –ordenó a Lilie–. ¡Deme toda la ropa! Me la pusieron toda sobre el cuerpo encabritado por el frío.

El doctor Fernholz me tomó el pulso, deslizó una de las puntas de su bigote entre los dientes y la masticaba nervioso. –¡Increíble! –murmuraba sin mirarme, mientras yo, despacio, pasaba del frío a un calor infernal.

Mis piernas hasta entonces prácticamente adormecidas parecían ahora sumergirse en plomo líquido incandescente. ¡Poco a poco subía más y más, aprisionaba mi corazón, luego todo se volvió negro! Todavía sentí cómo algo se introducía lentamente bajo mi axila como un puñal helado (probablemente un termómetro)… Como en un sueño, por la apertura al lado de la puerta veía sumergirse un sol rojo como la sangre y me animaba un deseo indescriptible de ver salir de nuevo ese mismo sol. Cuando perdí el sentido, a mi alrededor todo era de rojo incandescente, y entonces dejé de sufrir…

Bum…, la puerta se abrió volando de una patada.

–¿Ha encargado el ataúd?

Era la voz del doctor Fernholz. Con mucho esfuerzo logré alzar los párpados; ahí estaba el médico de pie en la deslumbrante luz del sol, y asustado clavó su mirada en Lilie, que sentado al lado de mis pies mantenía apretado un dedo sobre sus labios.

–Todavía está vivo –escuché que susurraba Lilie, después mis párpados pesados como el plomo se cerraron de nuevo.

No era capaz de abrirlos otra vez; tampoco podía moverme, pero curiosamente con los oídos percibía hasta el más mínimo movimiento que se producía en la habitación.

–El hombre tenía más de cuarenta y dos grados de fiebre. Parecía irremediablemente perdido cuando me fui anoche. He hecho también que le digan al gran jefe que no iba a sobrevivir hasta la mañana siguiente. Ya no se podía hacer nada más excepto esperar el final, y ahora el hombre está ahí echado… (sentí cómo se inclinaba sobre mi cara) y… ¡vive! No he visto una cosa así en los veinte años que llevo practicando en el Beni. Si anoche prácticamente lo envenené con quinina… Ha tenido también un tremendo efecto... –Una mano fresca se asentaba sobre mis ojos y frente…– Ahora estoy convencido de que Lauenberger o cómo se llame se va a poner sano de nuevo: no se va a morir en absoluto por la malaria. Ahí… tóquelo, las frazadas y la ropa están totalmente empapadas… ahora tengo que ir rápidamente a casa del gran jefe y aconsejarle que haga venir más de esos suizos que la fiebre no puede matar. Voy a enviar enseguida frazadas secas o yo mismo las traigo…

Regresó en persona con las frazadas y con la ayuda de Lilie me quitó parsimoniosamente la ropa mojada.

Cada pocas horas fluía lentamente por mi gaznate whisky impregnado con quinina. Manos aceitosas masajeaban mi enflaquecido cuerpo. Voces humanas, murmullos, alemán, español, algarabía de niños, sonidos de acordeón. Estuve echado por días como embriagado, incapaz de entender algo de ese revuelo, de pensar o siquiera abrir los ojos.

Después de aproximadamente una semana, con ayuda de Lilie logré incorporarme en mi catre. Me dijo que desde aquella noche nunca más había tenido ni siquiera un ataque de fiebre, que sencillamente había estado tumbado como un muerto y que en sueños habría dicho un montón de disparates. Y entonces me había masajeado nuevamente con quinina aceitosa y con aceite que contenía quinina hasta que le dolían las manos. Fernholz aseveraba que debía mi vida a Lilie, quien ni de día ni de noche se habría alejado de mi cama.

Cuando pude levantarme por primera vez, Lilie tenía lágrimas de alegría en los ojos. El doctor Fernholz señalaba: –Por fin alguien ha logrado dejar al esqueleto con guadaña con un palmo de narices. –Ambos me estrecharon la mano huesuda que resonaba.

–Ahora va a ingerir por catorce días más quinina y beber ácido clorhídrico disuelto en agua, entonces va a volver a estar en plenas facultades –me exhortó el médico y se fue.

–Buen tipo, nuestro doctor –dijimos al unísono mientras le seguíamos en su holgado pantalón con la mirada.

Unas cuantas gotas de ácido clorhídrico en mi botella de agua obraron maravillas. No sólo podía comer, sino que seguí a la letra el consejo del doctor Fernholz y me comía todo lo que se ponía a mi alcance. Mi hambre era enorme.

El único hotel en Riberalta pertenecía a un suizo, Máximo Meier. Había llegado como maquinista, se volvió carnicero, más tarde relojero y finalmente hotelero en la selva. Ahora era todo eso al mismo tiempo. Hacía que le pagaran por anticipado las reparaciones de los relojes que le confiaban. Los relojes se desvanecían en una gran caja, y él explicaba al cliente que había tenido que mandar el reloj a Europa, pues estaba completamente roto: un nuevo cristal, nuevas manecillas, un nuevo resorte, nuevos tornillos y ruedas dentadas, también era necesario lubricarlo y limpiarlo. Por lo general el cliente nunca más volvía a ver su reloj.

Justo donde moraban la mayoría de los buitres, allí estaba el hotel de Máximo Meier. Los buitres acechaban desde las cercas que rodeaban el patio del hotel. En el medio del patio estaba la mesa de comedor. La comida, en comparación con cosas peores que había conocido, era excelente. Don Máximo comía en la misma mesa que los huéspedes y degustaba el vino de éstos. Cada día se servía carne fresca, platos preparados a base de huevo, verduras frescas, bananas y otras frutas tropicales.

–¿Sabe usted qué es lo que ha dicho el gran jefe cuando le he presentado las facturas de su comida?

–No. ¿Qué ha dicho?

–¡Por Dios! Si este *gringo* sigue zampando, me va a llevar a la mendicidad. Se va a enfermar de tanto comer.

Pero no me enfermaba sino que ganaba peso, alegría de vivir y ganas de trabajar, y don Nicolás nunca tuvo que mendigar por mi causa.

Lilie regresó a Cachuela sin haberse curado. Diez días más tarde llegó un pequeño vapor de abajo, pero en vez de Lilie salió otro hombre.

–¿Qué pasa con Lilie?

–¿Acaso no se ha enterado? Murió el día de su llegada a Cachuela –fue la respuesta.

Llegó. Hubo una gran borrachera. Lilie sacó su acordeón y en medio de su canto sobre Sankt Pauli y el río Alster de repente abrió grande la boca y cayó muerto.

Unas semanas después llegué nuevamente a Cachuela. Mis primeras palabras fueron para Lilie.

El mayordomo me dijo: –Está enterrado allá abajo en la orilla del bosque cerca de las piedras, justo más abajo de la catarata. Allí también hemos enterrado a dos mozos que murieron poco después por la fiebre.

Caminé entre las piedras, por tierra de color marrón, blanda, ya parcialmente cubierta por la vegetación, en busca de la tumba de Lilie. Ninguna cruz, ningún nombre, nada más que humus entre duras rocas. Muy encima de mí en la copa de un árbol, cotorreaban y chillaban unos loros. Ya no se podía encontrar la tumba de Lilie: la selva ya la había asimilado.

Me apropié de su acordeón, aprendí a tocar y con él me entretenía en muchas horas solitarias.

Un buen día llegó de arriba el señor Ulmer. Nos alegramos un montón pues esperábamos poder llamar su atención sobre nuestros contratos con sus derechos y obligaciones. Por fin podíamos expresarnos sin que cada vez se dijese: "Yo como representante no puedo hacer nada. Espere a que llegue el señor Ulmer".

Don Alfredo Ulmer vino y nos saludó con gran distanciamiento. Puso cara de póquer. El día después de su llegada no quisimos ir directamente al grano sino dejarlo respirar un poco. Así esperamos un día, dos días, una semana… Y entonces todas las reclamaciones y quejas que teníamos con relación a la mala comida, las viviendas indignas, los altos precios de las mercancías, la ausencia de ducha y retrete fueron rechazadas lapidariamente. Don Gustavo sonreía compasivamente pues nuestras quejas no tenían mayor éxito.

Don Alfredo, nuestro compatriota, el hombre de ultramar, amable, generoso, que inspiraba confianza, que nos había contado historias interesantísimas de los trópicos y nos había inculcado el entusiasmo de viajar a Bolivia, de modo que esperábamos ansiosamente el día de nuestra salida, este don Alfredo ya no existía. Se había convertido en nuestro jefe arrogante y no se ocupaba de los pequeños asuntos de sus empleados. Aparte del saludo, que difícilmente nos podía negar, no soltaba palabra alguna.

Y nosotros finalmente nos acostumbramos a nuestra miseria. Incluso aprendimos a sonreír con sarcasmo cuando un recién llegado del otro lado en tránsito hacia Riberalta se quedaba un tiempo en Cachuela.

Echábamos pestes. "El lindo traje de lino blanco con seguridad pronto tendrá otro aspecto, y en el salacot con seguridad acamparán murciélagos o ranas". Nos alegrábamos del mal ajeno sabiendo que además de nosotros había otros tontos que se dejaban engatusar y llegaban a Bolivia. Aquí en la selva se trataba de ser o no ser, y cualquier simulación era mal vista. Quien pese a todo la empleaba era considerado afectado por una vena de locura. Aquí sólo había nativos y europeos, empleados y trabajadores, estación de lluvias y estación seca, fiebre y muerte. Todo lo demás eran estupideces. Aquí se hablaba sólo de goma y de trabajo y de nada más.

Ulmer convivía con una indígena alta y guapa que se había hecho traer del río Iténez. Se llamaba Espíritu y como amante de nuestro jefe reinaba de manera absoluta sobre los empleados y toda la población de Cachuela Esperanza. Los europeos se sacaban el sombrero delante de

ella y sonreían con sumisión. Reinaba en Cachuela como en su tiempo Madame de Pompadour lo hizo en la corte del rey francés.

Mi lavandera se llamaba Rosalía. Lavaba bien mi ropa y nunca exigía demasiado de mí. Era alta y esbelta; años antes su marido la había golpeado de tal manera que ya no tenía sus dientes delanteros. No sólo lavaba mi ropa; también yo la cortejaba. A ojos de Espíritu, ése fue un gran error. Pues ningún hombre tenía derecho a involucrarse sin su conocimiento con una mujer que le estuviera subordinada.

Un día Rosalía lloraba tanto que a uno se le partía el corazón. Le pregunté por el motivo y supe que la iban a mandar como cocinera a la aduana en Villa Bella. Monté en cólera; un cuarto de hora después estaba delante de mi jefe.

–Lo siento. En Villa Bella necesitan una buena cocinera –me contestó el jefe encogiéndose de hombros.

Dos meses después trajeron a Rosalía en hamaca, enferma y puro hueso. Colocaron a la mujer con muy alta fiebre en una cabaña sobre una piel de vaca. Allí la visitaba cada día, le llevaba frutas, leche condensada y conservas y le daba quinina. Cuando estuvo de nuevo sana fue lavandera de la mismísima Espíritu.

Una noche encontré sobre mi cama una almohada blanca decorada con encajes. Espíritu me visitó con una amplia sonrisa y me preguntó por qué ya no la saludaba más.

–Por Rosalía –fue mi respuesta breve y áspera.

–¡Pero si ella le ha hecho llegar la almohada y ahora va a venir aquí!

Y entonces, agradecido, acompañé a Espíritu a la puerta. El día siguiente me transfirieron las deudas de Rosalía. Ahora ella era libre y me pertenecía.

Al final de mi primer año de contrato recibí cuarenta libras esterlinas de gratificación además de una amable carta del señor Ulmer. En aquella época cuarenta libras correspondían a mil francos, pero desgraciadamente no eran suficientes para poner el saldo de mi cuenta en la página correcta.

¡Koller quiso saber por qué él no había recibido una gratificación y recibió como respuesta lacónica que no se la merecía!

Yo realmente me había esforzado mucho.

Para mí ya no había horario de oficina. Durante muchos meses prácticamente trabajaba día y noche. A menudo ni siquiera me tomaba la

molestia de desvestirme cuando me echaba sobre la cama. Una o dos horas de sueño, y otra vez iba con la lámpara de petróleo en la mano al Escritorio.

Cuando mucho después de la medianoche abandonaba mi escritorio, Ulmer por lo general seguía sentado en su lugar. Y cuando volvía mucho antes del alba, raras veces era el primero. La lámpara de Ulmer ya iluminaba la mano nervuda, laboriosa y fría de este trabajador incansable.

Durante el tiempo de fiebre, en los meses de mayo y junio, cuando el río empezaba a bajar y aparecían bancos de arena y los oscuros y brillantes peñascos en la catarata sacaban sus toscas narices de la espuma, el Escritorio se vaciaba y pocos trabajadores tenían que atender todo el trabajo.

Don Gregorio del Castillo caminaba desde la mañana hasta la noche con sus botellas de quinina de cabaña en cabaña. Cada semana aparecía varias veces con cara muy seria delante del jefe y gangueaba: "Don Eduardo está agonizando, Anacleto Temo murió anoche, Juan Pedraza no va a sobrevivir esta noche", etcétera.

La fiebre exigía una víctima tras otra y llenaba de huesos humanos los sitios vacíos entre los pedruscos abajo, cerca de la catarata, en la orilla del bosque. No había ataúdes; las hamacas se cosían fugazmente y junto con su contenido se alojaban en la capa superior del suelo selvático.

Cada vapor que viajaba a Riberalta llevaba a bordo varios enfermos de malaria con los que don Gregorio ya no sabía qué hacer. Los que despachaban raras veces volvían.

Durante algún tiempo, Ulmer, don Oscar y yo éramos los únicos empleados en el Escritorio, donde teníamos que atender el trabajo de quince a veinte hombres. En aquella época conocí mejor a don Oscar. Era un trabajador competente e incansable, a quien no le importaba sentarse con fiebre alta en su escritorio y perseverar. Durante muchos días su única alimentación consistió en cerveza inglesa.

El precio de la goma subía cada vez más y se necesitaba más gente. Venían en tropel del interior de Bolivia, de Santa Cruz, Trinidad, Baures, Exaltación, Santa Ana, San Joaquín y San Ignacio. Los Padres misioneros llegaban con neófitos e indígenas, traían arroz y charque, y dejaban a la gente en Cachuela.

La caza del oro negro, la goma, ponía en movimiento a los habitantes de Bolivia. El Ministro de Hacienda lograba mantener en equilibrio su presupuesto mediante los aranceles de importación sobre mercancías y los impuestos de exportación de goma del río Beni; Bolivia no tenía deuda externa…

La mayor parte de la población indígena llevada al río Beni nunca regresó a sus lugares de origen; como el dios Moloch, la selva todo lo digería.

Quien traía gente recibía un saco lleno de libras de oro o un fajo de letras de cambio pagaderas en Santa Cruz, Cochabamba o Europa. Tras dejar a las familias de trabajadores en el Beni, la "parte contratante" volvía a viajar al interior a buscar más gente.

Cada indígena recibía dinero y mercancías a crédito y podía adquirir deudas por valor de entre cien y diez mil bolivianos mientras fuese capaz de trabajar, ¡y en aquella época un boliviano correspondía a dos francos!

En Santa Cruz y Trinidad se abrían locales de reclutamiento. Un agente de promoción llegaba con los sacos llenos de dinero, alquilaba un par de cuartos, pagaba a una banda de instrumentos de viento y empezaba el baile. Convidaban gratis a cualquiera que pasara por allí. Cualquier indígena o cualquier persona en condiciones de trabajar podía pedir un anticipo, le daban de comer y beber y podía bailar; pero tan pronto como había pedido un anticipo ya no podía abandonar el local y le asignaban una esquina donde dormir. Pero nadie dormía; bebían y bailaban hasta caer exhaustos. Se contaban historias maravillosas sobre el oro negro en el Beni: cualquiera se forraba de dinero, no hacía falta conocimiento alguno, y dos brazos sanos significaban una fortuna…

Tan pronto como el local se había llenado, empezaban las semanas de viaje a Cachuela Esperanza y Riberalta. Se bajaba el río Iténez y el Mamoré en bote a remos. Al portador se le pagaban los costos de los botes y los del personal, es decir, las deudas contraídas durante el alistamiento y el viaje se traspasaban, y el agente de reclutamiento recibía además una considerable prima por cabeza.

De este modo la gente pertenecía al *patrón* hasta que saldaba con prestaciones en trabajo las deudas estipuladas en el contrato. Una cláusula, por la cual el trabajador podía también pagar sus deudas al contado, hacía desaparecer la desagradable palabra "esclavitud" del mundo,

pese a que todo el mundo sabía que los casos de pago al contado de las deudas eran una gran excepción.

Las oficinas de publicidad estaban permitidas por ley, y las autoridades en las ciudades y pueblos en los que se reclutaba a la gente pedían una tasa por cabeza. Si bien el castigo físico estaba prohibido, se practicaba de manera generalizada, sobre todo por las autoridades mismas, incluido el Ejército.

Cuando los pueblos se fueron poco a poco quedando vacíos, las cabañas y casas se desmoronaron y se cambiaron las leyes prohibiéndose el reclutamiento. Era demasiado tarde.

Nuestro tendero yacía en su cabaña con fiebre, y además de mi propio trabajo en el Escritorio yo tenía que atender la tienda.

José Yuco entra a la tienda y exige una lata de leche condensada.

–Mi querido muchacho, tu cuenta ya ha subido lo suficiente, ya no te puedo dar leche condensada –quería deshacerme de él.

–Pero señor, no puedo comer otra cosa, el arroz y el charque y también los plátanos empeoran mi diarrea. No puedo comer otra cosa.

–¿Qué te ha prescrito don Gregorio contra la diarrea?

–No sé qué es, pero no ayuda para nada.

–Dile a don Gregorio que venga aquí.

Minutos después, majestuoso, don Gregorio entra a la tienda.

–¿Me ha hecho llamar?

–Sí, ¿qué pasa con este hombre? Desde hace semanas está en la lista de enfermos, cada día pide una lata de leche condensada y afirma que no puede comer otra cosa. ¿Qué le está dando al hombre contra su diarrea?

–He probado con todo, bismuto, goma árabe, láudano, azúcar, clorodina, me temo que tenga tifus o disentería o colerina.

–Pero esta leche con seguridad tampoco ayuda mucho….

José Yuco, con el pantalón ensuciado, apoyado contra la jamba, apestando y con los labios azules, sonreía para sí.

Solemne, don Gregorio fue detrás del mostrador, tomó tranquilamente una lata de leche condensada de la mesa y se la alcanzó a José. El pobre diablo flaco salió a hurtadillas mientras don Gregorio gangueaba: "*C'est la dernière… il va mourir bientôt….*"[14].

Horas después pasé por el almacén de goma y vi a José sentado sobre una bolacha, delante de él, entre las escuálidas piernas, apretaba un trozo de leña sobre el que estaba volcada la lata de leche vacía…

–Y, José, ¿ya has acabado la leche?

No hubo respuesta; el hombre no se movía, sus ojos estaban muy abiertos… vidriosos; habían dejado de ver. José estaba muerto. ¡Treinta años de edad!

El día siguiente, en mis libros puse una pequeña cruz detrás del nombre José Yuco. Esto significaba que había que dar de baja sus deudas; las había pagado con su vida. Sin embargo, este pago no era suficiente para poner una cruz en su tumba.

La malaria ejercía su oficio. Se alojaba en la ciénaga caliente que se extendía directamente detrás de las cabañas hasta el borde del bosque. Vigilaba con celo los huevos de mosquito latentes bajo el sol incandescente en la pútrida y hedionda ciénaga. Apenas la joven nidada de trompas repletas de fiebre y alas que zumban hacía los primeros ejercicios de vuelo, en cada cabaña se declaraba la malaria. Su mano fría como el hielo descansaba sobre las frentes que hervían por la fiebre. Obraba en hombres sanos hasta que lograba detener su impetuoso corazón. Pero la malaria misma nunca paraba. Atacaba al piloto y al remero moreno hasta que el fuerte puño devenía blanda cera y soltaba el timón. Perseguía por el sinuoso sendero de la selva al recolector de goma, paso a paso y de árbol en árbol.

A mí me agarró otra vez. Los cigarrillos ya no tenían sabor: olían a pelo chamuscado o a trapos quemados. Apartaba bruscamente el plato de charque y arroz y luchaba contra las arcadas que me daba apenas veía comida. La cerveza tenía sabor a espita y olía a archivo. Sentía la lengua colgar en la boca como si fuese un trapo.

–¿Quiere hacer un viaje río arriba? –me preguntó el jefe. La pregunta sonaba como repiqueteo de campana en mis oídos que zumbaban de tanta quinina consumida.

–Por supuesto que me gustaría –fue mi respuesta.

CAPITÁN EN EL RÍO MADRE DE DIOS

–Sí pues, otra vez está usted con el pie en el estribo. Váyase unas semanas antes de que la fiebre le gane la partida. Nuestro "Campa" tiene que subir a Camacho, Sena, El Carmen, Chivé. La gente no tiene sal, ni azúcar, ni aceite, ni quinina. En el Madre de Dios debe haber un montón de goma. Habría que bajarla. Cargue todo lo que pueda cargar. El capitán está con fiebre y está hablando disparates. No puede viajar. Pero hay que hacer el viaje. Entonces tome el barco en sus manos y viaje mañana. Usted ha escrito las instrucciones: ahora ejecútelas. El maquinista Aldam ha hecho el viaje decenas de veces, los pilotos Asencio y Mochua también. Conocen el río como la palma de su mano, y usted puede confiar también en ellos dos. Cerca de Chivé aparecen los primeros remolinos. Va a dominar los rápidos más arriba de Camacho sin ningún problema. Va a descargar algunas cosas para la guarnición en la frontera con el Perú. Y no se cierre si el comandante de la guarnición le pide algo especial; unos cientos de bolivianos más o menos no son tan importantes. Tenemos que mantener buenas relaciones con los militares en la frontera pues ellos vigilan nuestros gomales. A finales del próximo mes estará de vuelta con una buena cantidad de goma. ¡Y ahora, buen viaje!

Así habló mi jefe.

Media hora después me subí al vapor "Campa" con el correo y la carta de porte bajo el brazo y era capitán del barco. Con una sensación de orgullo tiraba del cabo y dejaba correr el vapor por el silbato hasta que el sonido era limpio y claro. Luego "p-huuuu, p-huuuu, p-hu", dos veces largo y una vez corto; así era la señal de nuestra empresa. La primera parte, por tanto, la había hecho bien. Empujé una manivela y, chapoteando, la rueda hidráulica empujaba mi barco río arriba siguiendo la orilla.

Un enaltecido estado de ánimo me invadió mientras al llegar a la próxima curva del río desaparecía Cachuela Esperanza.

Ahora tenía el cometido de visitar al gran jefe en Riberalta y de ponerme a su disposición en caso de eventuales instrucciones y encargos.

El gran jefe fue amable, constató mis progresos con el español y me encomendó dos nuevos pasajeros: un español pobre y muy joven y doña Carmen, su consorte recién esposada, tan rica como vieja. La pareja quería viajar a una barraca gomera en el alto Madre de Dios que pertenecía a doña Carmen. Ya en Riberalta tuvimos que dejar atrás a seis marineros que habían sido asaltados por una fiebre alta. Era imposible conseguir sustitutos. Así, nuestra tripulación resultaba insuficiente.

Nuestro vapor necesitaba en todo momento leña para hacer funcionar la máquina. Había que cortar leña continuamente. Durante el viaje nuestros marineros tenían que otear la orilla en busca de los árboles adecuados. Entonces el vapor se detenía y bajábamos a la ribera para cortar madera y hacer leña. Fusil en mano, el maquinista y yo acechábamos constantemente a todo tipo de seres vivos comestibles. La leña le hacía bien a nuestro vapor, pero no así la buena carne a mi estómago, como se evidenciaría más tarde.

Nos metimos en medio de una tropa de chanchos que cruzaba el río a nado. Deben haber sido unos cien animales. Este chancho tropero siempre está en migración y se da el caso de que uno se encuentre con hasta quinientos ejemplares cuando cruzan el río. Cuando en su migración una manada de esos chanchos llega a un campo de cultivo, éste ya ha dejado de ser tal. ¡Y ay del cazador que sea sorprendido por una de estas tropas en el bosque! Quizás logre tumbar a media docena a tiros, pero luego estará irremediablemente perdido. Será despedazado vivo si no se salva huyendo a un árbol como el jaguar. La manada de chanchos troperos no sortea nada, sino que constantemente avanza arrolladora

hacia adelante. Lo que cae bajo sus puntiagudas y afiladas pezuñas y sus tragones hocicos es aniquilado por completo.

La carne de ese chancho tropero es muy sabrosa y para el viajero sobre el Madre de Dios es un suplemento deseable. Nuestra tripulación la comía con gusto; y también yo era bien aplicado, a pesar de que tal sobrecarga para mi estómago debía ser un desafío para la malaria. Y de hecho, una vez más tuve que echarme en la hamaca con fiebre.

–Ya se lo había advertido. ¿No se lo había advertido? – me decía la anciana dama–. La carne de chancho es veneno cuando se tiene fiebre.

Al grito del piloto, que ha descubierto buena leña, dos mozos se tiran de cabeza a las turbias aguas, cargan el cabo que se ha lanzado tras de ellos por el lodo y tiran del vapor hacia la orilla que han alcanzado a nado pasando por espinas y por cañas tan altas como un hombre. Amarran el cabo en el tronco con buenas raíces más próximo. Abren una trocha de un kilómetro de largo a través del sotobosque y derriban los árboles cuyas ramas superiores los nativos juzgan como buena señal. Sólo el experimentado hombre de la selva puede descubrir a semejante distancia y entre cientos de árboles aquellos que proporcionan buena leña.

Nuestro viaje transcurría con lentitud. La madera cortada en un día apenas alcanzaba para el día y la noche siguientes. Además, las inundaciones dificultaban hacer leña. A menudo nuestra gente se veía obligada a caminar largos trechos por agua que les llegaba hasta las axilas y a transportar la leña sobre la cabeza desde la orilla hasta el vapor.

En las barracas gomeras festejaban nuestra llegada. Ya llevaban semanas esperándonos. Los señores administradores, también llamados reyes de las barracas, servían pollo y pato asado, abrían las cajas de cerveza, vino y todo tipo de conservas que les habíamos traído en el vapor, pero lastimosamente la fiebre me prohibía probar todas esas maravillas, que tanto había anhelado en Cachuela. En vez de ello tomaba quinina, apartaba de mí los platos llenos y maldecía mi mala suerte.

Me previnieron de la inundación. Todas las señales estaban ahí: las termitas habían construido una torre en las colinas de arcilla, en las zonas altas del bosque pululaban las ratas, serpientes y otras criaturas, y un oso hormiguero se había presentado en pleno día en la plaza de la barraca. Para caminar a través de la Cañada Grande hasta los centros gomeros había que atravesar casi tres kilómetros de bosque. Ya se estaban construyendo botes para tener preparada la goma para el retorno

del "Campa". También acopiarían un buen montón de madera pues en el viaje de retorno sería impensable hacer leña. Cómo se iba a acomodar la goma y la leña para el retorno en el vapor era algo que el capitán debía saber.

En Camacho llegaron los primeros rápidos. El río estaba lo suficientemente profundo como para que el vapor no encallara, pero la batalla contra la corriente duraba muchísimo tiempo. El "Campa", vapor preferido por el gran jefe, en todo caso era un vehículo peligroso pues pesaba demasiado. Por orden especial del gran jefe no se había ejecutado el plan de desarmar la mitad de la cubierta superior. El "Campa" había trabajado diez años sin hundirse, por tanto podría seguir navegando. La cuestión era que los capitanes tuvieran cuidado.

Suspiré con alivio cuando después de un cuarto de hora de trabajo superamos el rápido de apenas cien metros de largo y quedó tras nosotros.

Desde hacía meses, el comandante de la guarnición de Chivé no había recibido noticias de ningún tipo. Ahora me recibía con los brazos abiertos y en cinco minutos quería escuchar todas las noticias sobre lo que había pasado en el mundo. Yo no tenía la menor idea ni del general Montes ni del general Pando.

–¿Cómo? ¡Usted viaja como capitán por un río boliviano y ni siquiera sabe quién es el nuevo presidente de Bolivia!

–¿Cómo? ¡Usted es el comandante de una guarnición fronteriza y ni siquiera sabe quién es su comandante máximo! –le contestaba yo–. Aquí está el correo, y si entretanto la cosa no ha cambiado otra vez, entonces en él está todo lo que hay que saber.

El comandante de Chivé tenía bajo su mando una o dos docenas de soldados. Éstos sembraban plátano, maíz y arroz. Hacía semanas que habían gastado ya toda la munición en cazar.

Cuando después de viajar por zonas inundadas llegamos con nuestro vapor intacto a Riberalta, la primera pregunta del gran jefe fue:

–Espero que haya traído suficiente leña.

–Lo siento –respondí–, apenas hemos tenido suficiente como para poder atracar aquí.

–¡*Hombre santo*! Aquí en Riberalta no hay ni un pedazo de madera. Todo está bajo agua.

Con mi gente hicimos leña de una cabaña medio derruida y la cargamos en el "Campa". Queríamos salir, cuando descubrí que faltaban dos de mis marineros. Hice sonar el silbato de vapor, dos, tres, cuatro… hasta media docena de veces. Toda la población de Riberalta vino corriendo a la orilla para saber qué significaba algo así. Hasta apareció don Nicolás, de quien me había despedido hacía media hora.

–¿Por qué ese tipo hace sonar todo el tiempo el silbato? ¿Por qué el gringo loco no parte de una vez?

Yo también estaba furioso. Pitar gastaba vapor y el vapor gastaba leña. Cuando don Nicolás supo el motivo del retraso en mi salida ordenó a un par de mirones en la orilla ir a buscar a los dos marineros extraviados. Finalmente, los trajeron a rastras borrachos.

Se soltaron las amarras. Apenas habíamos navegado unos diez metros cuando un remolino empujó de tal manera al vapor que éste hizo una maniobra brusca y resultó imposible cualquier conducción. Con el impacto el timón se escapó de las fuertes manos del piloto, y el "Campa", en un movimiento pesado y lento se fue inclinando a un lado. La mesa sobre la cubierta superior voló contra la barandilla y el correo que se encontraba sobre ella, así como los documentos del barco, revolotearon alegremente hasta el agua. En la cubierta, Aldam estaba al lado de la máquina con el agua hasta las caderas. Las olas arrojaban todos los utensilios de cocina por la borda. Las bandejas y sartenes flotaban durante un tiempo al lado del vapor hasta que se sumergían en las olas, amarillas y arremolinadas.

El piloto estaba colgado desesperadamente del timón y yo fui lanzado, junto con un pasajero, un hombre suizo, contra la barandilla.

–¡No hay nada que hacer, nos hundimos! –gritó el suizo.

–¡Contemos hasta tres y nos tiramos de cabeza por encima de la barandilla, si no vamos a acabar en el torbellino que va a hacer el vapor al hundirse!

¡Hasta hoy en día no sé por qué se me vino la idea de contar primero hasta tres, pero en todo caso eso supuso nuestra salvación!

"Uno… dos…". El "Campa" temblaba por efecto de los remolinos que pasaban por la cubierta inferior, una pila de leña que volaba por el aire impidió por un segundo nuestro salto, y en ese mismo instante sentimos que la baranda que empuñábamos empezaba a elevarse lentamente. Mesa y sillas se movían hacia la barandilla de enfrente; otros

segundos de inseguridad, pero entonces el piso volvió a su posición original y finalmente se mantuvo en posición horizontal.

Durante este tiempo el "Campa" seguía dando vueltas una y otra vez sobre sí mismo. Veíamos a los habitantes de Riberalta en la orilla con los brazos extendidos y los escuchábamos gritar. Pero pronto estábamos mirando la selva de enfrente, llegábamos de nuevo al medio del río y flotábamos río abajo.

Aldam había detenido la máquina; en ningún momento había perdido la proverbial tranquilidad inglesa. Una patada había sido suficiente para apartar al fogonero y con otra patada había cerrado la puerta de hierro de la cámara de combustión, evitando así que la caldera de vapor explotase. Una de las dos pilas de maderos a ambos lados de la caldera se había derrumbado contra ella y de ese modo permaneció a bordo. Los leños de la otra pila habían impedido nuestra zambullida de cabeza.

Aldam pidió el honor y el derecho de darles personalmente una zurra con una soga de amarre a los dos marineros que habían traído borrachos a bordo. Lo hizo con tanta opulencia que ambos se volvieron sobrios.

La partida de Florida y la llegada a Cachuela Esperanza se hizo sin mayores incidentes.

–Hombre, estábamos casi seguros de que con la inundación usted se había ido a pique con el "Campa". En fin, lo más importante es que ha traído una buena cantidad de goma.

UNA SINGULAR CACERÍA DE TIGRE

Una mañana el mayordomo trajo la noticia de que el "tigre" (jaguar) había sacado de nuevo una vaca del redil. Era la tercera vez en diez días. Ulmer me encargó ponerle fin a ese ladrón asesino.

El "Sur" soplaba en los bosques y había luna llena. El "Sur" es el viento del sur que, atravesando valles de hielo y nieve, sopla desde los Andes y en pocas horas se lleva el calor infernal de los bosques tropicales y trae por algunos días un frío helado. El termómetro desciende bruscamente veinte a treinta grados y no es raro que baje a cero. El primer efecto es que media docena de indígenas se quedan acostados en sus cabañas con pulmonía y se quejan de pinchazos como si los punzaran con puntas de flecha por debajo de los omóplatos. "*Pulmonía*", decía don Gregorio y administraba purgantes. A veces ayudaban, pero las más de las veces no.

Abríamos nuestros baúles y sacábamos los trajes de cachemir medio carcomidos por las hormigas y los bichos. Los indígenas, congelados, venían y recibían aguardiente antes y después del trabajo. Temblaban bajo las delgadas mantas que llevaban sobre los hombros desnudos. En el bosque cercano todo se volvía inquietantemente silencioso; todo se metía en hoyos y troncos en estado de descomposición. Pequeños y coloridos pájaros caían, tiesos y fríos, de las cimas de los árboles a través de las hojas, y el suelo de la selva revuelto por hormigas y escarabajos se los tragaba. Día y noche los murciélagos chillaban miserablemente bajo los techos de las cabañas, y algunas viejas mulas corrían de esquina a esquina para mantenerse calientes como si tuviesen detrás al verdugo.

El Sur llega cada año prácticamente en las mismas fechas, a saber el día de San Pedro y San Pablo, y el día de San Juan. Entonces las indígenas se cortan una pulgada de sus trenzas negras como el tizón, pese al frío helado bajan al río a bañarse y saben que entonces las trenzas van a crecer aún más gruesas y largas… ¡Candelaria no fue el año pasado y ha perdido ambas trenzas!

Cuando llega el Sur, los depredadores se vuelven hambrientos y descomedidos. Se atreven a acercarse a los corrales y entran a las cabañas en su búsqueda de sangre cálida inquietando a los hombres y a los animales domésticos.

Me inventé un plan inteligente para matar a la bestia con la carabina.

Se juntó el ganado y entre gritos y latigazos se lo mantuvo en movimiento de tal modo que el depredador que se acercaba furtivamente debía buscar otra presa. Se le quitó un ternero de leche a su madre y, convirtiéndolo en cebo, lo atamos a un naranjo que estaba a unos veinte pasos del hueco de la ventana enrejada, detrás de la cual esperábamos al acecho.

Con las armas listas nos sentamos en el almacén a oscuras esperando que a los berreos de la ternera por su madre pronto apareciera el par de ojos verdes y luminosos del felino, que merodeaba sigilosamente por ahí. Efectivamente, por un tiempo la ternera bramaba a voz partida, pero se cansó, se echó y por fin se durmió.

Bajo la luna llena saliente todo se iluminaba cada vez más y, valientes nosotros, aguantábamos hora tras hora en el crudo frío.

Ya había pasado la medianoche y sonriente la luna mandaba sus fríos rayos sobre la ternera temblorosa. No hablábamos, no fumábamos y hacíamos de todo para evitar que un jaguar hambriento tuviese motivo de mantenerse alejado de una ternera en paciente espera.

–¡Eh, usted, Hauschild! ¿Puede asumir la responsabilidad de ofrecernos un ron o un coñac del almacén de la empresa?

Esta pregunta dicha en los oídos del almacenero fue inmediatamente respondida de manera oportuna. Una tacita de esmalte pasó de mano en mano. Regía un silencio de muerte, y sin embargo… de vez en cuando se volvía a escuchar un ruido contenido que tenía una extraña coincidencia con el abrir de una botella; por lo demás no se escuchaba nada. La tacita daba vueltas silenciosamente y a menudo, luego incluso ininterrumpidamente.

Ahí… ¿qué ha sido eso? No, no fue el rugido de un jaguar al ataque; el ruido de ronquidos sonaba entre nosotros. Una pesada mano se posó sobre la boca roncadora y otra vez se hizo el silencio. Las rondas de la tacita se redujeron a un pequeño círculo; uno de los tiradores se había cansado. Poco después faltaba otra de las manos que cogían la tacita, y finalmente Hauschild me balbuceaba al oído que él también quería cerrar los ojos un instante. Sentado, yo era el único despierto entre los cazadores, con el arma echada sobre las rodillas, una tacita en la mano derecha y una botella llena de ron en la izquierda.

Cuando recibí un golpe debajo del mentón, los rayos del sol resplandecían por la ventana enrejada del almacén… Hauschild sacudía a uno y daba un puntapié al otro. A nuestro lado había varias botellas cuyas etiquetas afirmaban que contenían verdadero ron de Jamaica. Pero la gran desdicha en este despertar consistía en que afuera en el naranjo, se veía una soga rota y la ternera había desaparecido.

El jaguar se la había llevado silenciosamente.

–¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! Qué va a decir Ulmer cuando se entere...

–¿Ulmer? –gritaba Hauschild furioso– ¡Él ya ha dicho lo que tenía que decir; acaba de estar aquí, me ha despertado y me ha echado la bronca diciendo que somos una tropa de borrachos sinvergüenzas!

No obstante, unos días después el jaguar tuvo que pagar las consecuencias. Una vaca que había arrastrado a la orilla del bosque y a la que le había arrancado una pata trasera fue condimentada con estricnina, y al día siguiente entre la maleza encontraron al ladrón asesino muerto y tieso, además de unos cuantos buitres envenenados.

Para mi gran sorpresa, el cuero recientemente despellejado del jaguar estaba completamente agujerado como si hubiera sido maltratado por una ametralladora.

"El boro", dijo a secas el indígena que lo despellejó y que me dejó la piel como esterilla para mi cama.

El boro es un parásito parecido al gusano blanco que, diminuto, sale del huevo que pone una mosca, se atiborra del cuerpo vivo de su víctima y crece. Tampoco perdona a los hombres, y varias veces ha llevado a la desesperación a más de un médico no versado en enfermedades tropicales, pues el absceso supuestamente maduro era un gusano vivo y gordo.

LOCURA TROPICAL

Al despertar un mañana, sentado en mi cama de campaña, tuve de pronto la sensación de que la piel de tigre a mis pies se movía…

¿Fiebre? ¿Locura tropical? Me froté los ojos, pero veía claramente cómo los círculos y las manchas de la piel realmente se movían... Mal-

humorado y presintiendo la llegada de un nuevo tipo de malaria, me incliné hacia adelante, pero alcé inmediatamente y de golpe mis pies descalzos. No era la piel, ni eran los dibujos en ella los que se movían, sino una serpiente de casi dos pies de largo que estaba echada sobre la piel y que, enroscada debía haber dormido ahí.

La serpiente de color negro, blanco y rojo se había servido de las manchas de la piel del tigre como propicio lecho protector. Algunos brincos fueron suficientes para alcanzar la baqueta de un fusil de avancarga, y la espina dorsal de mi indeseada visitante estaba quebrada.

Cuando Hauschild abrió su puerta para buscar su cubo de agua, la serpiente que yo acababa de matar voló hasta sus pies…

–¿Y qué fantasma es ése allá abajo en la orilla del río?

Hauschild siempre estaba enterado de todo.

–Es Vilajoli, nuestro administrador del río Abuná, un español; llegó ayer por la noche de río abajo por bote, en transporte especial. Dicen que se ha vuelto loco. Locura tropical.

–¿Y qué es exactamente la locura tropical?

–Exactamente lo que usted tiene cuando se altera por cualquier cosa y se deja llevar por la ira porque cada día le dan charque y arroz, y cuando agita los puños delante de mis narices porque no estoy autorizado a sacar conservas para la mesa. Ése es el comienzo de la locura tropical. ¿Conoce usted el *sumurucucu*?

–¿Se refiere al búho que con voz masculina y grave murmura espectral en la selva nocturna su propio nombre, "su-mu-ru–cu-cuuh"?

–Sí, parece que ha sido justamente un sumurucucu lo que ha vuelto loco a Vilajoli. Dicen que estaba echado en el monte con fiebre alta y que toda la noche el sumurucucu estuvo atormentando sus delirios. Su mozo afirma que tan pronto escucha al sumurucucu le da un ataque de rabia y con su revólver hace correr la pólvora como loco.

Discretamente bajamos hasta Vilajoli.

Éste, encantado, abrazó a Hauschild y lo saludó: –Mi querido amigo, ¿cómo está usted?

Más tarde se unió a nosotros en la mesa de almuerzo. El hombre apenas tenía más de treinta años, era esbelto, rubio, pálido; detrás de una piel casi transparente en la frente y las sienes se veían gruesas venas azules, los ojos bien adentro en las cuencas.

Miraba fijamente en silencio delante de sí.

–¿Por qué no come usted?

–Tengo fiebre, y apenas el calor me sube a la cabeza, escucho el maldito s…. –Se levantó de pronto de la mesa, fue corriendo a su cabaña y pidió a gritos su revólver, que le habían retirado.

Algunos días después Vilajoli fue enviado en buena compañía a Trinidad, donde poco tiempo después de su llegada se pegó un tiro en la sien. Locura tropical.

LA BANDA Y DOÑA ESPÍRITU

Ulmer había viajado a Villa Bella para firmar ante notario un documento respecto de la transferencia de personal. Don Carmelo López, el todopoderoso del río Iténez, había traído gente de Baures y de Magdalena, que iba a ser destinada a nuestros botes de remo hacia San Antonio[15]. La gente de Baures y Magdalena era conocida y apreciada como incansables remeros y buenos pilotos; también eran honestos, y bajo la férula de don Carmelo López habían recibido una buena educación. Si don Carmelo decía "sí", entonces el "sí" era ley en la región del Iténez, y si negaba con la cabeza, la máxima instancia policial o judicial en la provincia del Iténez no podía decir otra cosa que no fuera "no". Don Carmelo López era un advenedizo; él mismo había sido remero y había remado río abajo hasta Santarem sobre el bajo Amazonas. Ahora era el señor absoluto de una vasta región y se ocupaba de que todos se dirigieran a él y lo respetaran como tal. También hacía pleno uso del crédito ilimitado que nuestra empresa le concedía, pues cuando se necesitaba trabajadores era aconsejable llevarse bien con don Carmelo López. Había enviado a la mayoría de su gente con anticipación a Cachuela Esperanza. Él tenía intención de proseguir viaje al día siguiente para recoger una considerable suma de dinero tras firmar con Ulmer los papeles sobre la recepción del personal. Entre la gente que había

enviado con anticipación se encontraba su propia orquesta de instrumentos de metal, que solía acompañarlo en sus viajes largos.

Espíritu, el ama de Cachuela Esperanza que caminaba descalza, también era de Baures y se alegró de ver gente de su lugar de origen. Por supuesto que los compatriotas también se alegraron de encontrar a Espíritu en tales alturas vertiginosas; es decir, como amante del jefe de una gran empresa con la cual se habían comprometido contractualmente por orden de don Carmelo López. Ante la invitación de Espíritu, la charanga indígena estuvo inmediatamente dispuesta a tocar una piececita. Como es comprensible, sonidos melodiosos tan inusuales en la selva atrajeron a todo el personal de Cachuela Esperanza. Incluso nosotros, empleados, contadores, secretario de correspondencia, maquinistas, almaceneros y tenderos fuimos corriendo a la casa del jefe ausente para disfrutar de este tan inusual deleite para los oídos en presencia de Espíritu, con todo su rostro resplandeciente al verse como una mujer de importancia.

Entonces la banda indígena incluso se puso a tocar piezas escocesas y polkas, y en un santiamén toda la tropa estaba bailando alrededor de la música. Espíritu estaba en su elemento y tuvo por razonable la propuesta del almacenero Hauschild. Como se bailaba y se transpiraba, realmente se debía beber algo, tanto más cuanto esperábamos a Ulmer al día siguiente. Espíritu pedía cerveza, servía vino, aguardiente y *chicha* (cerveza de maíz), y el baile la llevaba de un brazo a otro.

El Escritorio, el almacén, la tienda, todo sencillamente se cerró. ¡Espíritu había dado permiso de organizar una verdadera fiesta!

En medio del holgorio se escuchó la voz: "¡Un bote, un bote!"

Cierto; allí abajo en el río, a la altura de la curva del mismo, se aproximaba un pequeño punto negro, y por el catalejo del jefe se veía al mismísimo jefe sentado al lado de don Carmelo López en un bote de remos dotado de una buena tripulación. En un cuarto de hora seguro que llegaba.

¡Doña Espíritu! ¡Doña Espíritu! Se buscaba a doña Espíritu para saber si se podía continuar bailando o si lo mejor era esconderse.

Ahí estaba… salió de la cabaña del jefe y detrás de ella, pálido y turbado, ¡apareció Hauschild, el almacenero! La música enmudeció, el baile cesó, y media hora después también las relaciones de amistad entre el jefe y Hauschild habían cesado.

Nuestro querido amigo y compañero, el que nos había introducido en los secretos de la vida en Cachuela Esperanza, el hombre del que todo el mundo recibía siempre unas palabras de consuelo y que siempre nos socorría con alguna que otra lata oculta de conserva, este hombre había caído en desgracia.

No hubo discusión alguna. Nadie sabía nada concreto, se rumoreaba, la amante del jefe sonreía y Hauschild estaba acabado.

Dos meses antes del final de su segundo contrato le exigieron sin más ni más las llaves del almacén y fue considerado despedido.

–Pero usted tiene un contrato en el que no hay nada escrito sobre cuestiones de faldas, y por tanto no se le puede echar a la calle. En todo caso, debería reclamar el viaje de retorno gratuito que ya se ganó hace tres años –trataba yo de aconsejar a Hauschild.

–Que es usted un tipo bondadoso y tonto se le ve claramente en la cara, pero que sea usted tan infantil es algo que nunca hubiera imaginado. ¿Acaso usted no sabe que los contratos se hacen para ser cumplidos por los empleados y violados por la empresa? – me aclaró Hauschild–. Usted sabe tan bien como yo que no puedo hacer absolutamente nada. ¿Dónde debería reclamar cuando no hay ni un juzgado ni un consulado? Usted sabe muy bien que, si a la canalla de su compatriota se le ocurriera, me dejaba morir aquí de hambre antes de que pudiera abordar un bote río abajo; una palabra suya, y con todo el oro del mundo ni en una canoa me dan pasaje.

–¡Qué va! Eso son tonterías. Aquí todo el mundo lo estima y todo el mundo estaría encantado de poner a su disposición su propio plato.

–¿Así es? Si usted lo dice. Pero ahora le voy a demostrar lo contrario.

Cerró de un golpe su maleta y me llevó al lugar de costumbre en el pequeño puente de madera, a través del cual se tenían que mover todos los habitantes de Cachuela Esperanza. La casualidad quiso que justo en ese momento Espíritu pasara rápidamente por ahí, acompañada de dos mujeres indígenas. El matiz de su ya muy moreno rostro se volvió aún más oscuro e ignoró deliberadamente nuestro saludo.

Unos minutos después pasó el aprendiz del almacén, se hizo lo más diminuto posible y quiso escabullirse inadvertido.

Hauschild se dirigió amablemente a su antiguo subalterno y lo invitó a participar en su brindis de despedida previsto para la noche siguiente.

–*Muy bien, señor, muchas gracias*… –y el sujeto desapareció lo más rápido que pudo.

La historia se repetía una y otra vez exactamente de la misma manera. Todo el mundo intentaba pasar tímidamente e inadvertido, mientras que poco antes era imposible pasar al lado de Hauschild sin intercambiar con él algunas amables palabras o una broma.

–¿Y ahora, se ha dado cuenta? –preguntaba Hauschild con una risa forzada cuando estuvimos de nuevo en su cuarto.

Con una desagradable sensación en la garganta le contesté reconfortante que por supuesto toda la tropa estaba algo amedrentada, pero que me alegraba de que todos hubieran aceptado su invitación a la cena de despedida.

–¡Ya veremos! –respondió Hauschild con una sonrisa.

¡De las veinte personas invitadas, junto a mí aparecieron sólo tres maquinistas, compatriotas de Hauschild; todos los demás asientos en la mesa engalanada estaban vacíos!...

Fritz Drohn, el maquinista robusto y hercúleo, pronunció el discurso de despedida, que cerró con las palabras:

–¡Y mañana me voy con Hauschild para allá!

–Ya te gustaría –se reían sus colegas–, pero tu contrato concluye recién el próximo año.

–¿Contrato? ¿Qué es eso? No hay tal cosa, y si Ulmer no me paga el viaje, me va a conocer.

Cuando al día siguiente Hauschild abordó el bote a San Antonio junto con Drohn, yo era el único europeo que lo acompañó al puerto. A mi lado estaba la pequeña Melchora llorando con un niñito de dos meses en brazos. Hauschild miraba tímidamente a otro lado cuando le advertí que no se olvidase de Melchora; entonces sacó un puñado de libras de oro de su bolsillo y me las entregó diciendo: –Tome, ayude un poco a la chica, y si el niño muere de la fiebre, escríbame a Hamburgo.

El pequeño Hauschild murió a los dos años de edad.

¡Cuando Drohn se presentó en el Escritorio con la intención de arrojarle a Ulmer el contrato a la cara, éste se esfumó por una puerta trasera y Drohn tuvo que viajar a Hamburgo sin viaje de retorno gratis!...

Durante meses me hicieron sentir que no era apropiado mantener el trato con un empleado caído en desgracia o mostrarle simpatías. Me

devolvían el saludo a secas, eso era todo. Las oportunidades de abrirme camino en Cachuela Esperanza se volvían preocupantemente escasas. Me amargaba y esperaba la primera oportunidad de marcharme: me era indiferente adónde, sólo quería salir de esta porquería. Afortunadamente no estaba permanentemente clavado en Cachuela, pues me enviaron varias semanas a la sucursal de Ivon, aproximadamente a un día de viaje más arriba de Riberalta, para arreglar la contabilidad del administrador, don Jesús Escalante. Luego pasé algunas semanas más en Riberalta mismo, en la oficina del gran jefe, que estaba ausente.

Cuando regresé a Cachuela, muchas cosas habían cambiado. Don Oscar había sido destinado como jefe de la empresa a San Antonio en el Brasil. Mis antiguos compañeros Blend y Burger estaban de nuevo en Cachuela. Don Gregorio del Castillo había viajado a Portugal, su tierra natal, y había sido reemplazado por un farmacéutico francés. Un hermano mayor de don Oscar, llamado don Frank, un hombre alegre y optimista, había llegado de Europa con nuevos empleados y maquinistas. Algunos viejos conocidos habían desaparecido y en cambio veía caras nuevas. Un nuevo vapor había sido botado al agua, viejas cabañas demolidas o desmoronadas, nuevas viviendas estaban en construcción que cambiaban la "imagen de la ciudad". En el tiempo relativamente corto de mi ausencia, muchas cosas habían mejorado, se carneaba más, había más conservas en la mesa, e incluso Ulmer parecía haberse vuelto más humano.

UN REY DE BARRACA VENIDO A MENOS

Hacia el final de mi periodo contractual recibí de Suiza la desagradable noticia de que en casa habían surgido algunas dificultades económicas, y así decidí hablar con Ulmer al respecto.

–Hasta ahora usted no ha hecho muchos ahorros –me dijo con tranquilidad.

–Tampoco ha sido posible considerando los precios y mi sueldo; buena voluntad no me ha faltado.

–Sí, sí, eso ya lo sabemos, pero no querrá regresar allá con las manos vacías; por supuesto que tiene que ayudar a sus familiares, y tan pronto como usted se decida a firmar un nuevo contrato de tres años, estoy

dispuesto a concederle un importante adelanto; ahora usted está aclimatado, habla castellano, se ha acostumbrado a las condiciones de aquí y naturalmente también puede aspirar a algo más.

–¿Qué es lo que me ofrece usted por un segundo contrato?

–No quiero adelantarme a mi sucesor, pues yo dentro de poco viajo con don Nicolás a Europa. No sé cuánto tiempo me quedaré en Londres, pero los precios de la goma son buenos y le puedo asegurar que en el primer año de su segundo contrato su actual sueldo por lo menos se puede duplicar.

–¿Quiere decir que tendría que firmar mi nuevo contrato con su sucesor?

–Exactamente, para mí es suficiente con que usted ahora muestre su disposición, entonces ya podría darle el adelanto necesario.

Me comprometí por tres años más y así estuve en posibilidad de mandar unos cuantos miles de francos a Suiza.

Poco tiempo después de esta conversación llegó la noticia de que nuestra empresa había comprado los gomales de una firma parisina[16]. Se esperaba en cualquier momento la llegada del administrador de esa empresa parisina en Bolivia para firmar los documentos necesarios.

Llegó en un pequeño vapor desde "arriba" y al día siguiente viajó junto con Ulmer al notario en Villa Bella.

Yo sabía que además de las propiedades también iban a asumir el personal pero, en cambio, tenían reparos respecto de la contratación del administrador Juan Calzow, que tenía fama de bebedor[17]. El hombre iba a ser defenestrado.

Me atreví tímidamente a aplicar para el puesto, pero Ulmer, que conocía a Calzow desde hacía tiempo, me advirtió de la siguiente manera:

–¡Sólo mire a Calzow! Aparte del color de su piel, ¿hay aún algo de civilizado en él? Allá arriba en el Geneshuaya, donde está su barraca, se ha vuelto por completo un indígena. Camina descalzo, bebe aguardiente de la mañana a la noche, sólo posee lo que lleva sobre el cuerpo: una camisa sucia y un pantalón desgarrado. Ya no se siente a gusto entre los europeos, no quiere regresar a la civilización, se ha vuelto un nativo. No, el administrador de una barraca gomera tiene que ser uno de aquí, conocer muy bien a los indígenas, si es posible tener algo de sangre indígena en sus venas. En una barraca así usted no tendría a nadie que le ayudase si surgen dificultades con los *cambas* (indígenas nativos de

pura sangre), y hay que contar con que van a surgir dificultades. Allí, de vez en cuando, hay que actuar rápidamente con la goma; si no ya no quieren saber nada de uno y el día menos pensado lo matan a tiros. Allá arriba no hay autoridades, ni curas ni médicos, profesores ni nada por el estilo; allá rigen las leyes del administrador y métodos que a nosotros europeos nos son ajenos.

–Aquí, Cachuela Esperanza –continuó Ulmer–, si bien es bastante primitivo y aislado, en el fondo pese a todo es civilizado; aquí usted puede ver compatriotas, europeos y bolivianos instruidos con los que se puede hablar; aquí hay movimiento, un vapor viaja a Riberalta, un bote viene de abajo, y aunque no sea todos los días o semanas uno está conectado con el mundo. El Geneshuaya, en cambio, junto al polo norte y el polo sur, es la más remota región imaginable del mundo; allí simplemente no hay nada, nada más que la selva en un radio de muchísimos días de viaje. Pregúntele a Calzow mismo a cuántos guarayos y otros bárbaros ha mandado al otro mundo personalmente. Allá arriba, durante meses, quizás durante años, no va a ver ni un solo hombre blanco y no se debe excitar si las flechas venenosas silban alrededor de su hamaca. Calzow ha vivido todo esto y él mismo se ha vuelto un semisalvaje; le importa un comino que las cosas estén en orden. ¿Cree usted que con los actuales precios de la goma nos hubieran dado el Geneshuaya y el Madidi si no hubiera sido porque durante años este hombre no se ha preocupado en lo más mínimo por la empresa parisina? No respondía las cartas, no enviaba rendiciones de cuenta ni mucho menos los balances, y como tampoco enviaba goma, naturalmente ya no recibía mercancías. Dos veces vinieron representantes de París hasta Cachuela y hasta Riberalta, y cuando se les contaba sobre el Geneshuaya y el Madidi, regresaron sin haber logrado nada. Ni siquiera querían ver a Calzow y mucho menos pagar sus deudas. El hombre vive allá arriba con sus familias indígenas como un jefe con su tribu. Todavía le queda esa vieja carraca de vapor fluvial, que ya hace tiempo ha sido asignada a un almacén de mercancías en Riberalta. Un indígena que aprendió algo hace años de vez en cuando hace una chapuza aquí y allá en la máquina hasta que la pone apenas a funcionar; entonces a duras penas cada tantos años baja a Riberalta con algo de goma, que cambia por aguardiente y algunas pocas mercaderías para su gente semidesnuda. De ahí se regresa a su pago. También sucede que algún que otro turco hambriento reme hasta allá arriba, le ponga bajo la nariz unas cuantas botellas de aguardiente a cambio del derecho de estafar algo de goma a sus indígenas, y cuando

se han terminado la bebida se sienta con sus cambas y bebe chicha. Todavía tiene ahí arriba un viejo mayordomo, Miranda, que también anda descalzo y ya estaba por ahí en el tiempo de Mouton, que fue asesinado en el Madidi por su propia gente[18]. Dicen que Miranda es un tipo vivo, famoso por ser un excelente *montaraz*, que ha dirigido muchas expediciones contra los indígenas salvajes guarayos: entonces mataba a tiros a los hombres y llevaba a rastras a las mujeres y los niños hasta la barraca, donde algunos aún siguen trabajando bajo Calzow. Es gracias a ese Miranda que aún hoy en día se puede mantener algo junto el personal, naturalmente con el látigo; de lo contrario, hace tiempo que Calzow estaría por completo en la ruina.

–Una lástima; ahí arriba hay mucha goma en los bosques, también mucha tierra inexplorada, y con alguien capaz como administrador se podría hacer un montón de cosas, pero lastimosamente se necesita a alguien que sepa de estos asuntos y a quien sobre todo no le importe ser juez y gobernante severo y dar a éste o aquel canalla, vago o sinvergüenza unos cien o dos cientos latigazos.

–Sáquese por tanto este puesto de la cabeza; con su sentimentalismo allí no llegaría muy lejos.

Dos días después Calzow regresó solo de Villa Bella en bote de remos.

Lo recibí abajo en el puerto para ser el primero en pedirle algunas de las flechas indígenas, que en forma de haz había descubierto en su ausencia.

Con una botella de cerveza en cada mano, el pequeño y panzón don Juan Calzow bajó del bote, le sonrió irónicamente al piloto haciendo una mueca para mí incomprensible y permitió de buena gana que lo condujera a mi habitación.

Había escuchado la opinión de Ulmer sobre Calzow y ahora me moría por escucharlo a él mismo. Uno no veía personas como ésta todos los días.

–Y, señor Calzow, ¿cómo le ha ido por ahí abajo? ¿Todo bien?

–Todo un engaño, un gran fraude, me han emborrachado, aún no me conocen. Esa pandilla de avaros de París hasta ha vendido mi mujer indígena y mi propio hijo sin contar conmigo. ¡No saben la que se les viene encima! Ni hablar del caso. Yo, esto no lo necesito para nada. Por años no les he importado un pepino, me hubieran dejado morir en ese hueco, ¿y ahora quieren que lo aguante todo manso como un cordero?

¿Entiende? Esos mezquinos han vendido mi propia sangre. Ni hablar del caso. Ni se me ocurre. Como agradecimiento, luego viene Ulmer y me dice que no me necesita como gerente. Va a saber lo que es bueno, si me necesita o no. ¿Quién va a mantener a raya a esa cuadrilla del Geneshuaya y del Madidi si yo ya no estoy? Eso es lo que quiero saber. Creen que pueden comprarme con unos cuantos miles de miserables bolivianos. No necesito la plata: hace años que no he visto plata. ¡Bien! Que les haga bien, el pobre diablo va a ver por sí mismo, durante un mes lo voy a introducir, ja ja, ja y lo voy a introducir bien; en todos los malditos secretos lo voy a introducir, claro que sí.

–¿A quién, a quién va a introducir? –pregunté, sorprendido por esta verborrea de hombre ebrio.

–¡A ése ahí!...–Hurgó un buen rato en su bolsillo y finalmente sacó a la vista un pedacito de papel arrugado, arrancado del borde de un viejo periódico.

Desenrollé el papelito y leí: "Calzow tiene que irse dentro de tres días, don Frank (el hermano de don Oscar) retomará oficialmente la barraca junto con el personal; Calzow debe quedarse durante un mes con el nuevo administrador hasta que todo esté funcionando, luego debe regresar con Frank".

El pedazo de papel estaba firmado con las conocidas iniciales de Ulmer.

–¿De dónde tiene este papel? –le pregunté sorprendido.

–Ya se lo he dicho, hemos chupado juntos allá abajo, me dio una rabia desesperada y me he ido; después vino tras mi un muchacho con el papel, diciendo que se lo entregue a no sé quién.

–¿A quién se lo tiene que entregar? –seguí indagando.

–Ahí… en el otro lado está el nombre –contestaba Calzow.

Leí –la sangre se me helaba en las venas– mi nombre, muy claro, escrito con lápiz. ¡Pegué un salto de alegría!

Entonces sí, pese a todo querían probar conmigo. ¡Como administrador, apoderado general, rey de una barraca, amo y señor de la tierra y de la gente, ya nadie podría darme órdenes, nadie podría hacerme la vida imposible; podría construir mi propia casa dónde y cómo quisiera, con mi propia gente; estaría lejos, muy lejos del asqueroso plato de charque y arroz, podría sembrar y cosechar, cazar y pescar! Era el

hombre más feliz del mundo y sólo tenía veintidós años. Calzow, que no sabía mi nombre, me miraba confundido y estúpido.

–¿Qué disparates está diciendo? ¿Usted? ¿Usted es el pobre diablo que va a quedarse allá arriba?

Vació su botella de cerveza de un trago; luego, el hombre del que se decía que se había olvidado de su lengua materna se levantó y con un estupendo pathos recitó unos versos del "Don Carlos" de Schiller:

> "Pasaron los hermosos días de Aranjuez, y Vuestra Alteza va a dejarnos sin haber recobrado su alegría. De modo que en vano habremos permanecido aquí"[19].

Me reía a carcajadas. –¿Acaso se sabe usted eso de memoria?

–Esto y muchas cosas más; allá arriba he aprendido el Guillermo Tell entero de memoria y cuando me aburría se lo recitaba a los indígenas; no entendían ni una palabra, pero los monos tenían que aplaudir pues alguna vez fui actor. Escuche esto: "Quien puede disparar a la cabeza del hijo de su alma, puede también herir en el corazón a su enemigo"[20]. ¡Ahí tiene toda la filosofía en resumidas cuentas!

–Hombre, Calzow, colega, ¿de dónde saca todo esto?

–Como he dicho, fui actor e incluso quise ser cura, pero perdí la fe, tuve una bronca con el viejo, fui maquinista carbonero hasta Pernambuco y acabo de soltarle a su ilustre y loable empresa latifundista los gomales de Geneshuaya y Madidi a un precio tirado, incluido la mujer y el hijo… ¡Salud!

Me pasó una botella recién abierta de cerveza con las palabras: –¡Tome, beba, que en muchos meses no va a oler cerveza; no se olvide: "Pasaron los hermosos días de Aranjuez"!...

–Pienso más bien que para mí empiezan los días más hermosos –me permití decir.

El día siguiente temprano traspasé mi trabajo a mi sucesor. Ya no tenía mucho tiempo para arreglar mis asuntos. Calzow, que hablaba de un destierro, estaba echado en mi hamaca y ya desde la mañana estaba bebiendo cerveza. El vapor y dos barcazas fueron abarrotados de mercadería. Me habían dado vía libre para llevarme del almacén lo que quisiera, y así cargué telas, pólvora, sal, azúcar, manteca, fósforos,

cuchillos, aguardiente, cuerdas, una lámpara, velas, papel, sogas, hilo, carabinas, sombreros, gorras, clavos, martillos, limas, cepillos de carpintero, cañas de pescar, libros, gatillos, medicamentos y sobre todo quinina, lisol y pomadas, aspirina, vaselina, tintura de yodo, líquido hemostático y muchas cosas más.

Por la tarde Calzow entró a trompicones y se rió de mis trastos. Llevaba unos zapatos nuevos que alguien le había regalado. Cuando estaban cargando las mercancías vino a la orilla del río, iba haciendo eses entre los cargadores y empujaba a uno que otro haciéndoles caer una caja o un fardo de las espaldas y decía: "No se necesita en absoluto. ¡Sólo las cajas con el coñac son *all right*, todo lo demás sobra!". Cuando le preguntaba si podía conseguirme una caja de cristal o por lo menos un cristal, pues necesitaba algo así para las colecciones de serpientes e insectos, soltó literalmente lo siguiente:

–¡Colección de serpientes! ¡Colección de insectos! ¡Pero cuánta ingenuidad! En todo caso uno se quita del camino de las serpientes y otros animales deslizantes, y si no se pueden evitar, uno se los carga. ¿E insectos? ¡Mosquitos rosas relucientes y *japutamos* celestes! ¡Y hermosas chinches además! ¡Hay de todo!

La gente que había bajado con Calzow desde la barraca no parecía estar descontenta con el cambio de patrón, y yo estaba convencido de que no iba a tener problemas con ellos.

Suspiré aliviado cuando las largas cabañas y la tumba de doña Constanza Roca desaparecieron de mi vista. El murmullo moribundo de la catarata de Cachuela Esperanza para mí no sólo significaba el fin de mi primer contrato, sino el comienzo de un nuevo periodo de la vida, en el que iba a ser mi propio piloto. Estaba preparado para el fuerte oleaje, sabía que había que sortear peligrosos acantilados y pese a la pesada carga, pese a saber que nadie escucharía mis señales de S.O.S. para rescatarme de cualquier peligro en alta mar, partía con una gran confianza en mí mismo.

VIAJE AL GENESHUAYA

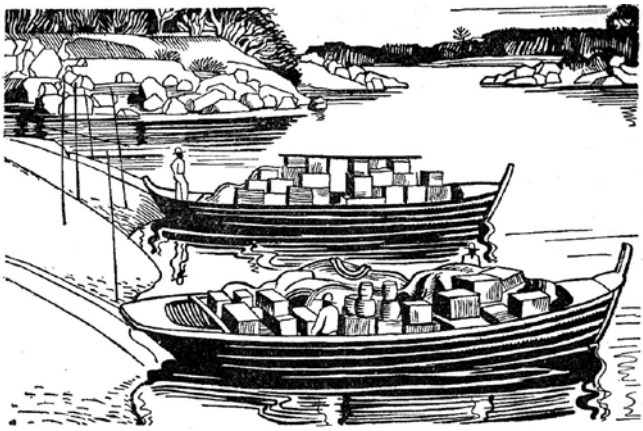
El pequeño vapor a hélice "Madidi" avanzaba río arriba lento como una tortuga. En medio de las grandes barcazas que la acompañaban cargadas con cajas y fardos, la vieja carraca se veía como un presidiario. Además remolcaba un bote de carga sobrecargado de leña. No era del todo seguro que con su calado el "Madidi" pudiera pasar por la desembocadura poco profunda del Geneshuaya; tampoco podíamos arriesgarnos a que cuando más tarde bajasen las aguas del río, el vapor, que necesitaba reparaciones, se quedase varado en el estrecho afluente. Por eso, de antemano habíamos cargado las mercancías en las dos grandes barcazas para alcanzar en caso de que fuera necesario el destino previsto con la ayuda de remeros.

De rato en rato, los toscos hocicos de los caimanes se agazapaban debajo del agua cuando se acercaban nuestras embarcaciones, y segundos después el sol tropical quemaba de nuevo los cráneos cuadrados que habían vuelto a aparecer. Diminutos y dorados monos titíes, de apenas el tamaño de un puño y con una melena de león de miniatura, chillaban lastimeros y se agarraban con desesperación de los fluctuantes tallos de las cañas, pues temían que el monstruo que pasaba resoplando provocara el fin del mundo. Un tronco de árbol caído cerca de la orilla, en el que una larga fila de tortugas inmóviles se tostaba al sol, de pronto daba

un pequeño giro en el agua tibia y ¡chof!, los animales se dejaban caer en el río que todo lo engulle. Grandes lagartos permanecían inmóviles, adheridos a las ramas de los árboles que sobresalían en el río. Uno de los compañeros, demasiado confiado, con una cola de varios metros de largo, fue descubierto por el ojo avizor de un indígena y desequilibrado rudamente con el remo. El lagarto dio un batacazo en el barullo de mercaderías que pasaba por debajo y en el mismo instante desapareció como un relámpago verde entre las cajas.

Calzow estaba sentado en una caja y llamaba a voces a su mozo personal, que se había echado a dormir bajo el sol. Despertado por otro mozo, el dormilón se apresuraba en llegar a su amo, pero en este instante un macizo zapato voló muy cerca de su cabeza hasta el río. El mozo le quitó el otro zapato a su amo y éste le increpó:

–¿Qué se hace con este zapato? –Por un momento al mozo le entraron dudas, pero después arrojó también este zapato al agua. Satisfecho, Calzow sonrió irónicamente y se dirigió a mí:



–Ahora ya sabe cómo van a tratar sus cosas en el Geneshuaya –a lo cual yo di al mozo de Calzow unas palmadas en el hombro y le hice entender que mis pertenencias las tendría que tratar de otra manera.

El “Madidi” no logró pasar.

Empujamos las muy cargadas barcazas a remo por un canal poco profundo entre los bancos de arena hasta el agua profunda y cristalina del río Geneshuaya. El "Madidi" siguió traqueteando río abajo y pronto desapareció de nuestra vista.

Yo, conduciendo como timonel la pequeña embarcación con cuatro remeros, me adelanté y tenía la tarea de encontrar lugares adecuados para acampar y esperar en ellos a las barcazas bien cargadas que lentamente nos seguían, y en lo posible con unas buenas piezas de caza asándose encima del fuego.

En una de las grandes barcazas, don Frank y Calzow se habían hecho construir un techado con hojas de palmera, y allí, echados a la sombra, bebían cerveza.

La caza en el río Geneshuaya era muy abundante, pues sólo rara vez era transitado.

En mi bote de caza pronto perdí de vista las barcazas; rrrummm, rrrummm, rrrummm sonaban los remos de mis indígenas por el agua clara con el color del té y empujaban el liviano bote como una flecha por la quieta superficie. De rato en rato una garza pasaba con alas susurrantes a nuestro lado; con excepción del sonido de los remos en forma de cuchara, el resto era silencio.

Por aquí y por allá un caimán flemático, incomodado en su tranquilidad por lo demás imperturbable, surcaba la superficie del agua lisa como un espejo hasta la orilla de enfrente para evaluar, desde la maleza protectora de la ribera, si nosotros, alborotadores, éramos posibles presas. A la señal de los hombres que remaban en la punta del bote se remaba "callado", un progresivo y silencioso deslizamiento por el recodo cercano del río…

Apretando el timón entre las piernas, yo mantenía el arma contra la mejilla, listo para disparar. Bumm…, un pato gordo aleteaba por su vida entre copos de plumones, los dedos huesudos de un remero lo alzaron del agua y lo arrojaron al bote. El primer asado ya estaba asegurado. Dando graznidos, el resto de la colonia de patos alzó rápidamente el vuelo salpicando sobre nuestras cabezas.

Unos cien, doscientos metros río más arriba, uno de los indígenas susurró: "*Pava*". En silencio dirigimos el bote hacia el tupido matorral en la otra orilla. Los brazos y ramas de los árboles empezaban a moverse, pero esta vez yo tenía preparada mi escopeta de dos cañones llena de postas grandes. Disparé sin ver a mi víctima, a ciegas, en el matorral

que se movía, y enseguida una magnífica pava macho de monte cayó al agua al lado de nuestro bote.

Yo tenía buen ojo y era buen tirador, pero en absoluto puede decirse que fuera un cazador, porque nunca era yo quien veía primero la presa. Mucho antes de que viera algo a lo que disparar los nativos llamaban mi atención sobre el dónde y el cuándo y el qué. No tenía aún la más mínima idea de las astucias de la caza silvestre.

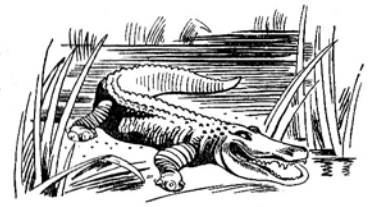
Al indígena que está de cacería no se le escapa el más mínimo movimiento; conoce los habitantes de cada árbol y arbusto, y sabe diferenciar la ondulación apenas perceptible de las olas ocasionadas por la cabeza de un caimán que se está sumergiendo de aquella que provoca un pato al que no se ve que pasa debajo de plantas colgantes de la orilla. Como los sentidos de los depredadores, también los del hombre que vive en la selva son extremadamente agudos.

Por la tarde acampamos en el Pailón Grande, una bahía circular similar a una laguna rodeada por altas palmeras. Habíamos conseguido patos y pescados, que asamos al fuego. También partimos en trozos un mono que habíamos cazado y lo cocinamos en la olla del arroz. El enjambre de mosquitos que empezó a zumbar al atardecer nos obligó a meternos debajo de los mosquiteros y pronto la sinfonía de la selva nos hacía dormir profundamente. Al día siguiente reiniciamos el viaje antes del amanecer. Afortunadamente mis barqueros conocían el curso del río. Yo mismo jamás hubiera podido orientarme en ese laberinto de cursos de agua.

El agua del Geneshuaya se volvía cada vez más clara y fresca, y después de tres días de viaje la corriente también era más fuerte y los recodos más cortos. Desde la salida de Ivon no habíamos visto ni gente ni cabañas. El río se había vuelto estrecho. Los árboles en la orilla formaban un techo sombrío contra los rayos perpendiculares del sol. Un gallo silvestre sucumbió a mi escopeta. De vez en cuando también soltaba plomo a las manadas de monos que se precipitaban por las copas de los árboles. Pero cuando uno de esos monos moribundos estaba echado a mis pies, me reprochaba haberlo matado. Pues por unos magros pedazos de carne de mono no merecía la pena abatirlo.

En una de mis correrías por el bosque cayó una madre mono al suelo, gravemente herida en una pata. En el pecho de la madre estaba pegado un monito. Cuando el indígena que me acompañaba quiso quitarle el animalito, la madre emitió un grito tan desgarrador que le pedí que se

detuviese y dejamos la madre herida con su cría en el suelo. Tenía la esperanza de que el monito encontrase en la manada una nueva madre que lo adoptara. Este acontecimiento me impresionó de tal manera que nunca más disparé a un mono si mi hambriento estómago no me forzaba incondicionalmente a ello.



EL TESORO DEL INDÍGENA

El quinto día a remo alcanzamos el Arroyo Verde, donde empezaban "mis" gomales. Cerca del último campamento, Calzow, señalando el suelo del bosque, me dijo:

–¿Sabe usted qué es eso?

–Sí, es un pedazo de periódico viejo y sucio.

–No, mi joven amigo, es Ritz, quien hace ocho meses pasó por aquí y fue el último que me visitó allá arriba.

–¿Y cómo sabe usted que este pedazo de papel es de Franz Ritz?

–Porque aquí no hay quioscos de periódicos y tampoco nadie que compraría periódico... Los indígenas no llevan consigo esas cosas, por lo tanto el papel sólo puede ser de un europeo, y aparte de mí, desde hace dos años Ritz fue el único en esta zona. ¡Por cierto, él también era un novato como usted, pues los hombres que han pasado un buen tiempo en el bosque no tiran el periódico en una selva tan verde y hermosa!

Aproximadamente un año después viví un caso similar.

En un viaje de inspección por unos gomales alejados, una noche estaba sentado al lado de la fogata de un trabajador de la goma. Los nativos que vivían en los alrededores habían venido para saludarme y cada cual tenía algo que contar o algo le afligía.

Un viejo trabajador cobró confianza y enigmáticamente me dijo que tenía un libro.

–¿Un libro?

¡Sí, él tenía un verdadero libro!

–¿Y qué clase de libro tienes?

–Un libro hermoso, así de grueso y así de grande –contestaba haciendo con la mano los gestos explicativos correspondientes.

–¿Y de qué trata el libro? –me picaba la curiosidad.

–Ay, *taita*, yo no puedo leer, pero es un libro muy lindo.

–¿Ah, entonces tienes un libro de dibujos?

–No, no, no tiene dibujos, sólo números y signos, crucecitas muy pequeñas, puntos y anillitos… ¡un libro magnífico!

–Entonces muéstrame tu lindo libro –le pedí.

–Oh, no lo tengo aquí, lo tengo en mi cabaña, a dos horas de aquí. ¡Ya lo tengo desde hace muchos años; normalmente siempre lo llevo en mi mochila para que no se extravíe; mi compadre me lo regaló cuando se estaba muriendo y me dijo que era un libro muy valioso, un libro excelente!

Esa noche no lograba conciliar el sueño a pesar de que estaba muy cansado. Mis pensamientos se entretenían en el libro misterioso. Quizás era una vieja biblia de los jesuitas, quizás el diario de un explorador perdido, un fajo de antiguos pergaminos de los incas o tal vez apuntes extraviados de ríos con oro u otros tesoros sobre los que hasta hoy en día se investiga en Bolivia. Pues apenas habían pasado cien años desde que el suelo en que me encontraba todavía era territorio colonial español y estaba habitado por indígenas salvajes. ¿Quizás era el testamento de un antiguo jefe? En suma, no me podía imaginar de qué tipo de libro podía tratarse.

Aún no había despuntado el nuevo día cuando le pedí al viejo indígena que me llevara a su cabaña y me mostrase su misterioso libro. Hacia el medio día llegué allí y me senté en un pedazo de madera esperando las cosas que estaban por venir.

Meticulosamente el viejo sacó mi hamaca de la bolsa, la fijó en los postes de la cabaña, durante un largo rato atizó el fuego extinguido y tras mucho ir y venir finalmente se decidió a traer el libro de la cabaña. Abrió una bolsa de goma que estaba escondida en una hendidura en el

techo de hojas de palmera y sacó el libro de ella. Con dificultad pude leer el título del libro desgastado y medio descompuesto: *Indicateur des chemins de fer du Nord*. ¡Un horario del ferrocarril del norte de Francia!

No sabía muy bien si maldecir o reírme, pero me decidí por lo último.

El viejo indígena me observaba atentamente de pie delante de mí con la boca abierta, sin perder de vista su libro por un instante. En vano traté de aclararle al hombre qué tipo de libro era. Me pidió que se lo leyera: "*Amiens, départ 4.15, Gare du Nord, Paris, arrivée 9.30*"[21], etcétera. Con grandes ojos y con gran recogimiento, el feliz propietario del libro escuchaba los sonidos nasales franceses. Cuando le devolví el libro, lo envolvió nuevamente en el gran pañuelo rojo y lo escondió en la bolsa de goma en la hendidura. ¡Le confirmé que era un libro muy lindo, un libro magnífico!

Así como el viejo pedazo de periódico nos había informado que Franz Ritz había estado ocho meses antes en nuestro campamento, en algún momento también me enteré de cómo este horario francés había llegado a esta región olvidada del mundo, a quince mil kilómetros de distancia de París. Cuando muchos años después estaba sentado alrededor de unos planos junto al ingeniero Varnoux, quien había medido nuestros gomales, éste aún se recordaba perfectamente del horario de trenes que lo había acompañado en sus viajes por la selva.

Ahora, es posible que el horario desactualizado desde ya hace mucho sea conservado por mucho más tiempo que el resto de los horarios del mundo como el mayor tesoro y que se herede de padre a hijo y de generación en generación. En todo caso, jamás un libro ha hecho más feliz a un hombre que ese horario al viejo indígena, y seguramente ningún otro europeo ha caminado ocho kilómetros en un sendero fatigoso por la selva para ver un viejo y desactualizado horario del ferrocarril del norte de Francia.

NUTRIA Y SUPUESTA RAYA ELÉCTRICA

En la época seca, a la altura de la desembocadura del Arroyo Verde el Geneshuaya es tan sólo un riachuelo. Allí se forma un lago bastante grande y muy profundo rodeado de altas riberas. En la tierra calcárea, blanca y arcillosa de esa orilla empinada vivía en cuevas y huecos

una gran colonia de nutrias, llamadas *londras*. Apenas nos habíamos internado en la bahía en forma de lago cuando desde cuevas y huecos situados a tres y cuatro metros sobre la superficie del agua se lanzaron zambulléndose elegantemente de cabeza un sinnúmero de estas focas de agua dulce y rodearon nuestros botes con ladridos y alaridos.

La tropa me parecía una pandilla ruidosa y chillona de escolares en una piscina. Se apiñaban cada vez más contra nuestros botes, inconfundiblemente indignadas porque habíamos entrado a su lago.

Todos los golpes con los remos dirigidos a sus redondas cabezas fallaban, y el griterío se convertía en un ruido infernal. La capacidad de estos animales de sumergirse como un relámpago es tan grande que incluso superaba la velocidad de las balas. Con toda claridad yo tuve en el punto de mira de mi fusil uno que otro cráneo, pero al estallido del disparo las cabezas, aunque se encontraban a pocos metros de distancia, desaparecían, y las balas rasando la superficie del agua terminaban salpicando la orilla. Dos veces pensé haber hecho un tiro certero; las balas desaparecieron con un fuerte impacto junto con las cabezas, pero luego en la superficie no hubo sangre ni cuerpo. Una de las londras se deslizó sobre el borde del bote y volvió a escurrirse al agua como un jabón. Esto sucedió con tal rapidez que el remero que estaba sentado en ese lugar acabó propinando no un fuerte golpe en la cabeza de la londra sino en su propia tibia y dio un grito por el dolor que se había infligido a sí mismo. Felizmente no fue mordido por ningún animal.

El masivo e inesperado ataque de esos animales nos había hecho olvidar el tiempo, de modo que, con las molestias de un asqueroso hedor a pescado, nos vimos obligados a acampar cerca de las viviendas de las londras. Los aullidos y ladridos de los excitados animales se prolongaron hasta tarde en la noche.

Desde ese momento viajamos a un ritmo terriblemente lento. El Geneshuaya llevaba muy poca agua y todo el lecho del río no era otra cosa que una maraña revuelta de ramas caídas.

Con machetes y hachas teníamos que abrir literalmente túneles a través de las copas de los árboles caídos, cuyas ramas se habían apretujado unas a otras.

El tronco de un árbol de más de dos metros de diámetro nos dio trabajo durante un día entero. Estaba tendido a través del arroyo, a pocos centímetros sobre el agua. Tras vanos intentos durante varias horas de partirlo con nuestras hachas vimos cómo cada vez se hundía más

debajo de la superficie del agua. Entonces no nos quedó más remedio que descargar los botes y subir la mercadería por la empinada orilla. No conseguíamos levantar los pesados botes por encima del tronco sumergido. Entonces llenamos los botes con agua y los empujamos por debajo del tronco. Después, con mucho trabajo volvimos a vaciarlos para poder navegar de nuevo.

Tras cada curva del río aparecían nuevos obstáculos. Don Frank, Calzow y yo pasábamos la mayor parte del día con el agua hasta el pecho ayudando a empujar los botes por encima o a través de los obstáculos. En algunos lugares una densa y compacta masa de troncos, ramas y tallos había estancado el arroyo. La corriente se lanzaba por las brechas abiertas y sólo reuniendo todas nuestras fuerzas podíamos superarla. Los troncos de los árboles liberados salían disparados por las brechas y golpeaban contra las paredes de las embarcaciones cada vez más permeables, de manera que constantemente había que achicar el agua.

De pronto Calzow dio un grito. Había pisado con sus pies descalzos una espina, larga como un dedo, de una palmera atascada debajo del agua. –"¡Una raya! ¡Una raya!", se lamentaba, pues creía que le había picado la larga y venenosa espina de una raya eléctrica, que abunda en el Geneshuaya. La picadura de la raya es terriblemente dolorosa y provoca fiebre alta. La herida es purulenta y muy difícil de curar. Si no se trata adecuadamente genera una especie de furúnculo crónico, que siempre se llena de nuevo de pus.

La espina de la palmera se había quebrado, pero logré sacarla con ayuda de uno de los instrumentos de la caja de gatillos, de la que Calzow antes se había burlado.

Luego pasábamos a menudo al lado de pequeños centros de goma, cabañas levantadas a la rápida sobre la orilla, que habían servido de vivienda a varias familias durante el periodo de cosecha. Todas estaban vacías y nos concedían un refugio provisional.

GENESHUAYA.
EL VIEJO Y EL NUEVO JEFE DE LA TRIBU

Tras dos semanas de viaje llegamos por fin a la barraca Almendros. Nos estaban esperando desde hacía mucho tiempo y dos días antes ya habían escuchado los golpes de hacha, lo que seguramente fue posible teniendo en cuenta la línea directa relativamente corta, pero también debido a los buenos oídos de los indígenas. Todos los habitantes del Geneshuaya estaban de pie en la orilla: hombres, mujeres y niños medio desnudos. Remoloneaban algo tímidos alrededor de Calzow y nos daban la mano a manera de bienvenida. Y ya se sabía también que había un nuevo patrón. La cuestión era cómo se iban a arreglar las deudas con el antiguo patrón. ¿Quién las iba a pagar?

En un abrir y cerrar de ojos las embarcaciones estaban vacías y la mercadería colocada en el amplio almacén. Hacía tiempo que en el Geneshuaya no se veían tantas cosas. Las mujeres cuchicheaban entre sí, y los ojos de los niños resplandecían como si estuvieran frente al árbol navideño. Algunos muchachos adolescentes sacudían las cajas, espiaban por entre las grietas de las tablas de madera y deliberaban sobre el contenido de tantas maletas.

Don Juan se dejó caer malhumorado en su hamaca y dio al mayordomo algunas instrucciones que aparentemente estaban destinadas a los

muchachos. –Aquí –se dirigió a mí–, puede dormir donde quiera. Ahí atrás en el almacén hay lugar para su hamaca. Pero si en tanto nuevo patrón prefiere ejercer ya desde hoy sus obligaciones, naturalmente mis aposentos privados están a su disposición.

Éstos se limitaban a un pequeño cuarto contiguo al almacén con piso de tierra apisonada. Una anticuada maleta negra con la tapa abovedada apoyada de pie contra la pared de bambú, un lecho es decir, una piel de vaca extendida en un rincón, una silla recubierta con una piel sin curtir y una pata que había que enderezar antes de sentarse, eran los muebles que le daban al cuarto el magnífico nombre de aposentos privados.

Sobre un clavo en un poste de la pared colgaba un sombrero de junco con agujeros con la forma de la corona de un rey y en otro clavo un largo látigo que terminaba en cinco puntas, el cetro del rey de la barraca. Sobre la piel de vaca estaba echado un perro junto a una almohada de color plomo ceniza y al lado había una taza de cinc. Éste era el aposento del patrón.

Don Frank y yo hicimos templar las hamacas en el almacén; allí teníamos en todo momento una vista general de las cajas con su contenido líquido. De hecho, habíamos llevado papel y tinta y quien quería pedir algo tenía que pagarlo; es decir, se lo dábamos a crédito.

Don Frank, dos años menor que su hermano don Oscar, era un medio inglés vivaz y humanitario que rondaba los treinta y tantos años. Su máxima era vivir y dejar vivir. Cuando la compañía era alegre, los corchos saltaban, se bailaba y se jugaba, ahí estaba don Frank. El nombre de sus amigos y el tamaño de sus cabañas le resultaban del todo indiferentes. Gentil con los europeos, bueno como un padre y cordial con los indígenas, era estimado por los primeros y adorado por los últimos. Persona muy culta y muy viajada por Inglaterra, Alemania y Suiza, donde también había estudiado, las ocasionales expansiones de los apetitos no lo hacían indianizarse. De vez en cuando al marido de alguna indígena no le quedaba otra que cerrar ambos ojos, pero don Frank siempre apaciguaba los celos emergentes con palabras apacibles o mano generosa. A veces entraba en conflicto con los aduladores. De acuerdo a sus costumbres era incansable y trabajador, pero también amante de la libertad.

Nuestra llegada se festejó como es debido. Las mujeres de Almendros trajeron gallinas con delgadas cintas alrededor del cuello, vasijas de tutumas llenas de huevos, toda clase de frutos silvestres, tortas de maíz

y de arroz tostadas sobre piedras calientes. La gran mesa de madera dura y nudosa situada bajo el amplio alero pronto estuvo repleta con todas las maravillas culinarias y los regalos que se trajeron.

Se comió y bebió de las cuatro de la tarde hasta las cuatro de la mañana, es decir, durante doce horas ininterrumpidas.

Don Apolinar Miranda, el mayordomo y montaraz, algo tímido e inaccesible, se mantenía apartado. Detestaba esos banquetes porque seguramente había tenido experiencias que resultaron desagradables, pero no se podía oponer. Sólo bebió algunos vasos de cerveza y luego se retiró inadvertido.

Miranda andaba descalzo; su pantalón azul algo corto era limpio, como también la camisa a rayas rojas hecha de tela barata. Alrededor del cuello, cubriendo los hombros, caía de modo despreocupado el triángulo rojo de un pañuelo. En las manos estrujaba un pequeño gorro, hecho de la misma tela azul que sus cortos pantalones. Su fuerte bigote debajo de la nariz grande y ligeramente arqueada dejaba colgar melancólicamente las puntas, lo que daba a su cara una expresión tártaro-asiática, tanto más cuanto sus ojos pequeños pero sombreados por largas pestañas continuamente iban y venían inquisitivos de don Frank a mí y de mí a don Juan. Don Apolinar fue invitado a permanecer en su función de mayordomo bajo la nueva administración; también se le había concedido el aumento de sueldo solicitado. Era un hombre del bosque hasta el último hueso. Apenas sabía leer y escribir, pero tenía a los indígenas que le estaban subordinados firmemente en un puño y sólo hablaba con la gente en imperativo. En sus viajes de inspección por los centros gomeros, los trabajadores nunca lo veían o lo escuchaban llegar. Si era posible evitaba los senderos trillados de la selva; de pronto aparecía por ahí y exigía ver la goma cosechada. Nunca dormía en la cabaña de un trabajador de la goma, aunque estuviese lloviendo. Con la puesta del sol se retiraba al bosque para pasar la noche en algún lugar al aire libre. Sólo una vez que se había ido, los trabajadores descubrían en la espesura un fugaz techo de hojas, que era el lugar donde Miranda había dormido.

Nunca había necesidad de buscar al mayordomo. Siempre estaba ahí cuando uno lo necesitaba; pero por otro lado, cuando no era necesaria su presencia, nadie podría haberlo encontrado. De pequeña y desgarbada estatura, decepcionaba a todo el que lo veía por primera vez. Uno no se imaginaba así al mejor batidor de la selva y al tristemente célebre

cazador de indígenas, al montaraz temido y sin embargo respetado, que conocía la selva y los cursos de los ríos como la palma de su mano.

Empezó la corrección de las cuentas del personal.

Uno tras otro los trabajadores endeudados fueron llamados a la mesa.

Anacleto Nico, gorro en mano, esperaba con cara de no haber roto un plato.

–¿Tienes alguna idea de cuánto estás debiendo? –le pregunté al hombre.

–No sé exactamente: creo que doscientos o quinientos. Desde hace muchos años el patrón no ha fijado la deuda.

–Según esta lista debes setecientos cincuenta y seis bolivianos, ¿estás de acuerdo?

–*Sí, señor*.

–¿Estás de acuerdo con que nosotros paguemos tu deuda a tu patrón aquí presente, don Juan Calzow, y de esta manera entrar en nuestro servicio?

–*Sí, señor*.

–¿Cuánta goma has entregado?

–Cinco bolachas, *señor*.

–Pero espera, eso serían aproximadamente veinte arrobas (vieja medida española; 11,5 kg.), pero hasta ahora en tu cuenta sólo han anotado a tu favor doce, ¿cómo se explica eso?

–Es del todo correcto –interrumpía vociferando Calzow–, ¡el tipo ha ahumado todo tipo de suciedad en la bolacha, por eso le he quitado dos bolachas; yo no pago por la basura!

–¿Por qué has metido basura en tu goma? –seguí preguntando a Anacleto.

–El patrón me dijo que, si no entregaba cinco bolachas, recibía una paliza.

–¿Estabas enfermo para no reunir la goma?

–No, el maleante justamente no estaba enfermo –contestaba Calzow en su lugar–, es un sinvergüenza vago y se va a pescar o a cazar en vez de picar goma.

Anacleto Nico tenía dos hermanos que también trabajaban en la barraca picando goma. Llamé a los hermanos a la mesa.

–¿Por qué su hermano aquí presente no ha entregado tanta goma como ustedes y ha metido basura en su bolacha?

El hermano mayor respondió brevemente: –Es un vago. –Dirigiéndome de nuevo a Anacleto le preguntaba:

–¿Entonces estás de acuerdo con que simplemente se te hayan quitado las dos bolachas con las que querías engañar a tu patrón?

–*Sí, señor*.

–Ahora escucha, muchacho, si vuelves a hacer lo mismo se te va a quitar toda tu goma y tampoco vas a conseguir nada del almacén.

Calzow estalló de risa: –¡No me haga reír! Eso ya se lo he dicho yo mil veces, pero no sirve, y si no hubiera sabido que todo ese tinglado se había vendido, hubiera hecho que le dieran por lo menos unos doscientos.

Así, Anacleto Nico entró a nuestro servicio y se comprometió a pagar su deuda con goma, mediante otras prestaciones en trabajo o al contado.

–Espera, ¿qué edad tienes?

–*No sé, señor*.

–Apunte veintisiete años –sugirió don Frank–, aquí nadie sabe cuál es su edad. En el Geneshuaya no hay registros de nacimiento ni de bautismo. Usted puede empezar a hacerlos.

Manuel María Tamo era el próximo en la mesa.

–¿Cuánto crees que debes?

–*No sé, señor*, el patrón me ha dicho que debo mucho.

–En tu cuenta no hay abonada ninguna goma. ¿No trabajas la goma?

–*No, señor*.

–¿Por qué no?

–Soy demasiado viejo, ya no puedo ir al monte. –Con estas palabras el pobre diablo se dejaba caer sobre sí mismo, ponía cara triste y trataba de aparecer lo más viejo posible. Al ver sus esfuerzos, me costó reprimir una sonrisa.

El anciano probablemente había pasado los setenta años.

–¿Qué hace el hombre? –le pregunté a Calzow.

–¡Come y duerme!

–Vaya, supongo que cuando usted tenga su edad tampoco va a hacer otra cosa; algún tipo de trabajo manual estará haciendo para pasar el tiempo.

–Qué sabe usted de trabajo manual. Incluso hoy en día es un buen remero, pero normalmente está sentado en el chaco y ahuyenta a los loros y monos…

–Usted le ha abonado sólo cinco bolivianos al mes: de eso obviamente no puede vivir.

–No lo hace; por eso, de hecho, es que el tipo debe más de tres mil bolivianos.

–Debes dos mil novecientos ochenta y tres bolivianos. ¿Estás de acuerdo?

–*Sí, señor*, pero en realidad no he recibido casi nada de la tienda.

–Aquí pone: una hamaca Bs. 35.-, azúcar Bs. 4.-, fósforos Bs. 2.-, una botella de aguardiente Bs. 3.-, etcétera, etcétera.

–Sí, pero el alcohol nos lo dio el patrón gratis para Carnaval.

–¡Ni que estuviera loco! –gritaba Calzow–. ¿Por qué tendría que entregarte el aguardiente gratis?

–*Sí, señor*.

–¿Entonces estás de acuerdo con que paguemos tus deudas por ti?

–*Sí, señor,* pero no el alcohol….

–Bueno, entonces no pagamos el aguardiente. ¿Estás de acuerdo con tu sueldo de cinco bolivianos al mes?

–*Sí, señor*, pero no puedo trabajar la goma.

–Tampoco lo vamos a exigir. Desde ahora recibes veinticinco bolivianos por mes, pero tienes que vivir con esto, porque el arroz, el maíz, la carne y los otros productos del chaco los recibes gratis.

–*Sí, señor*; *gracias, señor.*

De este modo el anciano setentón José María Tamo[22] entró a nuestro servicio y se comprometió a saldar sus deudas mediante trabajo.

Me dirigí en alemán a Calzow:

–¿Aparentemente usted no conoce la nueva ley según la cual ya no se puede facturar a la gente aguardiente en la cuenta?

–No –contestó Calzow–, efectivamente no sabía que se debe dar aguardiente gratis a la gente. Ahora voy a pedirle al Presidente de Bo-

livia que nos envíe la mayor cantidad posible de aguardiente gratis. Entonces veremos qué dice. De hecho, usted sabe tan bien como yo que las leyes se fabrican para transgredirlas. Y si quiere empezar a hablar a la gente de leyes, entonces es mejor que cierre el boliche.

El anciano quedó con una deuda de ochocientos bolivianos en nuestros libros. De todos modos, con su fallecimiento habría que anularla.

Después se presentaba Luisa Yanamo, una pequeña mulata de tez muy oscura, retoño de un padre negro y una indígena. Clavó la vista en el suelo cuando fue convocada por su nombre.

–¿Cuánto debes?

–Don Juan me ha dicho que debo setecientos bolivianos.

–¿No tienes marido?

–*No, señor*.

–¿Por qué no? Podría hacerse cargo de tus deudas.

–El patrón no lo quiere.

Miré interrogante a Calzow y él dijo al respecto:

–Deje que se vaya, es mi mujer o cocinera o lo que usted quiera.

–Pero tiene una cuenta aquí.

–Éste no es asunto suyo para nada. Ya le he dicho que querían vender a mi mujer pasando por encima de mí. ¡Así que fuera de ahí! No debe nada. –Así vociferaba a la mulata y ella se retiró más avergonzada que cuando se presentó.

–Trae al niño aquí –gritó Calzow detrás de ella.

–¿Se va a llevar a Luisa con usted? –le preguntaba a mi antecesor.

–Ni lo pienso. Que trabaje. Ya encontrará amante.

Se canceló la deuda de Luisa Yanamo; era por lo tanto libre y más tarde vino pidiendo autorización para quedarse en la barraca y se le concedió. La contraté como cocinera. Pronto contrajo nuevas deudas y se comprometió a pagarlas con trabajo mediante un sueldo de veinte bolivianos mensuales.

Unos meses después yo casé a Luisa Yanamo con un joven indígena que se hizo cargo de su deuda, de modo que ella nuevamente era libre y sólo tenía que ayudar gratuitamente en la siembra, la cosecha y la gran limpieza de la barraca.

Cuando en la noche se habían corregido todas las cuentas de los peones, Luisa vino con el niño, un cabezoncito pequeño, simpático, rubio, de tez blanca, de cuatro años de edad. Era el retrato vivo de su padre Calzow y también ya había aprendido todas sus muecas.

–Ajá, ahí viene el *patroncito* Juanchiño.

Algo tímido, se apretaba entre las rodillas de su padre. En vez de darnos la mano cuando su padre se lo ordenó, nos hizo muecas.

–¿Se va a llevar al chico con usted cuando se vaya de aquí?

–Todavía no me he podido decidir. ¿Qué puedo hacer yo con el chiquillo? Siempre está pegado a su madre.

–Pues claro que se va a llevar a su hijo –lo alentaba don Frank–. Usted no tiene a nadie en este mundo al que pueda dejar la fortuna que se le va a pagar por las cuentas de la gente. Le prestamos la madre mientras se encuentre en territorio boliviano; después ya va a encontrar a alguien que pueda cuidar al niño.

–¿Qué dices tú, Luisa?

–*Sí, señor* –decía con lágrimas en los ojos–, también creo que es mejor que el Juanchiño se vaya con el patrón, yo no puedo cuidar bien de él.

La madre estaba entonces de acuerdo y aunque no hubiera estado de acuerdo, de igual modo don Juan Calzow se habría llevado a su hijo.

–¿De hecho, a dónde ha pensado viajar cuando hayamos terminado aquí?–preguntaba yo algo prematuro.

–Aún no tengo idea. Usted parece realmente tener prisa en librarse de mí; en todo caso, no me voy a Europa. Ya no encajo en esa sociedad. Quizás me compre una estancia con una pulpería en algún lugar de la frontera argentina.

Ni uno solo de los peones hizo uso de su derecho a buscarse otro patrón en otro lado.

En un pequeño discurso, don Frank me presentó como nuevo patrón a la gente, y en consideración del gran evento hubo tres días libres y aguardiente gratis.

Se puso en escena un tumulto como el de una fiesta popular; se bailaba y se bebía hasta perder el conocimiento. El alcohol hacía a la gente confiada y valiente; en pequeños y grandes grupos entraban culebreando, y con los ojos húmedos por el aguardiente me preguntaban miles de cosas y cada cual me aseguraba que era el mejor trabajador

del Geneshuaya, que jamás tendría motivos de quejarme de él. Alguno que otro también intentaba despotricar contra el anterior patrón, pero lo callaba enseguida con una mirada o una palabra desaprobadora. Trataban de vitorear mi nombre, pero como nadie era capaz de pronunciarlo, gritaban: "*¡Que viva el nuevo patrón! ¡Que viva el señor don Renquenquen…*!". Esto sonaba más o menos como mi nombre.

Don Frank participaba plenamente en el jaleo, se reía, bailaba y bebía con la gente, les prometía el cielo y la tierra, todo lo que querían, y afirmaba que yo era el mejor patrón imaginable y que con seguridad iba a satisfacer todos los deseos del mundo, a condición que fuesen trabajadores y honrados.

El bien ejercitado don Juan Calzow intentaba beber conmigo hasta hacerme caer bajo la mesa, pero en vano. Él mismo, sin embargo, acabó vencido por la borrachera y terminó roncando en su hamaca.

Cuando aparentemente todo lo que había por beber, lo que era líquido y alcohólico, se había acabado, la borrachera llegó a su fin. Junto con Miranda yo había escondido varias cosas detrás de unas balas de tela para salvarlas de la garganta sedienta de Calzow y para tenerlas en reserva para otro día. Los tambores de los indígenas y el acordeón de Bailón Arrazola, que había tocado mil veces la misma canción durante los tres días, callaron; algún que otro estómago sobrecargado se había volcado cuando por detrás de la Cruz del Sur que se iba extinguiendo un nuevo día ponía colores más claros sobre el contorno de la selva.

Miranda tocó una campana que colgaba debajo del alero de nuestra cabaña, justo en el momento en que el primer rayo del sol iba a dorarla.

Allí colgaban otras dos campanas, y el sonido de cada una de ellas tenía un significado concreto, que igualmente se convertía en orden.

La campana que acababa de ser tocada en ese momento llamaba al personal a presentarse a la distribución del trabajo. Durante tres días y tres noches no se había escuchado su voz, justo desde el momento en que había repicado junto con las otras en señal de fiesta.

La campana más pequeña pertenecía a los muertos. Tenía la obligación de llamar a las almas indígenas muertas ante un patrón superior: era la voz del "*Taita grande*" o "Gran Señor".

Cuando el badajo de una de las campanas golpeaba, la orden estaba dada. Cuando el sonido se extinguía, la orden se volvía ley en la barraca.

Los jesuitas habían traído las campanas a esta selva. Los indígenas fueron bien instruidos en que había que tomar en serio su sonido.

Esta vez todo el mundo estaba presente para la distribución del trabajo. Un ojo morado, un pie rengo, una muela dolorosa, una cabeza llena de zumbidos y cualquier otro tipo de molestias posibles no fueron motivo para no obedecer la llamada de la campana. Hoy el asunto era especialmente importante, pues uno se enteraba qué nuevo sitio se asignaría a cada cual bajo el nuevo gobierno.

Todo el mundo gritaba "*presente*" en voz alta cuando Miranda leía su nombre. Algo decepcionados escuchaban la orden del día.

En el plazo de cinco días se debía transportar a la barraca toda la goma que aún se encontraba en los centros. Los habitantes de centros remotos recibirían ayuda, y don Apolinar Miranda había calculado poco tiempo para cada uno. Algunos tenían que acarrear su goma hasta cien kilómetros por tierra y pantanos, otros seguían el río en bote y se adentraban por los afluentes. Sólo algunos pocos iban a quedarse en la barraca. Éstos tenían el encargo de hacer vigas para la construcción de un nuevo galpón.

Todo era exactamente como antes. No había nada nuevo, sólo el nuevo patrón había sacado a algunos de la larga fila y los había tratado brevemente con tintura de yodo, árnica o alguna otra cosa. Además, a Armando y a Ruperto les había puesto pastillas de quinina en la boca, y a otros les había suministrado una bebida amarga.

Luego todos se fueron a sus cabañas. Cuando pasaban por la plaza, como era costumbre, saludaban con el sombrero de paja de ala ancha a la cruz de madera erigida en medio de la plaza.

Abajo en el río algunas manos de mujeres con la piel del color del chocolate golpeaban un bulto de ropa clara colocado sobre un tronco de árbol liso y enjabonado. Los niños retozaban en el agua poco profunda sin prestar atención al caimán que estaba acechando enfrente, a apenas veinte pasos de distancia. Ya lo conocían desde hacía mucho tiempo; pertenecía a ese lugar como la cuchara de madera a la olla de arroz, siempre había estado allí y probablemente estaría allí para siempre. Ese viejo y vago bicho ni siquiera se movía cuando le tiraban pedazos de madera delante del gran hocico. Lo llamaban el *portero*, pues ningún bote venía o dejaba el puerto sin estar bajo su control. Tan pronto como el sol saliente brillaba sobre la punta de su hocico, se retiraba molesto a la sombra debajo de los matorrales que sobresalían de la orilla sobre el agua. Se sospechaba que se había comido el pequeño perro de Asunta cuando cruzó el río, y sólo cuando ella llegó a la cabaña se dio cuenta de que el pequeño perro no había saltado al bote con ella. Desde aquella época el perro había desaparecido, y durante dos días tampoco el portero estuvo en su lugar.

Calzow había amontonado sus cosas. Había guardado algunas botellas de cerveza en su gran maleta negra y puesto la taza de cinc vacía sobre la anticuada tapa redonda. También él me guiñó un ojo cuando entré.

Le propuse que ahora teníamos tiempo para ir a Francia, una barraca ubicada a cinco leguas río arriba, que pertenecía a la agencia del Geneshuaya y que Calzow había empleado como sede principal.

–Qué va, no hay prisa con Francia; de hecho, por tierra sólo está a dos pasos de aquí.

–Sí, pero me gustaría echar un vistazo a sus libros antes de abrir aquí mi contabilidad. Tengo que tener una idea de cómo se tasan aquí las cosas, pues hay diferentes galpones y cabañas, carros y embarcaciones, herramientas y materiales que se deben registrar en el inventario y por lo tanto tienen un valor…

–Mi contabilidad es asunto privado –se irritaba el hombre–, usted no tiene nada que ver con ella; ya le he entregado el inventario y las cuentas del personal, ¡entonces pasito a pasito, mi joven amigo!

–Va a disculpar, pero aún no he visto nada de lo que hay en Francia, por lo tanto no puedo haber recibido ese inventario; de hecho, quiero

comparar algunos saldos que usted sólo me ha pasado en una lista con los libros –protestaba yo–, y además hay algo de ganado en Francia.

–Todo eso puede esperar. Con calma, con calma, va a recibirlo todo.

En ese momento don Frank salió del almacén con una botella de whisky bajo el brazo. Por consiguiente había descubierto las cajas que Miranda y yo habíamos mantenido escondidas, y con una sonrisa nos invitó a tomar un aperitivo.

Yo fui con Miranda al bosque.

–La *piraquina* –me explicaba el hombre versado en la selva–, sirve sobre todo para cabríos y vigas, aquella madera para barcas y pequeños botes, ésa sin nudos para tablas. También hay madera que no se descompone bajo tierra y que se endurece en el agua. Luego hay maderas cuyo líquido amargo impide que se carcoma. Algunos arbustos pequeños y poco vistosos y algunas hierbas del sotobosque permiten conclusiones irrefutables sobre la composición del suelo. Por ejemplo, donde aparecen estas flores también crece arroz. Aquellos arbustos y plantas de hojas sólo crecen en un suelo en el que también crecen plátanos, maíz y tabaco. Aquí el suelo es apto para yuca y café. Unos pocos metros de diferencia de altura son decisivos para el crecimiento de las plantas y para las buenas o malas perspectivas de la siembra.

Miranda me parecía cada vez más sabio, yo cada vez más estúpido. La selva es una ciencia propia, un amplio campo de investigación, y no resultaba posible que un contador caído de Europa la entendiese.

–Los troncos de la piraquina sólo se pueden cortar en luna menguante si se quiere que duren –me explicaba Miranda.

–¿Pero qué tiene que ver la luna con los troncos de los árboles? –preguntaba yo.

Tres meses después, lo llevé a Miranda al almacén y le mostré dos palos en el suelo. Yo había hecho intencionalmente cortar uno en cuarto creciente, el otro en cuarto menguante.

–Entonces ese palo no sirve –fue la corta respuesta de Miranda.

–¿Por qué? Ambos son iguales –contestaba yo.

Miranda hizo que quitasen las cajas que estaban sobre los palos, levantó cuidadosamente el palo que censuraba y me lo dio. Cuando lo agarré, la cáscara crujía como cáscara de huevo vacío. La cáscara era liviana como papel de envoltorio. Las hormigas habían ahuecado el palo por completo. El otro palo seguía siendo pesado y macizo, como

si se acabara de cortar hace un instante. Curiosamente, desde fuera, el palo ahuecado no se veía diferente.

Por consiguiente, si la madera de la piraquina va a ser usada en construcción, sólo puede ser cortada con mucho cuidado y teniendo en cuenta la luna. A la vista los cabríos parecen sanos y confiables, hasta que un buen día el techo se desmorona por completo.

Le solicité a Calzow que regresase con don Frank a la Casa principal en Cachuela, ya que ahora había buenas opciones para hacerlo. Antes, sin embargo, quería recibir los libros, respecto de cuya entrega hasta ahora me había venido dando vueltas largas.

–De acuerdo –refunfuñó Calzow–, puede tener todo el papeleo inmediatamente. –Y al decirlo agarró un machete apoyado en un rincón y, descalzo, sin sombrero y sólo vestido de camisa y pantalón cruzó la plaza.

Imaginé que la contabilidad estaba guardada en una cabaña cercana, por lo cual yo seguía de cerca a don Calzow. Sin embargo, pasó de largo por la última cabaña y tomó el sendero que llevaba a Francia. Don Calzow se aseguró de que le estaba siguiendo. Lo alcancé y le pregunté:

–¿Acaso no decía usted que Francia estaba a cinco leguas de aquí?

–Depende de cómo se va. El camino se puede hacer también en tres horas –refunfuñó.

–Entonces voy a buscar mi sombrero y mi arma –respondí yo.

–No se necesita. Todo el camino está bajo sombra –me informó.

Así, iba tras él a unos pasos de distancia pues el sendero por el bosque no permitía caminar lado a lado. Mi predecesor, en el doble sentido de la palabra, de vez en cuando daba un pequeño paso imprevisible a un lado, lo que yo atribuía al abundante consumo de alcohol. El sudor le corría por la nuca roja. Yo esperaba que don Calzow estuviera sobrio y que propusiera regresar a la barraca Almendros. Pero nada de eso pasó. Avanzaba gruñendo, tarareando, tropezándose y de vez en cuando decapitando con el machete alguna rama espinosa que colgaba sobre el sendero, sin preocuparse de si yo le seguía o no.

Yo, sin embargo, le pisaba los talones. Después de hora y media nos encontramos frente a una depresión en forma de rambla llena de un agua de color marrón negruzco. La superficie del agua con el aspecto y hedor del estiércol líquido, que claramente se había mantenido ahí tras

una inundación, se extendía por arbustos y maleza, de tal manera que no era posible descubrir la otra orilla.

–¡Acá está la porquería! Ya me imaginaba yo que este maldito hueco aún seguía inundado. Ahora puede usted mostrar si sabe nadar. Si no sabe, le aconsejo que se dé la vuelta –decía don Calzow.

–No, no vamos a dar la vuelta –fue mi respuesta.

–Entonces al atolladero. Mejor déjese puestos los pantalones. Aquí abundan los bichos grandes y pequeños.

–¿Posiblemente también hay caimanes y serpientes en esta jungla? –quise saber yo.

–¡Por supuesto! En cambio, no lo puede atropellar un tren. Las bestias parecen más peligrosas de lo que son… ya harán sitio cuando nos acerquemos resoplando como hipopótamos.

Con los zapatos y los calcetines atados sobre la nuca, seguí a Calzow por el suelo esponjoso y en declive. Después de aproximadamente 300 metros el agua sólo llegaba hasta el pecho de mi guía. El agua sucia, caliente y de color marrón verdoso era picante como si se tratase de agua con pimienta. Mi acompañante asestó un golpe con su machete en el tronco de un árbol para dejarlo detrás de sí. Yo lo saqué y lo até junto con los zapatos y calcetines en mi nuca. Tras unos cien metros, Calzow empezó a nadar. No muy lejos vi el lomo dentado de un pequeño caimán verde deslizarse por las copas de la maleza. Calzow hacía como si no hubiera visto al lagarto gigante. Lo alcancé cuando se agarró a un tronco delgado para descansar un poco.

"*Palo santo*", gritó Calzow, metiendo su mano a toda prisa bajo el agua. El tronquito cobró vida con hormigas que trajinaban. En esta madera moran millones de hormigas rojas venenosas. El tronco está hueco, pero no obstante el árbol crece y florece. Los indígenas salvajes atormentaban a sus víctimas hasta la muerte haciendo que las hormigas se los comieran vivos. El árbol al que ataban a las víctimas recibió el nombre de "palo santo".

Don Calzow encontró el camino a través de la maraña de troncos y arbustos con una admirable seguridad.

Cuando llegamos a tierra seca, pronto encontramos el sendero abierto a través de la selva. Me senté para ponerme los calcetines y los zapatos. Calzow aprovechó la oportunidad para escaparse. Me levanté, corrí detrás de él, quise alcanzarlo, voceé haciendo eco con las manos. Calzow seguía desaparecido, y yo en medio de la selva. Pero pronto me topé

con un chaco cubierto de maleza y me encontré delante de la cabaña desmoronada de un antiguo guarda de la plantación. Debía estar en Motacusal, y por consiguiente a una hora de camino hasta Francia. Felizmente ya había aprendido a usar el sol como brújula y a la puesta del sol llegué también yo a la barraca Francia.

Un viejo indígena, sumiso, se quitó el sombrero ante mí y me dijo que el patrón lo había mandado. Me condujo por un laberinto de senderos y sembradíos de yuca, ahuyentó por aquí y por allá un buey que pastaba entre las plantas, me dirigió por cabañas a medio derruir y desapareció cuando me encontré delante de la casa del patrón, que sonreía burlón desde la hamaca.

–Le estoy esperando desde hace media hora. Pensaba que me seguía despacio. Finalmente envié al viejo Teodoro a buscarlo.

–Ha sido muy amable por su parte –le contesté tranquilamente, acercándome al fuego que ardía en llamas al lado de la casa.

–¿Qué está quemando ahí? –le pregunté.

–Contabilidad –fue su seca respuesta.

Maldiciendo, saqué con el zapato un libro ardiendo del fuego: el grueso libro mayor. Calzow se escurrió de la hamaca y golpeó con un palo sobre el libro ya prácticamente incinerado.

–¿Ve usted el pequeño hueco redondo que traspasa todas las páginas? Es la bala de calibre 44 que mandó a mi antecesor Albert Mouton al otro mundo. Uno de sus empleados le pegó un tiro en la cabeza por haber confraternizado demasiado con su mujer. Entonces tenga usted cuidado con las mujeres de otros hombres.

–Gracias por el buen consejo, pero ¿por qué está quemando los libros?

–Así le dije a mi jefe que iba a hacer. Mañana salgo de viaje.

–¿Entonces por qué no me ha ahorrado la caminata? –le grité furioso.

–Yo no le he invitado. Ahora por lo menos ya no tiene que husmear en libros que no le incumben.

Me senté en un pedazo de madera y silbé una canción. Cuando oscureció, Teodoro trajo una olla con arroz y pollo cocido. La mesa consistía en la rueda de un carretón de bueyes. Agarramos en silencio las dos cucharas de madera que estaban al lado de la olla y tratamos de ganarle al otro pescando las mejores presas.

Hasta bien tarde en la noche Calzow me habló de sus experiencias en el Madidi y el Geneshuaya. Iba entendiendo muchas cosas que antes

me parecían inconcebibles. Seguramente también yo me vería obligado a actuar extrañamente y a transgredir algunas leyes para autoafirmarme y también para preservar el bienestar de las familias indígenas que se me había encomendado. Tendría que dar por conformes cosas que bajo condiciones normales condenaría como absurdas e imposibles, sí: tendría que actuar en contra de mis propias convicciones. Las condiciones en la selva no pueden ser reguladas por normas de origen europeo. Quien vive en la selva también tiene que contar con las leyes de la selva.

Los ancianos indígenas a mi cargo fueron civilizados en gran parte por los jesuitas. Con gran paciencia y perseverancia les habían quitado el arco y las flechas de las manos y a cambio les habían dado herramientas con las cuales construir capillas y tallar imágenes de los santos. Entonces vino el verdadero gobierno y los más jóvenes de mis indígenas ya nacieron como ciudadanos bolivianos y no como pupilos de las misiones. Entraron a trabajar en la industria de la goma y en el comercio.

–Aquí sólo hay domadores y fieras, el palo y la zanahoria –afirmaba don Calzow–. Las buenas palabras, las peticiones y las amabilidades son interpretadas como cobardía y debilidad. Usted sólo puede actuar como dictador absoluto; si no, estará irremediablemente perdido.

No había duda alguna de que muchos administradores abusaban de la autonomía de sus puestos, tanto más cuanto contaban con el apoyo de las autoridades, que incondicionalmente estaban del lado de los económicamente más fuertes. Se daban casos de extrema corrupción. No querían pillarse los dedos y arriesgar sus cargos; no tenían ganas

de jugar al defensor de los indígenas. El indígena, en cambio, tenía que doblegarse, doblegarse y volver a doblegarse.

Antes del amanecer ya me encontraba junto a Calzow en el camino de regreso a Almendros. Detrás de nosotros el viejo Teodoro iba a paso de buey. Su cuenta aún no había sido regularizada. Calzow decía que el hombre posiblemente no tenía deudas, sino incluso saldo a su favor.

–¿Y los libros quemados?

Calzow murmuró algo de una maleta negra en la cual aún habría papeles, y Teodoro fue consignado con un vale a su favor, con el cual podía comprar mercancías en nuestra tienda por un valor de ciento sesenta y ocho bolivianos.

En Motacusal eché una rápida mirada a la cabaña derruida del guarda y me asusté al descubrir a varias grandes tarántulas, peludas y venenosas, ocupadas con una pequeña lagartija muerta. Con ayuda de Teodoro logré capturar una de ellas. Cuando Calzow vio este animal sumergido en alcohol, dijo que era una tremenda vergüenza, y lo era en tanto se malgastaba alcohol en algo así.

Muchas veces en los centros de goma encontré pieles de animales silvestres en lenta descomposición. El insoportable hedor que esas pieles emiten no parecía molestar a la gente en lo más mínimo. Dejaban las pieles donde estaban, entre utensilios de cocina y herramientas, hasta que los bichos habían dado fin a los restos del animal. Yo explicaba, ordenaba, castigaba, advertía, instruía, pero cada caso tenía que ser tratado en particular. El indígena sólo hacía lo que se le ordenaba en ese momento. Sin la menor iniciativa y espíritu emprendedor, y sin una pizca de voluntad propia, estos nativos del Geneshuaya eran como pequeños niños despreocupados, a veces maleducados. Y los indígenas que no mostraban estas características curiosamente estaban entre los peores. Apenas un indígena empezaba a pensar y actuar por iniciativa propia, inevitablemente pensaba y actuaba erróneamente e influía negativamente en la disciplina en la barraca.

Nuevamente cruzamos a nado el agua selvática de color marrón verdoso y llegamos sanos y salvos al mediodía a Almendros, donde don Frank nos esperaba con los botes cargados de goma.

A la mañana siguiente, Calzow se despidió junto con su pequeño Juanchiño, que agitaba el gran pañuelo rojo que yo le había regalado. Lo agitó hasta que dejó de ver a su madre, de tez oscura, que llorando quedaba atrás.

Cuando los botes desaparecieron se apoderó de mí una sensación de soledad como nunca había sentido en la vida. Miranda se había adelantado en una pequeña barca junto con seis hombres, con el encargo de limpiar un poco el paso hasta Arroyo Verde para los botes que venían a continuación.

SABIDURÍA SALOMÓNICA INDISPENSABLE TAMBIÉN EN LA SELVA

Hacia el medio día aparecieron algunos rezagados con bolachas de goma en la espalda y las pusieron en el suelo al lado de mi puerta.

–¿De dónde viene esta goma? –pregunté yo.

Inseguros y tímidos, los tipos estaban ahí de pie y ninguno quería abrir la boca. La goma que acababan de traer era visiblemente vieja. La capa exterior era negra y costrosa. Estas bolachas debían haber estado expuestas al sol y a la intemperie por lo menos durante un año.

Finalmente el más viejo de quienes trajeron la goma, que Calzow había caracterizado ya como un tipo osado, señaló que la habían escondido en el bosque, pero que no habían tenido el coraje de entregarla mientras el antiguo patrón aún estaba ahí porque él les hubiera sacado la goma sin abonarla en sus cuentas.

–¿Por qué sin abonarla en las cuentas? –pregunté yo.

–Porque es goma vieja.

Éstos, por tanto, ya eran indígenas que reflexionaban. Sin duda tenían la intención de acaparar la goma, pues se habrían enterado de alguna manera o por alguien que su precio iba a subir, de modo que más adelante podrían esperar un mayor abono en cuenta. Pero con toda seguridad no habían pensado que el nuevo patrón supiera distinguir entre

goma nueva y vieja. De este modo, antes de la salida del antiguo patrón y al inicio de mi reinado en la barraca me veía confrontado con una difícil pregunta. Otra persona les habría quitado sin más la goma. Ésta se habría considerado como un bien robado, pues el trabajador recibía de la empresa el crédito necesario para vivir, pero no obstante privaba a ésta de una parte de la cosecha de goma que era de su propiedad.

En realidad, en cierta medida la goma también les pertenecía a los indígenas, porque eran ellos quienes la habían sacado de los árboles y la habían traído hasta aquí. No obstante, su forma de actuar no dejaba de ser deshonesta, y no se podía permitir que se instalase tal deshonestidad, pues en caso contrario todo el mundo iba a empezar a especular con la goma.

En todo caso, yo era mi propio juez y tenía que buscar el buen camino para encontrar un juicio inteligente y actuar en conformidad.

Hice que cortaran las nueve bolachas frente a mis ojos. Tres de las mismas contenían todo tipo de desechos, con los que habían intentado aumentar el peso. Esto constituía directamente un engaño. Confisqué sin vacilar las tres bolachas. Me abstuve del castigo físico a los culpables, pues quería intentar mantener a raya a la gente sin acudir al látigo, y de todas maneras este caso aún correspondía a la jurisdicción de mi antecesor. Por lo tanto di este caso por concluido.

Llamé al trabajador culpable:

–En su próximo viaje de inspección le vas a enseñar al mayordomo el lugar exacto dónde mantenías escondida la goma, y si en lo posterior aparecen más escondites, se te van a dar veinticinco azotes. ¿Entendido?

–*Sí, señor*.

–Bueno, ahora te puedes ir.

El hombre estaba visiblemente aliviado porque el asunto había terminado relativamente bien.

Manuel Beyuma y su hijo casi adulto habían traído las seis bolachas restantes. La goma estaba limpia, no contenía ni viejas sandalias ni arena, barro o trozos de madera.

–Ajá…, entonces tú eres de los que esconden la goma en el bosque y engañan al patrón –le dije al anciano–. Esta goma pertenece tanto al patrón como a ti, a cada uno la mitad.

Después de pesar la goma con exactitud, recibió el abono en cuenta correspondiente a su parte con la siguiente explicación:

–Éste es un castigo para ti, viejo tonto, y una lección para tu hijo. ¿Entendido?

–*Sí, señor, gracias, señor*.

Al día siguiente, a la hora del repique de campana el asunto fue comunicado oficialmente a todo el personal y se añadió que a partir de ese momento cualquier goma escondida que se encontrase en los centros no sólo sería confiscada sino que cada una de esas bolachas merecería veinticinco azotes.

Apenas una semana después, al lado de mi cabaña había dos viejas y negras bolachas además de las ya cortadas. Parecían no pertenecer a nadie; nadie sabía de dónde habían aparecido, nadie había visto ni notado cuándo las habían traído. ¡Pero a alguien había empezado a entrarle miedo!

Hice reunir a todo el personal con excepción de Teodoro, que fue enviado de vuelta a Francia como guarda del lugar.

SE LIMPIA UNA ALDEA INDÍGENA

Había comenzado la limpieza general del establecimiento postergada hasta la salida de mi antecesor.

Prescribí que la distancia entre la orilla del bosque y la cabaña más próxima debía ser de un kilómetro. No quería ver ni árboles, ni arbustos o matas alrededor del asentamiento.

Todo lo que había hasta debajo de los primeros árboles del bosque fue hecho astillas.

Mujeres, niños y ancianos estaban obligados a ayudar; la limpieza era para el bien común. Las mujeres y los niños tenían que poner en orden el cementerio, que se había vuelto un matorral. Se abrieron pequeños senderos, se desyerbó y se plantaron flores. Para cada tumba los chicos tenían que tallar una cruz de madera de chonta. Mientras duraba la limpieza de la barraca se organizó una cocina común. Todos comían juntos al lado de grandes fogatas, y aunque no se servía aguardiente, esta novedad trajo consigo un ambiente alegre.

Pronto la plaza parecía un cuarto recién limpiado, en cuyo centro la cruz pintada de un blanco reluciente recordaba que Almendros era una comunidad cristiana.

El sol tropical apenas necesitó unos días para convertir los arbustos y las malas hierbas que habíamos cortado en palillos secos, y cuando se levantó la esperada brisa de la tarde desde el río, en dirección al bosque, alrededor de las cabañas crujían y crepitaban como si de fuego de ametralladoras se tratara.

Don Juan Calzow no habría reconocido su barraca. Con las primeras lluvias tropicales, de la ceniza de más de un pie de profundidad había surgido una superficie de pasto de color verde claro en un gran radio, que se mantuvo limpia y pulcra.

Algunas serpientes venenosas, algunas ratas y otros bicharracos que se ocultan de la luz se chamuscaron en el mar de fuego purificador, y lo que no había sucumbido a las llamas huyó a la cercana selva.

Luego les tocó a las cabañas mismas. Todo lo que se encontraba en ellas oculto fue sacado a la penetrante luz del día. Ahora la plaza parecía a una feria judía en una ciudad portuaria. Incluso los postes clavados en el suelo para los catres, mesas y bancos fueron arrancados y se pusieron delante de las cabañas.

Trapos, pieles en descomposición, sartenes y calderas ahuecadas, cuchillos oxidados, platos de esmalte con manchas negras: un montón de indescriptibles y repugnantes desperdicios fue enterrado en una enorme fosa.

Se escudriñó cabaña por cabaña, habitación por habitación. Me sentaba delante de cada cabaña y hacía que el habitante de la morada me mostrase las cosas que quería guardar. Nada que no estuviese impe-

cablemente limpio podía volver a la cabaña. Las cosas malas, inútiles, desgastadas se reemplazaban por nuevas, si era necesario. Había nuevas mantas, hamacas, camisas, pantalones, telas de todo tipo para mujeres y niños, herramientas, cuchillos, hachas, vajilla, y cuando le dije a la gente que yo reemplazaba todo lo que les sacaba sin anotarlo en su cuenta la alegría fue enorme.

Se acarreó tierra nueva. Se llenaron huecos, se fijaron nuevos postes en el suelo sustituyendo los podridos, se aplanaron y apisonaron los pisos de tierra. Se sustituyeron vigas, se sacaron y quemaron viejos techados, incluidos los sapos y murciélagos, lagartijas y serpientes que vivían en ellos; sobre los cabríos renovados se trenzaron nuevas hojas de palmera.

Luego finalmente el verdugo Miranda tuvo algo de trabajo.

En función del juicio que yo pronunciaba, degollaba en mi presencia loros sarnosos, monos medio comidos por bichos y otros animales domésticos más o menos bonitos cuya presencia en las cabañas me parecía perjudicial para la salud humana. Los perros demacrados con las patas hinchadas por las niguas fueron atrapados y matados. Quien quería guardar su animalito tenía que presentarlo limpio y cepillado o bañado y bien alimentado. Sobre la fosa común se plantó una joven palmera.

La gente no salía de su asombro. Cada día se escuchaban protestas menores, muy silenciosos refunfuños y murmullos en la limpieza general. Nunca se había conocido algo así: la vieja máquina de coser, rota, que había permanecido en un rincón desde hacía años y sobre cuyo hierro fundido aún se podían enderezar a golpes los clavos chuecos, ciertamente no me había hecho ningún daño para que yo la tirara al gran hoyo. El loro nunca había sido diferente, gritaba pidiendo café, llamaba a los perros y regañaba a las gallinas para que saliesen de la casa. A todos los loros viejos, no sólo al propio, se les caían las plumas del cuello y perdían la cola; eso no era motivo para decapitarlo, decía uno. Los jóvenes perros demacrados seguro que habrían engordado tras la buena cosecha de arroz, y alguno que otro tenía evidentemente disposición para ser un buen perro de caza. Y el mono herido de un tiro en la pata delantera aún podía trepar bastante bien con tres patas; la pata herida, roja y supurante, seguramente habría sanado con grasa de caimán. Así se rebelaban. Con mucha paciencia, amables palabras y explicaciones o con breves y severas órdenes se quitó mucha basura del

mundo. Miranda sonreía burlón frente a todo y le gustaba su papel de verdugo.

Durante varios días todo olía a lisol y creolina; la lata con *soda cáustica* estaba vacía.

Las habitaciones, que antes estaban abarrotadas y en las que apenas había un lugar para sentarse, ahora parecían ser más espaciosas; y aunque algunos cuartos parecían muy vacíos, eran limpios y acogedores y así permanecieron.

Nadie sabía cuándo yo iba a llegar de visita, y bastaba con que me quedase parado sin entrar en la puerta de una casa para poder estar seguro de que la noticia circulaba enseguida por el asentamiento. Entonces barrían y limpiaban por todos lados. Nadie quería que el patrón llegara sólo hasta el umbral de la puerta…

MÉDICO EN LA SELVA

Una mañana todas las mujeres y niños fueron reunidos al lado de la campana.

Uno a uno los niños hacían cola para sacarme la lengua. ¡Daban gritos de alegría! Algunos recibían polvitos, otros pilones de azúcar con santonina y otros más tenían que pagar su alegría con un buen sorbo de aceite de ricino. Sucedían milagros. Alguna barriguita amarilla e

hinchada desaparecía, y algún que otro pequeño de boquita pálida que permanecía cansado en un rincón a oscuras era liberado de gusanos, tenía otra vez hambre y metía de nuevo su manito en la olla de arroz. A un renacuajo despierto, de tez oscura y pelo lanudo, le gustaban tanto los pilones de santonina que cada mañana al amanecer me rendía una visita, me agarraba de la pernera y señalaba con el dedo la lata verde de mi farmacia. El chiquillo se curó rápidamente, y una mañana tuve que esparcir un poco de polvo de quinina en su rosado azucarillo para deshabituarlo de su pasión por la santonina.

También había chichones, arañazos purulentos, además de sarna, pulgas, piojos, dedos aplastados, dedos del pie medio cortados, pinchazos de espinas y picaduras de insectos, ojos rojos inflamados, mejillas y miembros hinchados, de modo que estaba contento de haberme provisto de abundantes medicamentos. La tela para vendajes pronto se acabó y tuve que cortar tela de lino. La entrada de mi cabaña se veía a menudo como la entrada de un hospital, pero los niños ya no iban corriendo llorando a sus madres sino que apretando los dientes y orgullosos de sus heridas venían a mí, al *taita*, con la esperanza de que remediara el asunto.

Había relativamente poca malaria. También en esto logré imponerme gracias a mis botellas de quinina. Atendía fracturas de huesos y heridas de bala y estaba orgulloso de los resultados.

Melchora, una indígena de pura sangre, grande y fornida, finalmente se armó de valor para hacerse sacar una muela y vino a mí. En el transcurso de la primera semana había curado a muchos indígenas de sus dolores de muela. De mis siete gatillos siempre había uno que acababa ajustándose para sacar las muelas enfermas. Con seguridad, y con razón, un dentista hubiera calificado mis extracciones de trato inhumano, pero la necesidad obliga y yo hacía todo lo posible para ayudar a la aquejada gente de la selva.

– ¡Entonces, Melchora, abre la boca! Sí, allí atrás hay un gran hueco.

Tanteé con el índice los bordes cortantes de una muela enferma. Constaté paredes espantosamente delgadas para la presión de un gatillo. Probé uno tras otro los gatillos que tenía a mi disposición, sin atreverme a extraer la muela. La confianza y serenidad de Melchora me dieron coraje. Finalmente me decidí por un gatillo pequeño y puntiagudo. Mi paciente dio un fuerte suspiro y mordió el pañuelo protector que por precaución yo me había envuelto alrededor de la mano. Entonces apreté con toda

fuerza sobre la encía. Así agarré la raíz. Ésta cedió y junto con ella apareció una enorme muela. Sin embargo, junto con la raíz había agarrado la encía, sacando un pedazo de tres centímetros de largo, que hizo brotar un chorro caliente de sangre.

Melchora gorgoteaba sangre y corría el peligro de ahogarse cuando le anuncié que la muela estaba fuera. La sangre corría a raudales, irrefrenable y caliente, sobre mis manos. El chorro de sangre rápidamente expulsó fuera de la boca un gran tapón empapado con alcohol. Seguía brotando, caliente y rojo. Melchora se ponía amarillenta y de color gris ceniza.

Por mi frente goteaba un sudor frío. Sentía que la mujer iba a morir. ¿Qué hacer? El agua de vinagre no ayudaba, no ayudaba en absoluto. La sangre seguía brotando. Melchora se estremecía desvanecida y jadeaba buscando aire. Por su cara se deslizaban sombras inquietantes. "¡Una esponja!". Yo pedía a gritos una esponja y la apreté dentro de la boca, empapada con una solución fuertemente hemostática tomada de la farmacia. Cuando la saqué volvió a tener un color rojo oscuro y se sentía jabonosa. La apliqué varias veces. Finalmente la sangre dejó de brotar, y fluía despacio como lava solidificándose.

En este momento Miranda vino corriendo. "¡Mantenga la esponja ahí adentro! ¡No la saque!", le grité al tiempo que yo salía corriendo. Revolví el botiquín, rompí una pequeña botella firmemente sellada contra la mesa y mantuve entre los dedos un delgado palito blanco de nitrato de plata.

La esponja se había vuelto negra como un pedazo de carbón. Grumos oscuros rodaban por los labios azules y pálidos de Melchora. Volví a enjuagar. Y entonces apliqué el palito de nitrato de plata blanco sobre la larga herida de la encía. Melchora gemía en voz baja. Su cara parecía una máscara mortuoria.

La sangre dejó de correr. Después de haber extraído el palito volví a colocar la encía colgante sobre la herida abierta y negra y lo tapé todo con algodón hemostático, de tal modo que quedaba bien apretado. Melchora estaba echada sobre mi cama, quieta, pálida, blanca como la cera.

Yo mismo estaba a punto de desmayarme y me senté a su lado, y temblando escuchaba atentamente su respiración aterradoramente lenta, apenas perceptible. La ropa, la mesa y las sillas, la cama, la hamaca, el piso, la caja del botiquín, el libro médico… todo estaba manchado de

sangre. Por un momento me vi en el espejo de mano al lado de la cama y me asusté: yo estaba aún más pálido que Melchora.

Miranda me trajo un vaso de coñac. Se lo administramos a gotas a Melchora a través del algodón. El peligro de que se desangrara ya había pasado.

Melchora se volvió significativamente más delgada, pero por lo demás estaba sana y desde ese día nunca más tuvo dolor de muelas. Yo, en cambio, nunca más extraje muelas si me veía obligado a usar el gatillo sobre la encía.

CÓMO NACEN Y SON BAUTIZADOS LOS NIÑOS EN LA SELVA

Sixto Cartagena me pidió un remedio que ayudase en el parto, pues su Rosario no podía dar a luz.

Mamá Bale, que desde hacía muchos años ayudaba a que los niños viesen la luz del mundo sin dificultades, ya no sabía cómo ayudarla. Todo estaba torcido y enredado, y Rosario seguramente iba a morir. No ayudaban ni las bebidas ni las fórmulas mágicas de la vieja partera.

Yo, un soltero de veintitrés años, no estaba preparado para un caso como éste. Este tipo de cosas no se aprenden en la escuela secundaria, pero sabía que aparte de mí sólo se podía apelar a Dios y que éste sólo ayuda cuando uno mismo también mete mano. Así que me senté una buena media hora con mi libro médico, leí todos los capítulos sobre dificultades en el parto y finalmente fui con un peso en el alma a la casa de una Rosario agotada y bañada en sudor. Estaba echada como un niño indefenso, con gotas de sudor frío como perlas sobre su pequeña y pálida frente, con desesperación en los grandes ojos ensombrecidos.

Cuando me acerqué a su lecho de penas, un pequeño sentimiento de vergüenza pasó por su cara blanca como la cera.

–¡La cosa no va tan bien, Rosario! Pero veamos. No debe ser muy grave. No pierda el coraje –balbuceé yo para tranquilizar a Rosario, pero mucho más para tranquilizarme a mí mismo. Sus labios temblando casi imperceptiblemente intentaban en vano producir una sonrisa; dos pesadas lágrimas se veían en sus ojos oscuros.

Mamá Bale se limpió sus viejas y rugosas manos en una toalla sucia y lloriqueaba para sí. Me miraba aún más desesperadamente que Rosario y murmuraba: –¡Todo está enredado, señor, y no hay cabecita, no hay cabecita!

Mi presencia ahora sí parecía tranquilizar algo a Rosario. Resignada, miraba cómo yo apartaba suavemente a la vieja y desesperada partera para tomar su sitio.

¿Fue providencia, suerte o casualidad? A pesar de los quejidos conmovedores de la madre pude sacar a la criatura a la luz del día. ¡Un llanto! Rosario había perdido la conciencia y yo tuve que reunir todas mis fuerzas para empujar a un lado a su marido, que se aferraba a ella con desesperación. ¿Fueron segundos u horas?

La madre y el niño vivían, y a sus pies estaba acurrucada Mamá Bale sobre un recipiente de agua, sollozando y murmurando todo el tiempo: –"¡*Milagro*! ¡*Milagro*!"

Quince días después bauticé al nuevo ciudadano del mundo con sal, aceite y agua en presencia de sus felices padres. ¡El niño recibió el bello nombre de Eleuterio Nicéforo! Y este certificado de bautismo tiene validez hasta que haya oportunidad de hacerlo legalizar ante alguna autoridad eclesiástica.

Con la excepción del complicado parto de Eleuterio Nicéforo, nacer en el Geneshuaya era un juego de niños.

Un día, a las siete de la mañana Candelaria vino a mi tienda.

–¿Y, Candelaria, ya no queda mucho; para cuándo esperas a tu chiquilín?

–Oh, puede llegar en cualquier momento.

–Mmm… en este caso es mejor que te quedes en tu cabaña; si no, podemos tener una repentina sorpresa en medio de la plaza. Si necesitas algo de la tienda, manda a otra persona; yo ya no quiero complicaciones como con Rosario.

–¡*Sí, señor*!

Si bien no hubo complicaciones, sí hubo una sorpresa bien grande para mí. Cuando en la tarde del mismo día me bañaba en el río, vi a Candelaria en cuclillas en la orilla y trabajando con sus morenas manos un ovillo de ropa.

–¡Caraaamba…! ¿Acaso no te he dicho esta mañana que te quedes en tu cabaña? –grité en su dirección.

–¡Todo está bien, *taita*, ya tengo mi hijo y sólo quiero lavar mis cosas!

Días después bauticé a Darío Segundo, el hijo de Candelaria. Luego leí con atención mi libro médico y no entendí en absoluto que una mujer que pocas horas antes había dado a luz a un niño pudiera ser capaz de sentarse en la orilla del río y lavar ella misma la ropa de cama del parto. ¡Milagro!

Heremegilda, la mujer de Deudato Duri, era una indígena fuerte y robusta, que ayudaba aplicadamente a su marido a picar goma. Antes del amanecer se ponía en camino, fusil de avancarga al hombro y la larga y delgada hacha para picar goma en la mano. En su cinturón fijaba un pequeño y corto machete y así caminaba de árbol en árbol por el estrecho sendero de la selva medio cubierto por la vegetación, y a principios de la tarde le llevaba a su marido dos baldes de leche que había sacado de sus trescientos veinte árboles, para que los ahumara en el centro gomero.

El último mes de su embarazo no supuso para ella motivo alguno para dejar la goma detrás de la corteza de los árboles; cuando se trataba de la cosecha diaria, no quería ser menos que su marido.

–Hoy has vuelto más temprano de lo común –decía Deudato cuando a su llegada al centro su mujer ya estaba allí. –Sí, lastimosamente no he podido traer toda la leche de goma –se disculpaba ella–, en vez de ello te he traído un hijo –mostrando un bulto en el piso–, ¡llegó de pronto debajo de un gomero!

La mujer no sólo había traído al mundo un niño completamente sola; había tenido también la fuerza de llevar a casa la goma que ya había cosechado.

Cuando al visitar a Deudato en su centro me contaba esta increíble historia, le pregunté a Heremegilda:

–¿Sí, pero cómo has…?

¡No me dejó terminar, sino que señaló su machete medio oxidado! –Con ése ahí he dado a luz sola a todos mis hijos. Al Deudato siempre lo mando fuera cuando siento que ha llegado el momento; ¡pues no se necesita un hombre para estas cosas, no se necesita nada más!

A Heremegilda ni se le ocurría venir a la barraca a recuperarse; iba a sus árboles, cargando al recién nacido sobre el pecho en una especie de hamaca, y acarreaba la leche de goma de su viaje diario por los malos senderos de la selva, ¡de ocho a diez kilómetros cada día!

UN CAZADOR FURTIVO

Bonifacio era un trabajador muy aplicado, pero de ninguna manera quería una nueva *estrada* (sendero, vereda roturada en el bosque), a pesar de que normalmente un trabajador aplicado está feliz de aprovechar semejante oportunidad. Esto me parecía sospechoso.

Tampoco Miranda entendía el extraño comportamiento de Bonifacio. "El tipo pica cada día sus viejos árboles, incluso los domingos, y no puede sacar suficiente goma para ir bajando un poco su cuenta; en todo caso, su zona necesita un descanso de por lo menos dos años". Ésta era la información del mayordomo.

Yo me propuse sorprenderlo un día en su centro sin previo aviso.

Algunas semanas después aparecí de improviso en el centro gomero de Bonifacio, ubicado a aproximadamente treinta kilómetros de la barraca.

Justo en ese momento Asunta, la esposa de Bonifacio, estaba ahumando la leche de goma que acababa de traer.

–Hola, Asunta, ¿cómo estás? ¿Dónde está Bonifacio?

–Se ha ido a cazar.

–¡Qué! ¿Tan tarde? En media hora ya es de noche.

Acompañado por un mozo deambulé en la dirección indicada y por un sendero estrecho pronto llegué a la orilla del bosque y el paisaje abierto.

En la lejanía, el sol rojizo dorado estaba poniéndose, y un grupo de palmeras que se encontraba en primer plano se perfilaba con mucha nitidez contra el cielo; luego también estos árboles se perdieron en el rápido crepúsculo del atardecer.

Me senté en el alto pasto al lado del camino, esperando pacientemente el retorno de Bonifacio.

Una sombra que se acercaba desde el descampado no resultó ser Bonifacio, como yo había esperado, sino Miranda, quien se encontró de pronto delante de mí y estaba tan perplejo como yo ante nuestro encuentro en ese lugar solitario. El mismo objetivo nos había traído aquí: saber por fin por qué nuestro Bonifacio se aferraba tan enérgicamente a su vieja y más que picada estrada. Miranda ya vagabundeaba desde hacía dos días por el centro gomero de Bonifacio. También lo había observado varias veces en la estrada sin que éste lo viera, y esa noche le había seguido sigilosamente hasta el descampado, pero lo había perdido de vista cuando oscureció. Ahora esperábamos juntos el retorno del cazador nocturno. Envié al centro a José, mi criado, para vigilar en la casa con Asunta y sus hijos y para traernos noticias si Bonifacio volvía desde otro lado.

Después de tener la vista clavada una media hora en el hierbal plateado iluminado por la luna, allá en la isla de palmeras resonaron dos tiros. ¿A qué diablos puede estar disparando el tipo con esta penumbra? Entonces llegó el tirador, escopeta en mano; apareció delante de nosotros como surgido del suelo, se sorprendió y enseguida se acercó a nosotros cuando lo llamamos por su nombre.

–¿Ha matado algo?

–Lastimosamente no, se me escapó de las manos; en la noche siempre vienen huasos por aquí, pero ya era demasiado oscuro como para acertar...

Le di un golpe disimulado a Miranda, que entendió correctamente: que no hiciera más preguntas.

Cuando llegamos a la cabaña, Asunta miró a su marido, asustada. Nadie decía una palabra.

Una vez que la olla con papilla de arroz que nos habían servido estuvo vacía, yo pregunté casualmente:

–¿No hay ganado allí en la pampa? El camino de Benjamín, Exaltación y Santa Ana debe estar a unas dos jornadas de viaje de aquí y no

me sorprendería que en el viaje a Riberalta los vaqueros pierdan de vez en cuando una res, que luego seguro se reproduce rápidamente en el campo abierto.

–Oh sí, allí hay ganado, domesticado y salvaje; hace poco el chacobo Guara me trajo el cuerno de un buey con una marca; dice que lo encontró en la pampa –me contaba Miranda.

Retorciendo pensativo su bigote, Miranda se retiró con un "¡buenas noches!", y desapareció bajo los árboles del bosque que rodeaba el centro.

Antes del amanecer veía a través del delgado mosquitero a Bonifacio desaparecer en su estrada con una antorcha encendida en la mano. Sobre el hombro llevaba un hacha para goma con el astil largo. Cuando aclaró más, pregunté por Miranda.

–Todavía no regresa del monte. Nunca duerme en la cabaña cuando nos visita, parloteaba Asunta mientras ponía un pedazo de carne dura asada al espiedo encima de la caja que José me había puesto como mesa para la comida.

Mastiqué el pedazo de carne seca y dura hasta que mi mandíbula quedó entumecida. –Eh, Miranda, venga aquí, ayúdeme a masticar –grité al mayordomo que salía del bosque.

–Cuando esté listo, véngase conmigo –contestó insinuante.

Miranda me llevó al campo abierto y se dirigió directamente al lugar en el que la pasada noche habíamos escuchado los disparos.

Un poco asustada, Asunta nos había seguido con la mirada cuando nos alejábamos y nos preguntó si debía preparar una gallina para nuestra vuelta.

–No, guarda tus gallinas para que pongan huevos; ya encontraremos algo de comer allá afuera –le contesté sonriendo.

Al rato, para nuestra sorpresa nos encontrábamos delante de una cabaña bien construida en medio de la isla de bosque. En el travesaño del techo colgaba una buena docena de pieles de buey secas, y en el suelo alrededor de la cabaña estaban los cráneos con cuernos de varias reses. Los cuartos de una res sacrificada la víspera colgaban en unos postes y la inevitable policía aérea alrededor de nuestras cabezas en las copas de los árboles graznaba y bufaba peleando por los intestinos y los restos de carne.

¡Pobre Bonifacio! Su secreto rigurosamente guardado por meses había sido descubierto. Encontramos a Bonifacio, pálido y consciente de su culpa, sentado al lado de su recipiente de cinc lleno de leche de goma

– ¿De quién es esa cabaña ahí afuera?

– Te pertenece a ti, patrón, yo la he construido….

Lo mandé callar y quería decir algo cuando me vinieron las palabras del lugarteniente del emperador del *Tell* de Schiller: "…no quiero en modo alguno que simples villanos edifiquen casas por su propia cuenta y vivan con libertad como si fueran los señores de la comarca…"[23]. Entonces estallé de risa pensando que aquí en la selva yo casi estaría haciendo el papel de Geszler.

La respuesta a mi repentina risa fueron dos rostros desconcertados. ¡Miranda, nervioso, daba vuelta a las puntas de su bigote alrededor de los dedos; el pequeño cerebro detrás de la frente baja parecía estar trazando paralelismos entre el trastornado humor de anteriores y actuales administradores del Geneshuaya…! Estaba furioso, porque no había tenido conocimiento de la presencia de la cabaña allá afuera; a su modo de ver, esto era un imperdonable pecado de omisión por su parte, pero el colmo de la impertinencia de este recolector de goma común y corriente era que lo había engañado durante meses. De alguna manera, el sinvergüenza lo había embaucado a él y al patrón con lo de su estrada agotada, además de que el tipo había tenido la insolencia de servirnos ayer y hoy charque, mientras que aquí afuera los buitres se daban un festín de carne fresca y sangrienta. Realmente no era motivo de risa. ¿Dónde quedaba el respeto al patrón y a él, su legítimo representante?

Entre risas le decía a Miranda: –Todo eso está bien claro; a Bonifacio le gusta comer su carne fresca solo, pero hoy va a tener que hacer una excepción. ¡Traigan para acá el gran asado!

Media hora después un gran pedazo de carne se asaba al fuego y luego tuve algunas palabras serias con Bonifacio, aunque sólo fuera para satisfacer al mayordomo.

Le aclaré que su temor a ser castigado como ladrón de ganado era innecesario, pues se trataba de ganado sin dueño, que cualquiera podía sacrificar. Esa pampa, de hecho, estaba incluida en los planos como propiedad de la empresa. Si me hubiera contado a mí o al mayordomo de su provisión de carne se habría ahorrado muchas horas desagradables de secreteo, y podido construir abiertamente su matadero, pero en todo

caso estábamos aquí para trabajar la goma y no podía descuidar su cosecha de goma por algunos animales sin dueño.

A partir del siguiente trimestre Bonifacio recibió una nueva estrada y un vale como contravalor de las pieles de buey.

Hasta el final de la siguiente cosecha de goma, Bonifacio dobló la cantidad de bolachas entregadas. Si del mayordomo hubiera dependido, habría recibido por lo menos veinticinco azotes en el trasero.

MI ROSALÍA Y LA ADIVINA

Mi lavandera, enfermera, cocinera y además queridísima Rosalía, que me había traído de Cachuela, aquí en el río Geneshuaya se había convertido en una persona importante.

No es que ella hubiera cambiado el sencillo *tipoy* (túnica) de las indígenas por la blusa y la falda, como hacían muchas indígenas cuando vivían con un europeo. Tampoco le parecía necesario llevar calcetines y zapatos; por el contrario, seguía pareciéndole más cómodo andar descalza por la vida. Sólo había cambiado su aspecto pues en sus trenzas, que caían a lo largo de su espalda, entrelazaba cintas de seda en vez de algodón; cada día se cambiaba de tipoy y se untaba el pelo más generosamente con aceite de palmera, de modo que mi nariz daba con el olor dulzón ya a cinco pasos de distancia en vez de a tres. Estas pequeñas vanidades eran femeninas y por tanto perdonables, y para mí muy

halagüeñas. Me gustaba que mi amante de la selva anduviera siempre limpia y atildada. Lo que no me gustaba de Rosalía era el engreimiento. Además de las cintas en el pelo y el aceite más oloroso caminaba alzando la nariz para expresar debidamente su importancia. Los muy espabilados y las muy espabiladas de la barraca llamaban a Rosalía "patrona", y esto también tuvo como consecuencia una transformación interna, que tarde o temprano es perceptible en cualquier mujer indígena que convive con un blanco. Rosalía estaba convencida de su elevada posición y trataba de aprovechar su primacía social. Poco a poco desarrolló una especie de delirio de grandeza, que pensaba debía resistir la comparación con el modelo en Cachuela Esperanza, la todopoderosa Espíritu. Un cierto grado de tolerancia por mi parte tuvo un efecto pernicioso, y cuando un día un criado me llevó la contraria con la respuesta: "La patrona doña Rosalía ordenó otra cosa", pronuncié mi primera amonestación seria. Rosalía supo escurrir el bulto algunas semanas hasta una segunda y última amonestación, que incluyó la instrucción de empaquetar sus cuatro cosas y prepararse para el primer vapor que apareciera y la llevara de regreso a Cachuela Esperanza.

Caída en desgracia, Rosalía ya no era llamada patrona ni doña Rosalía. Las reuniones en la cocina cesaron porque la influencia de Rosalía sobre el patrón había cesado. Las ventajas que algunos imaginaban que iban a obtener con el trato frecuente y respetuoso a Rosalía evolucionaron casi siempre a desventajas, y entonces prefirieron quedarse en su propia cabaña: no querían exponerse.

Rosalía, no obstante, interpretó mi comportamiento reservado de tal modo que mi inaccesibilidad se debía al enfriamiento de mi amor. Ojos llorosos, huelga de hambre y comedias de suicidio no lograron el objetivo deseado. Finalmente apareció la luz salvadora de la hechicería como último rayo de esperanza para reconquistar al hombre perdido y con ello recuperar la influencia en el Geneshuaya.

En el Geneshuaya no había personas que leían las cartas y llevaban gatos negros al hombro ni bolas de cristal, pero sí estaba la vieja Prudencia, que según la creencia de la gente era bruja. Fue ella quien habría inflamado de nuevo el apagado amor del marido de María Canamari después de que éste la hubiera abandonado. Con sus secretos, la vieja hechicera supo traer al marido infiel de vuelta a su mujer; y aún más: desde entonces, casi cada año María Canamari le había dado un hijo… ¡Seis libras de azúcar y dos libras de café fue todo lo que la bruja Prudencia había pedido por este milagro!

Pero ni Rosalía ni la bruja habían contado con que las hormigas guerreras me revelarían el conjuro.

–"¡Hormigas guerreras, hormigas guerreras!", gritaban afuera los niños en la plaza. Eso era algo para mí. Ya había escuchado mucho de las hormigas guerreras o legionarias pero nunca había tenido la oportunidad de observar todo un ejército en acción.

Una centelleante alfombra marrón se movía como lava líquida por la plaza. Escarabajos, moscas, mariposas, larvas, orugas, gusanos, escorpiones, arañas, ciempiés, una cola de lagartija e incluso un pequeño ratón muerto eran empujados por el raudal de hormigas. El intento de los juguetones niños de provocar el desorden en las cerradas filas de las hormigas con ayuda de palos y escobas acabó en fracaso total. Por un instante los minúsculos e inteligentes cazadores se disiparon rápidamente en todas las direcciones y después bullían en los pies y piernas desnudos de la multitud de niños en desbandada. Pronto las hormigas se habían concentrado de nuevo en una masa casi cerrada y la marcha de las legiones avanzaba sin estorbos. Iban de casa en casa, colándose por todas las ranuras y huecos, hasta que todos los objetos presentes en las habitaciones estaban literalmente cubiertos por la centelleante masa marrón de hormigas guerreras. No dañaban los alimentos. Pero si en cualquier fruta abierta había escondido un pequeño gusano mordisqueando, entonces lo sacaban y lo mataban despiadadamente. Cualquier bicho, todo lo que andaba a gatas y se movía, hasta el tamaño de un ratón, huía o acababa siendo atrapado en los huecos y ranuras de las paredes, del piso o del tejado y era arrastrado con ellas. Allí un escarabajo salía corriendo en círculos huyendo por encima de las hormigas que se acercaban impetuosamente. Sus largas y delgadas patas se habían detenido una fracción de segundo de más; las hormigas que se pegaron en ellas ya no las soltaron: las pequeñas y valientes luchadoras se deslizaban por debajo de sus alas, se aferraban a las largas antenas, entonces ya habían desgajado una pata y luego incluso un ala entera. El escarabajo aleteaba en vano, se volvía sobre la espalda, giraba, era desgarrado hasta que quedaba hecho pedazos y era arrastrado.

Si la cabaña había sido registrada por las hormigas, entonces el dueño podía confiar en que no había ni la más mínima huella de bichos. En cambio, las hormigas no dañaban las telas ni otras cosas sin vida. Algunos indígenas incluso estaban encantados de abrir por completo maletas y bultos para que las hormigas se ocupasen de la limpieza general.

El ejército invadía ahora también nuestro almacén. Las legiones se introducían en balas de tela y se deslizaban por las ranuras de cajas cerradas con clavos; trajinaban por los caballetes, en los cajones y la vajilla de esmalte parecía cobrar vida; con enorme esfuerzo sacaron el gusano que yo había puesto en una botella. Del tejado de hojas de palmera caían pedazos de nidos de escarabajos y avispas, que fueron recibidos por los ejércitos que esperaban en el suelo, los registraban y los arrastraban. Lentas pero incontenibles continuaron en la oficina, a través de pilas de papel, dentro de los lomos de libros; sacaban y aniquilaban a polillas plateadas que se agitaban como pequeños pececitos. Una media docena de mariposas ya preparadas para el montaje fueron hechas trizas en un instante; las coloridas alas eran llevadas como banderas flameantes en la marcha triunfal.

Ahora la invasión estaba en mi dormitorio. Hamaca, cama, baúl de camarote, candelero, mesa, todo estaba teñido por el marrón de la pululante marabunta. Bullían y corrían por mantas y ropa, y finalmente el desfile de los conquistadores se escurrió por la puerta abierta al aire libre, jalando consigo las presas, rodando y haciendo rodar.

Algo no estaba bien con mi almohada. El violento enjambre de hormigas ya se había escabullido, pero pasando por el piso entre el vano de la puerta hasta la cama y debajo de la almohada aún operaba una especie de servicio parcial en ambas direcciones. Pero yo no tenía piojos, pulgas ni chinches, o por lo menos nunca había notado algo así. Levanté una de las almohadas… ahí seguían las hormigas pululando. Levanté la segunda almohada y ahí… estaba el foco revolucionario en forma de una pequeña bolsita, completamente cubierta por las hormigas, que querían conocer exactamente su contenido. Yo no dejaba de tener tanta curiosidad como las hormigas mismas.

Sacudí a los pequeños y concienzudos aduaneros, me senté en la mesa y de la misteriosa bolsita saqué los siguientes elementos mágicos:

Un mechón negro de cabello atado con paja de arroz, dos grandes incisivos (aparentemente dientes de caballo), un escarabajo dorado muerto envuelto en papel, cuatro pequeñas bolsitas con sal, arcilla roja seca, carbón vegetal machacado y un polvo indescriptible, una rana muerta seca, un paquetito con uñas cortadas, algunos granos de café sin tostar, una piedra redondeada del tamaño de un dedal, un haz de diversas hierbas secas e inodoras y una ala seca de murciélago con garras.

–¡Pero Rosalía! ¡Rosalía!

–Sí, yo puse la bolsa con el contenido extraño debajo de su almohada; la vieja Prudencia me dijo que en la luna nueva este remedio ayudaría con toda seguridad.

La bolsa mágica no ayudó. Las hormigas guerreras habían revelado el atentado y habían puesto a mi Rosalía junto con la vieja Prudencia en la picota.

Cuando le conté a Miranda mi descubrimiento, en un primer momento se puso pálido, luego me dijo que había tenido suerte de que la vieja bruja no hubiera hecho algo peor, ¡años atrás había envenenado a una mujer!

–Si usted estaba seguro, ¿por qué no llevó a la mujer ante la justicia por asesinato?

Mouton, el administrador de entonces, le hizo propinar cien latigazos; ella coció después un contraveneno, pero fue demasiado tarde. Ahora la vieja Prudencia tenía alrededor de ochenta años y apenas podía considerarse que estuviera en plena posesión de todas sus facultades mentales, pero no obstante, por la mañana, junto a la campana se dio a conocer públicamente que cualquiera que recurriera a los servicios mágicos de la vieja bruja, fuese hombre o mujer, sería castigado enseguida con veinticinco chicotazos y que el acusador recibiría una botella de aguardiente.

LATIGAZOS

Cuando el mayordomo estaba ausente, era José Manuel Tirina quien asumía el mando de los trabajadores.

Era un indígena de pura sangre, alto y fuerte, criado en las misiones de Tumupasa e Ixiamas bajo dirección de los jesuitas[24]. Los indígenas respetaban a ese gigante de cuarenta años de edad como una especie de jefe tribal también en sus asuntos privados. Tenía una gran influencia moral, que había crecido aún más con la autoridad que yo le conferí.

Tirina era además un excelente *rumbeador*. Así se denomina al primer hombre que se introduce en la selva virgen para evaluar las posibilidades de aprovechamiento de los árboles gomeros disponibles. El rumbeador es un explorador del gomal. Hay gomeros para veinte estradas o para ciento cincuenta estradas: ése era su sucinto informe cuando regresaba de explorar una superficie boscosa. En función de sus indicaciones yo abría con toda tranquilidad las veredas e instruía de antemano la construcción de las correspondientes cabañas y plantaciones.

Una vez que el administrador decide abrir nuevos senderos a través del bosque, el rumbeador pone manos a la obra a partir de un punto determinado, que usualmente se encuentra situado cerca de un curso de agua corriente, y va marcando con el machete, a la altura de la cabeza, los aproximadamente doscientos gomeros que conforman una estrada. Detrás de él los taladores abren una senda provisional por la espesura, en la que más tarde se limpia mejor el sotobosque. Avanzando de árbol en árbol, una vez marcado el último árbol el rumbeador vuelve exactamente al punto de partida en el bosque. Ese mismo punto de partida puede ser empleado para muchas estradas instaladas en paralelo o que incluso se cruzan; luego el punto de partida se convierte en el *centro* de un trabajador de la goma y de su familia.

Sólo quien conoce la selva con todos sus trucos y estorbos puede imaginarse qué increíble sentido de la orientación es necesario para fijar una estrada.

Tirina no se servía de brújula ni de reloj y no sabía ni leer ni escribir. Su arma y su machete eran sus únicas herramientas.

Tirina también era quien manejaba el látigo y ejecutaba concienzudamente los castigos que se dictaban. Él mismo o el mayordomo eran

quienes manifestaban frente al patrón las peticiones o los deseos del personal en general.

Si el mayordomo era mi mano derecha, Tirina era mi no menos valiosa mano izquierda.

Pocas semanas después de mi llegada al Geneshuaya, Tirina se presentó una mañana ante mí luego de que a causa de su flojera yo le hubiese echado a un mozo un sermón extenso pero cordial. –*Taita* –me decía José Manuel Tirina–, si no empiezas a mover esta cosa (señalando el látigo de cinco puntas colgado en la pared), tu gente nunca te va a obedecer. Ya están empezando a refunfuñar cuando les hago ejecutar tus órdenes; ya no me respetan y afirman que tú mismo habrías dicho que no iba a haber chicotazos.

Miranda también había intentado varias veces disuadirme de mi ilusión de que todo podía hacerse con amabilidad, pero cuando Tirina me dio su opinión de este modo sencillo sentí que con el principio de amabilidad mi autoridad empezaría a tambalearse.

Aproximadamente una semana después de la advertencia clara de Tirina se llamó a la campana del mayordomo al mismo haragán al que le había dado el largo sermón.

–Ese tipo ahí –dijo Miranda– ayer se fue sin más del trabajo y luego fue encontrado fumando en su hamaca; le asesté unos cuantos golpes con el cinturón de mi pantalón, después de lo cual, riéndose, se fue corriendo al bosque y ya no regresó al trabajo.

–¿Qué dices tú de esta acusación? –vociferé yo al hombre.

–*Sí, señor* –respondía el atrevido, sonriendo burlón–, don Apolinar no necesitaba pegarme con su cinturón, de todos modos habría ido de nuevo al trabajo.

–Hace algunos días te he dicho que prefiero no empezar con el chicote y que tampoco iba a ser necesario si todo el mundo cumplía con sus obligaciones como es debido. Por lo visto tú no has querido entender mis palabras, de modo que ahora vas a ser el primero en recibir una buena tunda.

Un murmullo de asombro corría por la fila de indígenas dispuestos en círculo cuando José Manuel Tirina envolvió la terminación de una larga y delgada correa de cuero trenzado en su muñeca.

–¿Cuántos merece el hombre? –le pregunté a Miranda.

–¡Cincuenta buenos latigazos, patrón!

Me asusté, pero con frialdad y tranquilidad dije: –¡Adelante entonces!

A su señal, Agustín, el haragán, se echó boca abajo en el piso, y en cada uno de sus brazos se arrodilló un hombre.

Miranda contaba a voz alta, y los indígenas como un eco confirmaban en coro el número de azotes.

–¡Cincuenta! –retumbó desde el círculo.

–¡Basta! ¡Éste ha sido el ejemplo! Si eso no ayuda, la próxima vez va a ayudar el doble. Desde este momento, Miranda y José Tirina tienen mi autorización de administrar sin consultarme ochenta y no sólo cincuenta azotes a cualquiera que se insubordine o no cumpla con el trabajo asignado.

Con esto la autoridad del mayordomo y de su representante quedaba restablecida.

–*Viva el patrón* –gritaba José Manuel Tirina. –¡*Viva*! –gritaba la tropa como un coro de pillos, mientras llevaban a rastras al castigado Agustín a su cabaña.

Agustín nunca recibió ochenta y se convirtió en uno de los mozos más trabajadores de la barraca. Con el ejemplo fue suficiente.

En Bolivia el castigo corporal era un medio de sanción muy usual, incluso en el Ejército y en la Policía, por delitos leves y graves y por crímenes, a pesar de que había sido abolido por ley. Escuché de casos de castigo de hasta mil latigazos, en los cuales generalmente el azotado moría en el lugar mismo. Por supuesto que no había una cárcel en la barraca gomera, ni tampoco policía ni juez, y según las leyes nadie estaba autorizado a impartir penas privativas de libertad. Como siempre se cometían delitos, el administrador de una barraca gomera estaba obligado a ejercer él mismo las leyes y actuar al mismo tiempo como acusador, juez y ejecutor de la pena. Sin el castigo, el administrador no hubiese logrado en absoluto hacer funcionar a sus indígenas y el resto de su gente.

La vieja Prudencia, que había envenenado a la mujer de Miranda, salió bien librada con cien o doscientos azotes. Murió muchos años después de ese castigo, en paz y a causa de la debilidad de la vejez. Si se hubiera aplicado la ley, habría sido fusilada.

Las largas explicaciones y la persuasión no ayudaban con los indígenas. Y cuando uno no intervenía inmediatamente, entonces seguían mintiendo y robando hasta que el castigo físico lograba imponer el

orden. Sin embargo, todos se daban cuenta de que yo me sentía responsable del destino de los habitantes de la barraca y que no sólo ordenaba latigazos, sino que también ayudaba a cualquier pobre diablo necesitado cuando era preciso.

MORDIDO POR UNA SERPIENTE

–Me ha mordido una *yoperojobobo* –escuché gritar de pronto a Esteban Pasema cuando, sentado en un bote de remos, intentaba reparar un viejo farol de establo mientras mis seis remeros limpiaban el monte bajo del sitio donde íbamos a acampar, haciendo espacio para las hamacas. Ya había oscurecido.

–¡El hombre está perdido! –Pensé cuando, farol en mano, llegué arriba a la orilla del río.

Echado de espaldas en el pasto, Esteban mantenía una pierna levantada; de la planta de su pie colgaba, con los colmillos incrustados en ella, la serpiente venenosa más peligrosa de la región, cuya mordedura casi siempre provoca la muerte.

Con un golpe bien certero del machete una parte del gusano venenoso voló a la maleza, pero la cabeza y una pequeña parte del cuerpo seguían bien asidas por los colmillos al pie descalzo.

Dos mozos agarraron a Esteban, que no paraba de gritar, hasta que yo logré soltar los colmillos venenosos móviles, de casi un centímetro de

largo, clavados en la carne como anzuelos. Bajo la llameante luz de un farol esta operación era tanto más difícil cuanto la menor herida en mis dedos también podía haberme supuesto la muerte. Con las caras del color de la ceniza, los indígenas seguían mis manipulaciones y luego me ayudaron a hacer un torniquete en la pierna por encima de la rodilla, que hasta ahí ya estaba muy hinchada.

Un corte profundo en forma de cruz sobre los dos puntos negros de la mordedura apenas logró que saliesen unas gotas de sangre espesa, viscosa, de color negro azulado. Apretujando un cartucho, extraje los perdigones y sacudí la pólvora sobre el corte que acababa de hacer. Un fósforo, una llama… y el resultado fue una gran quemadura. En vano estrujé la pantorrilla y el pie para sacar la sangre envenenada.

Esteban rugía como un animal cuando el viejo Mateo me pasó su afilado machete y me dijo que lo mejor sería cortarle el pie.

Para esto me faltaba, no obstante, el coraje, a pesar de que yo también sabía que la amputación inmediata del pie era la única posibilidad para mantener al hombre con vida.

Pero un indígena sin un pie en la selva es una criatura desvalida y miserable.

Una pequeña botellita de amoníaco que llevaba conmigo no proporcionó ni alivio ni curación, y como dudoso remedio sólo me quedaban algunas botellas de aguardiente de caña que había traído a ocultas en mi bolsa de goma. En los viajes no hay que perder de vista el aguardiente tan apreciado por los indígenas, caso contrario se filtra con mucha rapidez por las gargantas. Muchas veces me tocaba dormir incómodamente en la hamaca con varias botellas de aguardiente debajo de la almohada. En la época de lluvias o cuando hay viento del sur es el remedio universal para calentar a la gente y para protegerla contra el resfrío.

Yo sabía que un hombre fuerte apenas puede vivir más de dos horas después de haber sido mordido por una yoperojobobo. Una niña, casualmente una sobrina de Esteban Pasema, había pasado de la vida a la muerte en el plazo de quince minutos; delante de su casa la había mordido ese mismo tipo de serpiente venenosa.

Le dimos aguardiente a Estaban para mantener su actividad cardíaca. No tardó en estar borracho, alucinaba, gritaba, berreaba y se reía; su pulso latía muy rápidamente y de vez en cuando se detenía. Se abrió una segunda botella de aguardiente, de la que también podían tomar sus compañeros. En un momento de razón en medio del delirio, pro-

vocado por el veneno de la serpiente y el alcohol, Esteban pidió velas. No se podía morir sin velas, quería ser parte del convite de su propia muerte. Prendimos tiras de leche de goma que acababa de coagular, que avivaban la mirada vidriosa del hombre predestinado a morir. De vez en cuando se tocaba la zona de su corazón y gemía, jadeando en busca de aire. Como los mozos, yo estaba convencido de que al hombre le quedaba un plazo de vida de una hora más como mucho. Uno de sus camaradas arrastró un delgado tronco de árbol hasta él y empezó a tallarlo. Estaba haciendo una cruz. A veces se acercaba alguien del grupo para beber a la salud de Esteban cuando éste clavaba asustado la mirada en el cielo estrellado. Un cielo inmisericorde, pues el hombre sabía qué significaba la mordedura de la yoperojobobo. Dio un grito y pidió ver nuevamente la serpiente venenosa, que quería devorar pues así tendría poder sobre ella en el cielo.

De pronto Esteban hablaba en un dialecto indígena que yo no comprendía; pero sus compañeros se ponían inquietos y, temerosos, intentaban interrumpirlo.

No pedí que tradujeran, pero meses después de pronto aparecieron dos bolachas de goma que Esteban había mantenido ocultas en el monte. El pobre hombre había amontonado goma en su centro y frente a la muerte intentaba quitarse el pecado de su conciencia. Agonías convulsivas transitaban por su cuerpo, en el cual el veneno de la serpiente y el alcohol luchaban por su alma.

Nadie pensó en cocinar. Nadie tenía hambre a pesar de que habíamos abandonado nuestro último campamento a las seis de la mañana y que la gente había remado casi sin interrupción durante todo el caluroso día. Ahí estaba yo echado con algunos indígenas en medio de la selva, a varias jornadas de viaje de cualquier asentamiento humano, esperando los últimos suspiros de una persona que pocas horas antes había remado con los demás sana y enérgicamente.

El aguardiente empezó a hacer efecto también en los demás; solicitaban más bebida.

No, ya no había más.

El pulso de Esteban aún latía vigoroso, pero muy irregular, las facciones se habían vuelto duras y sobre su boca con hálito alcohólico temblaban copos de espuma. A ambos lados del río croaban los sapos en diversas tonalidades. De vez en cuando la luna saliente alumbraba la onda hecha por un habitante del agua, que iba creciendo hasta forzar

un susurro silencioso de la caña en la orilla. Luego por algún tiempo sólo se oía el penoso estertor de Esteban.

Uno tras otro, cansados y un poco ebrios, los indígenas se echaron a pocos pasos del moribundo sobre el rocío del húmedo suelo del bosque, y pronto los ronquidos se confundieron con el concierto selvático.

Esteban mantenía las manos juntas como quien reza, respiraba con dificultad y murmuraba en voz baja para sí. Yo añadí algunas tiras de goma a las luminarias mortuorias y me arrastré con el resto de las botellas de alcohol debajo de mi hamaca.

Un leve ataque de malaria me mantuvo despierto.

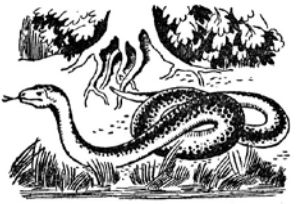
Esteban pedía agua a gritos; cuando le alcancé la taza, agarró con fuerza mi muñeca y no la soltaba. Los primeros rayos del sol iluminaban su cara amarillenta. No, no estaba muerto, dormía, ¡estaba vivo! Su pulso latía aceleradamente, pero apenas era perceptible.

Los mozos a medio despertar se sentaron en círculo alrededor de su compañero y no podían entender que Esteban aún siguiera con vida. Apenas abrió los ojos recibió un café cargado con aguardiente. Su pierna muy hinchada parecía infligirle grandes dolores.

Media hora después viajábamos a toda velocidad río abajo de vuelta a Riberalta, de donde habíamos venido. El café frío y el aguardiente mantenían a Esteban con vida, y sesenta y ocho horas después de la mordedura de serpiente entregué al hombre al doctor Fernholz.

–¿Qué? ¿Yoperojobobo? No haga usted bromas: el hombre ya no estaría con vida. En todo caso, la pierna ya es inservible; no creo que en este caso la amputación aún pueda ayudar. ¿Por qué no dejó que el pobre diablo se muriera en vez de atiborrarlo con alcohol?

Tres días después Esteban Pasema era llevado a su tumba; después, con un hombre menos, remé aguas arriba por el arduo río, de regreso a mi barraca gomera.



INTENTOS VANOS

Entre los indígenas de mi barraca había algunos que comían tierra. Es prácticamente imposible apartar a la gente de esta costumbre, que puede convertirse en afición vehemente. Anhelaban sobre todo la tierra arcillosa, grasosa y salada, pero tampoco rechazaban la tierra quemada que se había desprendido de los viejos hornos. El comer tierra acontece sin tener hambre. Observé durante varias semanas cómo una madre se acercaba sigilosamente por la noche a mi horno después de haberlo usado para comer tierra aún caliente y cómo también atiborraba con tierra la boca de su hijo. Ninguna advertencia tenía éxito. Incluso espanté a la indígena del horno con el látigo. Finalmente la mujer murió, y pocos meses después también moría su hijo de anemia. Ambos tenían las barrigas extremadamente hinchadas.

Armando Mendoza tenía una boca muy grande y muy poco amor al trabajo. Creía ser más valioso que los indígenas del lugar porque tenía sangre española en las venas. Los domingos llevaba zapatos amarrillos, por lo cual lo apodaban el "Patrón", pues sólo él llevaba zapatos. Cada día se inventaba una nueva enfermedad para no tener que trabajar. Quizás tuviese un poco de malaria, pero ésta se remediaba con pastillas de quinina. También tenía dolor de muelas, pero apenas veía un gatillo en mis manos, se le iba. El dolor de cabeza sólo le duraba el tiempo de trabajo, pues después enseñaba a mi gente a jugar a las cartas. Contra el dolor de cabeza le administraba aceite de ricino. Las cartas se quemaron.

– Otra vez malaria –me decía un día.

La quinina no ayudaba. El hombre se volvía cada vez más pálido y más amarillento. Se le había escuchado decir que tiraba las pastillas de quinina pues en todo caso no servían para nada. Ahora lo hacía venir a mí tres veces al día y con mis propias manos le ponía las píldoras en la lengua.

–¡Cierra la boca! ¡Traga! Así está bien.

La fiebre era violenta, los ataques frecuentes. El hombre dejó de comer. Sin duda se trataba de una malaria tal y como aparece en los libros. Aquí lo único que podía ayudar era la quinina. ¡Pero la quinina no ayudaba!

Armando estaba acostado en la cama y murió. Cuando se limpió y desinfectó su cabaña, Miranda encontró un pequeño hoyo en el piso y

en el hoyo estaban todas las pastillas de quinina que yo mismo le había puesto al hombre en la lengua. Las guardaba en la boca hasta que yo me había ido y luego las escupía en el pequeño hoyo. Prefirió soportar la malaria a tener que trabajar. Una víctima de la pereza. El corazón no logró aguantar el asunto. Trabajar hubiera sido más sano.

FRENTE A LA SEPULTURA

Volví enfermo de un viaje de inspección a los centros gomeros. Fuertes punzadas entre los omóplatos, escalofríos y tos, fiebre alta. Cuando me vi obligado a nadar por una hondonada y dejar secar la ropa sobre el cuerpo, ya noté la cosa. Según mi libro médico pensaba haber contraído una pleuritis o una pulmonía. La fiebre subía, el dolor al respirar se volvía insoportable. ¡Si por lo menos las punzadas debajo de los omóplatos y el dolor en las costillas hubieran menguado un poco!

La sábana pesaba sobre mi cuerpo como una manta de plomo y me torturaba; sentía todo mi tórax como un absceso listo para abrirse. Tomaba eméticos tóxicos y me saturaba de agua tibia, pero todo lo escupía. La crisis, tal y como era descrita en mi libro médico, se desencadenaba con exactitud matemática.

Al lado de mi cama había algunas latas de azúcar vacías. En ellas dejé caer la ceniza de cartas personales que ardían a la llama de una vela: cartas de amor convertidas en copos, livianos y negros.

Miranda se había ido. Manuel Molina, con una pierna anquilosada, mi criado y algunas mujeres indígenas estaban presentes. Estaba forzado a arreglármelas por mí mismo. Con grandes esfuerzos garabateé algunas líneas en una hoja de papel por si se daba el peor de los casos. Luego pareció como si José y Manuel Molina desapareciesen en una neblina. Aún pude ver lágrimas en los ojos de Molina. Y entonces todo terminó para mí…

¡Navidad! Qué maravillosas eran todas esas luces de velas, y allí en el sillón rojo estaba sentado mi padre, en cuyas gafas se reflejaba la luz de las velas… pero no, no eran gafas… ¿pero qué cara era ésa?... Pero si ese bigote, ese bigote de tártaro era el de Miranda… sí, verdad, Miranda… Pues claro, yo estaba en el Geneshuaya en una barraca. Mis ojos estaban cerrados, pero yo veía… veía la cara de Miranda inclinada sobre mí. Murmuraba: "¡*Está vivo*!"

Abrí los ojos. Encima de mi almohada, a mis pies, en las latas de azúcar volcadas al lado de mi cama, en todas partes y en pleno día había velas encendidas. ¿Pero para qué las velas? En el piso alrededor de la cama estaban en cuclillas las indígenas, las viejas y arrugadas mujeres del Geneshuaya y sollozaban.

"*Vive, vive*", lloriqueaban, apiñándose alrededor de la cama y soplando rápidamente las velas. Suavemente me quitaron algo de las manos juntas, y entonces entendí…

Miranda había sonreído con su tan extraordinaria timidez, mientras tiraba algunas velas humeantes de una caja de modo que caían al suelo.

José y Manuel Molina se acercaron con palas en los puños nudosos. "*Está vivo*", se escuchaba al unísono de sus labios.

Unos días después di mi primer paseo delante de la cabaña. Habían rellenado de nuevo mi tumba sin que yo yaciera dentro. El doctor Fernholz parecía tener la razón: "Si algún día se diera que usted muere, habrá que pegarle no obstante un tiro". En todo caso, los caldos de pollo y la alegría de vivir aportaron también lo suyo para que el triunfo sobre la enfermedad fuera completo.

ENCUENTROS CON ANIMALES DE LA SELVA

Al preparar el terreno para nuevas plantaciones, primero se cortaba el monte bajo, los arbustos y la maleza se hacían trizas, luego se talaban todos los pequeños árboles del mismo lado, de modo que sólo permanecían parados gracias a las copas y lianas de los árboles más grandes.

Al final le tocaba a los grandes árboles, en los cuales dos hombres aplicados con el hacha tenían que trabajar un día entero para hacerlos caer. Cuando finalmente se precipitaba uno de esos gigantes de la selva, derrumbaba consigo gran parte de los árboles vecinos unidos a él por la maraña de lianas y las copas. Tras la caída estruendosa y polvorienta de uno de estos monstruos se veía en un amplio círculo el relumbrante cielo tropical, donde poco antes un impenetrable techo de hojas había derramado la fresca oscuridad de media hectárea de selva. Y entonces también mi corazón de coleccionista sacaba algo en limpio.

Nunca terminaba de examinar, admirar y recolectar el sinnúmero de los nunca vistos insectos y escarabajos y otros bichos que reptan. Llenaba latas de conservas vacías, botellas y cajas con rarezas que, sin embargo, algunas semanas después caían víctimas de otros bichos que todo lo destrozaban. El minúsculo nido de colibrí, como hilado en la más delicada seda, en el que había tres huevos de colibrí aún más minúsculos, apenas del tamaño de una cabeza de alfiler, fue usado por una asquerosa rata de agua para sellar su propio nido.

¡Si sólo hubiese tenido a mi disposición los recipientes de conservación y sustancias necesarios!

Durante mi ausencia, en el transcurso de los trabajos de limpieza general alguien arrojó al río una lata cuidadosamente repleta de más de cien especies de hormigas, desde la hormiga gigante de tres centímetros de largo hasta la minúscula hormiga de azúcar apenas perceptible a simple vista. La lata estaba llena de hormigas muertas, se disculpó justificándose mi ama de llaves Rosalía.

También a los indígenas les encanta rozar el bosque. En las altas copas de los árboles, normalmente inaccesibles, se esconden muchas cosas útiles. El zumbido agitado de una de esas abejitas silvestres, negras y sin aguijón bastaba para descubrir en un tronco hueco una mina de miel y entonces explotarla. Botellas, latas y baldes se llenaban de la líquida y sabrosa miel silvestre sin preocuparse por el enjambre de insectos inofensivos y trabajadores. Aunque las desarmadas abejas enanas, del tamaño de las hormigas, se agarraban a la ropa y el pelo y, audaces, se deslizaban en las orejas y los orificios nasales de los ladrones de miel, nada de eso podía alejar a los indígenas del dulce.

El estremecedor griterío de una pareja de parabas (grandes papagayos de siete colores) delataba el hueco en un tronco seco del que sacaban dos o tres crías cubiertas de plumón blanco.

Un oso hormiguero, un mono nocturno y un tejón se deslizaban en rápida fuga por la maraña del claro que de pronto se había abierto en la semioscuridad protectora de la selva. Desesperados, los animales perturbados en su siesta corrían por entre las piernas de los taladores. Éstos, gritando de alegría y con algún éxito ocasional, trataban de atrapar o matar a quienes huían lanzando tras de ellos un machete o dando un golpe certero con el hacha.

Riendo y chillando, los trabajadores rodeaban la copa del árbol que al caer golpeaba el blando suelo del bosque; se regocijaban con la desesperación de un perezoso en cuyo lomo peludo se aferraba una cría. La desventurada madre perezoso no veía salida alguna; de repente el seguro escondite en la copa del árbol se había llenado con los deslumbrantes rayos del sol, que también iluminaban los risueños rostros de los indígenas a su alrededor. Era el final… rostros humanos, enemigos mortales. Las garras de la desesperada madre perezoso, largas como dedos, se adherían a una gruesa rama con tal fuerza que ésta acababa crujiendo. Asombrados, los indígenas obedecieron mi orden de dejar en paz al pobre, inofensivo y atosigado animal y a su cría. ¿Pero cómo podía dejar el patrón escapar esa fresca y suave mantilla para la silla de montar enviada por el cielo? ¡Inexplicable! Pero claro: siempre tiene ideas tan suyas. Bueno, no se puede hacer otra cosa que dejar que el grueso pelaje se escape. ¡Una pena! ¡Una verdadera pena!

Un nuevo gemido me llevó ante una madre mono, cuya larga cola había quedado atrapada entre los troncos de dos árboles y la mantenía presa. A los gritos tiraba con la mano de la parte del cuerpo que había sido su perdición y con la otra mano apretaba su cría contra el pecho, defendiéndola de las ramas con las que los indígenas a su alrededor la torturaban. La carne de mono es comestible y los monos son animales dañinos en las plantaciones; consecuentemente, según la ley de la selva, para la madre mono sólo era posible la pena de muerte y para la cría el cautiverio de por vida. No me quedaba otra cosa que lavarme las manos después de la ejecución de la sentencia…

Por desgracia, con demasiada frecuencia me veía obligado a castigar crueles tonterías que se ejercían sobre los animales que se capturaban vivos. El indígena no quería entender por qué el tejón hediondo no debía arrojarse vivo al fuego. Si la flecha disparada a un puercoespín rebotaba de las espinas a una pantorrilla, según la lógica indígena se trataba de una razón convincente para martirizar al infortunado animal hasta la muerte.

Los indígenas son, por lo demás, también muy crueles entre sí. Si un descuidado compañero se mete en un nido de avispas y los grandes y venenosos insectos, de color marrón rojo, lo persiguen y lo pican, para el resto esto constituye la mayor de las diversiones. El perseguido entonces está encantado de la vida de tratar de huir pasando entre sus compañeros muertos de risa, para que también les piquen a ellos.

Cuando se talaban árboles, siempre llevaba conmigo una botella de amoníaco, con el que refrescaba muchos ardores dolorosos. Si una de las temidas tarántulas clavaba una de sus quelíceros venenosos en una pierna desnuda, o una pequeña serpiente incrustaba sus dientes en la planta de un pie, entonces sobrevenían rostros pálidos, sueños febriles y de vez en cuando alguien emprendía el camino al otro barrio. Los escorpiones eran más raros, pero en un desmonte pululaban gigantescos ciempiés, de hasta un pie de largo, que marcaban su recorrido por la piel humana como si hubiese sido trazado con hierro incandescente.

Cuando en la roza se derrumbaba el bosque, la barraca a menudo parecía a un zoológico. Delante de cada cabaña había atado algún animal extraño recién capturado, ¡aunque usualmente sólo duraba hasta que el verdugo Miranda se encargaba de terminar con el sufrimiento!

Una urina que arrastraba consigo su pierna rota se negaba a comer el manojo de hierba que se le ofrecía y su obstinación fue castigada cruelmente mediante golpes con un garrote.

Un gran sapo-toro común no quiso saltar por encima de la vara que un muchacho indígena le tendía y recibió un puntapié en la barriga de tal modo que quedó volcado sobre la espalda y respiraba anheloso en busca de aire. Los indígenas se morían de la risa. El padre y la madre también salieron de la cabaña, daban más puntapiés y reían con sus niños.

Un joven caimán con el hocico bien atado no quería hacerse domar simplemente como animal de monta y sólo se movía cuando el pequeño jinete le pinchaba con un clavo oxidado en el ojo.

El bosque hecho pedazos que se seca bajo el ardiente sol tropical es un lugar muy apreciado por el mundo de los insectos y sus amantes. Una gran mudanza a regiones más frescas tiene lugar desde las ramas y troncos que se cuartean bajo el calor. Los escarabajos cargados de larvas, las hormigas y otras huestes de insectos de las especies más variadas suponen mesas servidas para las lagartijas, sapos, serpientes y aves; los ratones, ratas y sus parientes rebuscan nidos abandonados y depósitos llenos de huevos de insectos y provisiones amontonadas;

sin embargo, tras los cazadores de exquisiteces se deslizan silenciosamente serpientes de todos los tamaños. Pero la glotonería se convierte en perdición para todos, pues un día, bajo el sol del mediodía, el fuego purificador irrumpe hasta los seres vivos que se persiguen y se comen mutuamente, y deja atrás sus cadáveres en una alfombra de cenizas incandescentes, de un pie de profundidad, que se extiende sobre varias hectáreas. Apenas las rojas y chisporroteantes llamas, altas como casas, se dirigen desde todas partes por la atmósfera resplandeciente hacia un cielo de sol blanco, no hay canto, silbido o sonido de lamento que ayude. Los azores, lechuzas, gavilanes y otros rapaces revolotean arremolinados hacia arriba en el calor infernal; dejan caer de sus afiladas garras a lagartijas y serpientes que acaban de saciarse, para segundos después, con alas chamuscadas por las andanadas candentes de humo, padecer ellos mismos la caída mortal en la pira en llamas. Los saltos de varios metros de altura de la serpiente pucarara, que como resorte de acero se dispara a lo alto, no la salvan del fuego. Se retuerce carbonizándose entre palos de árboles que crujen y ramas y hojas de palmera inflamadas que alumbran como antorchas.

Se sabe poco de la extraña manera de atacar y defenderse de la serpiente pucarara, que no es venenosa y que también es llamada serpiente látigo. No tolera la presencia de ningún ser vivo de gran tamaño cerca de su nido; como una espiral brillante de cobre rehíla por el aire y al hacerlo, con el extremo de la cola, asesta a la víctima perseguida latigazos muy dolorosos.

Aunque yo mismo no he visto esta forma de lucha, la siguiente experiencia me hace estar convencido de su existencia.

Hasta donde lo permitían los estrechos senderos, yo hacía mis viajes de inspección a caballo y siempre me acompañaba mi mozo personal, que usualmente iba montado detrás de mí. Entre los animales existen ciertas leyes de la naturaleza que los iniciados dan por hechas, pero que los no iniciados desconocen.

Una de estas leyes es que la mula traba amistad con el caballo si ambos animales conviven por un tiempo prolongado, de modo que la mula tiene dificultades en apartarse del caballo. Una especie de amistad, afecto o amor la obliga de alguna manera a seguir permanentemente al caballo o a permanecer cerca suyo.

Yo siempre montaba mi bello y bien alimentado Choco, un caballo alazán. En senderos muy invadidos por la vegetación dejaba que mi

mozo se adelantara en su mula para que fuese cortando con su machete las ramas espinosas que colgaban sobre el camino. Tan pronto como yo me quedaba un poco atrás con el caballo, su mula se volvía terca e inquieta.

Un día José se adelantó para limpiar un lugar con mucha vegetación, mientras yo me había quedado algo atrás con el caballo y, parado, aplastaba algunos grandes tábanos en su cuello.

De repente escuché gritar a José, que un momento después vino corriendo hacia mí por el estrecho sendero sin su mula. Lo primero que pensé era que se había vuelto loco, pero por precaución saqué el revólver de la cartuchera y desde la altura de la silla de montar traté de descubrir la causa de tal agitación.

Mientras corría José volvía constantemente la cabeza hacia atrás y sólo se tranquilizó cuando una vez que me alcanzó vio que su mula venía trotando hacia nosotros y se paraba delante de mi alazán.

–¿Qué pasa? –pregunté yo.

José, un muchacho fuerte y valiente, de veinticinco años, que había tomado como mozo personal por su probada honestidad, gusto por el trabajo e inteligencia, me explicó que cuando quiso cortar las ramas espinosas de un arbusto de uña de gato de pronto su mula resopló, se puso a dar corcovos y lo derribó. Lo raro era que no corrió hacia atrás a buscar al alazán, como había sucedido otras veces, sino que había huido en dirección contraria. Al ponerse de pie, pues sólo se había caído al suelo, José recibió un fuerte latigazo sobre la espalda y enseguida, dando rápidos saltos a su alrededor, vio bailar una pucarara, cuya cola trabajaba a fuerza de golpes sus brazos y piernas.

Algo escéptico bajé de mi caballo; para mi sorpresa, sin embargo, veía a través de la espalda de José, en sus brazos y muslos, trazos rojos e inflamados como los que causa un azote con una correa de cuero del grosor de un dedo.

Descolgué mi arma de la perilla, avancé precavido en la dirección de la que había venido José y luego la mula, y finalmente llegué al arbusto espinoso, pero no vi la serpiente látigo por ningún lado.

Mi aseveración de que la pucarara no sería venenosa tranquilizó mucho a José.

–Oh, si llego a saberlo antes –comentaba enojado José–, no me habría escapado corriendo sólo por unos azotes y habría hecho pedazos a la

serpiente con el machete. Como muchos miembros de su tribu, José tenía la fuerte creencia de que todas las serpientes son venenosas.

Semanas después me trajeron una pucarara viva.

Este ejemplar medía desde la cabeza hasta la punta de la cola aproximadamente tres metros; el final de la cola era una punta cornea del grosor de un dedo y de cinco centímetros de largo, que los indígenas llamaban rabo. De igual modo que en la serpiente de cascabel venenosa, la punta de la cola consiste en varios anillos córneos, encajados uno en el otro. Es muy dura, pero flexible como el ratán, y en todo caso no sólo lo emplea como látigo sino también para ganar impulso y saltar a modo de resorte, gracias al cual es capaz de dar esos extraordinarios saltos de hasta diez metros de distancia.

El examen de la dentadura reveló que la serpiente no es venenosa. Le concedí suficiente tiempo para recuperarse en una jaula de malla fina, en la que podía moverse libremente. Cuando empezaba a deslizarse alegremente en el suelo de pasto de su jaula, le di como compañía una cría joven de un chancho de monte, esperando que la serpiente hiciera una demostración de sus saltos y golpes de látigo. Desgraciadamente el cochinillo no recibió ninguna zurra. Los dos animales incluso parecían hacer buenas migas, y el cochinillo recobró su libertad.

Después de aproximadamente diez días de cautiverio, la pucarara recibió una joven gallina viva que quise administrarle como reconstituyente. Por un buen rato, la gallina dio saltos cacareando alrededor de la serpiente enroscada, que por un momento alzó la cabeza y mostró nerviosa su lengua bífida, pero no tenía ganas de comerse a su nueva acompañante.

A la mañana siguiente temprano me dirigí a la jaula esperando que en lugar de la gallina, iba a ver una gruesa protuberancia en el cuerpo de la serpiente. Pero una vez más se confirmó que en la selva sucede lo contrario de lo esperado. La serpiente estaba estirada en el pasto, y sobre ella de pie la gallina picoteaba un hueco en su nuca. Había muerto durante la noche con el estómago vacío. ¿Había entrado en huelga de hambre por la privación de su libertad?

Nunca se me había ocurrido encender una luz en las visitas nocturnas a un excusado construido para mi uso particular. ¿Fue providencia o feliz intuición que no obstante una noche prendiese un fósforo? Justo en el sitio en el que uno suele sentarse yacía enroscada una venenosa serpiente loro, verde, de aproximadamente ochenta centímetros de

largo. Espantada por la repentina luz, se escabulló entre los palos de la pared. Desde entonces, en mis paseos a esta cabaña siempre llevaba fósforos conmigo.

Un día emprendí un viaje de exploración para buscar las fuentes del río Geneshuaya que, según me decían, no conocía nadie.

Junto a mí sólo entraban cuatro muchachos en el pequeño bote, y cuando además se hubo colocado la olla, las provisiones y la munición, hubo que remar con mucho cuidado para no llenar el bote de agua.

Nos movíamos penosamente por el laberinto de árboles caídos desde hacía siglos sobre el río. Cuanto más nos adentrábamos río arriba, tanto más torrencial y clara se volvía el agua. Nuestra ropa, los fósforos y hamacas estaban empacados en bolsas de goma impermeables y cuando no había otra solución, sencillamente llenábamos el bote de agua y lo empujábamos por debajo de los obstáculos. Las hachas y machetes sólo se necesitaban cuando la empinada orilla no permitía arrastrar el bote por algunos trechos por tierra.

Después de tres días de viaje aún encontrábamos huellas de trabajadores de la goma que habían cazado en la zona. Los restos de madera carbonizada en fogatas apagadas mucho tiempo atrás testimoniaban que aquí habían estado hombres.

–Ésta debe haber sido la fogata de Manuel José cuando disparó al armadillo gigante –decía uno de los remeros. Husmeando en el matorral como perros de caza, mis acompañantes encontraron realmente una parte del caparazón de este animal antediluviano cada vez más escaso.

Dos días después, el gran suceso fue un pedazo de tela medio podrida suspendido de una rama en lo alto que colgaba sobre el arroyo. Conduje el bote a la orilla e hice bajar el pedazo. El apenas reconocible estampado revelaba que la tela no provenía de nuestros almacenes y por lo tanto no venía de nuestra gente. Mis acompañantes afirmaban que aproximadamente un año atrás Primo Pacamia había desaparecido sin dejar rastro en la selva, después de que don Calzow le hubiese prometido doscientos azotes. La selva ya habría digerido para entonces hacía tiempo sus restos mortales. El fugitivo debió haber cruzado a nado el río Geneshuaya en época de agua alta. Las marcas de agua en los árboles remitían a tal inundación. No encontramos otras evidencias del fugitivo, a pesar de que registramos el bosque en un gran radio y pese a que mis acompañantes sabían percibir la más mínima señal y sacar las conclusiones correctas. Dos o tres ramas quebradas a la misma

altura en un radio de cien metros les informaban enseguida de que no se habían quebrado por casualidad ni por un animal en fuga. Los indígenas europeizados o los blancos, cuando recorren el bosque se sirven de su machete para encontrar el camino de regreso. Los indígenas salvajes tronchan de vez en cuando una rama. La semilla seca de una naranja sobre un tronco caído puede servir para averiguar el nombre y el asentamiento de un ladrón. Un clavo oxidado atrae la atención del batidor del bosque.

El hombre de la selva sabe que ésta no produce nada que tenga cortes, que esté a medio quemar, nada metálico, ningún papel, vidrio, nada tejido o hilado. Ninguna hoja, ninguna rama se mueve sin motivo. Hasta que el hombre de la selva conoce tal motivo, su dedo permanece en el gatillo de su arma. Tampoco el más leve tono entre las miles de voces del concierto selvático escapa al oído del indígena. El animal depredador sabe por qué hay que ir de caza en la noche tempestuosa y no cuando todo está en silencio. En cierta ocasión unas espinas de palmera encontradas bajo unas hojas marchitas en la demarcación de un trabajador de la goma le revelaron a Miranda la presencia de indígenas salvajes y quizás salvaron al predecesor de Calzow y a su personal de morir ferozmente martirizados.

Habíamos abatido a tiros dos monos y un pato y estábamos buscando un buen lugar para acampar mientras nuestro bote se deslizaba por una hondonada pantanosa parecida a una laguna.

"¡*Sicuri*! ¡*Sicuri*!", susurró silencioso el puntero (el que rema en la punta del bote). Yo cambié silenciosamente el timón por mi fusil de caza siempre a mano, pero no lograba percibir nada.

La sicuri, llamada anaconda en el Brasil, es la serpiente más grande que vive en la región amazónica; se trata de una boa que busca sus víctimas en el agua y en la tierra. Delante de mí se encontraba la laguna pantanosa, centelleante y cubierta de hierba acuática, sobre cuya superficie cubierta de flores de *Victoria regia* planeaban miles de grandes mariposas amarillas y libélulas de color ópalo en un colorido desorden. Pese a mis esfuerzos no veía ninguna serpiente gigante.

–Aquí, justo aquí, *taita* –susurraba agitado el puntero.

El pequeño bote sin timón había girado un poco mientras los mozos, petrificados, fijaban la vista en un tronco que flotaba sobre el agua e impedía nuestro paso, y apenas se atrevían a respirar. El puntero agarró con una mano las ramas que colgaban sobre la orilla, evitando que el

bote chocara contra el tronco flotante. –¡Ahí, ahí! Está durmiendo –susurró, señalando con el dedo un enorme nudo en el tronco. ¡Pero no era un nudo, sino la cabeza casi del tamaño de un perro de la sicuri! A apenas dos metros del cañón de mi fusil.

Necesité un largo segundo para recuperarme de la sorpresa. Entonces estalló el tiro.

La cabeza de perro se sumergió detrás del tronco en el agua, pero no sabía con seguridad si se debía a la presión del aire, al susto o porque la bala la había alcanzado. Apenas retumbó el tiro, sin esperar orden alguna los mozos arrastraron repentinamente el bote ayudándose con las ramas de la orilla hasta debajo de los arbustos de la ribera fangosa. Todos tenían sus armas de fuego entre los puños cuando, de pie, estábamos a la espera en la orilla con el lodo hasta las rodillas. ¡Sólo entonces vi también el peligro!

A pocos metros del tronco flotante se alzaba de la corriente despacio y en un arco grande algo destellante, el cuerpo de la sicuri mortalmente herida, que en su lucha con la muerte removía el agua. Por un instante la cabeza, de la que colgaba destrozada la mandíbula inferior, se levantó de un salto en el aire. Desde el fondo del pantano las ramas podridas removidas salían disparadas. El agua que hacía unos momentos yacía inerte se volvió turbia, borboteaba y saltaba a chorros, como si un cráter hubiera estallado debajo de la quieta superficie. Un olor fétido se difundía por el baño de fango de la gigantesca serpiente que sucumbía. No tenía sentido disparar aún más balas al cuerpo del enorme gusano, que se convulsionaba encima y debajo del agua; el monstruo había sido tocado mortalmente.

Fascinados y atascados en el lodo, temimos que el cuerpo sin límites con sus incalculables espiras pudiera volverse hacia nosotros para arrastrarnos en el torbellino de la muerte. Inconsciente e instintivamente sustituimos nuestras armas de fuego por los machetes; mi mozo personal agarró un hacha.

Finalmente las contorsiones del monstruo cada vez fueron más lentas y empezó a ir a la deriva, flotando, en toda su extensión, con su barriga blanca hacia arriba.

Media docena de disparos nos convencieron de que la sicuri estaba muerta, y uniendo fuerzas remolcamos al coloso de la jungla a la orilla baja.

Entretanto había anochecido y la suposición de que pudieran morar aquí más de estas serpientes no nos permitía estar tranquilos. Unas

veces nos quedábamos en el lodo de pie, y otras veces permanecíamos sentados en el bote aplastando mosquitos en nuestras mejillas. En la mañana maldecíamos nuestros huesos, que nos dolían por todas partes.

Cuando el sol emitió sus primeros rayos por el follaje iluminó el cuerpo rajado de la sicuri. El cuerpo aún no digerido y despachurrado de un joven tapir, del tamaño de un perro, yacía al lado suyo. Todavía era posible distinguir su piel a rayas. Por lo visto, la serpiente quiso acelerar la digestión tendiéndose en agua caliente y lodosa.

Algunos pedazos de madera seca recogidos en el terreno pantanoso fueron suficientes para preparar el café de la mañana y asar un poco el pato desplumado cuidadosamente durante la noche insomne.

El sol se elevaba sobre las pequeñas palmeras que rodeaban la laguna y se reflejaba en las gigantescas hojas de la *Victoria regia*, de un verde pulido, mientras arriba en el cielo aparecían girando los minúsculos puntos negros de los buitres. Todo indicaba que habíamos llegado al borde de la selva.

Atracamos en un punto apropiado de la orilla para buscar la continuación del curso del río Geneshuaya o su fuente a pie. Mandé a dos nativos a explorar el terreno tierra adentro, y a los otros dos a recorrer la laguna de color verde chillón con el encargo de obtener algo decente para nuestros sonoros estómagos con las carabinas. Luego me recosté en el suelo y observé un escarabajo que empujaba delante de sí una bola relativamente grande de barro.

Los primeros dos mozos informaron que a apenas un kilómetro de nuestro campamento, a través de un bosque bajo, se llegaba hasta un extenso campo de pasto. Me levanté inmediatamente de un salto y me abrí paso por los matorrales no muy tupidos del bosque, pues las ganas de volver a ver un horizonte extenso eran más grandes que el hambre. Después de cien pasos a través de hierba de la sabana, alta como un hombre y afilada como un cuchillo, me encontraba encima de un termitero y mi vista vagaba libremente y sin estorbos por primera vez desde hacía muchos años por el extenso campo hasta la lejanía sin fin. La vista volaba por aire y luz hasta el horizonte, que se perdía en una neblina dorada. El panorama de esta dilatada superficie, interminable, plateada y resplandeciente bajo el sol tropical, por aquí y por allá interrumpida por oscuras islas de bosque o palmeras aisladas, tenía algo de imponente para mí y provocaba cierto sentimiento de vértigo extrañamente liberador. Lejos en el horizonte, hacia el sudeste, interrumpiendo la neblina

amarillenta, se extendía la línea del bosque de color violeta azulado que señalaba el estrecho curso del río Benicito, la región libre todavía en manos de los indígenas chacobos. Más a la derecha debían estar situadas las regiones inexploradas de Rogoaguado con enormes lagos y pantanos. Quienes se atrevían a entrar allí nunca más regresaban.

Los puntos que dibujaban círculos en el cielo resplandeciente se habían dividido en dos grupos; uno se movía por encima de nuestras cabezas, el otro sobre una pequeña isla de bosque a una distancia de aproximadamente tres kilómetros. Nadie dudaba de que la sicuri muerta fuera el punto de atracción del grupo que volaba encima de nuestras cabezas, ¿pero qué atraería a los guardianes del aire sobre aquellos árboles?

Vastas islas de bosque y una centelleante franja de terreno pantanoso de color marrón caracterizaban el nacimiento del río Geneshuaya: por lo tanto, habíamos alcanzado el objetivo de nuestro viaje. Más al norte estaba la extensa llanura con sus secretos, que por el momento quedaba fuera de mi ramo. Grabé las iniciales de mi empresa en un árbol hirsuto por el viento que daba sombra a nuestro campamento; lo mismo hice en varios gomeros en el viaje de regreso.

Cuando salíamos del monte bajo al campo libre vimos un gran oso hormiguero a apenas cincuenta pasos delante de nosotros, que iba renqueante por el alto pasto. Todos nuestros disparos parecían errar; probablemente habían pasado por la pelambre de la cola ancha y ondeante como una bandera. Sin prestar atención a nuestro tiroteo, el pintoresco y raro bicho siguió su rumbo hacia un pequeño grupo de palmeras, donde desapareció de nuestra vista.

Después de aproximadamente una hora nos acercamos a la isla de bosque vigilada por los buitres. Era circular y tenía un diámetro de aproximadamente ciento cincuenta pasos.

–Ahí están –gritó el mozo que se había adentrado en el tupido matorral. Siguiendo su voz, los demás nos lanzamos hacia él, las armas prestas a disparar. Sobre nuestras cabezas resonaban los golpes de ala de los buitres, que expresaban su agitación en el follaje con resoplidos roncos y extendiendo hacia delante los largos cuellos. Los buitres acechaban abajo un pequeño claro de bosque y en él a una urina despedazada y sangrante.

Un brazo moreno señalaba acusando a la horqueta de un bibosi a apenas diez metros de distancia. Sobre ella estaba sentado, asiéndose con sus garras, un puma, que daba bufidos entre sus grandes colmi-

llos, agazapado indeciso y cobarde. Arriba en el follaje se producía un tumulto y algunos de los buitres aleteaban huyendo de árbol en árbol, cediendo el espacio a un tigrillo que buscaba ponerse a cubierto.

¡Entonces ahí estaba reunida toda la banda de asesinos!

Yo admiraba la sangre fría de los indígenas; con el fusil listo para disparar, yo cubría a los felinos, mientras que mi gente batía y registraba el grupo de árboles en todas las direcciones.

Encontré un lugar propicio al lado de un delgado tronquito de árbol en el que podía encarar mi fusil y ordené a la gente disparar sólo si yo fallaba y había peligro.

No quería dañar más de lo absolutamente necesario la magnífica piel parduzca y aterciopelada del puma. La certidumbre de poder confiar en mi gente para que ningún felino se me acercara hasta la distancia de sus garras, en caso de que el disparo pasara rozando o el tiro errase, me permitía apuntar tranquila y cómodamente.

El disparo estalló y, zas, el puma cayó con un golpe pesado y sordo sobre el blando suelo del bosque. Ni la más mínima herida permitía saber dónde estaba la bala, sólo salía de la nariz un poco de espuma roja.

¡Tiro en la oreja! La piel indemne del puma estaba asegurada, pero sólo unos golpes fuertes con la culata del fusil en el cráneo hasta que la lengua sangrienta del animal salió temblando de la boca, pusieron fin a la vida de la bestia.

El tigrillo estaba a cubierto bien arriba entre las ramas. Su piel moteada nunca se veía por completo y cambiaba de sitio en constante movimiento. Una primera bala falló, sólo cayó un ramo verde, la segunda hizo astillas una rama, la tercera silbó por el follaje hacia el cielo azul. Me rendí y dejé que dispararan los indígenas. Arriba se escuchaban gruñidos furiosos, que eran acompañados de algunas gotas de sangre. Y ahora el animal caía con las zarpas y las garras abiertas como un dragón volador por el ramaje y se arrastraba gravemente herido al matorral más cercano. El tiro de gracia no tardó en sonar. Después el tigrillo yacía inmóvil al lado del puma muerto.

Ya con los primeros disparos los buitres habían salido violentamente por las copas de los árboles para reunirse con el grupo que giraba sobre el campamento en el río.

Arrastramos la piel sangrante del puma por el alto pasto de la sabana hasta el campamento. Mateo, que había bajado el tigrillo, se apartó y se dirigió a un grupo de palmeras.

Ya estaba echado yo en la hamaca, sorbiendo café caliente, cuando llegó jadeando bajo una carga a sus espaldas y ¡dejó caer a mis pies el oso hormiguero muerto que había huido de nosotros!

Todos los tiros que disparamos le habían dado y habían acribillado su pellejo de color gris oscuro y de pelo largo, y el animal gravemente herido se había desplomado y perecido cerca del grupo de palmeras.

Lamentablemente el ansia de la caza nuevamente me había jugado una mala pasada, pues con el extraño animal no había otra cosa que hacer que admirar su rareza desde cerca. La carne de estos animales no es comestible y la piel no tiene valor.

El oso hormiguero emplea sus garras de diez centímetros de largo, curvadas en forma semicircular, para desmoronar el termitero, con lo cual logra alcanzar las blancas y carnosas hormigas, que son su único alimento. En la confusión del termitero hecho pedazos, la lengua del animal cubierta de una sustancia pegajosa serpentea como una lombriz grande y larga. Las termitas se agarran de la lengua y entonces son trasladadas mediante movimientos fulminantes a la boca del ladrón. La cabeza consiste sobre todo en un tubo largo, en cuyo límite superior dos ojos inteligentes como pequeñas cuentas de vidrio miran el mundo. A esos ojillos tampoco se les escapan las termitas que huyen en todas las direcciones, pues, como si fuesen migas de pan en una mesa, son cuidadosamente barridas con la cola en forma de bandera, cola que, cuando el animal está durmiendo, permanece sin pliegos y lisa sobre el cuerpo hecho un ovillo. Las enormes garras del oso hormiguero le dan al animal un aire de andar pesado y cojo, y por otro lado le sirven de arma defensiva nada despreciable cuando se encuentra arrinconado. Lo que se mete entre esas garras ya no se suelta, ni cuando el animal está muerto. Más tarde tuve la oportunidad de contemplar los cadáveres rígidos de un jaguar y un oso hormiguero. La pequeña cabeza del oso hormiguero en forma de tubo se encontraba partida entre las fauces del depredador muerto, pero sus garras estaban aferradas profunda y fijamente al lomo del jaguar; para defenderse, el oso hormiguero se había echado sobre la espalda y en la agonía, abrazando al felino gigante, había hundido sus garras como dos puñales en el lomo de su asesino.

Cuando despuntaba el día, al pasar por ahí encontramos a los buitres manos a la obra. Estaban congregados alrededor de la serpiente gigante que habíamos matado y alrededor del contenido aún no digerido de su estómago.

INDÍGENAS SALVAJES

Una vez pillé desprevenidos a unos indígenas salvajes cuando se estaban comiendo un lagarto gigante que habían muerto a flechazos sin haberlo cocinado. Con sus uñas fuertemente desarrolladas, similares a garras, sacaban pequeños pedazos de la cola del reptil y con apetito voraz engullían la blanca y viscosa carne con olor a pescado podrido, exactamente como hacen los buitres con un cadáver.

Y cuando por primera vez rendí una visita sin previo aviso a mis vecinos más cercanos, los indígenas salvajes chacobos, experimenté el mayor asombro o el mayor horror de mi vida: una maraña de hombres, mujeres y niños, flacos, chorreando y oliendo mal por la suciedad, estaba tendida en el piso de una miserable cabaña, aparentemente buscando protección del temido viento del sur bajo delgadas esteras y hojas de plátano. Como es sabido, este viento frío sopla, helado, desde las cordilleras y se mantiene durante algunos días. Estos seres humanos, que ni con mucho eran tan limpios como los monos, sino más bien tan sucios como los cerdos, se mantenían estrechamente entrelazados, una repugnante maraña de miseria que apenas merece el nombre de ser humano. Fui sólo con Miranda y con mi mozo personal, pero un susto del infierno agarró a estos hombres primitivos cuando nos presentamos tan inesperadamente ante ellos. El ruido de la fría lluvia en el bosque había impedido que escucharan que nos acercábamos. Sintieron nuestra repentina aparición también como un asalto, pues no habíamos anunciado nuestra llegada con porrazos contra los árboles. Intencionalmente yo no había observado esta regla de etiqueta de la selva cuando Miranda llamó mi atención sobre las primeras huellas de esos salvajes, pues yo quería saber cómo vivía esta gente cuando estaba entre sí y no se sentía observada.

La maraña de personas completamente desnudas se deshizo en tres hombres y siete mujeres. Todos estaban flacos y tenían las barrigas hinchadas. Los niños se escondían detrás de los magros cuerpos de los adultos, o se agarraban temblando de sus madres.

En medio de la cabaña abierta, una olla de barro medio rota con el contenido haciendo borbotones estaba colocada sobre un fuego mal alimentado. Por encima, a un brazo de distancia, en la delgada columna de humo ascendente daba vueltas un cesto con aspecto de red, hecho de

fibras vegetales, que había sido atado con una cuerda vegetal a un travesaño. En el cesto se movía una criatura con vida: un niño recién nacido, arrugado y desnudo. De color marrón, relucía como una pipa y respiraba en una burbuja de saliva que temblaba delante de la pequeña boca.

–¿Pero qué significa eso? –pregunté yo a Miranda.

–Oh, ésa es una costumbre de estos salvajes –decía fríamente–. Las madres son demasiado flojas como para alejar las moscas y los mosquitos de los recién nacidos, y para simplificar las cosas cuelgan a estas pobres criaturas en el humo; ahí no hay mosquitos y en días fríos como hoy el niño está al calor.

–¿Y cuántos años tiene el niño? –pregunté yo.

Miranda se dirigió a los salvajes, que nos observaban asustados y tímidos. Según todas las apariencias, el minúsculo recién llegado al mundo, tostado de color marrón, debía tener aproximadamente ocho días. Cómo conseguía respirar en medio de ese humo insufrible sin ahogarse es otro de los muchos secretos de la selva.

Miranda levantó del piso dos trozos de madera y se los dio a los salvajes para que me mostraran cómo hacían fuego. El pedazo más grande era ligero como una pluma y tenía la forma de un ladrillo. Estaba provisto de huecos del tamaño de un dedal. El otro era una varilla de madera dura, redonda, de un pie de largo. Un indígena se sentó en el suelo, apretó el pedazo de madera en forma de ladrillo entre sus pies, haciendo girar entre las palmas de sus manos la varilla de madera dura en uno de los pequeños huecos como si fuera un huso, cada vez con mayor velocidad. Surgió un olor a quemado y un poco de humo azulado. Moviendo los dedos gordos de los pies como si fueran dedos de las manos, empujó algunas pequeñas fibras contra el pequeño hueco humeante y la varilla que giraba en él. Saltó una minúscula chispa, y en las fibras ya tiritaba una pequeña llama: el fuego, que convierte al hombre en el rey de la creación, estaba encendido.

Este proceso de encender el fuego debe haber durado unos diez minutos y el hombre sudaba por todo su cuerpo. Más tarde me procuré un encendedor como éste, pero nunca logré prender fuego.

Miré alrededor de la primitiva choza, pero a excepción de dos o tres grandes piedras –una rareza en esa región que tal vez servían para limar las puntas de flecha–, no encontré ninguna herramienta; ni siquiera hachas de piedra. No había metal en ninguna de sus formas.

Así me hallaba ante el increíble hecho de que en esta Tierra avanzada aún hay gente que ni siquiera ha logrado hacer hachas de piedra.

–¿Entonces cómo hacen sin hachas las vigas y varas para construir la cabaña? –preguntaba a Miranda.

–Muy sencillo. En vez de cortar el árbol lo cavan hasta que cae por sí mismo. Luego sencillamente queman las raíces y las ramas. Las terminaciones carbonizadas en las vigas que usted puede ver aquí se deben a eso. Pero la gente también puede partir las vigas a lo largo, para lo cual usan cuñas de madera, que se humedecen con agua de modo que se hinchan y así parten los grandes troncos. Partir los troncos dura días y semanas, pero en todo caso para esta gente el tiempo no tiene importancia.

Como herramientas para pequeños trabajos artesanales usaban huesos de todo tipo, colmillos de diversos animales, garras de loros, del jaguar, de lechuzas, caparazones de tortugas y cáscaras duras de frutos.

Los principales enemigos de los indígenas chacobos salvajes son el jaguar y… el catarro. El miedo al catarro y al contagio correspondiente no conoce límites. No es raro que sencillamente se mate a la persona resfriada. Entonces no tiene importancia si se trata del propio padre o de otro pariente cercano. Después de uno de estos asesinatos abandonan la cabaña o incluso todo el asentamiento para estar protegidos del contagio. Seguramente también hay de por medio algunas ideas religiosas supersticiosas.

Casi todos los hombres indígenas tienen dos o tres mujeres, que realizan todo el trabajo. El hombre sale de caza y sólo lleva consigo una única flecha. Sus mujeres llevan el arco de repuesto y el resto de las flechas. Van detrás del hombre por la espesura de la selva y son ellas las que cargan las presas de regreso a la casa. Como si fuesen perros de presa, sacan el pato que ha sido cazado del pantano. También cavan y tumban los árboles y construyen las cabañas. A manera de esclavas obedecen ciegamente las indicaciones de sus maridos, y después de su muerte siguen obedientes también las de aquel que las ha conquistado, conquistas que a menudo provocan riñas.

En los lóbulos de las orejas de los hombres meten los pesados colmillos de un dedo de largo del capiguara, y por el tabique nasal pasan pequeños atados de pluma de color púrpura que se ven como pequeños bigotes rojos. Es curioso que los hombres chacobos lleven trenzas mientras que las mujeres se dejan crecer el pelo sólo hasta la nuca. Las

largas trenzas de los chacobos están ceñidas por medio de cera silvestre e hilos vegetales de manera tan firme que se sienten como si fueran duras varas. Nunca logré convencer a un chacobo de que se soltase el pelo, ni rogándoselo ni con regalos; posiblemente una vez que los cabellos han sido adheridos con cera ya no se puedan soltar. Los ojos rasgados algo oblicuos, el color de la piel amarillenta, las trenzas, las narices aplanadas y las bocas anchas les otorgan un aspecto mongólico pronunciado. Las mujeres se ponen varitas negras brillantes de dos a tres milímetros de largo en la parte exterior de sus tabiques nasales. Todas las caras estaban pintadas, o más bien pintarrajeadas, con rojo y amarillo. En algunos huesudos dedos femeninos observé anillos blancos hechos de colmillos huecos de los caimanes. Se cortaban los cabellos negros como el carbón de delante en forma de flequillo deshilachado, no con una tijera o un cuchillo sino, como me explicaba Miranda, aplastándolos entre dos piedras. El flequillo apenas cubría las bajas frentes. Un hombre mayor llevaba una pequeña barba de chivo; aparte de eso no se veían vellos en las caras, ni bigotes ni cejas.

Yo regalé a la gente algunas pequeñas cosas que había llevado, que aceptaban con timidez y sin dar las gracias; sólo cuando le alcancé al hombre con la barba de chivo mi machete, brilló algo de alegría en los oscuros ojos del barrigón con barbita de chivo, piernas delgadas y brazos huesudos. Mediante Miranda, que chapurreaba un poco su dialecto, invité a la gente a visitarme en la barraca y les prometí más regalos. Sin embargo, nunca atendieron mi invitación. Según parece, vivían en enemistad con las otras tribus chacobos que a veces me visitaban. Poco tiempo después de mi visita desaparecieron de nuestros bosques; probablemente se habían retirado a las islas de bosque del río Benicito.

Algunos indígenas chacobos que ya habían entrado en contacto con la civilización me visitaban a menudo en la barraca y yo vivía en la mejor paz con ellos, que eran mis únicos vecinos. Solían aparecer acicalados de fiesta, y antes de pisar nuestro asentamiento cubrían sus cuerpos desnudos con camisas de fibra de corteza. Me traían arcos y flechas y collares bellamente trabajados hechos de colmillos de mono y plumas de loro. Entre los chacobos civilizados no faltaban los colmillos del capiguara en los lóbulos de las orejas y también llevaban con orgullo los graciosos bigotitos de plumas.

Mi jefe en la Casa central me había pedido que le enviara un cráneo chacobo para fines científicos. Con motivo de la visita de los indígenas me enteré casualmente de que un miembro de su tribu había fallecido

y entonces meses después me puse en camino junto con Miranda para excavar el cráneo del hombre muerto. A Miranda le habían contado que estaba enterrado cerca de su cabaña.

Cuando llegamos a la cabaña mencionada, los habitantes se habían mudado, mientras que la cabaña misma aún estaba en un estado regular.

Miranda tanteó descalzo con pasitos cortos alrededor de la cabaña y pronto descubrió un lugar blando en el suelo de arcilla por lo demás bastante duro. Poco después ya habíamos cavado un hoyo circular de aproximadamente un metro de diámetro y cinco pies de profundidad. Por razones obvias habíamos evitado traer gente de nuestro personal, por lo tanto estábamos obligados a efectuar nosotros mismos el trabajo. Alcanzamos el fondo de la tumba sin encontrar un cadáver.

–Estos vivos se han llevado al muerto porque les pregunté por la tumba –comentaba Miranda desconcertado.

Yo no podía creer algo así realmente y bajé al hoyo redondo pinchando con cuidado y a modo de prueba con el machete en el suelo y la pared. De pronto topé con algo duro, y un diente humano cayó de la pared. Seguí cavando en la zona blanda de la pared hasta que una gran bola que cayó de la pared golpeaba contra mis piernas. Era el cadáver.

Con mucho esfuerzo sacamos la gran bola de la tumba y encontramos que el cadáver había sido atado en esta extraña forma con ayuda de una red de fibra vegetal. El cráneo había sido literalmente insertado en el torso, la columna vertebral torcida ponía piernas y rodillas contra los hombros. Los brazos y manos atadas entre sí las mantenían en esta posición. Con excepción de dos colmillos de capiguara y algunas plumas nada más había sido envuelto con el cadáver.

GRATITUD DE LOS SALVAJES

Una tarde, cuando el personal se encontraba en los centros gomeros, escuché a alguien llamando a voces desde el otro lado del río. Envié a mi criado con el bote para que trajese a la persona que gritaba. Fue grande mi sorpresa cuando del bote vi bajar a un chacobo. Este indígena llamado Guara me había visitado hacía algunas semanas atrás con toda su tribu y en esa ocasión le había dado regalos.

Llevaba en hombros a una persona aparentemente sin vida, cuyos brazos colgaban inertes. Colocó su carga sobre mi catre y reconocí al hijo de nueve años de edad de Guara, que a menudo había venido con el padre a la barraca y a quien incluso había bautizado. El flaco cuerpo del niño estaba muy caliente por la fiebre. Malaria…

El padre cayó de rodillas por el cansancio y cogiendo mi mano me miraba miserablemente infeliz. No entendí nada de las palabras que murmuraba, pero sus ojos me pedían que salvara al niño moribundo. El padre había caminado a toda prisa trece leguas (sesenta y cinco kilómetros) por la selva con su hijo en brazos, alentado por la esperanza de que quizás yo pudiera mantener al chico con vida.

Cuando puse mi mano en la frente ardiente del niño, el padre se desmoronó agotado al lado del catre. Los ojos del niño estaban cerrados, los dientes, apretados convulsivamente, rechinaban.

Empecé a dar masajes con glicerina y aceite de almendra en el que había mezclado polvo de quinina por la piel del pequeño chacobo, que ardía por efecto de la fiebre. Frotaba una porción tras otra en el cuerpo, que se retorcía como una serpiente. De vez en cuando le daba algunas gotas del amargo líquido entre los dientes rechinantes. El pequeño valiente tragaba el amargo brebaje sin hacer una mueca y aproximadamente una hora después, extrañado, abría los ojos; vio a su padre arrodillado al lado de la cama y se quedó tranquilo. La alta temperatura había bajado un poco, aunque aún tenía cuarenta grados. Había superado el fuerte ataque.

Asustado, Guara observó cómo procedía con un enema, cuyo resultado me tranquilizó de tal modo que tenía la esperanza de poder salvar al pequeño.

Cuando el niño, arropado para mantenerlo caliente, cayó en un sueño tranquilo, invité con un gesto a Guara a echarse un rato; pero el chacobo se sentó a los pies de su hijo y no apartaba la mirada de la cara pacífica y relajada de éste, ni siquiera cuando bebía o comía.

Tras una noche sin fiebre y un nuevo masaje con aceite de almendra saturado de quinina los escalofríos que le daban al mediodía y la consiguiente transpiración pasaron con una temperatura considerablemente menos alta.

Diez días después pude darle al contentísimo Guara licencia para volver a su tribu, y su hijo incluso lo podía acompañar a pie.

Cuando llevaban a remos a Guara a la otra orilla, señaló la pálida luna creciente en el cielo y levantó dos dedos.

Exactamente dos meses después, Guara apareció de nuevo en la barraca acompañado de doce fuertes hombres de su tribu, todos ellos completamente engalanados con plumas.

Desfilaron majestuosamente, con Guara a la cabeza, por la plaza. El asunto tenía un tinte ceremonial; yo hice llamar a Miranda como intérprete.

El objetivo de la solemne visita era transmitirme los saludos de "Papa Econé", el jefe chacobo más anciano. Muchos años atrás Miranda había visitado al viejo y lo describía como un anciano encogido, con aspecto de momia y con una barba de chivo blanca como la nieve, que gozaba de un gran prestigio entre todas las tribus chacobos. Vivía más o menos a doscientos kilómetros de mi barraca en el curso superior del Benicito.

Sólo alguien como Miranda podía aventurarse en días de marcha por senderos indígenas difícilmente localizables hasta llegar a "Papa Econé".

Una vez transmitido al "Tata Branco" (algo como "Padre Blanco" o "Jefe Blanco") un aparentemente muy significativo saludo, los chacobos se dispusieron en fila, se quitaron los tocados de pluma de la cabeza, los collares de dientes de mono de los cuellos, los colmillos de chancho de las orejas, los pequeños bigotillos rojos de las narices y al final también las camisas de fibra de corteza de los cuerpos y depositaron todos esos bártulos a mis pies. Se quedaron con los aros hechos de una madera parecida a la del tajamanil, que llevaban como muñequeras y tobilleras, pues son considerados protección contra las heridas que causan las espinas y la cuerda del arco que rebota. Como tales eran imprescindibles

para los chacobos, pues esos indígenas disparan a menudo tumbados sobre la espalda y tensan los grandes arcos con manos y pies, sobre todo en la caza de monos cuando apuntan hacia árboles muy altos.

Todos pidieron una camisa, un pantalón, un hacha y un machete.

Hice entregar a cada uno de ellos los artículos deseados, tras lo cual se retiraron desfilando, en fila india al bosque sin decir otra palabra o saludo. Dejaron las flechas, arcos y adornos delante de mí.

¿Trueque? No, esto era algo diferente. No le di permiso a Miranda de seguir a la gente; de hecho, ya se había hecho demasiado oscuro.

Al día siguiente al amanecer, al toque de campana apareció Guara con sus doce fuertes camaradas, vestidos con camisa y pantalón, equipados con hacha y machete, y se colocaron entre los trabajadores de la barraca.

–*Buenos días, patrón* –dijeron en coro junto a los otros cuando salí de mi cabaña.

No sé cómo los chacobos se habían enterado de que al día siguiente de su llegada íbamos a empezar con la tala de algunas hectáreas de bosque.

Tras la lectura de la lista, sin decir palabra siguieron al monte a los indígenas de la barraca conducidos por Miranda para ayudar desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, como cualquier otro indígena en la tala de una plantación de arroz. Como el terreno destinado a la plantación estaba bastante lejos de la barraca, a mediodía se cocinaba en el bosque. Los chacobos recibieron una olla, en la que preparaban su ración sin sal.

Por la tarde los reservados muchachos desaparecían apenas había oscurecido y a partir de entonces regresaron puntualmente cada mañana durante diez días al comienzo de la jornada para trabajar todo el día para nosotros.

Una tarde los hombres regresaron temprano del bosque. La tala había finalizado. También Guara llegó con sus compañeros. Los chacobos se pusieron en fila delante de mi cabaña, se quitaron la ropa que yo les había dado y, junto con las hachas y machetes recibidos, la pusieron en el suelo delante de sí.

Ahora estaba claro para mí: por encargo de "Papa Econé", quien debía haberse enterado por Guara de la curación del pequeño chacobo, estos hombres incultos tenían que mostrarme su gratitud y lo hicieron

con su trabajo, lo que era más sorprendente si cabe sabiendo que los hombres chacobos consideraban que trabajar no es digno de ellos.

Me pareció realmente loable la atención de estos hombres salvajes y les regalé lo que sólo me habían pedido prestado.

¡Contentísimos desaparecieron con la ropa bajo el brazo nuevamente en el bosque como felices portadores de un gran paquete para "Papa Econé" con los saludos más cordiales del "Tata Branco"!

Guara me visitaba dos a tres veces al año y solía venir acompañado de algunos miembros de su estirpe. Sin anunciarse y de manera inesperada aparecía de pronto con la cabeza alta en nuestra tienda. Nunca se lo veía caminar por los senderos usuales del claro de bosque de la barraca; simplemente salía de repente de algún lugar de la espesura y entonces, sin prestar atención a los habitantes del asentamiento que lo llamaban, se acercaba a mi cabaña.

A la manera de un hombre del mundo, e incluso algo desdeñoso, me daba la mano como si fuéramos los mejores viejos amigos y nos viéramos varias veces al día. Comúnmente daba la vuelta por el mostrador del almacén, agarraba la tijera dispuesta para cortar telas, un cortaplumas o algún otro objeto que en ese momento se encontraba ahí, sacaba un paquete de fósforos de alguna caja recién abierta, tomaba algunos collares de cuentas de vidrio de algún estante, se servía de los grandes pañuelos rojos dispuestos para la venta, recogía todas las cosas y finalmente se paraba además delante de una nueva olla dispuesta en el piso. Cuando yo, riéndome, asentía con la cabeza, agarraba también la bella olla de hierro, me daba la mano izquierda o derecha, y junto con sus dos o tres mujeres a las que había traído y junto a su hijo, que ahora siempre lo acompañaba, salía tan majestuosamente como había llegado.

Luego yo encontraba en algún lugar del almacén un fardo de flechas nuevas, algunos arcos y adornos de pluma que él discretamente había dejado a cambio como regalo.

MANUELITA

Un aire caliente y titilante flotaba como vidrio derretido sobre la copa de la palmera espinosa de color gris verdoso al lado de mi cabaña. Desde hacía semanas no caía ni una gota de lluvia. La casi siempre verde alfombra de césped se había vuelto marrón rojizo. Con la corriente de aire del bochorno las puntas de las hojas lanceoladas de la palmera se tocaban y se escuchaban duros chasquidos. Astillada, angulosa y nítida, la sombra de la copa de la palmera intentaba en vano contener los rayos verticales del sol del mediodía de la hierba reseca alrededor del tronco.

Pesado como el plomo, yo estaba echado debajo de las tres campanas del alero. De vez en cuando empujaba mecánicamente un pie contra el suelo apisonado y agrietado para transmitir un movimiento refrescante a mi hamaca. No servía de nada; las bocanadas de aire seguían siendo calientes, el sol tropical era despiadado, ¡yo estaba en un estado en el que sonriendo habría dado un mes entero de sueldo por un vaso de agua fría sobre la mesa!

Toda vida parecía haberse apagado. Incluso el bombo de los indígenas, que normalmente resonaba sin interrupción durante tres días y tres noches al mismo compás, se había callado; la fiesta nacional estaba finalizando. En la mañana temprano se había dado la orden de que ya no se debía disparar.

El día anterior por la noche cada cual había recibido su última botella de aguardiente como obsequio final de las festividades.

Como siempre durante las fiestas, los indígenas se habían emborrachado por completo, bailado hasta el agotamiento y gritado hasta quedar afónicos. Como de costumbre, apenas un pensamiento celoso avivado por la embriaguez empezaba a hacer ruido en el cerebro de los hombres engañados, la mujer infiel de uno u otro pagaba por nuevas y viejas faltas. Entonces por un momento chillaba una voz femenina bajo los golpes chasqueantes de un cinturón de cuero restallando a través del monótono tiri-tiri de un acordeón mientras el incansable bombo hacía una pausa en el compás.

Con el aguardiente se acrecentaban las ganas de pelear y el coraje; esto es lo que se había estado esperando durante semanas para por fin ajustar cuentas con el rival sin entrar en conflicto con el patrón. Si uno salía perdiendo, no pasaba nada, en estado de embriaguez no se sentía dolor y durante las fiestas el patrón nunca se entrometía en las riñas; entonces… bum, bum, un buen puñetazo volaba al rostro ebrio de Antonio o Zacarías. Inventario: dos camisas rotas, narices y bocas sangrando y algunos dientes que habían salido volando… ¡*Que viva la fiesta*!

Ahora todo estaba silencioso en las cabañas alrededor de la plaza. Todo el mundo parecía dormir.

De pronto la detonación de un disparo me hizo saltar de la hamaca.

–Alguien se ha ganado de nuevo veinticinco latigazos mañana en la mañana al inicio del trabajo–, maldije yo dando un salto, pues éste era el castigo con el que se había amenazado en caso de transgredir la prohibición de disparar.

Ahí abajo cerca del largo galpón se apelotonaba corriendo la gente; un tipo seguía disparando a diestro y siniestro. Una mujer corría entre nubes de polvo y humo de pólvora y se desplomó al ser acertada por una bala; en un instante varios mozos medio ebrios se abalanzaron sobre el tirador y le arrebataron el arma.

Un muchacho vino corriendo a mí: –¡Don Nicolás García ha matado a tiros a su mujer y su hijo! –Trajeron a Juana, la mujer que había sido mortalmente herida, hecha un ovillo en una piel de vaca y la colocaron a mis pies en el piso. Luisa, la cocinera, tenía a Manuelita en brazos. La niña de diez meses de Juana llevaba una camisita bañada de sangre.

Entonces también una docena de fuertes manos traía al asesino; bramaba como un animal y trataba de soltarse.

Juana aún vivía, a pesar de que un tiro le había perforado el cuello; en el bajo vientre había otra bala y un tercer disparo había rozado su brazo. Ausente, la mujer herida de muerte miraba alrededor hasta que la mirada materna se quedó prendida en la camisita roja de sangre de Manuelita. Entonces se quebró su mirada.

Manuelita sollozaba silenciosamente mientras le sacaban la camisita por encima de la cabeza. La niña no estaba herida. Ni siquiera le había dado una bala de refilón. Como si se tratase de un milagro, las balas habían penetrado el cuello, el brazo y el bajo vientre de la madre sin herir a la niña que cargaba en sus brazos. Era la sangre que salía a borbotones del cuello de la madre la que había manchado de rojo su camisita.

Di orden de que trajesen todas las armas de fuego de la barraca. Ni yo mismo sé por qué vociferé esa orden, pues ya era demasiado tarde.

Nicolás García fue encadenado en un pilar del alero del tejado; delante de él, sobre la piel de vaca, estaba tendida su mujer muerta.

García escupía al cuerpo, reía histéricamente, clamaba, vociferaba, gritaba que su mujer lo había engañado, que la mataría, que la estrangularía; sacudía furioso sus cadenas. De pie a su alrededor, los indígenas, entre ellos el hermano de Juana, querían abalanzarse sobre el asesino maniatado y había que retenerlos a la fuerza. Con el látigo en la mano, José Manuel y Corpus Tirina, así como el mayordomo, estaban listos para dar mucho más énfasis a mis órdenes si la tropa aún medio borracha se salía de control.

Paulatinamente García fue tranquilizándose; poco a poco algo parecía esclarecerse en su cerebro confundido; sus facciones amarillas y desfiguradas se endurecían, la frente baja y huidiza se cubría de gotas de sudor que adherían su densa cabellera. Se parecía a un depredador arrinconado.

–¿Por qué has hecho esto? –me dirigí finalmente a él.

Porfiado, clavó sus ojos en mí sin contestar. Nunca en mi vida había observado tal cambio en una persona en tan corto tiempo. Nicolás García era uno de mis mejores y más dedicados trabajadores, callado, modesto hasta la humildad, siempre con una ancha y tímida sonrisa entre sus blancos dientes relucientes cuando hablaba con él. Era el mejor remero de la barraca; durante horas deslizaba su remo por el agua, marcando el compás al resto de los mozos remeros y riéndose a carcajadas cuando uno tras otro necesitaban descansar.

En pocos minutos el asesinato lo había transformado en una persona completamente diferente, incluso su cara se había vuelto irreconocible.

–¿Quieres decir algo?

Tomé lápiz y papel en la mano.

–Todos vamos por el mismo camino –dijo de pronto con toda claridad.

–¿Qué quieres decir con eso?

Ninguna respuesta. Ya no pude sacarle al hombre ni una palabra. Tampoco cuando Miranda lo amenazó y José Manuel Tirina le habló amistosamente en su dialecto indígena. García seguía obstinado. Fría e indiferente, su mirada iba de una cara a la otra. Los espectadores esperaban alrededor a una distancia segura y sus impacientes miradas iban del asesino a mí y de mí nuevamente al asesino. Ninguno dudó un solo instante de que iba a dictar una sentencia terrible. Nadie recordaba que en esos casos yo no podía ser el juez. Fusilarlo o azotarlo hasta la muerte era la sentencia que todos consideraban correcta. Esto y no otra cosa era lo que estaba escrito en la mirada de todos esos ojos que miraban fijamente. "Van a fusilarlo", se susurraba en las filas.

García escuchaba el murmullo y se mordía los labios hasta sangrar.

Se llevaron de allí a la difunta Juana, se entregaron las velas, cajas y la tela de lino que formaban parte del velorio y se dispuso el entierro para el día siguiente.

Vigilado por dos hombres, García permaneció encadenado de pie en el poste después de que se ordenara a la gente, ahora visiblemente desencantada, que se retirase. Luego se llamaría uno a uno a los testigos oculares.

Hasta bien tarde en la noche anoté los testimonios parcialmente contradictorios. Cada declaración fue firmada por los analfabetos con tres cruces y confirmada con la firma del mayordomo. Yo me sentía muy mal; además, desde el desayuno no había comido nada, y todo había sucedido tan inesperada y rápidamente. ¿Qué podía hacer yo con el asesino? Un correo extraordinario a Riberalta requería de por lo menos ocho hombres y un empleado, el viaje río abajo duraría de diez a doce días en el mejor de los casos y el doble para volver. Era muy probable que en algún campamento el asesino lograra desaparecer en el bosque; además, en el calor tropical, era necesario soltar un poco las cadenas. Un movimiento algo brusco podía hacer zozobrar el bote. Además los

remeros tenían que ser compensados por la pérdida de su tiempo, y esto sin contar la pérdida de goma. En dos a tres semanas, en todo caso era el momento de la llegada del vapor, aunque nunca se podía saber la semana exacta. Quizás salía antes, quizás también unas semanas después.

Muy a mi pesar me decidí finalmente por mantener a García preso para luego entregarlo al capitán del vapor y ser relevado de la responsabilidad.

La idea de mantener al asesino durante semanas en mi cabaña me resultaba difícil y el presentimiento de que el drama aún no había terminado me seguía a todas partes.

Di el encargo de que le dieran el arroz que se había enfriado en mi mesa al preso, que seguía encadenado en el poste a una distancia de apenas tres metros, clavando su mirada todo el tiempo en mí. Prohibí que soltasen las cadenas, y así le empujaban el arroz a cucharadas en la boca hasta que tuvo suficiente. Duros relámpagos trepidaban en los ojos oscuros de García, pero comió tranquilamente hasta terminar la olla.

Miranda y dos trabajadores iban a dormir con el preso en el almacén que, como ya he mencionado, apenas estaba separado por una delgada pared hecha de varas de mi dormitorio, en el que la apertura de una puerta llevaba al almacén.

Una pálida mañana deslizaba su luz sobria y descolorida por la orilla de la selva cuando terminé el informe dirigido al juez penal de Riberalta. Apenas me había echado a la hamaca, cansado, cuando la gran campana encima de mi cabeza ya llamaba a la gente al trabajo. Después de la lectura de la lista, en la que se había tachado el nombre de García, a cada uno se le asignó su trabajo habitual.

Dos personas recibieron el encargo de cavar la tumba de Juana, y Santiago, el hermano de la difunta, fue nombrado guardián responsable del preso. Se le repitió con empeño que no perdiese de vista a García bajo ninguna condición. Su cárcel era el almacén, que sólo podía abandonar acompañado de cuatro hombres y el mayordomo para hacer sus necesidades. El entierro de la mujer asesinada tendría lugar poco antes del atardecer.

Luisa, la madre del pequeño Juanchiño Calzow, debía asumir temporalmente la posición de madre de Manuelita.

Después del almuerzo, en el que me acompañó Miranda, éste se retiró a hacer su siesta.

Santiago vino del almacén y me pidió permiso para ir a almorzar y para buscar también algo para García.

–¿Está el hombre atado, bien atado?

–*Sí, señor*, está durmiendo.

–Bien, entonces puedes ir; yo me quedo aquí hasta que regreses.

Yo estaba sentado en el banco debajo del alero de mi vivienda. Santiago se había ido hacía aproximadamente cinco minutos cuando a mis espaldas estalló un disparo.

Me precipité por mi dormitorio hasta el almacén. Delante del mostrador yacía inmóvil García sobre el piso. Sus manos y sus pies estaban sujetos con la pesada cadena, pero pasando por debajo de ésta había además un fusil Winchester aún humeante con el orificio del cañón justo debajo del mentón. Por la boca y la nariz del preso corría sangre. Jadeaba.

–El mismo camino… –resollaba el moribundo mientras yo mantenía su cabeza entre mis manos. Y entonces murió.

–Estaba convencido de que el disparo era para usted –dijo Miranda perturbado–, yo pensaba que García le había disparado a través de la pared.

El tiro en medio del silencio del mediodía atrajo a la población de la barraca al lugar. Horrorizados, los indígenas miraban a García muerto. Al frente de los espectadores estaba Santiago, el vigilante responsable del preso. Éste no resistió mi mirada y confesó de inmediato. Él había empujado el arma cargada con una bala debajo de las cadenas y le había aconsejado que se pegara un tiro, pues en Riberalta en todo caso lo iban a fusilar… García habría estado de acuerdo con la propuesta.

–¿Qué dicen de esta historia? –grité fuera de mí por la rabia a los presentes.

–Santiago tenía razón –decían algunas voces inseguras entre filas.

–No, Santiago no tiene razón; ahora él también se ha convertido en un asesino y va a ser acusado por lo menos de complicidad en el suicidio. ¿Pero se han vuelto locos todos ustedes?

Santiago dijo tranquilamente: –Soy culpable, castígame, patrón.

La mujer de Santiago gritaba histérica y se echó de rodillas a mis pies. Mi presentimiento de que el drama no terminaba con el asesinato de Juana no me había engañado. –¡Hagan más grande la tumba de Juana! Recién mañana será enterrada junto a su esposo –fue mi concisa orden.

¿Qué debía hacer ahora con Santiago? Me encontraba en un horrible dilema. ¿Debía hacerlo encadenar? ¿Dejarlo libre? ¿Qué garantías había de que no se pusiesen otras vidas en peligro? Ahora era consciente de que toda la responsabilidad recaía sobre mis hombros. Le quitaron las cadenas al difunto García y di órdenes de que lo sacaran de allí. Tenía que reflexionar sobre el asunto.

Nuevamente me senté en la mesa y seguí escribiendo mi informe a Riberalta. Cuanto más escribía, tanto más convencido estaba de que no era posible que un caso así fuese tratado por un tribunal sin mi presencia personal y la de todos los testigos. Pero entonces, ¿quién iba a asumir mi puesto en la barraca y por cuánto tiempo? La cosecha de goma era inminente; realmente no podía viajar con todo el personal hasta Riberalta. Seguí escribiendo y pedí a las autoridades que enviaran una comisión para tratar el asunto en el lugar donde ocurrió el asesinato y el suicidio. Escribí y escribí hasta que Miranda vino de puntillas hasta mi mesa.

–¿Qué pasa?

–He venido para pedirle que Nicolás García no sea enterrado junto a Juana. Señor, la gente no quiere que se entierre al suicida en el cementerio.

–¿Quiere decir que sus órdenes y las mías no se están ejecutando?

–No hay nada que hacer; todo el mundo está reunido ahí atrás con palas y azadones, quieren sacar esta noche todos los demás muertos del cementerio y enterrarlos en otro lugar si el patrón entierra al suicida allí.

–¿Realmente todos ustedes se han vuelto locos? ¿Dónde está el cadáver de García?

–Está detrás de su cabaña, nadie quiere amortajarlo.

–Llame a José Manuel Tirina.

José Manuel vino acompañado de por lo menos veinte hombres; en sus ojos se veía una luz fría pero honesta cuando me miró.

–¿Por qué no se ejecutan mis órdenes?

–Señor, usted quizás tenga otra fe; no es por desobedecer, pero nadie quiere enterrar al suicida ni tampoco ser enterrado con un suicida;

quizás sea estúpido, pero todos nosotros creemos que entonces no se puede llegar al cielo.

Entonces aquí estaba el mojón donde terminaba el despotismo de un rey de barraca. Nada iba a superar la creencia religiosa de esta gente. Ahora estaba convencido de ello.

Hice ensillar mi caballo y quince minutos después doblaba por el estrecho camino que llevaba a la barraca Francia, luego de haber instruido a Miranda que enterrara los muertos en el lugar que considerase pertinente. Además había dado la orden de administrar veinticinco azotes a Santiago por su complicidad en el suicidio de García. Pero cuando regresé tres días después, intencionalmente no pregunté si mi sentencia había sido ejecutada.

La vegetación tropical de la selva cubrió rápidamente por completo las tumbas de los padres de Manuelita. Durante algún tiempo la niña suspiraba por la madre tan repentinamente desaparecida, lloró algo y después todo se olvidó frente a una faldita nueva decorada con flores y los diferentes dulces que le daban de comer en su nuevo entorno.

Apenas la pequeña huérfana pudo dar los primeros brincos, pasaba la mayor parte del tiempo cerca de mí, y yo le permitía comer su papilla de maíz o arroz sentada a mi lado en la mesa, siempre y cuando pudiese mostrarme sus manos limpias, y cuando más tarde empezó a repetir como un loro todas las encantadoras tonterías que escuchaba de los otros niños, me encariñé mucho con Manuelita.

Sólo soltaba mi pernera para agarrarse a mi dedo. Pasaba las horas sentada en una estera en el piso de mi oficina jugando feliz y parloteando con los caimanes, caballos y otros animales que yo le había dibujado. De vez en cuando se levantaba y mostraba indignada las hormigas de azúcar rojas que le disputaban un banano aplastado entre los dedos u otra fruta dulce. Manuelita había desaprendido a llorar y se había convertido en una niña amable y obediente, que poco tiempo después me llevaría a la casa para que viviera conmigo.

La fiesta de Todos los Santos se acercaba. En el cementerio las velas centelleaban entre las cruces de madera.

Desde la muerte trágica de los padres de Manuelita no había visitado las tumbas; no soportaba el hecho de que se le había negado allí un pequeño sitio a García.

Manuelita rápidamente descubrió las luces cerca de las cruces abajo en el río y vio cómo una larga procesión de personas vestidas con ropa

limpia caminaba hasta allí. La niña me tomó vehementemente de la mano y me apremió a que fuéramos también.

La curiosidad brillaba en sus ojos y en un instante superó mi leve resistencia.

La gente se apartó, tímida e insegura, cuando llegué al cementerio con Manuelita, pues yo había prohibido que hablasen de sus padres fallecidos en presencia de la niña. Hice que una indígena me mostrase la tumba de la asesinada Juana y junto a la pequeña me quedé de pie frente a las velas encendidas sobre la misma.

Manuelita también recibió una vela, que ella misma podía poner sobre la tumba. Dando palmas de alegría cuando lo hubo logrado, se puso contenta de cuclillas en la hierba y sopló las luces parpadeantes.

Intencionalmente no pregunté por la tumba de García y seguí paseando por las pequeñas sendas hasta la orilla de la selva, por cuya linde se desplegaba un estrecho camino alrededor del asentamiento de la barraca.

Manuelita tenía en sus manitos una red para cazar mariposas que yo le había regalado; se alegraba del paseo, parloteaba con las flores y me trajo un escarabajo dorado que había capturado y cuyo bullir entre sus dedos no parecía molestarle lo más mínimo; todo lo contrario, daba gritos de júbilo con el cosquilleo.

Después de un tiempo, la niña, claramente cansada, se quedó algo atrás, y para desviar su atención del cansancio me escondí fuera del camino detrás de un tronco.

Una gran mariposa celeste que ella seguía con la mirada delató mi escondite. Corría riendo hacía mí por la alta hierba cuando de pronto se quedó atrapada en los arbustos. Había pisado en un hueco y aparentemente no lograba liberarse.

Cuando fui corriendo hacia ella vi horrorizado que el pie de Manuelita estaba atrapado entre las costillas de un tórax humano.

Mi corazón casi se detiene: era el esqueleto de Nicolás García, que había sido enterrado aquí de manera muy superficial. Debajo de helechos silvestres sus huesos emblanquecían; acumulé sobre ellos un montículo de tierra.

Algunas semanas después, cuando caminaba por el mismo camino alrededor de la barraca, descubrí sorprendido que en el montículo de García habían plantado una pequeña cruz de madera. Aparentemente me

habían observado junto con Manuelita y algún alma indígena sensible había terminado por abrir finalmente al suicida y asesino la puerta del cielo.

Pocos años después de que yo me hubiese ido, la barraca Geneshuaya, demasiado alejada, fue cerrada, y el personal fue repartido entre otros establecimientos. Las tumbas cuidadas y descuidadas se quedaron ahí y los muertos que duermen en ellas siguen descansando en la suntuosidad de la selva, que se ha cerrado sobre ellos.

De mi informe cuidadosamente redactado, que mencionaba hasta el último de los detalles sobre el asesinato y el suicidio de Nicolás García, ni siquiera recibí un acuse de recibo de las autoridades competentes en Riberalta. Probablemente pensaron que el asunto había tenido una solución oportuna cuando García se ejecutó a sí mismo. No se interrogó a los testigos, y todas las declaraciones escritas firmadas con tres pequeñas cruces sin duda aterrizaron en la papelera de algún juez mundano.

¿Qué otra cosa podía hacer? Los dos involucrados descansaban en paz y ya habían tenido la oportunidad de responder frente al más alto y más justo de los jueces.

GENTE DE UNO Y OTRO LADO

Llevaba ya nueve meses en la selva cuando arribó por primera vez un vapor al Geneshuaya, y con él el correo. El capitán y el maquinista eran nativos, y entre los pasajeros no había ninguna cara europea. Me hubiera gustado realmente hablar con alguien en mi lengua materna otra vez. Llegaron dos docenas de cartas de casa, a pesar de que todas habían sido escritas en diferentes semanas y meses.

Antes de viajar al otro lado del charco, Ulmer me escribió una simpática carta de despedida: –Espero que usted, como el provinciano en el que irremediablemente se ha convertido, haga honor a su apellido suizo en la selva.

En algún momento ya no tenía sal, ni aceite, ni azúcar, ni medicamentos, pero tenía que ocuparme de trescientas personas en la barraca. Todos querían sal, azúcar y medicamentos. Para reemplazar el aceite hacía recoger almendras y extraer el aceite a presión. Echaba salitre en vez de sal sobre la carne. Elaboraba puros en base a hojas de plátano secas y exprimía caña de azúcar en el café pero también se acababa el

café. Entonces tomaba infusiones de hierbas. Leía los periódicos por centésima vez y me sabía de memoria los avisos.

Pero también ese tiempo pasaba y había aprendido que el hombre puede vivir con muy poco.

Entonces llegó un vapor. Yo había mandado una tripulación de remeros a su encuentro. Una hora antes de la llegada de los botes recibí la noticia de que ya se escuchaba el característico ronquido que se produce al remar esforzadamente. En las cajas y los sacos no sólo se encontraban artículos de consumo, sino también un pequeño gramófono con discos. Los indígenas se asombraban de la máquina hablante, y cuando llegó el momento de bailar, bailaron como poseídos alrededor del mágico instrumento.

También el dinero en efectivo representaba un artículo de lujo en la selva. La ausencia de dinero le daba a uno un extraño sentimiento de libertad desconocido para cualquier europeo. De hecho, pronto se me había quitado el gusto por el gramófono y prefería la sinfonía nocturna de la selva. La noticia de la introducción de luz eléctrica en Riberalta me causaba una sensación extrañamente incómoda. Nosotros en la selva no teníamos necesidad de todas esas tontas trivialidades europeas.

El último vapor trajo la noticia de la muerte de don Oscar. Había fallecido en el hospital de San Antonio. Mi antiguo compañero de viaje, Blend, ascendió al alto cargo de primer Director Gerente en Cachuela. Me escribió una carta amistosa y me dio todo tipo de consejos económicos. Por otro lado, yo me vi en la obligación de dirigir a la Casa principal una vehemente protesta porque me cargaban con un tropel de nueva gente que tenía enormes deudas. Pero sencillamente metieron la protesta en un cajón.

Entre los recién llegados había gente que presentaba deudas de miles de bolivianos, pero en cambio no tenía la más mínima idea del trabajo en una explotación gomera. Llegaban con zapatos en los pies, relojes de bolsillo en cadenas de plata y un talante muy arrogante y lleno de pretensiones. Les habían prometido que en poco tiempo podrían pagar sus deudas con trabajo y después podrían ganar un montón de dinero. Estaban vinculados por un contrato y yo debía velar por su cumplimiento y porque la empresa sacase algo.

Los nuevos, en su mayoría mestizos, miraban a mis indígenas por encima del hombro, y éstos escuchaban sus enseñanzas con mucha atención cuando estaban sentados alrededor del fuego.

"¿Qué? ¿Aquí todavía hay castigo corporal? Esto ya está prohibido. ¡Que lo intente conmigo el rey de la barraca! Somos personas libres con derecho a voto, no esclavos ni siervos. Hay leyes que nos protegen. El precio de la goma que nos abonan es una vergüenza; de ninguna manera vamos a aceptar algo así". Etcétera.

José Manuel Tirina dejaba que el nuevo viento le llegase a los oídos y sacudía su cabeza indígena con resignación. Se dirigían a él con "tú" y él lo toleraba. Pero la gente no toleraba cuando este indígena sincero y absolutamente honrado también los tuteaba. Desvariaban sobre su ascendencia española y se ponían asimismo por encima de un jefe indígena, cuyas órdenes rechazaban directamente.

Mis indígenas se ponían testarudos. Me costaba mucho lidiar con la manía por las razas que empezaba a brotar. Pero la persuasión amable y los consejos pacientes no sirven para nada si no hay una persona que en caso de emergencia recurra a su autoridad.

Uno de los mestizos, con el cigarrillo en la boca, me preguntó con qué derecho lo tuteaba yo.

–¡Con éste! ¡Y porque eres un grosero, insolente e inútil! –Y al decirlo le di un bofetón que apagó el cigarrillo–. ¿Es suficiente explicación?

–*¡Sí! ¡Sí! ¡Señor!* –contestó el hombre, que había perdido el aplomo.

Los novatos fueron comprendiendo poco a poco que la selva requería algo más que un par de fanfarrones advenedizos y agitadores.

Eleuterio Añez no consideraba necesario obedecer las leyes de la barraca. Sabía leer y escribir, pero agitaba continuamente a mi gente. Cuando no estuvo presente al pasar lista debajo de la campana y fueron a buscarlo, lo encontraron tumbado en su hamaca. Lo trajeron.

–Nadie tiene derecho a obligarme a trabajar. Soy un ciudadano libre –gritó.

Yo le hice una seña a José Manuel Tirina para que se acercara. No se oía ni una mosca.

–Tú, Añez, tienes cinco minutos para prepararte para el viaje. Te van a llevar a remos río abajo. Entonces serás libre. Y si en cinco minutos todavía estás aquí, te van a despachar con el látigo…

–¡Pero yo tengo una deuda de mil setecientos bolivianos con la empresa! –contestaba Añez.

–Te regalo tu deuda junto con tu libertad –fue mi respuesta.

Minutos después Tirina llevaba al hombre en bote río abajo. Se le dieron algunos bananos como víveres y se le señaló el camino al Ivon y a Riberalta, situados a cuatro días de caminata. Añez le pidió en vano a Tirina que lo aceptara de nuevo, diciendo que quería pedir perdón y trabajar. Pero no había remedio.

Mi oculto temor a que alguna de nuestra gente tomara el mismo camino para librarse de sus deudas resultó infundado. En cambio, algunos meses después recibí una citación del juez de Riberalta. Un tal señor Eleuterio Añez habría reunido acusaciones fantásticas contra mi persona que me hacían aparecer como un criminal digno de la pena de muerte. Sin embargo, yo logré presentar suficientes testigos al tribunal, y el señor Eleuterio Añez salió perdiendo. Desde entonces desapareció sin dejar rastro.

PIRATAS Y PRÓFUGOS

Miranda se presentó una tarde en la barraca, muchos días antes de que lo esperase de vuelta de un viaje de inspección. Traía a un desconocido, mayordomo de veinticinco familias. Miranda había sorprendido a esa gente cuando picaba goma en nuestros gomales en el curso superior del Geneshuaya. El foráneo admitió que había penetrado en nuestros bosques por encargo de su patrón, que en efecto había reparado en nuestra marca en algunos árboles y que sabía entonces que se encontraba en propiedad ajena; pero su patrón, don René Velarde, tenía la intención de llevar la goma robada en carretón hasta el río Mamoré para despa-

charla desde allí río abajo. Ahora todo estaba perdido. Él, sin embargo, estaría dispuesto en el futuro a trabajar para nuestra empresa, junto con todo su personal, que había traído a nuestra barraca. Su gente no tenía deudas con el patrón. Yo no creí que esta última afirmación fuese cierta.

Aquí aparentemente se trataba de toda una tropa de piratas, no de prófugos. Según una ley no escrita, a los prófugos se los reconducía a su legítimo patrón. Por lo tanto expliqué a don Rodolfo, como se llamaba el extraño, que mandaría inmediatamente un mensajero a don Velarde para informarle de la llegada de su gente a nuestra barraca y para pedir reparación por la entrada no autorizada en nuestra propiedad.

Don Rodolfo añadió que él ya no tenía poder sobre su gente. Se habían mudado demasiadas veces de un gomal a otro y habían sufrido infinitas privaciones. Siempre les habían prometido que podían ponerse pacíficamente a trabajar y asentarse, pero cuando habían terminado de construir las cabañas siempre los habían echado.

La gente podía quedarse temporalmente en nuestra barraca. Los distribuí en las largas cabañas e hice sacrificar una res. Unos días después llegaron varios rezagados, hombres, mujeres y niños, familias indígenas de diferentes tribus, mestizos de todos los matices e incluso algunos llamados blancos, harapientos, destrozados por la fiebre, demacrados, en total aproximadamente sesenta personas con muy pocos efectos personales. Los indígenas de tez oscura casi parecían optimistas cuando cruzaron nuestra plaza; algunos incluso mostraban sonriendo sus dientes sanos y blancos en sus anchas bocas o tímidos y se rascaban la cabellera hirsuta; uno tras otro extendían confiados sus huesudas manos para saludar: –"¡*Buon día, taita*!". Las personas de tez más clara estaban completamente desanimadas, ponían caras de no haber roto un plato en su vida y empezaban a lamentarse: –"¡No cierto, Señor, no nos va a despachar! ¡Ven, *chiquita*, dale la mano al buen *señor*, que Dios lo bendiga por habernos salvado de la miseria!". Lo que nosotros podíamos ofrecerles, para ellos era el paraíso en la tierra. ¡Toda una suerte que les hubiesen pillado con las manos en la masa! Aquí había azúcar blanco, sal, manteca y medicamentos. Por fin podían curarse viejas heridas supurantes y también recibir algo de quinina contra la malaria.

Yo aplicaba, desinfectaba y vendaba heridas, administraba quinina y laxantes y me alegraba de la disposición de mi gente, que compartía amigablemente sus cabañas con los recién llegados.

Cada cual hacía un favor a los prófugos, a pesar de que a nadie le sobraba nada. Pero por aquí aparecía todavía alguna camisa vieja, un pantalón cien veces remendado, un sombrero de paja ahuecado o un pedazo de tela, todas ellas cosas con las que uno podía taparse. Para mi sorpresa, hasta mi pequeña Manuelita incluso colgó el collar, que yo le había regalado y del que normalmente no se separaba, alrededor del cuello marrón y sin lavar de un niño indígena, aunque momentos después lo volvió a recuperar.

Se acogió con gran júbilo mi notificación de que temporalmente los huéspedes se podían quedar con nosotros, pues se habían dado cuenta de la enorme diferencia entre trabajar para un patrón pobre o para una empresa que contaba con mucho capital.

Un mes después regresaba el correo con una carta de Monte Cristo, una estancia que pertenecía a Velarde. Velarde exigía una suma extraordinaria por las deudas de su gente. Escribía que había caído enfermo de muerte por "la mala jugada que me han hecho"… ¡Apenas se recuperase, me citaría ante el juez por secuestro de personas!

¡Meter miedo no funcionaba conmigo! No me hubiera disgustado que entre la gente de Velarde al menos los mestizos y los llamados blancos hubieran seguido mi consejo de volver con su viejo patrón. Por desgracia no pude convencer a nadie. Así no me quedaba otra cosa que asignarles trabajo a los nuevos, pues no entraba en mis consideraciones mantener desempleada a toda la tropa.

Despaché la carta de Velarde a la Casa principal con el siguiente vapor y esperé lo que estaba por venir.

Habían pasado muchos meses cuando el Director me llamó a Riberalta para corregir las cuentas del personal en la Policía, junto con Velarde, que había llegado hasta allí.

La disposición de la gente de Velarde de presentarse ante su antiguo patrón, de cuyos servicios habían huido, fue para mí una grata sorpresa. Se notaba en la gente que tenía buena conciencia. Dos semanas después arribaba sano y salvo a Riberalta con toda la tropa de Velarde, donde enseguida me buscó el dueño de la estancia Monte Cristo. El hombre se presentó muy educado y preguntó por mi salud; ¡esperaba que hubiera tenido un viaje agradable con tanta gente!

Después de la carta poco amable y agresiva que me había mandado a la barraca, más bien había esperado a este señor en mi habitación con el revólver en posición de tiro. Ya no hablaba de secuestro, incluso

recibía sonriendo amigablemente el saludo de algún que otro de sus antiguos trabajadores que andaban por ahí, y finalmente me pidió que en el traspaso de las deudas de su personal hiciera lo posible para que él no sufriera pérdidas. ¡Incluso estaba dispuesto a aceptar un importe redondeado como indemnización por sus grandes pérdidas!

Yo respondí que si las declaraciones de su gente correspondían a la verdad no existía contrato de trabajo alguno y que los trabajadores también afirmaban no haber contraído deudas. Pero esto se clarificaría pronto en la Policía; de todas maneras, yo estaría dispuesto a asumir las cuentas de las deudas siempre y cuando fuesen reconocidas por la Policía.

–Pero yo no quiero que me dé todo lo que la gente me debe –se lamentó Velarde, arrojando sobre la mesa un fajo de facturas de cuentas corriente–. ¡Sólo quiero ponerme directamente de acuerdo con usted sobre la cifra redonda que me tiene que pagar!

–Yo pago lo que en la Policía se reconozca como deuda de cada uno de sus trabajadores –contesté fría y brevemente.

Entonces el propietario de la estancia Monte Cristo enfureció. Gritó:

–Yo ya no quiero tener nada que ver con esta chusma; los tipos se han fugado, que se vayan al diablo. ¡El canalla del mayordomo me ha llevado a la miseria, estoy enfermo de muerte, un hombre arruinado!

–¡Y usted quería –interrumpí yo su lamentación– obligar a la gente, que aparentemente no le debe nada, y a la que ni siquiera le ha dado lo más mínimo para vivir, a que le prestasen servicios sacando goma en las propiedades de otras gentes, y quería embolsarse el beneficio de la goma robada!

Indignado, dejé plantado al hombre y fui a ver a mi Director. Cuando llamaron a Velarde, éste también se lamentó frente al Director hasta que finalmente éste le pagó una considerable suma como indemnización. En la Policía no se presentó ninguna cuenta y por lo tanto tampoco se reconoció ninguna deuda de la gente. Toda el clan estaba libre y cada cual podía buscarse un nuevo patrón.

Cuando transmití la buena noticia a la gente, los indígenas sonreían contentos y enseguida me pidieron quedarse en mi barraca. Solicitaron y recibieron un adelanto, y estaban felices. Algunos mestizos y blancos, quienes habían escuchado de alguna manera que se había pagado algo a Velarde, se comportaron de modo diferente.

–No estamos de acuerdo con su arreglo –empezaron a quejarse–, Velarde nos debe dinero, con él hemos perdido nuestro tiempo porque nos ha mandado a bosques ajenos, ¡exigimos indemnización!

–Es muy simple –contesté–, si después de que yo les he explicado que sus deudas han sido consideradas extinguidas ustedes creen tener derecho a reclamar, les aconsejo ir con su antiguo patrón.

¡No, no era eso lo que querían decir! No se tenía derecho de pagar algo a Velarde hasta que éste no hubiese pagado sus deudas. Entonces me enojé. ¡Yo había acogido hospitalariamente a toda la banda en mi barraca y sólo por lástima después de haberlos pescado robando goma; yo había logrado que Velarde tuviera que liberar a la gente a la que probablemente había explotado durante años, y ahora me exigían que además cobrase las deudas de estos piratas!

Fui directamente al grano, explicando que dos días después iba a volver a la barraca y que todo el mundo tenía el tiempo suficiente para entenderse con Velarde. ¡Quien pasado mañana a las seis de la mañana no estuviese sentado en el bote, simplemente se quedaba en Riberalta, y basta!

En el momento de partir, todos los botes a remos estaban ocupados; no faltaba ni uno de los trabajadores de Velarde, ni tampoco los pocos bocazas que no habían estado de acuerdo con mi arreglo. No obstante, poco tiempo después me arrepentí de haber aceptado el retorno de los agitadores a la barraca. Pues, exactamente como Eleuterio Añez, se rebelaban, instigaban a los buenos y fieles indígenas, y sólo trabajaban cuando les convenía. Finalmente me harté y despaché a media docena de esos hombres río abajo. Les regalé todo el adelanto recibido a la firma del contrato y además un viejo bote, sólo para librarme de esos malos elementos. También esta gente, aunque sin mayor éxito, me denunció ante la policía de Riberalta.

DISPARATES BUROCRÁTICOS

La llegada de un vapor siempre era un acontecimiento feliz, pues traía noticias, gente y mercancías y por tanto distracción a nuestra aldea. Sabíamos más o menos de antemano cuándo iba a llegar de nuevo un vapor. Sin embargo, también llegó una vez un barco desagradable y de manera imprevista.

–"Un barco, un barco", se escuchaba un día a través de la plaza. Los nativos con sus afinados oídos habían percibido los pitidos y el traqueteo mucho antes de que el vapor llegara a la vista.

El Carnaval era inminente y ya no se disponía de aguardiente. La chicha de maíz, que había que preparar para no pasar Carnaval sin alcohol, no era tan apreciada pues era necesario beber mucho para emborracharse. Media hora después de los gritos de alegría llegaba el "Madidi". El vapor estaba sobrecargado y lo acompañaban además dos barcazas, también llenas de gente. ¿Qué hacer con tantos hombres? Y además entre ellos rostros pálidos, como pude constatar a primera vista. Algo andaba mal.

–Mi nombre es Sebastián Cuentas. Soy el nuevo administrador de la barraca Madidi, que se va a inaugurar. –Así se presentaba el joven y amable hombre que yo había tomado por el capitán del vapor. Me entregó sus cartas credenciales. Al leerlas sentí como si me arrancaran una tras otra las prendas del cuerpo para ponérselas a ese Sebastián Cuentas. La barraca Madidi iba a estar bajo mi supervisión, pero yo debía entregar a mi mejor gente para dar un buen empujón al nuevo establecimiento. ¿Y qué iba a hacer con la gente que se quedaba en la barraca? Dirigiéndome al señor Cuentas, le pregunté:

–Madidi está ubicado a varias jornadas de viaje más arriba de la desembocadura del río Geneshuaya en el río Beni, y esta barraca está ubicada a varios días de viaje de la desembocadura. ¿Entonces por qué ha traído a su gente en dos pesados botes hasta aquí arriba?

–Sólo he seguido las órdenes de mi jefe –contestaba sonriendo el interrogado.

–¿Quieren quitarme a Miranda?

–Se ha previsto un sustituto.

–¿Qué saben ustedes en la Casa central de un sustituto para Miranda? –respondía indignado–. ¡Y la gente mezclada al azar seguramente va a producir mucha goma!

Mis capataces y montaraces eran lo que en el Ejército son los oficiales, gente que había ascendido por su capacidad y que ahora era responsable de sus subordinados. Si me quitaban a esta gente, me quitaban todo.

–*Carajo* –maldije lo suficientemente alto como para que don Sebastián tratase de calmarme:

–El jefe ha dicho que toda su gente es la mejor gente de monte que hay.

–¡Él debe saberlo muy bien! –Seguí renegando–. ¡Aténgase siempre a lo que le suelten en la Casa central, entonces puede estar seguro que no va a durar mucho en su puesto!

Al día siguiente don Sebastián fue testigo de que nadie quería abandonar mi barraca. Nadie quería volver a Madidi, donde habían luchado tantos años con los insidiosos y salvajes indígenas guarayos. Con amargura en el corazón tuve que convencer a Miranda y mis mejores hombres de confianza de que se fueran. Era imposible eludir las instrucciones de la Casa central. En caso de una negativa yo tendría que dejar mi puesto.

En la aldea barraquera reinaba un ambiente abatido cuando el vapor con nuestra gente a bordo desapareció por el recodo del río. Yo prometí abogar por su retorno. Y ellos respondieron: –Y si nos quieren retener a la fuerza en el Madidi, igual vamos a volver. No en vano dejamos aquí a nuestras mujeres.

Me vi obligado a nombrar a nuevos capataces. Varios no eran trigo limpio, y entre ellos había rateros e impertinentes.

Blend podía haber escrito de igual modo: "O lo tomas o lo dejas". Mi respuesta fue corta. Haría todo lo que estuviera en mis posibilidades y por cierto, a fin de año concluía mi segundo contrato. Entonces me gustaría viajar a Suiza, de modo que cuando fuese oportuno también habría que buscar un sustituto para mí.

BERNARDO HUMAZA

Entre los trabajadores había varios que esperaban que se los eligiese como capataces; entre ellos estaba Bernardo Humaza.

Este antiguo piloto de un bote de remos a San Antonio se acercó tímidamente a la mesa.

–¿Qué pasa, Bernardo, estás enfermo?

–No, sólo quiero saber por qué no he sido nombrado capataz. En mis viajes a San Antonio he hecho todo bien e incluso en la mayoría de los casos he conducido el bote de cabecera por los torbellinos cuando otros

no se atrevían. Mi bote ha zozobrado una sola vez y la culpa fue de los punteros.

En su día don Frank me había recomendado a Bernardo Humaza como un hombre fiable, pero los trabajos en la goma y los viajes al río Madeira no dejan de ser dos cosas bien distintas.

Bernardo Humaza era un hombre guapo, de ojos claros, sano, fuerte, con pelo rizado en una cabeza muy irritable, que en el bosque resultaba ser un trabajador regular; no lograba apañárselas y sus cosechas eran insuficientes.

–Ya sé que te esfuerzas –le decía amablemente–, pero mientras saques menos goma que tus compañeros no puedo ascenderte a capataz; ¿seguro que tú también lo entiendes, verdad?

–*Sí, señor*, pero don Frank me lo había prometido.

–Es posible que don Frank te haya prometido algo, pero aquí yo soy el jefe y sé muy bien qué es lo que tengo que hacer –interrumpí yo al ambicioso Bernardo–. Beyuma, Cachari y Durán sacan el doble de goma que tú y, sin embargo, no los he nombrado capataces.

Bernardo se retiró reticente, visiblemente descontento por la conversación.

Pocos días después estaba sentado delante de un gran balde, en el que diluía alcohol con agua y lo llenaba en botellas. Era la víspera de Carnaval.

José Chatari, uno de los nuevos capataces, se acercó para informarme que todas las armas de fuego habían sido retiradas. Todas estaban guardadas en el almacén, con excepción de una carabina que pertenecía a Bernardo Humaza. Bernardo había dicho que todavía la quería limpiar y engrasar y luego la traería personalmente.

–Bien, ya la traerá –dije yo a la ligera.

Poco después se tocó la campana y cada trabajador recibió una botella de aguardiente. La fiesta podía empezar.

La noche siguiente estaba sentado entre mi gente en el gran galpón y me alegraba del buen ambiente y de la desenvoltura de los trabajadores quienes, ataviados de plumas, bailaban a mi alrededor. De pronto estalló un tiro y cesó el ruido infernal del bombo, tambor y acordeón.

¿Un tiro? ¿Cómo así un tiro? Pero yo había hecho recoger todas las armas, excepto…

–¿Dónde está Bernardo Humaza? –grité hacia la multitud que andaba silenciosamente de un lado a otro. Humaza vivía solo con su mujer en una pequeña cabaña a apenas cincuenta pasos del gran galpón. Era de naturaleza muy celoso, razón por la cual raras veces participaba en las fiestas. No le permitía a Rosa, su mujer, bailar con otros, motivo por el cual naturalmente se reían de él.

–Bernardo Humaza se ha matado –gritó alguien a través de la puerta abierta.

Lo encontré sentado en un bloque de madera, apoyado contra la pared de la cabaña, agonizando. Delante de él estaba su mujer de rodillas.

Resultaba tan horrendo ver morir a Bernardo Humaza que a mis órdenes la multitud medio o completamente ebria apretujada en la puerta se retiró al instante y obedientemente, como si de pronto estuviera sobria. Atendiendo mi señal, sólo José Chatari se quedó parado al lado de la puerta con la cara blanca.

Rosa, que estaba arrodillada a mi lado en el suelo, puso delante de mis ojos una mano que sangraba violentamente. Adivinando la intención de su marido, había tratado de quitarle el arma. El pulgar que en su desesperación había apretado contra la boca del cañón de la carabina no pudo parar la bala mortal; ¡el disparo lo había arrancado en parte!

Lloraba silenciosamente mientras yo le vendaba la mano.

–¿Estás completamente segura de que Bernardo quería matarse?

–¡*Sí, señor*, decía que se iba a pegar un tiro por no haber sido hecho capataz; Manuel, su hermano, se burlaba de él!

–Escucha bien, Rosa –le dije tranquilamente–. ¿Te acuerdas de que no querían enterrar a Nicolás García en el cementerio porque él mismo se había matado?

La infeliz Rosa me miró aterrada.

–Tú que has querido a Bernardo como todos nosotros y como todos sus compañeros, seguro que no quieres que lo sepulten en algún lugar en el monte, ¿no es cierto? Yo creo que no fue suicidio. Yo creo que fue un tiro accidental cuando él quería limpiar el arma. Pues Bernardo le había dicho a José Chatari que quería limpiar la escopeta antes de entregarla.

–*Sí, señor*, eso ha dicho.

–Entonces lo mejor es que supongamos que fue un tiro accidental.

Bernardo fue velado en mi casa. La fiesta de Carnaval se convirtió en un velorio con muchas velas, en el que circulaba con asiduidad un vaso especialmente lleno, mientras José Charati, Rosa y yo declaramos irrevocablemente que la bala accidental se había disparado por imprudencia durante la limpieza del arma.

Y así Bernardo Humaza recibió un entierro como es debido en el cementerio.

La respuesta de la Casa central al aviso de la muerte de Bernardo fue objetiva: "Lamentamos que el fallecido haya dejado tantas deudas…".

DESPEDIDA DE LA SELVA

Algunas garzas y una bandada de patos graznando pasaban espantados por las copas de los árboles cuando junto a dos remeros nos aproximamos a un recodo pronunciado del río. El vapor o un bote de remos debían estar cerca. Malhumorado, aparté mi escopeta a un lado. Un pequeño vapor que golpeteaba río arriba nos tomó a bordo. Un hombre mayor con bigote negro me entregó el correo, entre el cual había una carta de Blend de la Casa central: "… y como tu contrato ahora ha vencido y en su momento me decías que querías viajar alguna vez a Suiza…".

Ahí estaba frente a mí el recién llegado don Onofre Tarabillo, mi sucesor. Todo era correcto. ¡Pero cómo podían poner delante de mis narices a mi sucesor, así de repente en medio de un río! Claro que podían. ¿Y por qué no? Estaba sentado frente a mí, mirándome fijamente para que no se le escapara ni la más mínima de mis emociones.

¡No se podía hacer nada! Yo mismo me había defenestrado.

Esto significaba viajar y abandonar todo aquello con lo cual me había encariñado aquí. Alguna vez la idea del momento de dejar la selva me había hecho ilusión, pero ahora era completamente infeliz. ¿Debía abandonar este fabuloso río y habituarme al hormigueo de una ciudad ruidosa? ¡Abandonar a estos indígenas e hijos de la naturaleza obstinados, tercos, bondadosos, tontos, honrados, ingenuos, para lidiar con "rostros pálidos" arrogantes, impertinentes, codiciosos y pérfidos, para regatear por cada palmo de espacio en una habitación y cambiar mi selva por esto, la selva salvaje, bendita, peligrosa, impredecible, misteriosa, mi reino! ¡Realmente una locura!

Me sentía como si en una sala bien iluminada se apagaran de pronto todas las luces. Mis tres años de trabajo ininterrumpido, de alegrías y preocupaciones en el Geneshuaya se derrumbaban como un montón de trastos viejos e inútiles; ¡lo que yo había cuidado como una propiedad sagrada, ahora debía entregárselo a este hombre frío, tranquilo, impasible e indiferente que estaba delante de mí e irme a Europa!

Para evitar el grito solté una carcajada que me asustó de mí mismo. Exactamente así debe empezar la locura tropical. Me controlé.

Don Onofre primero me miró con asombro, luego creyó entender mi alegría:

–¡Puedo imaginarme perfectamente que uno tenga ganas de reírse cuando puede salir de ese pueblucho en el que ha estado metido durante tantos años! –Yo sonreía afirmativamente, con una maldita sonrisa que había vuelto a ser civilizada. Y entonces Madame Tarabillo me hacía mil preguntas: –"¿Escuela para los niños? ¿Fiebre? ¿Sirvientes agradables? ¿Blancos? ¿Indígenas? ¿Médico en caso de enfermedad? ¿Vecinos? ¿Ocio? ¿Pesca? ¿Caza? ¿Diversión? ¿Vacaciones?". La dama se va a sorprender…

La noticia corrió como un reguero de pólvora: "¡Un nuevo patrón!". En consideración a su familia puse mi casa a disposición de mi sucesor y me trasladé a la pequeña cabaña en la cual Bernardo Humaza había dado su último respiro. La gente sólo creía a medias que nunca más iba a volver. Consuelos y promesas me mantenían más que ocupado.

Don Onofre hacía todos los esfuerzos posibles para ganarse simpatías. Sin embargo, sus amables palabras tenían algo de esforzado, frío, reservado, distante. Los indígenas lo sentían y andaban con la cabeza baja.

Los últimos días antes de mi partida, la gente deambulaba tímidamente por mi casa. Me dirigían miradas disimuladas donde antes estaba acostumbrado a ver ojos abiertos y confiados. Me sentía como alguien que había vendido a sus viejos amigos. Sentía que la gente estaba apegada a mí como a un padre. Primero los remitía pacientemente, luego impacientemente al nuevo patrón, incluso de manera seca y brusca, que fue algo que no entendían. Mis buenos y fieles indígenas incluso reaccionaron enfadados y tercos, y antes de mi salida me quisieron dar una buena lección, como niños pequeños que han sido rechazados y tratados injustamente.

El día de mi partida todos vinieron a darme una vez más la mano, las mujeres y los niños lloraban, y los hombres se disputaban los sitios en

los botes para escoltarme hasta el Arroyo Verde. Radiante, Manuelita daba palmas de alegría cuando le prometí traerle una muñeca muy grande de Riberalta.

–¡*Ta, ta, taita… una muñeca grande*! –gritaba feliz la niña y abría sus brazos a más no poder.

Una suave aurora despuntaba sobre la selva cuando un moderno y veloz bote a motor me llevó en pocas horas hasta Cachuela Esperanza. Era un placer deslizarse a toda velocidad río Beni abajo. Pensaba en la lentitud de los pesados botes a remos. No reconocí el viejo pozo de fiebre que en su momento fue Cachuela Esperanza. Tanto había cambiado: había casas pintadas con techos de calamina, duchas, una capilla sobre una roca y mil otras cosas. Con un bote a remos que me dejaron conducir yo mismo y que la empresa había equipado con personal, llegué a Villa Martinho, una aldea tropical bañada por el sol, que había sido erigida en pocos meses. Yo estaba de pie en la vía del ferrocarril y miraba fijamente los relucientes rieles. Hacía seis años que no veía algo así. Entonces, cuando prorrumpió de la selva un monstruo negro y grosero que gemía, silbaba, soplaba y lanzaba una columna de humo a un cielo azul intenso, me sentí profundamente herido en el alma. No recordaba que el ferrocarril fuese tan impertinente y desconsiderado. Se detenía con un chirrido ensordecedor de las ruedas.

"¡Candelaria!". Miré por la ventanilla y vi algunas figuras demacradas, en cuyas cenicientas caras ojos febriles y fulgentes yacían en profundas cuevas. ¡Malaria!

–Allá atrás está enterrado don Oscar –me explicó mi compañero de viaje negro–. Sin embargo, buscaríamos en vano una cruz. Nadie le ha puesto una.

–¿Es cierto que hay un muerto por cada traviesa de este ferrocarril? –desvié la conversación–. Y la vía férrea tiene trescientos kilómetros de longitud.

–Debe ser cierto –opinó el culto abogado de la selva–, los trabajadores morían como moscas.

"¡San Antonio! El tren llega directamente hasta el vapor en Puerto Velho. ¡No bajar aquí!"

Dos horas después me deslizaba en un moderno y lujoso vapor amazónico río Madeira abajo y alcanzaba mi transatlántico. En su día, nuestro viaje de partida de Europa había durado exactamente noventa

y nueve días. Esta vez, después de haber salido de Cachuela Esperanza arribaba en Lisboa en exactamente veintiocho días, y unos días después llegué a Zúrich.

A pesar de que me alegré muchísimo de volver a ver a mi tierra y a la familia, sentí que me había vuelto un extraño. Ya no encajaba en ese entorno y no podía entender cómo alguna vez me había sentido bien en ese mundo.

El mismo año nuestra Casa con sede en Londres me confió la reorganización de las estancias ganaderas en Bolivia, y así volví a ver de nuevo mi añorado paisaje de la selva. ¡Con su naturaleza salvaje y libre y su gente sencilla, Bolivia se había convertido en mi segunda patria!

TREINTA AÑOS DESPUÉS

Doce chelines por una libra de goma fue el precio más alto que llegó a pagarse en los mercados mundiales de Nueva York y Liverpool. Se acumularon enormes fortunas, se registraban reservas aparentemente inagotables en libros y balances. El mundo pedía a gritos goma, más goma y cada vez más goma. Esta fiebre en torno del "oro negro" también hacía subir las operaciones. Miles de toneladas descendían desde los bosques indómitos por el Amazonas. Se abrían más barracas, se contrataban más trabajadores.

Y entonces llegó la caída...

Desde el río Tapajós bajando el Amazonas se sacó como contrabando un cargamento de semillas cuidadosamente escogidas de árboles gomeros, y meses después en los viveros de Kew Gardens cerca de Londres brotaban varios miles de plantines que más tarde encontrarían el mejor sustrato imaginable en Ceylán, en la península de Malasia y en las islas de la Sonda. Ya no silvestres sino ordenados en filas, atendidos por botánicos, así crecían los pequeños gomeros domesticados provenientes del Amazonas. Cientos de miles de plantines fueron incorporados en plantaciones gigantescas y bien cuidadas. Se hicieron ganancias en magnitudes nunca imaginadas. El capital corría a raudales. El rey goma reinaba en las bolsas. Surgieron sociedades de plantaciones gomeras, que registraban sus acciones y llenaban las hojas de cotización.

Sin embargo, como consecuencia de la multiplicación de las plantaciones los precios bajaban. La goma de las plantaciones inglesas y holandesas ganaba la batalla, pero debido a la sobreproducción sin sentido todos los almacenes se colmaron y la demanda bajaba cada vez más. El "oro negro" perdía valor. El precio cayó de doce chelines a diez, a cinco, a dos y a un chelín, incluso a seis peniques y finalmente a dos peniques.

No obstante, nuestra empresa no descansaba. Se mejoraba, se innovaba, se construían pequeñas escuelas, se contrataban a médicos europeos, se edificaba un hospital con quirófano y farmacia. Una tras otra iban cerrándose las barracas muy alejadas y se reunía a la gente en pequeños pueblos. Un nuevo gobierno también aportaba su parte para mejorar las condiciones.

Se abrió el ferrocarril Madeira-Mamoré, que permitía la importación de piezas de máquinas. Al río Beni llegaron calderas de vapor, generadores, motores eléctricos y otras instalaciones. Llegaron los primero hidroaviones. Primero en Riberalta, luego en Cachuela Esperanza, una torre de hierro se elevaba mucho más allá de los árboles más altos de la selva hacia el cielo azul. Se construyeron fundiciones, instalaciones sanitarias, aserraderos, fábricas de hielo y un ingenio azucarero; botes a motor, motores a diesel y automóviles invadían irrefrenablemente la selva por tierra y por agua. Japoneses, sirios, turcos, españoles, portugueses que habían perdido su trabajo por la conclusión del ferrocarril empezaron a sembrar y plantar y recibían tierra a precios económicos. Había verduras y macizos de flores con rosas. Bombas a motor proporcionaban agua filtrada y fresca a las habitaciones de los empleados. Las deudas de los trabajadores fueron limitadas por ley a un mínimo y luego anuladas por completo en cuentas de pérdidas.

Se trabajaba durante uno, dos, tres, muchos años a pérdida y las reservas que antes parecían inagotables disminuían cada vez más. El patrón estaba obligado a elevar cada vez más el costo de vida. Había pasado el tiempo de los créditos ilimitados. Los indígenas aprendían que si bien las máquinas, los motores y la gasolina facilitaban el trabajo, también les quitaban el trabajo y el pan. Exactamente como en Europa, con el progreso también crecía el descontento.

Llegaron años duros. Cuando la goma hubo perdido casi completamente su valor, se buscaron otros productos de la selva y se descubrieron las almendras aceitosas silvestres, o nueces de Brasil. Se empezó

con la recolección. Se reunían grandes montones, incluso montañas, y se exportaban. No era un negocio maravilloso, pero se podía trabajar y vivir. El indígena dejó los árboles gomeros tranquilos y recolectó almendras. Quien trae almendras recibe su pago al contado. Los vagos no ganan. Pueden irse donde quieran. La simple mano de obra ya no supone un capital.

Los europeos codiciosos cada vez son más raros. Cachuela Esperanza sigue siendo, no obstante, un centro de progreso. Cada día se prepara pan fresco, y los pasajeros de tercera clase ya no tienen que cargar leña. Los juegos y la borrachera han cesado. Se ha introducido la jornada de ocho horas. Se practican deportes de todo tipo. Un casino bien equipado con billar, canchas de tenis y otras distracciones está a disposición de los empleados. Hay un cine y un pequeño teatro. El hospital, bajo dirección europea, es famoso en un radio de mil millas.

Sólo mis antiguos vecinos, los indígenas chacobos del río Benicito y del Geneshuaya no se han dejado influenciar echándose a perder por la fiebre de la goma, sino que siguen viviendo despreocupados su vida tranquila en la selva, sin pretensiones y contentos como si el tiempo y el cambio no existieran.

Notas

1 [N. del E.] Probablemente se trate de Carlos Gasser, fundador junto a Felipe Schweitzer de la firma cauchera Providencia (Hollweg 1995: 232).

2 [N. del T.] Las palabras y expresiones que en el original están en castellano aparecen aquí en cursivas la primera vez que las emplea el autor.

3 [N. del E.] Unidad monetaria vigente en Brasil hasta 1942.

4 [N. de E.] Se refiere a un armadijo, trampa para la caza.

5 "Ahí vienen los tontos".

6 [N. del T.] *Me llamas patria querida*, antiguo himno nacional suizo.

7 [N. del E.] La lancha "Helvetia" siguió en circulación hasta la década de 1980. Perteneciente a la firma Hecker, sobrevivió en Riberalta a la vera del río Beni, hasta que se hundió en una crecida (Guillermo Rojas Velazco, comunicación personal). Ver anexo fotográfico.

8 [N. del E.] Se refiere a Nicolás Suárez Roca (1886-1940), hijo de Nicolás Suárez Callaú y Constanza Roca.

9 "Usted… sí…, sí…, usted tiene fiebre, un poco, muy fuerte, muy fuerte, sólo un poco, muy fuerte, tiene que tomar quinina, mucha quinina, quiero darle quinina".

10 [N. del E.] Himno patriótico alemán.

11 "Oh no, está roto, terminado; vamos a pedir otro a Europa, pero… usted sabe…".

12 "Mañana usted puede comprar un candelero…".

13 [N. del E.] Se refiere a la embarcación "Once de Octubre", perteneciente a la Casa Suárez, que terminó prestando servicios a la Casa Hecker hasta la década de 1980. Actualmente se encuentra abandonada en un astillero de Riberalta (Guillermo Rojas Velazco, comunicación personal). Ver anexo fotográfico.

14 "Es la última… va a morir pronto…".

15 [N. del E.] Carmelo López, prefecto y comandante del departamento del Beni.

16 [N. del E.] Se trata de la Casa Braillard, para la cual trabajaba Franz Ritz.

17 [N. del E.] Recordemos que alrededor de 1909 Franz Ritz emprende viaje por el río Geneshuaya y se encuentra con un barraquero alemán que le compra casi todas sus mercaderías; podemos suponer entonces que se trata de Calzow y de la barraca Almendros.

18 [N. del E.] Calzow quedó a cargo de la barraca Mirlintoville, perteneciente a la firma Devez Hnos., luego de que su gerente Albert Mouton fuera asesinado por otro empleado francés en 1896 (para más detalles sobre este crimen y su contexto, ver Roux 1999; Córdoba y Villar *en prensa*).

19 Traducción de José Yxart, Biblioteca Virtual de Miguel de Cervantes.

20 Traducción de José Yxart, Biblioteca Virtual de Miguel de Cervantes.

21 "Amiens, salida 4.15, Estación del Norte, París, llegada 9.30".

22 [N. del E.] En el texto original la anécdota también comienza hablando de Manuel María Tamo y concluye con José María Tamo.

23 Traducción de José Yxart; Biblioteca Virtual de Miguel de Cervantes.

24 [N. del E.] Se trataba de misioneros franciscanos y no de jesuitas.

Anexo fotográfico y documental

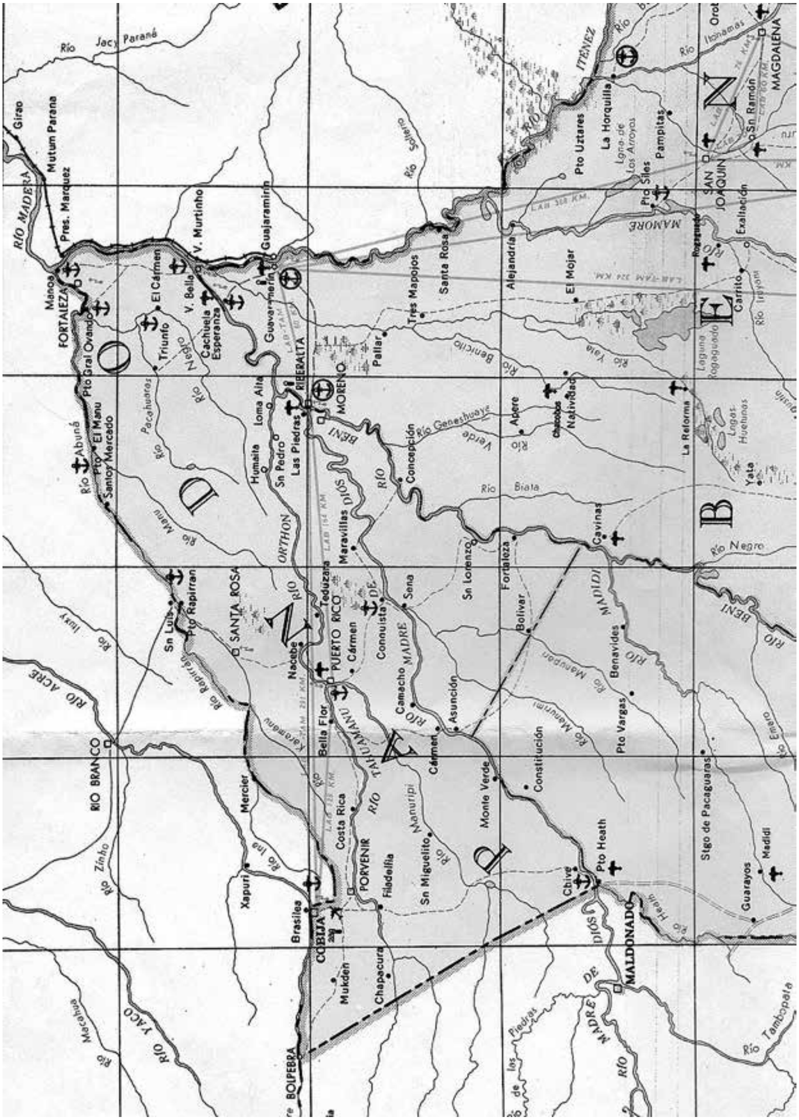


Figura 1. Mapa de Bolivia. Fuente: Instituto Geográfico Militar

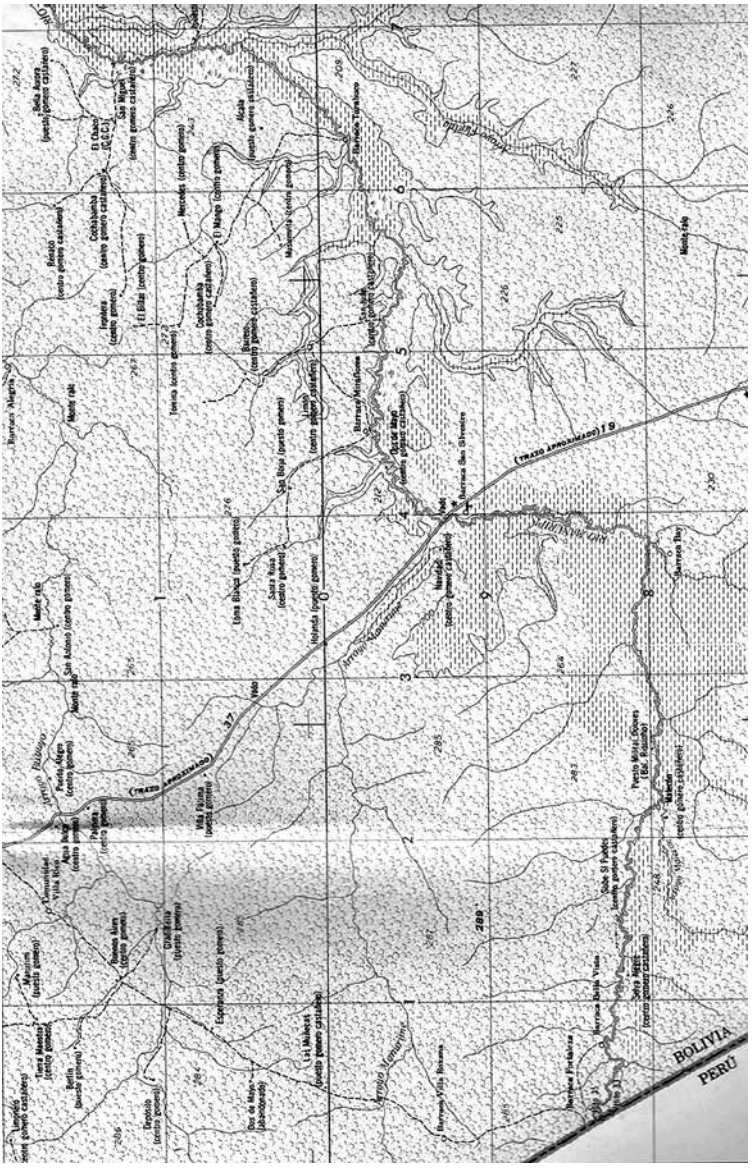
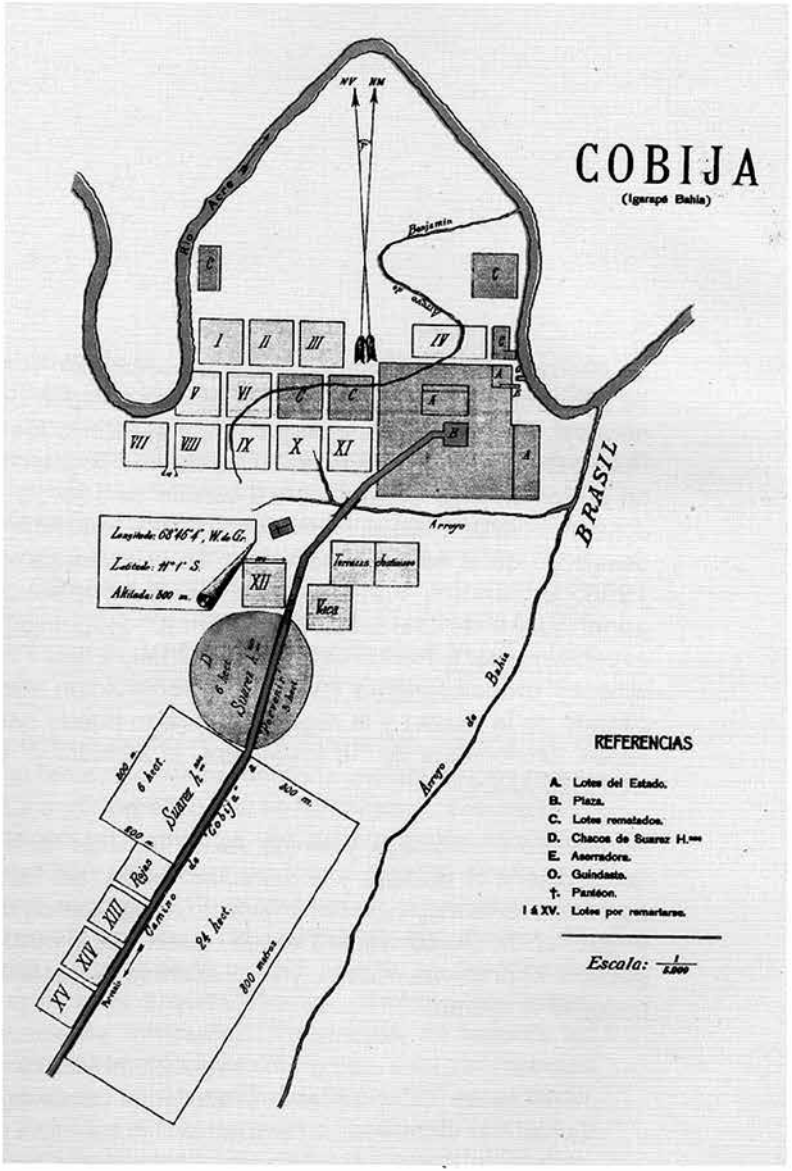


Figura 2. Ubicación de la barraca Chotadigua, identificada como 'Malecón'.
Fuente: Instituto Geográfico Militar



1. Cobija - Plano de 1908, publicado en 1909

Figura 3. Plano de Bahía (actual Cobija) de 1908 y publicado en 1909, sin fuente.

Figura 4. Esquina de la Casa Braillard, luego Casa Seiler y finalmente Casa Hecker, Riberalta, sin fecha. Fuente: © Archivo privado de la familia Rojas Hecker

Figura 5. Portón al patio central de la Casa Braillard, Riberalta, 2013. Fuente: © Lorena Córdoba

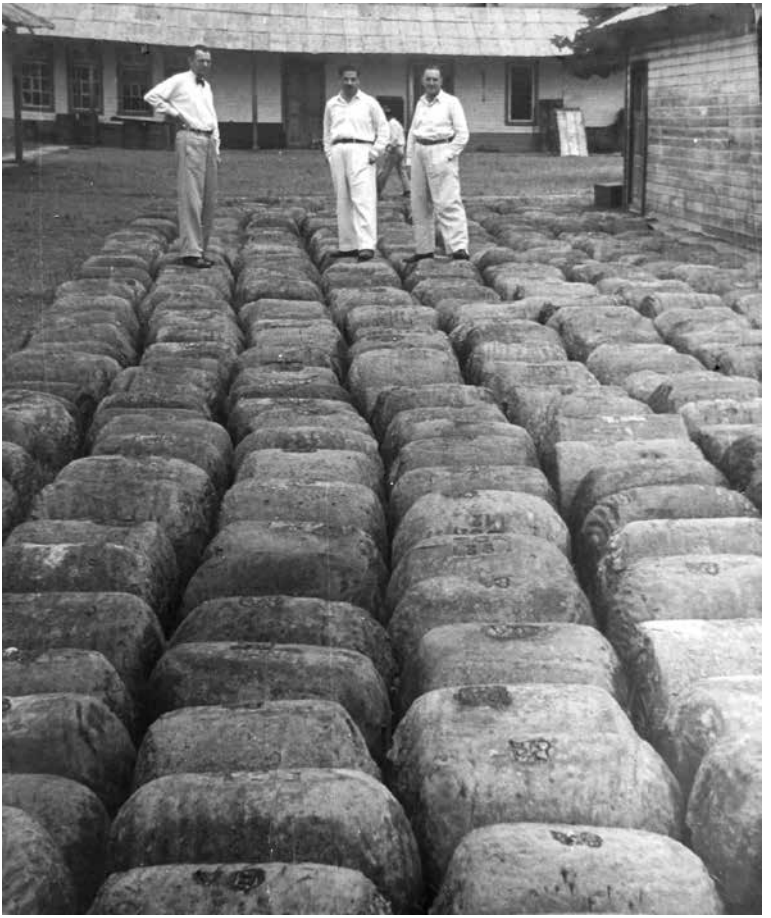


Figura 6. Patio central de la antigua Casa Braillard. Federico Hecker y Emilio Gschwind, contador de la Casa Seiler, Riberalta, sin fecha. © Archivo privado de la familia Rojas Hecker

Figura 7. Galería exterior de la antigua Casa Braillard, Riberalta, 2013.
Fuente: © Lorena Córdoba

Figura 8. Lancha 'Francia' en actividad, gerenciada por la Casa Hecker durante 1990, Riberalta. Fuente: © Hans Joachim Wirtz

Figura 9. Lancha 'Francia', Riberalta, 2013. Fuente: © Diego Villar

Figura 10. Lancha 'Helvetia', sin fecha. Fuente: © Archivo privado de la familia Rojas Hecker

Figura 11. Lancha 'Once de Octubre', Riberalta, 2001.
Fuente: © Hans Joachim Wirtz

Figura 12. Motor de la lancha 'Francia' en una calle de Riberalta, 2013.
Fuente: © Hans Joachim Wirtz

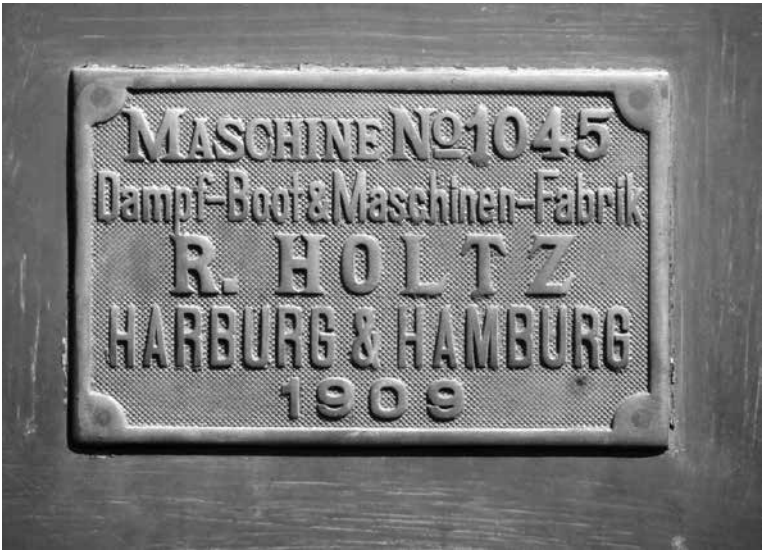


Figura 13. Placa de bronce de la lancha 'Francia' de 1909, Hamburgo. Riberalta, 2013.
Fuente: © Hans Joachim Wirtz

Figura 14. Franz Ritz y otros suizos en la barraca Porvenir, foto de Carl Blattmann. Fuente: Centeno y Fernández 1998

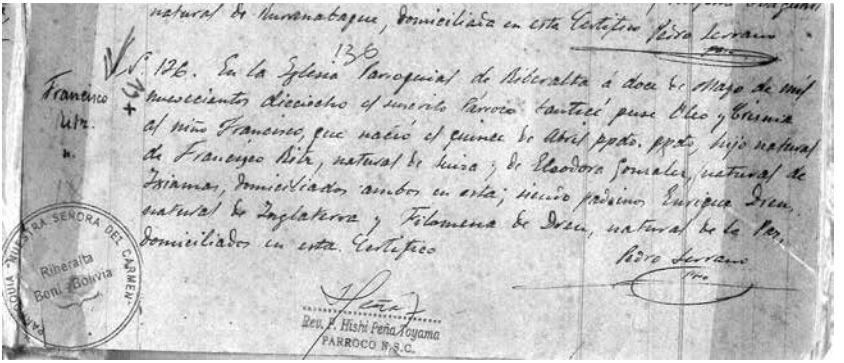
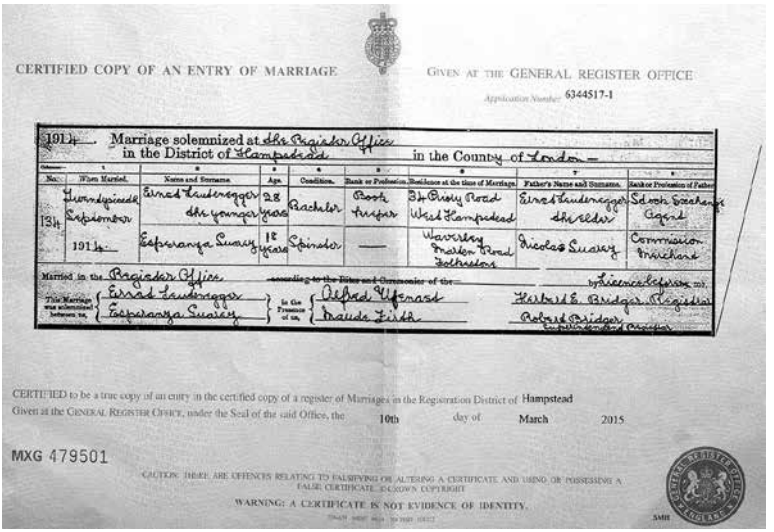


Figura 15. Constancia de Bautismo de Francisco Ritz, Parroquia "Nuestra Señora del Carmen", Riberalta, 1917. Fuente: Mirta Ritz-Howard

Figura 16. Ernst Leutenegger en Inglaterra, 1925.
Fuente: © Archivo privado de la familia de Carina Solares Suárez



CERTIFIED COPY OF AN ENTRY OF MARRIAGE

GIVEN AT THE GENERAL REGISTER OFFICE

Application Number 6344517-1

1914. Marriage solemnized at the Register Office in the District of Hampstead in the County of London

No.	When Married	Name and Surname	Age	Condition	Rank or Profession	Residence at the time of Marriage	Father's Name and Surname	Rank or Profession of Father
134	Twentyseventh September 1914	Ernst Leutenegger the younger	28 years	Bachelor	Book keeper	34 Priory Road West Hampstead	Ernst Leutenegger the elder	Stock Exchange Agent
		Esperanza Suarez	18 years	Spinster	—	Waverley Marlen Road Folkestone	Nicolas Suarez	Commission Merchant

Married in the Register Office according to the Rites and Ceremonies of the by Licence before me,

This Marriage was solemnized between us, Ernst Leutenegger, Esperanza Suarez — In the Presence of us, Alfred Ufenast, Maude Firth — Herbert E. Bridger, Registrar; Robert Bridger, Superintendent Registrar

CERTIFIED to be a true copy of an entry in the certified copy of a register of Marriages in the Registration District of Hampstead

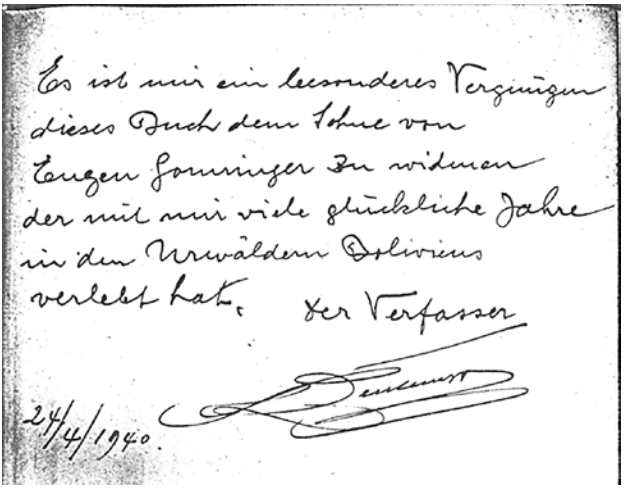
Given at the GENERAL REGISTER OFFICE, under the Seal of the said Office, the 10th day of March 2015

MXG 479501

CAUTION: THERE ARE OFFENCES RELATING TO FALSIFYING OR ALTERING A CERTIFICATE AND USING OR POSSESSING A FALSE CERTIFICATE. © CROWN COPYRIGHT

WARNING: A CERTIFICATE IS NOT EVIDENCE OF IDENTITY.

Figura 17. Certificado de Casamiento Leutengger-Suárez.
Fuente: General Register Office, Inglaterra



Es ist mir ein besonderes Vergnügen
dieses Buch dem Sohne von
Eugen Gomringer zu widmen
der mit mir viele glückliche Jahre
in den Urwäldern Boliviens
verlebt hat. Der Verfasser

24/4/1940.

Figura 18. Dedicatoria de Ernst Leutenegger a su ahijado Eugen Gomringer: "Para mí es un placer especial dedicar este libro al hijo de Eugen Gomringer, que ha pasado conmigo muchos años felices en las selvas de Bolivia. El autor. Leutenegger. 24-04-1940".
Fuente: Eugen Gomringer

Figura 19. Ernst y Esperanza en Buenos Aires, 1919.
Fuente: © Archivo privado de la familia de Carina Solares Suárez

Figura 20. Leutenegger, Esperanza Suárez y su hija Blanca, Inglaterra, 1925.
Fuente: © Archivo privado de la familia de Carina Solares Suárez

Figura 21. "Casa Suárez en San Antonio", 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 22. Embarco de bolachas de goma en el río Beni, Riberalta, sin fecha.
© Archivo privado de la familia Rojas Hecker

Figura 23. "Esteban Pasema", Cachuela Esperanza, 1908-1911, foto de Emil Bauler. Fuente: © Wolfgang Wiggers

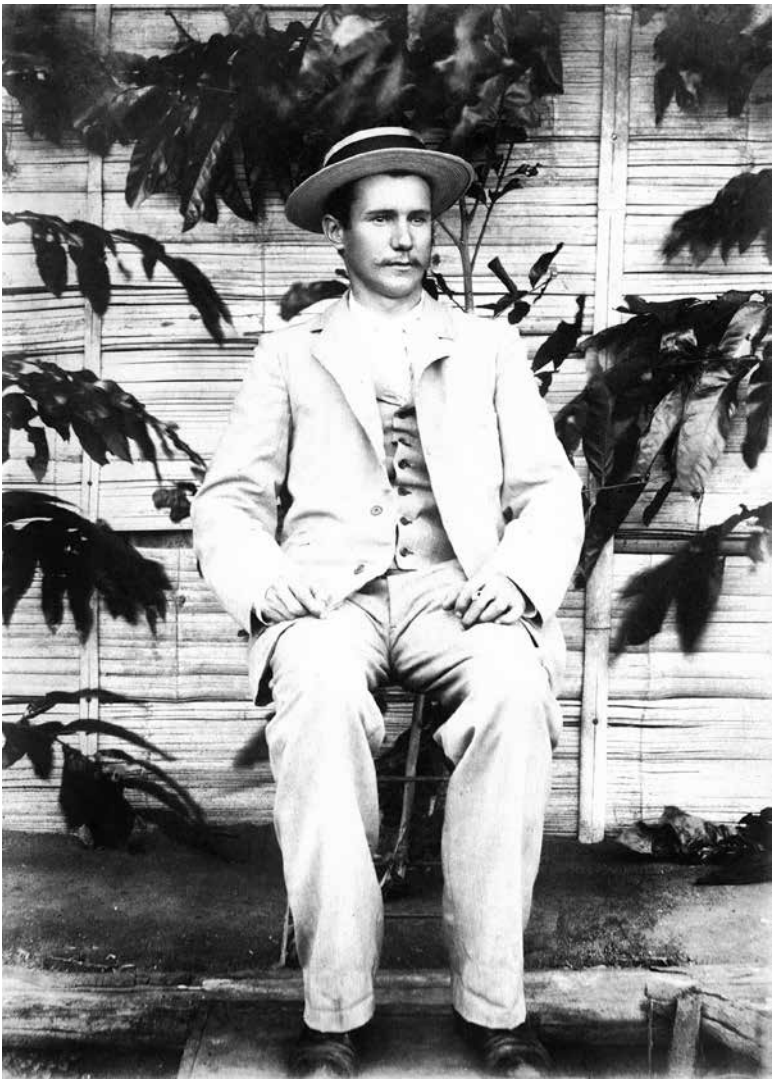


Figura 24. "Alfredo Ufenast", 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 25. "Bernardo Humaza", 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 26. Bernardo Humaza dibujado por G. Müller. Fuente: Leutenegger 1940

Figura 27. "Cachuela Esperanza, Puerto de abajo", 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 28. "Cachuela Esperanza", 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 29. Batelón, 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 30. Lancha 'Ichilo', 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 31. "Indias", 1908-1911, foto de Emil Bauler. Fuente: © Wolfgang Wiggers

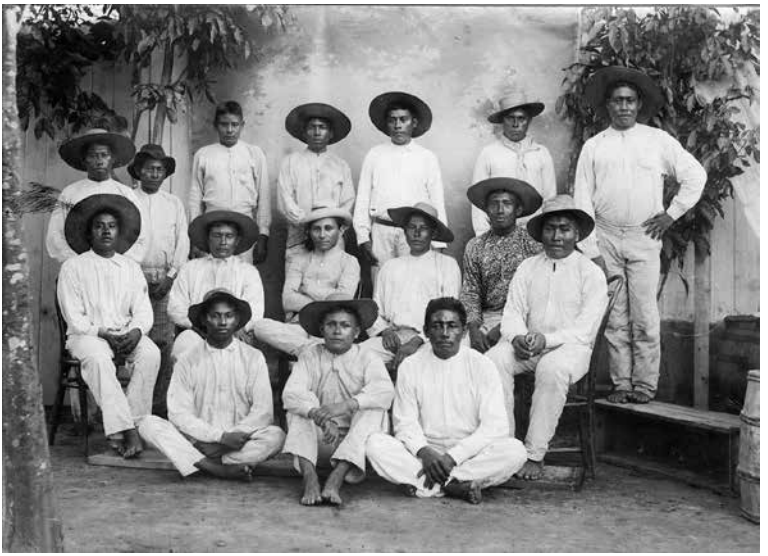


Figura 32. "Indios", 1908-1911, foto de Emil Bauler. Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 33. Pacaguaras y caucheros, sin fecha.
Fuente: A. Vázquez en Balzán 2008

Figura 34. "Garipunas". Fuente: Ritz 1934

Figura 35. Pacaguaras. Fuente: Wegner 1936

Figura 36. "San Antonio, campamento de batelones de Casa Suárez", 1908-1911, foto de Emil Bauler.
Fuente: © Wolfgang Wiggers

Figura 37. Cercanías de la barraca Chotadigua, arroyo Chotadigua, 2001.
Fuente: © Hans Joachim Wirtz

Figura 38. Emilia Hecker, Pablo Walser (primer boticario de Riberalta) y su mujer Hedy Walser, Riberalta, sin fecha. © Archivo privado de la familia Rojas Hecker

Figura 39. Carnaval. Emilia Hecker (con disfraz de arlequín), Adela Sonnenschein (centro) y mujeres en Riberalta, sin fecha. © Archivo privado de la familia Rojas Hecker

Bibliografía general

ACS Archivo Casa Suárez, Guayaramerín.
Fondo Documental, Sala I

Aramayo, Félix Avelino
1903 *La cuestión del Acre y la legación de Bolivia en Londres*, Imp. de Wertheimer, Lea y Cia., Londres.

Armentia, Fray Nicolás
1976 [1882] *Diario de sus viajes a las tribus comprendidas entre el Beni y el Madre de Dios y en el arroyo Ivon en los años de 1881 y 1882*, Instituto boliviano de Cultura, La Paz.
1897 *Límites de Bolivia con el Perú por la parte de Caupolicán*, Imprenta El Telégrafo, La Paz.
1890 "Diario del viaje al Madre de Dios hecho por el P. Fr. Nicolás Armentia, en los años de 1884 y 1885, en calidad de Comisionado para explorar el Madre de Dios y su distancia al río Acre y para fundar algunas misiones entre las tribus Araonas", Manuel Ballivián (Comp.), *Exploraciones y noticias hidrográficas de los ríos del Norte de Bolivia*. Imprenta El Comercio, La Paz, pp. 1-138.
1887 *Navegación del Madre de Dios. Viaje del Padre Nicolás Armentia*, Imprenta La Paz, La Paz.
1885 *Exploración oficial mandada efectuar del Madre de Dios en 1884*, Imprenta El Nacional, La Paz.

Arnous de Rivière, Henri
1900 "Explorations in the Rubber Districts of Bolivia", *Journal of the American Geographical Society of New York*, 32 (5), pp. 432-440.

Ballesteros, Sixto
1901 "La provincia de Caupolicán y el decreto supremo sobre la creación del Territorio Nacional de Colonias. Discursos parlamentarios", *Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz*, II (7-8), pp. 1-70.

Ballivián, Manuel V. y Casto Pinilla
1912 *Monografía de la Industria de la Goma Elástica en Bolivia*, Dirección General de Estadística y Estudios Geográficos, La Paz.

Balzan, Luigi
2008 [1885-93] *A carretón y canoa. La obra del naturalista Luigi Balzan en Bolivia y Paraguay (1885-1893)*, edición Clara López Beltrán, IFEA/IRD/Embajada de Italia/Plural Editores, La Paz.

Barclay Rey de Castro, Frederica

2010 "La asociación pro indígena y las atrocidades del Putumayo. Una misión auto restringida", *Boletín Americanista*, 60 (1), pp. 143-163.

Barham, Bradford y Oliver Coomes

1994a "Wild Rubber: Industrial Organisation and the Microeconomics of Extraction during theAmazon Rubber Boom (1860-1920)", *Journal of Latin American Studies*, 26 (1), pp. 37-72.

1994b "Reinterpreting the Amazon Rubber Boom: Investment, the State, and Dutch Disease", *Latin American Research Review*, 29 (2), pp. 73-109.

Baptista Gumucio, Mariano (Comp.)

2014 *Pando y la Amazonía boliviana. Una historia de novela*, Kipus, Cochabamba.

Buck, Daniel

1999 *Pionner Photography in Bolivia. Directory of Daguerreotypists & Photographers, 1840s-1930s*, versión digital consultada en: http://web.archive.org/web/20090207034454/http://ourworld.compuserve.com/homepages/dbuck/

Cardús, Fray José

1886 *Las misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia. Descripción del estado de ellas en 1883 y 1884 con una noticia sobre los caminos y tribus salvajes*, Librería de la Inmaculada Concepción, Barcelona.

Centeno, Ricardo y Patricia Fernández O.

1998 *Imágenes del Auge de la Goma*, La Paz, La Papelera.

Combès, Isabelle

2014 "Guarayos, o los nombres de las rosas", *Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos*, 20, pp. 377-394.

Córdoba, Lorena

2015 "Barbarie en plural: percepciones del indígena en el auge cauchero boliviano", *Journal de la Société des Américanistes*, 101 (1-2).

2014 "Los panos bolivianos en el imaginario cauchero (siglos XIX y XX)", *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-bresilien*, 103, pp. 35-50.

2012 "El boom cauchero en la Amazonía boliviana: Encuentros y desencuentros con una sociedad indígena (1869-1912)", Diego Villar e Isabelle Combès (Eds.), *Las tierras bajas de Bolivia: miradas históricas y antropológicas*. El País/Museo de Historia de la UAGRM, Santa Cruz de la Sierra, pp. 125-156.

Córdoba, Lorena y Diego Villar

En prensa "El revés de la trama: dos asesinatos caucheros", Lorena Córdoba, Nicolás Richard y Federico Bossert (Eds.), *Enclaves extractivos en territorio indígena – Amazonas, Atacama, Chaco, 1850-1950*. IAM/Rennes, San Pedro de Atacama.

Córdoba, Lorena, Pilar Valenzuela y Diego Villar

2012 "Pano meridional", Mily Crevels y Pieter Muysken (Eds.), *Lenguas de Bolivia. Tomo II: Amazonía*. Plural Editores, La Paz, pp. 27-69.

Chavarría Mendoza, María

2002 *Eshawakuana, sombras o espíritus. Identidad y armonía en la tradición oral ese eja*, Ediciones Programa Forte-Pe, Lima.

Chirif, Alberto y Manuel Cornejo Chaparro (Eds.)

2009 *Imaginario e imágenes de la época del caucho: los sucesos del Putumayo*, CAAAP/IWGIA/UPC, Lima.

Durán Mendoza, José Luis

2014 *Nicolás Suárez. El Rey de la Goma. Tomo 1. Hasta la Batalla de Bahía*, Universidad Amazónica de Pando/ACEF, La Paz.

Fifer, J. Valerie

2014 "Investigaciones y testimonios contemporáneos. El sector Norte: rutas al Atlántico vía Amazonas. Relaciones de Bolivia con Brasil y Perú", Mariano Baptista Gumucio (Comp.), *Pando y la Amazonía boliviana. Una historia de novela*. Kipus, Cochabamba, pp. 226-256.

1976 *Bolivia*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires.

1970 "The Empire Builders: A History of the Bolivian Rubber Boom and the Rise of the House of Suarez", *Journal of Latin American Studies*, 2 (2), pp. 113-146.

1966 "Bolivia's Boundary with Brazil: A Century of Evolution", *The Geographical Journal*, 132 (3), pp. 360-372.

Gamarra Téllez, María del Pilar

2007 *Amazonía norte de Bolivia. Economía gomera (1870-1940). Bases económicas de un poder regional. La Casa Suárez*, Colegio Nacional de Historiadores de Bolivia/CIMA, La Paz.

Ganzert, Frederic William

1934 "The Boundary Controversy in the Upper Amazon between Brazil, Bolivia, and Peru, 1903-1909", *The Hispanic American Historical Review*, 14 (4), pp. 427-449.

García Jordán, Pilar

2001a "En el corazón de las tinieblas… del Putumayo, 1890-1932. Fronteras, Caucho, mano de obra indígena y misiones católicas en la nacionalización de la Amazonía", *Revista de Indias*, 61 (223), pp. 591-617.

2001b *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*, IFEA/IEP, Lima.

Gray, Andrew

2005 "Introducción. Las atrocidades del Putumayo reexaminadas", Rey de Castro, C., Larrabure y Correa, C., Zumaeta, P., y Arana, J., *La defensa de los caucheros.* CETA/IWGIA, Iquitos, pp. 15-50.

Guiteras Mombiola, Anna

2012 *De los llanos de Mojos a las cachuelas del Beni, 1842-1938*, Colección "Scripta autóctona 10", Colección "Jóvenes investigadores 2", Instituto de Misionología, Editorial Itinerarios/ Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, Cochabamba.

Gutiérrez, Lisímaco y Román Paz

1895 *Informe preliminar de los actos de la Delegación Nacional en el Noroeste de la República*, Tipografía Excelsior, Sucre.

Keller Leuzinger, Franz

1875 *The Amazon and Madeira Rivers. Sketches and descriptions from the note-book of an explorer* (2da. Edición), Chapman and Hall, Londres.

Heinrich Balcázar de Suárez, Delia

2005 *Travesía de los Inmigrantes Alemanes al Beni*, Imprenta Unión, Trinidad.

Hollweg, Mario Gabriel

1995 *Alemanes en el oriente boliviano. Su aporte al desarrollo de Bolivia, Tomo 1. 1535-1918*, Ed. Sirena, Santa Cruz de la Sierra.

Lema Garrett, Ana María

2010 "La 'Defensa Social': Pugnas y competencias en torno a la mano de obra en el oriente boliviano, 1890-1910", *Boletín Americanista*, 60, pp. 91-113.

Limpias Saucedo, Manuel

2005 [1942] *Los Gobernadores de Mojos*, Prefectura del Departamento del Beni, Trinidad.

Maccheti, Fray Jesualdo
1886 *Diario del viaje fluvial del Padre Fray Jesualdo Maccheti, misionero del Colejio de La Pas, desde San Buenaventura y Réyes hasta el Atlántico en 1869*, Imprenta El Siglo Industrial, La Paz.
Mariaca, Timoteo
1987 [1887] "Exploración al río Acre", *Colección de Folletos Bolivianos de Hoy*, 3 (19), pp. 3-32.
Matthews, Edward
1875 "Report to the Directors of the Madeira and Mamoré Railway Company Limited", G. E. Church (Ed.), *Explorations Made in the Valley of the River Madeira, from 1749 to 1868*. Waterlow and Sons, Londres, pp. 1-90.
Melby, John
1942 "Rubber River: An Account of the Rise and Collapse of the Amazon Boom", *The Hispanic American Historical Review*, 22 (3), pp. 452-469.
Mendizábal, Santiago
1932 *Vicariato apostólico del Beni. Descripción de su territorio y sus misiones*, Imprenta Renacimiento, La Paz.
Mercier, Víctor
1981 [1894] "Diario de una expedición del Madre de Dios al río Acre", *Colección de Folletos Bolivianos de Hoy*, 3, pp. 3-16.
Nordenskiöld, Erland
2003 [1922] *Indios y blancos en el Nordeste de Bolivia*, APCOB/Plural, La Paz.
2001 [1924] *Exploraciones y aventuras en Sudamérica*, APCOB/Plural, La Paz.
1906 "Travels on the boundaries of Bolivia and Peru", *The Geographical Journal*, 28 (2), pp. 105-127.
Pando, José Manuel
1897 *Viaje a la región de la Goma elástica (N.O. de Bolivia)*, Taller litográfico El Comercio, Cochabamba.
Paredes Pando, Oscar
2013 *Explotación del caucho-shiringa: Brasil-Bolivia-Perú. Economías extractivo-mercantiles en el Alto Acre-Madre de Dios*, tomo 2, JL Editores, Cuzco.
Pearson, Henry C.
1911 *The rubber country of the Amazon. A detailed description of the great rubber industry of the Amazon valley, which comprises the brazilian*

states of Para, Amazonas and Matto Grosso. The territory of the Acre, the Montana of Peru and Bolivia, and the southern portions of Colombia and Venezuela, The India Rubber World, New York.

Resor, Randolph

1977 "Rubber in Brazil: Dominance and Collapse, 1876-1945", *The Business History Review*, 51 (3), pp. 341-366.

Ritz, Franz

1935 "Eine Reise auf dem Río Geneshuaya", *Lasso*, 3, pp. 133-140.

Roca, José Luis

2001 *Economía y Sociedad en el Oriente Boliviano (Siglos XVI-XX)*, COTAS Ltda., Santa Cruz de la Sierra.

Roux, Jean-Claude

2002 *Les orients boliviens de l'amazone au Chaco*, CRET, París.

2001 "De los límites a la frontera: o los malentendidos de la geopolítica amazónica", *Revista de Indias*, 61 (223), pp. 513-539.

1999 "Un roman noir des fronts pionniers de l'Amazonie bolivienne: Albert Mouton et les crimes du rio Madidi. 1890-1896", *Revue française d'Histoire d'Outre-mer*, 86 (324-325), pp. 305-327.

Sanjinés, Fernando de

1895 *Ligeros apuntes de viaje*, La Paz.

Sans, Rafael

1888 *Memoria histórica del Colegio de Misiones San José de La Paz*, Imprenta de La Paz, La Paz.

Stoian, Dietmar

2005 *La Economía Extractivista de la Amazonía Norte Boliviana*, CIFOR, Yakarta.

Suárez Callaú, Nicolás

1928 *Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre 1902-1903*, Tipografía La Académica, Barcelona.

Tambs, Lewis A.

1966 "Rubber, Rebels, and Rio Branco: The Contest for the Acre", *The Hispanic American Historical Review*, 46 (3), pp. 254-273.

Tessmann, Günter

1999 [1930] *Los indígenas del Perú nororiental: investigaciones fundamentales para un estudio sistemático de la cultura*, Abya-Yala, Quito.

Tonelli Justiniano, Oscar

2010 *El caucho olvidado*, Colección Ciencias Sociales de El País N° 17, Santa Cruz de la Sierra.

Torres López, Ciro
1930 *Las maravillosas tierras del Acre (en la floresta amazónica de Bolivia)*, Talleres del Colegio Don Bosco, La Paz.
Ullán de la Rosa, Francisco Javier
2004 "La Era del Caucho en el Amazonas: modelos de explotación y relaciones sociales de producción", *Anales del Museo de América*, 12, pp. 183-204.
Vaca Díez, Antonio
1894 *Memorial que presenta el delegado nacional en el Madre de Dios, Acre y Purús el ciudadano Antonio Vaca Diez*, Imprenta "De el Nacional", La Paz.
Vallvé, Frederic
2010 *The impact of the rubber boom on the indigenous peoples of the bolivian lowlands (1850-1920).* Tesis doctoral, Georgetown University, Washington.
Van Valen, Gary
2013 *Indigenous Agency in the Amazon. The Mojos in liberal and rubber-boom Bolivia, 1942-1932*, The University of Arizona Press, Tucson.
Vuillermet, Marine
2012 "Ese Ejja", Mily Crevels y Pieter Muysken (Eds.), *Lenguas de Bolivia. Tomo II: Amazonía*. Plural Editores, La Paz, pp. 71- 114.
Weinstein, Barbara
1983 *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920*, Stanford University Press, Stanford.
Wegner, Richard
1936 *Zum Sonnentor durch Altes Indianerland*, L. C. Wittich, Verlag/ Darmstadt.
Woodroffe, Joseph y Harold Smith
1916 *The rubber industry of the Amazon ... and how it's supremacy can be maintained*, T.F. Unwin, Bale, Sons & Danielsson, Londres.

Este libro
se terminó de imprimir
en el mes de agosto de 2015 en los
talleres gráficos de Imprenta Imago Mundi
Santa Cruz de la Sierra
Bolivia